

# El nacimiento de la arqueología moderna 1798-1945

*Ève Gran-Aymerich*




Prensas Universitarias de Zaragoza

*EL NACIMIENTO DE LA ARQUEOLOGÍA MODERNA,*
*1798-1945*

*This page intentionally left blank*

# *EL NACIMIENTO DE LA ARQUEOLOGÍA MODERNA, 1798-1945*

*Ève Gran-Aymerich*

*Prefacio de Jean Leclant*
*Prólogo de André Laronde*

*Traducción de Inés Sancho-Arroyo*



Prensas Universitarias de Zaragoza

FICHA CATALOGRÁFICA

GRAN-AYMERICH, Ève
El nacimiento de la arqueología moderna, 1798-1945 / Ève Gran-Aymerich ; prefacio de Jean Leclant ; prólogo de André Laronde ; traducción de Inés Sancho-Arroyo. — Zaragoza : Prensas Universitarias de Zaragoza, 2001
716 p. : il. col. y n. ; 22 cm. — (Ciencias Sociales ; 41)

ISBN 84-7733-556-7
1. Arqueología–Historia–1798-1945. I. Leclant, Jean, pr. II. Laronde, André, pr. III. Sancho-Arroyo, Inés, trad. IV. Título. V. Serie: Ciencias Sociales (Prensas Universitarias de Zaragoza) ; 41
902(091)“1798/1945”


1.ª edición, 2001

Ilustración de la cubierta: Acuarela de A. Blouet, *Vue prise à Athènes en 1830: le Parthénon*, realizada por el arquitecto de la Misión científica de Morea durante su estancia en Grecia. Cliché, Museo de Angers.

Colección Ciencias Sociales, n.º 41
Director de la colección: José Manuel Latorre Ciria

Edición original: *Naissance de l’archéologie moderne 1798-1945*
París, CNRS Éditions, 1998

Editado por Prensas Universitarias de Zaragoza
Edificio de Ciencias Geológicas
C/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España

Prensas Universitarias de Zaragoza es la editorial de la Universidad de Zaragoza, que edita e imprime libros desde su fundación en 1542.

Impreso en España
Imprime: INO Reproducciones, S.A.
D.L.: Z-1971-2001





# AGRADECIMIENTOS

Antes de que el lector inicie su largo recorrido por esta historia de la arqueología, querría que supiera lo mucho que debe a todos aquellos que me han apoyado, animado y ayudado de muy distintas maneras. Permítanme evocar aquí en primer lugar el vivo recuerdo de Jacques Heurgon, miembro del Instituto, que guió en la Sorbona mis primeros pasos en el camino de esta investigación, de cuyo resultado ha sido testigo.

Este libro es fruto de un largo trabajo de investigación cuya realización no hubiera sido posible sin el interés constante y paciente de Jean Leclant, secretario vitalicio de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, y André Laronde, catedrático de la Sorbona, que han tenido la amabilidad de leer este texto y someterlo al examen de su elevadísima competencia. Los consejos de Dominique Briquel, catedrático de la Sorbona, me han resultado valiosísimos, así como el análisis atento y constructivo que Fanette Laubenheimer, directora de la revista *Gallia*, tuvo la amabilidad de prestar a este manuscrito.

Este trabajo está basado en una vasta documentación recopilada en un buen número de instituciones, tanto francesas como extranjeras. Aunque mencionarlas todas sería imposible, querría expresar mi agradecimiento a aquellos que me han facilitado el trabajo, haciéndolo provechoso y placentero: en París, los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, de los museos de Francia y los archivos nacionales; en Roma, la Escuela Francesa y el Instituto Arqueológico Alemán me han hecho descubrir los tesoros de su biblioteca y me han brindado la oportunidad de consultar los archivos y la biblioteca del Vaticano; en la Universidad de Tubinga y en el Römischgermanisches Museum de Maguncia pude no sólo

consultar las publicaciones más recientes sino también disfrutar de unos intercambios muy fructíferos. Me gustaría destacar aquí mi agradecimiento a la disponibilidad y dedicación que me han prestado la señora Dumas, conservadora general honoraria, la señora Pastoureau, directora y conservadora general de la biblioteca del Instituto de Francia, y la señora Petitmengin, directora de la Biblioteca de Letras de la École Normale Supérieure (Escuela Superior de Magisterio). A ellas se debe la ilustración de esta obra, puesto que han tenido la amabilidad de permitir la reproducción de los documentos conservados en sus colecciones. El interés constante que ha demostrado la señora Chassagne, conservadora de la biblioteca del Instituto de Francia, así como su inestimable ayuda son objeto de mi más sincero agradecimiento.

Desde estas líneas quiero dar las gracias de corazón a todos aquellos que han depositado en mí su confianza invitándome a tomar la palabra en los congresos y coloquios en los que podía intervenir la historia de la arqueología; por supuesto en Francia, pero también en Bélgica, Dinamarca, España, Grecia o Estados Unidos. Finalmente, dedico un recuerdo especial a aquellos estudiantes y colegas participantes en los seminarios sobre la historia de la arqueología que me confiaron en la Universidad Libre de Bruselas, la Universidad de Zaragoza y la de Arizona, en Tucson.

No quiero dejar de mencionar lo que este libro debe en su formato definitivo al equipo de CNRS Éditions, Thomas Mourier, su editor, Huguette Champs y Lise Beninca, con quienes he compartido largas pero muy agradables sesiones de trabajo.

Para terminar, permítanme decir que nada de esto hubiera sido posible sin la paciencia y atención constantes que me han prodigado Jean, Julien y Laure; el primero ha sacrificado buena parte de su tiempo para realizar la gran cantidad de clichés fotográficos necesarios para la ilustración, y los segundos han aceptado crecer en una atmósfera muy estudiosa...

# PREFACIO

Durante los últimos años se ha prestado mucha atención a la historia de la investigación científica en sus muy diversas áreas. Pero a fin de definir mejor los objetivos que pueden fijarse, puede ser sin duda útil conocer mejor las etapas superadas gracias a los avances que genera el placer de saber. El interés por estas perspectivas epistemológicas resulta especialmente importante para la arqueología, dadas las considerables revelaciones y conquistas logradas al estudiar las civilizaciones antiguas; más allá de los objetos, los monumentos y los yacimientos, la arqueología es, de hecho, el descubrimiento constantemente renovado del hombre en su diversidad.

Así, le estaremos sumamente agradecidos a Ève Gran-Aymerich por haber abierto, con metódica pasión, el gran archivo de la historia de la arqueología francesa y por haberlo ubicado en el contexto del desarrollo de las escuelas arqueológicas de otras naciones.

La arqueología, que practicaron en primer lugar los «anticuarios» en busca de objetos siguiendo una tradición que se remonta al Renacimiento, se apoya en su hermana, la filología, para constituirse como una ciencia cuyos avances han sido especialmente rápidos durante la primera mitad del siglo XIX. Fue entonces cuando se dibujaron las grandes figuras de la investigación y algunos «acontecimientos» favorecieron el progreso de la misma; basta recordar, por ejemplo, la importancia de la Expedición a Egipto (1798-1801), cuyo bicentenario celebran ahora egipcios y franceses, la *Description de l'Egypte* y el sonado descubrimiento del desciframiento de los jeroglíficos por Jean-François Champollion en septiembre de 1822, e incluso, en Mesopotamia, los descubrimientos de P.-É. Botta

en Jorsabad (1844). Poco a poco se fueron creando instituciones destinadas a fomentar el desarrollo de las investigaciones: la creación de la Escuela Francesa de Atenas en 1846, y la de Roma poco después de 1870 fueron decisivas. En Francia, después de Arcisse de Caumont, se multiplicaron las investigaciones locales pero fue ya en 1941-1942, con las leyes Carcopino, cuando nació una auténtica organización de la arqueología metropolitana. Poco a poco vemos cómo las preocupaciones esencialmente científicas fueron haciéndose dependientes de la vida cultural, evidentemente, pero también económica y política del país. Por supuesto, las peripecias francesas no pueden desligarse de su contexto internacional, al que la autora no ha dejado de asomarse.

Para llevar a buen término esta obra han sido necesarias interminables y pacientes investigaciones por parte de Ève Gran-Aymerich, así como la gran capacidad de síntesis de que hace gala, para presentar los resultados. La amplitud y precisión de sus investigaciones preliminares quedan patentes en las referencias bibliográficas que completan su obra, y en las numerosas y sustanciosas notas que incluye. Consigue resumir, de manera clara y ordenada, un siglo y medio de resultados obtenidos en muy distintas direcciones. En un área en la que el papel de las personalidades es sin duda preponderante (¡cuántos nombres ilustres son objeto de nuestra admiración!), el papel de las instituciones ha sido determinante: la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, la Sociedad Asiática, la Oficina de Misiones Científicas y Literarias, el Comité de Trabajos Históricos del Ministerio de la Instrucción Pública, la Comisión de Excavaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores, el Museo del Louvre, el CNRS (Centre national de la recherche scientifique); a los que hay que añadir las grandes escuelas e institutos extranjeros: Atenas, Roma, IFAO de El Cairo, Casa de Velázquez, Escuela Francesa de Extremo Oriente y, tras el final de la segunda guerra mundial, IFAPO (Beirut, Damasco, Amman), Teherán, Estambul, México...

A través de las vicisitudes de la historia y en un campo geográfico inmenso que, desde Francia, nos hace recorrer este mundo tan vasto, la autora sabe evocar muy bien la variedad de métodos y técnicas; pone de relieve los lazos tan diversos de la arqueología con los demás campos del saber, y también (algo que sorprenderá seguramente a más de uno) con lo político entendido en su sentido más amplio, y en concreto con la diplomacia.

En unas circunstancias difíciles para ella —tuvo que obrar sola, sin dar con el apoyo necesario—, se trata de un libro bello, tremendamente útil y a menudo apasionante que Ève Gran-Aymerich ha sabido realizar y que ahora ofrece a nuestra curiosidad.

Jean Leclant
Catedrático honorario del Collège de France
Secretario vitalicio de la Academia
de Inscripciones y Bellas Letras

*This page intentionally left blank*

# PRÓLOGO

No es difícil constatar que la arqueología ha salido del reducido ámbito de la erudición para entrar en nuestras vidas por derecho propio. A raíz del gusto por los viajes, el descubrimiento de monumentos del pasado resulta ahora más seductor que nunca. Prueba de ello es la gran aceptación que han experimentado las grandes exposiciones tanto en Europa occidental como al otro lado del Atlántico.

El brillo y la superficialidad de esta pasión no han de ocultar el progreso innegable que desde hace un siglo ha experimentado la arqueología. Este movimiento constituye la culminación de una corriente que se remonta a los albores de la modernidad. ¿Cómo no evocar, entre tantas otras figuras, la de Ciriaco de Ancona que en pleno siglo XV recorrió la Grecia continental e insular para recopilar las inscripciones griegas? Desde su origen, el Renacimiento no sólo se dedicó a redescubrir y difundir textos, a pesar de que esta obra siga brillando de modo excepcional. Los siglos XVI y XVII fueron la época de los viajeros, a menudo en un ambiente de diplomáticos apasionados por la antigüedad tales como Nicolay, en tiempos de Enrique II, o Nointel, bajo el reinado de Luis XIV.

Pero estos diplomáticos pronto se encargaron de misiones concretas, como Fourmont, hombre de letras, e incluso el naturalista Granger, quienes recibieron, al igual que muchos otros, subsidios de la Casa del Rey, prefigurando así las misiones científicas de épocas más recientes. El interés por observar, copiar, medir y dibujar dio enseguida paso a la necesidad de realizar excavaciones. Y estos precursores embebidos del espíritu de las luces sabían además de botánica, zoología, etnografía y confirma-

ban la investigación de la antigüedad mediante una familiaridad exacerbada con los autores griegos y latinos.

A pesar de estos primeros balbuceos, la arqueología de ayer no estaba tan lejos de la actual. Nunca ha dejado de mantener estrechos lazos con la filología, la protohistoria o la antropología, antes de que hace unas décadas la revolucionara la irrupción de métodos de análisis físico, químico o nuclear. Asimismo, los recursos informáticos hoy se han generalizado tanto para los dibujos como para la catalogación de monumentos y objetos.

Sin embargo, esta larga trayectoria curiosamente no ha captado la atención de los historiadores. Bien es cierto que los aniversarios de una gran figura de la ciencia, de una excavación, o del descubrimiento de un yacimiento o región habían suscitado conmemoraciones y estudios. Pero es seguramente una laguna de la investigación francesa haberse mostrado más tímida que la investigación anglosajona a la hora de emprender un estudio de síntesis de la arqueología, desdeñando las barreras y separaciones de ayer y de hoy.

Ève Gran-Aymerich ha sabido captar el nuevo campo de investigación que se abría ante ella. Su sólida formación clásica, su gusto por el terreno, la magnitud de sus investigaciones ya le permitieron presentar en su día el asunto Dieulafoy en un bello estudio que gozó de una gran acogida entre un público amplio. Después se embarcó en una obra mucho más ambiciosa, a pesar de correr el riesgo de quedarse en lo anecdótico o de resultar inextricable, con unas informaciones sin duda útiles pero cuya abundancia amenazaba con ahogar el principio director de la obra, es decir, la evolución de los innumerables métodos, técnicas y vínculos de la arqueología con las demás ramas del conocimiento, así como con el comercio, la diplomacia o la política.

Es todo un mérito que Ève Gran-Aymerich haya sabido afrontar este ambicioso programa. El libro que el lector tiene hoy ante sí responde plenamente a su título y no le decepcionará. La Expedición a Egipto constituye un punto de partida deslumbrante, con la pléyade de hombres de ciencia que acompañaban al joven conquistador a petición suya. La fundación del Instituto de Egipto, aún activo, muestra cómo se preocupaba el general Bonaparte por los resultados obtenidos a corto plazo, en menos de dos años, y que después dieron lugar en menos de veinte a este monumento sin igual que es la *Description de l'Egypte*.

La segunda guerra mundial constituye otro punto de referencia cronológico. Por una parte, la nueva situación política del Mediterráneo y Oriente Próximo exigía un nuevo enfoque de la arqueología. Por otra, la fulgurante aceleración del progreso científico y técnico cambiaron radicalmente los métodos de trabajo.

Entre estos dos momentos, hay un recorrido y unas evoluciones que la autora ha sabido analizar y presentar con claridad y precisión. El alcance de su información y la calidad de su interpretación hacen de este libro una herramienta de trabajo segura y cómoda. Pero además, el libro es propulsor de ideas y de investigaciones nuevas. No cierra una investigación sino que, sobre todo, abre nuevas vías. Si añadimos que Ève Gran-Aymerich ha trabajado a la vez que impartía clases de Bachillerato, sin contar con una excedencia ni una beca, podemos valorar la fuerza de voluntad y la capacidad de trabajo poco comunes que le animan. No me queda más que desear que este libro tan bello, que es un gran libro, obtenga la audiencia que merece. *Lege, quaeso!*

André Laronde
Catedrático de la Universidad de París IV-Sorbona

*This page intentionally left blank*

# INTRODUCCIÓN
# ARQUEOLOGÍA E HISTORIOGRAFÍA

A través de su dedicación a la antigüedad clásica, a Oriente Próximo o a Egipto, o contribuyendo al pleno reconocimiento de la prehistoria en Francia y en toda la cuenca mediterránea, los viajeros, diplomáticos, aficionados o eruditos son testigos de una evolución que empieza con los coleccionistas y anticuarios de finales del siglo XVIII y lleva hasta los investigadores de nuestros días.

Efectivamente, mientras en el siglo XIX se elaboran el método histórico y la crítica en filología, y la arqueología se va definiendo progresivamente como ciencia, asistimos a la implantación de instituciones que, tanto en Francia como en el extranjero, impulsarán la investigación. Las biografías de arqueólogos,[1] que extraen la aportación científica de cada uno, esbozan las líneas maestras de una historia de la ciencia, contribuyendo a reconstituir un medio intelectual y social. Así, la biografía de Camille Jullian en su juventud permite a Olivier Motte encontrar «desde el interior [...] el génesis de un pensamiento erudito» y captar el proceso de «traslación del saber en el seno de los grupos de expertos».[2] La biografía de Jane Dieulafoy, que colaboró con su marido en la exploración de Persia y las

---

1 Esta historia de la arqueología francesa en el Mediterráneo y en Oriente Próximo se emprendió en 1983 y en un primer momento se abordó desde una perspectiva biográfica. Cf. los artículos titulados «Les grands archéologues», aparecidos en *Archéologia* de 1983 a 1987.

2 O. Motte, *Camille Jullian: les années de formation*, París-Roma, École Française de Rome, 1990, prólogo, p. 1 *sq*.

excavaciones en Susa, ofrece la imagen de la arqueología de terreno antes de convertirse en campo exclusivo de los profesionales.[3] Se podría, ciertamente, considerar la redacción de un diccionario biográfico de los representantes de la «ciencia arqueológica»[4] parecido a los que Christophe Charle y Eva Telkès dedicaron a los profesores de la Facultad de Letras de París o del Colegio de Francia.[5] Pero el repertorio no tendría un interés sociológico tan grande ya que no se trata de elaborar la historia de una institución, sino de una ciencia representada por múltiples instancias.

No por ser del campo de la historiografía, la historia de la arqueología deja de pertenecer a la epistemología. Esto implica, por lo tanto, que se puede abordar desde una diversidad de ángulos: se trata de reconstruir las etapas que sigue la «ciencia arqueológica» en su elaboración y evolución.

Como señala Pierre Nora,[6] asistimos desde hace unos años al «despertar de una conciencia historiográfica» que da prioridad a los «lugares de la memoria», entre los que figuran en primer plano los yacimientos arqueológicos, y que tiende a sustituir «la historia-memoria» por «la historia-crítica».

Mientras en 1976 aparecía en Francia la primera tesis de «historia de la historiografía»[7] y esta «subdisciplina»[8] se dotaba de instituciones —la Comisión de Historia de la Historiografía, fundada en Bucarest en 1980 y la revista internacional *Storia della storiografia*—,[9] la historia de la arqueología constituía en 1978 el tema exclusivo de un primer coloquio organizado en Aarhus (Dinamarca) por Ole Klindt Jensen;[10] en Catania

---

3 È. y J. Gran-Aymerich, *Jane Dieulafoy, une vie d'homme*, París, Perrin, 1991.

4 J. Bottéro, «Essor de la recherche historique», en *L'Histoire et ses méthodes*, C. Samaran (dir.), París, Gallimard, 1961.

5 C. Charlie, *Les Professeurs de la faculté des lettres de Paris, dictionnaire biographique*, vol. 1: 1809-1908, vol. 2: 1909-1939, París, Éditions du CNRS-INRP, 1985-1986. E. Telkès, *Les Professeurs du Collège de France. Dictionnaire biographique. 1901-1939*, París, Éditions du CNRS-INRP, 1988.

6 P. Nora, «Entre Mémoire et Histoire. La problématique», en *Les Lieux de mémoire. I, La République*, París, Gallimard, 1984.

7 C.-O. Carbonell, *Histoire et historiens en France*, Toulouse, Privat, 1976.

8 C. Charle, «Rapport sur l'état présent de l'histoire de l'historiographie», en *Colloque de définition sur l'histoire des sciences sociales et humaines*, París, CNRS, 1986, p. 2.

9 Revista *Storia della Storiografia*, Milán, dos números anuales desde 1982.

10 Glyn Daniel lo resume en *Towards a History of Archaeology*, Londres, 1981; O. Klindt Jensen es autor de una historia de la arqueología escandinava, *A History of Scandinavian Archaeology*, Londres, Thames & Hudson, 1975.

se celebraba en 1985 un congreso donde se abordaba la arqueología italiana en el Mediterráneo;[11] en Madrid, el CSIC organizaba una reunión internacional sobre la «historiografía de la arqueología» en España.[12] En Francia, la reflexión sobre la historia de las ciencias sociales y humanas suscitó la celebración en 1986 de un coloquio de definición de la arqueología organizado por el CNRS, en el que se redactó un informe sobre la arqueología que dio lugar a la fundación, en 1987, de la Sociedad Francesa de Historia de las Ciencias y del Hombre. De hecho, a esta última le debemos el coloquio sobre historia de la prehistoria organizado en París y en Saint-Germain-en-Laye, en 1991, en colaboración con la Sociedad Prehistórica Francesa. Finalmente, en septiembre de 1992, el Centro de Investigaciones A. Piganiol (Universidad de Tours) reunió en Boug-en-Bresse su coloquio anual cuyo tema, «Los arqueólogos y la arqueología», da buena muestra del interés creciente que genera en nuestro país el «pasado del pasado», según la expresión de Glyn Daniel.[13]

Historiografía, historia de la historiografía, historia de las ciencias, epistemología: todas estas «disciplinas» se aplican a la arqueología en la medida en que, como decía Georges Perrot,[14] es la «proveedora de la historia», pero también una ciencia ligada a la realidad, a la producción humana, cuya revelación progresiva modifica la visión del historiador.

La arqueología se designa a sí misma como ciencia, pero no ha recibido esta denominación desde un principio y el debate sobre su relación con la historia o la filología aún no ha concluido. La arqueología, como «ciencia del pasado», se define por su objeto, sus principio teóricos, sus métodos y sus resultados. Se aplica a cualquier obra humana en la misma medida que la filología, según la definición de Ernest Renan como «ciencia del hombre» que consiste en la «experimentación universal de la vida humana y, por consiguiente, en el estudio de todos los productos de su activi-

---

11 V. La Rosa (ed.), *L'Archeologia italiana nel Mediterraneo fino alla seconda guerra mondiale*, Catania, Centro di studi per l'archeologia greca CNR, 1986.

12 *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España*, coordinada por J. Arce y R. Olmos, Madrid, Ministerio de Cultura, 1991.

13 G. Daniel, *Archaeology and the History of Art*, lección inaugural de la Universidad de Hull, 21 de enero de 1969, Hull, 1970, p. 13.

14 G. Perrot, *Mémoires d'archéologie, d'épigraphie et d'histoire*, París, 1875; cf. la reseña biográfica aparecida en *Archéologia*, 216, sept. 1986, pp. 73-79.

dad».[15] La identidad entre arqueología y filología que se deduce de estas propuestas es el resultado de la conversión que exige Renan al filólogo: éste, tras el descubrimiento de documentos epigráficos del Antiguo Oriente, debe ser «a la vez lingüista, historiador, arqueólogo, artista y filósofo».[16]

La «invención» y la definición del objeto arqueológico imponen la noción de cultura material e introducen nuevos tipos de testimonios del pasado; el campo de la historia se ve ampliado más allá de sus propios límites, ya que abarca los tiempos cuyos vestigios materiales de una actividad humana se erigen en documentos históricos. La «ciencia arqueológica», entendida como «la materia de la que el historiador extrae su conocimiento», ha contribuido «al notable enriquecimiento del conocimiento del pasado, a la renovación de la historia».[17]

Dada la diversidad de ámbitos a los que se aplica la arqueología, no podemos pretender abarcar su historia sin definir el marco que nos hemos fijado. Hemos decidido examinar la arqueología francesa en el Mediterráneo occidental y oriental, en Italia y en España así como en África del Norte y Egipto, Grecia y el Oriente helénico, las costas de Oriente Próximo, llegando hasta Mesopotamia, Anatolia y Persia. Regiones todas ellas muy diversas que han suscitado *arqueologías*, clásica, oriental e incluso prehistórica, constituidas simultánea o sucesivamente a lo largo del siglo pasado en una relación de competencia de la que todavía hoy dan prueba las instituciones nacidas entre 1830 y 1945, y la más reciente de ellas, el CNRS (Centre national de la recherche scientifique) en el que desde su origen se establece una relación desigual entre, por una parte, la arqueología clásica y oriental y, por otra, la arqueología prehistórica y metropolitana. Son divergencias heredadas de la propia historia de esta disciplina, del periodo 1830-1945 que asiste a la creación de muchas instituciones, a veces rivales, con intereses a menudo contradictorios.

Si bien para la arqueología 1830 parece ser un momento privilegiado en el que nace el interés del Estado por el patrimonio monumental nacio-

---

15 E. Renan, *L'Avenir de la science. Pensées de 1848*, París, 1890, en la ed. completa de H. Psichari (1947-1961), t. 3, p. 939.

16 *Ibidem*, p. 832.

17 J. Bottéro, «Essor de la recherche historique», *op. cit.*, p. 143. A Schnapp hace una reflexión sobre «la arqueología y la presencia del pasado» en la introducción a su obra *La Conquête du passé. Aux origines de l'archéologie*, París, Éditions Carré, 1993.

nal y en el que se constituyen los comités de François Guizot,[18] está claro que, al intentar recoger la información de la «ciencia arqueológica» y recomponer las distintas etapas, hay que extender la búsqueda hasta el siglo XVIII, con la obra de Bernard de Montfaucon[19] o de un tal conde de Caylus,[20] para encontrar las nociones y los principios fundadores.

¿Cómo negar, por otra parte, que la Expedición a Egipto hace posible el nacimiento de una nueva disciplina al otorgarle un marco oficial e institucional? En la misión no sólo participan expertos, entre los cuales se encuentra Dominique Vivant Denon, sino que además enseguida se crea el Institut de l'Égypte y se reúne una comisión para elaborar la famosa *Description.*[21] Además, Denon asume la dirección del Museo del Louvre, que completa el abanico de instituciones dedicadas a la arqueología. La Expedición a Egipto, que por primera vez conjuga intereses militares y científicos, concretamente arqueológicos, sirve de modelo para la misión de Morea,[22] para la expedición científica de Argelia e incluso para la misión de Fenicia de Ernest Renan.[23]

Por lo que respecta al año 1945, aparece como el final de este largo periodo que culmina y termina con la creación de la «gran organización científica» que reclamaba E. Renan[24] ya desde 1848 y que se materializa en el CNRS y en la reglamentación de la arqueología en territorio nacional. Esta fecha marca asimismo el comienzo de una nueva era para la arqueología, no sólo en Francia sino en todo el mundo, que se caracteriza tanto por la generalización de nuevos métodos como por las transformaciones históricas y políticas.

---

18 En 1834, Comité de Trabajos Históricos y Científicos y en 1837, Comité de Artes y Monumentos. Cf. X. Charmes, *Le Comité des travaux historiques et scientifiques*, París, 1886.

19 Bernard de Montfaucon (1655-1741), benedictino de la orden de Saint-Maur, *L'Antiquité expliquée et représentée en figures par les monuments*, París, 1719-1767.

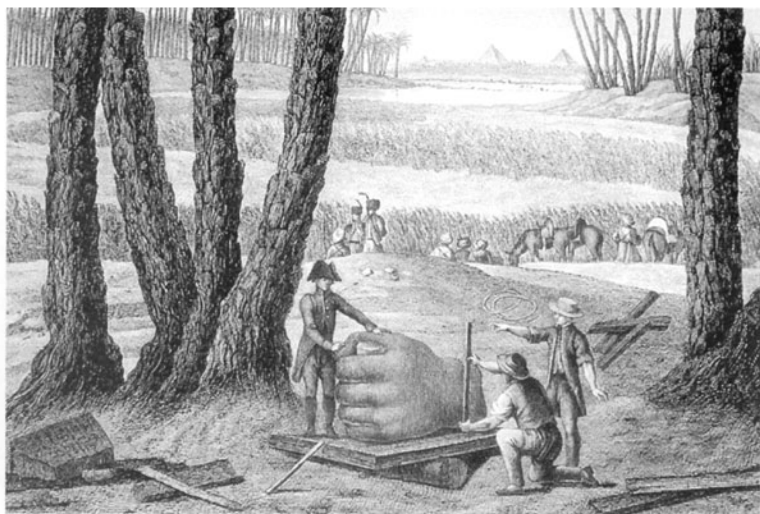
20 Conde Anne Claude de Tubières de Caylus (1692-1765), *Recueil d'antiquités égyptiennes, grecques, étrusques et romaines*, 7 vols., París, 1752-1767.

21 *Description de l'Egypte*, 9 vols. de texto y 14 vols. de láminas, París, 1809-1828.

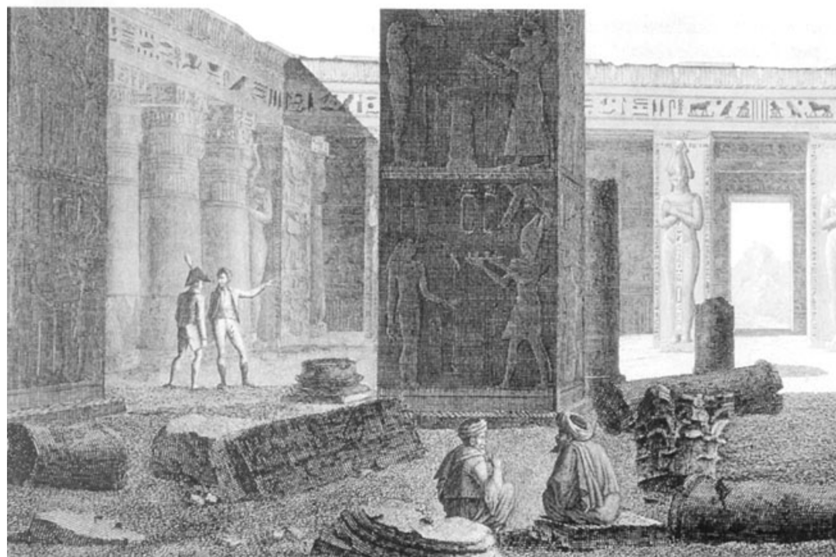
22 El cuerpo de la expedición francesa de 1829, acompañada por una comisión científica, está encargado de expulsar a los turcos del Peloponeso: A. Blouet, A. Ravoisié, A. Poirot, F. Trézel, F. de Gournay, *Expédition scientifique de Morée*, París, 1831-1838.

23 E. Renan, *Mission de Phénicie*, París, 1861.

24 E. Renan, *L'Avenir de la science*, *op. cit.*, p. 926.



1. Los eruditos de la Expedición a Egipto toman las medidas de una mano de coloso, *Description de l'Égypte. Antiquités*, tomo v, lám. 12. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



2. Tebas, Medinet Habu, *Description de l'Égypte. Antiquités*, tomo II, lám. 14. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

¿Es posible la historia de la arqueología en este contexto? ¿No la veríamos disgregada en diversas *historias* yuxtapuestas, vinculadas todas sin duda a un mismo objeto que es el pasado del hombre, pero con forma distinta y estudiadas mediante métodos diferentes? ¿Hay que abordar por separado la historia y la prehistoria, la arqueología clásica y la arqueología oriental o incluso la arqueología metropolitana? De hecho, se puede incluso fraccionar cada uno de sus sectores y emprender la historia de la egiptología, la asiriología, la etruscología, etc. ¿Sería por lo tanto la unidad de la «ciencia arqueológica» un señuelo y su historia, inaccesible?

En todo caso, a finales del siglo XIX esta aporía desaparece. Las diferentes disciplinas arqueológicas seguramente se elaboraron y desarrollaron a la vez y por separado. Si bien 1867 —año que fue testigo de dos acontecimientos importantes: la presentación de la prehistoria en la Exposición Universal de París y la inauguración del Museo de Antigüedades Nacionales en Saint-Germain-en-Laye— es el año del reconocimiento de la prehistoria, los *Rapports sur les progrès des lettres et des sciences*[25] presentados en la misma fecha no hacen referencia a la prehistoria al abordar la arqueología. No hay ningún otro informe de este *Recueil* que la mencione de manera explícita, aunque sea pertinente hacerlo a propósito de los avances de la antropología y la paleontología. Estamos ante una situación «marginal» de la prehistoria, que todavía no ha logrado hacerse un hueco en la arqueología; pero se trata de una situación provisional ya que la inauguración del Museo de Saint-Germain-en-Laye supone un cambio decisivo para el estatuto de la prehistoria y determina la aparición de una «ciencia arqueológica» unificada. Alexandre Bertrand, instigador y primer director del Museo de Antigüedades Nacionales, fue el primer helenista que se dedicó a la arqueología prerromana de la Galia y pionero en enseñar la prehistoria en la Escuela del Louvre.[26] La integración de la prehistoria en la historia, esbozada entonces, se acelera con los extraordinarios descubrimientos de Heinrich Schliemann en Troya, Micenas y Tirinto, que dejan bien claro que el «milagro griego» no nace espontáneamente de

25 *Recueil de rapports sur les progrès des lettres et des sciences en France,* París, 1867-1868. Informes redactados en el marco de la Exposición Universal de 1867, sobre el modelo de los que presentaron en 1810 las distintas clases del Instituto a Napoleón I.

26 Cf. «Alexandre Bertrand», *Arqueologia*, 227, sept. 1987. Título del curso impartido en la Escuela del Louvre en 1882-1883: «La Gaule avant les Gaulois».

la nada, sino que encuentra sus raíces más profundas en la prehistoria del Oriente helénico.

Cuando, muy a finales del siglo XIX, se admite la prehistoria de Egipto y Palestina, y Tello[27] y Susa[28] dan a conocer unas civilizaciones de las que la historia no conservaba huella alguna, la continuidad entre la prehistoria y la historia se hace más que evidente.

A partir de ese momento, la prueba de la validez de una labor estrictamente arqueológica viene dada por la arqueología prehistórica, ya que interpreta cualquier vestigio de producción humana como un «hecho cultural» que contribuye a la comprensión del «fenómeno humano».[29] De este modo, la concepción de la historia se ve tremendamente modificada, pues la noción de documento llega más allá de los archivos escritos: la arqueología proporciona los «archivos del suelo», que contribuyen a reconstruir la historia humana en todas sus manifestaciones, desde los orígenes de la especie.

En la transición del siglo XIX al XX, se toma conciencia de que la historia de la humanidad rebasa el ámbito de los únicos vestigios escritos que conforman la historia entendida como disciplina intelectual. Ya en el siglo XVIII, Montfaucon y Caylus habían elevado los objetos a la categoría de documentos que demostraban la actividad humana y su evolución a lo largo de la historia; Camille Jullian, por su parte, no puede contentarse con limitar la historia de la Galia al único periodo del que se han conservado textos, aquél en el que el país se hallaba sometido a la influencia romana. Para recomponer la historia de la Galia, siente la imperiosa necesidad de recurrir a todas las disciplinas que investigan «todos los aspectos del hombre».[30] Así, la arqueología prehistórica, que hasta entonces se había encasillado en las ciencias naturales, pasa a formar parte de la ciencia histórica.

---

27 Tello-Lagash, descubierta en 1877 por E. de Sarzec, vicecónsul de Francia en Bassora, reveló la civilización de los sumerios.

28 Susa fue excavada en primer lugar por Jane y Marcel Dieulafoy (1884-1886) y, más tarde, por J. de Morgan que estuvo al frente de la delegación arqueológica francesa en Persia de 1897 a 1912.

29 R. P. Teilhard de Chardin, *Le Phénomène humain*, 1955.

30 C. Jullian, «Conférences du Collège de France entre 1918 et 1921», en *Au seuil de notre histoire*, t. 2, París, 1930, y citado por A. Grenier, *Camille Jullian, un demi-siècle de science historique et de progrès français (1880-1930)*, París, 1944, p. 292.

En su «Plaidoyer pour la préhistoire»,[31] Camille Jullian reivindica el «derecho a la historia [...] para estudiar el sílex y el bronce, los monumentos anteriores a los textos», y afirma: «la prehistoria es historia».[32]

El mundo antiguo, tal como lo demuestra la arqueología en Grecia, Egipto, Oriente Próximo y Asia occidental, pone de relieve la fuerte cohesión y estrecha solidaridad de las sociedades que lo componen. A la vez que se borran las distancias entre prehistoria e historia, las distintas arqueologías, definidas hasta entonces por los campos a los que se aplicaban, descubren su unidad fundamental y todas confluyen al dilucidar los vínculos establecidos entre las civilizaciones que se habían ido sucediendo en torno al Mediterráneo. Algunos arqueólogos «clásicos», en general helenistas, como Léon Heuzey, Salomon Reinach o Edmond Pottier, ponen la mirada en el Oriente más antiguo y dan buena prueba en su propia persona y en su obra de la reducción de barreras que mantenían dividida la ciencia arqueológica.

El periodo comprendido entre 1880 y 1940 fue un momento de equilibrio ideal y frágil durante el cual la arqueología adquirió unidad y algunos arqueólogos vieron posible abarcar en su conjunto todo el pasado de la humanidad. Tras la segunda guerra mundial, los progresos de los métodos aplicados en arqueología, la intervención de un número creciente de ciencias en su ejercicio y la consiguiente especialización cada vez mayor provocaron la fragmentación de la ciencia arqueológica que nos transmitió el siglo XIX.

1945 es a la vez un límite y un punto de llegada, una fecha que marca la ruptura y un nuevo comienzo. La arqueología francesa en el Mediterráneo y en Oriente Próximo, elaborada a lo largo del siglo XIX, se extiende de España a Irán hasta 1939, dominada por el sentimiento apasionante de que los descubrimientos excepcionales, que se suceden en Oriente entre las dos guerras mundiales, dan la clave de un pasado que ya puede reconstruirse. Es precisamente la historia de esta arqueología anterior a la pérdida de la ilusión la que nos proponemos estudiar.

31 C. Jullian, «Plaidoyer pour la préhistoire», lección inaugural del Collège de France, 4 de diciembre de 1907, en *Au seuil de notre histoire*, t. 2, París, 1930.

32 C. Jullian, *ibidem*, citado por A. Grenier, *Camille Jullian..., op. cit.*, p. 292.

Se trata de una historia de descubrimientos, de instituciones específicamente arqueológicas, pero sin olvidar que la historia de una ciencia no puede concebirse fuera del contexto político, económico, social e ideológico en el que se desarrolla. Así, no se puede abordar la arqueología francesa sin tener en cuenta la arqueología europea y estadounidense de la misma época. Es evidente que, a lo largo del periodo que abarca nuestro estudio y en las regiones en las que se ejerce la arqueología —Grecia, Italia, Oriente Próximo, Egipto y España—, la competencia entre las grandes potencias, con Francia, Gran Bretaña y Alemania a la cabeza, refleja la rivalidad política por lograr la hegemonía en estas regiones.

La evaluación de la arqueología francesa exige por lo tanto una comparación con la de los países en competencia, no sólo desde el único punto de vista de su presencia en el terreno (misiones, expediciones, excavaciones), sino también examinando la organización y el funcionamiento de esta ciencia en los distintos países. De este modo, será más clara la especificidad de la arqueología francesa y más fácil su comprensión.

Generalmente se considera que, entre principios del siglo XIX y 1939, la arqueología francesa conoció una auténtica «edad de oro» durante la cual se multiplicaron las expediciones lejanas de exploración, las grandes excavaciones en Grecia, en Oriente Próximo o en Irán, a la vez que se procedía a la revalorización sistemática de los emplazamientos de África del Norte.

Este auge sólo se explica si tenemos en cuenta la política de expansión que desarrollaron los diferentes regímenes. De hecho, sus cambios traducían las fluctuaciones de los obstáculos o las decisiones generales. Así, por ejemplo, las excavaciones de Jorsabad sufren el contragolpe de la represión que sigue a los acontecimientos de 1848, ya que Paul-Émile Botta es destituido de su cargo de diplomático de Mosul. En este mismo orden de ideas, hay que preguntarse por qué y por qué hasta ese momento se había ignorado la arqueología metropolitana, durante el Segundo Imperio ésta conoce una época brillante. Por lo tanto, la historia de la arqueología queda estrechamente ligada a la historia política.

Este enfoque suscita una reflexión sobre el estado actual de la arqueología en Francia: efectivamente, desde hace unos años asistimos a una profunda renovación y un auge espectacular de la arqueología metropolitana, a la «explosión de la influencia de lo nacional». A este fenómeno se

le puede aplicar el análisis de P. Nora de «la llegada de la noción de patrimonio al seno de la conciencia pública y pedagógica», relacionándolo con «la conciencia industrial, la descolonización y el paso de un sentimiento de gran potencia a un sentimiento de potencia media».[33]

La historia de la arqueología será también la historia de las ideas y los grandes debates que la han jalonado, por ejemplo, la «cuestión de Oriente» y del origen de la civilización, que agita y divide a los arqueólogos, desde Salomon Reinach u Oscar Montelius hasta Vere Gordon Childe.[34] Los argumentos utilizados para ponerse en guardia contra el «espejismo oriental» y establecer en Europa una relación de intercambios equilibrados con Oriente serán desechados por los prehistoriadores alemanes, cuya figura más influyente es G. Kosinna,[35] que pondrán todo su empeño en hacer de su país el epicentro de todos los descubrimientos fundadores de las sociedades humanas y el foco desde el cual debían irradiar hacia el resto de Europa y Oriente.[36]

La historia de la «ciencia arqueológica» será la historia de su elaboración: su objeto, sus principios, sus métodos, sus resultados y sus relaciones con las demás ciencias, en particular con la filología y la historia.

La definición del documento arqueológico pasará por distintas etapas, desde los objetos de colección organizados en catálogos por Bernard de Montfaucon y el conde de Caylus hasta los restos de recipientes, herramientas de piedra o hueso y cualquier vestigio de la «industria»

---

33 P. Nora, «À l'école du patrimoine», en *Les Jeunes et Patrimoine architectural*, coloquio organizado en la Unesco, París, 1989, por Jeunesse et Patrimoine international, Lieja, 1990, p. 21.

34 «Le mirage oriental» de S. Reinach, en *Chroniques d'Orient*, t. 2, París, 1890, apéndice 1, p. 509-565; íd., «Les déesses nues», *Revue archéologique*, 1895; O. Montelius, *Der Orient und Europa*, 1899; V. Gordon Childe, «The Orient and Europe», *American Journal of Archaeology*, 1939, pp. 10-26.

35 Gustav Kosinna (1858-1931): filólogo y después prehistoriador, nombrado en 1902 catedrático de prehistoria alemana en la Universidad de Berlín, donde ejerció hasta su muerte.

36 G. Daniel, *The Idea of Prehistory*, Londres, C. A. Watts & Co. Ltd., 1962, cap. VI; A. Schnapp, «Archéologie et nazisme», *Quaderni di Storia*, 5, 1977, pp. 1-26; A. Schnapp, «Archéologie, archéologues et nazisme», en L. M. Olender (ed.), *Mélanges Léon Poliakov. Le racisme mythes et sciences*, Bruselas, 1981.

humana. Veremos cómo el apartamiento sistemático de las ciudades antiguas da paso a su «saqueo»; y en la búsqueda ávida y desordenada de «antigüedades» se sucederán los esfuerzos por restituir los lugares de la vida cotidiana mediante la excavación organizada y el trabajo de reconstrucción de edificios, capas estratigráficas y objetos. Asistiremos al interés por reconocer los intercambios entre los distintos ámbitos de la arqueología; es el caso de la noción de estratigrafía, que la prehistoria toma de la geología y aplica durante las grandes excavaciones de Grecia y Oriente, o de los estudios cerámicos, concebidos y puestos en práctica en las investigaciones de vasos griegos y desarrollados en los trabajos de Oriente Próximo y en la prehistoria metropolitana, centrándose en la cerámica de la época neolítica, hasta entonces desdeñada.

Al igual que la propia arqueología, su historia será multiforme, respetará la diversidad de la ciencia e intentará manifestar su coherencia interna para comprender mejor su organización y los problemas con que se encuentra. En un momento en que nuestra sociedad sufre profundas transformaciones y reclama que cada uno de nosotros realicemos un esfuerzo importante de adaptación, la arqueología tiene una función nada despreciable que desempeñar para definir y mantener una identidad cultural, y su historia garantiza que puede asumir esa función. El carácter universal de su finalidad y su método puede ser un factor de integración y de cohesión sociales.

Siempre que los arqueólogos no se contenten con «cavar el suelo para encontrar objetos» y no se preocupen exclusivamente por los métodos que aplican, olvidando su «finalidad primera, que es encontrar hombres», según la bella frase de sir Mortimer Wheeler,[37] la arqueología, consciente de sí misma y tras haber recorrido su historia, tendrá por delante un largo futuro

37 R. R. M. Wheeler, «What matters in archaeology», *Antiquity*, 24, 1950, p. 128.

# PRIMERA PARTE
# LOS ORÍGENES
# DE LA ARQUEOLOGÍA CIENTÍFICA
# (1719-1848)

*This page intentionally left blank*

# 1. UNA CIENCIA DE LOS OBJETOS Y MONUMENTOS

En 1679 Jacob Spon fue el primero en dar al término «arqueología» su sentido moderno,[1] preconizó un método crítico para el estudio de las inscripciones y sostuvo la validez de los testimonios arqueológicos.[2] A partir de ese momento, se construyó y organizó la «ciencia arqueológica», primero en el ámbito preferido de los humanistas del Renacimiento —las civilizaciones griega y romana— y después cada vez más lejos hacia Oriente, hasta un pasado «antediluviano».[3]

Al establecerse un objeto propio y unas reglas específicas, la arqueología se distingue de la práctica de los coleccionistas, de la filología y de la historia filosófica. Pero, entre la definición que da Aubin-Louis Millin en 1796[4] y la de Charles Lenormant en el primer número de la *Revue archéologique* en 1844,[5] puede apreciarse la distancia que marcaron los sucesores de Caylus y Winckelmann y los «inventores» de Egipto y Mesopotamia.

Para Millin, es arqueólogo y, más vulgarmente, anticuario quien se dedica al «estudio de las antigüedades, es decir, al estudio de los monu-

---

1 Jacob Spon (1647-1685): Médico y erudito lionés. *Miscellanae eruditae antiquitatis*, 3 vols., Lyon, 1679-1685.

2 *Réponse à la critique publiée par M. Guillet*, 1679.

3 Referencia a J. Boucher Crèvecoeur de Perthes, *Antiquités celtiques et antédiluviennes*, París, 1847-1864. Hacemos alusión a los progresos simultáneos de la arqueología oriental y prehistórica en Occidente y Oriente.

4 A. L. Millin, *Introduction à l'étude des monuments antiques*, París, 1796-1826.

5 «L'Archéologie. Sur l'étude des vases peints antiques», *Revue archéologique*, 1, 1844, p. 3 ss.

mentos antiguos y de las antiguas costumbres que han llegado hasta nosotros».[6] Pero después de establecer la equivalencia aparente entre arqueólogo y anticuario, introduce esta distinción: «se aplica de manera más general el primer nombre (arqueólogo) a aquél que estudia los usos y costumbres y el segundo (anticuario) a aquél que estudia los monumentos». Para mantener la misma distinción, C. Lenormant introduce sin embargo un matiz y da ventaja al arqueólogo sobre el anticuario, que «es más bien quien recoge los monumentos de la antigüedad y los entiende». De «la era de los anticuarios»[7] pasamos a la de los arqueólogos.

## 1.1. La era de los anticuarios: La aparición del objeto arqueológico

El siglo XVIII, que asiste al triunfo de las Luces, conoce también una auténtica revolución en el gusto por el método histórico, alentada por los eruditos de la orden de los benedictinos de Saint-Maur, que se esfuerzan por fundamentar la historia en el análisis completo de *todas* las fuentes, concediendo una nueva importancia a los testimonios no literarios, cartas constitutivas, inscripciones, monedas, estatuas, objetos y monumentos concebidos como testigos, que jalonan el camino de la civilización y del progreso y despiertan desde ese momento un interés excepcional.

Los eruditos Jean Mabillon (1632-1707) y Bernard de Montfaucon (1655-1741) establecen las reglas de clasificación e interpretación de estos «nuevos» documentos históricos: el primero funda la diplomacia[8] y el segundo, la paleografía griega[9] y una «iconografía científica»,[10] que presenta en cinco volúmenes su *Antiquité expliquée et représentée en figures.*[11] B. de Montfaucon explica este título: «Por el término antigüedad entien-

6 A. L. Millin, *op. cit.*

7 A. Momigliano, «L'histoire ancienne et l'antiquaire», en *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne*, París, Gallimard, 1983, p. 244-293.

8 J. Mabillon, *De re diplomatica*, París, 1681.

9 B. de Montfaucon, *Paleographia graeca sive de ortu et progressu litterarum graecarum et variis omnium saeculorum scriptionis graecae generibus*, París, 1708.

10 A. Momigliano, *op. cit.*, p. 244.

11 B. de Montfaucon, *L'Antiquité expliquée et représentée en figures*, París, 1719-1724.

do únicamente aquello que puede llegar a la vista y aquello que puede representarse mediante imágenes», y distingue «dos clases de» monumentos «de la Antigüedad»: «la de los libros y la de las estatuas, bajorrelieves, inscripciones y medallas, que se complementan».[12] El estudio de los textos y el de los objetos, considerados como documentos históricos, son, así pues, complementarios y deben concurrir para reconstruir todos los aspectos de una civilización.

El objeto ya no es una simple ilustración sino que se convierte en tema de estudio, como ocurre con las «antiguas armas de los galos» a las que B. de Montfaucon dedica en 1734 una ponencia ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. En su preocupación por clasificarlas y fecharlas, se vale de la hipótesis de las tres edades (piedra, cobre y hierro) emitida por J.-C. Helin, profesor de Basilea, en una carta del 12 de mayo de 1718. B. de Montfaucon, que mantiene relaciones epistolares con los sabios de toda Europa, es conocedor de las investigaciones llevadas a cabo sobre las sepulturas megalíticas de Dinamarca, Noruega o Gran Bretaña. Publica en el tomo quinto de su *Antiquité expliquée...,* la sepultura de Cocherel descubierta en 1685.[13]

B. de Montfaucon pasó una larga temporada en Italia entre 1698 y 1701 y, si bien es, como sus contemporáneos italianos y franceses, especialmente sensible a la influencia de la civilización romana, participa en la renovación de los estudios griegos e incluso anima al cardenal Quirini, convertido en obispo de Corfú, a realizar excavaciones en Olimpia.[14]

No obstante, es en Italia donde la obra pionera del benedictino se verá reforzada por unos descubrimientos extraordinarios y turbadores. De hecho, en 1723, aparece por fin la obra que encargó a Thomas Dempster el gran duque de Toscana Cosme II en 1615.[15] En Toscana, los eruditos

---

12 *Ibidem*, introducción: citado por A. Schnapp, «Modèle naturaliste et modèle philologique dans l'archéologie européenne du XVI[e] au XIX[e] siècle», en *Historiografía de la arqueología*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1991, p. 19.

13 B. de Montfaucon, *Antiquité expliquée et représentée en figures*, París, 1719, t. V, 2.ª parte, p. 194 ss.

14 Carta del 14 de junio de 1723.

15 Thomas Dempster (1579-1625), catedrático de la Universidad de Pisa, *De Etruria Regali*, Florencia, 1723.

locales, obsesionados por la etruscomanía, exploran las tumbas de Tarquinia, se reúnen en academias en Cortona, Volterra o Florencia y uno de ellos, Francesco Gori (1691-1757), publica un *Museum Etruscum* en 1737, poco antes del descubrimiento de la cista Ficorini, en Preneste.[16] Luigi Lanzi, ayudante de la Galería de Oficios de Florencia, constituye un «museo etrusco» y contribuye a crear la etruscología dando las primeras exégesis exactas de textos etruscos.[17] Estamos aún muy lejos, sin duda, de la etruscología moderna ya que el patriotismo, la fantasía y la imaginación hacen las veces de método científico, pero ya pueden reconocerse los objetos etruscos y existen pruebas de que puede identificarse una civilización por los objetos que ha producido, con lo cual, su valor como documentos históricos queda confirmado.

Las «vasijas etruscas», que J. J. Winckelmann reconocerá como griegas,[18] se estudian por su ornamentación[19] y están muy buscadas por los coleccionistas, tal es el caso de lord W. Hamilton, embajador inglés ante el rey de Dos Sicilias. Éste confía la publicación de su «gabinete» al caballero P. V. d'Hancarville[20] que, junto con G. B. Passeri, es uno de los iniciadores de la ceramología griega.

La incipiente arqueología ve cómo su horizonte se amplía considerablemente desde 1738, año en el que se da un principio de exploración en Herculano, y sobre todo en 1748, cuando Pompeya sale del olvido. Este descubrimiento «fue toda una revelación: cuando todavía se ignoraba el nombre de la ciudad que salía de su sudario, todas las miradas se dirigían ya al lugar del milagro».[21] Esta ciudad, que se vio sorprendida por la erupción del Vesubio, parece haber conservado intacta su última escena y ofre-

16 M. Cristofani, «Le mythe étrusque en Europe entre le XVI^e^ et le XVIII^e^ siècle», catálogo de la exposición del Grand Palais, *Les Étrusques et l'Europe*, París, Réunion des musées nationaux, 1992.

17 Luigi Lanzi (1732-1810), *Saggio di lingua etrusca e di altre nazioni di Italia*, Florencia, 1789.

18 J. J. Winckelmann, *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, trad. Hubert, 3 vols., París, 1781, t. 1, p. 188.

19 G. B. Passeri, *Picturae Etruscorum in vasculis*, 3 tomos, 1767-1775.

20 P. V. d'Hancarville, *Collection of Etruscan, Greek and Roman Antiquities from the Cabinet of the Homble W. Hamilton*, Londres, 1766-1767.

21 P. Grimal, *À la recherche de l'Italie antique*, París, Hachette, 1961, introducción, p. 7.

ce una imagen única y sobrecogedora de la civilización romana del siglo I d.C. De este modo, surge en Pompeya la antigüedad que B. de Montfaucon trataba de explicar y representar, transmitiendo la impresión de una proximidad inmediata. Los objetos, que hasta entonces se habían ido coleccionando, clasificando e interpretando encuentran un contexto, el de su utilidad diaria; y la arqueología recupera un nuevo ámbito: la ciudad, que suscita una curiosidad apasionada y deja de concebirse como una mina de antigüedades destinadas a enriquecer las colecciones, para convertirse en objeto de investigación y estudio. En Pompeya, la arqueología entendida como el estudio de objetos y monumentos disponibles y visibles, según el planteamiento de Jacob Spon, por ejemplo, se convierte en una auténtica actividad de campo en la que la práctica de la excavación ocupa un lugar especial.

Los «países griegos»[22] de Italia, la Gran Grecia y Sicilia conocen la misma tendencia descubridora: en 1784, F. Gazzola llama la atención sobre Paestum y sus templos, mientras en Sicilia el padre Pancrazi, emulando a B. de Montfaucon, publica sus *Antiquités siciliennes* (1751) y la isla se llena de viajeros. Los príncipes Biscari y de Torremuza[23] realizan excavaciones en Catania restauraciones en los templos de Segesta y Agrigento, fundan los museos de Catania y Palermo y, en 1779, logran que se implante el embrión de lo que será un servicio arqueológico.

La arquitectura pasa a ser una de las «provincias» de la arqueología, que ve nacer en Italia sus primeras instituciones. En la misma época, Grecia es el lugar predilecto de viajeros y arquitectos ingleses, cuyas obras reavivarán el gusto por los estudios helénicos y contribuirán a completar la arqueología clásica que empieza a gestarse.

En 1751, la sociedad londinense de los Dilettanti envía a Atenas a un pintor, James Stuart, y a un arquitecto, Nicolas Revett, con la tarea de ano-

---

22 Ídem, p. 294-341. A. Momigliano, «La riscoperta della Sicilia antica da T. Fazello a P. Orsi», en *Storia della Sicilia*, vol. I, Nápoles, 1979, pp. 767-777; V. La Rosa, «"Archaiologhia" e storiografia: quale Sicilia?», en *Storia d'Italia. Le regioni dall' Unità a oggi. La Sicilia*, Turín, 1987, pp. 699-731.

23 El príncipe de Torremuza fue «asociado libre residente» de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, cf. J. Leclant, «L'Académie des inscriptions et belles lettres... il y a deux cents ans», en *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles lettres*, 1989.

tar, medir y dibujar las antigüedades de Atenas y trazar un plano de la Acrópolis.[24] Las medidas que toman de los monumentos son rigurosamente exactas, su análisis es científico y no dejan ningún resquicio a la imaginación. Ennio Quirino Visconti, el arqueólogo-anticuario italiano más notable de su época no se equivoca al declarar: «J. Stuart fue el primero en descubrir en Europa el verdadero gusto por la arquitectura griega».[25]

La misión de Stuart y Revett es la primera que obedece a unos fines científicos fijados de antemano. En la misma fecha, Julien-David Le Roy[26] se encuentra en Atenas y reproduce los monumentos de la Acrópolis. Enseguida alcanza a los ingleses y publica su obra antes que ellos, en 1758, con lo que ofrece la primera reproducción de monumentos helénicos.[27] Mas Le Roy no hace gala del mismo rigor y precisión que Stuart y Revett y cede con demasiada facilidad a su fantasía. Las misiones inglesas continúan en el Oriente helénico, y Richard Chandler y William Pars, financiados por la sociedad de los Dilettanti, acuden a Jonia en 1764, para dibujar los templos.[28]

En Grecia, como en Italia, la arqueología clásica define poco a poco sus ámbitos y se va constituyendo a medida que los trabajos de los arquitectos sientan las bases de estudios científicos con el rigor y la precisión de sus anotaciones, dibujos y croquis. En Italia y en Grecia, el estudio de la antigüedad a través de sus vestigios materiales, de sus objetos artísticos o de la vida diaria, así como de sus ruinas de monumentos y ciudades, requiere viajeros, arquitectos y anticuarios. Es en este contexto donde los «dos gigantes del siglo XVIII»,[29] el conde de Caylus y J. J. Winckelmann,[30]

---

24 N. Revett y J. Stuart, *Antiquities of Athens mesured and delineated*, Londres, 1761-1762, traducido al francés y publicado por el editor Firmin-Didot en 2 tomos, París, 1808-1822.

25 Citado por R. y F. Étienne, *La Grèce antique, archéologie d'une découverte*, París, Gallimard (Découvertes), 1990, p. 56.

26 Julien, David Le Roy (1728-1803), arquitecto, catedrático asociado a la Academia de Arquitectura y miembro del Institut de France.

27 J. D. Le Roy, *Ruines des plus beaux monuments de la Grèce*, París, 1758.

28 R. Chandler y W. Pars, *Antiquities of Ionia*, Londres, 1769-1797. Cf. D. Constantine, *Early Greek Travellers and the Hellenic Ideal*, Cambridge, 1984.

29 A. Hus, «Stendhal et les Étrusques», en *Mélanges J. Heurgon*, 1, 1976, p. 462.

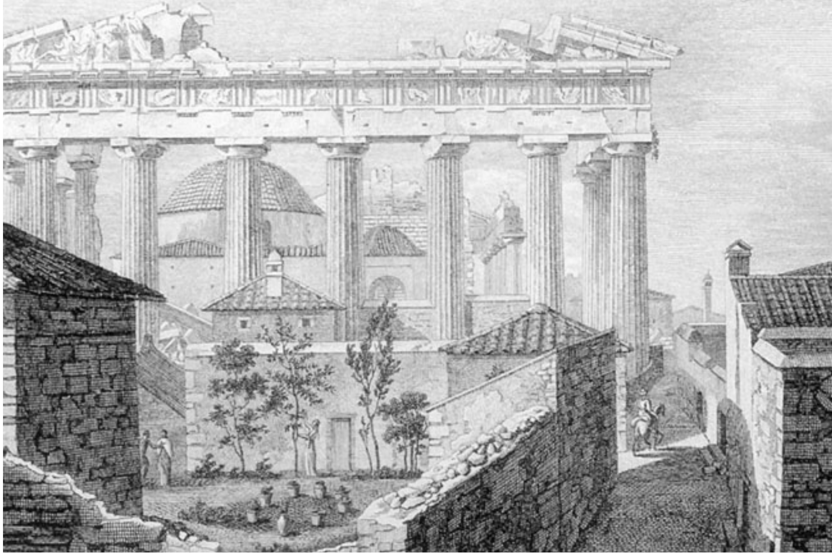
30 Johann Joachim Winckelmann (1717-1768). Cf. W. Schiering, «Zur Geschichte der Archäologie», y en particular «I. Von Bernard de Montfaucon zu Johann Joachim Winckelmann», en U. Hausmann, *Allgemeine Grundlagen der Archäologie*, Múnich, 1969, pp. 11-161.



3. James *Athenian* Stuart (1713-1788), retrato del frontispicio del primer volumen de las *Antiquités d'Athènes*, publicado en francés por C. P. Landon, 2 vols., 4 tomos, París, Imprimerie Firmin-Didot, 1808-1822. Biblioteca del Instituto de Francia.



4. Nicolas Revett, retrato del frontispicio del tomo IV de *Antiquités d'Athènes*, publicado en francés por C. P. Landon, 2 vols., 4 tomos, París, Imprimerie Firmin-Didot, 1808-1822. Biblioteca del Instituto de Francia.

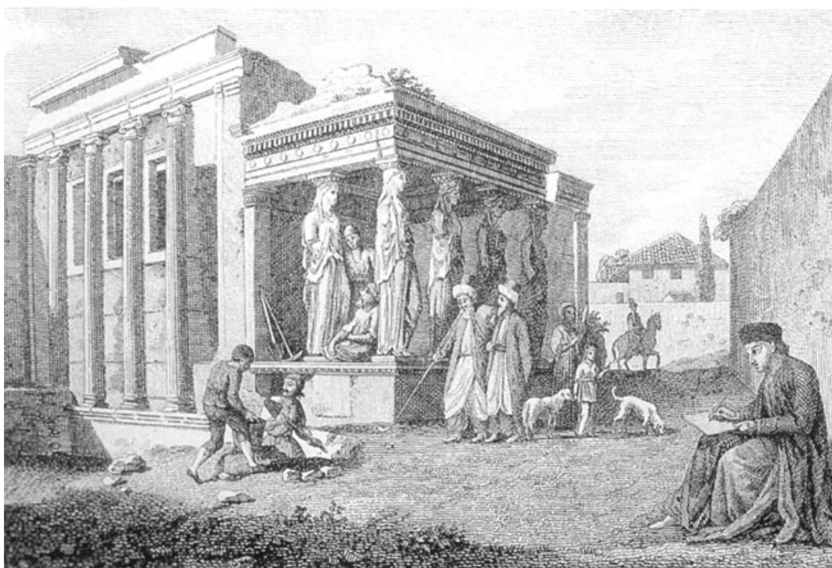


5. Atenas, vista de la fachada oriental del Partenón. Puede apreciarse la mezquita que se construyó en el interior del templo. J. Stuart y N. Revett, *Les Antiquités d'Athènes*, publicado en francés por C. P. Landon, 2 vols., 4 tomos, París, Imprimerie Firmin-Didot, 1808-1822, lám. IV del segundo tomo. Biblioteca del Instituto de Francia.



6. «Vue de quelques fragments d'un temple, situé dans un lieu de l'Attique appelé Thoreîon». En primer plano, los terraplenadores proceden a la excavación. J. D. Le Roy, *Les Ruines des plus beaux monuments de la Grèce*, 2 vols., París, 1770, lám. II del tomo I. Biblioteca del Instituto de Francia.

7. Atenas, «Vue de l'extremité occidentale du temple de Minerve poliade et le Pandrosium» (el conjunto del Erection): Disdar Aga y su yerno Ibrahim Aga vigilan las excavaciones que realizan los obreros de Stuart y Revett para descubrir los escalones del basamento y la base inferior de las Cariátides. J. Stuart y N. Revett, *Les Antiquités d'Athènes*, publicado en francés por C. P. Landon, 2 vols., 4 tomos, París, Imprimerie Firmin-Didot, 1808-1822, lám. XIX, fig. 1, tomo segundo. Biblioteca del Instituto de Francia.



darán un impulso decisivo a la arqueología que se encuentra en fase de gestación. Tanto uno como otro siguen con gran interés las excavaciones de Herculano y de Pompeya, y el conde de Caylus divulga mediante una traducción francesa el panfleto que redacta Winckelmann para protestar por los métodos empleados y las prohibiciones de la corte de Nápoles ante visitantes y eruditos.[31] Su «colaboración» en la difusión de los trabajos realizados en las dos ciudades campanienses no es la única razón para que se les asocie en un mismo epíteto superlativo: por sus obras respectivas, tanto uno como otro pueden aspirar al título de «fundadores» de la arqueología; el francés por su *Recueil d'antiquités*...[32] que establece los principios del método tipológico, y el prusiano[33] por aportar al arte antiguo una historia y un sistema.

Mientras que B. de Montfaucon abogaba por el recurso simultáneo y complementario a los textos y a los vestigios materiales para explicar la antigüedad, el conde de Caylus muestra absoluta preferencia por un punto de vista estrictamente arqueológico: los monumentos y los objetos ya no se cotejan con los textos sino con otros monumentos y objetos y «se clasifican por sí mismos en clases generales relativas a los países que los han producido y, en cada clase, se clasifican en un orden relativo según la época que los vio nacer».[34]

Los objetos y monumentos pasan de ser modelos para los artistas contemporáneos[35] a ser el centro del estudio, cuyo método y cuyas reglas son tan seguros y firmes como los que estableció B. de Montfaucon para la paleografía. La naturaleza y evolución de los productos de las civilizacio-

---

31 *Sendschreiben von den herculanischen Entdeckungen an der Reichsgrafen H. von Brühl*, 1762. *Nachrichten von den neuesten herculanischen Entdeckungen an H. Füssly*, 1764. *Lettres de Winckelmann à Bianconi*, 1779.

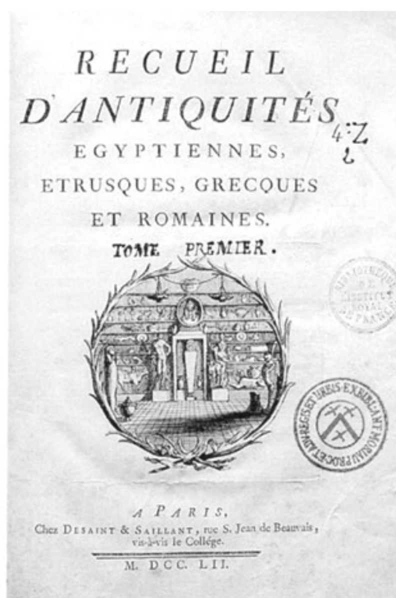
32 Conde Anne Claude de Tubières de Caylus, *Recueil d'antiquités égyptiennes, grecques, étrusques et romaines*, 7 vols., París, 1752-1767.

33 J. J. Winckelmann, *Geschichte der Kunst des Altertums*, 1763.

34 Conde de Caylus, *op. cit.* Prefacio del t. 1, citado por A. Laming-Emperaire, *Origines de l'archéologie préhistorique en France*, París, Éditions du Seuil, 1964, p. 83.

35 Punto de vista de lord W. Hamilton, que, durante su estancia en Nápoles como embajador ante el rey de Dos Sicilias, constituye una colección de vasijas «etruscas» y la manda publicar al caballero P. V. d'Hancarville con el fin de procurar modelos a los dibujantes y pintores de su época. Cf. R. M. Cook, *Greek Painted Pottery*, Londres, 1972 (2.ª ed.).



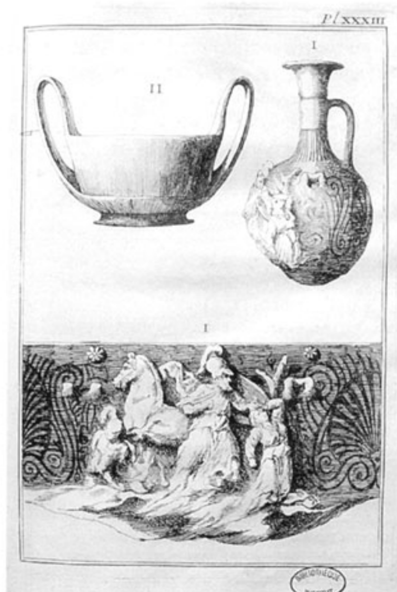


RECUEIL
D'ANTIQUITÉS
EGYPTIENNES,
ETRUSQUES, GRECQUES
ET ROMAINES.
TOME PREMIER.

A PARIS,
Chez DESAINT & SAILLANT, rue S. Jean de Beauvais, vis-à-vis le Collége.

M. DCC. LII.

8. Johann Joachim Winckelmann (1717-1768), según C. Justi, *Winckelmann und seine Zeitgenossen*, 2.ª edición, Leipzig, 1898, vol. 1. Biblioteca del Instituto de Francia.




9 y 10. A. C. P. de Tubières, conde de Caylus. *Arriba*: frontispicio del *Recueil d'Antiquités égyptiennes, étrusques, grecques et romaines*, París, en Desaint y Saillant, 1752. Biblioteca del Instituto de Francia. *Abajo*: lám. XXXIII, que representa un cántaro etrusco adquirido por el conde de Caylus y que perteneció al gabinete del conde Peralta.

nes no son fruto del azar: son el resultado de un suelo y una época y la «vía de comparación, que es al anticuario lo que las observaciones y los experimentos son al físico»,[36] permite reconocer tipos característicos de un país y establecer su cronología.

Los objetos y monumentos se consideran manifestaciones de una identidad nacional y su evolución traduce la identidad de la sociedad que los ha creado. Es el mismo punto de vista que adopta J. J. Winckelmann para su *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, en la que «vemos aparecer por primera vez esta idea [...] de que el arte nace, crece y se desarrolla con la sociedad en la que florece, en una palabra, hay una *historia* del arte».[37] J. J. Winckelmann adopta los métodos descriptivos de los anticuarios italianos y franceses, define los estilos sucesivos e inventa un lenguaje artístico basado en la observación de la naturaleza. Impone un concepto arqueológico común para los países de Europa y permite ir más allá de las separaciones que conoce la filología.

Mientras el siglo XVIII sigue una segunda vía, los estudios de arqueología se apartan de las recopilaciones de coleccionistas para otorgar a los objetos la categoría de documentos históricos y, en Francia, dos instituciones, la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y el *Cabinet des médailles*, aparecen como los centros de la historia erudita.

La *Petite Académie*, que fue fundada en 1663 y en un principio tenía la misión de redactar las inscripciones conmemorativas para Luis XIV, recibe, mediante la ordenanza del 16 de julio de 1701, un completo plan de organización elaborado por el conde de Pontchartrain y el abad Bignon que hacen de ella una institución permanente y de estado.[38] Con este reglamento se amplían sus competencias y se le asignan «las descripciones

---

36 Comte de Caylus, *op. cit.*, 1752, introducción del t. 1.

37 G. Perrot, «Les études d'archéologie classique depuis Winckelmann jusqu'à nos jours», *Revue des Deux Mondes*, 1 de agosto de 1880, pp. 516-555.

38 A. Franklin, G. Perrot y G. Boissier, *L'Institut de France*, París, 1907, cf. el capítulo sobre la Academia de Inscripciones y Bellas Letras redactado por G. Perrot, pp. 135-196. Cf. también J. Leclant, «L'Académie des inscriptions et belles lettres il y a deux cents ans», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles lettres*, 1989; ídem, «Trois cents ans de tradition», *Revue des Deux Mondes*, febrero de 1993, p. 72-87, ídem, «L'Académie des inscriptions et belles lettres», en *Histoire des cinq académies*, París, Perrin, 1995, pp. 101-197; ídem, «Des académies de l'Ancien Régime à l'Institut national du Directoire», *Mélanges de l'École française de Rome. Italie et Méditerranée*, t. 108, 1996-2, pp. 627-641.

históricas de los acontecimientos para los que se hacen las medallas» y «la explicación de todas las medallas, medallones, piedras y otras curiosidades del Gabinete de Su Majestad, así como [...] la descripción de todas las antigüedades y todos los monumentos de Francia».[39] De este modo, la Academia tenía ante sí un amplio campo de investigación: ya no sólo el de la historia de Francia, sino también el de los objetos y monumentos, cuyo estudio abría «los caminos apenas esbozados hasta entonces de la numismática y la arqueología nacional».[40] El Instituto Nacional creado por la asamblea revolucionaria en 1795 hará suya la preocupación por el patrimonio monumental, considerado como una de las manifestaciones de la idea de nación.[41]

La numismática, la glíptica y la epigrafía son las disciplinas dominantes a finales del siglo XVIII. Las inscripciones halladas en el mediodía francés han sido ya para entonces objeto de estudio y de una publicación del gran erudito italiano Scipione Maffei,[42] que recorre Europa en 1732 acompañado por Jean-François Séguier (1703-1784), autor de la primera edición científica de la inscripción de la Maison Carrée de Nîmes.[43]

El Gabinete del Rey, formado por las colecciones de la Corona y organizado en 1560 durante el reinado de Carlos IX,[44] concentraba antes de la Revolución las investigaciones sobre la exégesis de los monumentos que en él figuran, tarea que realizan B. de Montfaucon y el conde de Caylus; el abad Jean-Jacques Barthélemy (1716-1795), amigo y colaborador de Caylus y, al igual que él, miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras desde 1747, se convierte en guardia de las medallas del Gabinete del Rey en 1753 y confiere a la numismática un brillo excepcional. A través de las memorias dedicadas a inscripciones áticas, demuestra el gran parti-

39 Reglamento ordenado por el rey para la Real Academia de Inscripciones y Medallas, del 16 de julio de 1791: citado por G. Perrot, 1907, p. 148.

40 G. Perrot, *ibidem*.

41 D. Poulot, *Musée, patrimoine, nation*, 1789-1815, París, Gallimard, 1997.

42 Marqués Scipione Maffei (1675-1755), literato y arqueólogo italiano, fundador de la Academia de Verona, *Galliae Antiquitates quaedam selectae*, París, 1733.

43 A. Buonopane, «Scipione Maffei e il suo contributo agli studi di epigrafia romana in Europa», coloquio «Les archéologues et l'archéologie», en *Caesarodunum*, XXVII, Tours, 1993, pp. 180-197.

44 E. Babelon, *Le Cabinet des médailles et antiquités de la Bibliotèque nationale. Notice historique et guide du visiteur*. I. *Les Antiques et les objets d'art*, París, 1924.

do que puede sacar el historiador a estos documentos fundando así la epigrafía griega.[45] Gracias a su conocimiento de las lenguas orientales, consigue descifrar las inscripciones de Palmira copiadas por Robert Wood, descubre el arameo[46] e identifica el alfabeto fenicio.[47] No sólo garantiza una gestión perfecta del Gabinete, sino que además, al organizar la investigación de los visitantes, hace de él «el centro en el que convergían los estudios [de una] pléyade de sabios».[48] En 1795, llega al Gabinete de Medallas la primera cátedra de «arqueología monumental romana y medieval», creada para Aubin-Louis Millin, quien reúne las «antigüedades nacionales» en un *Recueil*, término que designa uno de los campos predilectos de la Academia en materia de investigación, la recopilación.

En la Academia, J.-J. Barthélemy, descrito por Charles Picard como el sabio más grande de su época,[49] representa la epigrafía oriental antes de que la Expedición a Egipto y los trabajos de Paul-Émile Botta en Mesopotamia abriesen el camino a Jean-François Champolion y Jules Oppert. La epigrafía, ligada tanto a la filología como a la arqueología, aparece magníficamente ilustrada en la Academia de Inscripciones y contribuye a suscitar el interés por las civilizaciones que elaboraron los textos que empiezan a leerse.

Sin embargo, la excepcional calidad de estos pioneros que aportan a la historia la riqueza de la documentación material no basta para provocar un auge de estos estudios. El historiador inglés E. Gibbon comprueba a finales del siglo XVIII este hecho amargo: «In France, [...] the learning and language of Greece and Rome were neglected by a philosophic age. The guardian of those studies, the Academy of Inscriptions, was degraded to the lowest rank among the three royal societies of Paris; the new appellation of Erudits was contemptuously applied to the successors of Lepsius and Casaubon».[50]

---

45 G. Perrot, «L'Académie des inscriptions et belles lettres», en A. Franklin, G. Perrot, G. Boissier, *L'Institut de France*, París, 1907, p. 164.

46 En 1754.

47 En 1758, a partir de la inscripción bilingüe de Malta: «Réflexions sur quelques monuments phéniciens et sur les alphabets qui en résultent», *Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles lettres*, t. 30, pp. 405-427.

48 E. Babelon, *op. cit.*, p. XII.

49 «Les recherches d'archéologie à l'Académie des inscriptions et belles lettres (1739-1945)», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles lettres*, 1945, p. 35-67.

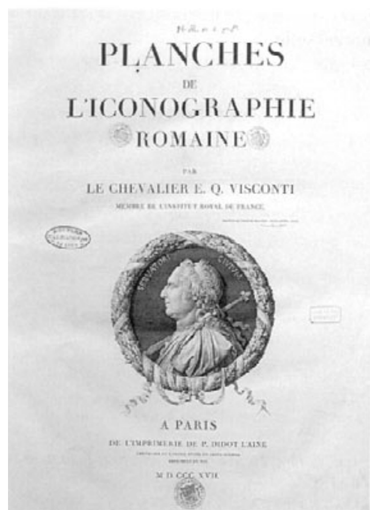
50 Citado por A. Momigliano, «La contribution de Gibbon à la méthode historique», en *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne*, París, 1983.




11. Jean-Jacques Barthélemy (1716-1795), retrato publicado en la recopilación *Les Cinq Cents Immortels, iconographie*, conservado en la Biblioteca del Instituto de Francia.



12. Barón Bon-Joseph Dacier (1742-1833), *Recueil de portraits de personnages célèbres faisant partie des quatre différentes classes académiques de l'Institut, lithographiés par Boilly fils*, Biblioteca del Instituto de Francia.


PLANCHES
DE
L'ICONOGRAPHIE
ROMAINE
PAR
LE CHEVALIER E. Q. VISCONTI
MEMBRE DE L'INSTITUT ROYAL DE FRANCE.

A PARIS
DE L'IMPRIMERIE DE P. DIDOT L'AINE
M DCCC XVII

13. Ennio Quirino Visconti (1751-1818), medallón de las *Planches de l'Iconographie romaine par le chevalier E. Q. Visconti*, París, 1817. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.




14. Antoine Chrysostome Quatremère de Quincy (1755-1849), *Iconographie de l'Institut royal de France*, 1.ª entrega. Biblioteca del Instituto de Francia.

El informe sobre estudios clásicos en Francia que Bon-Joseph Dacier, secretario vitalicio de la Academia de Inscripciones, dirigió en 1808 al emperador es igual de pesimista.[51] La «revolución histórica» de 1830 contribuirá a reducir la oposición de la historia filosófica y de la historia erudita dominante en el siglo XVIII.[52] Los trastornos que acarreó el método crítico elaborado por los filósofos alemanes y la arqueología, que desde principios del siglo XIX experimenta un gran desarrollo, provocarán un giro considerable de los términos de debate. Nace una «ciencia de los objetos», elaborada por los eruditos del siglo XVIII que elevan los vestigios materiales de las civilizaciones antiguas a la categoría de «documentos históricos» y, para interpretarlos, enuncian una serie de reglas metódicas con valor universal.[53]

Los objetos, que se distribuyen en «clases» según su origen geográfico y cronológico, no se relacionan, en cambio, con ningún contexto arqueológico concreto, pero el descubrimiento de ciudades como Pompeya, Herculano o las ciudades de Mesopotamia favorecerá el desarrollo de la topografía y obligará a arqueólogos y anticuarios a reflexionar sobre las funciones de los objetos y su significado en el lugar en el que fueron hallados.

Desde el gabinete del erudito, la arqueología acudirá al suelo mismo de las grandes civilizaciones desaparecidas en un despliegue de expediciones y misiones, a la espera de las grandes excavaciones de los siglos XIX y XX.

## 1.2. Los monumentos, patrimonio nacional y universal: Francia y el Occidente mediterráneo

Hacia 1750, el descubrimiento progresivo de monumentos en el sur de Italia, Sicilia y Grecia orienta las investigaciones arqueológicas y completa esta ciencia de los objetos que se está creando.

---

51 Bon-Joseph Dacier (1742-1833), *Rapport historique sur les progrès de l'histoire et de la littérature ancienne, depuis 1789 et sur leur état actuel*, París, F. Hartog ed., 1989.

52 Cf. K. Pomian, «Maffei et Caylus», en *Collectionneurs, Amateurs et Curieux, Paris-Venise, XVI^e^-XVIII^e^ siècle*, París, 1987, pp. 195-211.

53 *Ibidem*.

La Revolución Francesa, al dar luz a la nación, provoca la «irrupción» de una noción nueva, la de patrimonio, que encarna la de identidad nacional, y cuya semilla encontrábamos ya en la obra de Caylus.[54]

Los «edificios que encierran el carácter de cada siglo», según la fórmula de Quatremère de Quincy,[55] encierran también el carácter de cada pueblo y, en este sentido, despiertan el interés de los políticos. Así, en 1790, la Asamblea Nacional decide constituir una primera comisión de monumentos y, en 1793, una segunda relacionada con el arte. Estas dos comisiones traducen la preocupación por compilar y salvaguardar el patrimonio monumental nacional y anuncian las instituciones que puso en marcha François Guizot bajo la Monarquía de Julio.

El Instituto Nacional de Ciencias y Artes,[56] creado por la Convención para reemplazar las academias reales que se suprimieron en agosto de 1793, muestra asimismo esta preocupación por el patrimonio monumental y desempeña un papel determinante en la formación de la identidad nacional: sin dejar de garantizar la perennidad de la cultura académica del Antiguo Régimen, contribuye a su fusión con el espíritu de la revolución inspirado en la filosofía de las Luces.[57] Algunos miembros del Instituto militan muy activamente para que se haga un inventario de monumentos y se organice su protección: Pierre Legrand d'Aussy (1737-1800), miembro de la clase de ciencias morales y políticas, encabeza el movimiento con su informe sobre las «antiguas sepulturas nacionales»,[58] al que da lectura en la sesión del 7 de ventoso del año VII. Este pionero resume la arqueología prehistórica e histórica, propone la primera cronología de las sepulturas en seis edades establecidas sobre la base de

---

54 P. Nora, «À l'école du patrimoine», en *Jeunesse et patrimoine architectural*, Lieja, 1990, p. 22.

55 Citado por A. Chastel, «La notion de patrimoine», en P. Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire,* II*, La Nation*, vol. 2, París, Gallimard, 1986.

56 J. Leclant, «L'Académie des inscriptions et belles-lettres», *op. cit.*; ídem, «Des académies de l'Ancien Régime à l'Institut national du Directoire», *op. cit*.

57 L. Theis, «Guizot et les institutions de mémoire», en P. Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, II, *La Nation*, vol. 2, *op. cit*.

58 P. Legrand d'Aussy, *Mémoire sur les anciennes sépultures nationales et les ornements extérieurs qui en divers temps y furent employés, sur les embaumements, sur les tombeaux des rois francs dans la ci-devant église de Saint-Germain-des-Prés, et sur un projet de fouilles à faire dans nos départements*, París, 1799; reed. M. de Roquefort, 1824.

las diferencias observadas en los modos de amortajamiento y se pregunta si, «a falta de pruebas históricas», no habría «modo de comprobar estos cambios y [...] ordenarlos metódicamente en varias épocas principales», para lo cual pone el ejemplo del método arqueológico. Es el primero en defender las excavaciones sistemáticas y científicas, algo que le gustaría que se organizase a escala nacional.[59] Para ello sugiere que se envíen circulares-cuestionarios a los representantes del estado en los departamentos y que se exija una autorización, de modo que las excavaciones se realicen bajo la supervisión de uno o dos comisarios responsables de los trabajos. Se trata del primer proyecto de legislación sobre arqueología, que no se llevará a la práctica hasta 1941. Esta iniciativa de Legrand d'Aussy, que no trascendió en su día, será retomada en 1810 por el conde de Montalivet, ministro de Interior, en una circular inspirada por el conde Alexandre de Laborde y examinada por la Academia de Inscripciones en su sesión del 20 de noviembre de 1818: se elabora entonces un cuestionario sobre los monumentos y antigüedades, que se envía a los prefectos y eruditos de provincias para, más tarde, proceder al inventario y la nomenclatura de los monumentos. Pero a falta de recursos suficientes y de una autoridad administrativa competente, la iniciativa fracasa antes incluso de ponerse en marcha.[60] Alexandre de Laborde (1774-1842) que, desde 1816, presenta «Les monuments de la France», es la alma máter de esta comisión académica, que aparece como definitiva en 1819 bajo el título de Commission des Antiquités de France.[61]

A finales del siglo XVIII y principios del XIX asistimos a las primeras tentativas de organizar y centralizar la arqueología nacional, pero no puede olvidarse el papel de las sociedades eruditas, numerosas ya en esta época, que celosas de su independencia del estado y del mundo erudito oficial, multiplicarán sus esfuerzos por coordinar sus acciones.[62]

---

59 A. Laming-Emperaire, *Origines de l'archéologie préhistorique en France*, París, Éditions du Seuil, 1964, p. 102.

60 X. Charmes, *Le Comité des travaux historiques et scientifiques*, París, 1886, 3 vols., t. 1, p. cxx ss.

61 P. Marot, «L'essor de l'étude des antiquités nationales à l'Institut, du Directoire à la Monarchie de Juillet», Academia de Inscripciones y Bellas Letras, lectura hecha en la sesión pública anual del 22 de noviembre de 1963.

62 J.-P. Chaline, *Sociabilité et Érudition. Les sociétés savantes en France. XIX^e-XX^e siècles*, París, Éditions du Comité des travaux historiques et scientifiques, 1995.

Aubin-Louis Millin (1759-1818) reúne las *Antiquités nationales* en su *Recueil des monuments qui peuvent servir à l'histoire de France* (1790-1798). La expresión «antigüedades nacionales», creada por el sucesor de J.-J. Barthélemy en la dirección del Gabinete de Medallas, consagra definitivamente el valor histórico y nacional de los objetos y monumentos legados por el pasado.

A.-L. Millin, botánico y mineralogista, introduce en Francia el sistema de Linné y preconiza la adaptación de la arqueología,[63] siguiendo los pasos del conde de Caylus. En el Gabinete de Medallas, estrena en 1795 la enseñanza de la arqueología en Francia con su curso de «Arqueología monumental romana y medieval», que asocia arqueología nacional, nacida de la Revolución, y arqueología clásica, contribuyendo a la fundación de esta última. Con su *Voyage dans le sud de la France*[64], continúa el camino abierto por el conde de Caylus que, después de explorar el Mediodía francés, había dejado a P.-J. Mariette la labor de publicar los *Édifices antiques de la France*, reunidos por fin por el arquitecto C.-L. Clérisseau.[65]

Siguiendo la definición de las investigaciones sobre las antigüedades nacionales,[66] Millin se interesa también por Italia, adonde se dirige para visitar Pompeya y las tumbas de Apulia. En sus *Peintures de vases antiques vulgairement appelés étrusques,*[67] convierte el estudio de las vasijas griegas en una especialidad de la arqueología. Millin, miembro de la Academia de Inscripciones, aparece entonces como «una especie de jefe oficial de la ciencia del pasado».[68]

El reconocimiento del patrimonio redunda en la instalación y el fomento de museos, como, por ejemplo, el de Monumentos Franceses,

---

63 A.-L. Millin, *Introduction à l'étude des monuments antiques*, París, 1796-1826.

64 1807-1811.

65 C.-L. Clérisseau, *Les Antiquités de la France*, París, 1778: primera obra dedicada a los monumentos antiguos de la Galia.

66 Funda *Le Magasin encyclopédique*, que dirige de 1795 a 1816.

67 1808-1810, reeditado por S. Reinach en 1891 en *Peintures de vases antiques recueillies par Millin et Millingen*, París.

68 C. Jullian, *Notes sur l'histoire en France au XIX^e^ siècle*, París, 1897, reed. colección Ressources, París, Ginebra, 1979, p. V.

que se decidió en la Convención en 1793 y se confió a Alexandre Lenoir.[69] Situado en el claustro y los jardines del convento de los Petits-Augustins —actual Escuela de Bellas Artes—, reúne «los restos de santuarios góticos y palacios del Renacimiento»,[70] que provocarán en Michelet el despertar de «la viva impresión de la historia».[71] Pero Alexandre Lenoir ha de luchar para que se reconozca el arte medieval, al cual los neoclásicos, y Quatremère de Quincy el primero, niegan cualquier valor. El arte griego y romano son los auténticos protagonistas del Museo Central del Louvre, que «atraía a las masas», ya que «el gusto dominante era tal que, de 1792 a 1800, los directores del gran museo retiran todas las obras maestras de nuestra escuela y todos los monumentos de nuestro país».[72] El Museo Central de las Artes —el actual Louvre— se instituyó por el mismo decreto de la Convención Nacional que su desafortunado rival. El 18 de brumario del año IX se convierte en Museo Napoleón:[73] se trataba de un auténtico compendio del patrimonio universal ya que presentaba la mayor colección de antigüedades del mundo. Era el fruto de la campaña de Italia que dirigió Bonaparte para el Directorio, a cuyo término los franceses ocuparon Roma y requisaron las grandes colecciones privadas, así como las del Vaticano y el Capitolio.[74] Ennio Quirino Visconti, heredero de Winckelmann[75] en Italia, lleva las obras a París, asume la responsabilidad de las antigüedades del Louvre entre 1802 y 1818 y redacta su catálogo[76] según los principios de la historia del arte que había establecido su maes-

69 Marie-Alexandre Lenoir (1761-1839). Cf. D. Poulot, «Alexandre Lenoir et les musées des monuments français», en P. Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, II, *La Nation*, vol. 2, *op. cit.*, p. 497-531.

70 C. Jullian, *op. cit.*, p. VI.

71 J. Michelet, *Le Peuple*, p. XXVI.

72 C. Jullian, *op. cit.*, p. VI.

73 C. Gould, *Trophy of Conquest. The Musée Napoléon and the Creation of the Louvre*, Londres, 1965.

74 Cf. Moati, *À la recherche de la Rome antique*, París, «Découvertes» Gallimard, 1989.

75 Ennio Quirino Visconti (1751-1818), autor del extraordinario catálogo *Museum Pio-Clementinum*, Roma, 1784-1807. Cf. S. Settis, «Da centro a periferia: l'archeologia degli Italiani nel sec. XIX», en *L'Antichità classica nell'Ottocento, Atti del convegno Acquasparta 1988*, L. Polverini ed., 1993.

76 E. Q. Visconti, *Notice des statues, bustes et bas-reliefs de la Galerie des Antiques du Musée central des Arts*, París, 1800; *Supplément à la notice des Antiques du Musée Napoléon*, París, 1811 y *Description des Antiques du Musée royal*, París, 1817.



15. Aubin-Louis Millin (1759-1818), *Iconographie de l'Institut royal de France depuis 1814 jusqu'en 1825, dessinés et lithographiés par J. Boilly*. Biblioteca del Instituto de Francia.



16. Pompeya. F. Mazois, *Les Ruines de Pompéi*, 1824, lám. XXXIV, segunda parte. Biblioteca del Instituto de Francia.



17. Pompeya, vista de la basílica con dibujante, F. Mazois, *Les Ruines de Pompéi*, 1829, lám. XVI, tercera parte. Biblioteca del Instituto de Francia.

tro. Contra esta política de expoliación deliberada se alzan atrevidas protestas, especialmente las de Quatremère de Quincy (1755-1845), que publica en 1796, durante la campaña de Italia, sus *Lettres sur le préjudice qu'occasionneraient aux arts et à la science le déplacement des monuments de l'art de l'Italie, le démembrement de ses écoles et la spoliation de ses collections, galeries, musées, etc*.[77]

En esta ocasión, es el primero en formular «la idea de la relación necesaria entre un objeto y su lugar de origen»:[78] «El museo de Roma perdería en las figuras que lo forman, la culminación de las lecciones y paralelismos de los que se desprende la compleja teoría de lo Bello. El museo que se formase en otro lugar con estos desmembramientos no tendría la unidad ni la base que puede conferir a estos fragmentos el valor necesario».[79] Y, ciertamente, la sección de antigüedades del Louvre, aun atesorando muestras de todos los periodos del arte, de Fidias a Adriano, no logra recomponer la visión de conjunto que había en Roma. Sin embargo, al estar reunidas las colecciones en París, podían establecerse comparaciones, contribuyendo a realizar progresos importantes en el estudio de la arqueología.

En Italia se instaura una república cisalpina controlada por Francia con lo que Roma se convierte, en 1809, en departamento del imperio francés y segunda capital después de París. En su afán por hacer de Roma una ciudad digna de su nuevo título, Napoleón I subvenciona generosamente las obras de arquitectos y arqueólogos a quienes ordena levantar y restaurar la ciudad antigua.[80] Con esto se da un impulso decisivo a la arqueología y se enseñan en Roma las grandes obras.

Por otra parte, surge el mismo problema que se plantea hoy en día con la arqueología moderna: al levantar y restaurar los grandes conjuntos, hay que hacer un esfuerzo por conciliar la revalorización de las ruinas y su conservación con las exigencias del urbanismo y el desarrollo de una gran ciudad.

---

77 Esta publicación, seguida de una petición dirigida al Directorio y firmada por cincuenta artistas con el fin de apoyar las tesis de Quatremère de Quincy, se conoce bajo el título de *Lettres à Miranda sur le déplacement des monuments de l'art de l'Italie*; cf. por último la edición con introducción y notas de E. Pommier, París, 1989.

78 C. Moati, *op. cit*., p. 88.

79 C. Quatremère de Quincy, *Lettres sur le préjudice...,* París, 1796, p. 33.

80 M. Jonsson, *La Cura dei monumenti alle origini. Restauro e scavo di monumenti antichi a Roma 1800-1830*, Estocolmo, 1986, pp. 41-96.

En Roma ya no se trata simplemente de recoger los objetos de las colecciones, sino de sacar a la luz los conjuntos completos encerrados dentro de la ciudad y, para comprenderlos, recurren a la topografía y al estudio arquitectónico de los monumentos. Se fundan instituciones oficiales: el gobierno francés queda representado por la «Consulta straordinaria» integrada por Tournon, prefecto de Roma, el conde Daru, intendente de la Corona, y Paris, director de la Academia de Francia. Los arqueólogos y arquitectos italianos, Antonio Canova, Carlo Fea, Giorgio Valadier, G. Guattani y Camporesi también participan y dirigen los trabajos.

Pío VII, deseoso de proteger las antigüedades, ordena en 1802 la promulgación de un edicto que prohiba excavar y exportar objetos sin autorización, disposición que se completa en 1820 con el Edicto Pacca. Los estados pontificios son, a principios del siglo XIX, los primeros que se dotan de una legislación para la arqueología.

La «Comisión del embellecimiento de la ciudad de Roma», creada en 1811, otorga los permisos de excavación establecidos por el prefecto, que controla los trabajos y la suerte que corren los descubrimientos. Mientras Carlo Fea organiza y dirige de 1803 a 1817 las primeras excavaciones científicas en el Foro, el arquitecto Jean-François Ménager, huésped de la Villa Medicis, es responsable de los trabajos que inician los franceses a partir de 1810: así, se limpiaron los templos de la Concordia, Antonino y Faustino, el de Venus y Roma, la basílica de Majencio o el arco de Tito. Se emprende la actualización de la casa dorada de Nerón y el arquitecto italiano G. Valadier, que lo es de todos los trabajos, preside el acondicionamiento de la plaza Trajano. El papel de los arquitectos es primordial en la elaboración de una arqueología de campo y de una «ciencia de los monumentos», que restituyen liberando las construcciones del subsuelo y estudian copiando planos precisos. Al despejar los grandes conjuntos arquitectónicos, las investigaciones se orientan a la comprensión y la topografía de los yacimientos. Desde esta perspectiva, la guía de Roma de G. Guattani es el preludio de los trabajos de A. Nibby y W. Gell.[81]

81 A. Nibby y W. Gell, *The Topography of Rome and its Vicinity*, Londres, 1827. Ambos son los iniciadores del mapa de los alrededores de Roma: *Analisi storico-topographico-antiquaria della carta de'dintorni di Roma*, Roma, 1837.

Fuera de Roma, la actividad arqueológica bajo autoridad francesa se concentra en Pompeya. Tras los trabajos para los que Carlos III, rey de Nápoles, había designado ingeniero a Roque Joaquín de Alcubierre, se intensifican las obras en la Cività entre 1770 y 1815.[82] En 1798, el general Championnet ocupa Nápoles y manda retomar las excavaciones que se habían interrumpido al restablecerse la dinastía de los Borbones. José Bonaparte, instalado en el trono de Nápoles de 1806 a 1808, confía al corso Charles Saliceti la dirección de las obras: es entonces cuando se despeja la casa de Salustio. Por otro lado, Michele Arditi, director del Museo de Portici, recibe el encargo de presentar al ministro de Interior un proyecto global de excavaciones para Pompeya; sugiere que el Estado adquiera el territorio y elabore un plano de conjunto de la ciudad. Los créditos concedidos permiten contratar a ciento cincuenta obreros.[83] Murat y Carolina, hermana de Napoleón, convertidos en soberanos de Nápoles en 1808, intensifican los trabajos aumentando a seiscientos el número de obreros y ordenan que se proceda a la compra de los terrenos: el conde de Clarac,[84] preceptor de los hijos de la pareja real, se interesa por las excavaciones, durante las cuales se limpia la calle de la necrópolis y se descubre el foro, el anfiteatro y la basílica.

A partir de 1811, se establece una nueva estrategia de exploración en Pompeya y desde ese momento se intenta definir el perímetro de la ciudad exhumando los muros que la cercan. Este paso demuestra un cambio radical de los objetivos perseguidos con las excavaciones de esta ciudad: el interés que hasta entonces se había centrado en las pinturas y los objetos, pasa a concentrarse en la arquitectura y el urbanismo. François Mazois (1783-1826), arquitecto del Gabinete de la Reina, recibe el encargo de Murat de ocuparse del embellecimiento de Nápoles, por lo que inicia la recuperación de los monumentos antiguos de Campania. De 1809 a 1811, se dedi-

82 Cf. R. Étienne, *La vie quotidienne à Pompéi*, París, Hachette, 1966; ídem, *Pompéi, la ville ensevelie*, París, Gallimard (Découvertes), 1987; F. Zevi, *La Storia degli scavi e la documentazione in Pompei (1748-1980). I tempi della documentazione*, Roma, 1981; L. A. Scatozza-Höricht, «Gli Studi archeologici», en *La Cultura classica a Napoli nell'Ottocento*, Nápoles, 1987, pp. 815-904.

83 A. Michaelis, *Un secolo di scoperte archeologiche*, Bari, 1912.

84 Conde J.-B. de Clarac (1777-1847), conservador del Museo del Louvre.

ca a Pompeya y ofrece la primera ilustración arquitectónica de sus ruinas y la primera visión de su urbanismo.[85]

Gracias a estos trabajos intensivos, Pompeya ofrece por primera vez una visión de conjunto de ciudad romana de provincia cuyo funcionamiento puede entenderse y que da una imagen sorprendente del modo de vida de sus habitantes, mostrando la arquitectura pública y privada y el decorado de las grandes villas. Los monumentos y objetos se enmarcan en su contexto urbano. Así, Pompeya constituye el modelo de «arqueología de las ciudades» que se está gestando en ese momento.

Todas las «provincias» de lo que se está forjando como arqueología clásica se ven involucradas en un sinfín de trabajos e investigaciones; es el caso de Grecia, donde desde mediados del siglo XVIII se habían impuesto los arquitectos ingleses por su intensa actividad y la calidad de sus estudios. Su participación se ve reforzada ya que entre 1799 y 1806 se produce un acercamiento entre los gobiernos turco e inglés. Este periodo de la transición entre el final del siglo XVIII y principios del XIX está jalonado por dos acontecimientos capitales: la adquisición de los «mármoles Elgin» por el British Museum y el descubrimiento de los templos de Egina y Bassae.

Pero los franceses tampoco se mantienen al margen e intervienen en este terreno o en la apreciación y el estudio de las obras maestras del arte griego que aparecen de repente. El conde de Choiseul-Gouffier, miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, visita Grecia y Asia Menor entre 1776 y 1782 acompañado por el helenisita Jean-Baptiste d'Ansse de Villoison (1750-1805); allí realiza la primera excavación en Troya[86] y sigue los pasos de Jacob Spon[87] y del marqués de Nointel, que en 1674 había ordenado dibu-

---

85 F. Mazois, *Les Ruines de Pompéi*, 4 vols., París, 1813-1838, Cf. L. Mascoli, «Architectes, "antiquaires" et voyageurs français à Pompéi de la moitié du XVIII[e] siècle à la fin du XIX[e]», en *Pompéi et les architectes français au XIX[e] siècle*, exposición París-Nápoles, École nationale supérieure des Beaux-Arts et École française de Rome, 1981, pp. 3-55.

86 Ch. Picard, *Les Recherches d'archéologie à l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, París, 1945.

87 *Voyage d'Italie, de Dalmatie, de Grèce et du Levant, fait aux années 1675 et 1676 par J. Spon et G. Wheler*, 2 vols., Lyon, 1678; durante este viaje, J. Spon descubre en la iglesia de Kastri una inscripción que lleva el nombre de Delfos y que confirma la tesis de Ciriaco de Ancona, quien, desde 1436, sabía que Kastri era la antigua Delfos y había copiado las inscripciones y localizado los monumentos desaparecidos en la época de Spon. Cf. P. Amandry, «Delphes oubliée», sesión solemne de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, 27 de noviembre de 1992.

jar las esculturas del Partenón. Tras ser nombrado embajador en Constantinopla y decidido a no dejar el campo libre a los Dilettanti ingleses, Choiseul-Gouffier contrata al pintor Fauvel para que dirija unos trabajos en Atenas: se extraen del Partenón una metopa y un friso y Francia los compra.

Siendo ya cónsul de Francia, Fauvel prosigue su actividad en Atenas, constituye su propio museo y controla el mercado de antigüedades hasta 1798, fecha en la que, encarcelado al igual que todos los franceses que residen en Grecia, dejará la vía libre a sus competidores ingleses.[88] Al año siguiente, lord Elgin es nombrado embajador de Constantinopla y aprovecha el buen clima entre su gobierno y los turcos para saquear la Acrópolis y el Partenón entre 1801 y 1805. Entre trescientos y cuatrocientos obreros trabajan en este gran «campo de trabajo», donde se reúne un botín de doce estatuas, cincuenta y seis losas del friso del Partenón y quince metopas; a ello se suman el friso del templo de Atenea Niké y una cariátide del Erecteón.[89] Al llegar a Londres, los «mármoles Elgin» echan por tierra todo lo que creía saberse sobre el arte griego desde Winckelmann y se desata una viva polémica, animada por la sociedad de los Dilettanti que cree que no se trata de obras de Fidias, sino que proceden de la Roma tardía. Lord Elgin, que negocia la venta de sus mármoles con el British Museum, pide a Visconti[90] y a Quatremère de Quincy[91] que los examinen y ambos quedan maravillados por la perfección del estilo y la técnica de las esculturas.

Después de Atenas, Egina y Bassae en Arcadia completarán la revelación de las artes plásticas griegas. En 1811, dos arquitectos ingleses, C. R. Cockerell y J. Foster, y dos alemanes, K. Haller von Hallerstein y J. Linckh —miembros del Xeneion junto con O. Magnus von Stackelberg y los dos daneses, P. O. Bröndsted y G. H. C. Koës,[92] la primera asociación inter-

88 R. y F. Étienne, *La Grèce antique, archéologie d'une découverte*, Gallimard (Découvertes), París, 1990, p. 68.

89 *Ibidem*, p. 69.

90 E. Q. Visconti, *Mémoires sur les ouvrages de sculpture de la collection Elgin*, París, 1816.

91 C. Quatremère de Quincy, *Lettres à M. Canova sur les marbres Elgin*, Roma, 1818.

92 R. y F. Étienne, *op. cit.*, p. 75; A. Rhatje y G. Lund, «Danes overseas. A short history of Danish Classical Archaeological Fieldwork», en «Recent Danish Research in Classical Archaeology. Tradition and Renewal», *Acta Hyperborea*, Copenhague, 1991, pp. 11-56. P. O. Bröndsted (1780-1842), filólogo, y su cuñado, G. H. C. Koës (1728-1811), fueron de los primeros daneses que visitaron Grecia. P. O. Bröndsted se convirtió a raíz de ello en agente de la corte danesa en el Vaticano y conservador de la colección real de monedas y medallas y, finalmente, en catedrático de filología y arqueología de Copenhague a partir de 1832.

nacional de arqueólogos antes del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma—, acuden a Egina y, con treinta obreros, limpian el templo de donde sacan el friso. La Gliptoteca de Múnich lo adquiere, pasando a poseer, junto con el British Museum, la colección más rica de estatuaria griega.

El año siguiente, K. Haller von Hallerstein y Stackelberg hacen lo mismo con el templo de Apolo de Bassae, cuyo friso es adquirido por el museo británico. Entonces se descubre el arte corintio más antiguo jamás conocido y, si bien los métodos empleados por los miembros del Xeneion son más que discutibles y condenables para nosotros, estos arquitectos contribuyeron a crear una arqueología científica gracias a la exactitud de sus croquis y dibujos y su rigor en el estudio de los monumentos.

En este marco en que predomina la competencia europea por la adquisición de antigüedades, los franceses acusan un claro retraso, que compensan en cierto modo con el descubrimiento de la Venus de Milo, adquirida por el Louvre en 1820.[93] Desde el punto de vista científico, Quatremère de Quincy, arquitecto y poeta del neoclasicismo, contribuye notablemente al estudio de la plástica griega que traslucen las obras de Fidias y los frisos de Egina y Bassae. En su ensayo de 1814, *Jupiter olympien ou l'art de la sculpture antique en or et en ivoire*, describe el monumento recurriendo a la interpretación de fuentes literarias, examinando la técnica empleada y comparando el objeto de estudio con otros similares. Además, plantea el problema de la policromía de la escultura griega, confirmada con los vestigios de Egina.

El arte del occidente griego, la Gran Grecia y Sicilia es objeto de investigaciones más intensas durante el primer cuarto del siglo XIX. Los arquitectos ingleses son, tanto aquí como en Grecia, los principales responsables de este apogeo: Paestum, desdeñada desde que la descubriese Gazzola, figura en un lugar destacado en las *Antiquities of Magna Grecia* de W. Wilkins.[94]

C. R. Cockerell, uno de los «inventores» de Egina, se traslada a Sicilia donde en 1812 reconstruye los templos de Girgento-Agrigento; y dos años

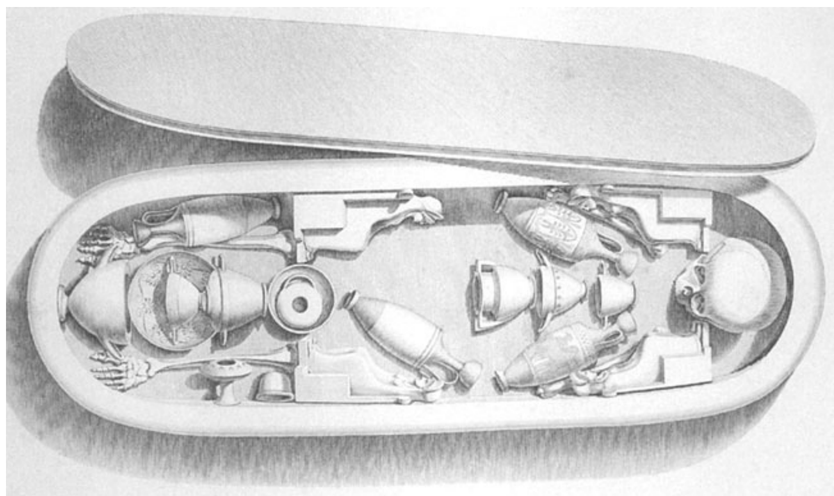
93 F. Ravaisson, *La Vénus de Milo*, 1892; A. Pasquier, *La Vénus de Milo et les Aphrodites du Louvre*, París, 1985, p. 21-28.
94 Publicadas en 1807.



18. Templo de Egina (Grecia). A. Blouet, A. Ravoisié, A. Poirot, F. Trézel y F. de Gournay, *Expédition scientifique de Morée*, París, Firmin-Didot frères, 1831-1838, lám. 38, vol. 3. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

19. Bassae (Grecia), templo de Apolo, A. Blouet, A. Ravoisié, A. Poirot, F. Trézel y F. de Gournay, *Expédition scientifique de Morée*, París, Firmin-Didot frères, 1831-1838, lám. 30, vol. 2. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.





20. Féretro de un niño hallado en Atenas y excavado por Stackelberg en 1813. O. M. von Stackelberg, *Die Graeber der Hellenen*, Berlín, 1837, lám. VIII. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.




21. A. Blouet, frontispicio del vol. 2, *Expédition scientifique de Morée*, París, Firmin-Didot frères, 1831-1838. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

más tarde, sus compatriotas, S. Angell y W. Harris, también arquitectos, realizan excavaciones en Selinunte. Por lo que respecta al duque de Luynes (1802-1867), descubre junto al arquitecto F. J. Debacq durante las excavaciones que realiza en Metaponte en 1828 una cabeza de animal esculpida en mármol cuyos colores aparecen intactos, de manera que vuelve a surgir el problema de la policromía y se confirman las hipótesis de Quatremère de Quincy. A J. I. Hittorf, instalado en París, le debemos el mérito de la primera síntesis sobre arquitectura antigua de Sicilia, con su obra *Architecture antique de la Sicile.*[95]

Italia permite conocer las épocas más antiguas en lo que a arquitectura griega se refiere y calibrar la expansión del «dorismo». A finales de los años veinte de ese siglo, se empieza a plantear la cuestión del origen del arte griego y a sugerir sus vínculos con Oriente. Champollion mantiene, frente a Désiré Raoul-Rochette, la primacía del arte egipcio[96] y, al ver los templos de Paestum, se convence definitivamente del «origen egipcio de la arquitectura griega».[97] Los avances son tan grandes que se impone la revisión de los conceptos de J. J. Winckelmann.

Cuando en 1828 el príncipe de Canino emprende en sus tierras la explotación de la necrópolis de Vulci, la ciencia de los objetos y los monumentos ha adquirido ya sus primeros fundamentos y ofrece a la historia la contribución de los estudios sobre la cultura material: la arqueología, que ya se diferencia de la filología, pero que todavía no se distingue de la historia del arte. El descubrimiento de Vulci lleva a los anticuarios-arqueólogos a una nueva «provincia» de esta ciencia emergente: la ceramología, con la que los vínculos y las diferencias entre filología y arqueología se harán más patentes.

## 1.3. La ciencia arqueológica y su organización: La era de los filólogos-arqueólogos

Los años 1828-1829 marcan una aceleración simultánea de la historia y de la arqueología: Grecia se libera de los turcos, Francia le ayuda orga-

95 Publicada entre 1826 y 1830.

96 J.-F. Champollion, *Lettres au duc de Blacas*, París, 1824.

97 J.-F. Champollion, *Lettres à Champolion-Figeac*, citado por J. Lacouture, *Champollion. Une vie de lumières*, París, Livre de poche, 1988, p. 533.

nizando la Expedición a Morea que, al igual que la de Egipto, será a un tiempo militar y científica. J.-F. Champollion logra por fin llegar a Egipto y rehabilitar su arte, despreciado por los neoclásicos que sólo elogiaban la belleza helénica. Las «vasijas etruscas» de la necrópolis de Vulci son objeto del primer ensayo de ceramología moderna[98] y constituyen la clave de la nueva arqueología que promueve el Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, cuya fundación anuncia un gran movimiento de organización del patrimonio y la arqueología en Francia que, tras la revolución de 1830, permitirá a los historiadores liberales triunfar y acceder al poder.

En 1827, la insurrección de los griegos contra los turcos hace posible la instauración de una república independiente, encabezada por Jean Capodistria. El asesinato de este último y la negativa de los turcos a abandonar Grecia provoca la intervención de las grandes potencias en el conflicto. Serán ellas quienes obtengan la victoria sobre la Sublime Puerta en Navarino. Al final, se instaura una monarquía bávara y el rey Otto reina de 1833 a 1862, lo que permite a la arqueología alemana avanzar notablemente en Grecia. Llega una expedición francesa dirigida por el general Maison con la misión de expulsar a los turcos del Peloponeso. Siguiendo el modelo de la Expedición de Egipto, a esta expedición se une una misión científica[99] con Charles Lenormant y Léon-Jean Dubois a la cabeza de la sección arqueológica y en la que participa también Edgar Quinet como epigrafista. El responsable de la sección de arquitectura y escultura es Abel Blouet, arquitecto, gran premio de Roma, acompañado por el también arquitecto Amable Ravoisié. Se inician los trabajos en Olimpia y llegan dos metopas del templo de Zeus al Louvre. Después del ático, del egineta y del selinuntés, se descubre un nuevo estilo de plástica griega y la Expedición a Morea «liberó de golpe diez siglos de historia griega».[100]

---

98 E. Gerhard, «Rapporto intorno i vasi Volcenti», *Annales de l'Institut de Correspondance de Rome*, 3, 1831.

99 A. Blouet *et al.*, *Expédition scientifique de Morée*, París, 1831-1838. F. L. Lucarelli, «Une archéologie philhellène: les relevés architecturaux de l'expédition scientifique de Morée (1829-1838)», en *La Grèce en révolte. Délacroix et les peintres français, 1815-1848*, París, Réunion des musées nationaux, 1996, pp. 75-81.

100 C. Picard, «Les recherches d'archéologie à l'Académie des inscriptions et belles-lettres (1739-1945)», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 115.19, 1945, p. 48.

El estado griego promulga en 1827 una ley que prohíbe la exportación de antigüedades y en 1834 organiza el Departamento Arqueológico, con Ludwig Ross[101] al frente. En 1836 le sustituirá Cyrus Pittakis. El año siguiente, se funda la Sociedad Arqueológica de Atenas, que resultará muy activa y desempeñará un papel fundamental en la exploración del país.[102]

Con la Misión de Morea, la arqueología francesa en Grecia recibe un impulso y compensa los fracasos sufridos ante los ingleses en Atenas y los Xenioi en Egina y Bassae. A partir de 1840, se retoma la actividad arqueológica francesa en Grecia: Philippe Le Bas (1794-1860), encargado de una misión del Ministerio de Instrucción Pública, emprende en 1843 con el dibujante Eugène Landron un viaje de dos años que les lleva a Atenas, el Peloponeso, Caria, las islas y Frigia, donde ningún arqueólogo había explorado todavía. Sacan moldes de las inscripciones y excavan para limpiar pequeños monumentos que dibujan y de los que hacen también moldes. De los doce volúmenes previstos en un principio sólo se publicó uno, en 1847-1848, *Voyage archéologique en Grèce et en Asie Mineure*, que Salomon Reinach reeditará en 1888.[103] Asimismo, la Escuela Francesa de Atenas, fundada por el decreto del 11 de septiembre de 1846, confirma el auge de la arqueología francesa en Grecia.[104]

En 1829, en virtud del tratado de Andrinópolis, se situó a Grecia bajo la triple protección de Rusia, Inglaterra y Francia. Estos dos últimos países se disputaban ferozmente los sufragios griegos y, en 1844, se recrudece la batalla. Théobald Piscatory, ministro de Francia en Grecia, plantea ir contra los ingleses estableciendo «una especie de colegio francés a las puer-

---

101 Ludwig Ross (1806-1859): arqueólogo alemán, catedrático de la Universidad de Atenas.

102 B. Petrakos, *È en Athinais Archaiologikè Etaireia. È historia tôn 150 chronôn tês. 1837-1987*, Atenas, Sociedad Arqueológica de Atenas, 1987, pp. 248-253.

103 De la publicación prevista por P. Le Bas bajo el título *Itinéraire, Inscriptions grecques, Monuments d'antiquité figurée, architecture*, en doce volúmenes y cuatro partes, sólo se publicará *Voyage archéologique en Grèce et en Asie Mineure fait par ordre du gouvernement français pendant les années 1843 et 1844 et publié sous les auspices du ministre de l'Instruction publique*, París, 1847-1848.

104 *Bulletin de correspondance hellénique*, 120, número especial «Cent cinquantenaire», 1996.

tas de Oriente, respondiendo tanto a intereses políticos como a las necesidades de la ciencia».[105]

Así es como nace la idea de la Escuela Francesa de Atenas, que Sainte-Beuve retoma en Francia en su artículo del 25 de agosto de 1846 publicado en *Les Débats*:[106] se trata del primero, y único en mucho tiempo, que define la misión científica de la escuela y establece un programa que no se llevará a cabo hasta finales del siglo XIX, tras un sinnúmero de metamorfosis.[107] Los intereses del arte, la arqueología y la erudición triunfan a costa del diletantismo literario que reinó en la escuela hasta 1867, mientras estuvo dirigida por Amédée Daveluy.

Esta situación se explica por el estado de ánimo imperante entre 1840 y 1850: la arqueología todavía no despierta ningún interés en el público[108] y aún no hay conciencia de lo urgente que es crear instituciones arqueológicas específicas. En el consejo real de la universidad existe la opinión de que la Expedición de Morea (1829) y las misiones de Le Bas (1842 y 1844) «han acabado con todo».[109] Por lo que respecta a los miembros de las primeras promociones atenienses, aunque no saben definir su papel científico, conocen perfectamente la naturaleza de su misión en Grecia y saben que la escuela «tiene algo de agencia electoral y de círculo romántico».[110]

A pesar de las incertidumbres que afectan a la Escuela Francesa de Atenas, con su creación queda franqueada una etapa decisiva para la organización de la arqueología: mientras que, en Roma, el Instituto de Correspondencia Arqueológica coordina las investigaciones internacionales y se encarga de difundirlas, la fundación de Atenas vela —si no en sus inicios, sí tras la reforma de 1850— por el desarrollo de la arqueología francesa en Grecia.

---

105 C. Alexandre, «Mission en Grèce», *Journal de l'instruction publique*, 15, 1846; J. Guigniaut, «Notice sur la vie et les travaux de C. Alexandre», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1871.

106 «L'École française d'Athènes», *Journal des débats*, 25 de agosto de 1846.

107 G. Radet, *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École d'Athènes*, París, 1901.

108 L. Reybaud, *Jérôme Patureau à la recherche d'une position sociale*, París, 1843.

109 C. Lévèque, «La fondations et les débuts de l'École française d'Athènes», *Revue des deux Mondes*, 1 de marzo de 1898.

110 E. Gandar, carta a J. Guigniaut del 17 de enero de 1849.

Otra iniciativa que favorece esta tendencia son las misiones creadas para los arquitectos premiados en Roma que, desde 1845, pueden de estudiar in situ los monumentos de Atenas y Ática. Un decreto del 25 de enero de 1847 instituye una sección de Bellas Artes en la escuela «que acoge a alumnos internos de la Academia de Francia en Roma».[111]

Mientras que la Escuela de Atenas, vacilante, busca el camino que la ha de convertir en un auténtico centro de erudición e investigaciones científicas, en Italia la arqueología avanza a pasos agigantados y acoge ya su primera organización internacional.

En la antigua Etruria surge «una serie de descubrimientos arqueológicos que permiten empezar a plantear los problemas etruscos en términos nuevos».[112] En Toscana, víctima de la «Etruscheria» desde el siglo XVIII, la obra de Giuseppe Micali[113] publicada en 1810 constituye «una iniciativa sin precedentes para intentar dilucidar la aportación concreta de los pueblos que la civilización romana había absorbido y asimilado en sus orígenes».[114] Este libro se convirtió enseguida para los aficionados en fuente de información sobre la Etruria antigua e inspiró a Stendhal para construir una visión fantasiosa de una sociedad etrusca liberal.[115] Sin embargo, la arqueología confirmaba las intuiciones de Micali, por lo que no tardaría en hacerse necesaria la revisión de las ideas que se estaban forjando sobre las relaciones de Roma con las demás civilizaciones de Italia.

En 1824, Eduard Gerhard, filólogo de la escuela de August Boeckh y Friedrich A. Wolf que llevaba dos años instalado en Roma, se trasladó a Etruria, desacreditada por el patriotismo local a los ojos de los arqueólogos.[116]

111 R. y F. Étienne, *op. cit.*, p. 92; M. C. Helmann, «Les architectes de l'École française d'Athènes», *Bulletin de correspondance hellénique*, 120, número especial «Cent cinquantenaire», 1996, pp. 191-222.

112 J. Heurgon, «La découverte des Étrusques au début du XIX[e] siècle», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions*, 1973, p. 593.

113 *L'Italia avanti il dominio dei Romani*, Florencia, 1810. Sobre la historia de la etruscología, cf. M. Pallottino, *Etruscologia*, Milán, 1984.

114 J. Heurgon, *op. cit.*, p. 593.

115 A. Hus, «Stendhal et les Étrusques», en *Mélanges Heurgon*, París, 1976, t. 1, p. 467 ss.

116 G. Platz-Hoster, «Eduard Gerhard et le Cabinet étrusque de l'Altes Museum de Berlin», en el catálogo de la exposición París-Berlín, *Les Étrusques et l'Europe*, París, Reunion des musées nationaux, 1992, pp. 362-366.

Una vez superados los prejuicios negativos que impuso J. J. Winckelmann sobre el arte etrusco, se sorprende al comprobar la riqueza en antigüedades de colecciones privadas y públicas: se interesa por los espejos de bronce y las urnas con relieves de Volterra y los dibuja.[117]

A partir de 1827 se produce una sucesión de descubrimientos de tumbas pintadas en Tarquinia,[118] entre las que cabe destacar la de los Carros, cuyos frescos serán copiados por O. Magnus von Stackelberg y el barón Kestner, miembros de la Sociedad de Hiperbóreos Romanos. Désiré Raoul-Rochette se apresura a visitar esta tumba con la intención de publicarla en sus *Monuments inédits.*[119] Hasta estas revelaciones de Tarquinia, que poco más tarde completaron las que se realizaron de manera más esporádica en Chiusi, Veyes, Cerveteri y Orvieto,[120] no se conocía la pintura antigua más que por Herculano y Pompeya. Pero enseguida se generaliza la convicción de que las tumbas de Etruria reflejan la pintura griega y se remontan a principios del siglo VII a. C. Estas tumbas explican el lado más oscuro del arte griego y modifican radicalmente la imagen de la civilización etrusca en su relación con Roma y el Oriente helénico.

Por otra parte, la tumba Regolini Galassi, descubierta intacta en 1836 en Cerveteri, desvela el esplendor de la Etruria orientalizante del siglo VII

117 E. Gerhard, *Etruskische Spiegel*, Berlín, 1839-1867.

118 J. Heurgon, *op. cit.*: en 1827, las tumbas del Mar, de las Inscripciones, del Barón, de los Carros; en 1830, la tumba del Triclinio; en 1831, la tumba de la Quercida; en 1832, las tumbas del Muerto y del Tifón; en 1833, las tumbas de Giustiniani y de la Cerda Negra. Cf. H. Blanck y C. Weber-Lehmann, *Malerei der Etrusker in Zeichnungen des 19. Jahrunderts. Dokumentation von der Photographie aus dem Archiv des Deutschen Archaïologischen Instituts in Rom*, Maguncia, 1987.

119 D. Raoul-Rochette, *Monuments inédits de l'Antiquité figurée grecque, étrusque et romaine*, París, 1828-1829; D. Raoul-Rochette (1783-1854) fue el primero en llamar la atención del público sobre los descubrimientos realizados en Etruria meridional, con su «Notice sur la collection des vases peints et autres monuments de l'art étrusque appartenant à M. Le Conseiller de cour Dorow», carta de diciembre de 1828 leída ante la Academia de Inscripciones y la de Bellas Artes. Las tumbas de Tarquinia, estudiadas por Stackelberg y Kestner para su publicación, disfrutaban de la prohibición eclesiástica de realizar más reproducciones de las pinturas. Raoul-Rochette denuncia este «privilegio absurdo» en el artículo que publica a su regreso a París: «Sur les grottes sépulcrales étrusques récemment découvertes près de Corneto, l'ancienne Tarquinium», *Journal des Savants*, 1828, pp. 3-15 y 80-90. Como consecuencia, se desata una viva polémica con Stackelberg.

120 G. Colonna, «L'aventure romantique», en el catálogo de la exposición París-Berlín, *Les Étrusques et l'Europe*, París, Réunion des musées nationaux, 1992, pp. 322-340.

y prueba que en Italia se había desarrollado una brillante civilización mucho antes de Roma e incluso de la Grecia helénica que se conocía en la primera mitad del siglo XIX. A pesar de que, aun con la curiosidad y el interés de arqueólogos como D. Raoul-Rochette, no contaban todavía con los elementos necesarios para evaluar las influencias orientalizantes en Etruria, «la primera semilla de la idea que transformaría en la segunda mitad del siglo la concepción del mundo homérico se remonta sin duda al descubrimiento de Cerveteri».[121] La etruscología, fundada por Luigi Lanzi, ve cómo se afianza su autonomía gracias a los trabajos de G. B. Vermiglioli en Perugia,[122] los de V. Campanari, alcalde de Tuscania y autor de la primera descripción del yacimiento de Vulci,[123] e incluso con las excavaciones del marqués Campana en Veyes y Cerveteri.

El descubrimiento de la gran necrópolis de Vulci[124] en 1828, en tierras de Luciano Bonaparte, príncipe de Canino, causa sensación: hasta finales de 1829 se extraen de las tumbas tres mil vasijas pintadas. Antes, la mayoría de los objetos de este tipo se habían recogido en Campania y en el sur de Italia y habían pasado a engrosar prestigiosas colecciones como la de lord William Hamilton o el caballero Edme-Antoine Durand.[125]

E. Gerhard se dirige inmediatamente a Vulci y funda la «ceramología» estudiando las vasijas, mientras trabaja en la creación de una institución internacional capaz de dar cuenta de la riqueza arqueológica de Italia y crear herramientas de investigación.[126]

---

121 P. Grimal, *À la recherche de l'Italie antique*, París, Hachette, 1961, p. 265.

122 Descubre en 1840 el hipogeo de los Volumnii.

123 *Notizia di Vulcia, antica città etrusca*, Macerata, 1829. Cf. G. Colonna, «Archeologia dell'età romantica in Etruria: i Campanari di Toscanella e la tomba dei Vipiniana», *Studi Etruschi*, XLVI, 1978, p. 81 ss.

124 A. Hus, *Vulci étruque et étrusco-romaine*, París, Klincksiek, 1971; F. Buranelli, «Gli scavi a Vulci (1828-1854) di Luciano ed Alexandrine Bonaparte Principi di Canino», en *Luciano Bonaparte-le sue collezioni d'arte, le sue residenze a Roma, nel Lazio, in Italia (1804-1840),* Roma, 1995.

125 Colección comprada en 1825 por el Museo del Louvre.

126 A. Michaelis, *Storia dell'Instituto archeologico germanico, 1829-1879*, Roma, 1879; G. Rodenwaldt, *Archäologisches Institut des Deutschen Reiches, 1829-1929*, Berlín, 1929; L. Wickert, *Beiträge zur Geschichte des Deutschen Archäologischen Instituts. 1876 bis 1929*, Maguncia, Verlag Philipp von Zabern, 1979; F. W. Deichmann, *Vom internationalen Privatverein zur Preussischen Staatsanstalt. Zur Geschichte des Instituto di Correspondenza Archeologica*, Maguncia, Verlag Philipp von Zabern, 1986.

El Instituto de Correspondencia Arqueológica celebra su primera sesión el 21 de abril de 1829, día del aniversario de la fundación de Roma, en el palacio Caffarelli, ubicado en el Capitolio, reafirmando el esplendor de la arqueología clásica. Este instituto está destinado a convertirse, antes de la unificación italiana, en «el ministerio oficioso de las investigaciones arqueológicas».[127]

Desde principios del siglo XIX, una comunidad internacional de eruditos da vida a la actividad intelectual de Roma: el círculo de Wilhelm von Humboldt,[128] embajador en la Santa Sede a partir de 1802, reúne a prelados romanos, artistas, poetas y escritores alemanes y franceses entre los que destacan A. W. Schlegel, F. Tieck, Madame de Staël o P.-L. Courier. En estrecha relación con F. A. Wolf, W. von Humboldt estudia filología y recibe en su salón a los mejores representantes de esta ciencia, entre ellos, Georg Zoëga, discípulo de J. J. Winckelmann, quien, mediante el estudio exhaustivo de una misma categoría de monumentos, elabora el método moderno de exégesis de los objetos arqueológicos.[129]

Por lo que respecta a los miembros del Xeneion de Atenas, O. Magnus von Stackelberg, J. Linckh y P. O. Bröndsted se instalan en Roma para proseguir el estudio y publicación del templo de Bassae y forman un círculo activo de amantes del arte griego.

El historiador de Roma Barthold Niebuhr[130] sucede en 1816 a Humboldt en su cargo diplomático y le releva en su papel de promotor de la arqueología que comparte con Christian von Bunsen.[131] En este medio se introducirán, desde su llegada a Roma en 1822 y 1823, E. Gerhard y Theodor Panofka, ambos discípulos de F. A. Wolf y A. Boeckh.

---

127 P. Grimal, *À la recherche de l'Italie antique*, *op. cit.*, p. 267.

128 Barón Karl Wilhelm von Humboldt (1767-1835): poeta, crítico, filólogo y hombre de Estado alemán.

129 Georg/Jorgen Zoëga (1755-1809): arqueólogo danés, formado en la Universidad de Gotinga.

130 Barthold Georg Niebuhr (1776-1835): historiador alemán, nacido en Copenhague, hijo de Karsten Niebuhr, geógrafo y autor de una célebre expedición a Arabia, India, Persia, Mesopotamia y Egipto.

131 Barón Christian Karl Josias von Bunsen (1791-1860): erudito y diplomático alemán.

A imagen y semejanza del Xeneion que reunió en Atenas a los alemanes, daneses e ingleses apasionados por el arte antiguo, se constituye en Roma el grupo de los «Hiperbóreos romanos» del que forman parte E. Gerhard, T. Panofka, O. Magnus von Stackelberg, el barón Kestner o B. Thorvaldsen. Éstos se dedican a estudiar los monumentos de Roma para contribuir a su descripción, proyectada por Niebuhr y Bunsen,[132] así como las colecciones privadas y públicas de toda Italia: en 1825, Stackelberg, Panofka, Kestner y Gerhard elaboran el inventario del Museo Borbón de Nápoles.

Durante los viajes que les llevan por toda Italia hasta Sicilia, descubren la necesidad de confeccionar catálogos y *corpora* de objetos y calibran la importancia de las series. En 1827, fecha en la que se inicia la publicación de sus *Antike Bildwerke*,[133] E. Gerhard trata de establecer un método que sería para la arqueología el equivalente de «lo que hizo Linné para la botánica [...]. Quiere establecer las semejanzas y diferencias, los caracteres comparables entre los monumentos, que son a la arqueología lo que los seres a la historia natural».[134]

Su interés se centra en Etruria,[135] lugar que visitó en 1824, donde se multiplican los descubrimientos extraordinarios; y constata que la difusión de los monumentos arqueológicos es insuficiente: la publicación mensual de G. A. Guattani, *Monumenti inediti* y las *Memorie enciclopediche* no salen de Roma.

Se hace patente la necesidad de una nueva publicación periódica y T. Panofka (1800-1858) convence de esta necesidad al duque de Luynes, al que conoce en Nápoles y le presenta a los Hiperbóreos. Este gran hombre, coleccionista, conocedor de la historia del arte, numismático y excelente dibujante, es director adjunto del museo real —el Louvre— y realiza investigaciones en el sur de Italia y excavaciones en Metaponte junto con el arquitecto F.-J. Debacq. Concibe y financia los *Monumenti antichi*

132 B. G. Niebhur y C. K. J. von Bunsen, *Beschreibung Roms*, Berlín, 1830.

133 E. Gerhard, *Antike Bildwerke zum ersten Mal bekannt gemacht*, Berlín, 1827-1843.

134 E. Vinet, *L'Art et l'Archéologie*, París, 1874, p. 56.

135 El Ministerio de Instrucción y de Cultos de Prusia le encarga adquirir en Italia obras etruscas para el Museo Real que se inaugurará en 1830 en Berlín. Cf. G. Platz Horster, «E. Gerhard et le cabinet étrusque de l'Altesmuseum de Berlin», en el catálogo de la exposición, *Les Étrusques et l'Europe*, París, Réunion des musées nationaux, 1992, pp. 362-365.

*inediti della Società iperborea romana* en los que colabora con E. Sarti, E. Gerhard, F. Hirt, T. Panofka y O. Magnus von Stackelberg. De este modo, ofrece un primer ejemplo de mecenazgo científico e internacional.

En esta iniciativa científica con claro carácter europeo interviene otro francés: el duque de Blacas d'Aulps, protector de J.-F. Champollion, llama a T. Panofka a París en 1826 para publicar la colección de antigüedades griegas, etruscas y romanas que había creado durante su embajada en Nápoles.[136]

París parece el lugar idóneo para convertirse en sede de la dirección de las publicaciones, pero Bunsen presenta al príncipe heredero de Prusia el proyecto de ampliar la sociedad hiperbórea. Éste, entusiasmado, se presta como patrocinador y hace posible que se funde en Roma el Instituto de Correspondencia Arqueológica.

El duque de Blacas, su presidente, y el duque de Luynes apoyarán el Instituto hasta 1848. La academia pontificia lo avala y, como resultado, la Academia de Herculano y el director de los trabajos de Pompeya transmiten sus notas y los resultados de las excavaciones. El secretario general del instituto es C. K. J. Bunsen y sus secretarios, E. Gerhard y T. Panofka. El centro está dividido en secciones: la italiana, bajo la responsabilidad de Carlo Fea, director de las antigüedades de Roma; la francesa, con el duque de Luynes como secretario; y la inglesa dirigida por James Millingen. F. G. Welcker es el secretario de la sección alemana y el barón Kestner, el encargado de los archivos. El instituto se fija la tarea de recopilar y difundir a través de sus corresponsales los descubrimientos arqueológicos relativos a la antigüedad clásica. Uno de sus objetivos es la fundación de «una publicación arqueológica que cuente, por así decirlo, todos los pasos de la arqueología». Intenta «señalar las excavaciones en todos los puntos del territorio clásico, estrechar los lazos entre dos estudios relacionados entre sí: el de los monumentos y el de las mitologías, mostrar toda la importancia de la cerámica antigua, confeccionar un inventario de museos, anotar las adquisiciones, estudiar la topografía de los yacimientos célebres o de determinadas provincias, hacer un llamamiento a la cooperación de los arqueólogos de todos los países».[137]

---

136 T. Panofka, *Musée Blacas*, París, 1830.
137 E. Vinet, *L'Art et l'Archéologie*, París, 1874, p. 118.

Para llevar a cabo este programa se crea un *Bulletin* mensual, la colección de los *Monuments inédits*, de carácter anual, y los *Annales*, publicaciones que marcan la frontera entre la antigua y la nueva arqueología. El primer volumen de los *Annales*, publicado en 1829, contiene las observaciones previas de E. Gerhard que definen la tarea que se ha fijado el Instituto: el estudio de los monumentos, las investigaciones epigráficas y el desarrollo de la topografía antigua, limitándose a la antigüedad grecorromana.[138] Esta restricción se levanta a partir de 1833 bajo la influencia de Bunsen y del duque de Blacas, que amplían los horizontes del Instituto a Egipto.

Los *Annales* y las láminas de los *Monuments inédits* se imprimen en París gracias a la contribución financiera de los duques de Blacas y de Luynes y a la ayuda de Theodor Panofka y Jean de Witte.[139] En estos primeros años de funcionamiento del instituto se materializa el ideal de cooperación internacional; los intercambios científicos son muy fructuosos, los contactos que se establecen entre sabios italianos, ingleses, alemanes y franceses hacen posibles los avances de la ceramología y de la epigrafía. Hasta 1833, fecha en la que E. Gerhard regresa a Berlín, el centro dedica la mayor parte de su actividad a Etruria, donde los descubrimientos se multiplican y modifican considerablemente la visión de la Italia antigua, ya que antes se creía que su historia estaba sometida a la historia de Roma. Karl Otfried Müller contribuye en gran medida al reconocimiento de la civilización etrusca recapitulando los conocimientos de su época.[140]

Al conocer la noticia de que se han extraído miles de vasijas pintadas de las tumbas descubiertas en Vulci, en tierras de Lucien Bonaparte, E. Gerhard y el barón Kestner acuden allí durante las excavaciones. Conscientes de la importancia vital del acontecimiento, E. Gerhard publica en 1831 el tercer volumen de los *Annales*, el famoso *Rapporto intorno i vasi Volcenti* que, acogido como una obra maestra por el epigrafista Jean-

138 *Annales de l'Institut de correspondance archéologique de Rome*, escritos en francés e italiano, cuyo primer número se publica en 1829.

139 Barón Jean de Witte (1808-1889): arqueólogo belga residente en París desde su adolescencia; autor de numerosos catálogos de colecciones de vasijas y bronces. Publica, junto con C. Lenormant, *L'Élite des monuments céramographiques*, París, 1837-1861.

140 Karl Ottfried Müller (1797-1840). *Die Etrusker*, Gotinga, 1829.

Antoine Letronne, abre la vía de la ceramología moderna al aportar los «fundamentos del estudio científico de las vasijas».[141]

Estas vasijas pintadas, que hasta el siglo XVIII se hallaban en el sur de Italia y se coleccionaban, se clasificaron en un principio como etruscas.[142] Sin embargo, en 1754, A. S. Mazzocchi demostró a partir de las inscripciones de unas vasijas con figuras rojas que eran griegas.[143] Lo releva J. J. Winckelmann, que achaca el error de atribución al chovinismo toscano de Buonarroti y Gori.[144]

En la introducción a su segunda colección publicada por W. Tischbein,[145] Lord Hamilton señala que las vasijas halladas en Italia y Grecia se parecen tanto que han de tener el mismo origen. Será L. Lanzi quien demuestre definitivamente que se trata de piezas griegas.[146] No obstante, durante toda la primera mitad del siglo XIX, sigue discutiéndose el origen de las vasijas: por un lado, E. Gerhard, F. G. Welcker, C. Lenormant y el duque de Luynes sostienen que fueron fabricados por artesanos griegos en Italia; otros como D. Raoul-Rochette defienden su origen siciliano; y finalmente, Kramer o K. O. Müller mantienen que fueron realizadas en Ática e importadas por Italia. O. Jahn zanja la cuestión en 1854[147] al distinguir las vasijas que proceden de Ática de las que se fabricaron en Etruria, Lucania y Apulia en épocas posteriores. Albert Dumont lee las mismas firmas de artistas en las vasijas descubiertas en Grecia e Italia, con lo que demuestra que fueron importadas por la península.[148]

---

141 O. Jahn, *Beschreibung der Vasensammlung Königs Ludwigs in der Pinacothek zu München*, Múnich, 1854, p. XVI, citado por S. Reinach, *Peintures de vases antiques recueillies par A. L. Millin (1808) y J. Millingen (1813)*, París, 1891.

142 A. F. Gori, *Museum Etruscum*, Florencia, 1737-1743.

143 Cf. R. M. Cook, *Greek Painted Pottery*, Londres, 1972, 2.ª ed., cap. 15: «The history of vases painting».

144 J. J. Winckelmann, *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, trad. Hubert, París, 1781, 3 tomos, t. 1, p. 188, citado por P. Grimal, *À la recherche de l'Italie antique*, *op. cit.*, p. 247.

145 *Collection of Engravings from Ancient Vases mostly of pure greek Workmanship*, Londres, 4 vols., 1791-1795.

146 L. Lanzi, *De'vasi antichi dipinti volgarmente chiamati etruschi*, Florencia, 1806.

147 Otto Jahn (1813-1869), filólogo y arqueólogo clásico, historiador de música, biógrafo de Goethe. *Beschreibung der Vasensammlung Königs Ludwigs in der Pinacothek zu München*.

148 A. Dumont y J. Chaplain, *Peintures céramiques de la Grèce propre*, París, 2 vols., 1888-1890.

Antes de que se publicase el *Rapporto Volcente* de E. Gerhard y, posteriormente, las *Picturae* de G. B. Passeri,[149] se dedicaron tres obras a las «pinturas de vasijas antiguas»: una de Aubin-Louis Millin, director del Gabinete de Medallas, y las otras dos de James Millingen (1774-1845), secretario de la sección inglesa del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma. Ya sólo los títulos, *Pinturas*..., bastan para demostrar que los autores centraban su interés exclusivamente en las representaciones, sin preocuparse por las formas de las vasijas. Mientras que Millin, al igual de lord W. Hamilton, considera las pinturas como modelos para los artistas y encarga a Clener, discípulo de Tischbein, que las grabe, obteniendo imágenes convencionales e inexactas, Millingen, por su parte, efectúa unas reproducciones de una fidelidad y precisión notables y es el primero en reaccionar ante las extravagancias de algunos, como Millin, que introducían el misticismo en el estudio de la cerámica.[150]

El *Rapporto Volcente* de E. Gerhard rompe con esta «exégesis desenfrenada» que denunciaba K. A. Böttiger,[151] pero no por ello se viene abajo T. Panofka.[152]

En primer lugar, E. Gerhard considera estas vasijas que se extraen a miles de las tumbas de Vulci como «testimonios de la actividad industrial de los antiguos y como monumentos de la historia del arte».[153] Al igual que Montfaucon y Caylus, concede a los objetos un valor histórico equivalente a los textos y, tras formarse en la escuela filológica de F. A. Wolf, define así la arqueología: «Die auf monumentales Wissen begründete Hälfte allgemeiner Wissenschaft des klassischen Altertums»,[154] y la filología contribuye en la otra mitad a la reconstrucción histórica de la antigüedad. Para él, la arqueología es una «filología monumental»[155] pero recurre también a la crítica y a la exégesis. La arqueología añade a los métodos filo-

149 G. B. Passeri, *Picturae Etruscorum in Vasculis*, 3 vols., 1767-1775.
150 S. Reinach, 1891, *op. cit.*, introducción.
151 K. A. Böttiger, *Grieschiche Vasengemälde*, Weimar-Magdeburgo, 1797-1800.
152 T. Panofka, *Musée Blacas*, París, 1830.
153 S. Reinach, 1891, *op. cit.*, introducción, p. V.
154 E. Gerhard, *Grundriss der Archäologie*, Berlín, 1853, citado por K. B. Stark, *Systematik und Geschichte der Archäologie der Kunst*, Leipzig, 1880, reed. Múnich, 1969, p. 11.
155 Cf. E. Gerhard, *Sechszehn Thesen über Archäologie als monumentale Philologie*, Berlín, 1850.

lógicos los métodos naturalistas para la observación y clasificación de objetos. Así, E. Gerhard, aplica el principio «monumentorum artis qui unum vidit, nullum vidit; qui millia vidit, unum vidit»,[156] y recurre a la comparación de objetos para examinar las vasijas de Vulci desde el punto de vista de la forma, la decoración y las técnicas, y clasificarlas con el fin de determinar los estilos que más tarde le permitirán identificar escuelas y reconstituir la evolución y, por lo tanto la historia, de esta categoría de objetos. Con los resultados obtenidos no sólo profundiza en el conocimiento de la antigüedad sino que además establece un método de investigación para la ceramología, que pasa a un primer plano entre las disciplinas arqueológicas, lo que hace de K. B. Stark un Caylus que saca provecho de las experiencias de la ciencia filológica del siglo XIX.[157]

Las tumbas etruscas de Vulci, que ocultan una multitud de vasijas griegas, demuestran por primera vez un hecho evidente: el problema de las relaciones e intercambios entre civilizaciones mediterráneas, una cuestión que se verá reactivada con los descubrimientos de Oriente, ya que aclaran ciertos aspectos.

Al permitir la difusión de los descubrimientos de Etruria y del *Rapporto Volcente* de Gerhard, el Instituto de Correspondencia Arqueológica, que acaba de nacer, demuestra enseguida y de manera brillante su importancia. Como permite establecer estrechos contactos entre los arqueólogos europeos, favorece el desarrollo de la arqueología clásica cuyos objetivos, ámbitos de aplicación y métodos ya están definidos. Los *Annales* de 1832 a 1834, publicados en París, reúnen a todos los representantes de la arqueología francesa de la época: Albert de Luynes, Antoine-Chrysostome Quatremère de Quincy, Jean-Antoine Letronne, Charles Lenormant, Jean de Witte, Désiré Raoul-Rochette o Joseph-D. Guigniaut.

El impulso que dio Gerhard a la ceramología repercute en Francia, país donde estos estudios se multiplican. En 1828, D. Raoul-Rochette publicó *Monuments inédits de l'Antiquité figurée grecque, étrusque et romaine*, que muestran puntos de vista muy próximos a los de E. Gerhard. El

156 *Annali*, 3, 1932, p. 111.
157 K. B. Stark, *op. cit.*, p. 367: «Gerhard ist darin der Caylus des neunzehnten Jahrhunderts geworden, aber mit allen Vorzügen eben der heutiger philologischen Wissenschaft».

duque de Luynes es el primero «que aplica al estudio de vasijas pintadas amplios conocimientos de química y experimentos industriales de gran precisión».[158] Esta vía la abrió en Francia Alexandre Brongniart (1770-1847), director del Museo de Cerámica de Sèvres, cuya máxima preocupación era «presentar toda la historia de la cerámica antigua, desde Egipto a Susiana y los productos galorromanos o germánicos de época baja».[159] Es el primero que investiga sobre la composición y fabricación de cerámicas y las clasifica en función de sus características químicas, según los principios que establecen Cuvier y Linné para las ciencias naturales. Propone a los arqueólogos «unos modos de extraer de la naturaleza de las pastas y vidriados o de la naturaleza de la coloración unos caracteres propios para distinguir los orígenes e incluso la época de las cerámicas descubiertas en posiciones desconocidas o inciertas».[160] Así, proporciona recursos para paliar las dificultades de datación y determinación de centros productores con que tropiezan filólogos-arqueólogos por la ausencia de inscripciones.

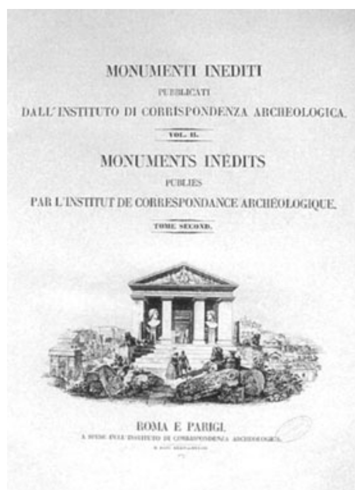
C. Lenormant (1802-1850) y J. de Witte, basándose en las aportaciones de las vasijas de Vulci y el trabajo de E. Gerhard, tratan de «deducir los datos y las leyes que rigen en general un campo tan amplio»[161] y admiten las dificultades con que se topan para resolver los problemas que plantea la ausencia de textos: ¿Cómo puede explicarse que haya vasijas griegas en tumbas etruscas? ¿Cómo se pueden fechar estos objetos? Recurriendo a la numismática y comparando el estilo de las pinturas con el de las medallas de las que se conoce la fecha de emisión. Habrá que esperar al final del siglo XIX, con el desarrollo de los trabajos de campo en Grecia y la adopción de los métodos de observación estratigráficos definidos en Escandinavia, para que la cerámica, que se estudia hasta en los más mínimos añicos, permita «establecer la relación que existía entre los distintos pueblos griegos, hallar la cronología de las ciudades desaparecidas en periodos anteriores a los primeros documentos escritos e incluso ante-

158 C. Lenormant y J. de Witte, *Élite des monuments céramographiques*, París, 1844, p. XVII, a propósito de la *Description de quelques vases peints étrusques, italiotes, siciliens et grecs*, París, 1840, del duque Albert de Luynes.

159 Prólogo de E. Pottier para Madelaine Massoul, *CVA Musée national de Sèvres, Francia, 13*, París, 1935.

160 A. Brongniart, *Traité des arts céramiques ou des poteries considérées dans leur histoire, leur pratique et leur théorie*, París, 1844, prefacio, p. XIX.

161 C. Lenormant y J. de Witte, *op. cit.*, introducción, p. IX.



MONUMENTI INEDITI

PUBBLICATI

DALL' INSTITUTO DI CORRISPONDENZA ARCHEOLOGICA.

VOL. II.

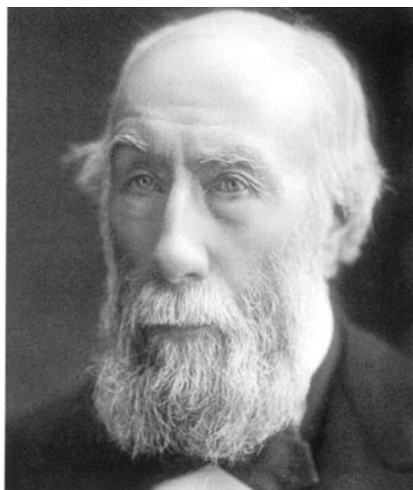
MONUMENTS INÉDITS

PUBLIES

PAR L'INSTITUT DE CORRESPONDANCE ARCHÉOLOGIQUE.

TOME SECOND.

ROMA E PARIGI.



22. E. Gerhard, frontispicio del primer volumen de los *Monumenti inediti pubblicati dall'Instituto di Correspondenza Archeologica*, Roma, 1829-1833. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

23. Jean de Witte (1808-1889), fotografiado por E. Pirou. Album conservado en la biblioteca del Instituto de Francia.



24. Vasijas halladas en Vulci y pertenecientes a las colecciones Candelori y Feoli. E. Gerhard las eligió según su forma y las ilustró él mismo para su célebre «Rapporto intorno i vasi Vulcenti», en *Monumenti inediti pubblicati dall'Instituto di Correspondenza Archeologica*, Roma, 1829-1833, lám. XXVI, vol. I. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



25. Désiré Raoul-Rochette (1783-1854), *Recueil de portraits de personnages célèbres faisant partie des quatre différentes classes académiques de l'Institut, lithographiés par Boilly fils*. Biblioteca del Instituto de Francia.



26. Jean-Antoine Letronne (1786-1848), *Iconographie de l'Institut royal de France depuis 1814 jusqu'en 1825. Dessinés et lithographiés par J. Boilly*. Biblioteca del Instituto de Francia.

riores a la utilización de la escritura en la cuenca mediterránea».[162] Hasta entonces la arqueología no contará con métodos propios e independientes de la filología para estudiar los periodos que quedan fuera del alcance de la historia.

La epigrafía, que se encuentra en la frontera entre la filología y la arqueología, contribuye, gracias al esplendor del que goza en los años cuarenta del siglo XIX, a la renovación de los estudios clásicos en Francia. En 1828, A. Boeckh y J. Franz inician la confección del *Corpus Inscriptionum Graecorum*,[163] que confirmaba los avances de Alemania en esta materia. No obstante, en Francia, J.-A. Letronne ilustraba la filología y aparecía como «el auténtico fundador de los estudios modernos de epigrafía clásica»:[164] en su *Recueil des inscriptions grecques et latines d'Égypte*,[165] ponía en práctica una concepción original y abría nuevas vías a la epigrafía, cuyo método definía. Para él, «todas las inscripciones, incluso las más insignificantes, deben ser consideradas como testimonios históricos».[166]

Esta opinión de Letronne coincidía con la de los arqueólogos en lo referente a objetos y monumentos. Sin embargo, muere en 1848 sin dejar ningún discípulo, por lo que la profundización sobre la epigrafía en Francia vuelve a quedar aplazada.

Respecto a la epigrafía latina, Philippe Le Bas concibe en 1829 el proyecto francés de un corpus de inscripciones.[167] Siendo preceptor en Francia de los hijos de la reina Hortensia, mantuvo contactos con los epigrafistas italianos Borghesi, Cardinali, Bondi, y con Gerhard y Panofka

---

162 E. Pottier, *Catalogue de vases antiques de terre cuite du Louvre*, París, 1896, introducción, p. 37.

163 Completado en 1840 por J. Franz, *Elementa epigraphicae graecae*, Berlín.

164 J. Leclant, «Une tradition: l'épigraphie à l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres», sesión pública del Instituto de Francia, Academia de Inscripciones y Bellas Letras, 18 de noviembre de 1988. J.-A. Letronne (1787-1848), filólogo y epigrafista clásico, sucede a J.-F. Champollion en la cátedra de arqueología del Collège de France, que ocupa de 1837 a 1848.

165 J.-A. Letronne, *Recueil des inscriptions grecques et latines d'Égypte dans leur rapport avec l'histoire politique, l'administration intérieure, les institutions civiles et religieuses dans ce pays, depuis la conquête d'Alexandre jusqu'à celle des Arabes*, París, 1842-1848.

166 J. Leclant, *op. cit.*, p. 3.

167 Ph. Le Bas (1794-1860), *Sur l'utilité que l'on peut tirer de l'épigraphie pour l'intelligence des auteurs anciens*, París, 1829.

durante los años en que se estaba gestando la fundación del Instituto de Correspondencia Arqueológica.[168] En Italia, Scipione Maffei, ya en 1732, había rechazado las bases de la epigrafía científica, preconizando y poniendo en práctica el examen crítico de las inscripciones y la lectura de los originales. Por otra parte, había propuesto a los eruditos de toda Europa un proyecto de colaboración para realizar un corpus de inscripciones antiguas.[169] El gran conocedor de la epigrafía latina, Bartolomeo Borghesi,[170] colabora en las publicaciones del Instituto de Correspondencia Arqueológica con numerosas contribuciones a partir de 1830 mientras que E. Braun, primer secretario de 1837 a 1856, se dedica a poner a un mismo nivel epigrafía y arqueología. Él es quien anima a W. Henzen (1846-1887) a entrar en la escuela de B. Borghesi que, por su parte, se compromete a contribuir a la recopilación de textos epigráficos latinos proyectada en Francia por la Academia de Inscripciones. La iniciativa francesa no llega a completarse, pero vuelve a lanzarse en 1843 mediante una comisión epigráfica que se crea en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras retomando el proyecto de corpus de 1829, sin terminarlo tampoco. En 1847 existe una nueva tentativa encabezada por Adolphe Noël des Vergers,[171] con quien se pone en contacto W. Henzen en el momento en que T. Mommsen se encuentra en Roma y visita a Borghesi en San Marino.

Los *Études osques* de Mommsen, publicados en 1845-1846, son la primicia del *Corpus Inscriptionum Latinarum* cuya publicación comenzará en Berlín en 1863. Al no haber podido llevar a término la labor en la que tuvo la iniciativa, Francia deberá conformarse con publicar las obras de B. Borghesi.

En cuanto a P. Le Bas, catedrático de la École Normale Supérieure (Escuela Superior de Magisterio), fomenta la creación de una escuela de

---

168 S. Reinach, *Bibliotèque des monuments figurés grecs et romains. 1. Voyage archéologique en Grèce et en Asie Mineure (Le Bas 1842-1844)*, París, 1888.

169 S. Maffei, *Piano proposito della nuova Società Veronese a tutti i dotti e a tutti i studiosi d'Europa per redure in un corpo tutte le antiche iscrizioni romane e greche e gentile e cristiane*, Verona, 1732.

170 Conde Bartolomeo Borghesi (*ca.* 1781-1860): numismático y epigrafista italiano; cf. «Bartolomeo Borghesi. Scienza e libertà», coloquio de la Asociación Internacional de Epigrafía Griega y Latina, 1981, Bolonia, 1982.

171 Joseph Marie Adolphe Noël des Vergers (1805-1867). *Notes à M. Letronne sur les divers projets d'un Recueil général des inscriptions latines de l'Antiquité*, París, 1847.

epigrafía de la que saldrán Wallon y Duruy. Él se encarga de explicar los monumentos sobre los que se informa durante la Expedición de Morea y se ocupa también de una misión por Grecia y Asia Menor,[172] en la que recopilará alrededor de cinco mil inscripciones.

El despertar de los estudios eruditos al que asiste Francia hacia 1840 afecta también a la numismática. La larga tradición francesa queda perpetuada gracias a una escuela prolífica representada por Félix de Saulcy,[173] Louis de la Saussaye,[174] Charles Lenormant,[175] Adrien de Longperier[176] o Charles Robert.

Hacia 1840, la «Altertumswissenschaft», tal como se define en Alemania, se beneficia de las contribuciones de la filología y de una arqueología que ha adoptado los métodos de su hermana gemela: se constituye una «ciencia de los objetos y monumentos» que se dota de herramientas de investigación, catalogación y elaboración de *corpora*. Sin embargo, el descubrimiento de Oriente, que comenzó con Egipto y continúa en Mesopotamia, permite ver con distancia las civilizaciones griega y latina de las que se sospecha más que nunca que tienen precedentes en otras culturas bastante más antiguas, sobre las que no se conservan textos y a las que no se pueden aplicar los métodos filológicos. Así, J.-F. Champollion veía en Egipto el origen de la arquitectura griega e intuía en esta civilización un origen que sobrepasaba con creces el final *post quem* que fija la Biblia. Los monumentos asirios descritos en Jorsabad por P.-É. Botta le sugieren a A. de Longpérier los intercambios entre Oriente y el mundo helénico: «Desde una época muy anterior, debió de haber frecuentes comunicaciones entre Chipre, Rodas, Creta y Sicilia y es posible que las escuelas de artistas cretenses, rotenses y sicilianos recibieran lecciones y modelos de estos hábiles escultores asirios».[177]

---

172 P. Le Bas, *Voyage archéologique en Grèce et en Asie Mineure 1842-1844*, publicada por S. Reinach en 1888.

173 F. de Saulcy, *Essai de classification des monnaies autonomes de l'Espagne*, Metz, 1840; ídem, *Recherches sur la numismatique judaïque*, París, 1854.

174 Fundador en 1836 de la *Revue numismatique*, retomada por Adrien de Longpérier y Jean de Witte.

175 C. Lenormant, *Trésors de numismatique et de glyptique*, París, 1834-1850.

176 L. de la Saussaye, *Essai sur les monnaies des rois de la Perse de la dynastie sassanide*, París, 1840.

177 Henri Adrien Prévost de Longpérier (1816-1882): conservador del Louvre.

Poco antes de 1830, se definen el objetivo, los principios y los métodos de la arqueología moderna cuya «defensa e ilustración» había presentado J. Spon y se establecen claramente sus lazos con la filología y la historia. El Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma es la primera forma de organización arqueológica oficial e internacional y anuncia el gran movimiento de creación de instituciones arqueológicas que se producirán en Francia tras la revolución de 1830, considerada como una victoria por los historiadores liberales que acceden al poder.

En materia de arqueología, la actividad de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y de las sociedades de eruditos[178] se ve reforzada con la de la *Société pour la conservation et la description des monuments historiques*[179] que funda Arcisse de Caumont[180] en 1834 y con la creación de comités de trabajos históricos a iniciativa de F. Guizot. El anticuario normando, con su *Cours d'antiquités monumentales*[181] y los congresos que reúnen cada año a los eruditos de las distintas provincias en una ciudad diferente,[182] favorece el impulso del patrimonio medieval y elabora un método tipológico de estudio de los monumentos para los periodos históricos. Estas circunstancias explican que «la historia puramente científica, desprovista de preocupaciones literarias o políticas, la erudición objetiva y desinteresada [haya tenido], bajo el reinado de Luis Felipe, un esplendor casi mayor que el que tuvo en Francia en tiempos de los benedictinos».[183] Los estudios eruditos, cuyo declive lamentaba E. Gibbon a finales del siglo XVIII, gozan de un resurgimiento espectacular y aportan a la historia los recursos de métodos críticos y filológicos.

En estos años de actividad frenética en Italia y Grecia, se multiplican los descubrimientos de viajeros, arquitectos y arqueólogos cuyos trabajos

---

178 *Société royale des antiquaires de France*, fundada en 1814 pero precedida por la Academia Celta, creada en 1804. La Sociedad Asiática fue fundada en 1822.

179 Se convertirá en la Sociedad Francesa de Arqueología.

180 Arcisse de Caumont (1801-1873). Cf. F. Bercé, «Arcisse de Caumont et les sociétés savantes», en P. Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, vol. II, *La Nation*, t. 2.

181 A. de Caumont, *Histoire de l'architecture religieuse, civile et militaire*, Caen, 1830-1841, 6 vols. Curso impartido a partir de 1824.

182 Congresos arqueológicos de Francia instaurados en 1834.

183 C. Jullian, *Notes sur l'histoire en France au XIX^e^ siècle*, París, 1897, p. LXXVI de la reedición, París-Ginebra, 1979.

amplían considerablemente los conocimientos sobre la antigüedad clásica. En Oriente, se han marcado ya los primeros hitos: la Expedición a Egipto permite a J.-F. Champollion abrir una nueva provincia en la arqueología. El orientalismo, que representan de manera brillante en Francia J.-J. Barthélemy, «inventor» del alfabeto fenicio, o Abel Rémusat y Silvestre de Sacy, precede a una auténtica epifanía: Eugène Burnouf (1801-1852), responsable de que «la ciencia de Persia sea algo francés»,[184] comienza en 1836 la interpretación de la escritura cuneiforme,[185] unos años antes de que P.-É. Botta haga entrar en el Louvre el botín del palacio de Sargón en Jorsabad y revele el arte asirio a una asombrada Europa.

Desde ese momento, Oriente comparte el interés de los filólogos, arqueólogos e historiadores con el mundo clásico y se hace cada vez más evidente que éste último tiene influencias y se formó en contacto con el mundo oriental. La historia de Egipto se remonta a tiempos mucho más remotos y Champollion intuye su prehistoria. Mientras tanto, en el norte de Europa, los escandinavos exploran la suya[186] y elaboran métodos para conocerla: los anticuarios escandinavos ponen de manifiesto la especificidad de un método estrictamente arqueológico, basado en la tipología de los objetos, que permite establecer una cronología relativa mediante clasificación y comparación.[187] C. Thomsen, en su *Guide du musée de Copenhague*,[188] expone y difunde en 1836 la teoría de las Tres Edades que se deduce de la observación directa de los contextos de los hallazgos.

J. J. A. Worsaae (1788-1865) prefigura el «cross dating» de O. Montelius y de Flinders Petrie y perfecciona la técnica de la sincronía que consiste en situar los objetos descubiertos en el norte de Europa en una cronología absoluta mediante la comparación con objetos del mismo tipo

184 *Ibidem*, p. XXXIX.

185 E. Burnouf, *Mémoire sur deux inscriptions cunéiformes trouvées près d'Hamadan*, París, 1836.

186 O. Klindt-Jensen, *A History of Scandinavian Archaeology*, Londres, Thames & Hudson, 1975.

187 G. Daniel, *One Hundred and Fifty Years of Archaeology*, Londres, Duckworth, 1975, p. 38 ss.

188 Christian Jürgensen Thomsen (1788-1865): primer conservador del Museo Nacional de Copenhague.

encontrados en un contexto mediterráneo históricamente fechado. Obviamente, habrá que esperar a la conmoción que provocará el descubrimiento de Troya y Micenas para que estos conocimientos tengan repercusión en la arqueología clásica y ayuden a superar las dificultades que encuentran los filólogos arqueólogos para fechar los objetos sin recurrir a textos. No obstante, queda allanado el terreno para los intercambios que se han de llevar a cabo entre la prehistoria que Jacques Boucher Crèvecoeur de Perthes funda en Francia[189] y esta arqueología que se ha ido constituyendo desde principios del siglo XVIII.

189 Jacques Boucher Crèvecoeur de Perthes, *Antiquités celtiques et antédiluviennes*, 3 vols., París, 1847-1864.

# 2. EL «RENACIMIENTO ORIENTAL»:[1] FILOLOGÍA Y ARQUEOLOGÍA

Desde B. de Montfaucon, el conde de Caylus y J. J. Winckelmann, la «ciencia arqueológica» se ha afirmado como ciencia de los objetos y monumentos, ha adoptado métodos de crítica filológica y ha tratado de definir su relación con la historia. Asimismo, ha salido del estrecho círculo de los gabinetes de curiosidades y colecciones para llegar a suelo italiano y griego donde los arquitectos ingleses y franceses, siguiendo los pasos de instruidos viajeros, han introducido los principios para estudiar de manera sistemática los monumentos. En Pompeya y Herculano, Roma y Atenas se llevan a cabo las exploraciones arqueológicas de las ciudades antiguas. A las iniciativas individuales siguen las misiones organizadas por instituciones tan prestigiosas como la sociedad de los Dilettanti de Londres o la Academia de Inscripciones y Bellas Letras del Instituto de Francia. En Italia y Grecia, el Instituto de Correspondencia Arqueológica y la Escuela Francesa de Atenas ofrecen un marco internacional y oficial a las investigaciones. Se diferencian los distintos ámbitos de la arqueología clásica y se dota a la nueva «ciencia» de las herramientas necesarias para su desarrollo, *corpora*, catálogos, monografías o síntesis provisionales.

De este modo, llega a tierras clásicas una arqueología nueva no sólo por sus objetivos y métodos sino también porque integra culturas hasta entonces ignoradas o desdeñadas. Se abren perspectivas inesperadas para la Etruria orientalizante, ya que los orígenes de la civilización grecorromana se adelantan en el tiempo, y se sugieren estrechos vínculos con un Oriente

1 R. Schwab, *Renaissance orientale*, París, 1951.

en el que, por las mismas fechas, los trabajos de los eruditos resucitan las lenguas y la cultura material de pueblos desaparecidos. En efecto, después del arameo y el fenicio, el sánscrito suscita las investigaciones de los estudiosos occidentales. Con la publicación del *Zend-Avesta*, en 1771, Hyacinthe Anquetil du Perron[2] amplía el campo de investigación europeo a India y Persia, abriendo el camino para los trabajos de Franz Bopp (1791-1867) y su *Grammaire comparée* en la que pone de manifiesto el estrecho parentesco de las lenguas indoeuropeas. «La antigua barrera que imponían los prejuicios entre Oriente y Occidente desaparecía».[3]

El orientalismo, materia en la que a partir del siglo XVIII Francia goza de un prestigio sin igual, se ve reforzado por una serie de descubrimientos arqueológicos extraordinarios. Mesopotamia y Egipto, que en un principio destacaron por sus sistemas de escritura, pasan a ser tierras de exploración y más tarde de excavaciones, y la arqueología presta su ayuda a la filología para reconstruir el mundo antiguo, en el que Oriente tiene el mismo peso que Occidente. «La luz ya no emana de Palestina; Jerusalén recibe la luz de Nínive y Babilonia».[4]

Cuando se toma conciencia de que la antigüedad clásica no puede concebirse como una entidad independiente, la Biblia ya no constituye el punto de referencia histórico absoluto. A principios del siglo XIX, asistimos al renacimiento oriental que, según Jules Mohl (1800-1876) es tan brillante como el del siglo XV y hace del «humanismo parcial de los clásicos» un «humanismo integral».[5] Las sucesivas conquistas en materia de desciframiento de las lenguas orientales confieren un valor universal a estos estudios que dan a «conocer la historia de la parte del mundo con las civilizaciones más antiguas».[6]

El orientalismo, al que la arqueología dará un impulso decisivo junto con la filología a lo largo del siglo XIX, modifica sustancialmente el modo

---

2 Abraham-Hyacinthe Anquetil du Perron (1731-1805): orientalista francés, editor de *Zend-Avesta, ouvrage de Zoroastre*, París, 1771.

3 S. Lévi, «Les études orientales, leurs leçons, leurs résultats», *Annales du musée Guimet*, t. 36, 1912, p. 167-184.

4 *Ibidem*, p. 183.

5 R. Schwab, 1951, p. 12, toma este título de uno de los capítulos de Edgard Quinet, en *Le Génie des religions*, París, 1841.

6 J. Mohl, *Vingt-sept Ans d'histoire des études orientales* (1840-1867), 2 vols., París, 1879, t. I, p. 452.

de ver el mundo clásico de los eruditos, así como de todos aquéllos a los que hoy llamaríamos «intelectuales».[7]

## 2.1. La filología introduce la arqueología

En Francia, desde el siglo XVIII se dedican a ilustrar el orientalismo eruditos excepcionales, epigrafistas y filólogos que se afanan en descifrar inscripciones e identificar lenguas antiguas.

### 2.1.1. El mundo fenicio, Mesopotamia y Persia

Así es como, en 1754, Jean-Jacques Barthélemy[8] descubre el arameo a partir de las inscripciones de Palmira y recompone el alfabeto fenicio gracias a la inscripción bilingüe grabada en dos «candelabros» votivos hallados en Malta.[9] Sin embargo, a pesar de este impulso vigoroso, los estudios fenicios quedan después sumidos en un prolongado letargo, por lo que Félix de Saulcy afirma en 1846 lo siguiente: «De la literatura y los archivos fenicios, no nos quedan más que unos retazos tradicionales recogidos de ciento a viento [por extranjeros]».[10] Los eruditos que en su época se aventuran a realizar estas investigaciones se exponen a la burla. Pero las inscripciones halladas en Tunicia hacia 1820 y a partir de 1830 en Argelia vuelven a despertar el interés por esta civilización y dan lugar a los trabajos del francés Étienne Quatremère (1782-1857) y, sobre todo, del «gigante de la ciencia hebraica»[11] Wilhelm Gesenius, que, en 1837, da un gran

---

7 Para una visión crítica del orientalismo, visto por un «oriental», cf. E. W. Said, *L'Orientalisme. L'Orient crée par l'Occident*, París, L'Harmattan, 1980.

8 Jean-Jacques Barthélemy (1716-1795), «Réflexions sur l'alphabet et la langue dont on se servait autrefois à Palmyre», *Mémoires de l'Académie*, 1754. Cf. André Dupont-Sommer, «Les débuts des études phéniciens et puniques et leurs développements», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, París, 1983.

9 J.-J. Barthélemy, «Réflexions sur quelques monuments phéniciens et sur les alphabets qui en résultent», *Mémoires de l'Académie*, XXX, 1758, pp. 405-427.

10 Félix de Saulcy (1807-1880), «De l'histoire et de l'état actuel des études phéniciennes», *Revue des Deux Mondes,* 16, 1846, pp. 1055 *ss.* Cf. *Félix de Saulcy et la Terre Sainte*, París, Réunion des musées nationaux, 1982; È. y J. Gran-Aymerich, *Archéologia*, 220, enero de 1987, pp. 65-67.

11 A. Dupont-Sommer, *op. cit.*

27. Étienne Quatremère (1728-1857), *Iconographie de l'Institut royal de France depuis 1814 jusqu'en 1825. Dessinés et lithographiés par J. Boilly*. Biblioteca del Instituto de Francia.



28. A. Dureau de la Malle, *Iconographie de l'Institut royal de France depuis 1814 jusqu'en 1825. Dessinés et lithographiés par J. Boilly*, Biblioteca del Instituto de Francia.

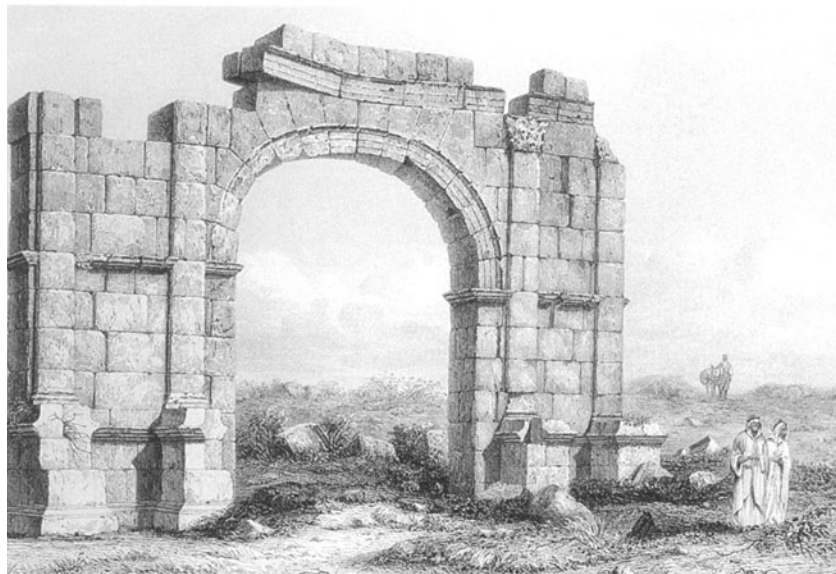
29. Isaac Silvestre de Sacy (1758-1838), *Iconographie de l'Institut royal de France depuis 1814 jusqu'en 1825. Dessinés et lithographiés par J. Boilly*, Biblioteca del Instituto de Francia.







30. Djemila-Cuiculum (Argelia), vista general. A. Ravoisié, *Exploration scientifique de l'Algérie pendant les années 1840, 1841, 1842... Beaux-arts, architecture et sculpture*, París, Firmin-Didot frères éditeurs, 1846, lám. 28, vol. 1. Biblioteca del Instituto de Francia.



31. Annuna (Argelia), arco municipal. A. Ravoisié, *Exploration scientifique de l'Algérie pendant les années 1840, 1841, 1842... Beaux-arts, architecture et sculpture*, París, Firmin-Didot frères éditeurs, 1846, lám. 8, vol. 2. Biblioteca del Instituto de Francia.

paso adelante.[12] En 1839, la actividad de los oficiales franceses y la desolación «de ver la colonia convertida en un erial científico»[13] dan pie a la creación de la Comisión para la Exploración Científica de Argelia,[14] constituida bajo la autoridad del ministro de Guerra y compuesta de veinte miembros, entre académicos y oficiales. Las expediciones militares de Tlemcén, Constantina y las Puertas de Hierro[15] dan abundantes cosechas epigráficas, cuyos frutos van a parar al museo del Louvre y son publicados por el capitán Delamare, el oficial epigrafista más activo de la época.[16] En 1837, Dureau de La Malle y Silvestre de Sacy fundan una «sociedad para la exploración y las excavaciones de la antigua Cartago». Pero, antes de 1848, la atención y el interés de oficiales y arqueólogos se centra en los testimonios de la civilización romana en el norte de África puesto que, como le escribe en 1833 el mariscal Soult al secretario vitalicio de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, «la ciencia puede prestar su contribución a esta obra de civilización que comienza en África bajo la protección de nuestro ejército».[17]

Hacia 1848, la Comisión para la Exploración Científica de Argelia deja una obra sin terminar que se completará durante el Segundo Imperio, pero será en 1880 cuando realmente la retome el protectorado francés de

---

12 Wilhelm Gesenius (1786-1842), *Scripturae Linguaeque Phoeniciae Monumenta quotquot supersunt*, Leipzig, 1837. Profesor de teología en la Universidad de Halle, es autor de un *Hebraïsch Elementarbuch*, cuya gramática hebraica, que corresponde al primer tomo, cuenta en 1858 con catorce ediciones.

13 Sobre el papel del ejército francés en el norte de África, cf. M. Dondin-Payre, «L'Exercitus Africae inspiratrice de l'armée française d'Afrique du Nord; ense et aratro», *Antiquités africaines*, 27, 1991, pp. 141-149.

14 Obra colectiva, *Histoire des Historiens d'Algérie*, publicada por la *Revue historique* en la Collection du Centenaire, París, 1928-1938, t. IV, *Archéologie et Histoire*, con introducción de Stéphane Gsell; M. Dondin-Payre, *La Commission d'exploration scientifique d'Algérie* y *Le capitaine Delamare: Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, t. XIV y XV, París, 1994.

15 *Histoire des Historiens de l'Algérie*, cap. IV, por E. Albertini, «L'Algérie antique», a propósito de las expediciones de Tlemcén en 1836, de Constantina en 1837 y de Puertas de Hierro en 1839.

16 Adolphe Hedwige Alphonse Delamare (citado a veces bajo la forma La Mare) (1793-1861): jefe de escuadrón de artillería y comandante, miembro de la Comisión para la Exploración Científica de Argelia, autor de numerosas misiones epigráficas. Publica las láminas de un tomo titulado *Archéologie*, París, 1850, 2 vols.

17 Citado por P.-A. Février, *Approches du Maghreb romain*, 2 vols., Aix-en-Provence, Édisud, 1989, t. 1, p. 30.

Tunicia. La exploración arqueológica de Cartago no comienza hasta 1878, cuando el padre Delattre realiza los primeros sondeos sobre la colina de Juno.[18] En lo tocante a las investigaciones específicamente fenicias, F. de Saulcy[19] y el duque de Luynes[20] se esfuerzan en profundizar en sus conocimientos estudiando la numismática; y en 1846, Charles Texier (1802-1860) reconoce la lengua fenicia en dos fragmentos de una losa inscrita, conocida como «tarifa de Marsella». Sin embargo, habrá que esperar al descubrimiento del sarcófago del rey Eshmounazar de Sidón[21] y en especial a la misión de Ernest Renan en Fenicia[22] para paliar el retraso. En la primera mitad del siglo XIX, en África del Norte y en la propia Fenicia, la filología, al manifestar su incapacidad para profundizar en sus conocimientos, reclama la ayuda de la epigrafía y de la arqueología y hace suyos los avances que éstas le procuran.

En Oriente Próximo y también en Egipto, la filología abre el camino a la arqueología, preparando su auge. Desde el siglo XVII, muchos viajeros habían recorrido Mesopotamia y Persia y algunos, como el romano Pietro della Valle o el francés Chardin, habían citado inscripciones de Babilonia o Persépolis.[23] El botánico francés A. Michaux acompaña al cónsul Rousseau en su viaje a Persia e informa a París del primer monumento epigráfico babilonio importante:[24] se trata de un *kudurru* o mojón, que se llevará al Gabinete de Medallas en 1786 y que más tarde descifrará Jules Oppert.[25] Pero la expedición en la que participará Karsten Niebuhr, entre

18 R. P. Alfred Louis Delattre (1850-1932), cf. È. y J. Gran-Aymerich en *Archéologia*, 208, dic. 1985, pp. 74-80.

19 F. de Saulcy, *Recherches sur la numismatique punique*, París, 1843.

20 Albert de Luynes, *Essai sur la numismatique des satrapies de Phénicie*, París, 1846.

21 El sarcófago, descubierto en 1855 y conservado en el Museo del Louvre, aportaba la primera inscripción hallada en la propia Fenicia.

22 Ernest Renan (1823-1892) cumple en 1860-1861 esta misión, concebida sobre el modelo de la Expedición a Egipto; cf. È. y J. Gran-Aymerich, en *Archéologia*, 224, 1987, pp. 71-79.

23 Cf. André Parrot, *Archéologie mésopotamienne*, 2 vols., París, Albin Michel, 1946, en t. 1, *Les Étapes*, p. 109 ss.; J. Bottéro y M. J. Stève, *Il était une fois la Mésopotamie*, París, Gallimard (Découvertes), 1993; P. Lecoq, *Les Inscriptions de la Perse achéménide*, París, Gallimard, 1997, pp. 19-30.

24 Conocido como «Piedra Michaux».

25 Jules Oppert (1825-1905) es en 1874 el primer titular de la cátedra de filología y arqueología asiria del Colegio de Francia.

1761 y 1767,[26] será la que marque un giro radical: investido con una misión oficial por Federico V de Dinamarca, recorre la India, Persia, Mesopotamia, Egipto y Arabia. Durante una estancia de tres semanas en Persépolis, copia una docena de inscripciones, a las cuales adjunta las copias de las inscripciones pelvigriegas de Naqs-i-Rustan,[27] que constituirán el punto de partida para el desciframiento de la escritura cuneiforme. Niebuhr reconoce, tras estudiar las inscripciones, tres lenguas diferentes en Persépolis.

El francés Isaac Silvestre de Sacy sigue los pasos de su compatriota Anquetil du Perron,[28] que había traído de la India el Zendavesta, libro sagrado de los zoroástricos y revela los mecanismos del zendo, lengua próxima a la de los aqueménidas. Silvestre de Sacy estudia a su vez las inscripciones de Naqs-i-Rustan, identifica una de las tres lenguas, el pelvisasánido, y expone sus resultados ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.[29] Por otra parte, inaugura la enseñanza del árabe en la Escuela Especial de Lenguas Orientales; este establecimiento, fundado en 1795 por Louis Langlès, constituye una ocasión extraordinaria para el desarrollo del orientalismo y se convierte en «la cantera de orientalistas para toda Europa».[30] Gracias a esta institución, Francia acentúa más si cabe su posición aventajada respecto a los demás países europeos. En 1846, Jules Mohl sitúa la Escuela a la cabeza de los lugares en los que preparar a los futuros «misionarios» científicos para Oriente, que deberán ser escogidos imperativamente entre sus alumnos.[31]

La obra pionera de Anquetil du Perron es también la que permitirá a Georg Grotefend (1775-1853) y a Eugène Burnouf[32] avanzar en el desci-

---

26 Karsten Niebuhr (1733-1815): geógrafo y viajero danés. *Reisebeschreibung nach Arabien und andern umliegenden Ländern*, Copenhague, 1774-1778.

27 Cerca de Persépolis, lugar de sepultura de los reyes persas a partir de Darío I: las tumbas rupestres están excavadas en los acantilados que dominan la llanura.

28 A.-H. Anquetil du Perron, «Recherches sur les anciennes langues de la Perse», *Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, t. XXXI, 1758, pp. 396-512.

29 Isaac Silvestre de Sacy (1758-1838), autor de *Mémoires su diverses antiquités de la Perse et sur les médailles des rois de la dynastie des Sassanides,* París, 1793.

30 Henri Dehérain, *Les Établissements d'enseignement et de recherche de l'orientalisme à Paris*, París, 1939, p. 23.

31 J. Mohl, *op. cit.*, p. 267.

32 Eugène Burnouf (1801-1852). *Mémoire sur deux inscriptions cunéiformes trouvées près d'Hamadhan*, París, 1836.

framiento de las inscripciones de Persépolis. A partir de la lengua zenda y del trabajo de Anquetil du Perron,[33] G. Grotefend distingue en la primera escritura los nombres de Histaspes, Darío y Jerjes y reconstruye el alfabeto. Por lo que respecta a E. Burnouf, traduce en 1836 las inscripciones trilingües del monte Elvend, copiadas por Henry Rawlinson (1810-1895) y establece un alfabeto de treinta y tres signos. El desciframiento de la primera escritura de Persépolis concluye cuando el oficial británico dilucida dos párrafos de la inscripción de Behistún y transmite sus resultados a la Royal Asiatic Society de Londres, que a su vez los comunica a la Sociedad Asiática de París. E. Burnouf envía a su colega inglés sus propias publicaciones, haciendo gala de una generosidad científica que plasma la voluntad de lograr la empresa mediante la colaboración internacional.

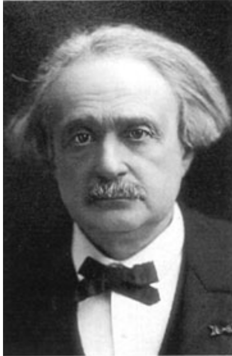
El texto de Behistún completamente descifrado no se publicará hasta 1846, año en que los relieves del palacio de Sargón de Asiria entran en el Louvre.[34] En ese momento la epigrafía, la filología y la arqueología aúnan sus esfuerzos dando un impulso prodigioso al orientalismo: se descifra la primera escritura de Persépolis y las excavaciones de Austen Henry Layard (1817-1894) y de Paul-Émile Botta (1802-1870) en Nimrud y Jorsabad abren horizontes nuevos a la ciencia que acaba de hacerse con una disciplina, la asiriología.

Botta había copiado todas las inscripciones que figuraban en los monumentos recuperados para ilustrar la complementaridad de la arqueología y la filología. Aunque el desciframiento del acadio no estaba garantizado, la comparación de los textos trilingües de Persépolis permitió identificar el palacio de Sargón.

Los trabajos de P.-É. Botta contaron con los consejos, los estímulos y las intervenciones de Jules Mohl, secretario general de la Sociedad Asiática de París, fundada en 1822 a instigación del conde Ferdinand de Lasteyrie (1810-1879), Abel Rémusat (1788-1832), Antoine Saint-Martin (1791-1832) y Silvestre de Sacy. El papel de la Sociedad y de su *Jounal asiatique* fue determinante en el desarrollo del orientalismo en Francia. Esta socie-

33 A.-H. Anquetil du Perron, *Zend-Avesta, ouvrage de Zoroastre*, París, 1771.

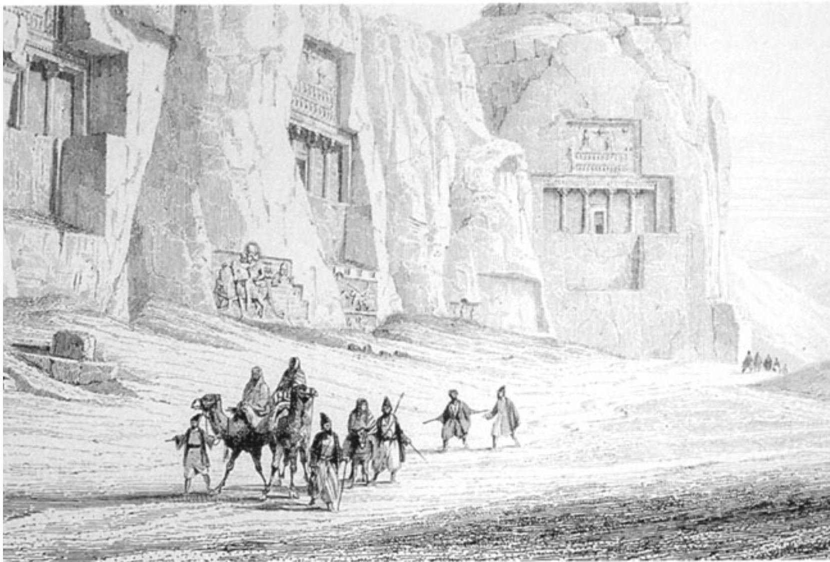
34 P.-É. Botta y E. Flandin, *Monument de Ninive découvert et décrit par M. P.-É. Botta, mesuré et dessiné par M. E. Flandin*, 5 vols., París, 1849-1850.



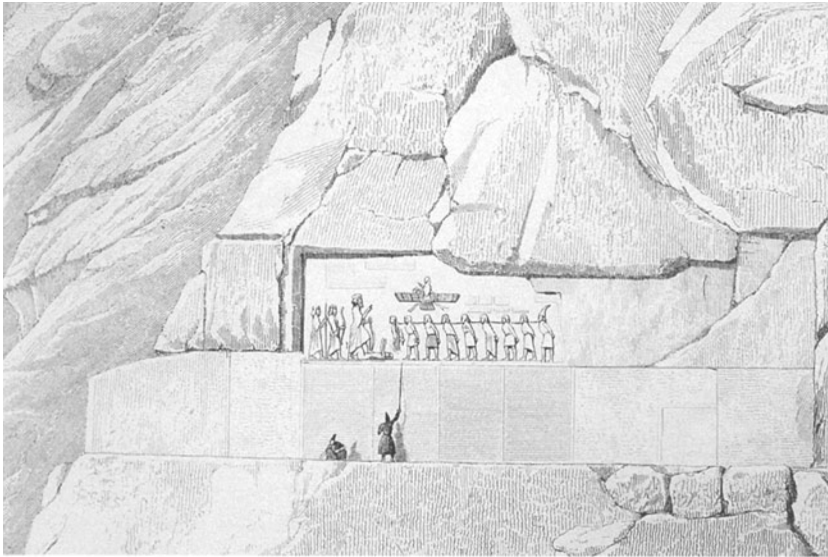
32. Jules Oppert (1825-1905), fotografiado por E. Pirou. Álbum conservado en la Biblioteca del Instituto de Francia.



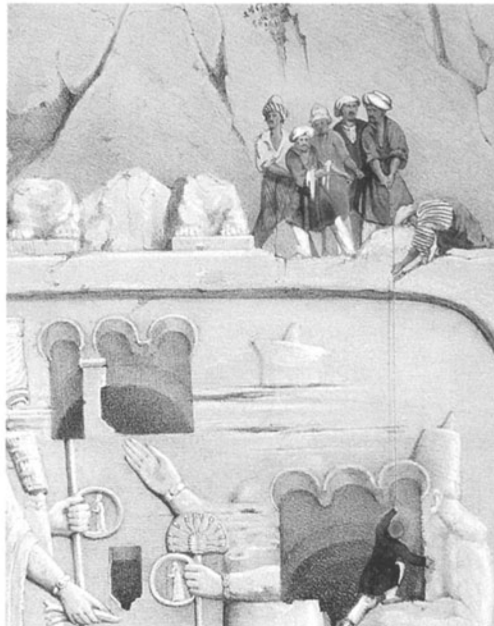
33. El monte Elvend cerca de Hamadan (Irán): vista de la roca donde están grabadas las inscripciones cuya reproducción emprendieron E. Flandin y P. Coste. E. Flandin y P. Coste, *Voyage en Perse. Perse ancienne*, París, Gide et Baudry, s.f., lám. 24, t. 1. Biblioteca del Instituto de Francia.



34. Naqs-i Rustan (Irán), vista de las tumas reales. E. Flandin y P. Coste, *Voyage en Perse. Perse ancienne*, París, Gide et Baudry, s.f., lám. 174, n.º 2, t. IV. Biblioteca del Instituto de Francia.



35. Behistún (Irán), «Vue géometrale des bas-reliefs», E. Flandin y P. Coste, *Voyage en Perse. Perse ancienne*, París, Gide et Baudry, s.f., lám. 16, t. 1. Biblioteca del Instituto de Francia.



36. Bavian (Irán): Layard se eleva hasta las inscripciones que cubren la roca para copiarlas, A. H. Layard, *A Second Series of the Monuments of Nineveh... from drawings made on the spot during a Second Expedition to Assyria*, Londres, John Murray, 1853, lám. 51. Biblioteca del Instituto de Francia.

dad erudita, que reúne en sus inicios a «hombres de mundo» y disfruta del patrocinio oficial del duque de Orleans, recibe la suscripción del rey, una subvención del Ministerio de Instrucción Pública y un crédito anual de la imprenta real. Por lo tanto, desde su nacimiento, tiene una condición muy particular que la distingue claramente de las sociedades eruditas de las provincias, puesto que está más cerca de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, a la que, por otra parte, pertenecen sus miembros más prestigiosos. Está presidida por I. Silvestre de Sacy, el orientalista europeo más ilustre del momento, y desde sus comienzos augura un trabajo de una corrección impecable y cuya calidad se verá reforzada más si cabe después de 1830, cuando el número de «hombres dedicados al estudio»[35] con que cuenta supere con creces el de aficionados ilustrados.

Aunque Francia sea en esta época el único país europeo que dispone de centros de enseñanza de lenguas orientales,[36] los progresos realizados son tan rápidos y tan importantes que «los centros de instrucción pública, academias y universidades no pueden seguir al mismo ritmo la ampliación súbita y casi tumultuosa de estudios; y las ciencias nuevas buscan una vez más, en la formación de sociedades libres, puntos de reunión, medios de acción y de publicidad [...]».[37] Bien es cierto que la Sociedad Asiática nació unos años antes del gran movimiento de renovación y promoción de los «trabajos históricos», que es a la vez causa y consecuencia de la revolución de 1830. Bajo la Restauración, la participación del estado en el impulso de las investigaciones filológicas y arqueológicas es menos considerable que bajo la Monarquía de Julio. Hasta 1830, las iniciativas particulares desempeñan un papel más importante para el auge de las ciencias de la antigüedad: es el caso de la Sociedad Asiática y de la sección francesa del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, financiada y dirigida por sus mecenas, los duques de Luynes y de Blacas.

Las inscripciones copiadas por Niebuhr siguen suscitando trabajos por parte de los filólogos, que se centran en la segunda y tercera escrituras

35 J. Mohl, *op. cit.* afirmaciones que hace en torno a 1849-1850.

36 La École des langues orientales vivantes, fundada en 1795, y el Colegio de Francia, con las cátedras de sánscrito (1814), persa (1806) y árabe.

37 J. Mohl*, op*. cit., año 1851-1852, p. 451.

de Persépolis. Pero a pesar de los esfuerzos del danés N. L. Westergaard,[38] del irlandés E. Hincks[39] y del inglés E. Norris,[40] habrá que esperar a que Jules Oppert se dedique a estudiarlas a partir de 1859 y a que se inicien las excavaciones de Susa en 1897 para que el padre Vincent Scheil (1858-1940) identifique el elamita no semítico o anzanita. En cuanto a la tercera escritura, si su desciframiento se logra ya en 1857,[41] la cuestión de su origen suscitó la discusión e incluso una animada polémica entre J. Oppert y J. Halévy.[42] La tesis del primero, que afirmaba el origen «sumerio» de la escritura cuneiforme, quedará confirmada con el descubrimiento de los sumerios en el yacimiento de Tello a partir de 1877.[43] En estas dos ocasiones, la filología y la arqueología se prestaban ayuda mutua para reconocer civilizaciones perdidas, la de Elam y la de Sumer.

Las iniciativas de desciframiento de lenguas orientales antiguas, emprendidas desde el siglo XVIII por eruditos de gabinete, despiertan curiosidad por los pueblos que las inventaron y utilizaron; en los mismos lugares en los que se descubrieron las inscripciones, Mesopotamia y Persia, hombres apasionados por el orientalismo se hacen arqueólogos y se erigen en los primeros representantes de las nuevas ciencias.

En el descubrimiento de los asirios, los sumerios y los elamitas, los intercambios entre filología y arqueología son constantes y recíprocos: si bien la filología es la primera y permite identificar los vestigios del palacio de Sargón, no podría resolver todos los problemas ni verificar las hipótesis que ha elaborado sin la ayuda de la arqueología. Los descubrimientos de Tello y Susa, fruto de la arqueología, permiten devolver a los sumerios

---

38 N. L. Westergaard (1815-1875), «Zur Entzifferung der Achämenidischen Keilschrift zweiter Gattung», *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, VI, 1844, pp. 337-466.

39 E. Hincks (1792-1866), «On the three kinds of Persepolitan Writing», *Transactions of the Royal Irish Academy*, XXI, 1847, pp. 240-241.

40 E. Norris, «Memoir on the Scythic Version of the Behistun Inscription», *Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland*, XV, 1855, pp. 1-213.

41 La traducción de una inscripción de Tiglatpileser I, descubierta en Qalat Shergat (Asur) es encargada a H. Fox Talbot, H. Rawlinson, E. Hincks y J. Oppert, que hacen llegar cada uno su trabajo a la Royal Asiatic Society de Londres; las traducciones, que concuerdan a la perfección, garantizan el desciframiento del asirio.

42 Cf. A. Parrot, *op. cit.*, t. 1, p. 120 ss.

43 J. Bottero y M. J. Stève, *Il était une fois la Mésopotamie*, París, Gallimard (Découvertes) , 1993.

y elamitas sus lenguas y escrituras y nos hacen llegar el marco de su vida material, social, política e intelectual.

### 2.1.2. Egipto

En Egipto encontramos la misma relación entre filología y arqueología. Champollion, el descifrador, funda la egiptología y precede a Mariette, el «inventor» del Serapeum de Menfis.

Bien es cierto que Egipto siempre había atraído a multitud de viajeros, entre ellos al célebre Volney[44] y al jesuita alemán Athanasius Kircher (1602-1680) que, movido por una genial intuición, ya había hecho del copto la versión fonética de los jeroglíficos. Pero la famosa expedición de Bonaparte entre 1798 y 1801 es, sin duda, decisiva para el nacimiento de la egiptología. La piedra de Rosetta es la clave del desciframiento de jeroglíficos pero además, con la creación del Instituto de Egipto y el nombramiento de una comisión encargada de realizar la extraordinaria *Description de l'Egypte*,[45] Bonaparte facilita a la ciencia un marco institucional en el que formarse.

La expedición de Bonaparte, militar y científica a la vez, proporciona una rica fuente de información sobre la civilización, que transmite a toda Europa: el *Voyage dans la Basse et la Haute-Égypte* de Dominique Vivant Denon[46] se publica en cuarenta y ocho ediciones a lo largo de ese siglo y enseguida se traduce al inglés y al alemán. Es más, ahí nace un modelo para otras misiones a Grecia, Persia, Argelia o Fenicia.[47]

---

44 Conde Constantin François de Chasseboeuf, conocido como Volney (1757-1820), *Voyage en Syrie et en Égypte pendant les années 1783, 1784 et 1785*, París, 1787; cf. J.-M. Carré, *Voyageurs et Écrivains français en Égypte*, El Cairo, IFAO, 1932 y 1951.

45 *Description ou Recueil des observations et des recherches qui ont été faites en Égypte pendant l'Expédition de l'armée française, publiée par les ordres de S. M. l'Empereur Napoléon*, 8 vols. y 10 atlas de láminas, París, 1809-1816. Cf. H. Laurens, *L'Expédition d'Égypte*, París, Armand Colin, 1989; L. Murat y N. Weill, *L'Expédition d'Égypte. Le rêve oriental de Bonaparte*, París, Gallimard (Découvertes), 1998; Y. Laissus, *L'Égypte, une aventure savante, 1798-1801*, París, Fayard, 1998.

46 D. Vivant Denon (1747-1825), *Voyage dans la Basse et Haute-Égypte pendant les campagnes du général Bonaparte*, París, 1802, reed., introducción de J.-C. Vatin, El Cairo, IFAO, 1988.

47 Cf. M. N. Bourguet, B. Lepetit, D. Nordman y M. Sinarellis, *L'Invention scientifique de la Méditerranée*, París, Ed. École des hautes études en sciences sociales, 1998.

La expedición y el descubrimiento de la piedra de Rosetta reavivan el interés por los jeroglíficos, que se había intentado interpretar en el siglo XVIII.[48] Así, J.-J. Barthélemy, el portento del orientalismo, publicó en 1762, en el *Recueil d'antiquités* del Conde de Caylus, un informe del estudio de un fragmento de moldura con jeroglíficos. En él aventuraba la idea de que los nombres de reyes o dioses podían estar encerrados en los óvalos —cartuchos— que había reconocido.[49] Por otra parte, afirmaba que no se lograría avanzar si no era «estudiando los monumentos que hablaran claramente».[50] Lo que hace es recurrir a la arqueología y conceder gran importancia a la «ciencia de los objetos y monumentos» que se está gestando en esta época y de la que, junto con su amigo Caylus, es uno de los artífices.

Durante su estancia en Egipto en 1762, Karsten Niebuhr se interesó por los jeroglíficos e intuyó su valor tanto alfabético como simbólico. Su compatriota Georg Zoëga había estudiado numerosos obeliscos mientras residía en Roma,[51] con lo que seguía las órdenes del abad Barthélemy, que exhortaba a buscar las claves de desciframiento en el estudio de los monumentos egipcios.

La piedra de Rosetta, descubierta en 1799, enseguida se ve como el monumento que iba a desvelar la solución gracias a su carácter trilingüe. Isaac Silvestre de Sacy[52] y el sueco Johan David Akerblad (1760-1819) intentan esclarecer el texto demótico y distinguen los grupos de caracteres que corresponden a nombres propios. Pero a pesar de estos primeros resultados, ambos renuncian a seguir adelante y es Thomas Young[53] quien en 1814 retoma la investigación. El desciframiento no se completa hasta que el 27 de septiembre de 1822, J.-F. Champollion lee ante la Academia de

---

48 Jean Lacouture, *Champollion. Une vie de lumières*, París, Livre de poche, 1988, cf. su capítulo 9.

49 Jean Leclant, «En quête de l'Égyptomanie», *Revue de l'art*, V, 1969.

50 J.-J. Barthélemy, en *Recueil d'antiquités égyptiennes...*, del Conde de Caylus.

51 G. Zoëga, *De origine et usu obeliscorum*, Roma, 1797.

52 I. Silvestre de Sacy (1758-1838), *Lettre à M. Chaptal*, París, 1802.

53 Thomas Young (1773-1829): médico y físico, *Lettre à Silvestre de Sacy*, 3 de octubre de 1814, traducción conjetural de la inscripción demótica; «Egypte», en *Encyclopaedia Britannica*, suplemento, Londres, 1819. Cf. J. Leclant, «Aux sources de l'égyptologie européenne: Champollion, Young, Rosellini, Lepsius», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1991, pp. 3-22.



37. François Chasseboeuf, conde de Volney (1757-1820), *Recueil de portraits de personnages célèbres faisant partie des quatre différentes classes académiques de l'Institut, lithographiés par Boilly fils*. Biblioteca del Instituto de Francia.



38. Frontispicio de *Description de l'Égypte, Antiquité*, t. I. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



39. El Kab, *Description de l'Égypte. Antiquité*, lám. 66, t.ɪI.



40. El Kab, *Description de l'Égypte. Antiquité*, lám. 67, t.ıl.



41. Barón Dominique Vivant Denon (1747-1825), *Recueil de portraits de personnages célèbres faisant partie des quatre différentes classes académiques de l'Institut, lithographiés par Boilly fils*. Biblioteca del Instituto de Francia.




42. Medinet-Habu, J.-F. Champollion, *Monuments de l'Égypte et de la Nubie. Notices descriptives conformes aux manuscrits autographes rédigés sur les lieux par Champollion-le-Jeune*, París, Firmin-Didot frères, 1844, p. 353. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

Inscripciones y Bellas Letras, su *Lettre à M. Dacier*[54] y redacta su *Précis du système hiérogliphique*.[55]

La Sociedad Asiática, fundada el mismo año en que triunfa J.-F. Champollion, le rinde homenaje en su primera sesión general, el 21 de abril de 1823.[56] Pero el «descifrador» no se conforma con haber recuperado la escritura y la lengua del antiguo Egipto, sino que desearía resucitar la civilización entera y, al no poder acudir a los lugares que la vieron nacer, se dedica a dar a conocer su arte y organizar las colecciones de Turín y París.

Mientras que el museo italiano había adquirido la primera colección Drovetti, J.-F. Champollion, después de obtener la colección Salt para el Louvre, hace llegar allí mismo la segunda colección Drovetti. En 1826, es nombrado conservador de antigüedades egipcias en el Museo Carlos X, dando «una lección pública y gratuita de arqueología egipcia».[57] Una vez organizado el museo sobre la base de unos principios muy innovadores, concretamente la presentación cronológica y temática de los monumentos, J.-F. Champollion redacta la *Notice descriptive*[58] que constituye el primer catálogo de colecciones egipcias del Museo del Louvre. Ya antes de contar con la cátedra de arqueología del Colegio de Francia,[59] inaugura en las salas del Louvre la enseñanza de la egiptología.[60] La ambición de Champollion consiste en resucitar el antiguo Egipto en todos los aspectos

54 J.-F. Champollion, *Lettre à M. Dacier, secrétaire perpétuel de l'Académie royale des inscriptions et belles-lettres, relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques employés par les Égyptiens pour inscrire sur leurs monuments, les titres, les noms et les surnoms de souverains grecs et romains*, París, 1822. Cf. J. Leclant, «Champollion, la pierre de Rosette et le déchiffrement des hiéroglyphes», París, Institut de France, 1972.

55 J.-F. Champollion, *Précis du système hiéroglyphique des Anciens Égyptiens ou Recherches sur les éléments premiers de cette écriture sacrée, sur leurs diverses combinaisons et sur les rapports de ce système avec les autres méthodes graphiques égyptiennes*, París, 1824.

56 A. Moret, «L'Égyptologie», en *Société asiatique: le livre du Centenaire (1822-1922),* obra colectiva, París, 1922.

57 Texto de la ordenanza real del 14 de mayo de 1826 que lo nombra conservador del museo egipcio del Louvre.

58 J.-F. Champollion, *Notice descriptive des monuments égyptiens du musée Charles X*, París, 1827.

59 Creada por él en 1831. Cf. J. Leclant, «Champollion et le Collège de France», *Bulletin de la Société française d'égyptologie*, París, 1982.

60 H. Hartleben, *Champollion, sein Leben und sein Werk*, Berlín, 1906, trad. fr. *Champollion, sa vie, son oeuvre, 1790-1832*, París, Pygmalion Gérard Watelet, 1983, p. 376.

de su civilización: de ahí que, como lingüista y filólogo, se aplique en el estudio de los monumentos, cuyas presentaciones organiza en los museos, y desee conocer el contexto de su origen.

Para él, los monumentos son como jalones que permitirán recomponer la historia del antiguo Egipto y remontarse en el tiempo lo máximo posible.[61] Se propone «reconstituir los anales históricos a través de los monumentos».[62] Hace suya la recomendación del abad J.-J. Barthélemy y concibe el proyecto de hacer hablar a los monumentos de Egipto con claridad. Como ya demostró con su presentación de las antigüedades en el Louvre, al filólogo que hay en él se añaden un historiador y un arqueólogo para quien el estudio de los productos de las civilizaciones antiguas contribuye a restablecer su historia. Para él, filología y arqueología son indisolubles y el viaje a Egipto le dará la oportunidad de poner ambas en práctica.

Cuando el 18 de octubre de 1828 Champollion puede al fin desembarcar en Alejandría, ve realizado su viejo sueño. En 1826, cuando fue a Livorn a estudiar la colección Salt y negociar su compra, concibió con su protector, el duque de Blacas, un proyecto de expedición científica europea a Egipto en el que tomarían parte sir William Gell y Henry Salt y que pondría fin a las rivalidades internacionales. Ante las innumerables dificultades, se conforman con una misión francotoscana financiada y patrocinada por el rey y el gran duque y codirigida por J.-F. Champollion e Ippolito Rosellini (1802-1843), profesor de lenguas orientales en Pisa que le pide ser alumno suyo. En primer lugar se prevé una publicación en común que queda truncada por la muerte de Champollion.[63] Este viaje fue una auténtica «joint expedition»[64] y da buena muestra de la vivacidad del espíritu de las Luces que reinaba a principios del siglo XIX.

---

61 Punto de vista expuesto en un artículo publicado en el *Bulletin universel des connaissances scientifiques et industrielles de Férussac*, sección 7, que redactaron los hermanos Champollion: «Apperçu des résultats historiques de la découverte de l'alphabet hiéroglyphique égyptien», París, 1827.

62 H. Hartleben, *op. cit*., p. 360.

63 Cf. M. Dewaechter, «Nouveaux documents relatifs à l'expédition franco-toscane en Égypte et en Nubie (1828-1829)», *Bulletin de la Société française d'égyptologie*, París, 1988.

64 J. Leclant, «Aux sources de l'égyptologie européenne: Champollion, Young, Rosellini, Lepsius», *op. cit*., p. 14.

En unos tiempos en los que los representantes de las naciones europeas rivalizan duramente sobre suelo egipcio por el saqueo de antigüedades, la misión de Champollion y de Rosellini es doblemente loable: por sus objetivos estrictamente científicos y por su carácter internacional. En estos principios del siglo XIX y hasta 1848, la circulación de eruditos entre los diferentes países de Europa es casi natural y los intercambios son múltiples y fructíferos.[65] Estamos, como dice Renan, ante los efectos «del espíritu grande y liberal que reina en Europa desde el final de las tormentas de la Revolución y del Imperio».[66] Por ejemplo, J. Mohl, que más tarde desempeñaría un papel importantísimo dentro de la Sociedad Asiática, nació en Stuttgart, cursó sus estudios en Tubinga y se instaló en París en 1823 para asistir, al igual que Champollion, a las clases de Silvestre de Sacy en el Colegio de Francia. Jules Oppert, uno de los padres de la asiriología, era también de origen alemán, así como Karl Benedikt Hase (1780-1864) o Wilhelm Froehner.[67] Champollion, tan controvertido en Francia, recibe el apoyo de los hermanos Humboldt,[68] de Niebuhr y de Bunsen que, como miembros del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, ofrecen el primer ejemplo de colaboración científica internacional al hacer entrar a Champollion en el Instituto, abriéndose de este modo a la egiptología.[69]

Las grandes colecciones que en esta época adquieren los museos europeos de Turín, Berlín, Estocolmo, Londres o París llevan los nombres de los cónsules que ejercen en Egipto: Bernardino Drovetti para Francia, Henry Salt para Inglaterra, Giovanni Anastasi para Suecia y Noruega...

---

65 Cf. el catálogo de la exposición *Marianne et Germania, 1789-1889. Un siècle de passions franco-allemandes*, Musée du Petit Palais, París, Réunion des musées nationaux, 1998.

66 E. Renan, *Rapport sur les travaux de la Société asiatique en 1876*, París, 1876.

67 Wilhelm Froehner (1833-1859), arqueólogo francés de origen alemán. Sobre los eruditos alemanes instalados en Francia, cf. P. Petitmengin, «Deux têtes de pont de la philologie allemande en France: le *Thesaurus Linguae Graecae et la Bibliothèque des auteurs grecs* (1830-1867)», en *Philologie und Hermeneutik in 19. Jahr.*, II, Gotinga, 1983; y, desde un punto de vista más general, C. Charle, *Les Intellectuels en Europe au XIXe siècle*, París, Éditions du Seuil, 1996, cap. 3.

68 Barón Alexander von Humboldt (1769-1859): naturalista y viajero alemán; y su hermano, el barón Karl Wilhelm von Humboldt (1767-1835): poeta, crítico, filólogo y hombre de Estado.

69 A. Michaelis, *Storia dell'Instituto archeologico-germanico. 1829-1879*, Roma, 1879.

Cada uno tiene a su servicio agentes que excavan y saquean los yacimientos con un solo objetivo: recoger antigüedades para formar colecciones y venderlas al mejor precio.

Champollion está impaciente por llegar a Egipto, sin duda para hacer realidad un viejo sueño, pero también porque teme la desaparición de los yacimientos y monumentos que conforman los archivos de este país. Quiere completar la *Description de l'Égypte* que inició la comisión creada por Bonaparte y presidida por Edme Jomard.[70] Los dibujos realizados entre 1798 y 1801, cuando aún no existía la egiptología, son imprecisos, inexactos y a veces hasta fantasiosos. Los artistas de la expedición, evidentemente, no sospechaban la significación de lo que estaban reproduciendo. Champollion crea un equipo especializado para la misión francotoscana con miembros formados en su escuela de las salas del museo egipcio:[71] Charles Lenormant, inspector de Bellas Artes, Antoine Bibent, arquitecto al que conoció en Italia, los pintores Alexandre Duchesne, Pierre-François Lehoux, Albert-Henri Bertin y Nestor L'Hôte.

I. Rosellini iba acompañado de su tío Gaetano, arquitecto, Salvatore Cherubini, dibujante, A. Ricci, médico habitual de los viajes a Egipto, G. Raddi, naturalista, y el pintor Angelelli. Así pues, la misión cuenta con dos egiptólogos, un arqueólogo, dos arquitectos y una mayoría de pintores y dibujantes. Esta agrupación de especialistas refleja claramente dos objetivos: efectuar reproducciones precisas de los monumentos, inscripciones y pinturas, ya que la exactitud de los documentos queda garantizada por los eruditos y su conocimiento de la lengua y la civilización egipcias. Asistimos a la formación de un «personal» de la ciencia arqueológica y a la aparición de auténticos arqueólogos profesionales, palpable tanto en esta misión francotoscana a Egipto como en la Expedición a Morea, que reúne el mismo año a un arquitecto, un arqueólogo y un epigrafista.[72]

El viaje de Champollion a Egipto es el primero que efectúa un filólogo al mismo suelo de donde han salido los textos que él ha estudiado. Movido por la preocupación de recomponer una visión de conjunto del

70 Edme-François Jomard (1777-1862): geógrafo, arqueólogo y orientalista, participa en la Expedición de Egipto como topógrafo.
71 H. Hartleben, *op. cit.*, p. 376.
72 Abel Blouet, Léon-Jean Dubois, Edgar Quinet.

antiguo Egipto, adopta el método del epigrafista y del arqueólogo. Emprende excavaciones en Mit-Rahineh o Karnak, por ejemplo, y subraya lo interesante que sería desde un punto de vista científico realizar trabajos a otra escala. En Medinet-Habu, ve el conjunto de templos situados en el extremo sudoeste de la necrópolis como un «cuadro abreviado del Egipto monumental» y reconstituye una auténtica estratigrafía histórica: «Ahí existe, casi esfumada bajo las ruinas de las viviendas particulares que se sucedieron una época tras otra, una amalgama de monumentos de gran importancia que, estudiados con atención, muestran, entre los mayores recuerdos históricos, la situación del arte en Egipto a lo largo de todos los periodos principales de su existencia política».[73]

Antes de dejar el país del Nilo, entregará una nota al pachá pidiéndole que proteja de la avidez de los coleccionistas europeos los monumentos expuestos y que en algunos casos están deliberadamente destruidos, como los templos de El-Kab o Contralatópolis.[74] «El interés bien entendido de la ciencia exige, no que se interrumpan las excavaciones ya que la ciencia va adquiriendo a través de estos trabajos nuevas certezas y conocimientos inesperados, sino que se someta a los excavadores a una normativa de modo que se garantice hoy y en el futuro la conservación de las tumbas descubiertas frente a los ataques de ignorancia o de un cupidismo ciego».[75] Preconiza la organización de un servicio arqueológico que Auguste Mariette llevará a cabo treinta años más tarde. Fue uno de los poquísimos sabios de la época capaces de semejante toma de conciencia, en lugar de comportarse como mero recolector de antigüedades: su actitud es aún más destacable si tenemos en cuenta que era conservador del museo egipcio del Louvre y que, en su caso, podría haber prevalecido este punto de vista. Pero, para él, Egipto pertenece al patrimonio universal y debe preservarse y protegerse.

J.-F. Champollion exige que se establezca una normativa en materia de excavaciones y distingue las campañas que sirven a la ciencia de aquéllas cuyo único objetivo es formar colecciones. Es la definición de una arqueo-

---

73 Citado por H. Hartleben, *op. cit.*, p. 492.

74 *Ibidem*, p. 512.

75 *Note à Méhémet Ali*, Alejandría, noviembre de 1829, citada por J. Lacouture, *op. cit*, p. 678. Cf. M. Dewaechter, *Champollion. Un scribe pour l'Égypte*, París, Gallimard (Découvertes), 1990, p. 123.

logía «científica» al servicio del conocimiento de una civilización en una época en la que la máxima preocupación consiste en recopilar el mayor número de objetos espectaculares y de gran valor, sin dar importancia a los yacimientos. La preocupación por la conservación y la protección de ciudades, necrópolis y monumentos es algo absolutamente nuevo, así como la necesidad imperiosa, para evaluar el arte egipcio, de conocer el «tema», la «época», y el «uso primitivo» de los objetos que lo atestiguan.[76] Esta noción de necesidad de estudiar el contexto y de que un arte no puede apreciarse sin referencias a los lugares que lo han inspirado se va imponiendo lentamente a lo largo del siglo XIX, una vez que quedan definidos los principios de exploración sistemática de las ciudades antiguas y se aplican en Pompeya y en los grandes yacimientos de Grecia y Oriente Próximo.

El contacto directo con «todo el viejo Egipto, religión, historia, artes y oficios, usos y costumbres»,[77] confirmó a Champollion la intuición que le inspiraron las colecciones de Turín sobre el arte egipcio y su lugar en el mundo antiguo. En 1824, con la primera carta al duque de Blacas, recusa el juicio que emite sobre el arte egipcio Désiré Raoul-Rochette[78] quien, «tomando como término de apreciación o de paralelismo el arte griego, es decir, de un pueblo absolutamente extraño a Egipto», dictaba «sentencias contrarias tanto a la razón como a la equidad».[79]

Poniendo en tela de juicio la primacía absoluta del arte griego según J. J. Winckelmann, Champollion introduce la noción fundamental de la relación necesaria del arte con la civilización y el suelo que le han dado vida. El estudio del arte egipcio debe ser a un tiempo estético e histórico. Con su defensa del arte egipcio, Champollion da cabida a todo Oriente en la historia universal.[80] En Paestum, Italia, ante el «templo de Neptuno», y

---

76 Primera carta al duque de Blacas (1824), en *Lettres à M. le duc de Blacas d'Aulps, premier gentilhomme de la chambre, pair de France... relatives au Musée royal égyptien de Turin, Monuments historiques*, París, 1824-1826.

77 Carta de M. Dacier del 1 de enero de 1829, fechado por Ouadi Halfa. Cf. J.-F. Champollion, *Lettres et journaux écrits pendant le voyage d'Égypte, recueillis et annotés par H. Hartleben*, París, 1909, reed. 1986.

78 «Considérations sur les arts de l'ancienne Égypte», discurso pronunciado ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras el 24 de abril de 1823.

79 J.-F. Champollion, en su primera carta al duque de Blacas escrita en 1824.

80 R. Bianchi Bandinelli, *Introduzione all'archeologia*, Roma, Editori Laterza, 1976, p. XIX.

en Egipto se adquiere la certeza del «origen egipcio de la arquitectura griega».[81] Mucho antes de que los trabajos de Heinrich Schliemann abrieran perspectivas inesperadas de la prehistoria helénica, Champollion asocia el «milagro griego» al que lleva a cabo en Egipto «un pueblo que, sentando las primeras bases de la civilización humana, es el primero en entrar en la carrera del arte».[82]

Preocupado por la cronología egipcia, «en medio de los monumentos de Egipto, [está] asustado de lo que le[e]».[83] Las copias que realiza le aportan una serie de pruebas que ponen en duda la cronología bíblica y abogan por una antigüedad egipcia que se remonta más allá de la fecha establecida de creación del mundo. Estas visiones «revolucionarias» no se confirmarán hasta final de siglo, cuando Jacques de Morgan y William Flinders Petrie ganen la batalla de la prehistoria en Egipto: la arqueología prehistórica dispondrá de medios científicos para convencer y eliminar prejuicios.

El descubrimiento de Egipto y la ciencia fundada por Champollion modifican profundamente la visión del mundo antiguo y, por consiguiente, la del mundo contemporáneo: Occidente y su herencia grecolatina dejan de ser inquebrantables; en Egipto, Oriente revela una civilización de una complejidad y brillantez extraordinarias, y se sospecha a la vez la influencia de las culturas occidentales y un origen muy lejano, situado más allá de los límites cronológicos que impone la tradición bíblica. Por todo ello, la egiptología funda el orientalismo moderno.

Con su obra, J.-F. Champollion no sólo crea la egiptología sino que además en su persona se gesta la fusión de la filología, la historia, la arqueología y la historia del arte. Además, al ser nombrado profesor en la cátedra de arqueología del Colegio de Francia, el 12 de marzo de 1831, le ofrece una nueva tribuna a la ciencia y completa el marco institucional que ya había recibido con la creación del Departamento de Antigüedades Egipcias del Louvre. En la enseñanza de Champollion se unen filología y arqueología.

---

81 Carta a su hermano, citada por J. Lacouture, *op. cit.*, p. 533. Cf. asimismo J.-F. Champollion, *Lettres écrites d'Italie, recueillies et annotées par H. Hartleben*, París, 1909.

82 J.-F. Champollion, «Première lettre au duc de Blacas», citado por J. Lacouture, *op. cit.*, p. 512.

83 Citado por J. Lacouture, *op. cit.*, p. 655.

Unos meses antes de ser elegido se había reconocido oficialmente la egiptología como ciencia en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.[84] Así se unen todas las condiciones favorables para el desarrollo de la egiptología, pero su muerte prematura les pone freno ya que el puesto de conservador de antigüedades egipcias del Louvre permanecerá vacante hasta 1849.

Con su estancia en Egipto, Champollion legó un ejemplo de exploración científica y abrió el camino a la arqueología de campo que se iría imponiendo poco a poco en todo Oriente Próximo.

## 2.2. Topografía y arqueología de terreno

En 1828, con la nota dirigida al pachá para la regulación de las excavaciones y la preservación de los yacimientos y monumentos, J.-F. Champollion ponía de manifiesto la necesidad de una arqueología de campo, ejercida desde una perspectiva puramente científica: más que la simple recogida de antigüedades, debía perseguirse el conocimiento de una civilización en todas sus manifestaciones y en su desarrollo histórico.[85] Este concepto se impondrá, no sin dificultad, a lo largo del siglo XIX, pero a partir del final del siglo XVIII asistimos, tanto en Oriente como en Grecia e Italia, al desarrollo de los estudios topográficos, al reconocimiento y la reproducción de las ruinas que anuncian e introducen los verdaderos trabajos arqueológicos.

### 2.2.1. Mesopotamia y Persia

En Mesopotamia, el abad Joseph de Beauchamp (1752-1801), astrónomo correspondiente de la Academia de Ciencias y vicario general en Bagdad, visita los yacimientos de los alrededores y hace observaciones muy precisas, que transmite al abad J.-J. Barthélemy.[86] Este último, preocupa-

---

84 El 7 de mayo de 1830.

85 Sigue siendo el objetivo fijado para la arqueología tal como la definió R. Bianchi Bandinelli: «La riconstruzione integrale della storia di un'età e di un luogo sulla base di elementi di fatto materiali, da porre a confronto, quando ve ne siano, con le tradizioni scritte, ma da analizzarsi, altrimenti, di per se stessi» (Bianchi Bandinelli, 1976, p. IX).

86 J. de Beauchamp, «Mémoire sur les Antiquités babyloniennes qui se trouvent aux environs de Bagdad», *Journal des savants*, dic. 1790, pp. 799-806; traducido al inglés en *European Magazine*, XXI, 1792, pp. 338-342.

do por el desciframiento de la escritura cuneiforme, le envía instrucciones relativas a los documentos inscritos que debían recopilarse en el yacimiento de Babilonia. Beauchamp ofrece concretamente una excelente descripción del arco de Taq-i-Kesra (Ctesifonte) y del conjunto de ruinas de Babilonia. Incluso realiza sondeos cerca de la puerta de Ishtar donde copia «un ladrillo sobre el que había un león».[87]

La memoria que redacta sobre las antigüedades babilonias suscita un gran interés por Babilonia y Persépolis en las esferas científicas, especialmente en Gran Bretaña. En Londres, la Compañía de las Indias Orientales encarga a sus agentes de Bagdad y de Bassora llevar a cabo prospecciones en los yacimientos antiguos. Claudius James Rich,[88] diplomático residente de la Compañía de las Indias en Bagdad y cónsul general, hace progresar considerablemente los conocimientos de topografía en los yacimientos mesopotámicos. Observa minuciosamente el yacimiento de Babilonia, determinando sus límites extremos. Acude a la región del alto Tigris, a Nimrud y Mosul, donde se convence de que los tells de Quyundjiq y Nebi-Yunus corresponden a la antigua Nínive, cuyas murallas ha descubierto. En 1821, efectúa en Persia una prospección muy seria de Persépolis. Su colección, formada por objetos procedentes de Babilonia y comprada a su muerte por el gobierno inglés, ofrece al British Museum sus primeros monumentos de arqueología oriental.

Con la ayuda de Rich, J. S. Buckingham[89] y el pintor R. Ker Porter[90] exploran Babilonia. Estos pioneros dan un impulso decisivo a las investigaciones conducidas por algunos aficionados, entre los que destacan los ingleses y los militares.[91] Las misiones de investigación progresan y llevan a localizar yacimientos desconocidos hasta entonces: es el caso de los yacimientos de Yazira, que señala J. Baillie Fraser recorriendo toda la baja Mesopotamia, donde precede a Loftus y Taylor.

---

87 Citado por A. Parrot, *op. cit.,* t. 1, p. 20.

88 Claudius James Rich (1787-1821), *Memoir on the Ruins of Babylon*, Bagdad, 1812.

89 J. S. Buckingham, *Travels in Mesopotamia including a Jouney from Aleppo to Bagdad by the Route of Beer... with Researches of the Ruins from Nineveh, Babylon and other ancient Cities*, 2 vols., Londres, 1827.

90 Sir Robert Ker Porter, *Travels in Georgia, Persia, Armenia, Ancient Babylonia... during the Years 1817-1820*, 2 vols., Londres, 1821-1822.

91 Cf. Seton Lloyd, *Foundations in the Dust. The Story of Mesopotamian Exploration*, Londres, Thames & Hudson, 1947, edición ampliada, 1980.

En 1835, es Inglaterra la que toma la iniciativa de la primera empresa oficial: el objetivo de la Euphrates Expedition, que cuenta con unos medios importantes y con el patrocinio de Guillermo IV, es estudiar la navegabilidad del Tigris y el Éufrates. W. F. Ainsworth, médico y geólogo, forma parte de esta expedición y, como gran aficionado a la arqueología que es, publica sus observaciones.[92]

La supremacía inglesa en la exploración arqueológica de Oriente es obvia y, hasta 1839, la actividad de los franceses en estas regiones se encuentra aletargada. Charles Texier, a quien debemos el descubrimiento de Boghazköy,[93] es el único que recorre Armenia, Mesopotamia y Persia y dibuja sus monumentos principales.[94]

Las investigaciones sobre el terreno, la descripción, la topografía de los yacimientos y la recopilación de documentos inscritos se intensifican y varían según los rumbos cada vez más precisos que emprenden las exigencias de la filología. De hecho, las inscripciones copiadas por K. Niebuhr en Persépolis aportaron las claves de desciframiento de las escrituras cuneiformes y, en 1839, se solucionan los problemas que planteaba hasta entonces la primera de las que figuran en los documentos persepolitanos.

Para avanzar en la empresa filológica, hay que multiplicar el número de textos que permiten las confrontaciones y las comparaciones y el único modo de obtener el objeto de estudio para conocer mejor las lenguas orientales antiguas es trabajando en los yacimientos. Así es como nace progresivamente la necesidad de investigaciones precisas, llevadas a cabo mediante programas sistemáticos claramente definidos, y de organizar las primeras misiones científicas oficiales. En 1839, la Academia de Inscripciones y Bellas Letras encarga a Eugène Frandin, pintor, y Pascal Coste, arquitecto, la reproducción de todos los monumentos de Persia y Mesopotamia que tengan algún interés para el arte y la arqueo-

92 W. F. Ainsworth, *Researches in Assyria, Babylonia and Chaldea, forming part of the Labours of the Euphrates Expedition*, 2 vols., Londres, 1838; cf. S. Lloyd, *op. cit.*, pp. 81-85.

93 En 1833, durante una exploración de Asia Menor: *Exploration de l'Asie Mineure*, 3 vols., París, 1839-1849.

94 C. F. M. Texier, *Description de l'Arménie, la Perse, la Mésopotamie*, 3 vols., París, 1842-1852.

logía.[95] Éstos acompañan a la embajada de M. de Sercey a quien Luis Felipe envía a Persia con el título de ministro plenipotenciario y con la misión de obtener las mismas ventajas comerciales que los rusos y los ingleses. En un contexto de competencia político-comercial entre los países europeos, la misión de Flandin y Coste en Mesopotamia y Persia permite a las investigaciones de campo dar un paso decisivo al otorgarles un carácter arqueológico. En efecto, los dos franceses recorren toda Persia durante dos años, en 1840-1841, recopilan ruinas e inscripciones, elaborando una documentación iconográfica de excelente calidad; permanecen dos meses en Persépolis, donde excavan y limpian gran cantidad de bajorrelieves e, incluso, levantan un plano de Babilonia.

El interés que demuestra el gobierno de Luis Felipe por Persia provoca el despertar de la actividad científica francesa en Oriente y permite a los franceses alcanzar a los ingleses, que habían tomado ventaja en los trabajos de campo. De hecho, Henry Rawlinson, ya en 1836, había copiado las inscripciones del monte Elvend e iba a dedicarse a las de Behistún. Por lo que respecta a Austen Henry Layard (1817-1894), que se encuentra en Persia a la vez que Flandin y Coste, llega hasta Susa, que entones era inaccesible para los europeos, e investiga el yacimiento. El gobierno francés le había encargado una misión de conciliación entre Turquía y Persia y al ir a Mosul conoce al cónsul francés, P.-É. Botta. Layard, en su visita a la colina de Quyundjiq, donde el francés había comenzado a excavar, adquiere la convicción de que esconde ruinas importantes. Unos años más tarde reconocerá, después de C. J. Rich, el yacimiento de Nínive y sacará a la luz el palacio de Senaquerib.

La misión de Flandin y Coste marca un cambio en el orientalismo: aunque siguen dominando las preocupaciones filológicas, se completan con la preocupación por copiar los monumentos y se presta una nueva atención a los yacimientos en sí. A pesar de no ser arqueólogos ninguno de los dos, Flandin y Coste, debido a sus especialidades (pintura y arqui-

---

95 E. N. Flandin y P. Coste, *Voyage en Perse, entrepris par ordre de M. le ministre des Affaires étrangères, d'après les instructions dressées par l'Institut*, 4 vols., París, 1843-1854; cf. È. y J. Gran-Aymerich, *Jane Dieulafoy*, París, Perrin, 1991, p. 40 ss.; *Eugène Flandin. Voyage en Perse. 1840-1841*, catálogo, Amis de la Bibliothèque municipale du Blanc, 1995; P. Coste, *Toutes les Égypte*, Marsella, Éd. Parenthèses/Bibliothèque municipale de Marseille, 1998.

tectura) ven las ruinas con un ojo distinto, como profesionales con técnicas precisas gracias a las cuales reflejan una imagen exacta de los monumentos.[96]

Por otra parte, ambos son los encargados de una misión oficial cuyo carácter científico queda garantizado por el patrocinio de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Antes de la creación en 1842 del Servicio de Misiones Científicas y Literarias, la Academia —en la que, desde el siglo XVIII, con J.-J. Barthélemy o I. Silvestre de Sacy, el orientalismo dio lugar a trabajos de primera línea— dirige y apoya iniciativas de exploración y define su programa. Si bien las misiones de Flandin y Coste en Persia y de Abel Blouet, Edgar Quinet y Léon-Jean Dubois en Morea aprovechan circunstancias políticas y se inscriben en una expedición militar y en una empresa diplomática respectivamente, empiezan a expresarse las exigencias de orden arqueológico y se reciben los medios materiales necesarios para su cumplimiento. Tanto en Persia y Mesopotamia como en Grecia, la arqueología aparece sin duda como una de las vías para reforzar la influencia francesa en estas regiones, con apuestas políticas, comerciales y culturales.

En la perspectiva del conocimiento del Oriente antiguo, el *Voyage en Perse* de Flandin y Coste marca también el final de un periodo a cuyo término se han alcanzado los límites de la investigación de superficie: ya se ha copiado todo cuanto era visible y ahora se impone una investigación subterránea. En el umbral de la nueva década se anuncia la era de las excavaciones y Mesopotamia es la primera que responde a las esperanzas que habían depositado en su exploración los orientalistas: de hecho, es allí donde P.-É. Botta descubre la civilización asiria.

Hacia 1840, la política francesa en Oriente próximo, Mesopotamia y Persia aborda una nueva e importante etapa: la hegemonía inglesa de estas regiones es una realidad y el gobierno de Luis Felipe se preocupa por afirmar la presencia francesa. Mientras M. de Sercey es enviado en una embajada a Teherán con la misión de negociar el reparto de intereses comercia-

96 Cf. F. Demange, «Eugène Flandin, un peintre archéologue», en E. Fontan (éd.), *De Khorsabad à Paris. La découverte des Assyriens*, París, Réunion des musées nationaux, 1994, pp. 86-93.

les, se abre una agencia consular en Mosul y se pone a P.-É. Botta al mando.[97] El diplomático conoce bien Oriente ya que fue cónsul de Alejandría y residió en el Yemen. Además, desde antes de su instalación allí, está sensibilizado respecto a la arqueología mesopotámica: vuelve muy impresionado de un viaje a Londres, donde ve en el British Museum la colección formada por C. J. Rich, y conoce en París al secretario de la Sociedad Asiática, Jules Mohl. Éste favorece su nombramiento en Mosul y anima al futuro cónsul a practicar excavaciones en los yacimientos del Alto Tigris, donde presiente que existe una enorme riqueza arqueológica. J. Mohl apoyará a Botta con sus consejos y obtendrá una subvención oficial para garantizar la ejecución de los trabajos.

Realmente, Botta es diplomático y aunque se interesa por el orientalismo hasta el punto de ponerse en contacto con la Sociedad Asiática, no se le puede considerar un auténtico erudito. Sin embargo, dada su situación y su actividad arqueológica de campo, encarna la evolución radical de las condiciones en las que se efectuarán las investigaciones en Oriente Próximo a partir de él. Efectivamente, la necesidad de realizar auténticas excavaciones impone la de residir permanentemente cerca de los yacimientos antiguos para acometer trabajos de gran envergadura que requieren continuidad. ¿Quién mejor que los diplomáticos que desempeñan su cargo en estas regiones para responder a estos requisitos?

A la espera de que se constituyan a finales del siglo XIX las misiones específicamente arqueológicas confiadas a especialistas,[98] los grandes descubrimientos en Mesopotamia deben atribuirse a agentes consulares ingleses, Austen Henry Layard y Henry Rawlinson, y franceses, Paul-Émile Botta, Victor Place y Ernest de Sarzec. Política y arqueología aparecen mezcladas durante mucho tiempo en Oriente, donde las potencias europeas se disputan el control. Ingleses y franceses se toman con la misma seriedad su doble función: Rawlinson es un epigrafista notable y uno de los padres de la asiriología. Por lo que respecta a Botta y Sarzec, se centran

---

97 S. Lloyd, *op. cit.*, p. 94 ss.; N. Chevalier, «Des consuls en Iraq», en *Cités diparues, Découvreurs et archéologues au Proche-Orient*, número especial de la revista *Autrement*, 1991, n.º 95, pp. 58-94; ídem*, L'Administration de la recherche archéologique française dans le Moyen-Orient du milieu du XIX^e^ siècle à la Seconde Guerre mondiale*, París, ERC, ADPF (en prensa).

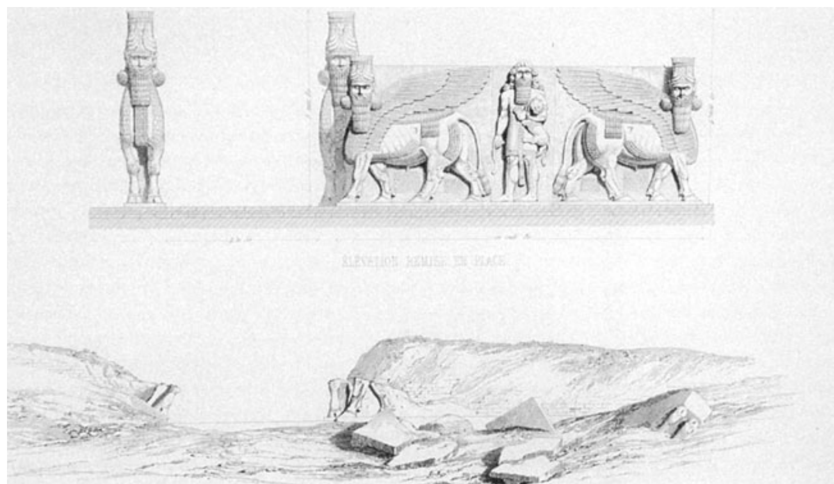
98 La Delegación Francesa en Persia, dirigida por J. de Morgan a partir de 1897.



43. Vista de los tells de Quyundjiq y Nebi Yunus y de las ruinas de las murallas desde el norte. A. H. Layard, *A Second Series of the Monuments of Nineveh... from drawings made on the spot during a Second Expedition to Assyria*, Londres, John Murray, 1853, lám. 70-1. Biblioteca del Instituto de Francia.



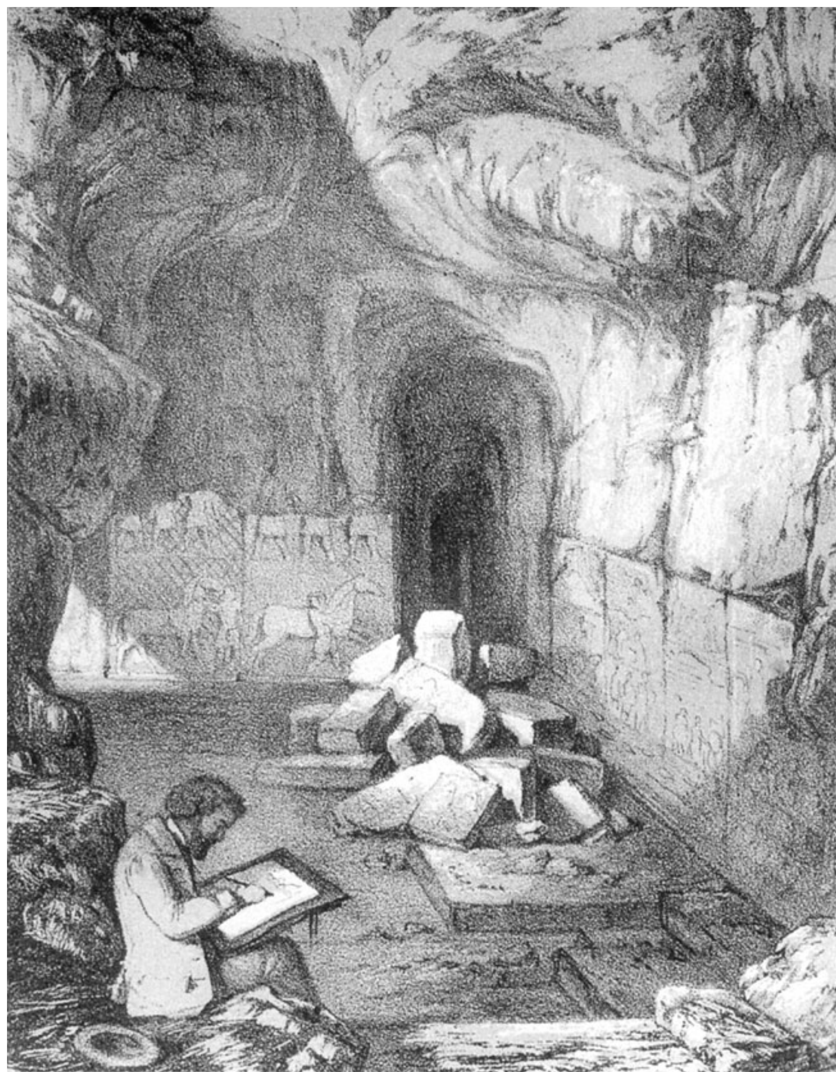
44. «Vue du monticule et du village de Khorsabad», P.-É. Botta y E. Flandin, *Monument de Ninive découvert et décrit par M. P.-É. Botta, mesuré et dessiné par M. E. Flandin*, t. I, *Architecture et Sculpture*, París, Imprimerie nationale, 1849, lám. 1. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



45. Alzado de la fachada sudoeste del palacio de Jorsabad, P.-É. Botta y E. Flandin, *Monument de Ninive découvert et décrit par M. P.-É. Botta, mesuré et dessiné par M. E. Flandin*, t. I, *Architecture et Sculpture*, París, Imprimerie nationale, 1849, lám. 46. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



46. Fachada L del palacio de Jorsabad, P.-É. Botta y E. Flandin, *Monument de Ninive découvert et décrit par M. P.-É. Botta, mesuré et dessiné par M. E. Flandin*, t. II, *Architecture et Sculpture*, París, Imprimerie nationale, 1849, lám. 12. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



47. A. H. Layard dibujando en Quyundjiq, *Discoveries in the Ruins of Nineveh and Babylon*, Londres, John Murray, 1853, p. 344. Biblioteca del Instituto de Francia.

ante todo en los campos de trabajo, pero lo hacen en estrecha colaboración con eruditos tan eminentes como Jules Mohl, Adrien de Longpérier o Léon Heuzey.

Una vez que toma su cargo en Mosul, P.-É. Botta centra su interés en los «tells» que se elevan al otro lado del Tigris, en Quyundjiq y Nebi-Yunus, donde C. J. Rich había reconocido Nínive. A partir de 1842 realiza sondeos pero, preocupado por los pobres resultados que obtiene, se traslada a dieciséis kilómetros al nordeste de Mosul, a Jorsabad, de donde proceden las tablas inscritas que le habían entregado unos obreros informándole de que había en el yacimiento muros decorados con bajorrelieves. En marzo de 1843, Botta ordena el comienzo de las excavaciones y enseguida aparecen los muros de un conjunto que promete ser vastísimo. El 5 de abril de 1843 informa de estos descubrimientos en una carta que dirige a J. Mohl y que se lee en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras en su sesión del 7 de julio y se publica en el *Journal asiatique*.[99] La importancia de los nuevos vestigios descubiertos convence a la Academia de Inscripciones para intervenir ante los ministros de Interior y de Instrucción Pública, que conceden una subvención y la colaboración del pintor Flandin, que acaba de regresar de la misión de Persia. P.-É. Botta, que hasta entonces había financiado él mismo sus trabajos, puede emplear desde este momento a trescientos obreros.

Flandin reproduce y dibuja todos los vestigios y monumentos en un trabajo prodigioso; al pedirle su colaboración, P.-É. Botta muestra su afán por dejar plasmadas de manera precisa y exacta las ruinas exhumadas, que corren el riesgo de ser irremediablemente destruidas. Además, aborda la arqueología de un yacimiento urbano con un espíritu ligeramente distinto del que había movido hasta entonces a los colectores de antigüedades: ya no eran los elementos decorativos los que llamaban su atención sino también las ruinas en sí. Convencido de haber desescombrado por completo este conjunto en el que ve un palacio, Botta cierra definitivamente el campo de trabajo en octubre de 1844.

Sólo queda elegir los elementos de escultura, bajorrelieves y estatuas, embalarlos bien y transportarlos a Bassora y París, adonde llega la carga

99 P.-É. Botta, *Lettres de M. Botta sur sa découverte à Khorsabad près de Ninive, publiées par M. Mohl*, París, 1845. Cf. É. Fontan (dir.), *op. cit*.

tras remontar el Sena en febrero de 1847. El 1 de mayo del mismo año se inauguraba en el Louvre el primer museo asirio de Europa: Mesopotamia descubría una civilización antigua de cuyo arte no se sabía nada, un arte bien distinto del de Egipto y el mundo clásico. Oriente se presentaba en el Louvre, donde la antigüedad deja de ser exclusivamente grecorromana.

En 1847, en el mismo momento en que los monumentos asirios entran en el Louvre, Adrien de Longpérier (1816-1882) sucede al conde de Clarac al mando del departamento de antigüedades. Como numismático formado en la escuela de Jean-Antoine Letronne y Charles Lenormant, conoce bien tanto los monumentos griegos como los romanos y orientales, medievales y renacentistas, y aparece como el «gran maestro de la ciencia arqueológica».[100] Su *Essai sur les médailles des rois perses* despierta su interés por los trabajos de Botta en Jorsabad, que sigue de cerca y a los que dedica un artículo que publica en el primer número de la *Revue archéologique* en 1844.[101] A él le debemos la clasificación y el catálogo del museo asirio.[102] Por otra parte, descifra las inscripciones que relacionan los toros con cara de hombre, con «Sargón, rey grande, rey poderoso, rey del país de Asur», cuyo palacio es exhumado por Botta. Mediante una referencia al Antiguo Testamento, donde se menciona el nombre del soberano, se fechan las ruinas de Jorsabad entre 710 y 668 a. C. La filología otorga a «estos monumentos todo su valor al desvelar el secreto de las múltiples inscripciones cuneiformes que, por sí solas, sitúan con precisión en la historia los muchos restos valiosos de un mundo destruido».[103]

A mediados del siglo XIX, la arqueología aún no cuenta con medios propios para interpretar los documentos que extrae del suelo para elaborar verdaderos archivos que sirvan a la historia de las civilizaciones antiguas. Sigue siendo indispensable recurrir a los textos y a la filología. Habrá que esperar al final del siglo XIX y a que se avance en la creación de métodos específicos para que la arqueología se desligue de la filología y demuestre

---

100 F. Lenormant, citado por J. de Witte, *Notice sur A. de Longpérier*, Bruselas, 1884.

101 A. de Longpérier, «Ninive et Khorsabad», *Revue archéologique*, 1, 1844, p. 213.

102 Ídem, *Notice des monuments exposés dans la Galérie d'antiquités assyriennes du Musée du Louvre*, París, 1849. Cf. E. Fontan, «Adrien de Longpérier et la création du musée assyrien du Louvre», en *De Khorsabad à París*, *op. cit.*, pp. 226-237.

103 A. de Longpérier, *Notice des antiquités assyriennes, babyloniennes, perses, hébraïques*, 3.ª edición, París, 1854, p. 12.

la validez de los procedimientos que utiliza para estudiar aquellos periodos de los que no existen textos.

A. de Longpérier es el primero que afirma la influencia del arte asirio sobre el mundo griego a pesar de que, en 1845, cuando Ludwig Ross descubrió en Chipre una estela que representaba al rey Sargón, surgía la duda de si no habría que buscar en Asiria el origen del «arte homérico». En 1848, Désiré Raoul-Rochette consideraba en sus *Mémoires d'archéologie comparée*, el «Hércules asirio y fenicio en su relación con el Hércules griego».[104]

En 1854, con la publicación de la tercera edición de la *Notice des antiquités assyriennes*, se multiplican los descubrimientos también en Mesopotamia, gracias a los trabajos de Layard, y en Chipre, concretamente en Citio-Kition donde se hallan unas copas de plata dorada hechas por «asirios», de las cuales F. de Saulcy entrega una al Louvre. A. de Longpérier relaciona estos objetos con unas copas parecidas encontradas en Cerveteri (Etruria) que traducen las mismas influencias asiáticas. Atribuye a estos «monumentos» un origen asirio y deduce que «debió de haber una frecuente comunicación entre Chipre, Rodas, Creta y Sicilia y las escuelas de artistas cretenses, rotenses y sicilianos habrían recibido lecciones y modelos de estos hábiles escultores asirios [...] tan experimentados en la práctica del arte».[105] Asiria habría inspirado a los persas que «continuaron la educación oriental de los griegos que, a decir verdad, enseguida superaron a sus maestros» y adoptaron tipos «que se han transmitido tradicionalmente a todos los lugares de Occidente en que se han establecido los griegos».[106]

Mucho antes de que el desarrollo de las excavaciones en el oriente griego, fenicio y mesopotámico relanzara la cuestión de la influencia oriental sobre las civilizaciones clásicas mediterráneas, A. de Longpérier ya la había planteado y había dado pautas para la investigación. El nacimiento de la arqueología fenicia, que coincide con la misión de Ernest Renan de 1860, permitirá a Charles Clermont-Ganneau precisar las relaciones

104 D. Raoul-Rochette, *Mémoires d'archéologie comparée, asiatique, grecque et étrusque*, París, 1848.
105 A. de Longpérier, 1854, *op. cit.*, p. 16.
106 *Ibidem*, pp. 16, 18-19.

entre civilizaciones mediterráneas de Oriente y Occidente y, en particular, confirmar la influencia fenicia en Etruria.[107] Tello, descubierta a finales de siglo por E. de Sarzec, dará la razón a A. de Longpérier, que siempre sostuvo que en el sur de Mesopotamia se había desarrollado una civilización más antigua que la asiria. El helenista Léon Heuzey, primer conservador del departamento de antigüedades orientales del Louvre, retoma, después de Longpérier y basándose en el descubrimiento de Tello, la cuestión de las influencias recíprocas de Oriente y Grecia.[108]

Los descubrimientos de Jorsabad tendían un puente entre Oriente y Occidente, entre las civilizaciones mediterráneas clásicas y civilizaciones orientales mucho más antiguas: tras imponer el arte egipcio contra los neoclásicos, Champollion defendió la hipótesis de su influencia sobre el arte griego; el arte asirio hallado en Jorsabad sugiere a A. de Longpérier otra fuente oriental de la que habrían bebido los griegos.

Desde mediados del siglo XIX, se plantea la cuestión del origen del arte griego: lejos quedan ya las ideas de J. J. Winckelmann y su «misticismo estético»[109] con el que imponía el arte griego como expresión de la belleza absoluta. «La stessa arte greca non è apparsa più un modelo fisso e immutabile, ma è stata storicizzata, è stata vista in un quadro immensamente più ampio».[110] Oriente (Egipto y Mesopotamia, a los que se añadirán a lo largo del siglo Fenicia, Irán y Anatolia) se impone como tierra de orígenes, el crisol de las culturas europeas. Este proceso de inserción del arte griego en la historia recibirá un impulso definitivo cuando H. Schliemann desvele su prehistoria gracias a las excavaciones de Troya, Micenas y Tirinto.

---

107 Sobre la copa de plata dorada de la tumba de Bernardini de Preneste, cf. *L'Imagerie phénicienne et la mythologie iconologique chez les Grecs. Études d'archéologie orientale*, t. 1, París, 1880. Sobre Charles Clermont-Ganneau (1846-1923), cf. È. y J. Gran-Aymerich, *Archéologia*, 222, marzo 1987, pp. 71-79.

108 Léon Heuzey, *Catalogue des figures antiques de terre cuite du Musée du Louvre*, París, 1882; ídem, *Catalogue des antiquités chaldéennes*, París, 1902; ídem y Ernest de Sarzec, *Découvertes en Chaldée*, París, 1906. Sobre Léon Heuzey, cf. È. y J. Gran-Aymerich, *Archéologia*, n.º 213, mayo de 1986, pp. 71-75.

109 F. Schlegel, *Pensieri sulla filologia*, 1798, citado en R. Bianchi Bandinelli, *Introduzione all'archeologia classica come storia dell'arte antica*, Bari, Editori Laterza, 1976, p. 19, nota 24.

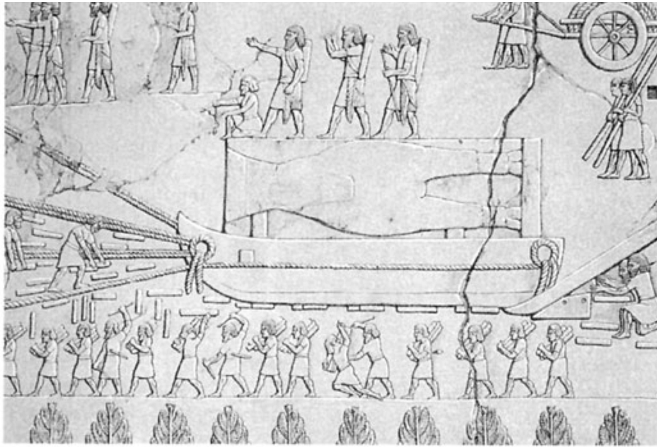
110 R. Bianchi Bandinelli, *op. cit.*, p. XIX.

La colosal publicación de Botta y Flandin[111] tiene un valor insustituible por los dibujos del pintor, que plasma con meticulosa exactitud el estado de los monumentos en el momento de su exhumación y muestra el interés de ambos por la arquitectura y la topografía. Si gracias a la filología se había podido identificar al soberano que poseía el palacio de Jorsabad, las excavaciones aportaban un conjunto importante de tablillas inscritas, ilustrando así la contribución de la arqueología a los progresos del orientalismo. P.-É. Botta copia las inscripciones descubiertas y publica su *Mémoire sur l'écriture cunéiforme assyrienne* (1848). El acadio aún no se había reconocido y los documentos revelados en Jorsabad, a los que habrá que añadir los de Nínive, Nimrud y Asur, permiten descifrar la tercera escritura de Persépolis. Si bien los acontecimientos de 1848 son malos para P.-É. Botta, que se ve obligado a dejar Mosul para ir a Trípoli, en Siria, sus descubrimientos en Jorsabad tienen una resonancia extraordinaria en Europa y, en especial, en Gran Bretaña.

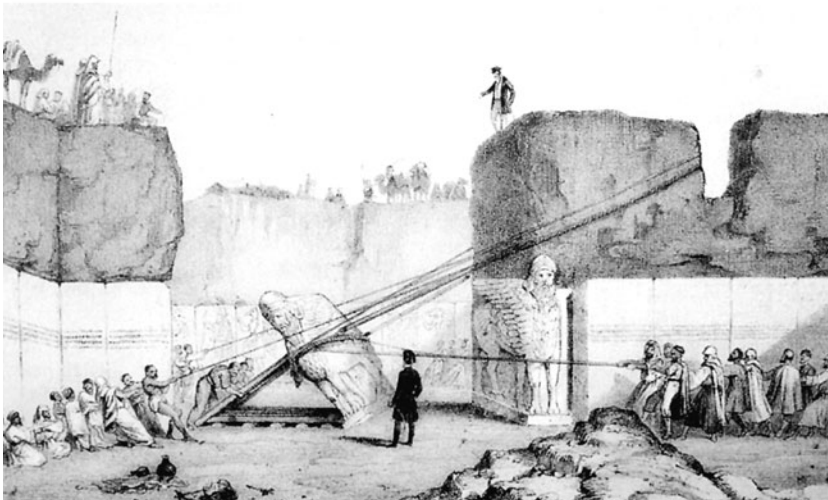
En Mesopotamia, Austin Henry Layard y Henry Rawlinson tienen ya vía libre. El primero se traslada a Quyundjiq, lugar que Botta había abandonado para ir a Jorsabad, y el segundo es nombrado en 1843 agente político del gobierno británico en Bagdad. Desde 1845, mientras Botta estaba en París y el agente consular Rouet ejercía su puesto de interino diplomático y defendía los derechos de Francia en los yacimientos de Quyundjiq y Jorsabad, Layard acudía a Mosul y se instalaba en Nimrud, donde enseguida descubrió los relieves esculpidos y, tras verse con Rawlinson en Bagdad, pudo realizar excavaciones por cuenta del British Museum, hasta 1847.

Con un pobre crédito de dos mil libras, sin arquitecto ni dibujante, Layard se entrega a la «explotación» del yacimiento del que pretende, ante todo, extraer los monumentos y objetos que conformarán la colección asiria del British Museum. A continuación, se traslada a Quyundjiq, donde elimina a Rouet, exhuma un palacio que resulta ser el de Senaquerib y permite además identificar Nínive. Tras un sondeo en Qalat Shergat/Asur, vuelve a Londres. Los monumentos de Nimrud provocan una admiración similar a la que generó Jorsabad, y el British Museum encomienda a

111 *Monument de Ninive découvert par M. P.-É. Botta, mesuré et dessiné par M. E. Flandin*, 5 vols., París, 1849-1850.



48. Bajorrelieve de Quyundjiq que muestra a los asirios desplazando uno de los toros alados, A. H. Layard, *A Second Series of the Monuments of Nineveh... from drawings made on the spot during a Second Expedition to Assyria*, Londres, John Murray, 1853, lám. 13. Biblioteca del Instituto de Francia.



49. A. H. Layard dirigiendo los desplazamientos del toro alado. Frontispicio del vol. 1 de *Nineveh and its Remains*, Londres, John Murray, 1849. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

Layard una segunda misión que se desarrolla de octubre de 1849 a abril de 1851 con trabajos tanto en Nimrud como en Quyundjiq. En este último yacimiento es donde descubre una parte de la biblioteca de Assurbanipal, que revela a los epigrafistas una extraordinaria colección de documentos científicos, literarios y religiosos. Por otra parte, investiga la superficie de un territorio muy extenso, el alto Tigris, el valle de Jabur, Babilonia y cerca de Nínive.[112] En 1851, al ver que los administradores del British Museum confían a Rawlinson el encargo de coordinar toda la actividad arqueológica en Mesopotamia, Layard opta por volver a Londres y dedicarse desde ese momento a la carrera política.

Los franceses, a quienes los asirios deben su resurrección, tuvieron que desaparecer ante los ingleses: no pudieron defender el interés arqueológico y político de los trabajos de Mesopotamia y tendrán que esperar a 1852 para que Victor Place sustituya en Mosul y Jorsabad a su compatriota Paul-Émile Botta y se confíe una misión oficial a Fulgence Fresnel.

Los trabajos de P.-É. Botta y A. H. Layard en Mesopotamia inauguraban la arqueología de campo en esta región en la que un siglo ininterrumpido de excavaciones permitiría retrotraerse hasta la prehistoria más remota. En Oriente Próximo se abre la era de las grandes excavaciones de yacimientos urbanos, mientras que en Egipto la organización de la arqueología que Champollion deseaba no vendrá hasta 1858 de la mano de Auguste Mariette.

### 2.2.2. Egipto

La misión francotoscana de 1828 confirma el nacimiento de la egiptología y corresponde, efectivamente, a un momento crucial en el que se impone la necesidad de una arqueología científica. Desde el famoso viaje del conde de Volney (1757-1820) y la expedición de Bonaparte, el país de los faraones ha sido incesantemente recorrido, explorado y sondeado y la lista de aquellos que contribuyen al descubrimiento y al conocimiento del Egipto antiguo sería interminable: comerciantes, viajeros, amantes de las

112 A. H. Layard, *Nineveh and its Remains*, 2 vols., Londres, 1849; ídem: *The Monuments of Nineveh from Drawings made on the spot*, 5 vols., Londres, 1849-1853. Cf. M. T. Larsen, *The Conquest of Assyria*, Londres y Nueva York, Routledge, 1996.

"curiosidades", eruditos... En los albores del siglo XIX, la aventura napoleónica abre una nueva era en la que se irán afirmando filología y arqueología: el desciframiento de los jeroglíficos culmina los esfuerzos de los eruditos europeos y la *Description* proporciona una repertorio valiosísimo de yacimientos antiguos. Sin embargo, mientras se gesta la primera generación de egiptólogos profesionales, que poco a poco harán prevalecer unas exigencias y procedimientos distintos, en Egipto se está dando una auténtica cacería de antigüedades: la expedición de Bonaparte provoca la apertura del país a los europeos y los cónsules francés, británico y sueco elaboran unas colecciones de extraordinaria riqueza que venden a los grandes museos de Europa. Aunque los métodos empleados ponen en grave peligro los yacimientos y monumentos, estos trabajos revelan el arte egipcio, de modo que los eruditos pueden estudiarlo y fundar una nueva ciencia. Son precisamente los excesos realizados por quienes recogen las antigüedades y los destrozos que sufre el patrimonio egipcio los que provocan una toma de conciencia precoz de la urgente necesidad de organizar las excavaciones e imponer una normativa: así es como Champollion llama la atención de Mohamed Alí con la nota que le entrega en 1829 reclamando el Servicio de Antigüedades, que Auguste Mariette creará en 1858.

A pesar de perseguir fines lucrativos, los cónsules y quienes están a su servicio demuestran que una arqueología ejercida respetando unas exigencias y unos criterios científicos debe contribuir al progreso de la egiptología. La necesidad de realizar excavaciones y exhumaciones se va imponiendo y observamos en Egipto el mismo fenómeno que en Mesopotamia: cuando logran realizar el inventario de los grandes yacimientos mediante exploraciones, prospección superficial y trabajos topográficos, emprenden la reconstrucción de las ruinas. El impulso que da Champollion en 1822 propicia la formación de auténticos egiptólogos profesionales que terminan haciendo triunfar las exigencias y los métodos científicos trabajando sobre el terreno.

En Egipto, las iniciativas para el descubrimiento de regiones o yacimientos aún desconocidos y para la «excavación» de ciudades, necrópolis o monumentos todavía visibles, van de la mano. Johann Ludwig Burckhardt[113]

---

113 Johann Ludwig Burckhardt (1784-1817). Cf. J. Leclant, «Le voyage en Nubie (1813-1913)», en *D'un Orient l'autre. Les métamorphoses successives des perceptions et connaissances. Configurations*, vol. 1, París, 1991, pp. 405-415.

y Frédéric Cailliaud[114] son dos de los exploradores «inventores» de ciudades desaparecidas. El suizo, famoso por haber hallado Petra, descubre los templos de Soleb y Abu Simbel y es el primero en describirlos. El francés reconoce las ruinas de Coptos y descubre Meroe. Tras su llegada a Egipto en 1815, F. Cailliaud se puso al servicio de Mohamed Alí y, en compañía de Bernardino Drovetti, acudió en primer lugar al Alto Egipto y a Nubia, donde ambos llegaron a Wadi Halfa.[115] En 1817-1818, encuentran en los montes Zabarah las minas de esmeraldas explotadas en la antigüedad y extrae las herramientas que utilizaban los antiguos egipcios.

De regreso a París, F. Cailliaud recibe en 1819 una misión oficial y el encargo de completar los resultados de la comisión de Egipto en el Fayum. Finalmente, remonta el Nilo y en 1812 llega a Meroe, donde identifica cuarenta y cinco pirámides. Las relaciones de sus viajes[116] se publican a expensas del gobierno francés y con la ayuda de Edme Jomard, artífice de la *Description de l'Égypte*. Los documentos recopilados por Cailliaud y otros que viajaron a Egipto, entre los cuales figura el arquitecto francés Jean-Nicolas Huyot,[117] servirán a J.-F. Champollion para preparar su viaje.[118]

A Alexander Hoskins,[119] inglés, le invade el deseo de ir a Sudán al leer los relatos de Cailliaud. En 1833 llega a Meroe, Gebel Barkal y Nuri y

114 Frédéric Cailliaud (1787-1869): mineralogista natural de Nantes, conservador del Museo de Historia Natural de su ciudad natal.

115 Cf. el artículo de Jean Leclant «Frédéric Cailliaud et la découverte de Méroé», *Archéologia*, 33, 1970.

116 *Voyage à l'oasis de Thèbes et dans les déserts situés à l'Orient et à l'Occident de la Thébaïde*, 2 vols., París, 1821-1862; ídem, *Voyage à Méroé, au fleuve Blanc au-delà de Fazoql*, 4 vols. de texto y 3 vols. de láminas, París, 1826-1827.

117 Jean-Nicolas Huyot (1780-1840), arquitecto, amigo de J.-F. Champollion, efectuó un viaje a Egipto y Nubia (1818-1819), durante el cual trazó el plano de Karnak y penetró en el templo de Abu Simbel, abierto por Belzoni en 1817. Las copias de los cartuchos nubios que muestra son «una de las fuentes decisivas del desciframiento de Champollion»: J. Leclant, *D'un Orient l'autre..., op. cit.,* p. 407.

118 Los hermanos Champollion eran informados de los resultados de las exploraciones realizadas desde la Expedición de Egipto; mantienen una relación de amistad con F. Cailliaud y J.-N. Huyot. Cf. M. Dewachter, *Champollion*, 1990, p. 106, y J. Leclant, «Le voyage de J.-N. Huyot en Égypte (1818-1819) et les manuscrits de N. Lhôte», *Bulletin de la Société française d'égyptologie*, 32, dic. 1961, pp. 35-42.

119 George Alexander Hoskins (1802-1863): anticuario y viajero inglés. Cf. J. D. Wortham, *British Egyptology 1549-1906*, Newton Abbot, 1971, pp. 66-67.

explora las pirámides de esta última. Uno de sus compatriotas, Robert Hay (1799-1863), encabezó una expedición en 1828 y con un equipo compuesto esencialmente de artistas y arquitectos exploró y elaboró el repertorio sistemático de las ruinas del valle del Nilo hasta Nubia. A pesar de la gran cantidad de información recabada,[120] los trabajos fueron publicados sólo parcialmente por diversos miembros de la expedición y la mayoría de los dibujos, planos, copias de inscripciones y notas quedaron recopilados en cuarenta y tres volúmenes conservados en el Bristish Museum.[121]

En el mismo momento en que se realizaba el inventario iniciado por los eruditos y artistas de la expedición de la comisión de Egipto, los representantes de los grandes países europeos constituían unas riquísimas colecciones que permitirían la formación de los primeros «museos egipcios» en Italia, Francia, Alemania y Gran Bretaña. Hasta 1858, fecha en la que A. Mariette es nombrado «director de trabajos de antigüedades», Egipto es presa de los cónsules británico, francés y sueco, con agentes pagados por ellos y excavadores clandestinos relacionados con los comerciantes.

Henry Salt (1780-1827), cónsul general de Gran Bretaña en Egipto de 1816 a 1827, contrata a G. B. Belzoni, G. B Caviglia y G. Athanasi y les manda excavar en Tebas y Nubia; los objetos recogidos se envían en parte al British Museum, pero la mayor parte entra en las colecciones personales del cónsul, a quien el museo británico le compra la primera y Francia, bajo las indicaciones de Champollion, adquiere la segunda.

H. Salt financia la exhumación de la esfinge de Gizeh, cuyos trabajos están dirigidos por G. B. Caviglia (1770-1845), que descubre el paso a la cámara subterránea de la Gran Pirámide. El antiguo marino genovés es el primero que realiza una excavación de gran envergadura en los subterráneos de la meseta de Gizeh; tras su intervención, se sabe con certeza que se trata de tumbas y se conoce ya su arquitectura interna.

Otro agente de H. Salt, G. B. Belzoni (1778-1823), es una de las figuras que marcan esta época de la arqueología precientífica en Egipto.

---

120 J. D. Wortham, *op. cit.*, p. 63: «The most nearly complete record of Egyptian remains that had been assembled since the French expedition to Egypt in 1798-1801».

121 Cf. «R. Hay», en W. R. Dawson y E. P. Uphill, *Who was Who in Egyptology*, Londres, The Egypt Exploration Society, 1972.

Asociando exploración y excavaciones, acude en 1817 a Asuán y Nubia para tratar de limpiar la entrada al templo de Abu Simbel sin conseguirlo; ordena realizar un plano del santuario, anotar la posición de las estatuas y copiar escenas e inscripciones. Al mismo tiempo, hace el molde en cera del pórtico del templo de Isis en Filae. En Tebas, descubre seis tumbas reales, entre ellas la de Seti I: se extraen moldes de los relieves y jeroglíficos, con indicaciones sobre los colores, para poder realizar un facsímil de la tumba. Esta reproducción en tamaño real se presenta en 1821 en el Egyptian Hall de Picadilly y, en 1823, en París, donde provoca la admiración del joven Champollion. Belzoni es el inventor de Berenice, el puerto del mar Rojo, y organiza una expedición a los oasis. Sus métodos no tienen obviamente nada que ver con los de la arqueología moderna, actualizados a lo largo de los siglos XIX y XX. Su notoria «brutalidad» le vale muchas y fuertes críticas, pero en ocasiones muestra su afán por recabar información, mediante copias, reproducciones o moldes.

El cónsul francés B. Drovetti (1776-1852), que había participado como coronel en la expedición de Egipto, ocupó el puesto de cónsul general durante todo el Imperio y bajo la Restauración, de 1820 a 1829. Gracias a sus numerosos agentes, que excavan y compran antigüedades, forma colecciones tan abundantes que bastan para crear los «museos egipcios» de Turín, París y Berlín.[122]

El escultor Jean-Jacques Rifaud,[123] durante los cuarenta años que pasó en Egipto, practicó tanto para Drovetti como por su cuenta multitud de excavaciones cuyo objetivo era evidentemente la búsqueda de objetos transportables y que pudieran venderse a los museos de Europa y a los coleccionistas. Sin embargo, parece que en J.-J. Rifaud pueden distinguirse los primeros signos de un sentido específicamente arqueológico: además de los monumentos y tumbas en donde está seguro de encontrar antigüedades considerables y de las que podía sacar provecho, exhuma yacimien-

122 La primera colección Drovetti la compra en 1824 el rey de Cerdeña, la segunda se queda en Francia gracias a la intervención de Champollion; en cuanto a la tercera, Lepsius la consigue en 1836 para el Museo de Berlín.

123 Jean-Jacques Rifaud (1786-*ca.* 1845), natural de Marsella, se instala en Egipto, donde excava para B. Drovetti. Su larga estancia en Egipto le inspira varias obras, entre las que destaca *Voyage en Egypte, en Nubie et lieux circonvoisins, depuis 1805 jusqu'en 1827*, París, 1830, 5 vols. de texto y 1 vol. de láminas.

tos como Antínoe o la antigua Crocodilópolis, cuyas casas de ladrillos no presentan ningún interés desde el punto de vista de los coleccionistas. La atención que presta a las ciudades es completamente distinta: tiene en cuenta su topografía, su urbanismo y su organización y se preocupa por limpiar los muros de simple ladrillo de las casas particulares, puesto que estas ruinas pobres permiten forjarse «una idea del modo en que se alojaban sus antiguos habitantes».[124] En Kum-Medinet el-Fares, la antigua Arsínoe, manda cavar una larga zanja donde reconoce tres niveles que relaciona con algunos vestigios que asocia a épocas diferentes. Así pues, intuye un método estratigráfico y completa el trabajo de excavación elaborando planos y realizando dibujos. Éstas no son las observaciones de un «saqueador» de antigüedades sino más bien las de un arqueólogo que trata de comprender un yacimiento y para quien los vestigios arqueológicos constituyen un medio para restablecer las huellas de civilizaciones desaparecidas.

G. B. Belzoni o J.-J. Rifaud son sin duda aventureros que encuentran en Egipto el modo de ganarse la vida mediante la explotación de antigüedades. Si bien es cierto que las críticas severas que se les hace a ellos y a sus métodos están justificadas y aunque nos podamos alegrar de que Mariette haya puesto fin al saqueo caótico y devastador, la arqueología en Egipto nace de la actividad de estos hombres que, gracias a sus intereses y prácticas, anuncian los trabajos científicos de campo. Ellos demostraron que las excavaciones permitían restituir importantes testimonios de la civilización egipcia. Esta perspectiva prevalecerá durante mucho tiempo, aunque corregida por el interés creciente por los yacimientos y monumentos en sí. El desciframiento de los jeroglíficos y la actividad de Champollion y de los egiptólogos que se forman en Europa en esta época imponen un modo de actuar muy distinto: el objetivo de las excavaciones a partir de ahora es averiguar los indicios y las informaciones que han de conducir a un conocimiento más profundo del antiguo Egipto en todos los sentidos. Esta es la exigencia que se esfuerzan en cumplir los pioneros de una nueva ciencia que les absorbe por completo: estos hombres son a la vez eruditos, exploradores y arqueólogos.

---

124 Citado por Patrick Gautier, «La patience et la hâte», en *Cités disparues. Découvreurs et archéologues au Proche-Orient*, número especial de la revista *Autrement*, 95, sept. 1991, p. 32.

Es el caso de J.-F. Champollion y de otros eruditos europeos que fundan la egiptología en sus respectivos países. Así, en Gran Bretaña, sir John Gardner Wilkinson (1797-1875) es considerado «como el auténtico fundador de la egiptología en Gran Bretaña».[125] A partir de 1821, conjuga exploraciones y excavaciones. Es el primero que realiza solo una misión arqueológica e histórica en los principales yacimientos de Egipto y Nubia hasta la segunda catarata; precede a Champollion y Lepsius en Beni Hassan, donde dibuja las pinturas de las tumbas con rigurosa exactitud. Durante esta misión, señala un gran número de vestigios sumamente importantes para la historia y la arqueología egipcias. No obstante, a diferencia de Champollion, Rosellini o Lepsius, no reúne los documentos en forma de publicación sino que los utiliza en sus múltiples obras, en especial en la celebérrima *The Manners and Customs of the Ancient Egyptians* que constituye, en la fecha de su publicación, la cantidad de información más importante que se había producido jamás sobre la civilización egipcia.[126] En Tebas, donde excava en 1824 y en 1827-1828, se dedica a las tumbas y elabora el primer plano de conjunto del yacimiento.[127]

Mientras que los estados de Europa empezaban a contribuir con ayudas financieras o misiones oficiales al desarrollo de las investigaciones arqueológicas, Wilkinson atiende él mismo a los gastos de los grandes trabajos que emprende, sin que el gobierno británico le compense en modo alguno. Si las políticas francesa y alemana presentan muchas similitudes en materia de arqueología, la británica se caracteriza por la ínfima parte que se reserva el estado y el importante peso de las iniciativas privadas.

El coronel R. W. Howard Vyse[128] es unos de estos hombres que dedican gran parte de su fortuna a la investigación arqueológica: tras visitar Egipto en 1835, confía a Caviglia la exploración de la Gran Pirámide de

125 «J. G. Wilkinson», en W. R. Dawson y E. P. Uphill, *op. cit.*

126 Sir John Gardner Wilkinson, *The Manners and Customs of the Ancient Egyptians, Including Private Life, Government, Laws, Arts, Manufactures, Religion, Agriculture and Early History, derived from comparison of the paintings, sculptures, and monuments still existing, with the account of ancient authors*, 3 vols., Londres, 1837.

127 Ídem, *Topography of Thebes, and general view of Egypt*, Londres, 1835.

128 Richard William Howard Vyse (1784-1853): oficial del ejército británico. Tras su regreso a Gran Bretaña en 1837, financia los trabajos que realiza el ingeniero J. S. Perring.

Gizeh y ayuda al ingeniero J. Shae Perring,[129] con quien fuerza la entrada en la primera y la tercera pirámide. Gracias a los cartuchos de los reyes encontrados en sus cámaras mortuorias, se les puede relacionar con Keops y Micerinos respectivamente. El coronel Vyse no duda en recurrir a los métodos más brutales: utiliza la pólvora, manda excavar un túnel a través de la obra de piedra sacando algunos bloques de granito de los cimientos. Estos trabajos se completan con el examen de otras pirámides de Gizeh y la exploración científica de las pirámides del Alto Egipto que Perring realiza en 1837-1839. La publicación de conjunto es de gran interés[130] y su estudio, absolutamente científico, constituirá a lo largo de todo el siglo XIX un modelo sin igual. Pese a sus métodos, el coronel Vyse inspira indulgencia entre sus colegas: «he was not a barbarian but rather a transitional figure in the history of archaeology».[131] Lucha por el progreso del conocimiento y lo consigue gracias a la calidad de sus observaciones, pero no es sensible a los estragos que causa en los monumentos.

El coronel Vyse y J. S. Perring pusieron sus cualidades y sus conocimientos como técnicos al servicio de la egiptología. Antes que ellos, Belzoni parecía haber utilizado su formación de ingeniero mecánico para poner en marcha unos métodos adaptados a los trabajos que se llevan a cabo en Egipto. Entre los franceses que contribuyen en esta época al conocimiento del antiguo Egipto, cabe señalar a dos ingenieros, Louis Linant de Bellefonds (1799-1883) y Émile Prisse d'Avennes. El primero, tras acompañar al conde de Forbin en una expedición a Oriente Próximo, llega a Egipto en 1818, se pone al servicio de Mohamed Alí y en 1820 conoce a W. Bankes.[132] Le sigue como dibujante hasta Dongola y, durante varios años, participa para él en numerosas expediciones a Egipto, Arabia y

129 John Shae Perring (1813-1869), ingeniero civil inglés, acude a Egipto en 1835 donde trabaja a las órdenes de Galloway Bey, director de Obras Públicas de Mohamed Alí. Publica en 1839 *The Pyramids of Gizeh*, Londres.

130 R. W. H. Vyse, *Operations carried on at the pyramids of Gizeh in 1837; with an account of a voyage into Upper Egypt and an appendix (containing a survey by J. S. Perring Esq. of the pyramids at Abu Roash and those to the southwest, including those in the Fayoum)*, 3 vols., Londres, 1840-1842.

131 J. D. Wortham, *op. cit.,* p. 74.

132 William John Bankes (fallecido en 1855): viajero, coleccionista y anticuario inglés, amigo de Byron. Recorre Oriente Próximo, visita Egipto, Nubia y Siria. Remonta el Nilo hasta Abu Simbel, dibuja sus templos y lleva a Gran Bretaña el obelisco bilingüe de Filae.

Sudán, a lo largo de las cuales dibuja todos los monumentos con que tropieza. Champollion encuentra en su viaje a Egipto mucha colaboración. Sus dibujos y notas, que su familia entregó al Museo del Louvre, tienen un valor inestimable ya que muestran los monumentos que hoy han desaparecido.[133]

Émile Prisse d'Avenne (1807-1879) era ingeniero-arquitecto y, en esta primera mitad del siglo XIX en que la arqueología se está convirtiendo en una carrera, pertenece a esta categoría de «hombres de arte» que se hacen arqueólogos.[134] Sus trabajos en materia de egiptología revisten una gran importancia al ser el que más inscripciones, relieves y pinturas copia de estos pioneros y, con sus *Monuments égyptiens*[135] se convierte, después de Champollion, en el francés que ofrece el mayor conjunto de documentos ilustrados sobre la antigüedad egipcia. Asimismo, se adelanta a Karl Richard Lepsius y, en 1845, descubre en Karnak la *Tabla de los reyes* y la hace llegar a Francia. Funda con el doctor Henry Abott en El Cairo la primera sociedad de egiptología, la Asociación Literaria de Egipto.

Pero, pese a la actividad que desempeñan algunos franceses en Egipto, la crisis que sufre Francia tras la muerte de Champollion es indiscutible. Tras «descifrar los jeroglíficos, crear marcos de enseñanza para la nueva ciencia [...], dar ejemplo de la exploración científica en Egipto»,[136] desapareció demasiado pronto como para poder consolidar el edificio cuyos cimientos ya había asentado. A su muerte, el museo egipcio se vincula a los antiguos y queda bajo la responsabilidad del conde de Clarac. Habrá que esperar a 1849 para que Emmanuel de Rougé suceda a Champollion en el Louvre y hasta 1860 no ocupará la cátedra de filología y arqueología egipcias en el Colegio de Francia.

---

133 Cf. C. Augé y P. Linant de Bellefonds, introducción a L. de Laborde y L. Linant de Bellefonds, *Pétra retrouvée. Voyage de l'Arabie Pétrée, 1828*, París, Pygmalion Gérard Watelet, 1994.

134 Por ejemplo, Jacques de Morgan, ingeniero y geólogo convertido en arqueólogo y prehistoriador, que sucederá a G. Maspero al frente del Servicio Egipcio de Antigüedades (1829-1897). E incluso Marcel Dieulafoy, ingeniero de caminos que, tras la exploración de Persia, inauguró las excavaciones francesas en Susa.

135 É. Prisse d'Avennes, *Les Monuments égyptiens. Bas-reliefs, peintures, inscriptions... d'après les dessins exécutés sur les lieux...*, París, 1847.

136 A. Moret, «L'Égyptologie», en *Livre du Centenaire de la Société asiatique. 1822-1922*, París, 1922, p. 77.

Mientras la egiptología francesa atraviesa una grave crisis, Samuel Birch (1813-1885), conservador del British Museum, impone los descubrimientos de Champollion en Gran Bretaña y el Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma se abre en 1833 a la nueva ciencia gracias al duque de Blacas, protector de Champollion, y a C. K. J. von Bunsen. El erudito alemán Bunsen fue uno de los primeros que apoyó al «descifrador» en el discurso que pronunció con motivo de los Palilie de 1833: aborda aspectos fundamentales de la cronología egipcia y anuncia que desde ese momento se reservará un lugar a estos estudios en los volúmenes del Instituto.[137]

En la misma época, K. R. Lepsius (1810-1884) trabaja en Roma sobre los dialectos itálicos y proyecta con Bunsen un *Corpus Inscriptionum Italicarum*.[138] Pero el secretario general del Instituto, preocupado por la crisis que provoca la muerte de Champollion y consciente de los puntos débiles de la obra de Rosellini,[139] opina que sólo puede continuar la obra emprendida un «filólogo alemán».[140] Así pues, anima a Lepsius a dedicarse al estudio de los jeroglíficos.[141]

El propio C. K. J. von Bunsen, durante su embajada en Gran Bretaña, se compromete a determinar el lugar que ocupa Egipto en la historia universal.[142] Tras volver a examinar una cuestión de arqueología comparada que Champollion fue el primero en abordar, la de la influencia de las columnas de las tumbas de Beni Hassan en las columnas arcaicas griegas,[143] K. R. Lepsius expresa su deseo de ir a Egipto. Gracias a las inter-

---

137 A. Michaelis, *Storia dell'Instituto archeologico germanico (1829-1879)*, Roma, 1879.

138 Cf. K. B. Stark, *Handbuch der Archäologie der Kunst*, Leipzig, 1880, reed. Múnich, 1969, p. 288.

139 Ipollito Rosellini, *I Monumenti dell'Egitto e della Nubia, disignati della spedizione scientifico-letteraria Toscana in Egitto*, 6 vols. de texto y 2 atlas, 1832-1844.

140 K. B. Stark, *op. cit.*, p. 283.

141 K. R. Lepsius, «Lettre à Rosellini sur l'alphabet hiérogliphique», 1836. Esta obra marca un giro en el estudio de los jeroglíficos: Lepsius demuestra definitivamente la validez del sistema de Champollion, completándolo y corrigiéndolo.

142 C. K. J. von Bunsen, *Aegyptens Stelle in der Weltgeschichte*, Hamburgo, 1844, y Gotha, 1856-1857, traducido al inglés por H. Cottrell, con la contribución de S. Birch en el vol. V, *Egyptian Grammar and Egyptian Dictionary*, Londres, 1848-1867.

143 *Annales de l'Institut de correspondance archéologique*, IX, 1838.

venciones de Bunsen y Alexander von Humboldt ante Federico Guillermo IV, el conde de Prusia organiza una expedición científica a Egipto dotada de importantes medios, tanto en fondos como en personal científico y técnico.

En 1820 se confió una primera misión oficial prusiana al barón von Minutoli,[144] que había visitado el oasis de Siwa trayendo de su viaje una importante colección de objetos, vendidos a París y al Museo de Berlín. De 1842 a 1845, la expedición prusiana pasa largas temporadas en los yacimientos que se determinan por adelantado, entra en Etiopía, hasta Jartum, y explora el Sinaí. Lepsius se encarga sobre todo de copiar monumentos y recoger objetos, pero también dirige una excavación estratigráfica en el laberinto de Fayum, introduciendo en Oriente Próximo un método que no se generalizará hasta el siglo XX.[145]

Hasta entonces sólo se conocían monumentos del Nuevo Imperio, pero los trabajos de Lepsius y sus colaboradores revelan muchos monumentos del Antiguo Imperio y dan a conocer el arte egipcio del cuarto milenio hasta los Ptolomeos y la época romana. La expedición de Lepsius permite ampliar considerablemente las colecciones del Museo Egipcio de Berlín, que se había constituido en 1826 con la compra de la colección Passalacqua. Por otra parte, K. R. Lepsius profundiza considerablemente en los conocimientos sobre egiptología y abre nuevas perspectivas de investigación.

Los resultados de la expedición se publicarán en forma de láminas de 1849 a 1859,[146] completados con cinco volúmenes de texto. Los *Denkmäler aus Aegypten und Aeghiopen*,[147] clasificados según su pertenencia al antiguo, medio o nuevo imperio o a las épocas griegas o romanas, ofrecen una visión histórica completa del arte egipcio.

---

144 Barón Heinrich Karl Menu von Minutoli (1772-1846): oficial del ejército prusiano; publica un interesante informe de su misión: *Reise zum Tempel des Jupiter Ammon in der Libyschen Wüste und nach Ober-Aegypten in der Jahren 1820-1821*, Berlín, 1824.

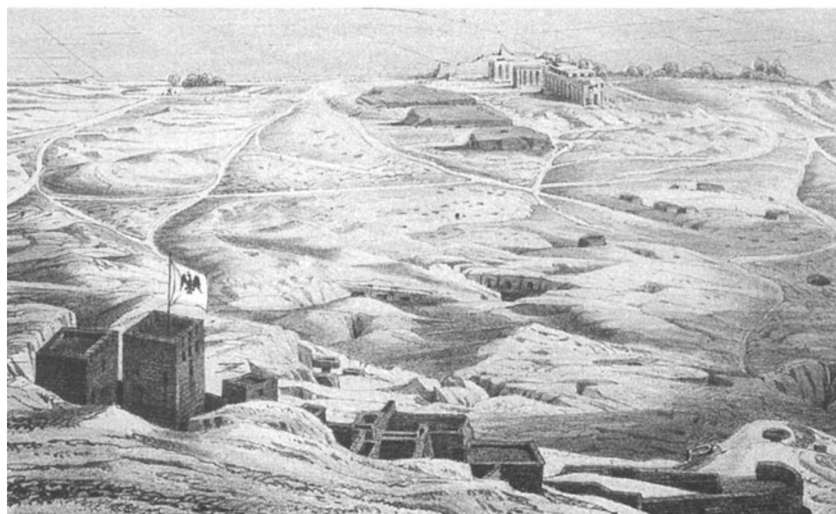
145 W. R. Dawson y E. P. Uphill, *op. cit.*, p. 174.

146 K. R. Lepsius, *Denkmäler aus Aegypten und Aethiopien*, Berlín, 1849-1859 para los volúmenes de láminas y 1897-1913 para los volúmenes de texto.

147 Compuestos a partir de sus notas, por un equipo dirigido por Édouard Naville y publicados entre 1897 y 1913.



50. Coloso de Ramsés II en Wadi Essebua (Egipto), É. Prisse d'Avennes, *Monuments égyptiens... d'après les dessins exécutés sur les lieux...*, París, Imprimerie et librairie Firmin-Didot, 1847. Biblioteca de la Escuela Normal Superior.



51. Panorama desde Qurnah, el «campamento» de la misión prusiana. K. R. Lepsius, *Denkmaeler aus Aegypten und Aethiopien*, Band 2, Abteilung I, Berlín, 1849-1859. Biblioteca del Instituto de Francia.

Para Lepsius, se confirman las hipótesis de Champollion sobre la influencia egipcia en el arte griego y, tras corroborar los descubrimientos en Asiria, concibe el mundo antiguo y las civilizaciones asiáticas y mediterráneas como un todo en el que los elementos están estrechamente ligados influyéndose unos a otros.[148]

La expedición prusiana a Egipto amplió el campo del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, que, con los descubrimientos de Etruria, y concretamente el de la tumba Regolini Galassi de Cerveteri, cada vez está más convencido de la influencia oriental en las civilizaciones mediterráneas. K. R. Lepsius ofrece un nuevo punto de partida a la egiptología y es el primer erudito alemán que ilustra esta disciplina. Sus trabajos retoman los de Champollion y Rosellini, así como el espíritu de colaboración internacional que cultivan las distintas secciones del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, del que él mismo hace gala al incluir a dos ingleses en su expedición.[149] Todavía se quedará unos años en Egipto, donde Heinrich Brugsch permanecerá junto a Mariette para ayudarle.

El renacimiento oriental al que asistimos en los albores del siglo XIX en Egipto y Mesopotamia se manifiesta por una parte, en el desciframiento de escrituras desconocidas, cuneiformes y jeroglíficos y, por otra, en el descubrimiento de monumentos egipcios y ciudades asirias. En Oriente se conjugan filología y arqueología, y aunque ésta viene de la mano de la filología, le proporciona a su hermana mayor los materiales indispensables para que progrese.

Esta asociación estrecha es muy típica de la egiptología y el orientalismo y explica el desarrollo de la epigrafía en los campos de trabajo en Oriente Próximo.

---

148 «Die alte Welt in ihren frühen asiatischen Culturstätten und an den Küsten des Mittelmeeres erweist sich schliesslich als ein Ganzes, desses einzelne Glieder eng unter einander verbunden waren», citado por K. B. Stark, *op. cit.*, p. 359.

149 Joseph Bonomi (1796-1878), escultor inglés de origen italiano. James William Wild (1814-1892): arquitecto inglés, voluntario para participar en la expedición de Lepsius; sucede a Joseph Bonomi como conservador del Museo Sloane de Londres.

La revelación de las civilizaciones egipcia y asiria modifica la visión que se tenía hasta entonces del mundo antiguo: el estudio del arte egipcio y asirio lleva a Champollion, Lepsius y Longpérier a abordar las relaciones entre Oriente y Occidente hasta reconocer las influencias orientales sobre Grecia.

A pesar de que el mundo antiguo aparece como un «todo» en el que los elementos que lo forman interfieren entre sí, la arqueología, casi desde su nacimiento, va adquiriendo distintas características según las regiones y las civilizaciones en las que se aplica: arqueología clásica y arqueología oriental difieren claramente desde la primera mitad del siglo XIX. Mientras en Grecia e Italia se desarrolla el estudio de monumentos y yacimientos de época histórica, en Egipto y Asiria la arqueología permite llevar los límites de la historia más allá de las referencias tradicionales de la Biblia. En Oriente, filología y arqueología siguen una trayectoria parecida: el desciframiento de los jeroglíficos y de la escritura cuneiforme, que recupera sistemas de lenguas desconocidas, permite recurrir a textos que no tienen por qué ser necesariamente los hebreos, griegos o latinos.

En Egipto y Asiria se demuestra que, a través de la arqueología, uno puede remontarse a un pasado que supera con creces los límites de la historia. Al término de su viaje, Champollion sospecha, aunque no se atreve a desvelarlo, que la antigüedad egipcia tiene unas raíces sumamente profundas, mucho más profundas que lo que establece la Biblia. La arqueología le hace intuir la prehistoria egipcia. En Asiria, Botta y Layard demuestran que la arqueología permite hallar palacios y ciudades desaparecidos e inician un proceso que conducirá al fabuloso descubrimiento de la prehistoria oriental. Esto es lo que lleva a Glyn Daniel, historiador inglés de la arqueología, a conceder, con respecto a la fundación de la trayectoria arqueológica,[150] un mérito similar a Botta y Layard, por una parte, y a los prehistoriadores daneses, suecos e ingleses, por otra. La arqueología oriental en Egipto y en Asiria y la arqueología prehistórica en Europa parten del mismo principio y desembocan en el conocimiento de sociedades antiguas gracias a unos medios específicamente arqueológicos.

---

150 Glyn Daniel, *One Hundred and Fifty Years of Archaeology*, Londres, Duckworth, 1975, p. 56: «The demonstration by Botta, Layard and sir Arthur Evans that history could extend itself backwards by archaeological methods».

La arqueología, a la que Botta da luz en Jorsabad no es simplemente una proveedora de textos escritos para su entrega a los filólogos, ni se limita a recopilar objetos de colección: el cónsul exhuma un palacio y E. Flandin reproduce sus ruinas. El recurso a la información gráfica es el sello de un procedimiento específicamente arqueológico: la documentación recopilada de este modo sirve para comprender el yacimiento que se convierte en sí en objeto de estudio. En Egipto, las excavaciones de J.-J. Rifaud en Antínoe y Arsínoe traducen la misma atención y las mismas inquietudes.

La arqueología que empieza a elaborarse en los yacimientos de Egipto y Mesopotamia exige nuevos medios: los campos de trabajo requieren la presencia permanente de un responsable y créditos considerables que garanticen su funcionamiento. A los viajeros y exploradores que se dedicaban a la prospección y a los estudios topográficos, se suman los pintores y arquitectos, aficionados o encargados de misiones oficiales que, a través del dibujo o la pintura, dan cuenta de los monumentos visibles y, en los yacimientos de Mesopotamia, asisten al director copiando los vestigios exhumados. En cuanto a los promotores de las excavaciones, como Botta o Layard, todavía son «aficionados», pero las funciones diplomáticas que desempeñan garantizan su residencia permanente en el país y, mediante el ejercicio práctico de excavación de los suelos, se convierten en arqueólogos de campo. La profesión de arqueólogo se irá definiendo a medida que se vayan imponiendo las exigencias de la ciencia y los inconvenientes del trabajo de campo. Sin embargo, en esta primera mitad del siglo XIX, aunque queda clara la necesidad de trazar planos de las ruinas y conservar huellas de los vestigios mediante su reproducción y dibujos, el objetivo principal y prioritario de la actividad de los excavadores en Egipto y Mesopotamia es recopilar antigüedades que irán a parar a colecciones y museos.

El papel de estas instituciones, el Louvre, el British Museum o los museos de Berlín, es determinante ya que condicionan el desarrollo de las excavaciones: los trabajos que emplean a gran cantidad de obreros requieren importantes créditos, duran varios meses, e incluso años, y los ingresos personales no serían suficientes para atender a estos gastos. El dinero que asigna a Botta su gobierno o a Layard los administradores del British Museum, está destinado ante todo al enriquecimiento de los museos, lo cual explica los «métodos» que se emplean en los yacimientos: el cónsul francés, que contaba con una importante subvención y con la colabora-

ción de un pintor-arquitecto de gran talento, pudo prestar cierta atención al yacimiento y a los monumentos que no podían transportarse; en cambio, A. H. Layard, con unos medios financieros sumamente limitados y sin ningún auxiliar, decide conformarse con reunir «el mayor número posible de objetos de arte en el mejor estado de conservación, dedicando el menor tiempo y dinero posible».[151] La excavación de yacimientos tan ricos como Jorsabad, Quyundjiq o Nimrud es, en opinión de los arqueólogos modernos, catastrófica: los cortes realizados a lo largo de muros o los túneles que conducen al interior de las ruinas provocan daños irreparables.

En Egipto, los trabajos encargados por los cónsules europeos con el fin de crear las colecciones más ricas, enseguida se transforman en saqueos provocando la destrucción de monumentos y yacimientos. Aunque los verdaderos egiptólogos se forman en esta primera mitad del siglo XIX, siguen viéndose dominados por la preocupación y la obligación que les imponen los museos europeos de recoger una gran cantidad de objetos para que figuren en sus colecciones, como es el caso de K. R. Lepsius durante su expedición. El espíritu de competencia es lo que mueve a los grandes museos europeos y a los estados para obtener prestigio y gloria, ya que ven en los trabajos arqueológicos un medio para afirmar su influencia política, cultural y comercial en el Mediterráneo y Oriente Próximo. Así es como se promueven los viajes, expediciones y misiones apoyados por créditos públicos.[152] El carácter oficial de las misiones arqueológicas, así como la necesidad de realizarlas, quedan reconocidos en 1842 con la creación del Bureau des Missions Scientifiques et Littéraires[153] para el que el entonces secretario de la Sociedad Asiática, Jules Mohl, propone un programa de estudio de Oriente: el objetivo de cada misión debe definirse meticulosamente y los «misioneros», a los que se habrá enseñado previamente el idioma de estas regiones, pasarán largas temporadas (entre seis y siete años) en el mismo lugar para estudiar el conjunto del territorio. «Nada sería más fácil que ir explorando así sucesivamente toda Asia, con

---

151 Citado por S. Lloyd, *op. cit.*, p. 108.

152 La primera expedición, la de Egipto, servirá de modelo para la de Morea (1829) y para muchas misiones epigráficas y militares a la vez llevadas a cabo en Argelia. La misión de E. Flandin y P. Coste en Persia es complementaria de la embajada de M. de Sercey, encargado de defender los intereses comerciales de Francia ante el sha.

153 X. Charles, *Le Comité des travaux historiques et scientifiques*, 3 vols., París, 1886.

las precauciones y la sabia lentitud que proporciona un sistema controlado por un gobierno».[154]

Jules Mohl subraya la necesidad de confiar estas misiones a «especialistas», «a aquellos que han convertido las lenguas y literaturas de Asia en su objeto de estudio».[155] Si en 1846, año de la fundación de la Escuela Francesa de Atenas, se observa que «los viajes científicos han pasado a ser una parte regular y considerable de los esfuerzos realizados por el gobierno francés para el progreso de la ciencia»,[156] es porque los intereses políticos y científicos coinciden y el deber que sienten los estados de cumplir con la ciencia se suma a la gloria que ansían. Las grandes misiones, expediciones y exploraciones de regiones o yacimientos se publican con la ayuda económica del gobierno francés: es el caso del viaje de E. Flandin y de P. Coste a Persia[157] o las excavaciones de P.-É. Botta en Jorsabad.[158] Estas iniciativas oficiales están patrocinadas por instituciones que definen su programa y garantizan su valor científico: se trata de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y la Sociedad Asiática que, mucho después de 1850, seguirán dando a la filología y a la arqueología clásica, egipcia u oriental un impulso decisivo.

En este principio del siglo XIX, la ciencia arqueológica se constituye y diversifica: arqueología nacional, clásica, egiptología, asiriología cuentan con instituciones de investigación. Al mismo tiempo se forja la enseñanza de la nueva ciencia, inaugurada en el Gabinete de Medallas por Aubin-Louis Millin y en el Louvre por J.-F. Champollion, que es el primero en ocupar una cátedra de arqueología egipcia en Europa.[159]

En Francia, enseguida surgen los marcos que permitirán el desarrollo de la arqueología en todas sus disciplinas. Sin embargo, desde principios de siglo, en el momento de la Expedición de Egipto, se confunden los inte-

---

154 J. Mohl, *Vingt-Sept Ans d'histoire des études orientales (1840-1867)*, *op. cit.*, t. II, p. 260.

155 *Ibidem*, p. 267.

156 *Ibidem*, p. 264.

157 *Voyage en Perse, entrepris par ordre de M. le Ministre des Affaires étrangères, d'après les instructions dressées par l'Institut*, 4 vols., París, Imprimerie impériale, 1843-1854.

158 *Monument de Ninive découvert et décrit par M. P.-É. Botta, mesuré et dessiné par M. E. Flandin*, 5 vols., París, Imprimerie nationale, 1849-1850.

159 Creada para él en el Colegio de Francia en 1831.

reses políticos y científicos tanto en Oriente como en Grecia, pero el vigoroso impulso que recibe la arqueología antes de 1848 ya no se mantiene después: las circunstancias históricas, la revolución y la guerra de Crimea provocarán la interrupción de los trabajos iniciados en Oriente.

Los trabajos arqueológicos de campo no se intensificarán hasta el último cuarto del siglo, pero las investigaciones en el ámbito oriental siguen avanzando gracias a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y a la Sociedad Asiática, y lo único que pretenden es «hacer la historia de la mitad del género humano».[160] En Oriente, la filología y la arqueología desvelan civilizaciones mucho más antiguas que las de Palestina, Grecia o Italia, que para los europeos encarnaban la antigüedad, por lo que aparece como «la parte del mundo con las civilizaciones más antiguas».[161] En Egipto y Mesopotamia se consigue «hacer que las piedras hablen, encontrar las huellas del pasado, no sólo en las obras escritas sino también en las distintas manifestaciones artísticas, descubrir no sólo modelos estéticos, sino documentos históricos».[162]

Occidente, que hasta entonces se consideraba heredero de Grecia, descubre que, a través de ésta, sus raíces se extienden hasta un Oriente que constituye la cuna de la civilización: «De modo que lo que antes llamábamos antigüedad pasaba a ser el preludio de los tiempos modernos».[163] En la Sociedad Asiática ya hay conciencia de la importancia del potencial de los estudios orientales: a través de la ciencia, «se trata de dar a conocer a Europa este Oriente al que está devorando sin apreciarlo y al que ocasiona daños irreparables por su ignorancia de los idiomas, las ideas y la historia de sus pueblos».[164]

La arqueología, que permite entender el Oriente antiguo a través de las diversas manifestaciones de sus civilizaciones, contribuye a darlas a conocer para evitar los errores de una política implantada sin conocimiento por la ignorancia del pasado y del talento de los pueblos asiáticos.

---

160 J. Mohl, «Rapports à la société Asiatique de Paris (1879-1880)», en *Vingt-Sept Ans d'histoire des études orientales (1840-1867)*, París, 1879, t. II, p. 733.
161 *Ibidem*, t. I, p. 452.
162 X. Charmes*, op. cit.*, t. I, p. CXXVII.
163 *Ibidem*, t. II, p. 307.
164 J. Mohl, *op. cit.*, t. II, p. 733.

De este modo, se asigna a los estudios orientales, y en especial a la arqueología, un papel de salvaguardia del respeto a las naciones modernas, en perfecta consonancia con el espíritu humanista que impera en el «renacimiento oriental» de este principio del siglo XIX.

La arqueología, ejercida en las misiones de exploración o la excavación de yacimientos, se sitúa bajo la tutela de instituciones eruditas y empieza a disfrutar de subvenciones públicas que le otorgan un carácter oficial y alían su desarrollo con las perspectivas políticas del estado. Los hombres que trabajan sobre el terreno realizan excavaciones en Egipto y Mesopotamia con el fin de enriquecer las colecciones de los grandes museos europeos contribuyendo a aumentar el prestigio de los estados francés, inglés, prusiano e italiano. Pero, ya en esta primera mitad del siglo XIX, se consolidan las exigencias de una arqueología que no se ve solamente como la forma de recopilar objetos bellos sino como una ciencia que permite adquirir conocimientos sobre las civilizaciones antiguas, una arqueología que supone una «deontología» que trasciende los intereses políticos inmediatos y debe un respeto a las sociedades modernas de Oriente.

# 3. LA ARQUEOLOGÍA FRANCESA HASTA 1848: ORGANIZACIÓN Y FUNCIONAMIENTO

El periodo comprendido entre la Expedición a Egipto y el término de las excavaciones de Jorsabad ve la llegada de la arqueología como «ciencia de los objetos» y actividad de campo. Algunos eruditos, discípulos de B. de Montfaucon y del conde de Caylus, completan su conocimiento de las antiguas civilizaciones de Italia, Grecia, Egipto o Mesopotamia, para lo cual estudian los vestigios materiales, inscripciones, objetos artísticos o de la vida diaria o monumentos traídos a Francia o reproducidos por viajeros cultivados, pintores y arquitectos. Los estudiosos consagrados al trabajo en despachos, filólogos y epigrafistas, se ven respaldados por aquellos que trabajan sobre el terreno y realizan excavaciones de diversa envergadura en las tierras del mundo clásico, en Egipto o Mesopotamia, inaugurando una nueva era: tras los trastornos de 1848 y la ruptura brutal que ocasionan al desarrollo de la arqueología francesa, el estado emprende nuevas misiones a partir de 1850, otorga un nuevo estatuto[1] a la Escuela de Atenas y crea instituciones que deberán garantizar el auge de la arqueología metropolitana. Así se abre una nueva era.

Sobre el terreno, los trabajos epigráficos o arqueológicos están sin duda asegurados por muchos aficionados, pero asistimos a la llegada de una nueva generación de eruditos que sienten la necesidad de un contacto directo con los países donde nacieron las civilizaciones antiguas. En

---

1 Cf. *Archives des missions scientifiques et littéraires*, t. 1, París, 1850, p. 184.

Egipto, Champollion fue el primero que insistía en la necesidad de realizar excavaciones de acuerdo con unos criterios científicos. En Mesopotamia, Paul-Émile Botta sufrió la represión que siguió a la revolución de 1848 y no pudo proseguir sus trabajos en Jorsabad, pero la misión de Fresnel y la reanudación de las obras por Victor Place marcan un nuevo interés por esta región. La Escuela Francesa de Atenas, creada en 1846, afirmará su vocación arqueológica después de 1850. A principios del siglo XIX, asistimos al nacimiento de una nueva profesión, la de arqueólogo.

En Francia, los estudios clásicos y orientales tienen una larga tradición, alimentada por los benedictinos de la congregación de Saint-Maur y los eruditos reunidos ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Mientras se multiplican las investigaciones de campo y la arqueología da sus primeros pasos, nace una serie de sociedades eruditas que, junto con la Academia, contribuyen a fomentar los trabajos enunciando un conjunto de exigencias científicas que garantizan el desarrollo de la arqueología. Los viajes, misiones y excavaciones requieren créditos, por lo que se plantea el problema de la financiación: a lo largo de la primera mitad del siglo XIX se produce una creciente intervención de las instituciones oficiales, aunque la proporción de fondos privados sigue teniendo mucho peso. El interés del estado por la arqueología se afianza hasta el punto de crearse dentro del Ministerio de Instrucción Pública, una oficina de misiones científicas y literarias en la que la nueva ciencia ocupa un lugar importante.

Los trabajos arqueológicos proporcionan una serie de objetos y monumentos que amplían las colecciones públicas y privadas y se utilizan para servir al público: tras el museo de la antigüedad, se crearon en el Louvre el museo egipcio y el museo asirio, de los que enseguida, en el primer cuarto del siglo XIX, E. Q. Visconti, el conde de Clarac, J.-F. Champollion y A. de Longpérier elaboraron catálogos.

Una ciencia sólo puede perpetuarse si los resultados de sus investigaciones se difunden a través de la enseñanza y las publicaciones. En el Colegio de Francia se crea para J.-F. Champollion una cátedra de arqueología en 1831, sumándose a la del Gabinete de Medallas y completando el curso de la École des Chartes.

Las publicaciones de la Academia de Inscripciones, las revistas de sociedades eruditas y el boletín del Comité de Artes y Monumentos se hacen eco de los trabajos arqueológicos y, en 1844, aparece el primer

número de la *Revue archéologique*, concebida como un órgano de información y enlace que toma como base el modelo de la prensa del mismo estilo que se publicaba ya en Alemania.

En 1848, la arqueología francesa recibe un principio de organización y, aunque Ernest Renan lo juzga insuficiente,[2] presenta ya algunas de las condiciones de su desarrollo futuro.

## 3.1. El fomento de la arqueología

A principios del siglo XIX, muchos viajeros recorren a título personal, por su cuenta y riesgo, los países de la cuenca mediterránea, en particular aristócratas como Louis Linant de Bellefonds, Alexandre de Laborde y su hijo Léon o incluso el duque de Luynes. Éste último, miembro fundador del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, da ejemplo de mecenazgo dedicando una parte importante de su fortuna personal a la arqueología; tras iniciar investigaciones en el sur de Italia y realizar excavaciones en Metaponte, financia parcialmente las publicaciones del Instituto romano. Él es quien, tras asumir la protección de Auguste Mariette, se encarga de los gastos de limpieza de la esfinge de Gizeh. Por lo que respecta al duque de Blacas, desempeña un papel primordial en la carrera de J.-F. Champollion, ya que consigue que el rey le conceda los créditos necesarios para su viaje a Egipto. La arqueología, en sus principios, disfruta de iniciativas individuales y del interés que demuestran por ella los grandes señores, emulando a Mecenas.

Por otra parte, la Expedición a Egipto dirigida por Bonaparte a finales del siglo XVIII, proporciona un modelo que dominará durante todo el siglo siguiente: la misión de Morea, la de Eugène Flandin y Pascal Coste a Persia o la de Ernest Renan a Fenicia tienen, a todas luces, una vocación arqueológica, pero no por ello se encuentran menos integradas en acciones de orden militar o diplomático. Asimismo, el auge de la arqueología en Argelia no puede entenderse si no es en estrecha relación con la conquista del país y la política colonial que inaugura.[3]

---

2 E. Renan, *L'Avenir de la science*, París, 1890, redactado en 1848.

3 Cf. M. N. Bourguet, B. Lepetit, D. Norman y M. Sinarellis, *L'Invention scientifique de la Méditerranée. Égypte, Morée, Algérie*, París, École des hautes études en sciences sociales, 1998.

Las misiones individuales y colectivas revelan a la vez una autoridad científica y una autoridad política. La primera emana de los eruditos reunidos en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, que dirigen además las grandes sociedades eruditas creadas a principios del siglo XIX.

El propio Colbert, que había proyectado la exhumación de todos los monumentos romanos de Francia, definió una parte importante de los trabajos de la Academia. Esta vocación inicial se lleva a cabo gracias sobre todo a los trabajos de Bernard de Montfaucon, cuya *Antiquité expliquée en figures...* permite identificar y clasificar los monumentos. Es también el benedictino quien, al publicar la sepultura colectiva descubierta en Cocherel (Normandía), llama la atención sobre las antigüedades prehistóricas; de este modo, precede a Prosper Mérimée quien, elegido en la Academia en 1843 y sensibilizado por su amigo el prehistoriador danés Worsaae, desempeñará un papel muy importante en el reconocimiento de los monumentos prehistóricos, dólmenes y pasillos cubiertos. El informe que presentó ante la Academia en 1799 Legrand d'Aussy, la circular del conde de Montalivet de 1810 y la Comisión de Antigüedades de Francia, constituida en el seno de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras en 1819, muestran la preocupación permanente por inventariar y conservar los monumentos antiguos distribuidos en el territorio nacional.

Sin embargo, el estado y las instituciones que de él dependen no tienen la exclusiva en las investigaciones en este ámbito. Las sociedades eruditas que reúnen a los sabios en las provincias desempeñan un papel fundamental en el desarrollo de estos estudios. A principios del siglo XIX se crea una serie de instituciones, entre las que cabe destacar la de la Academia Celta[4] en 1804: sus fundadores, Éloi Johanneau, Jacques Cambry y Michel-Ange de Mangourit[5] pretenden realizar «la investigación de la lengua y la antigüedad celta» y «recopilar, escribir, comparar y explicar las antigüedades, todos los monumentos, todos los usos, todas las

4 N. Belmont, *Aux sources de l'ethnologie française. L'Académie celtique*, París, 1995.

5 Éloi Johanneau (1770-1851): amigo de La Tour d'Auvergne, que le inspiró su entusiasmo por la filología y las antigüedades celtas, llevará a la Academia a la celtomanía y provocará la escisión de la que surgirá la Sociedad Real de Anticuarios de Francia. Jacques Cambry (1747-1807): primer presidente de la Academia Celta. Michel-Ange de Mangourit (1752-1829): diplomático y creador de uno de los primeros periódicos revolucionarios en 1789.



52. Prosper Mérimée (1803-1870), inspector general de Monumentos Históricos de 1834 a 1853.



53. Arcisse de Caumont (1801-1873), fundador de la Société française d'archéologie.

tradiciones; en una palabra, hacer la estadística antigua de las Galias y explicar los tiempos antiguos mediante los tiempos modernos».[6] Es la primera vez que se inicia semejante empresa en Francia, inaugurando las investigaciones etnológicas. Por lo que respecta a las «antigüedades» y los monumentos, esta iniciativa anuncia ya, con varias décadas de antelación, la Comisión de Topografía de las Galias implantada por Napoleón III en 1858 y dirigida por Alexandre Bertrand.

Para llevar a cabo su programa, la Academia Celta reúne a «amateurs» y eruditos cuyo papel consiste en suscitar investigaciones y asociar los trabajos. Se difunde por los departamentos un cuestionario[7] publicado en el primer tomo de las *Mémoires de l'Académie celtique* a las «personas más cultivadas», que constituyen una red de informadores. Esta misma preocupación consistente en recopilar las informaciones y organizar los esfuerzos en todo el territorio es la que inspira también la creación de la Comisión de Antigüedades de Francia en la Academia de Inscripciones.

A pesar de estos inicios tan novedosos y prometedores, la Academia Celta no logró mantener su actividad en el marco de las exigencias científicas y sucumbió ante la fascinación de la celtomanía. Algunos de sus miembros se apartaron de esta tendencia y en 1814 constituyeron la Sociedad Real de Anticuarios de Francia, cuyo primer tomo de las *Mémoires* apareció en 1817.

En esta época, la erudición se ejerce tanto en las provincias como en París, pero el gran problema de las sociedades eruditas locales estriba en su aislamiento y, a lo largo del siglo, tratarán de remediarlo estableciendo redes y resistiendo a los intentos de centralización del estado. Arcisse de Caumont[8] encarna esta voluntad de coordinar las iniciativas privadas de las provincias. De hecho, es quien pone en práctica las primeras estructuras

---

6 É. Johanneau, «Discours d'ouverture», *Mémoires de l'Académie celtique*, I, 1807, pp. 63-64.

7 M. Ozouf, «L'invention de l'ethnographie française: le questionnaire de l'Académie celtique», en *L'École de la France, Essais sur la Révolution, l'utopie et l'enseignement*, París, 1984, pp. 350-379.

8 F. Bercé, «Arcisse de Caumont et les sociétés savantes», en P. Nora (ed.), *Les Lieux de mémoire*, vol. II, *La Nation*, t. 2, París, Gallimard, 1986.

federales de trabajos eruditos en las provincias.[9] En 1824, funda la Sociedad de Anticuarios de Normandía, que muestra ya su voluntad de sobrepasar el ámbito estrictamente local —la ciudad de Caen— para abarcar el conjunto de departamentos normandos; en 1829, cuando recorre toda Francia reuniendo los elementos de su curso de antigüedades, consigue convencer a varias sociedades eruditas y a numerosos arqueólogos del oeste y del norte para que se reúnan «con el fin de protestar ante el ministro de Interior por las decisiones municipales que iban a hacer que se demolieran algunos monumentos de gran valor».[10] Movido por el deseo de conjugar los esfuerzos de los eruditos de provincias, les invita en 1833 a un congreso científico, siguiendo el modelo de Alemania y Austria.[11] En 1834, año en que funda la Sociedad Francesa para la Conservación de los Monumentos Nacionales —posteriormente Sociedad Francesa de Arqueología—, a la que somete a la autoridad de un comité permanente y dota de una red de inspectores y miembros correspondientes, organiza los congresos arqueológicos de Francia, celebrados cada año en una ciudad distinta.

A pesar de que A. de Caumont mantiene constantes y estrechas relaciones con la Academia de Inscripciones y Bellas Letras[12] y goza de un gran prestigio nacional, sus iniciativas también plantean el problema del lugar que ocupa el estado. Las instituciones que François Guizot,[13] ministro de Interior, pone en marcha desde 1830, responden a las creaciones del gran erudito normando: crea un puesto de inspector general de monumentos históricos y antigüedades nacionales que confía en 1830 a Ludovic Vitet y más tarde a Prosper Mérimée.[14] En 1834, se forma el Comité de

---

9 J. P. Chaline, *Sociabilité et Érudition. Les sociétés savantes en France.* XIX*e*-XX*e* *siècles*, París, Éditions du Comité des travaux historiques et scientifiques, 1995.

10 A. Hardel, prefacio de A. de Caumont, *Abécédaire ou rudiment d'archéologie*, Caen, 1854, p. V.

11 J. P. Chaline, *Sociabilité et érudition...*, *op. cit.*, p. 204. Berlín y Vienne fueron, en 1828 y 1832 respectivamente, sedes de dos congresos que reunieron a gran parte de la comunidad científica.

12 Archivos del Instituto de Francia, Academia de Inscripciones y Bellas Letras, dossiers «Correspondance» E333 ss.

13 L. Theis, «François Guizot et les institutions de mémoire», en P. Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, vol. II, *La Nation*, t. 2, *op. cit*.

14 F. Bercé, *Les Premiers Travaux de la Commission des monuments historiques, 1837-1848*, París, Picard, 1979.

Trabajos Históricos, dependiente del Ministerio de Instrucción Pública; en 1837, el conde de Salvandy lo transforma y añade el Comité Histórico de Artes y Monumentos; el mismo año, surge en el Ministerio de Interior una Comisión de Monumentos Históricos. Estas instituciones oficiales, inspiradas en los marcos imaginados por A. de Caumont para la defensa del patrimonio arquitectónico antiguo, se organizan en un clima de competencia entre el estado y las sociedades eruditas. Su finalidad consiste en «organizar», mediante la renovación de la tradición benedictina, un vasto sistema de investigaciones sobre la historia intelectual y moral y también sobre la historia «material». Se trata de «hacer hablar a las piedras, como se había hecho hablar a los documentos, reencontrar la tierra del pasado no sólo en las obras escritas sino también en las distintas manifestaciones artísticas, descubrir en ellas, además de modelos estéticos, documentos históricos».[15]

Para emprender esta labor, era necesario contar con colaboradores en las provincias. Éstos proceden de las sociedades eruditas, a las que se propone «transmitir, desde un centro común, los medios de trabajo y de éxito que no podrían venir de otra parte, y recoger en este mismo centro los frutos de su actividad para difundirlos en una amplia esfera».[16] Se conceden subvenciones a las sociedades eruditas, que después de 1834 se multiplican hasta el punto de que la creación del Comité de Trabajos Históricos llega a constituir una partida especial dentro del presupuesto del 1847. «Dadas las circunstancias [y, añadimos nosotros, la voluntad centralizadora del Estado], los comités habían pasado a ser agentes superiores, tutores naturales de las sociedades eruditas»[17] y debido a la mediocridad de las facultades como centros científicos, son llamados a desempeñar un papel similar al de las universidades alemanas, salvando las distancias. En espera de la reforma del sistema universitario, que no se producirá hasta 1876, se trataba de intentar compensar las deficiencias de la enseñanza superior francesa a través de las sociedades eruditas, de las que se pretendía hacer «auténticos núcleos de sólida erudición», capaces de estimular la actividad

15 X. Charmes, *Le Comité des travaux historiques et scientifiques*, 3 vols., París, 1886, t. I, introducción, p. CXXVIII.

16 *Ibidem,* t. II, pp. 8-9: extracto de F. Guizot, *Rapport au Roi et pièces (arrêtés et lettres 1833-1835). Collection de documents inédits sur l'Histoire de France*, 1835.

17 *Ibidem,* t. I, p. CLI.

intelectual en el país. El Comité de Trabajos Históricos intervenía, «como una especie de consejo para todo lo que no forma[ba] parte de la enseñanza propiamente dicha».[18] Era también el modo de poner en marcha una organización mixta de la ciencia, que conciliara el centralismo típico del Estado francés y las iniciativas privadas.

Esta elección le confería a Francia una singular postura en Europa, a medio camino entre la de Inglaterra, donde contaban sobre todo con la actividad de ricos particulares y sociedades eruditas, y la de Alemania, donde el elevado número de universidades garantizaba el progreso de la ciencia.[19]

En Alemania, desde 1650, la arqueología es objeto de una enseñanza denominada «lecciones de antigüedades», que imparte D. W. Morhof en la universidad de Kiel; en Gotinga, la biblioteca de la universidad acoge en verano al filólogo C. G. Heyne[20] quien, entre 1767 y 1804, introduce a los jóvenes en el estudio de la antigüedad a través de sus clases de arqueología. La primera cátedra reservada estrictamente a la arqueología se crea en Kiel en 1802 para Georg Zoëga.[21]

A principios del siglo XIX, son muchas las universidades alemanas que cuentan con una enseñanza de la arqueología, ya sea ligada a la filología o a través de una cátedra específica. El sistema francés, que se basa en la actividad de las sociedades eruditas y los aficionados que las animan, deja de lado un aspecto fundamental de la arqueología: forman a quienes la practican en una auténtica profesión cuyo ejercicio requiere algo más que gusto por las antigüedades y capacidad de reunir colecciones. Pero no será hasta el final del Segundo Imperio cuando se tome conciencia de que es necesario organizar firmemente la arqueología. Esta idea viene de la mano

18 *Ibidem,* t. I, P. CCXXIX.

19 M. Jacob, «Étude comparative des systèmes universitaires et place des études classiques au XIXe siécle en Allemagne, en Belgique et en France», en M. Bollack (ed.), *Philologie und Hermeneutik im 19. Jahr.*, II, Gotinga, 1983, pp. 108-140.

20 Christian Gottlob Heyne (1729-1812), filólogo alemán, profesor en Gotinga desde 1763. Imparte clases de Numismática y Arqueología a partir de moldes, y desarrolla considerablemente el Instituto de numismática y arqueología de la universidad. Es, junto con Winckelmann y Lessing, uno de los que más contribuyen a la formación de la «Archäologie der Kunst», en Alemania.

21 W. Schiering, «Zur Geschichte der Archäologie», en U. Hausmann, *Allgemeine Grundlagen der Archäologie*, Múnich, 1969, pp. 11-161.

de la Escuela Práctica de Estudios Superiores fundada por Victor Duruy sobre el modelo de los laboratorios y seminarios alemanes que ofrecen a esta ciencia, ausente en la Universidad, un lugar en la sección reservada a las «ciencias históricas y filológicas».

No obstante, los comités y la Comisión de Monumentos Históricos suscitan el nacimiento de un buen número de sociedades eruditas y un interés generalizado por el patrimonio arquitectónico y arqueológico, fomentando así la clasificación, conservación y restauración de monumentos.

Si en la Comisión de Monumentos Históricos los arquitectos desempeñan un papel importante, algunos arqueólogos contribuyen en gran medida a la orientación y organización de los trabajos, como es el caso de Charles Lenormant o Léon de Laborde. El primero había acompañado a Champollion en su viaje a Egipto. Muy unido a François Guizot, en 1838 se convierte en director de Bellas Artes y conservador de la biblioteca del Arsenal y, a continuación, del Cabinet des Antiques de la Biblioteca Real. Como amigo de Mérimée, le secunda de manera muy activa y en 1842 realiza un largo viaje a Provenza durante el cual visita el anfiteatro de Arles, el templo de Augusto de Vienne y la catedral de Vaison-la-Romaine. Por lo que respecta a Léon de Laborde, secretario y agregado de la embajada, autor de un célebre viaje a Arabia, se une a la comisión en 1842, y en 1848 se dedica a la organización de los museos nacionales. Bajo el Segundo Imperio, pasa a ser conservador del Museo del Louvre.[22]

Al «renacimiento de la erudición relativa a las antigüedades nacionales»[23] contribuyen por otra parte, los alumnos de la École des Chartes, fundada en 1821 y aneja a la Biblioteca Real y a los Archivos del Reino y patrocinada por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. En 1846 se crea en ella una asignatura de «arqueología y artes de la Edad Media» que imparte Jules Quicherat.[24]

---

22 Cf. F. Bercé, *Les Premiers Travaux de la Commission des monuments historiques, 1837-1848, op. cit*.

23 *Livre du Centenaire de l'École nationale des Chartes (1821-1921)*. I, *L'École, son histoire, son oeuvre*, p. XXL. Cf. *L'École nationale des Chartes. Histoire de l'École depuis 1821*, París, Gérard Klopp, 1997.

24 Jules Quicherat (1814-1882): director de la École des Chartes desde 1871. A través de sus trabajos, que versan tanto sobre arqueología medieval como galorromana, celta o prehistórica, contribuye en gran medida al desarrollo de la arqueología francesa bajo el Segundo Imperio.

La École des Chartes, que fue fundada en una época en la que la historia se concebía como un relato de gran atractivo o como una mina de argumentos para defender teorías políticas, impone la crítica de las fuentes y la utilización de archivos. La nueva institución se convierte enseguida en el centro de estudios de erudición histórica, tomando así el relevo de la congregación de Saint-Maur. La creación del diploma de archivero-paleógrafo en 1829, ligada a la del Comité de Trabajos Históricos y de la Comisión de Monumentos Históricos, estimula el interés por la arqueología nacional en las provincias: se forman numerosas sociedades eruditas en las que entran archiveros, antiguos alumnos de la escuela parisina. Al inaugurar la enseñanza de la arqueología y mediante su labor en la Sociedad de Anticuarios de Francia o el Comité de Trabajos Históricos, Jules Quicherat desempeña un papel fundamental para el desarrollo de la arqueología en Francia.

La arqueología nacional, que estudiaba la Academia de Inscripciones y Bellas Letras en el siglo XVIII, en 1848 era ya estudiada por las sociedades eruditas, por el Comité de Artes y Monumentos, por la Comisión de Monumentos Históricos y por la École des Chartes. Los comités de esta época no ejercían ninguna actividad sobre la arqueología más allá de las fronteras francesas: la sección de arqueología, instituida en 1858, no coordinará todas las operaciones llevadas a cabo en Francia y en el extranjero hasta 1880.

La Academia de Inscripciones y Bellas Letras, cuyo reglamento de 1786 establecía las competencias para el estudio de las lengua griega, latina y orientales, gozaba de una autoridad incuestionable en Italia, Grecia y Oriente. El estudio de las lenguas orientales abre a la Academia al orientalismo a la vez que a las misiones de exploración y a los trabajos de reproducción de documentos o de excavación en el terreno. Entre 1820 y 1848, asistimos a la «ampliación práctica de la actividad erudita».[25] En el siglo anterior, el abad Barthélemy, gracias a sus viajes de estudios a Italia, pudo calibrar la importancia de conocer con exactitud los monumentos dibujados. Por otra parte, el conde de Caylus, con sus frecuentes informes sobre las excavaciones de Pompeya y Herculano, insistía en el papel de las exca-

25 C. Picard, *Les Recherches d'archéologie à l'Académie des inscriptions et belles-lettres (1739-1945)*, París, 1945, pp. 35-67.

vaciones arqueológicas, que permitían acceder a los *realia* de la civilización romana. Sin embargo, a pesar de la obra de estos predecesores, tanto en Grecia como en Mesopotamia, la investigación francesa acusaba un claro retraso desde principios del siglo XIX. La adquisición de la Venus de Milo en 1820[26] y la organización de la expedición científica de Morea situarían a la arqueología francesa en el extranjero en primera línea.

La misión de Eugène Flandin y Pascal Coste en Persia[27] así como las excavaciones de Paul-Émile Botta en Jorsabad[28] confirman esta renovación y el compromiso de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras respecto a las actividades prácticas de campo, que no hacen sino reforzar y alimentar la investigación erudita.

En tierras clásicas observamos el mismo movimiento: el duque de Luynes, miembro de la Academia, desempeña un papel esencial en la fundación del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma. La Academia ofrece su apoyo a viajeros y «misioneros»-arqueólogos, a los que da instrucciones, y para ello le prestan su ayuda los eruditos y amateurs que fundan en 1822 la Sociedad Asiática. Efectivamente, el dinamismo que demuestra Gran Bretaña en Oriente se manifiesta a través de la actividad de la Compañía de las Indias y de las sociedades asiáticas que crea,[29] y provoca en Francia la reacción de los grandes orientalistas: Isaac Silvestre de Sacy y Abel Rémusat, ambos profesores de la Escuela de Lenguas Orientales Vivas, apoyados por el conde Ferdinand de Lasteyrie y A.-J. Saint-Martin, alumbran la idea de crear una sociedad capaz de promover la investigación.

El *Journal asiatique*, la revista más antigua de este tipo, se publica desde 1822 y disfruta de una subvención del Ministerio de Instrucción Pública. 1822 es también el año en que J.-F. Champollion dirige su carta a M. Dacier y la fecha de publicación del último tomo de la *Description de l'Égypte*; es la época en que en Oriente, desde Egipto hasta la India, pasando por Mesopotamia y Persia, se revelan nuevos campos de investigación.

26 A. Pasquier, *La Vénus de Milo et les Aphrodites du Louvre*, París, 1985, pp. 21-28.
27 En 1839.
28 1842-1845.
29 *Centenary Volume of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland. 1823-1923*, Londres, 1923.

La Sociedad Asiática se encarga de la promoción y el desarrollo de la egiptología y la asiriología: su primera sesión general, el 21 de abril de 1823, celebra el descubrimiento de Champollion y son conscientes del papel que Jules Mohl, su secretario general y más tarde presidente, desempeñó en la apertura de las excavaciones en Jorsabad y en la obtención de créditos oficiales.

El patrocinio de las nuevas sociedades, que se esfuerzan por conocer las antiguas civilizaciones de Oriente, se distribuye entre la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y la Sociedad Asiática: ambas instituciones conjugan sus actuaciones para obtener los fondos necesarios para el ejercicio de una arqueología de la que son garantes científicos. La colaboración resulta aún más sencilla después de 1830, ya que cada vez son más los miembros de la Academia que pertenecen a la Sociedad Asiática. Ésta última, totalmente abierta a los *amateurs* cultivados, presta ayuda financiera al orientalismo reforzando los créditos que concede el Estado.

La Academia de Inscripciones y Bellas Letras y la Sociedad Asiática respaldan las misiones, viajes y excavaciones que requieren créditos: además de los recursos de que disponen los propios viajeros o que les facilitan generosos mecenas, el Estado, a través de los ministerios de Instrucción Pública, de Interior o de Asuntos Exteriores o de las propias Cámaras, puede concederles subsidios gracias a la influencia de eruditos muy competentes. La proporción de financiación oficial de la arqueología aumenta a lo largo del siglo XIX, bien porque el Estado envía, sobre el modelo de la expedición de Egipto, empresas militares o diplomáticas en las que interviene la ciencia, o bien porque concede créditos a misiones individuales como, por ejemplo, a Charles Texier, que ve cómo las Cámaras le conceden una subvención extraordinaria para la exploración de Asia Menor.[30] Hasta 1842, año en que se crea la Oficina de Misiones Científicas y Literarias, los créditos asignados a viajes y exploraciones inscritos en el capítulo XXI del presupuesto (titulado «Fomento y auxilio de los eruditos y hombres de letras») no superaba los 12.000 francos.[31] No había ningún plan general ni ninguna directiva que coordinase la asignación de las ayu-

30 En 1833.

31 *Table générale des archives des missions scientifiques et littéraires*, 3.ª serie, t. XV bis, París, 1890, introducción, p. I.

das, insuficientes como para poder realizar trabajos de cierta envergadura y duración. J. Mohl, secretario de la Sociedad Asiática, hace ver los graves inconvenientes que presenta esta situación pues perjudica el desarrollo de la arqueología francesa en el extranjero y, en particular, en Oriente. Sugiere la creación de una institución que garantice la financiación de misiones de larga duración unida a una orientación general y organizada de las investigaciones.[32]

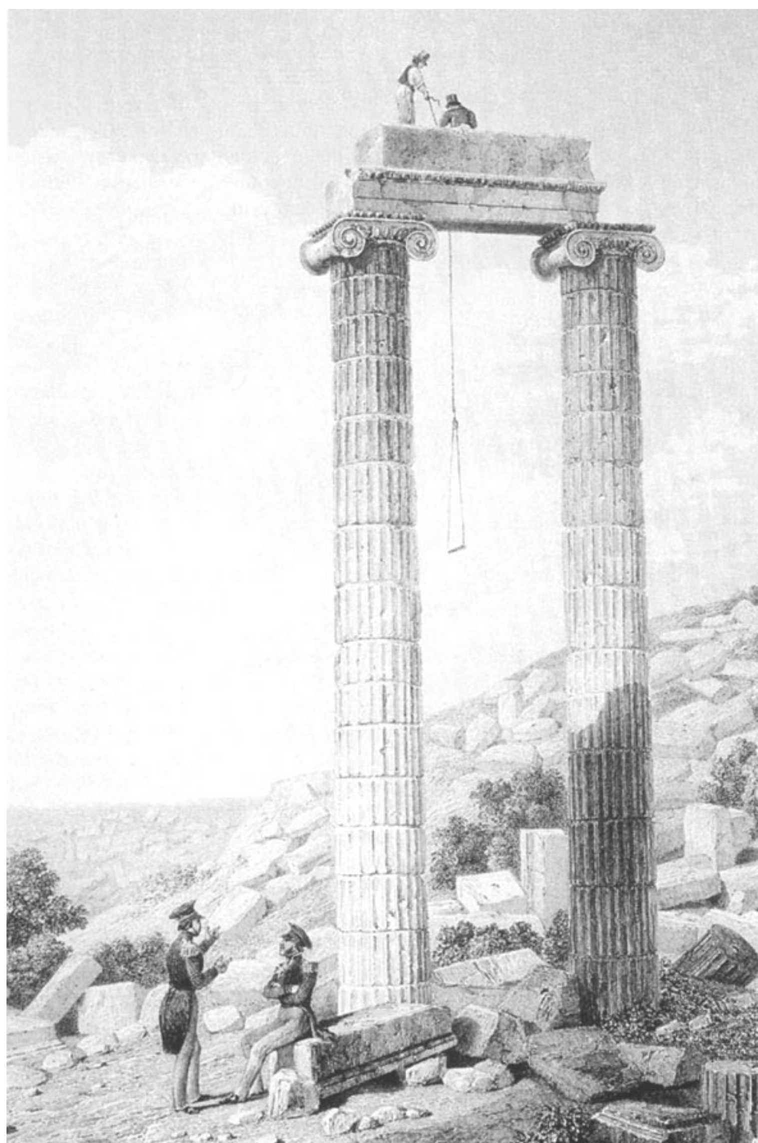
Gracias a la influencia de J. Mohl sobre Henri Villemain, ministro de Instrucción Pública en 1842, logran que se reserve en el presupuesto de 1843 un crédito anual de 112.000 francos para viajes y misiones científicas (una cantidad unas diez veces superior a la que se asignaba hasta entonces). Así es como se crea la Oficina de Misiones Científicas y Literarias, una institución estable, dotada de medios financieros y de un plan general de intervención: «Tiene por objeto establecer un sistema de viajes dirigidos a las investigaciones físicas y geográficas o estudios aplicados a las lenguas, a la historia y, en general, a todo lo que puede presentar un interés para nuestra civilización».[33] Bien es cierto que el término «arqueología» no se pronunciaba pero el ministro, en su revista sobre las grandes exploraciones realizadas antes de 1842, recordaba el viaje de Champollion a Egipto. Además, en 1843, conceden tres mil francos a P.-É. Botta para que continúe con las excavaciones en Jorsabad y designan al pintor Flandin para que trabaje en las obras. A finales del mismo año, los ministros de Instrucción Pública e Interior, que se asocian para conseguir que se limpie el palacio de Sargón, conceden otro crédito.

Las primeras excavaciones francesas en Mesopotamia coincidían con el primer yacimiento arqueológico que financiaba oficialmente la Oficina de Misiones Científicas y Literarias. J. Mohl, hombre de ciencia, supo convencer a los políticos de la importancia de estos trabajos para extender la influencia francesa a Oriente. Ciencia y política se entrecruzan y mantienen una compleja relación: el nombramiento de P.-É. Botta como cónsul para el recién estrenado puesto de Mosul se debe a la experiencia que tiene en Oriente como cónsul de Egipto y durante su estancia en el

---

32 J. Mohl, *Vingt-Sept Ans d'histoire des études orientales (1840-1867)*, 2 vols., *op. cit.*, t. 1, p. 260.

33 *Table générale des Archives des missions scientifiques et littéraires, op. cit.*, t. XV bis, p. II.



54. Mileto, el templo de Apolo en Dídimo, o Dictimeion. C. Texier, primer volumen de la *Description de l'Asie mineure faite par ordre du gouvernement français de 1833 à 1837*, 3 vols., París, 1839-1849, lám. 136. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

Yemen. Pero también al interés que demuestra por el orientalismo y que se manifiesta en sus conversaciones con J. Mohl, que insta al secretario de la Sociedad Asiática a intervenir en su favor ante el poder político.

Cuando Botta funda la asiriología en Jorsabad, la Oficina de Misiones contribuye a que se reanude la actividad arqueológica en Grecia, gracias a los créditos que concede en 1843 a Philippe Le Bas, para una misión que incluye a Asia Menor.

La creación de una institución destinada a promover y desarrollar las investigaciones científicas francesas en el extranjero tiene lugar en un momento en que se exacerba la rivalidad entre naciones europeas en Grecia. La Oficina de Misiones Científicas ofrece la posibilidad de implantar una «misión permanente»[34] en Atenas que funcionará gracias a los créditos concedidos a la Oficina.

En 1840, Grecia despierta un entusiasmo en Francia que fomenta el romanticismo filohelénico de los lectores de Chateaubriand o Victor Hugo. El gobierno de Guizot está volcado en la causa griega y dispuesto a respetar el reconocimiento que se le debe a Francia como heredera de la civilización de los antiguos griegos. En esa época, Grecia es motivo de una amarga lucha de influencias entre Francia e Inglaterra. El ministro de Francia en Atenas, Théobald Piscatory, para favorecer los intereses políticos franceses, recurre a la ciencia y entrega a Narcisse-Achille de Salvandy, ministro de Educación, el proyecto de una «Escuela Francesa de Atenas».[35]

Se trata de reforzar mediante una actividad intelectual la política de intervención directa llevada a cabo por T. Piscatory apoyando abiertamente a Jean Coletti, presidente del gabinete griego en 1844: el ministro francés piensa ganarse el apoyo de la clase cultivada griega, que ha apostado por la causa del «partido inglés». Por otra parte, la relación entre T. Piscatory y N.-A. de Salvandy es muy estrecha y la perspectiva de crear un centro francés de cultura y enseñanza en Atenas seduce al ministro de Educación, preocupado por elevar el prestigio de la universidad que dirige.

34 *Ibidem*, introducción, p. III.

35 Cf. G. Radet, *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École française d'Athènes, París, 1901; Bulletin de correspondance hellénique*, 120, número especial «Cent cinquantenaire», 1996.

La idea de la fundación da resultado en 1841 en París, donde se reúnen Piscatory y Coletti. En 1843, el primero se instala en Atenas, encabezando la legación francesa y enseguida se le une el segundo: el «partido francés» muestra entusiasmo por el proyecto y la ordenanza del 17 de octubre de 1844 funda la Sociedad de Bellas Artes en Atenas. Unos meses más tarde, en París, la Academia de Bellas Artes, en su reunión del 22 de febrero de 1845, autoriza a los arquitectos de la Academia de Francia en Roma a trasladarse durante cuatro meses a Atenas para estudiar las antigüedades.

Por su parte, Piscatory y Salvandy examinan juntos el proyecto de la Escuela Francesa de Atenas. Todas estas iniciativas, lanzadas en Atenas y París, están encaminadas a abrir en la capital griega una institución inspirada en el modelo romano de la Academia de Francia. Por esta razón, enseguida se lleva a la práctica la decisión de la Academia de Bellas Artes de enviar a Atenas arquitectos de la Villa Medicis: a propuesta de Désiré Raoul-Rochette, los arquitectos Philippe Titeux, Théodore Ballu y Alexis Paccard se instalan en la capital griega.[36] El Ministerio de Interior asume los gastos de la misión. La legación francesa de Atenas financia la restauración del pórtico de las Cariátides, llevada a cabo por Alexis Paccard en el lado sur del Erecteón; mientras, el conde de Laborde asume los gastos de la restauración del Partenón efectuada por Titeux y Paccard.[37] La presencia y los trabajos de los arquitectos franceses en la Acrópolis permiten a T. Piscatory anunciar en *Le Moniteur universel* del 3 de marzo de 1846, seis meses antes de la ordenanza oficial de su fundación: «La Escuela Francesa de Atenas ya está instalada».[38]

El ministro de Francia en Grecia espera que se despejen así las dudas de N.-A. de Salvandy y acelerar el proceso de la fundación. Gracias al periodo de inactividad de las Cámaras y, por lo tanto, sin que se produzcan discusiones en el Parlamento ni se consulte a una comisión científica, Luis Felipe firma el 11 de septiembre de 1846 la ordenanza de crear «una

---

36 Théodore Ballu (1867-1895) dedica su *Envoi* al Erecteion, al igual que Jacques Tétaz (1816-1865); Philippe Titeux (1812-1846) estudia los Propileos, y Alexis Paccard (1813-1867) estudia el Partenón y restaura las Cariátides. Cf. M. C. Hellmann, «Les architectes de l'École d'Athènes», *Bulletin de correspondance hellénique*, 120, pp. 191-222.

37 A. de Laborde, *Le Parthénon, documents pour servir à une restauration*, París, 1848.

38 *Le Moniteur universel*, 3 de marzo de 1846, n.º 524, col. 2.

escuela de perfeccionamiento para el estudio de la lengua, la historia y las antigüedades griegas», bajo la autoridad del ministro francés ante S. M. el rey de Grecia.

Para evitar que tuviera que votarse un crédito específico, la Oficina de Misiones aporta los fondos necesarios para el funcionamiento de la institución, que se deducen de los capítulos XXVI y XXVII de la ley de finanzas: «misiones científicas» y «fomento de las letras». La misión permanente francesa está formada por alumnos de la Escuela Normal Superior,[39] profesores de las asignaturas de humanidades, historia o filología, que se comprometen a ir a Atenas dos años, con la opción de que el ministro de Educación apruebe un tercer año.

La Escuela de Atenas, concebida como un centro de enseñanza primaria, secundaria y superior con el papel de ampliar la influencia francesa en el Levante mediterráneo, no recibe ningún programa: la exclusión de los profesores de gramática conlleva el rechazo de la filología; y se dejan de lado las bellas artes, la arquitectura y la arqueología, en las que se apoyaba el proyecto lanzado por Piscatory.

La creación de la sección de Bellas Artes exigía la adhesión del ministro de Interior, de la que dependía a su vez la Academia de Francia en Roma; los trámites corrían el peligro de alargarse mientras que la Escuela de Atenas se creaba con urgencia política. Además, todo esto venía a situar a la nueva institución bajo la tutela de su ilustre antepasada de Roma, algo a lo que N.-A. de Salvandy se oponía, empeñado en «preservar la independencia de la institución que funda».[40] Dadas las circunstancias, la sección de Bellas Artes no verá la luz hasta 1859.

---

39 La École Normale Supérieure (Escuela Superior de Magisterio) es heredera de las escuelas de magisterio que se abren en París por decreto del 9 de brumario de año II (30 de octubre de 1794). Ahora se mantiene por decreto imperial del 17 de marzo de 1808 y depende de las facultades creadas en 1810. Suprimida en 1822 por el ministro Villèle, por su oposición liberal a la Restauración, fue restablecida por Frayssinous el 5 de septiembre de 1826 bajo el nombre de École Préparatoire y dirigida por J.-D. Guigniaut («el padre de la Escuela de Atenas»). El reglamento del 30 de octubre de 1830, redactado por V. Cousin, separa ciencias y letras e instaura para éstas últimas las cátedras de filosofía, historia, gramática, humanidades y retórica. En 1847, N.-A. de Salvandy, ministro de Educación, la instala en la calle Ulm.

40 G. Radet, *op. cit.*, p. 31.

La Escuela Francesa de Atenas, nacida del cerebro político de T. Piscatory, seguirá siendo un centro francés de enseñanza al servicio de la difusión de la cultura gala en Grecia hasta 1850, año en que se sitúa bajo el patrocinio de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras; en este momento se orientará definitivamente —no sin atravesar ciertas dificultades— hacia la investigación erudita y científica.

La historia del origen de la Escuela Francesa de Atenas permite entender la complejidad de los lazos entre ciencia y política: una institución concebida en un principio como medio para responder a una situación contingente y cuyo nacimiento está promovido por el mismo poder político que la dirige, ofrece a la ciencia un buen marco en el que desarrollarse. A partir del momento en que la Escuela esté patrocinada y dirigida por la Academia de Inscripciones, se estudiarán la arqueología y la filología y, aunque sus miembros y los eruditos que alientan los trabajos son conscientes de que contribuyen al prestigio de Francia, el interés científico acabará primando sobre el político.

La Comisión para la Exploración Científica de Argelia[41] ofrece otro ejemplo de las relaciones que mantienen ciencia y política en una época en la que se implanta una serie de instituciones que favorecerán el desarrollo de la arqueología.

Hasta 1830, habían visitado Argelia algunos viajeros, entre los que se encontraban algunos franceses, pero al ser en su mayoría naturalistas y geógrafos, no realizaban aportaciones muy interesantes para la arqueología.[42] La perspectiva ha cambiado radicalmente por la conquista de la regencia de Argel, «donde nosotros [los franceses] hemos vuelto a empezar, para beneficio de la civilización y de la humanidad [...] la obra de los romanos».[43] Esta convicción de que Francia sigue las huellas de Roma en Argelia y de que una Historia del África antigua debe favorecer la empresa francesa analizando las circunstancias y las condiciones de la coloniza-

41 M. Dondin-Payre, *La Commission d'exploration scientifique d'Algérie. Une héritière méconnue de la commission d'Égypte, Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, XIV, 1994, y *Le Capitaine Delamare. La réussite de l'archéologie romaine au sein de la Commission d'exploration scientifique d'Algérie*, XV, 1994.

42 P. A. Février, *Approches du Maghreb romain*, vol. 1, cap. I, «Les étapes de la recherche: colonisation et connaissance», Aix-en-Provence, Édisud, 1989.

43 *Ibidem*, p. 23.

ción romana, es compartida a lo largo de todo el siglo XIX por los editores Firmin-Didot,[44] los eruditos Léon Renier o Stéphane Gsell[45] y las autoridades militares.

En 1833, en una carta al secretario vitalicio de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, el mariscal Soult emitía el deseo de que la ciencia se asociara a «esta obra de civilización que comienza en África bajo la protección de nuestras armas».[46] El conocimiento de la geografía de «Mauritania» y de los marcos de colonización romana serviría a la ciencia y a los intereses políticos y administrativos a un tiempo. El Ministerio de la Guerra pedía a la Academia que estableciera un programa de investigaciones para la historia y la arqueología en Argelia.[47]

Antes de que se implantase la primera comisión para el estudio científico de Argelia, aficionados y funcionarios se implican en el descubrimiento y la valoración del patrimonio antiguo. Es el caso de Adrien Berbrugger,[48] que fundaría el museo de Argel y será su primer conservador. La investigación de campo es patrimonio de los funcionarios, que señalan las ruinas y copian numerosas inscripciones. Muchos de estos funcionarios, aficionados a la arqueología, habían contado con las enseñanzas de Karl Benedikt Hase, profesor de la Escuela Politécnica desde 1830, que les impartía clases sobre historia antigua y les había formado en la reproducción de inscripciones.[49] A él mismo le encargan, en 1839, una misión en Argelia. Se crean sociedades que reúnen a los funcionarios apasionados por la arqueología.

En 1837, cuando se toma Constantina, se crea en el ejército expedicionario una comisión encargada de explorar el país y de recopilar todos

---

44 En 1844, se dirigen a Dureau de La Malle para escribir una *Histoire de l'Afrique ancienne.*

45 Stéphane Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, 8 vols., París, 1913-1928, y *L'Histoire de l'Afrique du Nord, leçon d'ouverture au Collège de France*, 1912.

46 Citado por A. Février, *op. cit.*, p. 30.

47 Informes elaborados en 1833 y 1837 y publicados en *Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, París, t. XII, 1839, pp. 100-134 y 135-181.

48 Adrien Berbrugger (1805-1869): antiguo alumno de la École des Chartes, secretario del general Clauzel en Argelia, conservador de la biblioteca de Argel. Funda el Museo de Argel en 1858.

49 Karl Benedikt Hase (1780-1864): filólogo francés de origen alemán. Profesor de paleografía griega y de griego moderno en la Escuela de Lenguas Orientales Vivas.

los documentos, inscripciones, «objetos de arte y de antigüedad». Entre los militares había un médico, un cirujano y un farmacéutico, y también cuentan con A. Berbrugger, que mantiene una relación provisional, y con C. T. Falbe,[50] antiguo cónsul de Dinamarca en Túnez que, durante once años, había reconocido topográficamente el emplazamiento de Cartago y trazado su plano. Esta comisión, dirigida por el Ministerio de la Guerra, planeaba ampliar sus trabajos a la regencia de Túnez y a la de Trípoli, asociando el estudio de los monumentos, la copia de los monumentos y la descripción de antiguas vías militares: «Cartografiar y mantener el país eran labores complementarias a las que la arqueología podía contribuir».[51]

En 1838, se informa a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, preocupada desde el inicio de la conquista por desarrollar sus investigaciones científicas en Argelia, de las actividades de esta primera comisión, ampliada en 1839 e integrada en el Comité de Trabajos Históricos y Científicos con la vocación de «realizar la exploración científica de Argelia».[52] Está compuesta de veinte miembros, reúne a académicos, funcionarios y aficionados entre los que se encuentra, una vez más, A. Berbrugger. Consta de dos secciones, una para bellas artes, arquitectura y escultura, presidida por Amable Ravoisié,[53] y otra para arqueología, bajo la autoridad del capitán Adolphe Delamare. Ambos favorecen el progreso decisivo para el conocimiento del patrimonio arqueológico de Argelia: de 1840 a 1844, oficial y arquitecto recorren la zona de Constantina para proceder a la reproducción sistemática de monumentos y vestigios de ciudades mediante acuarelas, dibujos y planos. Delamare, en 1844, durante la expedición del duque de Aumale hacia Biskra, descubre una inscripción dedicada al Genio de Lambaesis, que permite identificar el yacimiento al que volverá en 1850 con Léon Renier. Como prueba del interés que demuestra la administración francesa por los monumentos antiguos, en 1845, el

---

50 C. T. Falbe (1791-1849), *Recherches sur l'emplacement de Carthage augmentées d'une carte archéologique et topographique*, París, 1834.

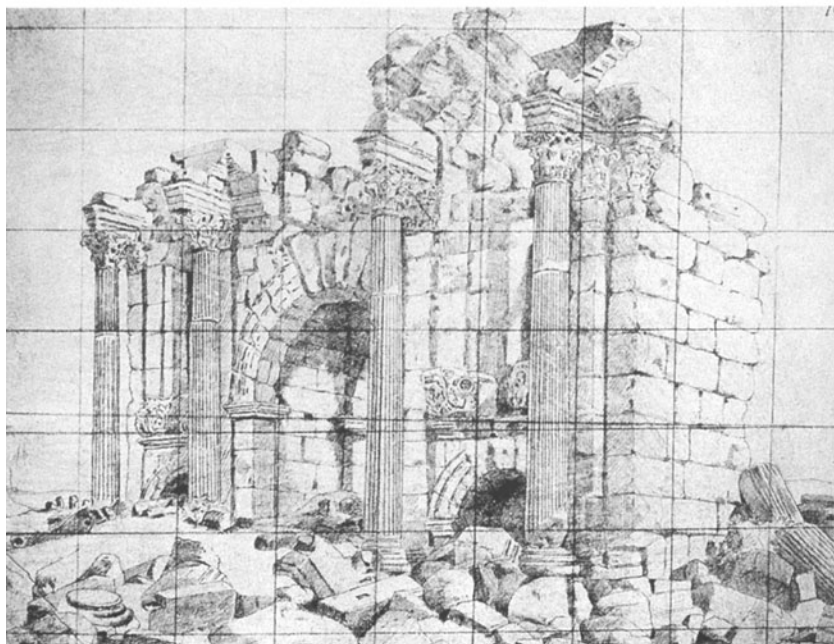
51 A. Février, *op. cit.*, p. 32.

52 Cf. M. Dondin-Payre, «Une institution méconnue: la Commission d'exploration scientifique de l'Algérie», *L'Africa romana*, 8, Sassari, 1992.

53 Amable Ravoisié, arquitecto, participa en la Expedición de Morea en 1829. Véanse en particular *Monuments antiques et modernes de l'Algérie*, París, 1840; *Exploration scientifique de l'Algérie pendant les années 1840, 1841, 1842... Beaux-Arts, architecture et sculpture*, París, Firmin-Didot, 1846-1851.



55. Timgad (Thamugadi), Argelia, el foro en 1860. E. Boeswillwald, R. Cagnat y A. Ballu, *Timgad. Une cité africaine sous l'empire romain. Plans et dessins exécutés par le Service des Monuments historiques de l'Algérie*, París, 1905, lám. XI. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



56. Timgad (Thamugadi), Argelia, el arco denominado de Trajano, reproducción de un dibujo del capitán Delamare. E. Boeswillwald, R. Cagnat y A. Ballu, *Timgad. Une cité africaine sous l'empire romain. Plans et dessins exécutés par le Service des Monuments historiques de l'Algérie*, París, 1905, lám. XVI. Biblioteca de Letras de la Escuela normal superior.



57. Cirta (Constantina), Argelia, vestigios romanos. A. Ravoisié, primer volumen de la *Exploration scientifique de l'Algérie dans les années 1840, 1841, 1842... Beaux-Arts, architecture et sculpture*, 3 vols., París, Firmin-Didot frères éditeurs, 1846, lám. 14. Biblioteca del Instituto de Francia.

mariscal Soult confía la inspección general de la construcción civil a Charles Texier, arquitecto y autor de una importante misión en Asia Menor, que había trabajado en Fréjus, Ostia y Oriente.[54]

Las gentes ilustres de las ciudades promueven las sociedades eruditas que ven la luz en esta época, pero su existencia es breve. Habrá que esperar al Segundo Imperio para comprobar el desarrollo de sociedades dinámicas y duraderas. Sin embargo, en 1848, el impulso que dieron las exigencias militares de la conquista a la arqueología recayó: el motivo eran los acontecimientos políticos. La «exploración científica de Argelia», que concilia las exigencias políticas de la conquista y el progreso del conocimiento científico, tiene unos comienzos brillantes pero quedará aletargada durante el Segundo Imperio. La arqueología padece las consecuencias del poco interés que demostraba Napoleón III por la colonia.

Entre 1830 y 1850, los oficiales dan a la arqueología de campo un impulso decisivo y son los primeros de una larga lista que se hacen arqueólogos. Asistimos al nacimiento de una tradición, que se mantendrá a lo largo del siglo XIX, para culminar en el siglo XX con los excelentes trabajos del coronel Baradez.[55]

La creación de una institución que reúne en la misma comisión a académicos, funcionarios y aficionados es determinante para la investigación, su desarrollo y su organización: en 1880, Argelia recibe un servicio de monumentos históricos, que asumirá la protección del patrimonio arqueológico.

En 1848, el fomento de la arqueología depende de instituciones que se han diversificado en esta primera mitad del siglo XIX: la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, en cuyo seno se ido gestando desde el siglo XVII una tradición de investigaciones sobre la antigüedad griega, romana y oriental, alimenta el desarrollo de la arqueología metropolitana con las instituciones implantadas por F. Guizot y las sociedades eruditas, cada vez más numerosas en todo el territorio. Academia y Comité de Trabajos Históricos y Científicos siguen colaborando para favorecer

54 Charles Texier (1802-1871): inspector de obras públicas y arqueólogo; fue nombrado inspector general de construcción civil en Argelia en 1843.

55 Coronel Jean Baradez, *Fossatum Africae. Recherches aériennes sur l'organisation des confins sahariens à l'époque romaine*, París, 1949.

la «exploración científica de Argelia», donde se desarrollan las investigaciones de campo.

En cuanto al orientalismo, la Sociedad Asiática favorece la apertura de las primeras excavaciones en Mesopotamia y la creación de la Oficina de Misiones Científicas y Literarias, gracias a la cual la arqueología francesa se ejerce fuera de sus fronteras. En Italia, el Instituto de Correspondencia Arqueológica, cuya fundación y funcionamiento deben mucho a los duques de Luynes y de Blacas, organiza la colaboración internacional. El lugar de los eruditos franceses es muy importante, pese a que en 1848 se retiren sus mecenas. En Grecia, la Escuela Francesa de Atenas debe desempeñar un papel fundamental para el desarrollo de la arqueología clásica.

Así pues, la arqueología francesa recibe enseguida las instituciones que harán posible su progreso. En cambio, mientras que en Alemania la enseñanza de la filología y la arqueología se imparte en muchas universidades, en Francia el problema de la formación de arqueólogos perdurará mucho tiempo.

¿Quiénes ejercen entonces hasta 1848 la arqueología, con qué formación cuentan, cuáles son los frutos de su actividad y cómo divulgan los conocimientos adquiridos?

## 3.2. Los «agentes» de la arqueología

Durante la primera mitad del siglo XIX, la arqueología se convierte en una actividad de campo y deja de ejercerse exclusivamente en los gabinetes de eruditos y en las colecciones de anticuarios. No sólo los viajeros sino también los pintores y arquitectos acuden desde mediados del siglo XVIII a Italia, Grecia e incluso Egipto y Oriente Próximo para estudiar los monumentos y reproducirlos con precisión.[56] Son muchos los ingleses, miembros de la sociedad de los Dilettanti,[57] cuya actividad estimula la de los alemanes y franceses: James Stuart y Nicolas Revett, pintor y arquitecto respectivamente, miden y dibujan las antigüedades de Atenas y ofrecen un

56 P. Pinon, «Les architectes et l'archéologie», *Préfaces*, jul.-sep. 1987, pp. 72-75.

57 F. C. Mougel, «La Société des Dilettanti (1734-1800)», *Revue historique*, abr.-jun. 1978, pp. 389-414.

plano de la Acrópolis.[58] Mientras, el arquitecto francés Julien-David Le Roy, interno de la Academia de Francia en Roma, hace lo mismo.[59]

En Pompeya los soberanos franceses de Nápoles, Murat y Carolina Bonaparte, intensifican las excavaciones, a las que asiste el conde de Clarac,[60] más tarde conservador de las antigüedades del Louvre; por otro lado, el arquitecto F. Mazois es el encargado de reproducir las antigüedades de Campania.[61] En Roma, el arquitecto J.-F. Ménager dirige las obras de limpieza de un gran número de monumentos del foro.[62] En Italia, la actividad de los Dilettanti londinenses se concentra en la Gran Grecia[63] y en Sicilia,[64] donde el duque de Luynes, acompañado por el arquitecto F.-J. Debacq, realiza excavaciones y dibujos en Metaponte en 1828. En materia de arqueología, la Comisión Científica de Morea cuenta con un arquitecto, Abel Blouet, que junto con L.-J. Dubois realiza trabajos en Olimpia. En Atenas, poco antes de la fundación de la Escuela Francesa, los arquitectos Titeux, Ballu y Paccard estudian y restauran algunos monumentos de la Acrópolis. En Argelia, el papel del arquitecto Amable Ravoisié es determinante para conocer el patrimonio monumental antiguo.[65] En Persia y Mesopotamia, fueron un pintor, Eugène Flandin, y un arquitecto, Pascal Coste, quienes acometieron un excelente trabajo dibujando, copiando y midiendo los monumentos en Jorsabad y Persépolis.

Sin embargo, entran en juego lo que Charles Lenormant denomina «los auténticos arqueólogos».[66] Éstos se diferencian de los anticuarios por

58 Son enviados por la sociedad londinense de los Dilettanti y publican *Antiquities of Athens mesured and delineated*, Londres, 1761-1762; traducción francesa, París, Firmin-Didot, 1808-1822.

59 J. D. Le Roy, *Les Ruines des plus beaux monuments de la Grèce*, París, 2 vols., 1758.

60 Conde J.-B. de Clarac, *Fouilles de Pompéi*, 1813.

61 F. Mazois, *Les Ruines de Pompéi*, París, Firmin-Didot, 4 vols., 1808-1822.

62 A partir de 1810, bajo la autoridad de la comisión de embellecimiento de Roma, creada por Napoleón I.

63 W. Wilkins, *Antiquities of Magna Graecia*, Londres, 1807.

64 C. R. Cockerell reproduce los templos de Girgento-Agrigento en 1812. En 1822, S. Angell y W. Harris, también arquitectos, estudian el templo de Selinunte.

65 Entre 1840 y 1844, procede junto con el capitán de artillería A.-H. Delamare a la reproducción sistemática de monumentos y yacimientos de la zona de Constantina.

66 Charles Lenormant (1802-1859) publica el artículo titulado «L'Archéologie», primero en la *Encyclopédie du XIXe siècle*, y después en el primer número de la *Revue archéologique*, en 1844.

su conocimiento de la historia del arte y por su capacidad para «explicar los monumentos a través de los libros y los libros a través de los monumentos».[67] En 1844, Antoine Quatremère de Quincy y Ennio Quirino Visconti encarnan, según C. Lenormant, al arqueólogo ideal. Se trata de un modelo muy distinto del nuestro, ya que sólo se refiere de manera explícita a la arqueología clásica y se aplica al estudio de objetos de colección. Los miembros que fundan el Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, y Eduard Gerhard el primero, responden a la misma idea.

Tanto para el alemán como para el francés, la actividad de campo no define todavía al arqueólogo que, según ellos, debe ser a la vez filólogo e historiador y encargarse de la comprensión e interpretación de los «monumentos» como «objetos», sin contemplar el estudio de los yacimientos. El arqueólogo de campo realiza excavaciones y se diferencia del «arqueólogo» que, en opinión de C. Lenormant, examina el producto de los trabajos del primero y saca conclusiones de orden histórico. Este reparto de tareas y funciones no representa ninguna novedad si observamos las relaciones de finales del siglo XVIII entre los eruditos que se dedicaban al estudio de las lenguas orientales y los viajeros que les proporcionaban documentos epigráficos. No obstante, la apertura de auténticas obras arqueológicas impondrá nuevas definiciones del arqueólogo, llegando a la fusión entre el hombre de campo y el científico a finales del siglo XIX.

En 1848, la excavación de Jorsabad es la primera y la única empresa arqueológica de gran envergadura y larga duración que apoyan oficialmente las instituciones francesas. A partir de 1850 se abrirán auténticas excavaciones en Grecia y Egipto. Charles-Ernest Beulé, miembro de la Escuela de Atenas, sondea el terreno de la Acrópolis para describirla y se hace arqueólogo de campo. Auguste Mariette, por su parte, inaugura en el Serapeum de Menfis una larga carrera de arqueólogo militante. En Mesopotamia, a lo largo del siglo XIX, los diplomáticos destinados en el país seguirán siendo quienes dirijan los trabajos de campo.

Estos arqueólogos aficionados se relacionan con las instituciones oficiales de fomento de la arqueología: los autores de misiones y excavaciones en Oriente han asistido en su mayoría a los cursos de Isaac Silvestre de

---

67 *Ibidem.*

Sacy en la Escuela Especial de Lenguas Orientales o en el Colegio de Francia. Mantienen una estrecha relación con la Sociedad Asiática e informan sobre sus descubrimientos a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Los objetos y monumentos recopilados entran en el Louvre, donde los conservadores los exponen, estudian y presentan en catálogos. Así es como Adrien de Longpérier, conservador de antigüedades, dedica su *Notice* a los monumentos de Jorsabad y descifra las inscripciones cuneiformes grabadas sobre los toros androcéfalos.

Al no existir métodos de fechado propiamente arqueológicos, «corresponde a la *filología* [subrayado por nosotros] atribuir todo su valor a los monumentos desvelando el secreto que encierran las numerosas inscripciones cuneiformes, las únicas que podrán asignar un lugar exacto en la historia al sinnúmero de restos valiosísimos que han quedado de un mundo destruido».[68] Todavía queda lejos el momento en que la arqueología, practicada según unos criterios científicos rigurosos, permita interpretar los yacimientos, monumentos, objetos y culturas hallados durante las excavaciones, aun sin los elementos filológicos o históricos.

Será necesario descubrir la prehistoria en Europa occidental y en Oriente para poner de manifiesto la importancia crucial del trabajo de excavación, que determina la comprensión de lo que se extrae. El prehistoriador impone la figura del arqueólogo en el sentido moderno del término: es a la vez investigador de campo, que exhuma los vestigios preocupado por copiarlos y presentarlos sistemáticamente, y científico, que a partir de la información recabada durante la excavación interpreta los datos objetivos, incluyendo los de orden histórico, lingüístico o religioso, como es el caso sobre todo de los periodos protohistóricos.

Esta concepción del arqueólogo sólo puede ponerse en práctica al término de una formación, no sólo en las disciplinas históricas y filológicas, sino también de práctica de la arqueología de campo. Ahora bien, comprobamos, tal como lamenta André Parrot en 1953,[69] que en Francia no se llevó a la práctica dicha formación en el «oficio» de arqueólogo hasta muy tarde.

---

68 A. de Longpérier, *Notice des Antiquités assyriennes, babyloniennes, perses, hébraïques*, 3.ª ed., París, 1854, p. 12.

69 A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne*, vol. 2, *Techniques et problèmes*, París, Aubin Michel, 1953, cap. I, «La mission archéologique».

En 1848, los autores de misiones a Oriente disfrutaron de la enseñanza de la Escuela Especial de Lenguas Orientales y del Colegio de Francia, donde impartían clases los orientalistas más prestigiosos de Europa. Si Champollion no hubiera desaparecido tan pronto, la egiptología podría haber sido objeto de una enseñanza en la que la arqueología y la historia del arte habrían ocupado un lugar similar al de la filología. Fue ya en 1860 cuando Emmanuel de Rougé, formado con la doctrina de Champollion, restaura la enseñanza de la egiptología en el Colegio de Francia, con una cátedra cuyo título asocia filología y arqueología.[70] Pero hasta entonces la enseñanza de la antigüedad clásica u oriental en el Colegio de Francia es esencialmente filológica.

El Gabinete de Medallas y, a continuación, la École des Chartes, imparten un «curso de arqueología», pero si bien el primero se refiere a la antigüedad clásica, la segunda sólo se centra en los monumentos franceses de la Edad Media, y ninguno de los dos trata la arqueología desde el punto de vista del trabajo de campo.

Los miembros de la Escuela Francesa de Atenas proceden de la Escuela Normal Superior, pero entre 1846 y 1850 son jóvenes formados en lenguas latina y griega, retórica e historia, que apenas tienen nociones de arqueología. La epigrafía es enseñada por Philippe Le Bas, catedrático, que contribuye a la creación de una auténtica escuela francesa de esta ciencia auxiliar de la historia. En la Escuela Politécnica, el helenista Karl Benedikt Hase enseña epigrafía a los funcionarios llamados a participar en la conquista de Argelia.

En 1848, se ha formado en Francia un embrión de enseñanza de la arqueología y asistimos a una renovación de los estudios. Sin embargo, tal como señala Georges Perrot en 1880, «nunca hemos tenido una escuela de arqueología que pudiera competir con la que fundó Eduard Gerhard[71] ni por su fecundidad ni por su capacidad para realizar grandes obras colectivas. Efectivamente, el Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma recibe a jóvenes eruditos alemanes que han recibido en las univer-

---

70 Emmanuel de Rougé (1811-1872) ocupa la cátedra de «Filología y arqueología egipcias» del Colegio de Francia entre 1860 y 1872. Asimismo, sucede a Champollion como conservador del museo egipcio del Louvre.

71 G. Perrot, «Les études d'archéologie classique depuis Winckelmann jusqu'à nos jours», *Revue des Deux Mondes*, 1 de agosto de 1880, pp. 516-555.

sidades de sus países formación sobre métodos filológicos precisos y rigurosos, para iniciarse en los «lentos análisis que hacen brotar la realidad histórica de una estela funeraria o de un fragmento de un ánfora».[72]

En 1831, con la publicación de su *Rapporto intorni i vasi Volcenti*, E. Gerhard establece los fundamentos del estudio de la cerámica y suscita la redacción de catálogos y corpus de diferentes categorías de monumentos.[73] Poco después de su fundación, el Instituto de Roma adquiere visos de «Oberuniversität» que se acentuarán todavía más a partir de 1856.[74] El círculo de jóvenes alemanes que se instalan en Italia no deja de crecer desde 1837. Emil Braun, que sucede a Eduard Gerhard en la dirección del Instituto, hace de él un centro de enseñanza de la arqueología para los filólogos formados en las universidades alemanas: así, en 1838-1839, trasmite a Otto Jahn los principios del análisis del arte antiguo a través de sus monumentos. Las lecciones del maestro darán sus frutos ya que la obra magistral del alumno, *Beschreibung der Vasensammlung Königs Ludwigs*, publicada en Múnich en 1854, fijará durante mucho tiempo las reglas de los estudios cerámicos. Heinrich Brunn, Theodor Mommsen, Johann Ludwig Burkhardt y George Dennis, amigo de Emil Braun, disfrutarán con los «seminarios arqueológicos» que el secretario del Instituto organiza en los museos de Roma.

Al no ofrecer Francia a los posibles arqueólogos una formación científica equivalente, habrá que esperar a la reforma de la Escuela Francesa de Atenas y a la definición precisa de su misión para que aparezca una nueva generación de arqueólogos, procedentes de la Escuela Normal Superior, bien informados sobre las investigaciones alemanas y deseosos de igualarlas. A partir de 1850 se instalan en Atenas Alexandre Bertrand, Léon Heuzey, Georges Perrot, Albert Dumont... El movimiento que imprimen se verá reforzado por la creación en 1868 de la Escuela Práctica de Estudios Superiores.

---

72 J. Reinach, citado por O. Carbonell, *L'Historiographie*, París, 1981, cap. IX.

73 En 1825, Stackelberg, Panofka, Kestner y Gerhard establecen el inventario del Museo Borbón de Nápoles. En 1827, le toca el turno al Museo Bartoldiana de Roma. De 1828 a 1839, Gerhard publica sus *Antike Bildwerke* (Berlín), y presenta las vasijas griegas más destacables, casi todas halladas en Etruria: *Auserlesener griechischer Vasenbilder*, Berlín, 1840-1858. También trata los espejos etruscos: *Etruskische Spiegel*, Berlín, 1840-1845.

74 Cf. A. Michaelis, *Storia dell'Instituto Archeologico germanico 1829-1879*, Roma, 1879.

Si el concepto de la formación que deberá transmitirse a los arqueólogos difiere considerablemente entre Francia y Alemania, la actividad de los arqueólogos enriquece por igual las colecciones públicas y privadas y la «política museográfica» presenta muchas similitudes en ambos países. Los diplomáticos europeos en Egipto recopilan colecciones que luego proponen a los grandes museos de París, Turín, Londres y Berlín. Las misiones y excavaciones están encaminadas a enriquecer los museos europeos encargados de ofrecer al público la imagen de proyección de los Estados y garantizar su prestigio. Sin embargo, las preocupaciones estrictamente científicas se afirmarán en la misma medida que la búsqueda de la gloria. En este sentido, el viaje de Champollion en 1828 es, según lo entendía Carlos X, la manera de rivalizar con el Imperio, favoreciendo una empresa que tuvo tanta resonancia como la famosa «expedición». El «descifrador» cumple también su misión de acuerdo con los criterios científicos de respeto a los yacimientos, monumentos y objetos. Cuando organiza el museo egipcio del Louvre, Champollion demuestra una gran preocupación por dar a conocer al público la civilización egipcia. Es absolutamente consciente de la importancia de los museos para instruir al público y, en este sentido, los museos egipcio y asirio del Louvre favorecieron el desarrollo de la egiptología y la asiriología. Asimismo, la galería de antigüedades del Museo Central de las Artes serviría a la gloria de Bonaparte, que la constituyó «saqueando» las colecciones italianas, y su conservador, Ennio Quirino Visconti, elabora el catálogo según los principios de su maestro Winckelmann, poniendo en práctica una historia del arte absolutamente innovadora.[75]

Durante la primera mitad del siglo XIX se organiza el Museo del Louvre[76] y, con el impulso del Estado y de las sociedades eruditas, se forman muchos museos en las provincias. El nacimiento de los museos arqueológicos es una de las consecuencias del desarrollo de los estudios de anticuarios en el siglo XVIII. Los primeros se crean en Italia; un buen ejem-

75 E. Q. Visconti, *Notice des statues, bustes, bas-reliefs et autres objets composant la galerie des Antiques du Musée central des arts ouverte pour la premiére fois le 18 brumaire an 9*, París, 1801, que junto con un suplemento en 1811 (*Supplément à la Notice des Antiques du musée Napoléon*), verá ocho ediciones hasta 1815 y será renovada en 1817 bajo el título: *Description des Antiques du Musée royal par le chevalier Visconti, membre de l'Institut, antiquaire et conservateur des statues du dit musée*.

76 L. Hautecoeur, *Histoire du Louvre des origines à nos jours: 1200-1928*, París, 1928.

plo es el museo veronense, que el marqués Scipione Maffei funda en 1749 en su ciudad natal.[77] Durante su estancia en París en 1735, el ilustre anticuario italiano concibe y propone el proyecto de un museo de antigüedades e inscripciones que podría instalarse en el palacio de las Tullerías.[78] Pero lo único que encuentra es indiferencia e incluso hostilidad, a pesar del apoyo de su amigo el conde de Caylus, que retomará el proyecto tras la muerte de Maffei en 1755. La idea de un museo de antigüedades vuelve a lanzarla en 1786 el marqués de Angiviller, director de la construcción, los jardines, las fábricas y la academia con Luis XVI, pero el Museo Central de las Artes será obra de la Convención y de su decreto del 16 de septiembre de 1792: el 18 de brumario del año II se abre la «Galería pública» y, en 1800, se inaugura el Museo de Antigüedades, constituido por las antiguas colecciones del rey y enriquecido enseguida con el «botín» que Bonaparte trae de Italia.[79] Dominique Vivant Denon es nombrado director general y seguirá siéndolo hasta 1815, fecha en la que dimite.[80]

La exigencia, que surge con la Revolución Francesa, de favorecer la educación cultural del pueblo en todo el territorio nacional se manifiesta, en la época del Consulado, con la creación oficial de los museos provinciales, por decreto de Chaptal, ministro de Interior, el día 14 de fructidor del año IX (1 de septiembre de 1801):[81] en 1848, existen alrededor de doscientas colecciones públicas en las provincias.[82] El movimiento histórico

---

77 K. Pomian, *Collectionneurs, Amateurs et Curieux. Paris-Venise XVI^e-XVIII^e siècle*, París, Gallimard, 1987.

78 S. Maffrei, *La Religione de'gentili nel morire ricavata da un basso rilievo antico che si conserva in Parigi*, París, 1736, citado por K. Pomian, *op. cit.*, p. 12-13.

79 T. Gaehtgens, «Le musée Napoléon et son influence sur l'histoire de l'art», en *Histoire de l'histoire de l'art*, 3.ª parte: «Des Lumières au Romantisme», Louvre. Conferencias y coloquios, 31 de enero de 1994; A. Pasquier, «Les antiquités étrusques, grecques et romaines», en *Le Louvre*, Réunion des musées nationaux, París, 1991, pp. 5-9.

80 J. Chatelain, *Dominique Vivant Denon et le Louvre de Napoléon*, París, 1973; P. Lelièvre, *Vivant Denon. Homme des Lumières, «ministre des arts» de Napoléon*, París, Picard, 1993.

81 E. Pommier, «Naissance des musées de province», en P. Nora, *Les Lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1987; F. Bercé, «Les sociétés savantes et la protection du patrimoine monumental», en las *Actes du centième Congrès national des sociétés savantes*, París, 1975, pp. 155-167.

82 C. de Chennevières-Pointel, *Du rapport adressé par M. le Directeur des Musées Nationaux à M. le Ministre de l'Intérieur sur la nécessité de relier les Musées des Départements au musée central du Louvre*, París, 1848.

de 1830 y las creaciones de Guizot —Comité de Trabajos Históricos, Comisión de Monumentos Históricos y Comité Histórico de Artes y Monumentos— suscitan en las provincias el nacimiento de numerosas sociedades eruditas que a menudo se dotan de museos para recopilar y exponer los objetos arqueológicos que los aficionados encuentran durante sus prospecciones y excavaciones.

En 1848, los lazos que deben unir los museos de los departamentos con el museo central —el Louvre— se concretan en el informe de Jeanron, director de los museos nacionales de la Segunda República, al «ciudadano-ministro de Interior», Ledru-Rollin. Philippe de Chennevières, funcionario de la administración del Louvre, fue quien tuvo la idea de este texto, donde afirma que «los museos de las provincias han caído en un olvido profundo y se encuentran en un estado de abandono desolador» y deduce que es necesaria una administración central de los museos provinciales. El resultado del informe Jeanron es el nombramiento de cuatro inspectores, adjuntos a la dirección de museos nacionales y encargados de elaborar el «inventario general, estimado y razonado de todos los objetos que conforman cada museo provincial». Por otra parte, «se comunicará y recomendará a los conservadores un modelo de catálogo, establecido por la dirección de museos nacionales» para las provincias.[83] Las medidas preconizadas por la efímera república de 1848 están motivadas por el mismo espíritu que inspiró a F. Guizot en la creación del Comité de Trabajos Históricos: se trata de favorecer el desarrollo de las instituciones eruditas en las provincias, pero sometiéndolas a la autoridad del Estado y la administración central, de las que emana «un poder protector, organizador y cuya única preocupación es que Francia entera disfrute de toda las riquezas artísticas dando a conocer la gran cantidad e importancia de estas riquezas».[84]

Con el Segundo Imperio se volverá a plantear la cuestión de la relación de los museos provinciales con el poder central, con motivo del «asunto Campana», en el que el marqués de Chennevières, convertido en inspector de los museos provinciales en 1852, intervendrá activamente.

83 *Ibidem*.

84 *Ibidem*, «Projet d'instruction pour les inspecteurs délégués par la direction des musées nationaux dans leurs rapports avec les musées des départements».

La voluntad de inventariar los objetos conservados en los museos y darlos a conocer a través de catálogos se aplica en primer lugar al museo del Louvre, y más tarde a los museos provinciales. Efectivamente, E. Q. Visconti, que siguió a Bonaparte a París, se encarga de la conservación de la galería de antigüedades de 1802 a 1818 y redacta los primeros catálogos del Louvre. Después de él, el conde de Clarac (1777-1847) ocupa el mismo puesto y, en 1820, completa la *Description des antiques du Musée royal* que inició su predecesor.[85] Se dedica por completo a la organización metódica de las colecciones y concibe la idea «de un museo que presente todas las estatuas de Europa»,[86] un inmenso catálogo que comienza en 1822 y que continúa durante veinticinco años. Su intención es presentar en un inventario las estatuas antiguas que poseen los museos públicos y las colecciones privadas en Francia y Europa. Su obra se presenta como una «recopilación iconográfica» y Salomon Reinach[87] apunta que, a pesar de su desordenada presentación, los grabados «son superiores a todo lo que se ha hecho en la misma línea hasta la fecha».[88] Añade al texto y las láminas unas «tablas muy completas, una metódica y otra alfabética [...] que ofrecen, con muy pocas excepciones, todas las estatuas antiguas de Europa y dan a conocer los lugares en los que se hallan».[89] Las obras plásticas se encuentran repartidas en tablas cronológicas y Clarac elabora una lista alfabética de los artistas. Aunque este catálogo, obra de un anticuario más que de un arqueólogo, no responde a las exigencias científicas y a los criterios de clasificación sistemática y razonada preconizados y practicados por E. Gerhard y sus discípulos, es hasta 1880 la recopilación más rica de monumentos plásticos y no tiene parangón en las indicaciones sobre fuentes, medidas y restauraciones de las estatuas.

Clarac tiene una prematura conciencia de la necesidad de crear una herramienta documental que permita estudiar la estatuaria antigua. Como no contaba con la formación en los métodos elaborados por los filólogos

---

85 *Description des antiques du Musée royal commencée par feu M. le Chevalier Visconti, continuée et augmentée de plusieurs tables par M. le comte de Clarac, conservateur des Antiques*, París, 1820.

86 Conde J. B. de Clarac, *Musée de sculpture antique et moderne*, París, 1826-1841.

87 S. Reinach publica, en 1897, un *Répertoire de la statuaire grecque et romaine* cuyo primer tomo titula *Clarac de poche*, con lo que recupera el trabajo del conde de Clarac, que hasta entonces no se había reconocido como merecía.

88 *Ibidem*, t. I, introducción, p. VI.

89 Conde J.-B. de Clarac, *op. cit.*, t. I, prefacio, p. XLIX.

alemanes, no llega a someter su obra a una ordenación propiamente científica, pero la atención que dedica a las técnicas empleadas por los artistas antiguos es digna de alabanza. F. G. Welcker, que da cuenta de la obra de Clarac en los *Annali* del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma en 1833, subraya su importancia y les reconoce el mérito «de llevar tanto al ámbito técnico como al literario su visión en todos los sentidos».[90] La tarea de describir los monumentos del Louvre, comenzada por Visconti y Clarac para los antiguos, la retoman J.-F. Champollion para el museo egipcio[91] y A. de Longpérier para el museo asirio.[92] Mientras que los eruditos de los museos muestran cada vez más interés por presentar y explicar los monumentos y objetos al público a fin de formarlo e incrementar su interés por la arqueología, aparece una serie de publicaciones periódicas especializadas con el mismo objetivo para desempeñar un papel de promoción y coordinación, ambas necesarias para el desarrollo de las investigaciones.

La Academia de Inscripciones y Bellas Letras, que desde 1717 informa de sus trabajos en las *Mémoires*, se encarga de ampliar su difusión gracias al *Journal des savants*, publicado por el Instituto de Francia a principios del siglo XIX. La Sociedad Real de Anticuarios de Francia inaugura asimismo sus *Mémoires* en 1817 y A. de Caumont, al crear la Sociedad Francesa de Arqueología, funda también en 1834 su *Bulletin monumental*. Desde 1822, el *Jounal asiatique* se hace eco de las investigaciones en las diversas áreas del orientalismo. En 1839, la *Bibliothèque de l'École des Chartes* es la primera revista histórica que aparece en Francia. En 1849, la Oficina de Misiones Científicas y Literarias se hace con los *Archives*, en los que aparecen publicados los informes de los misioneros y las memorias de los miembros de la Escuela de Atenas. Las publicaciones del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, cuyo papel fue decisivo para la formación de una auténtica «ciencia arqueológica», deben su existencia a la colaboración internacional, y en especial a la participación activa de los franceses en su creación. El duque de Luynes decide publicar en París *Les Nouvelles Annales*, que no despiertan ningún interés en el público fran-

90 F. G. Welcker, *Annali dell'Instituto di Corrispondenza Archeologica*, 1833, p. 143.

91 J.-F. Champollion, *Notice descriptive des monuments égyptiens du musée Charles X*, París, 1827.

92 A. de Longpérier, *Notice des monuments exposés dans la galerie d'antiquités assyriennes, au Musée du Louvre*, París, 1848.

cés, poco abierto todavía a la arqueología. Decepcionado, de Luynes reanuda la publicación romana y, con Jean de Witte, se encarga de la redacción de la mitad del volumen francés. Por esta razón, los *Annales* se imprimen tanto en París como en Roma. En 1846, el mecenas francés asume todos los gastos de edición. El ejemplo de Roma impulsa la creación a partir de 1840 de publicaciones arqueológicas en los grandes países europeos.

En el mismo año, 1832, aparecen el *Archaeological Journal* de Londres y el *Archäologische Zeitung* fundado en Berlín por E. Gerhard.[93] La *Revue archéologique* debe su creación a Jean-Antoine Letronne, que la funda en París en 1844. Esta revista seguirá siendo durante mucho tiempo en Francia el único órgano dedicado a las investigaciones arqueológicas.[94] La publicación de estas revistas de carácter específicamente arqueológico confirma que la «ciencia de los objetos y monumentos» está definitivamente constituida. En su artículo inaugural, C. Lenormant[95] se esfuerza en ofrecer una definición: el arqueólogo se diferencia del historiador por su conocimiento de los monumentos figurados de la antigüedad, y del anticuario, por la comprensión que tiene de ellos, basada en «elementos de comparación», «principios de crítica» y sobre todo en la historia del arte, «base de la arqueología». La revista, concebida según ha confirmado su propio editor sobre el modelo de las publicaciones alemanas y, en especial el *Archäologische Zeitung* de Gerhard, debe ser un «medio para propagar y popularizar los conocimientos arqueológicos», relacionando estrechamente en sus páginas «el estudio de los monumentos y la filología». «Abarca a la vez la antigüedad europea, egipcia y asiática» y su horizonte llega hasta la Edad Media, que es «la rama de la arqueología que más se acerca al estado actual de nuestra sociedad, a nuestra historia y a nuestras instituciones».[96] La revista, como órgano de información y de enlace, dedica un

---

93 E. Gerhard, en su presentación de la revista, hace referencia explícita a las publicaciones antiguas, con las que el *Archäologische Zeitung* muestra analogías de estructura, presentación e ilustración: *Archäologische Zeitung*, «Herausgegeben von E. Gerhard», n.º 1, Berlín, 1843.

94 C. Le Roy, «Cinquante ans de littérature archéologique à travers la *Revue archéologique* et ses lecteurs»: «L'Archéologie classique aujourd'hui, information et interprétation», coloquio internacional, *Revue archéologique*, 1994 (2).

95 *Revue archéologique*, 1, abril de 1844, o «Recueil de documents et de mémoires relatifs à l'étude des monuments et à la philologie de l'Antiquité et du Moyen Âge, publiés par les principaux archéologues français et étrangers». Cf. R. Lantier, «Autour d'un centenaire (1844-1944)», *Revue archéologique*, 1945.

96 *Revue archéologique*, 1, abril de 1844, «Nota del editor».

apartado a los descubrimientos y noticias y ofrece una bibliografía de las publicaciones francesas, alemanas, inglesas e italianas.

La *Revue archéologique* mantiene un equilibrio riguroso entre arqueología clásica, egipcia y oriental, pero rechaza totalmente la prehistoria, por la que no empezará a interesarse hasta 1850, fecha en que lo hace tímidamente. En sus primeros años, la publicación francesa muestra un «conservadurismo arqueológico»[97] que corregirá Alexandre Bernard a partir de 1859. Ya sólo falta que la creación de la *Revue archéologique* concluya la organización de la arqueología francesa antes de 1848.

La arqueología francesa, clásica, egipcia u oriental se formó y afirmó en la primera mitad del siglo XIX: recibe el patrocinio de prestigiosas instituciones y se sitúa bajo la autoridad de organismos oficiales que contribuyen a su financiación. De la difusión de las investigaciones se encargan los museos y las revistas, que se multiplican.

Sin embargo, si bien la arqueología francesa aparece brillantemente ilustrada por J.-A. Letronne, A. Quatremère de Quincy, J.-F. Champollion, A. de Longpérier, D. Raoul-Rochette, C. Lenormant o J. de Witte, en 1848 padece una crisis, debida sin duda a los acontecimientos políticos y a las carencias, cuyos efectos se harán notar hasta principios del siglo XX.

La egiptología, fundada por Champollion, había recibido gracias a él una organización ejemplar, ya que supo conjugar filología, arqueología, historia del arte y de las religiones. Mediante la organización del museo egipcio, demostró la conveniencia de presentar razonadamente los objetos y monumentos con vistas a la formación del público y, con sus lecciones en las salas del museo, sentó las bases de una enseñanza de la arqueología fundada en el conocimiento preciso de los objetos que la Escuela del Louvre desarrollaría mucho más tarde. Finalmente, la cátedra del Colegio de Francia, que se creó para él, aseguraría la formación de jóvenes egiptólogos y la continuidad de sus investigaciones. Su muerte prematura en 1832 vuelve a poner todo en tela de juicio y priva a la egiptología francesa de un maestro capaz de formar a discípulos reunidos en una auténtica escuela.

---

97 R. Lantier, *op. cit.*

La arqueología clásica conoce una situación similar. El Gabinete de Medallas presenta una cátedra de «arqueología monumental romana y medieval» y la École des Chartes, reformada en 1846 y dirigida desde entonces por el gran J.-A. Letronne, constituye un modelo de organización de las ciencias auxiliares de la historia para toda Europa,[98] pero esta enseñanza tiene un alcance demasiado limitado y no basta para formar una verdadera escuela francesa de arqueología.

En Italia y Grecia se fundan dos instituciones. El Instituto Romano —que es en realidad fruto de la colaboración internacional y en el que los franceses forman una sección equivalente a la de los alemanes— adquiere desde antes de 1850 el carácter de una escuela alemana. Los estudiantes alemanes, formados en filología y arqueología en diversas universidades donde se imparten estas disciplinas, desarrollan en Roma unos métodos que darán a la ciencia alemana un auge espectacular.

La Escuela Francesa de Atenas podría desempeñar, en Grecia y para Francia, un papel comparable al del Instituto de Roma y, de hecho, se convertirá en el centro de investigación arqueológica que define Sainte-Beuve en el momento de su creación. Sin embargo, en 1848, no sólo no cuenta con un programa científico preciso, sino que incluso se pone en duda su existencia.

La ausencia de la arqueología en la universidad francesa explica las dificultades que se manifiestan ya en este principio del siglo XIX: los progresos de las investigaciones son obra de personalidades aisladas que por sí solas no pueden llevar a cabo iniciativas que requieran un esfuerzo colectivo.

Con todo, si bien en 1848 la situación no es ni mucho menos la ideal, la arqueología francesa cuenta ya con un marco de instituciones que hacen posible su desarrollo. Las reformas e innovaciones, que entrarán en juego a partir de 1850, abrirán una nueva etapa en la historia de la ciencia que se ha ido fraguando lentamente desde los trabajos pioneros de Bernard de Montfaucon y el conde de Caylus.

---

98 La École des Chartes inspira especialmente a los fundadores de la Escuela Diplomática, creada en 1847 en Madrid, donde se impartirá la primera enseñanza de arqueología en España.

# SEGUNDA PARTE
# INSTITUCIONES NUEVAS Y DESARROLLO DE LAS INVESTIGACIONES (1848-1885)

*This page intentionally left blank*

# 4. LA FORMACIÓN DE UNA ARQUEOLOGÍA OFICIAL Y EL RECONOCIMIENTO DE LA PREHISTORIA (1848-1870)

En 1848, cuando las antigüedades nacionales disfrutan de una primera forma de protección y son objeto de investigaciones bajo la égida de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y del Comité de Trabajos Históricos, se abre un gran campo para la arqueología francesa: Italia y Grecia, África del Norte, donde se lleva a cabo la conquista colonial, Egipto, donde Champollion preparó el camino que siguió Mariette, y finalmente Mesopotamia, donde P.-É. Botta abrió el primer gran campo de excavación.

Sin embargo, a pesar de estas perspectivas, tanto la arqueología oriental como la arqueología clásica experimentan una grave crisis: la ciencia francesa muestra un claro retraso respecto de la ciencia alemana, cuyo responsable es el sistema universitario. La arqueología, que los miembros del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma ponen en práctica, es hija y hermana de la filología, que en Alemania se enseña en buena parte de las universidades, pero que en la centralizada universidad francesa no goza del mismo favor.

Ernest Renan conoció las ciencias históricas y la filología al entrar en la escuela de Alemania y enseguida se dio cuenta de la urgente necesidad de desarrollar los estudios filológicos. Durante la exaltación que siente en 1848 redacta *L'Avenir de la science*,[1] auténtica «defensa e ilustración» de la

1 E. Renan, *L'Avenir de la science, pensées de 1848*, París, 1890; siguiendo los consejos del historiador A. Thierry, Renan no publica su manifiesto hasta más tarde.

filología, definida como «la ciencia exacta de las cosas y del espíritu» que aporta «el instrumento primero e indispensable del método histórico».[2]

Cuando se plantea la situación de los estudios filológicos en Francia, Renan manifiesta que «[le] parece que el gran obstáculo que frena [su] progreso es la dispersión del trabajo y el aislamiento de las investigaciones especiales». Reclama «una revolución en la ciencia» y afirma: «No saldremos de este laberinto del trabajo individual y aislado si no es mediante una gran organización científica».[3] Se trata de un llamamiento al Estado, al que corresponde «el deber de fomentar la ciencia al igual que el arte», ya que «el Estado debe dotar a la ciencia de observatorios, bibliotecas, establecimientos científicos».[4]

El llamamiento de Renan para que el Estado intervenga más coincide con la implantación por el Segundo Imperio de nuevas instituciones arqueológicas. A las preocupaciones políticas, Napoleón III añade las del historiador que ha emprendido una *Histoire de Jules César*:[5] para realizarla, se rodea de especialistas del círculo literario de Hortense Cornu, su amigo de la infancia. Alexandre Bertrand, Alfred Maury, Léon Renier, Léon Heuzey, Georges Perrot, Paul Foucart y el comandante Stoffel llevarán a cabo este inmenso trabajo colectivo[6] que, aparte de contribuir a la obra imperial, impulsa el desarrollo de la arqueología en el territorio metropolitano y fuera de Francia, en España, Italia y Grecia.

En la misma época, alrededor de 1850, la arqueología prehistórica se afirma y emprende el camino del reconocimiento oficial que se producirá en 1867 con motivo de la Exposición Universal de París y la inauguración del Museo de Antigüedades Nacionales.

La arqueología, cuyas perspectivas tanto se habían modificado ya con el descubrimiento de las civilizaciones orientales, sufre una transformación radical en la segunda mitad del siglo XIX tras la revelación de la prehisto-

2 *Ibidem*, p. 826.
3 *Ibidem*, p. 926.
4 *Ibidem*, p. 928.
5 Louis Napoléon Bonaparte, *Histoire de Jules César*, París, 1865-1866, vols. I-II (de tres volúmenes previstos).
6 J. Le Gall, «La préparation de l'*Histoire de Jules César* de l'empereur Napoléon III», *Bulletin de la Société nationale des antiquaires de France,* 1982, pp. 129-132.



58. Ernest Renan (1823-1892). Álbum fotográfico realizado por E. Pirou, Biblioteca del Instituto de Francia.

ria europea. Se siguen examinando las vías esbozadas en la primera mitad del siglo y las excavaciones de Mesopotamia vuelven a lanzarse a partir de 1850, fecha en la que Auguste Mariette llega a Egipto. La reforma de la Escuela de Atenas constituye un intento para dotar a la arqueología clásica de un instituto científico equivalente al de Roma. Por otra parte, la creación de la Escuela Práctica de Estudios Superiores muestra la voluntad de introducir las «ciencias auxiliares de la historia» en la enseñanza superior y formar auténticos especialistas en estas disciplinas.

## 4.1. Reformas y creaciones

### 4.1.1. La Escuela Francesa de Atenas

La Escuela Francesa de Atenas[7] podía ofrecer a la arqueología clásica un centro de investigación complementario al que existía en Roma desde 1829. Sin embargo, los fundadores de la institución francesa le habían asignado el papel de «universidad del Levante» mediterráneo.

Los acontecimientos políticos de 1848 vuelven a poner en tela de juicio su existencia misma: al tener que afrontar graves dificultades financieras y dado su escepticismo en cuanto a la utilidad de la Escuela, los dirigentes de la II República suprimen el presupuesto del capítulo «Viajes y misiones», en el que entra la institución de Atenas, y lo vuelven a introducir tras leer un informe de J.-D. Guigniaut (1794-1876), miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras apodado «el padre de la Escuela de Atenas». Este texto atribuye a la Escuela un carácter decididamente científico y la sitúa bajo el patrocinio de la Academia, que se ocupa de su «dirección intelectual».[8] El decreto de 26 de enero de 1850, que trae consigo la reorganización de la Escuela Francesa de Atenas, está inspirado directamente en él y se publica en el primer volumen de los Archivos de Misiones Científicas y Literarias. Siguiendo el modelo de los miembros de la Academia de Francia en Roma, que están obligados a realizar «envíos» a la Academia de Bellas Artes, los miembros de la Escuela de Atenas debe-

7 Cf. el número especial «Cent cinquantenaire» del *Bulletin de correspondance hellénique*, 120, 1996.

8 G. Radet, *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École française d'Athènes*, París, 1901, p. 102.



59. Paul Foucart (1836-1926). Álbum fotográfico realizado por E. Pirou, Biblioteca del Instituto de Francia.



60. La primera Escuela francesa de Atenas, según G. Radet, *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École française d'Athènes*, París, 1901.

rán redactar «una memoria sobre un tema de arqueología, filología o historia, elegido en un programa de preguntas»[9] que habrá elaborado la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

La misión de la institución ateniense aparece claramente definida: desde ese momento debe encargarse de promover la arqueología y la filología en la misma medida que el Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma. Las referencias elegidas para guiar a los miembros de la Escuela de Atenas por el camino de la erudición son, aparte de la *Paléographie grecque* de B. de Montfaucon,[10] todas alemanas: el *Corpus Inscriptionum Graecarum* de August Boeckh,[11] los *Elementa Epigraphica Graeca* de J. Franz[12] y el *Manuel d'archéologie* de K. O. Müller.[13]

Una disposición establece que entre los miembros deberán figurar arquitectos de la Academia de Francia en Roma, determinando de manera decisiva la orientación de la escuela: los arquitectos, que aportan su competencia para las reproducciones gráficas, prestan una ayuda inestimable durante los viajes de exploración, que serán cada vez más numerosos.

El primer volumen de los *Archives des missions...* daba una idea de lo que podía llegar a ser la Escuela de Atenas en dos artículos de Émile Burnouf[14] que, en su descripción del Viejo Pnix y de los Propileos de Atenas, aparecía como el precursor de los estudios especializados. La Academia incluía en el programa del tercer curso «un estudio y una descripción completa de la acrópolis de Atenas, según el estado actual y los trabajos recientes, comparados con los datos de los autores antiguos».

---

9 *Archives des missions scientifiques et littéraires*, París, 1850, p. 185.

10 B. de Montfaucon, *Paleographia graeca...*, París, 1708.

11 August Boeckh (1785-1867): profesor de filología clásica en las universidades de Heidelberg y de Berlín; es el primero en enunciar los principios de la filología histórica. Publica el *Corpus Inscriptionum Graecarum Auctoritate et Impensis Academiae Regiae Borusiae*, 1824; su alumno J. Franz prosigue la obra del *Corpus Inscriptionum Graecarum*.

12 J. Franz, *Elementa Epigraphica Graeca*, Berlín, 1840.

13 Karl Otfried Müller (1797-1840), filólogo y arqueólogo alemán, *Handbuch der Archäologie der Kunst*, Breslau, 1830. Cf. W. Unte, H. Rohlfing, *Quellen für eine Biographie Karl Otfried Müllers* (1797-1840), Hildesheim, Zúrich, Nueva York, Georg Olms Verlag, 1997.

14 Émile Burnouf (1821-1907): primo del lingüista Eugène Burnouf, miembro de la Escuela Francesa de Atenas y director de 1867 a 1875. *Le Vieux Pnyx à Athènes; Les Propylées; études de mythologie comparée*, 1872; *La Science des religions*, 1872. Cf. *Archives des missions scientifiques et littéraires*, t. I, pp. 1 y 8.

La voluntad de los miembros de la Escuela de Atenas de implicarse totalmente en los estudios de arqueología se manifiesta claramente en 1851: Jules Girard (1825-1902) inaugura la exploración científica de Grecia, para lo cual llega a Eubea y escribe su memoria sobre este tema. Alexandre Bertrand,[15] Charles-Ernest Beulé (1826-1874) y Alfred Mézières (1826-1915) eligen el Peloponeso como tema de sus investigaciones en las cuales echan mano de la topografía, la geografía histórica, la epigrafía y la arqueología. «Inauguran el esfuerzo colectivo [...] que, de haberse apoyado, fomentado y desarrollado, se habría traducido en obras de larga duración, similares a los *Corpus* y a los *Reisen* de los que alemanes y austriacos dejaron más de un modelo».[16] A. Bertrand y C.-E. Beulé seguirán esforzándose para que se desarrolle la arqueología en Francia y Grecia. El segundo toma la iniciativa para responder al tema propuesto por la Academia, iniciando las excavaciones delante de los Propileos: dirige las obras durante la primavera de 1852 y durante el invierno de 1852-1853. Recibe la ayuda de los arquitectos D. Lebouteux y L. V. Louvet y los consejos de C. Garnier. Para su descripción de la Acrópolis, utiliza los comentarios que Tétaz, Paccard y Desbuissons habían adjuntado a sus *Envois de Rome*.[17] Estos trabajos ilustran la colaboración entre los arquitectos internos de la Villa Medicis y los atenienses en los primeros tiempos de la Escuela. C. E. Beulé funda así la «ciencia militante»[18] que le hará merecedor de una gloria extraordinaria. La noticia de que había encontrado las puertas de la ciudadela en la Acrópolis se hizo pública a través de *Le Moniteur universel* y dio lugar a una inmensa ola de entusiasmo: «La resonancia que tuvieron en toda Europa los bellos descubrimientos de M. Beulé demostraron a la Escuela hacia dónde apuntaba su porvenir y, desde ese momento, se convirtió en una especie de seminario arqueológico para Francia».[19]

Pero, si bien las obras de Beulé en la Acrópolis inauguran la investigación arqueológica en la Escuela y la atención especial que le dedica

---

15 Alexandre Bertrand (1820-1902), promoción de 1849. *D'Athènes à Argos. Études de mythologie et d'archéologie grecque*, Rennes, 1858.

16 G. Radet, *op. cit.*, p. 115.

17 Cf. M. C. Helmann, «Les architectes de l'École française d'Athènes», *Bulletin de correspondance hellénique*, 120, número especial «Cent cinquantenaire», 1996, pp. 191-222.

18 C.-É. Beulé, *Fouilles et Découvertes*, t. I, p. 7.

19 G. Boissier, «Progrès de l'archéologie grecque et romaine», *Revue des Deux Mondes*, 1864, pp. 117-154.

Joseph-D. Guigniaut permite a algunos de sus miembros continuar por esta vía, Amédée Daveluy (1798-1867), su director de 1846 a 1867, se niega a hacer realidad el instituto arqueológico anhelado por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. El conflicto entre Guigniaut y Daveluy, latente desde 1850, estalla en 1859 porque el primero estimaba que a los trabajos de erudición no se les asignaba el peso que merecían y el segundo pretendía que prevaleciesen las ideas de 1846 para poner en marcha la «Facultad del Levante» imaginada por Théobald Piscatory y Narcisse de Salvandy. La Escuela conoce en ese momento una auténtica sedición de sus miembros, entre los que figuran aquellos cuyos nombres estarán ligados a la «revolución» a que someterán a la ciencia histórica y arqueológica: Numa Fustel de Coulanges (1830-1889), Léon Heuzey (1831-1922), Georges Perrot (1832-1914) y Paul Foucart.[20]

Léon Heuzey se lanza a realizar dos expediciones, una de 1855 a 1856 hasta el monte Olimpo y la otra de 1856 a 1857 a Acarnania. Al igual que Fustel de Coulanges, está convencido de que el hombre, aunque haya olvidado su pasado, guarda su huella dentro de él, en las zonas en las que se han ido sucediendo y superponiendo las poblaciones más diversas. Por ello, busca los orígenes de la civilización griega y no descarta ningún documento para descubrirlos: la topografía, la observación de las costumbres, el estudio de los idiomas o la recopilación de leyendas que permitirán al arqueólogo-historiador remontarse en el tiempo.[21]

Por lo que respecta a Georges Perrot, es el primero en realizar la exploración completa de la isla de Tasos y encontrar todos sus yacimientos.[22] Se dirige a Creta con Léon Thenon (1832-1881) y hace llegar al Museo del Louvre el primer fragmento de las leyes de Gortina. Estas empresas se llevan a cabo a pesar de su director; de este modo, Paul Foucart toma la iniciativa de realizar excavaciones en Delfos y las financia personalmente. Las memorias que resultan de estas expediciones se publican en los *Archives des missions scientifiques et littéraires* entre 1850 y 1856, fecha en la que se suprime la publicación. J.-D. Guigniaut, consciente de que un instituto de investigación que no pueda publicar está condenado al fracaso, reclama un órgano propio

20 Paul Foucart (1836-1926): epigrafista francés, director de la Escuela Francesa de Atenas de 1878 a 1890.

21 L. Heuzey, *Le Mont Olympe et l'Acarnanie*, París, 1860.

22 G. Perrot, *Mémoire sur l'île de Thasos*, París, 1864.

para la Escuela, bajo la forma de trabajos o anales... El ministro Rouland acepta el principio, pero chocan con la oposición tajante de Daveluy, que niega así a la Escuela cualquier medio de difusión. El prejuicio que esto causa es tanto más grave en cuanto que deberá pasar un tiempo hasta que los *Archives des missions* sean retomados por Victor Duruy en 1864: muchos manuscritos seguirán inéditos o se publicarán muy tarde para conservar su carácter innovador. Es el caso de la memoria de Georges Perrot sobre Tasos, donde le siguió Alexander Conze (1831-1914), futuro director del Instituto Arqueológico Alemán de Roma, que es el primero que logra publicar su informe.

Durante esta primera década del Segundo Imperio, la Escuela de Atenas dispone de unas ventajas valiosísimas que deberían convertirla en un auténtico centro científico: cuenta con una pléyade de jóvenes eruditos de primera línea y la coyuntura histórica y política no puede sino favorecer su desarrollo.

Efectivamente, Napoleón III lanza y apoya las investigaciones arqueológicas para alimentar y enriquecer su *Histoire de Jules César*; y en el entorno del soberano, eruditos de la talla de Alfred Maury y Léon Renier promueven muy activamente la arqueología, por la que empieza a interesarse la opinión pública.

Sin embargo, la Escuela de Atenas padece hasta 1874 el carácter eminentemente político de su fundación e incluso, en la época en la que Victor Duruy, ministro de Instrucción Pública, crea la Escuela Práctica de Estudios Superiores para que se impartan en ella las ciencias auxiliares de la historia, el punto de vista político cobra más importancia que el científico. Pese a que existe un proyecto prusiano de implantar en Atenas una misión permanente, tomando como modelo el Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, se opta por poner en marcha la «Sorbona de Levante» que deberá permitir reforzar la influencia francesa en Oriente.

Se descuida la arqueología, ya que las iniciativas individuales no son suficientes para imponerla. Y la Escuela se desvía una vez más del camino que Sainte-Beuve abría en 1846, gracias al cual «logró un avance de quince años que ni siquiera los desastres del Año Terrible pudieron echar por tierra».[23] Su vocación científica sólo podrá hacerse realidad tras una nueva intervención de J.-D. Guigniaut en 1872.

---

23 G. Radet, *op. cit.*, p. 134.

## 4.2. La arqueología francesa y la prehistoria

A pesar de todas estas vicisitudes, la institución ateniense permite el nacimiento y progreso de la «arqueología militante» en Grecia y, gracias a uno de sus antiguos miembros, contribuye a que la «arqueología nacional» alcance su plenitud: Alexandre Bertrand se convierte a partir de 1858 en el alma de las nuevas instituciones que completan las que implantó François Guizot.

Hasta 1850, el Comité de Trabajos Históricos dedica sus esfuerzos a los monumentos galorromanos y medievales. En 1852, Hippolyte Fortoul, ministro de Instrucción Pública, decide reformarlo y su nuevo nombre —Comité de la Lengua, la Historia y las Artes Francesas— traduce la voluntad de dar preferencia a la filología y la lingüística. La arqueología sigue siendo un eje importante de este comité, ya que en 1853 edita las *Instructions sur l'archéologie*,[24] que preconizan la redacción de «notas de monumentos» y cuestionarios sobre las antigüedades galas, romanas y medievales con vistas a la elaboración de un «mapa arqueológico de Francia» y a la realización de una «estadística general de los monumentos». Se prevé asimismo un *Recueil des inscriptions de la Gaule*.

En 1854 se crea el *Bulletin des sociétés savantes* con la intención de poner a las sociedades eruditas bajo la autoridad universitaria y «hacer de ellas apéndices y complementos de las facultades».[25] La resistencia de los eruditos de provincias que, «para librarse del yugo pedagógico al que se les quería someter, [...] preferían renunciar a la dirección moral y al apoyo del comité»,[26] explica la ralentización del movimiento intelectual y el letargo en que se ve sumido el comité hasta 1858.

El ministerio Rouland, en su decreto de 22 de febrero de 1858, reorganiza el comité y lo divide en tres secciones: historia y filología, arqueología y, finalmente, ciencias. El Comité de Trabajos Históricos y Sociedades Eruditas publica la *Revue des sociétés savantes* que sustituye al *Bulletin*. Se sigue el camino de control de las sociedades eruditas, pero en

---

24 X. Charmes, *Bureau des missions scientifiques. Le Comité des travaux historiques et scientifiques*, 3 vols., París, 1886, t. III, p. 335.
25 *Ibidem*, t. I, p. CLX.
26 *Ibidem*, p. CLXX.

enfrentamiento permanente con Arcisse de Caumont, que no renuncia a poner en marcha la federación de las sociedades eruditas, independientes de la autoridad gubernamental. En 1850 realiza su proyecto de asamblea anual en París y reúne a cuarenta y siete sociedades eruditas en la sede de la Sociedad de Fomento de la Industria Nacional de la calle Bonaparte. Para echar abajo esta iniciativa, el Estado instituye en 1861 un congreso anual de sociedades eruditas. Los dos congresos están en clara competencia, lo cual refleja la rivalidad entre las instituciones oficiales y las sociedades eruditas.[27] La sección de arqueología emprende la elaboración de repertorios arqueológicos de los departamentos y realiza investigaciones para preparar una recopilación de las inscripciones de la Galia. El nuevo comité persigue la realización del inventario de la institución creada por Guizot y muestra asimismo la importancia que cobra la epigrafía en esta época.

En 1858 nace también una institución nueva, la Comisión de Topografía de las Galias, cuya vocación es «estudiar la geografía, la historia y la arqueología nacional hasta la llegada de Carlomagno».[28]

Esta comisión debe su creación al interés que, como historiador, demuestra Napoleón III por César y, más allá de la conquista romana, por el pasado galo de su país. Por otra parte, para dar legitimidad política al régimen que funda, va más allá de los términos de la vieja querella de las «dos razas», francos victoriosos y galos vencidos, que bajo el Antiguo Régimen había enfrentado a aristócratas y estado llano.[29] El emperador, al favorecer los estudios sobre el pasado prerromano de la Galia, encuentra en ellos un modo de adelantar los orígenes de Francia más allá de la realeza franca.

La Comisión de Topografía, dotada de un presupuesto especial, asigna subvenciones para excavaciones y exploraciones: así es como se inician

27 J.-P. Chaline, *Sociabilité et Érudition. Les sociétés savantes en France. XIXe-XXe siècle*, París, Éditions du Comité des travaux historiques et scientifiques, 1995.

28 S. Reinach, «Esquisse d'une histoire de l'archéologie gauloise», *Revue celtique,* XIX, 1898.

29 È. y J. Gran-Aymerich, «Visions de la Gaule indépendante au XIXe siècle. Mythe historique et réalité archéologique», en *Le Monde des images en Gaule dans les provinces voisines*, París, Errance, 1988, pp. 109-119.

las obras de Alesia, Gergovia y el monte Beuvray y como se financiarán las misiones de G. Perrot a Asia Menor[30] y de L. Heuzey a Macedonia.[31]

Los trabajos y las misiones se plantean con el fin de aportar material para la *Histoire de Jules César* que el emperador había iniciado y cuya dirección confió a Alfred Maury,[32] que se convierte en secretario de la Comisión de Topografía de las Galias, durante la presidencia de Félix de Saulcy. Este último, pionero en numismática gala,[33] participa muy activamente en los trabajos de la Comisión, en las excavaciones de Alesia y ayuda a organizar el Museo de Saint-Germain-en-Laye.

Pero es A. Bertrand, invitado a formar parte de la Comisión bajo la recomendación de E. Renan, quien sienta las bases de la arqueología nacional actual: como miembro de la Escuela Francesa de Atenas, fue uno de los primeros que defendieron la arqueología a través de una misión de exploración en el Peloponeso. De vuelta ya en Francia, A. Maury le introduce en la redacción de la *Revue archéologique*, de la que es director desde 1859,[34] y se convierte en el alma de esta compilación, dándole un carácter vanguardista y haciendo de ella, según Otto Benndorf, «la mejor publicación de este tipo de Europa».[35] Fundada en 1844, la revista se mostró muy conservadora y rechazó las doctrinas innovadoras del abad Cochet,[36] negándose a evocar la arqueología prehistórica que despuntaba entonces. A. Bertrand es el primero de los

---

30 G. Perrot, *Exploration archéologique de la Galatie et de la Bithynie d'une part, de la Mysie, de la Phrygie, de la Cappadoce et du Pont d'autre part, exécutée en 1861*, París, 2 vols., 1872. Cf. È. y J. Gran-Aymerich, «Georges Perrot», *Archéologia*, n.º 216, 1986, pp. 73-79.

31 L. Heuzey y H. Daumet, *Mission archéologique en Macédoine*, París, 1876.

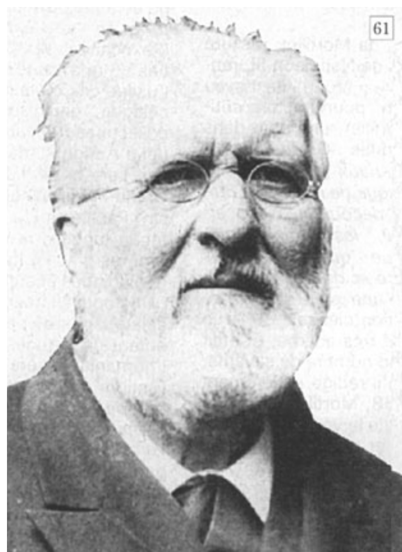
32 Alfred Maury (1817-1892), miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Es autor del «Exposé des progrès de l'archéologie», en *Recueil des rapports sur les progrès des lettres et des sciences en France*, París, 1867. Cf. sus *Souvenirs d'un homme de lettres*, manuscrito conservado en la biblioteca del Instituto de Francia.

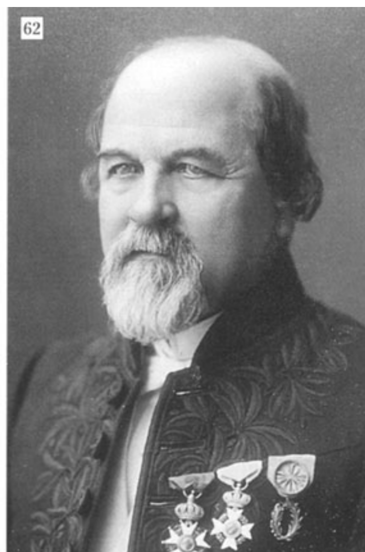
33 «Aperçu général sur la numismatique gauloise», introducción al *Dictionnaire archéologique. Époque celtique*, publicado por la Comisión Topográfica de las Galias, París, 1866.

34 R. Lantier, «Autour d'un centenaire (1844-1944)», *Revue archéologique*, 1945; C. Le Roy, «Cent-cinquante ans de littérature archéologique à travers la *Revue archéologique* et ses lecteurs», *Les Cent Cinquante Ans de la Revue archéologique, Revue archéologique*, 95, 1994, pp. 229-243.

35 Otto Benndorf (1838-1907), arqueólogo alemán, alumno de F. G. Welcker, O. Jahn y F. Ritschl.

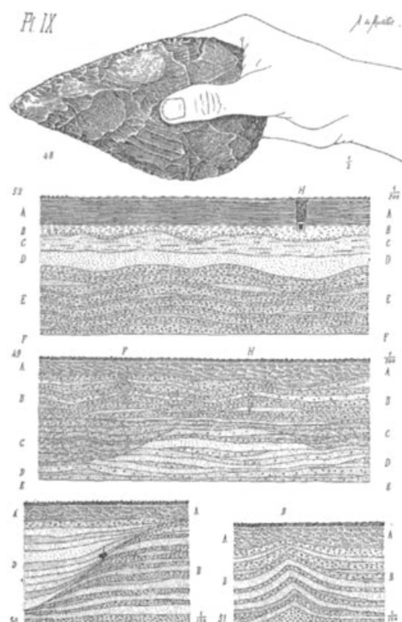
36 Abad Cochet (1812-1875). Cf. J. Hubert, «L'abbé Cochet et l'avènement d'une science de l'archéologie», en *Centenaire de l'abbé Cochet (1812-1875*), Rouen, 1978, pp. 13-18.





61. Gabriel de Mortillet (1821-1898).

62. Alexandre Bertrand (1820-1902). Álbum fotográfico realizado por E. Pirou, Biblioteca del Instituto de Francia.




63. Según G. y A. de Mortillet, cortes de tierras de aluvión del Cuaternario chelense descubiertos en Chelles y Saint-Acheul y «figure schématique ou de démonstration indiquant comment les coups-de-poings ou instruments chelléens étaient tenus à la main. L'instrument en silex provient des alluvions d'Abbeville (Somme)», *Musée préhistorique*, París, 1881, lám. IX. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

arqueólogos formados en disciplinas clásicas que se interesa por la prehistoria y por reconocer su validez científica.

El año 1859, fecha en que A. Bertrand está al mando de la *Revue archéologique*, marca un giro decisivo para la prehistoria: C. Darwin publica *De l'origine des espèces par voie de sélection naturelle*[37] y J. Boucher Crèvecoeur de Perthes[38] recibe en Abbeville la visita de los ingleses J. Prestwich[39] y J. Evans[40] y más tarde, la de J. W. Flower, R. Godwin-Austen, R. W. Hylne[41] y C. Lyell,[42] que se ponen de acuerdo para reconocer la autenticidad de los descubrimientos de Abbeville y Saint-Acheul y demuestran la contemporaneidad de «herramientas de sílex, producto de la inteligencia y del trabajo del hombre» y «restos de diferentes mamíferos [...], algunos de los cuales todavía viven aunque la mayoría ya han desaparecido».[43]

Las declaraciones inglesas tienen tal resonancia que los eruditos franceses no pueden por menos que rendirse al fin ante los razonamientos que les presenta Boucher de Perthes desde 1846, con la publicación del primer volumen de sus *Antiquités celtiques et antédiluviennes*.[44]

A partir de 1860 se multiplican en Francia y Europa las excavaciones prehistóricas y la *Revue archéologique*, dirigida por A. Bertrand, se hace eco de los descubrimientos. Estos años resultan decisivos para el reconoci-

---

37 Charles Darwin (1809-1882), *Origin of Species by Means of Natural Selection or Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*, Londres, 1859.

38 C. Cohen y J.-J. Hublin, *Boucher de Perthes. Les origines romantiques de la préhistoire*, París, Berlín, 1989.

39 Sir Joseph Prestwich (1812-1896): comerciante de vino londinense que se forja una sólida reputación como geólogo al publicar en 1851 su *Geological Inquiry Respecting the Waterbearing Strata of the County around London*.

40 Sir John Evans (1823-1908): fabricante de papel inglés, arqueólogo, geólogo y numismático, padre de Arthur Evans, el excavador de Cnosos. Conocido por sus investigaciones prehistóricas en Inglaterra, participa junto con J. Prestwich en la visita de 1859 a los trabajos de Boucher de Perthes en Abbeville y autentifica sus hallazgos; en 1866 participa en los trabajos de Hallstatt (con Lubbock, Franks, Lartet y Morlot).

41 Todos ellos miembros de la Geological Society de Londres.

42 Sir Charles Lyell (1797-1875): figura principal de la geología inglesa, autor de *The Principles of Geology*, Londres, 1830-1833. En su libro *The Antiquity of Man*, publicado en 1863, defiende las ideas de Boucher de Perthes y de Darwin.

43 J. Prestwich, *On the Occurrence of Flint Implements*, 1859, citado por C. Cohen y J.-J. Hublin, *op. cit.*, p. 186.

44 El tomo II se publicará en 1857, el tomo III en 1864.

miento oficial de la prehistoria y están marcados asimismo por los avances en el conocimiento del pasado prerromano de Europa. Así, por ejemplo, en 1846 se descubrió la necrópolis de Hallstatt en Austria[45] y en 1856 se recogen objetos antiguos en el yacimiento de La Tène, situado en el extremo oriental del lago de Neuchâtel.[46] Estos objetos parecen ser, por su forma y ornamentación, importaciones etruscoitalianas y permiten fechar la necrópolis de Hallstatt entre los años 1000 y 500 a.C. Las bases de la cronología comparativa, que establecerán firmemente en la segunda mitad del siglo Flinders Petrie y Montelius, se adelantan ya con el descubrimiento de Hallstatt. Bror Emil Hildebrand (1806-1884) será quien establezca la división de la Edad de Hierro en dos periodos, «Hallstatt» y «La Tène», en el marco del congreso internacional de antropología y arqueología histórica celebrado en Estocolmo en 1874.

Las excavaciones realizadas en el campo romano del monte Rea, en el yacimiento de Alesia, entre 1860 y 1865 por A. Bertrand y el general Creuly y, más tarde, por el coronel Stoffel (1823-1909), confirman que el periodo de La Tène corresponde a la última fase de la gran civilización celta: se descubren espadas y lanzas idénticas a las de la estación suiza, junto con monedas galas y romanas, ninguna de las cuales es posterior al año 54 a. C., y las más recientes son dos años anteriores a la célebre batalla.[47]

En Italia, el descubrimiento de ciudades lacustres es obra de un ingeniero francés, Gabriel de Mortillet (1821-1898) que, de regreso a Francia en 1864 tras su exilio en Italia, crea la revista *Matériaux pour l'histoire positive et philosophique de l'homme*.[48] Con sus artículos participa en gran medida en el triunfo de la prehistoria que, gracias a él, conocerá la consa-

---

45 Las primeras excavaciones sistemáticas vienen de la mano de J.-G. Ramsauer, entre 1846 y 1864.

46 Estos descubrimientos son obra de F. Schwab, coronel y arqueólogo aficionado; recibió la ayuda de F. Keller, profesor de Zúrich, y de Dexsor profesor de Neuchâtel. Cf. G. Nibby, *The Testimony of the Spade*, Londres, 1956.

47 A. de Barthélemy, «Étude sur les monnaies antiques recueillies au mont Beuvray de 1867 à 1872», *Mémoires de la Société éduenne*, nueva serie, 2, 1873, pp. 149-174; ídem, en *Revue archéologique*, 22, 1870-1871, pp. 16-33.

48 Con el subtítulo: *Bulletin des travaux et découvertes concernant l'anthropologie, les temps anté-historiques, l'époque quaternaire, les questions de l'espèce et de la génération spontanée*.

gración del primer congreso internacional de antropología y arqueología prehistóricas, reunido en La Spezia en 1865.[49]

En este contexto de descubrimientos que llevan bastante más allá de los límites temporales de la antigüedad griega y romana el campo en el que puede ejercerse una arqueología cada vez más desligada de la filología y la historia, A. Bertrand contribuye al progreso de la prehistoria y a la creación de la protohistoria europea. Participa en la elaboración del *Dictionnaire archéologique de la Gaule celtique* y redacta su introducción. Bajo su dirección se realizan reproducciones y estadísticas que permiten elaborar mapas arqueológicos. Concretamente, es el primero en crear un mapa de monumentos megalíticos en Francia.[50] Contribuye al nacimiento de una «geografía histórica de la Galia» que anuncia la arqueología moderna.

En la década de 1860, las investigaciones y descubrimientos se intensifican hasta el punto de imponerse la constitución de un museo de antigüedades nacionales. El castillo de Saint-Germain-en-Laye, que estaba siendo restaurado, albergará los objetos y monumentos que proceden de la más lejana prehistoria hasta el establecimiento del cristianismo en la Galia.

En 1865, A. Bertrand es nombrado miembro de la comisión de organización del museo, a la que pertenece también Félix de Saulcy. Ya en 1861, Bertrand se interesaba por la cuestión de la museografía y exponía sus ideas en un artículo de la *Revue archéologique*,[51] en el que subrayaba el interés de los objetos más modestos: «vasija de cerámica tosca, cuchillo de sílex o hacha de piedra», que constituyen «un depósito de información valiosísima sobre los usos y costumbres de las poblaciones primitivas».

Para elaborar su proyecto de museo de antigüedades nacionales, se inspira en la experiencia danesa y en el Museo de Antigüedades del Norte de Copenhague. El Römischgermanisches Museum de Maguncia, fundado en 1852 por Ludwig Lindenschmidt, y presentado con arreglo a los

---

49 Las siguientes sesiones se celebrarán en Neuchâtel en 1866, en París en 1867, en Norwich en 1868 y en Copenhague en 1869.

50 A. Bertrand, *Mémoire sur les monuments mégalithiques*, manuscrito premiado por el Instituto de Francia en 1862.

51 «Les musées et les collections archéologiques», *Revue archéologique*, 1861.

mismos principios,[52] le proporcionaba a A. Bertrand otro modelo. En Saint-Germain-en-Laye adopta la clasificación cronológica y concibe un museo no sólo como sala de exposiciones y acogida de público, sino como un centro de estudios e investigaciones: talleres de vaciado, restauración, fotografía, dirigidos por Abel Maître. Los vaciados pintados, tan importantes para la confrontación y la comparación de objetos producidos en los distintos países de Europa, son objeto de constantes intercambios con el Museo de Maguncia.

En Saint-Germain-en-Laye, los fondos están formados por las colecciones regaladas por Boucher de Perthes, Lartet y Christy y por las colecciones personales de Napoleón III.[53] G. de Mortillet es destinado al museo en 1868, donde se ocupa de clasificar y presentar la sala dedicada al paleolítico. Con la entrada de un auténtico prehistoriador en un museo público dedicado a las antigüedades nacionales, la prehistoria adquiere un reconocimiento absolutamente oficial. Alcanza su apogeo en 1867, cuando una comisión presidida por É. Lartet, con G. de Mortillet como secretario, organiza la presentación de objetos prehistóricos en la Exposición Universal de París.[54] Al mismo tiempo, se reúne el congreso internacional de antropología y arqueología prehistórica y el Museo de Saint-Germain-en-Laye abre sus puertas.

### 4.2.1. África del Norte

A la vez que se funda la arqueología nacional y alcanza un auge sin precedentes con la prehistoria y la protohistoria, otro erudito del círculo de Napoleón III da un impulso decisivo a las investigaciones que se llevan a cabo en África del Norte, especialmente en Argelia. Léon Renier (1809-1885) cruza el Mediterráneo en 1850 y, con sus trabajos, le otorga a la epigrafía francesa un lugar de primera línea dentro de Europa.

---

52 K. B. Stark, *Systematik und Geschichte der Archäologie der Kunst*, Leipzig, 1880, reed. Múnich 1969, p. 324; F. W. von Hase, «Ludwig Lindenschmidt et Napoléon III. Un chapitre précoce de la coopération archéologique franco-allemande», en *Aspects de l'archéologie française au XIX[e] siècle*, actas del coloquio internacional celebrado en La Diana de Montbrison, los días 14 y 15 de octubre de 1995, en prensa.

53 Cada año, el emperador acudía al campo de Châlons, dirigía maniobras y... excavaciones de sepulturas del periodo de La Tène.

54 G. de Mortillet, *Promenades préhistoriques à l'Exposition universelle*, París, 1867.

En la Comisión para la Exploración Científica de Argelia, creada en 1839, el oficial Adolphe Delamare y el arquitecto Amable Ravoisié habían desempeñado una gran labor de inventario y reproducción de yacimientos y monumentos.[55] La epigrafía había sido objeto del trabajo de muchos oficiales destinados en Argelia, pero hasta 1850 no había intervenido ningún científico, a excepción de Karl Benedikt Hase, que instruye a algunos oficiales sobre las técnicas epigráficas aunque no es «especialista» en inscripciones latinas.

En 1850, Léon Renier repite la experiencia de los eruditos de la expedición de Egipto y se une a la comitiva para recorrer las provincias de Argel y Constantina en busca de inscripciones, acompañado por el capitán Delamare, que había identificado en Lambèse el yacimiento del campo de la III legión romana.

Cuando llega L. Renier, el ejército ha decidido construir un centro penitenciario con las piedras romanas talladas. El comandante del círculo de Batna, el coronel Carbuccia, manda efectuar excavaciones y ayuda a Renier y Delamare.[56] En 1852, un segundo viaje lleva a L. Renier hasta Philippeville y Constantina.

Estos trabajos ofrecen una nueva dimensión a las investigaciones sobre la antigüedad del norte de África. La colaboración entre un erudito y un oficial ilustra las relaciones que mantienen en Argelia ciencia y política: se favorece el progreso de la arqueología, ya que el poder encuentra en ella una fuente de información para llevar a cabo la conquista y un modelo para realizar la colonización.

Las *Inscriptions romaines d'Algérie* que publica Léon Renier en 1855 y que reúnen más de 4.400 objetos, aportan por primera vez «una serie tan rica que permitía forjarse una imagen de la antigüedad».[57] Los textos se

---

55 M. Dondin-Payre, *La Commission d'exploration scientifique d'Algérie y Le Capitaine Delamare, Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, XIV y XV, *op. cit*.

56 Cf. P. A. Février, *Approches du Maghreb romain*, 2 vols., Aix-en-Provence, Édisud, 1989; M. Dondin-Payre, «*Exercitus Africae*, inspiratrice de l'armée française d'Afrique; *Ense et Aratro*», *Antiquités africaines*, 27, 1991, pp. 141-149; ídem, «Réussite et déboires d'une oeuvre archéologique unique: le colonel Carbuccia au nord de l'Aurès (1848-1850)», *Antiquités africaines*, 32, 1996, pp. 145-147.

57 P. A. Février, *op. cit*., vol. 1, pp. 36-37.



64. Por el oficial Godart, jefe del batallón de la 110.ª línea en Túnez, «Arc de triomphe [*sic*] en pierre, situé dans la partie est de la ville dominant la Sihanah», croquis n.º 25 acompañado del comentario siguiente: «Este arco puede competir con los de Roma. ¡Qué pena no poder transportar cosas tan bellas!», álbum «Souvenirs de Tunisie», 1881-1882, conservado en la Biblioteca del Instituto de Francia.



65. Conjunto del foro de Lambèse (Argelia). A. Ballu, *Algérie. Monuments antiques et arabes. Photographies de Mieusement. Mission de 1893*, lám. 1. Biblioteca del Instituto de Francia.

presentan sin comentarios, por lo que la aportación científica de la obra es limitada;[58] sin embargo, los trabajos de Renier dan una orientación decisiva a la arqueología del Magreb, que «se formará en gran medida a partir de textos epigráficos, más que de excavaciones».[59]

Sea como fuere, L. Renier renueva la epigrafía en Francia y le devuelve el impulso que había perdido tras la muerte de J.-A. Letronne en 1848. Éste había diseñado el método,[60] pero desapareció sin dejar ningún discípulo. En 1829, P. Le Bas había elaborado un proyecto de *Corpus français des inscriptions latines* y, tras abandonarlo, lo retomó una comisión epigráfica de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras en 1843, y finalmente, en 1847 Adolphe Noël des Vergers lo evoca en su *Lettre adressée à M. Letronne sur les divers projets d'un recueil des inscriptions latines de l'Antiquité*. Sin embargo, todas estas iniciativas habían fracasado dejando vía libre a la Academia de Berlín, cuyo *Corpus Inscriptionum Latinarum*, dirigido por Theodor Mommsen, ve la luz en 1863.[61]

La muerte en 1859 del conde Bartolomeo Borghesi, el «Champollion de la epigrafía latina», como lo llamó Ernest Desjardins, suscita, a iniciativa de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, la creación de una comisión para la publicación de las obras y la correspondencia del gran epigrafista italiano. Bien es cierto que aquél al que todos los eruditos de Europa iban a consultar a su refugio de San Marino no había publicado nada, pero dejaba unas cartas que constituían auténticas memorias. La comisión, presidida por L. Renier, reúne a Noël des Vergers, E. Desjardins, Th. Mommsen y W. Henzen, del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, y a los italianos G. B. de Rossi, Cavedoni y Minervini. Mientras que en el Instituto de Correspondencia Arqueológica la epigrafía se desarrolla gracias a W. Henzen, T. Mommsen y de Rossi, la cátedra de epigrafía y antigüedades romanas se crea en el Colegio de Francia para Léon Renier en 1861. Más tarde, participa en la fundación de la Escuela Práctica de Estudios Superiores, donde da una conferencia sobre epigrafía.

---

58 S. Gsell, introducción al t. IV, *Archéologie et Histoire*, de *Histoire et Historiens de l'Algérie*, publicada por la *Revue historique* en la colección del Centenario, París, 1931.

59 P. A. Février, *op. cit.*, vol. 1, p. 37.

60 En su *Recueil des inscriptions grecques et latines d'Égypte*, publicado entre 1842 y 1848.

61 F. Mazois, *Les Ruines de Pompéi*, París, Firmin-Didot, 4 vols., 1824-1838.

Con su enseñanza, Renier forma a muchos discípulos, que constituirán una auténtica escuela de epigrafía latina en Francia; a ella pertenecen, entre otros, Auguste Allmer, fundador de la *Revue épigraphique du Midi de la France*, Camille Jullian, cuya carrera comienza con las publicaciones de las inscripciones del valle del Huveaune[62] y Ernest Desjardins (1823-1886), autor en 1868 de una misión a los países del Danubio[63] de donde trae «la más bella recopilación de inscripciones latinas publicada por un francés», según afirmó el mismo L. Renier.

La epigrafía francesa, ilustrada por L. Renier, habría tenido el honor de contribuir a la elaboración del *Corpus* alemán, de no haber estallado la guerra en 1870, lo que impidió a Renier elaborar el tomo VII que la Academia de Berlín le había encargado. En Argelia, las sociedades eruditas se multiplican y se dotan de órganos de difusión: así es como se constituye en 1852 la Sociedad Arqueológica, Histórica y Geográfica de Constantina, y se publica su *Annuaire* en 1853. En 1856, la Sociedad Histórica Argelina publica la *Revue africaine* y, en 1858, se abre el Museo de Argel. En 1865, se crea en Bona una academia que difunde sus trabajos a través del *Bulletin de l'Académie d'Hippone*. Estas sociedades, compuestas de miembros de la administración, civiles y militares, arquitectos y oficiales, llevan a cabo las exploraciones, las reproducciones de carácter topográfico y las excavaciones.[64] Asimismo, intervienen a favor del mantenimiento de los vestigios en Argelia y ejercen un eficaz papel de protección del patrimonio arqueológico. En 1845 se planteó la creación de un museo argelino en París; los propios Delamare y Renier no mostraban ningún escrúpulo en enviar al Louvre mosaicos, bajorrelieves e inscripciones. La Sociedad Histórica Argelina y su museo, animados por A. Berbrugger, así como las demás sociedades eruditas y las numerosas colecciones privadas, permitieron evitar que Argelia fuera despojada de su riqueza arqueológica.

Si el periodo romano había estado antes privilegiado, a partir de 1867 se desarrolla la arqueología cristiana, cuando monseñor Robert se instala en Constantina y monseñor Lavigerie, en Argel. Con el impulso de este

62 C. Jullian, *Inscriptions romaines de Bordeaux*, 2 vols., 1886-1890.
63 E. Desjardins, *Monuments épigraphiques du Musée national hongrois*, París, 1868.
64 P. A. Février, *op. cit.*, vol. 1, pp. 40-46.

último, los Padres Blancos se implantan en Cartago en 1857, y uno de ellos, el R. P. Delattre, inaugurará en 1875 unas excavaciones a gran escala en las necrópolis de la ciudad púnica.

Asimismo, junto con las ambiciones de conquista, la ciencia se extiende de Argelia a Túnez. El yacimiento de Cartago había captado la atención y suscitado estudios por parte de los cónsules europeos destinados a Túnez: es el caso de los cónsules de Dinamarca, C. T. Falbe[65] e Inglaterra, sir Thomas Reed, que realizaron excavaciones. Otro inglés, Nathan Davis, pudo trabajar en Cartago y Útica, entre 1856 y 1858.[66] El cónsul de Francia en Soussa, por su parte, limpió en 1844 unos mosaicos publicados por K. B. Hase en la *Revue archéologique*.[67] Pero fue el *Voyage archéologique dans la Régence de Tunis*, emprendido por Victor-Louis Guérin[68] a expensas del duque de Luynes y publicado en 1862, el que permitió un conocimiento del país tan profundo que el ejército lo utilizó durante la ocupación de Túnez por las tropas francesas.

Cartago ofrece a Charles-Ernest Beulé, célebre por sus excavaciones en Atenas, un nuevo suelo en el que ejercer su talento de arqueólogo de campo: en 1859 efectúa trabajos en la colina de Birsa, en los accesos a puertos y necrópolis.[69] En 1865, la misión confiada al ingeniero Daux de estudiar los vestigios arqueológicos de Túnez muestra el interés de Napoleón III por este país, pero las restituciones que Daux elabora sobre Cartago y Útica son absolutamente fantasiosas.[70]

---

65 C. T. Falbe (1791-1849), cónsul general danés en Túnez. *Recherches sur l'emplacement de Carthage*, París, 1833. Cf. J. Lund, «The archaeological activities of Christian Tusen Falbe in Carthage in 1838», *Cahiers des études anciennes*, XVIII, 1986, pp. 8-24; ídem, «Archaeology and imperialism in the 19th century: C. T. Falbe, a Danish antiquarian in french service», en *Aspects de l'archéologie française au XIXe siécle*, actas del coloquio internacional celebrado en La Diana de Montbrison los días 14 y 15 de octubre de 1995, en prensa.

66 N. Davis, *Carthage and her Remains*, Londres, 1861.

67 Cf. P. A. Février, *op. cit.*, p. 48-49.

68 Victor-Louis Guérin (1821-1890) llega en 1851 a Argel, donde es profesor de retórica en el Liceo. Miembro de la Escuela de Atenas a partir de 1852, es llamado a Lyon en 1859.

69 C.-E. Beulé, *Fouilles de Carthage*, París, 1861.

70 Sobre la historia de las excavaciones en Cartago, cf. por último, A. Beschaouch, *La Légende de Carthage*, París, Gallimard (Découvertes), 1993.

Hacia 1880, toda África del Norte había sido explorada ya que, tras la expedición del italiano Della Cella, médico del bey de Trípoli[71] y la de los oficiales de marina ingleses F. W. y H. W. Beechey en Tripolitania,[72] Cirenaica es el objetivo de J.-R. Pacho que, en 1824-1825, se dirige allí por cuenta de la Sociedad de Geografía de París.[73] H. Barth, filólogo alemán, alumno de A. Boeckh y K. Ritter, recorre en los años 1845 a 1847 toda África del Norte, Egipto, Siria y Asia Menor[74] y procede a realizar un inventario minucioso de todos los vestigios antiguos. En 1848-1849, el cónsul francés de Benghazi, Vattier de Bourville, excava las necrópolis de la ciudad griega y extrae un centenar de vasijas áticas, entre las que se encuentran tres ánforas panatenaicas con el nombre de los arcontes, que hace llegar al Louvre.[75] Estos descubrimientos marcan un giro en el conocimiento del comercio griego. Posteriormente, serán dos ingleses, R. M. Smith y E. A. Porcher, ambos oficiales de marina, quienes limpiarán en la meseta de Cirene cinco templos en los que recogen numerosas estatuas para su envío al British Museum.[76]

Si la exploración arqueológica de África del Norte la realizan ciudadanos daneses, italianos, ingleses, alemanes y franceses, no se puede negar que a partir de 1830, con la toma de Argel, la investigación francesa se beneficia de las condiciones que impone la conquista y goza al final del Segundo Imperio de un cuasimonopolio en África del Norte. Una vez que se funda la Escuela de Roma en 1872, Argelia y Túnez se convertirán en la tierra elegida por sus miembros. Estos «departamentos franceses» del otro lado del Mediterráneo ofrecerán además a la metrópoli, desde finales del siglo XIX, un ejemplo de legislación y organización de la arqueología que pondrá en práctica Francia en 1942.

---

71 P. della Cella, *Viaggio di Tripoli*, Génova, 1819.

72 F. W. y H. W. Beechey, *Proceedings of the Expedition to explore the North Coast from Tripolis*, Londres, 1821-1822.

73 J.-R. Pacho, *Relation d'un voyage dans la Marmarique, la Cyrénaïque, les oasis d'Andjéhah et de Maiadich*, París, 1829.

74 H. Barth, *Wanderung durch das afrikanische Gestadeland*, Berlín, 1849.

75 Publicadas en la *Revue archéologique*, V, p. 230, y VI, p. 56; y por C.-E. Beulé, *Fouilles et Découvertes*, t. II, París, 1873, p. 90.

76 R. M. Smith y E. A. Porcher, *History of the Recent Discoveries at Cyrene*, Londres, 1864.

Para elaborar un balance de la arqueología en Francia desde 1848 hasta el final del Segundo Imperio, el año 1867 nos aporta el material. En ese momento, París es la sede de la exposición universal, una buena ocasión para hacer un balance «sobre los progresos de las letras y las ciencias», con informes redactados por los especialistas de las diferentes disciplinas.[77] La ausencia de la prehistoria en el panorama que esboza A. Maury en su «Exposé des progrès de l'archéologie», además de mostrar las dificultades para clasificar esta ciencia, revela lo que se entiende por «arqueología»: sólo se reúnen bajo este vocablo las investigaciones relativas a la antigüedad clásica.[78] Todavía no se habla de arqueología egipcia u oriental, sino de «estudios relativos a Egipto y Oriente».

Bien es cierto que Emmanuel de Rougé puede jactarse de ver consolidado y asegurado el futuro de la egiptología en Francia; de hecho, con la reapertura de la cátedra fundada por Champollion en el Colegio de Francia en 1860, Alfred Maury comprueba los enormes progresos que ha experimentado la arqueología clásica, pero ambos lamentan la ausencia de «escuelas» que garanticen la perennidad de la ciencia. Gaston Boissier percibe lo mismo y denuncia la insuficiencia de instituciones, incrimina a la Escuela de Magisterio, que forma a muy pocos eruditos de verdad,[79] y a la Escuela de Atenas, que «sería capaz de continuar con la tradición [de Letronne, Quatremère de Quincy, Raoul-Rochette, Lenormant], si contase con una organización perfecta, unida a unas circunstancias favorables».[80] Hemos visto que, efectivamente, la organización ateniense tenía algunas dificultades para convertirse en un centro de investigaciones arqueológicas.

La Exposición Universal de 1867 pone de manifiesto el desnivel entre ciencia francesa y ciencia alemana y suscita una reflexión sobre el papel de la universidad. Se plantea el problema de la enseñanza de una serie de disciplinas que la ciencia francesa ha ilustrado con brillantez, pero en las que

77 *Recueil de rapports sur les progrès des lettres et des sciences en France*, París, 1867.

78 En su exposición, A. Maury plantea sucesivamente la numismática griega y latina, la escultura y la cerámica.

79 G. Boissier, «Progrès de l'archéologie grecque et romaine», *Revue des Deux Mondes*, 1864, pp. 117-154.

80 A. Maury, «Exposé des progrès de l'archéologie», en *Recueil de rapports sur les progrès des lettres et des sciences en France, op. cit*.

tiene una desventaja en este momento crucial de la historia de la arqueología en que se impone la necesidad de obras colectivas y no individuales.

Todas las enseñanzas superiores se ven afectadas y Victor Duruy (1811-1894), ministro de Instrucción Pública entre 1863 y 1869, es totalmente consciente de la urgencia de reformarlas en profundidad. Con vistas a ello, solicita encuestas sobre la instrucción en Europa, y muy especialmente en Alemania,[81] para llegar a una *Statistique de l'Enseignement supérieur* en 1868. El balance es tan abrumador que A. Chéruel, informador de la investigación de 1865, se pregunta: «¿Ha conservado Francia la religión de los estudios superiores?» y comprueba: «El espíritu universitario se ha apagado por todas partes».[82] Victor Duruy concluye en su *Rapport à l'Empereur* de 1868: «Al parecer, aparte de la Academia de Inscripciones y la École des Chartes, la erudición nos espanta».[83]

El modelo del ministro Duruy es el de la *Wissenschaft*, elaborado en los seminarios y laboratorios de las universidades alemanas; ya en 1833 Victor Cousin había establecido, a petición del ministro de Instrucción Pública, un informe sobre el sistema educativo «en algunos países de Alemania», nación que aparece como punto de referencia en cuestión de enseñanza;[84] V. Duruy se inspiró en la experiencia alemana para instaurar «clases libres» en la universidad y organizar la Escuela Práctica de Estudios Superiores. En París se abren cuatro clases libres de arqueología y once en los departamentos, para las que se recurre no sólo a profesores sino también a miembros de sociedades eruditas: el éxito es rotundo.

Por otra parte, la Escuela Práctica de Estudios Superiores se funda el 31 de julio de 1868 por un decreto que le asigna «el papel de establecer, junto con la enseñanza teórica, los ejemplos que pueden fortalecerla y ampliarla» y la define de la siguiente manera: «Escuela más práctica de laboratorios y seminarios a la moda alemana.» La Escuela comprende cuatro secciones y la cuarta de ellas se refiere a las «ciencias históricas y filológicas».

---

81 S. Horvath-Peterson, *Victor Duruy and the French Education Liberal Reform in the Second Empire*, Baton Rouge y Londres, Louisiana State Univ. Press, 1984.

82 Adolphe Chéruel, historiador, investigación de 1865, citado por L. Liard, *L'Enseignement supérieur en France 1789-1889*, 2 vols., París, 1888-1894, t. I, cap. II.

83 V. Duruy, *Rapport à l'Empereur. Statistique de l'Enseignement supérieur*, París, 1868.

84 V. Cousin, informe: «De l'instruction publique dans quelques pays d'Allemagne», 1833.

Al crear esta nueva institución, V. Duruy trata de coordinar las investigaciones e instruir a los eruditos en las disciplinas que no se enseñan en la universidad. Además, espera que las facultades se contagien de este «renacimiento científico» y se reformen por sí solas. El mismo decreto que funda la Escuela Práctica de Estudios Superiores funda también la Escuela Normal Superior.[85]

Tras padecer los asaltos del «Imperio autoritario» a partir de 1852 y librarse de varios proyectos de desmantelamiento, la Escuela Normal Superior vio sus estudios reformados y reducidos a una «mezquina y monótona prolongación de las clases más avanzadas de liceo».[86] A partir de 1855 y presionado por la opinión pública, el ministro Gustave Rouland restaura la escuela de la calle de Ulm. A V. Duruy, antiguo normalista, le correspondía guiarle en su investigación y darle el estatus de un seminario de alto nivel. El decreto de 1868 asocia la Escuela Práctica de Estudios Superiores a la Escuela de Magisterio, a la que dota de un programa de estudios para los profesores que deseen continuar por la vía de la investigación tras la docencia.[87]

En 1868 se respiran en la Escuela Normal Superior aires de renovación, ya que se ve estimulada por el ejemplo de la Escuela Práctica: se desarrollan los estudios de historia y filología, que pasan a considerarse auténticas ciencias.

La comisión de patrocinio de la Escuela Práctica de Estudios Superiores la forman, en su cuarta sección, M. Bréal,[88] A. Maury, L. Renier, E. de Rougé y W. H. Waddington.[89] De su composición se deduce la importancia concedida a los estudios filológicos y arqueológicos. G. Boissier, encargado en 1867 de un informe sobre estudios de literatura latina, en el que lamentaba «la escasa y poco digna participación [que hemos tenido] en el movimiento de renovación de la crítica de textos clásicos», así como

85 Designada con este nombre desde 1845.

86 G. Perrot, «L'École normale et son centenaire», en *Centenaire de l'École normale 1795-1895*, París, 1895, p. XXV.

87 P. Hummel, *Humanités normaliennes*, París, Les Belles Lettres, 1995.

88 Michel Bréal (1852-1915), profesor de gramática comparada en el Colegio de Francia, de 1866 a 1905. Desempeña un papel importante en la constitución de la Escuela Francesa de Roma, a cuyo director, A. Geffroy, anima a llevarla por la vía de la etruscología.

89 W. H. Waddington (1826-1894): arqueólogo y político francés.



66. Gaston Maspero (1846-1916). Álbum fotográfico realizado por E. Pirou, Biblioteca del Instituto de Francia.



67. Gaston Boissier (1823-1908). Álbum fotográfico realizado por E. Pirou, Biblioteca del Instituto de Francia.

el interés limitado por el «trabajo de los filólogos»,[90] es el primer titular de la cátedra de estudios latinos. A. Tournier es el primer director de la sección griega. En 1868 se confía la conferencia de epigrafía y antigüedades grecolatinas a L. Renier. El año siguiente, G. Maspero enseña arqueología egipcia. Poco a poco, las conferencias se van diversificando y multiplicando y todas las áreas de la filología y la arqueología estarán representadas en la Escuela Práctica de Estudios Superiores por los eruditos más competentes que, cada uno en su disciplina, «otorgan al oyente los métodos que le enseñarán las ciencias que estos métodos han creado».[91] Cuando, a imagen de la Escuela des Chartes, la Escuela Práctica se dota de una biblioteca en 1869, Francia consigue por fin tener una «escuela» que responde a la definición de A. Chéruel: «Un haz de doctrinas que enlaza un espíritu común, una unidad fértil que se presta a infinidad de investigaciones y resultados».[92]

No obstante el escaso presupuesto asignado a la enseñanza superior y a las instituciones científicas, la Escuela Práctica de Estudios Superiores se convierte enseguida en el centro donde sobre el modelo de la investigación alemana, se enseñan a los jóvenes eruditos los métodos de las ciencias auxiliares de la historia, elaborados progresivamente desde 1830. Al igual que la École des Chartes, goza de un reconocido prestigio en el extranjero.

La arqueología francesa que en la primera mitad del siglo XIX, experimentó un principio de organización, se desarrolla a partir de 1850 gracias a la creación de nuevas instituciones. La arqueología nacional se ve especialmente privilegiada por la fundación de la Comisión Topográfica de la Galia y la apertura del Museo de Antigüedades Nacionales en Saint-Germain-en-Laye. África del Norte ofrece un amplio campo donde se desarrolla sobre todo la epigrafía.

La Escuela Francesa de Atenas, cuya situación se revisa, aunque no se ha convertido todavía en «seminario arqueológico» complementario y rival del Instituto de Roma, ofrece a los más emprendedores de sus miembros la ocasión de contribuir a la investigación arqueológica en Grecia.

---

90 G. Boissier, *Rapport au ministre de l'Instruction publique sur les études de littérature latine*, París, 1867.
91 L. Liard, *op. cit.*, vol. 2, p. 291.
92 A. Chéruel, *Enquête* de 1865.

Se lamenta la ausencia de la «escuela arqueológica» francesa, pero se crean nuevas cátedras en el Colegio de Francia para la egiptología y la epigrafía latina. Todavía habría de operarse la profunda reforma de la enseñanza superior, pero la Escuela Práctica de Estudios Superiores ya la anuncia y constituye un auténtico instituto de investigación científica para las disciplinas histórica y filológica.

Este marco, establecido durante el Segundo Imperio, es el que permitirá a la arqueología francesa crecer, no sólo en Francia y África del Norte, sino también en Italia, Grecia, Mesopotamia, todo Oriente Próximo y Egipto.

## 4.3. La arqueología en Italia y el «asunto Campana»

En Italia, tierra de elección de la arqueología clásica en la que nacieron las instituciones más antiguas y donde, desde 1829, se elabora la nueva ciencia gracias a la colaboración internacional, se desarrollan entre 1850 y 1870 las investigaciones emprendidas en la primera mitad del siglo y, por otra parte, se desencadenan importantes cambios de orden político que tendrán una repercusión considerable en la arqueología.

La continuidad marca la actividad del Instituto de Correspondencia arqueológica de Roma,[93] en cuyo seno la sección italiana es muy sólida y dinámica desde su fundación. Todos aquellos que contribuyen en todas las regiones de Italia al progreso de la arqueología se asocian a él: en Nápoles y su región destacan F. M. Avellino,[94] fundador del *Bollettino Archeologico Napoletano*, su continuador G. Minervini (1819-1891), y el gran G. Fiorelli (1824-1896), mientras que Sicilia está representada por los hermanos Cavallari.[95] Los etruscólogos G. B. Vermiglioli, de Perugia (1769-1848),

93 F. W. Deichmann, *Vom internationalen Privatverein zur Preussischen Staatsanstalt. Zur Geschichte des Instituto di Corrispondenza Archeologica*, Maguncia, Verlag Philipp von Zabern, 1986; L. Wickert, *Beiträge zur Geschichte des Deutschen Archäologischen Instituts von 1879 bis 1929*, Maguncia, Verlag Philipp von Zabern, 1979.

94 F. M. Avellino (1788-1850): profesor de griego en Nápoles y, a partir de 1839, director del Museo Borbónico.

95 Domenico Cavallari secunda al duque de Serradifalco en la limpieza de las metopas de Selinunte en 1870. Francesco Severio Cavallari (1809-1896).

F. Inghirami[96] y G. Migliani, de Florencia, colaboran regularmente en las publicaciones del Instituto.

La epigrafía, que a partir de 1857 se convierte en un eje de investigación privilegiado del centro romano, cuenta con la ayuda del fundador de esta ciencia, el conde B. Borghesi, que se erige como tutor de los jóvenes epigrafistas alemanes G. Kellermann, W. Henzen y T. Mommsen[97] y desempeña un papel fundamental en la realización del *Corpus Inscriptionum Latinarum*. G. B. de Rossi (1822-1894) aporta al *Corpus* una contribución decisiva[98] a la vez que funda la arqueología cristiana.[99]

La sección francesa, por su parte, se va desligando progresivamente desde 1848, y J. de Witte, E. Desjardins o C. Wescher[100] son de los pocos eruditos franceses que mantienen su interés y sus lazos con el Instituto. Aunque L. Renier, al que la epigrafía y la publicación de las obras de B. Borghesi acercan a W. Henzen, logra que el gobierno francés abastezca generosamente a la biblioteca del Instituto pero se aparta del centro después de 1860. Este cambio de actitud está sin duda vinculado a la nueva orientación que H. Brunn imprime al Instituto a partir de 1859, y al proyecto de crear una misión prusiana permanente en Atenas.

El gobierno de Berlín concede créditos importantes, asignados a becas de viajes o estancias en Italia o Grecia destinadas a favorecer la formación de profesores de arqueología en Alemania. En 1860-1861, doce estudiantes alemanes establecen su residencia en Italia y preparan «la arqueología del futuro»:[101] sus nombres son Conze, Michaelis, Helbig, Hirschfeld...

---

96 Francesco Inghirami (1772-1846). Cf. P. Defosse, «La figure du Cavaliere Francesco Inghirami à travers sa correspondance avec G. B. Vermiglioli», en *Hommages à M. Renard*, Bruselas, t. 3, pp. 174-182.

97 T. Mommsen, *Les Inscriptions du règne de Naples*, 1852.

98 De Rossi es el autor del volumen VI del *CIL* relativo a las inscripciones de Roma.

99 Sobre la arqueología en Italia y sus relaciones con la arqueología alemana, cf. L. Polverini (ed.), *L'Antichità classica nell'Ottocento, Atti del convegno Acquasparta 1988*, Acquasparta, 1993.

100 Carle Wescher (nacido en 1832): miembro de la Escuela Francesa de Atenas, promoción de 1859.

101 A. Michaelis, *Storia dell'Instituto Archeologico germanico 1829-1879*, Roma, 1879; G. Rodenwaldt, *Archäologisches Institut des Deutschen Reiches 1829-1929*, Berlín, 1929.

Aunque los estudiantes griegos, belgas, holandeses y franceses[102] también cuentan con estos periodos de residencia, es evidente que el Instituto de Roma consolida cada vez más su vocación de «Oberuniversität» para la arqueología alemana. La ruptura definitiva de 1870 sancionará la deterioración progresiva de las relaciones entre franceses y alemanes en el seno del Instituto, y tendrá como resultado la fundación de la Escuela Francesa de Roma, uno de cuyos artífices es L. Renier.

1860 marca un giro en la evolución de la más antigua institución arqueológica internacional, pero sobre todo es decisiva para la historia de Italia, que realiza su unidad y organiza su arqueología en el plano nacional.

Pompeya se encuentra en el centro del dispositivo puesto en marcha entre 1860 y 1870:[103] efectivamente, G. Fiorelli[104] toma el mando de las excavaciones[105] y es designado para dirigir el museo de Nápoles. Se apresura a establecer un reglamento general de excavaciones y pone a punto un sistema topográfico para explorar la ciudad por manzanas enteras. Lleva una crónica precisa de los trabajos[106] y trata de reconstituir los que se han realizado con anterioridad.[107]

En 1866, G. Fiorelli crea la Scuola Archeologica di Pompei y hace así de la ciudad antigua un centro de formación en el que los jóvenes arqueólogos, en contacto con los monumentos, reciben una educación práctica completada gracias a la biblioteca que tienen a su disposición. Fiorelli, al que solicitan una investigación sobre los estudios arqueológicos en Italia,[108] se convierte en 1875 en el conservador general de las Antigüedades del Reino. Cada provincia está dotada de una comisión «delle antichità e belle arti» y la revista *Notizie degli scavi degli antichità*, creada en 1876, enumera y publica los descubrimientos. G. Fiorelli, miembro del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, le abre Nápoles y Pompeya que estaban hasta entonces prohibidas. Así es

102 Uno de ellos es Olivier Rayet (1847-1887), miembro de la Escuela Francesa.

103 M. Gigante (ed.), *La Cultura classica a Napoli nell'Ottocento*, Nápoles, 1987.

104 F. de Angelis, «Giuseppe Fiorelli: la vecchia antiquaria di fronte allo scavo», en *L'Archeologia italiana dall'Unità al Novecento, Ricerche di storia dell'arte*, 50, 1993, pp. 6-16.

105 *Giornale degli Scavi di Pompei*, 1861.

106 *Gli scavi di Pompei*, 1862-1872.

107 *Pompeiaenarum antiquitatum historia*, 3 vols., Nápoles, 1860-1864.

108 *Rapporto sulle scoperte fatte in Italia del 1846 al 1866*, Nápoles, 1867.

como W. Helbig puede elaborar el catálogo de las pinturas de Herculano y Pompeya en 1868.

Aprovechando la unidad italiana, se ejerce en Roma la influencia francesa, donde Napoleón III compra los jardines de Farnesio en 1861 y ordena a P. Rosa emprender excavaciones. Se limpian los palacios imperiales y en 1869 se descubre la «casa de Livia», cuyas paredes están decoradas con pinturas en perfecto estado de conservación.[109] Por otra parte, el emperador ordena realizar el vaciado en yeso de la columna de Trajano y llevar los moldes a París.

Los años 1860 a 1870, durante los cuales se fragua la unidad italiana, son también los que ven cómo se forma la prehistoria italiana y cómo aborda la etruscología una nueva fase de su historia.[110] En 1853, el conde Giovanni Gozzadini (1810-1887) descubrió y excavó en sus propiedades de Vilanova, cerca de Bolonia, unas necrópolis de incineración de la edad de hierro. Constituyó un círculo de carácter político y científico frecuentado por grandes eruditos europeos, entre los que se encontraban los prehistoriadores Chantre, de Mortillet, Hildebrand y Montelius, pero también Evans y Schliemann.

El papel de Gabriel de Mortillet en el nacimiento de la prehistoria italiana es determinante: es él quien llama la atención sobre los hábitats lacustres, explora con Bartolomeo Gastaldi[111] y Édouard Desor[112] la estación de Mercurago, cerca de Novara, y es el primero en señalar la presencia arqueológica de los celtas en Italia, en el yacimiento de Marzabotto, cerca de Bolonia.[113] Él es también el responsable de que se reuniese en La Spezia, en 1865, el primer congreso internacional de antropología y arqueología prehistórica.

---

109 G. Perrot y L. Renier, «Les peintures du Palatin», *Mélanges de l'École française de Rome, Antiquité*, 1875, pp. 74-140.

110 A. Guidi, *Storia della paletnología*, Roma-Bari, Editori Laterza, 1988.

111 Bartolomeo Gastaldi (1818-1879). Excava el hábitat palafítico de Mercurago, cerca de Novara, y organiza el primer museo de prehistoria en Turín.

112 Édouard Desor (1821-1881): profesor en Neuchâtel, alumno de Ferdinand Keller, con el cual excava, de 1857 a 1860, el yacimiento de La Tène descubierto por el coronel Schwab.

113 C. Morigi Govi y G. Sassatelli (eds.), *Dalla Stanza delle Antichità al Museo Civico. Storia della formazione del Museo Civico Archeologico di Bologna*, Bolonia, Grafis Edizioni, 1984, p. 277 ss.

El descubrimiento de las necrópolis de Vilanova se completa en 1869 con el de La Certosa, excavada por A. Zannoni, ingeniero y arquitecto municipal.[114] Bolonia, donde se celebra en 1871 el congreso internacional de antropología y arqueología prehistórica,[115] ofrece nuevas vías a la etruscología: las necrópolis plantean la cuestión de las relaciones entre «vilanoveses» y etruscos, y el urbanismo etrusco, reproducido en Marzabotto,[116] completa la visión de una civilización de la que hasta entonces sólo se conocían las tumbas.

Por otra parte, prosiguen las investigaciones en Etruria meridional, donde Alessandro François[117] busca y excava para Adolphe Noël des Vergers: descubre en 1857 en Vulci la tumba que lleva su nombre, y cuyo mayor interés reside en las inscripciones, leídas e interpretadas por Otto Jahn.[118] Los resultados de los trabajos de A. François son presentados por A. Noël des Vergers en su obra *L'Étrurie et les Étrusques*,[119] que garantiza el paso de la etruscología romántica a la etruscología científica.[120]

Desde 1828, con los extraordinarios descubrimientos de Vulci, los etruscos no han permanecido en primer plano de la «escena arqueológica» y, en 1857, el marqués Giovanni Pietro Campana, célebre coleccionista, centra en ellos toda la actualidad. Mientras su colección se da a conocer en toda Europa, y él mismo se cubre de honores y mantiene una estrecha relación con el Instituto de Correspondencia Arqueológica, estalla el

---

114 A. Zannoni, *Gli scavi della Certosa di Bologna,* Bolonia, 1876. Véase S. Tovoli, «Gli scavie le scoperte a Bologna tra il 1871 et il 1881», en C. Morigi Govi y G. Sassatelli (eds.), *Dalla Stanza delle Antichità..., op. cit*., pp. 307-326.

115 D. Vitali, «Il V Congresso di Antropologia e Archeologia Preistoriche a Bologna», *ibidem*, pp. 277-297.

116 Pequeña localidad al norte de Bolonia, donde el conde Aria descubre, en 1862, en el parque de su castillo, varios templos y aras, así como una ciudad entera y sus necrópolis. G. Gozzadini, *Di un'antica necropoli a Marzabotto nel Bolognese*, Bolonia, 1865.

117 Alessandro François (1796-1857), ingeniero de Livorno. F. Buranelli, «La società François-Noël des Vergers-Firmin-Didot e gli scavi in Etruria dal 1850 al 1857», en R. Copioli (ed.), *Adolphe Noël des Vergers (1804-1867)*, Rímini, Associazione Adolphe Noël des Vergers, 1996, pp. 419-423.

118 A. Hus, *Vulci étrusque et étrusco-romaine*, París, Klincksieck, 1971; catálogo *La Tomba François di Vulci*, Ciudad del Vaticano, Roma, 1987.

119 París, 1862-1864.

120 G. Colonna, «L'Aventure romantique», y F. Delpino «L'âge du positivisme», en el catálogo de la exposición *Les Étrusques et l'Europe*, París, Réunion des musées nationaux, 1992.

escándalo político-financiero que provoca su ruina: se le acusa de concusión por haber empeñado su museo en el Monte de Piedad de Roma, que él mismo dirige, y haber provocado en él un déficit de un millón de escudos romanos. Campana es detenido, encerrado en la fortaleza de San Angelo y condenado a veinte años de trabajos forzados, pero esta pena enseguida es conmutada por la de exilio, gracias a la cesión de su colección al Estado pontificio.[121]

La compra de la colección Campana por Francia, además de situar las colecciones del Louvre entre los principales museos europeos, desata el «asunto Campana», que determinará la política del Segundo Imperio y de la III República en materia de bellas artes y arqueología, y cuyas consecuencias se prolongarán hasta la época contemporánea.

Desde 1838, la «galería Campana», que se expone en las distintas villas romanas del marqués, se hace célebre en toda Europa: «Era considerada, con razón, incluso en Roma, como la colección privada más rica y variada», escribe L. Vitet en septiembre de 1862 en su artículo de la *Revue des Deux Mondes*.[122] La visita que realiza en 1846 el papa Pío IX a la lujosa residencia del marqués en San Juan de Letrán consagra definitivamente toda la colección y no deja intuir de ninguna manera su fatal destino.[123]

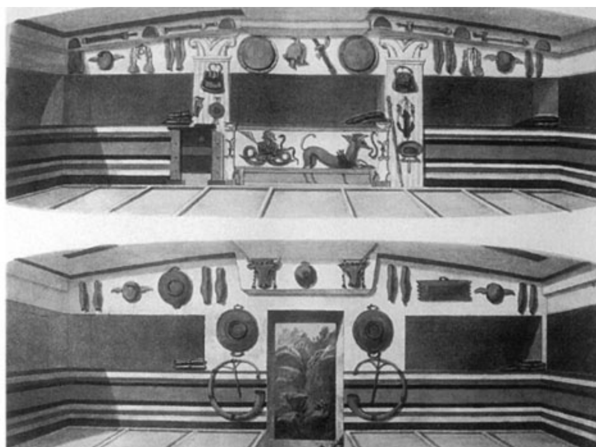
El marqués Campana fue un coleccionista excepcional, no sólo por la cantidad y variedad de objetos recopilados, sino por el origen de sus antigüedades: de hecho, siguiendo la tradición familiar se hizo arqueólogo y en 1831, al principio de su carrera (nació en 1807), practicó multitud de

---

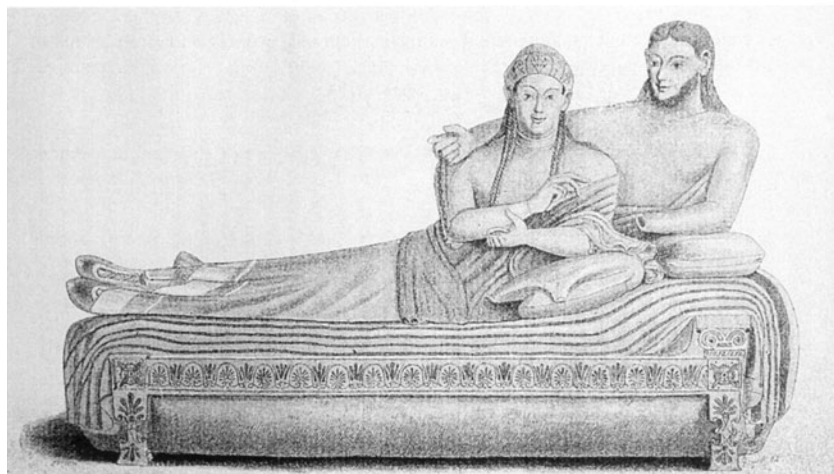
121 *Romana di peculato con abuso d'ufficio a danno del sagro Monte di Pietà di Roma*, Ciudad del Vaticano, Archivio segretto, 1859; *Lettres référentes au procès Campana*, Ciudad del Vaticano, Archivio segretto 1858.63, fasc. 2.

122 L. Vitet, «La collection Campana», *Revue des Deux Mondes*, sept. de 1862, p. 164.

123 M. Tosi, *Il sacro Monte di Pietà di Roma e le sue Amministrazioni*, Roma, 1937; G. Q. Giglioli, «Il Museo Campana e le sue vicende», *Studi Romani*, III, 1955, p. 292 ss. , p. 413 ss.; H. Sorensen, «Le roman de la collection Campana», *L'Estampille*, 55, 1977, p. 12 ss.; È. y J. Gran-Aymerich, «La collection Campana dans les musées de province et la politique archéologique française», en *L'Anticomanie. La collection d'antiquités aux XVIII^e^ et XIX^e^ siècles*, textos recopilados por A.-F. Laurens y K. Pomian, París, Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales, 1992, pp. 123-132; F. Gaultier, «La collection Campana et la collection étrusque du musée du Louvre»: catálogo de la exposición *Les Étrusques et l'Europe*, París, Réunion des musées nationaux, 1992, pp. 350-361.



68. Tumba de Cerveteri, Italia. A. Noël des Vergers, *L'Étrurie et les Étrusques*, París, 1852-1864. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



69. Cerveteri, el sarcófago de los esposos conservado en el Museo del Louvre, según J. Martha, *L'Art étrusque*, París, 1889.

excavaciones en Roma y Etruria.[124] Su vocación arqueológica constituye un aspecto importante, si no primordial, de la personalidad del coleccionista. Prueba de ello es su condición de miembro del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma.[125]

La colección del marqués, formada mayoritariamente por el fruto de sus excavaciones, adquirió un carácter bastante heterogéneo: en ella encontramos piezas absolutamente excepcionales junto con multitud de objetos mediocres, almacenados para su intercambio o reventa. El taller de los hermanos Pennelli, expertos en restauraciones y transformaciones,[126] constituye uno de los engranajes del comercio de antigüedades al que se dedicará Campana.[127]

En 1862, Ludovic Vitet, que fue el primer inspector general de los monumentos históricos en 1830, respondiendo en plena polémica a la nota de Ernest Desjardins sobre el museo Napoleón III, denuncia el aspecto dispar de la colección para negarle el valor «de clase completa de historia del arte».[128] Esto suponía hacer bien poco caso de las intenciones del propio Campana, que concebía su galería como un «museo modelo», llamado a corregir los defectos de las colecciones existentes.[129] Efectivamente, tanto las antigüedades como los cuadros de los italianos primitivos muestran la voluntad de divulgar en Europa el conocimiento de determinadas ramas del arte ignoradas hasta entonces. En su introducción al catálogo de antigüedades de barro («Oeuvres antiques en terre cuite») que publica en 1842, Campana llama la atención de los aficionados y eruditos sobre objetos que aún no se habían puesto de moda y que, según confiesa

---

124 G. Campana, *Di sue sepolcri romani del secolo di Augusto scoperti tra la Via Latina e l'Appia presso la tomba degli Scipioni*, Roma, 1840; ídem, *Antiche opere in plastica*, Roma, 1842.

125 *Enciclopedia italiana*, s. v. «Campana (Giampietro)», Roma, 1955; A. Michaelis, *Un secolo di scavi archeologici*, Bari, 1912 (sobre el asunto Campana, p. 78 ss.).

126 R. Türr, *Fälschungen antiker Plastik seit 1800*, Berlín, 1984 (sobre los hermanos Pennelli, p. 106 ss.); G. Nadalini, «Le musée Campana: origine et formation des collections. L'organisation du musée et le problème de la restauration», en *L'Anticomanie. La collection d'antiquités aux XVIII^e et XIX^e siècles, op. cit.*, pp. 111-121.

127 S. Reinach, «Esquisse d'une histoire de la collection Campana», *Revue archéologique*, jul.-dic. de 1904, p. 179 ss., p. 364 ss.; ídem, 1905, p. 57 ss., p. 208 ss., p. 343 ss.

128 L. Vitet, «Réponse à cette brochure (sous forme de lettre au Directeur)», *Revue des Deux Mondes*, oct. de 1862, p. 749 ss.

129 *Cataloghi del Museo Campana*, Roma, s.d., 1858.

el propio L. Vitet, a quien no se puede tachar de complaciente, constituían junto con las joyas «la parte más nueva y original de toda la colección Campana».[130]

La composición misma de las colecciones Campana da prueba de las opciones del marqués: de las doce clases que comprenden la «galería», ocho están formadas por antigüedades.[131] La preocupación arqueológica prima claramente, sobre todo si nos fijamos en el elevado número de objetos idénticos, o muy cercanos, que forman las series; es el caso de las vasijas griegas o las vasijas negras de Etruria —el *bucchero*— reunidas no por sus características estéticas sino básicamente por su valor histórico.[132] Por lo que respecta al *bucchero*, por ejemplo, Campana quería dar una imagen de la cerámica nacional de los etruscos, dentro de la perspectiva de este «museo de Italia» que soñaba con crear en Roma.[133] Según parece, le animaba el afán enciclopédico y perseguía la creación de un «museo universal representativo de todos los tiempos y todos los países».[134]

A pesar de los defectos incontestables (en general había un consenso que reconocía la mediocridad de las secciones de arte medieval y moderno), el prestigio extraordinario del que gozaba la colección de Campana a mediados del siglo pasado se explica por su envergadura, su calidad y su variedad, absolutamente inéditas.

En 1858, con la caída del marqués Campana, Léon Heuzey, un joven arqueólogo miembro de la Escuela Francesa de Atenas, viaja a Roma y subraya la urgencia de comprar la colección.

Napoleón III, relacionado con la familia Campana por una antigua deuda, animado por Hortense Cornu y sus allegados, y empujado por el

---

130 E. Desjardins, *Catalogue des bijoux du musée Napoléon III*, París, 1862; L. Vitet, *op. cit*.

131 H. D. Escamps, *Galerie des marbres antiques du musée Campana à Rome*, Berlín, 1869.

132 J. de Witte, *Antiquités grecques et romaines. Exposition Paris, Palais de l'Industrie*, 1862; D. von Bothmer, «Les vases de la collection Campana», *Revue du Louvre*, 4, 1977, p. 213 ss.

133 É. y A. Gran-Aymerich, «Les recherches sur le bucchero et la place de la collection Campana, au Louvre, à Bruxelles et à l'Ermitage», en *Die Welt der Etrusker. Internationales Kolloquium*, Berlín, 1990, pp. 327-339.

134 S. Reinach, *op. cit*., 1905.

ejemplo del zar de todas las Rusias, que acaba de adquirir un magnífico lote de vasijas, bronces y mármoles, firma la compra de la colección en mayo de 1861. Antes de que Napoleón III tomase esta decisión, se efectuaron dos compras importantes, concretamente por E. Guedeonov para Rusia y C. Robinson para Inglaterra.[135]

El Museo del Ermitage se enriqueció con las vasijas de Ruvo y las veintitrés vasijas de Cumas, entre las que se hallaba la famosa hidria denominada «Regina vasorum» que Désiré Raoul-Rochette, al término de su visita a la villa Campana, describió en una carta a Eduard Gerhard en enero de 1854.[136]

Por lo que respecta a los ingleses, habían comprado para el Museo de South Kensington esculturas italianas de los siglos XV y XVI y mayólicas. Este museo londinense, abierto en 1857, antepasado del Victoria and Albert Museum, fue concebido como un centro de arte industrial. De hecho, en 1852 le precedió un museo de manufacturas, que era a su vez producto de la gran exposición que se celebró en 1851 en Hyde Park, donde figuraban las obras industriales de todas las naciones. Desde 1835, se venía produciendo en Inglaterra un desarrollo espectacular de las escuelas de diseño y pintura, a las que se sumaban colecciones de objetos artísticos. Con el fin de educar a los aprendices y artesanos, el Museo de South Kensington adquiere una parte de la colección Campana.

Por otra parte, en la exposición londinense de 1851, el arte industrial francés se imponía como el más dinámico e inventivo y tenía la certeza de ser el mejor y de disponer de las estructuras necesarias. Sin embargo, algunos intelectuales franceses empiezan a tomar conciencia del retraso que su país acusaba en este ámbito respecto al resto de Europa.[137] Así pues, Victor Schnetz, director de la Academia de Francia en Roma, en la carta que envía al emperador el 25 de febrero de 1859 para convencerle de comprar la colección Campana, insiste en «la afortunada influencia que tendría para las artes e incluso para la industria la observación y el estudio de unos *modelos* tan bellos».

---

135 C. A. Newton y S. Birch, *Report on the Campana Collection*, Londres, 1856.
136 Cf. E. Gerhard, sobre el Museo de Campana en Roma, *Archäologische Zeitung Anzeiger*, 1855.
137 P. de Chennevières, «Union centrale des arts décoratifs», *Revue des arts décoratifs*, 1, 1880-1881, pp. 1 ss.

Por lo tanto, la idea de utilizar la colección Campana para dar un competidor francés al museo de South Kensington puede situarse en esta fecha, 1859. En 1861, Léon Renier, epigrafista y familiar de Hortense y Sébastien Cornu, lleva a buen término la negociación quedando al margen el Louvre y el conde de Nieuwerkerke.

Se compran 11.835 objetos por 4.800.000 francos, es decir, el equivalente del total de cantidades asignadas a los cuadros, ornamentos y dibujos adquiridos por el Estado entre 1851 y 1860.[138] Este gasto a menudo se ha considerado exorbitante pero, según confiesa el propio L. Vitet, favorable sin embargo al Louvre y muy criticado respecto al Museo Napoleón III, está perfectamente justificado tanto por el valor de las adquisiciones como por la formidable inversión cualitativa y cuantitativa que supone para el Louvre, que se sitúa en primer lugar en la carrera por la riqueza emprendida por los grandes museos europeos.[139]

La colección, llevada en primer lugar al Louvre, es transferida al palacio de la Industria construido en los Campos Elíseos para la exposición de 1855. Sébastien Cornu, Charles Clément y Edmond Saglio son nombrados en ese momento administradores temporales del Museo Napoleón III, formado por la colección Campana y los objetos recopilados durante las misiones arqueológicas a Fenicia, Macedonia y Asia Menor.[140]

El nuevo museo se inaugura el 1 de mayo de 1862,[141] el mismo día en que se abre en Londres la exposición universal. Ambos acontecimientos son bien recibidos por Ernest Desjardins quien, en medio de la violenta polémica entre el Louvre y el Museo Napoleón III, decide defender a este último: «En Londres, las maravillas de la industria, en París, las

---

138 P. Angrand, «L'État mécène. Période autoritaire du Second Empire, 1851-1860», *Gazette des beaux-arts*, 1, 1968, p. 303 ss.; ídem, *Histoire des musées de province au XIX[e] siècle*, t. IV, París, 1987; A. Doumet, *Rapport... d'un crédit extraordinaire... applicable à l'acquisition du musée Campana*, París, 1861.

139 L. Vitet, *op. cit*.

140 E. Vinet, «L'archéologie de l'Asie Mineure et les récentes explorations», *Revue nationale*, 1862.

141 A. de Longpérier, *Premier Musée Napoléon III*, 1864; ídem, *Musée Napoléon III. Choix de monuments antiques pour servir à l'histoire de l'art en Orient et en Occident*, París, 1869; ídem, *Musée Napoléon III*, París, 1882.

maravillas del arte de todos los tiempos».[142] El joven escritor, geógrafo y epigrafista publica una nota del Museo Napoleón III, en la que retoma las aspiraciones del marqués Campana cuando formaba su colección: tal como se encuentra expuesta en el palacio de la Industria, constituye «una auténtica historia del arte en todas sus transformaciones»; «las series que la componen permitirán definir la historia de la orfebrería, la cerámica, el barro cocido, la escultura, la pintura, etc.».[143] Confirma la noción de que los objetos expuestos constituyen modelos para el arte industrial, ornamental o decorativo. Sébastien Cornu, en su carta de 29 de octubre de 1862 al redactor de *Opinion nationale*, presenta la colección Campana adquirida por Francia como «una serie ininterrumpida de especímenes que ayudan a entender la historia de los procedimientos, del empleo de las pastas, los barnices, del arte del dibujo y del color» para enriquecer las obras de la industria.

El éxito del Museo Napoleón III es rápido y espectacular: los visitantes acuden en masa a sus galerías. Se distribuyen tarjetas gratuitas de estudio a eruditos, artistas, directores de talleres y a los trabajadores «recomendados por sus jefes», con lo que se afianzaba la vocación de «museo escuela» del nuevo establecimiento que alberga el palacio de la Industria.

El Museo Napoleón III ilustraba, a la vez que ampliaba, la idea que Brongniart había puesto en práctica en la manufactura de Sèvres a principios del siglo XIX:[144] las vasijas antiguas podían concebirse como modelos para la industria y la artesanía modernas.[145] Los moldes y reproducciones de monumentos en tamaño real acentúan el carácter didáctico.

El Museo Napoleón III, aparte de la colección Campana, presenta una amplia serie de moldes, en torno a ciento veinte números, realizados por Félix Ravaisson y expuestos en 1860 en el palacio de la Industria.[146]

---

142 E. Desjardins, *Du patriotisme dans les arts. Réponse à M. Vitet sur le musée Napoléon III*, París, s.e. 1862.

143 *Catalogue des tableaux, des sculptures de la Renaissance et des majoliques du musée Napoléon III* (s. n. de autor), París, 1862.

144 A. Brongniart, *Traité des arts céramiques ou des poteries*, París, 1844.

145 *Corpus Vasorum Antiquorum, France, 13, Sèvres*, 1, introducción de M. Massoul; A. Schnapp, «Des vases, des images et de quelques-uns de leurs usages sociaux», *Dialoghi di Archeologia*, 1985.

146 E. Vinet, «L'art grec au palais de l'Industrie», *Journal des débats*, 28 de nov. de 1860.

El futuro conservador del departamento de antigüedades del Louvre, Ravaisson, fue presidente en 1853 de la comisión del Ministerio de Instrucción Pública para un plan de enseñanza del dibujo en los liceos. En el transcurso de una misión en Italia, procede a realizar el molde de las obras más importantes de la antigüedad, pero también de algunas otras demasiado desdeñadas. Siguiendo el ejemplo de los museos de Múnich y Maguncia, F. Ravaisson constituye también una colección de modelos para la enseñanza del dibujo.

El palacio de la Industria contiene asimismo las trescientas piezas del molde de la columna de Trajano hechas por orden del emperador. Además, el Museo Napoleón III tiene carácter de actualidad arqueológica, ya que en él se exponen las tres grandes misiones de Ernest Renan, Georges Perrot y Léon Heuzey, estas dos últimas relacionadas con las investigaciones de Napoleón III sobre Julio César. Ernest Renan era uno de los amigos de Hortense Cornu y los jóvenes eruditos Perrot y Léon Heuzey fueron recomendados por Renier al emperador, asiduo también al círculo Cornu. De hecho, mil inscripciones inéditas, que debía publicar Léon Renier, se exponían en el palacio de la Industria.[147]

En el extremo de la galería moderna, la tumba de Pidna, descubierta en Macedonia por Léon Heuzey, aparecía reproducida en tamaño natural según los planos del arquitecto Daumet. Los fragmentos del testamento de Augusto, copiados por Georges Perrot, se encontraban en las paredes de Ankara-Angora, antigua Ancira, reconstruidas por el arquitecto Guillaume.[148]

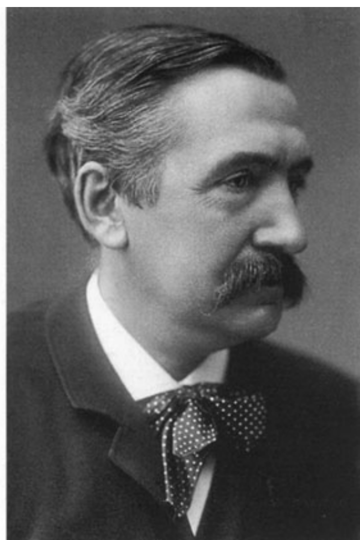
En 1862, el Museo Napoleón III manifiesta unas tendencias que se afirmarán en los años siguientes: por ejemplo, la importancia concedida a los moldes y reproducciones, que culminará con la galería de la historia del trabajo, organizada para la exposición universal de 1889.

Para calibrar la importancia del Museo Napoleón III y la cantidad de perspectivas que abre, antes conviene conocer la personalidad de tres eru-

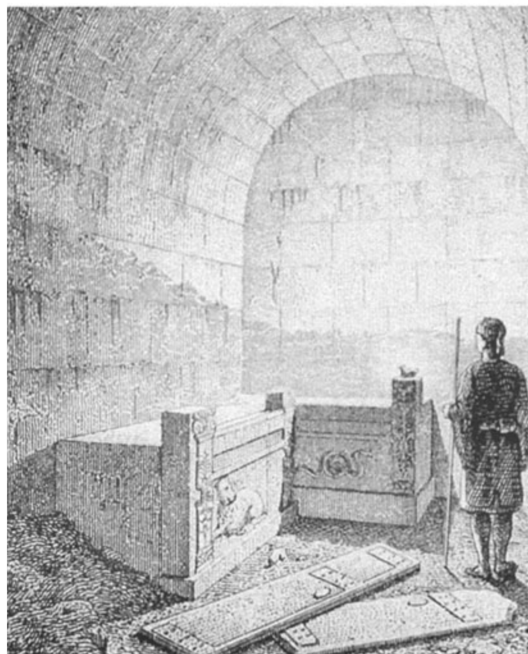
---

147 E. Desjardins, *Notice sur le musée Napoléon III et promenade dans les galeries*, París, 1862; *Catalogue de la mission d'Asie Mineure dirigée par G. Perrot*, París, 1862; *Catalogue des objets provenant de la mission de Phénicie dirigée par M. E. Renan*, París, 1862; *Catalogue de la mission de Macédoine et de Thessalie*, París, 1862.

148 E. Desjardins, *Catalogue de la mission d'Asie Mineure..., op. cit.*



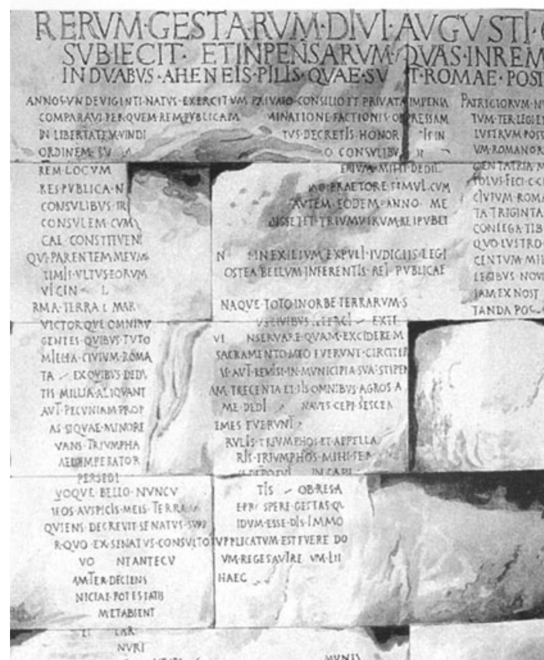
70. Léon Heuzey (1831-1922). Álbum fotográfico realizado por E. Pirou, Biblioteca del Instituto de Francia.



71. Lecho funerario en mármol, Pidna (Macedonia). L. Heuzey y H. Daumet, *Mission archéologique de Macédoine*, París, 1876, lám. 20. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



72. Georges Perrot (1832-1914). Álbum fotográfico realizado por E. Pirou, Biblioteca del Instituto de Francia.




73. Templo de Roma y Augusto, testamento del emperador Augusto, Ancira (Galatia). G. Perrot, E. Guillaume y J. Delbet, *Exploration archéologique de la Galatie et de la Bithynie...*, París, Firmin-Didot frères éditeurs, 1872, lám. 25. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



74. Panteón de la necrópolis, Sidón (Saida). E. Renan, *Mission de Phénicie dirigée par M. E. Renan, planches exécutées sous la direction de M. Thobois, architecte*, París, Imprimerie nationale, 1864, lám. XLVI. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

ditos, autores de misiones arqueológicas. Los tres son cercanos a Hortense Cornu pero además son, principalmente, los instigadores del gran movimiento que nace en estos años sesenta del siglo XIX, y que lleva consigo la promoción de las ciencias auxiliares de la historia: filología, epigrafía y arqueología. Ernest Renan funda en 1867 el *Corpus Inscriptionum Semiticarum*; Georges Perrot será en 1876 el primer titular de la cátedra de arqueología griega de la Sorbona. Por su parte, Léon Heuzey dirigirá desde 1881 a los destinados al departamento de antigüedades orientales que consigue crear en el Louvre.

El Museo Napoleón III en conjunto, con la colección Campana y las misiones arqueológicas mezcladas, constituye una brillante manifestación de la política del Segundo Imperio en materia arqueológica. Los responsables de los avances de esta disciplina se encuentran en el palacio de la Industria y dos de ellos, Léon Heuzey y Félix Ravaisson, pasarán a ser conservadores en el Louvre, contribuyendo a su transformación.

No obstante, el año 1862 se caracteriza a corto plazo por la violenta polémica que estalla entre el Louvre, por una parte, y los partidarios de mantener el Museo Napoleón III, por otra.[149] A S. Cornu, C. Clément y E. Saglio, apoyados por E. Desjardins, se oponen E. Chesneau y L. Vitet, aunque este último ocupaba una posición intermedia y moderada. Para los portavoces del Louvre, el carácter de la colección Campana no justificaba que se conservase íntegramente en un nuevo museo. Según E. Chesneau y L. Vitet, estaba compuesta de muchas series repetitivas que podían deshacerse sin ningún problema para formar pequeños museos en las provincias y así «contribuir a ampliar y aumentar los elementos de estudio en todo el territorio».[150] Para educar al pueblo, solicitan que se desmembre la colección Campana. Pero E. Chesneau no descarta la idea de un museo de modelos para el arte industrial.

El Louvre, el conde de Nieuwerkerke y el círculo de la princesa Mathilde terminan ganando: el decreto firmado en Vichy el 12 de julio de 1862 acarrea el cierre del Museo Napoleón III y la concesión de objetos

149 Y. Sjöberg, «Eugène Delacroix et la collection Campana», *Gazette des beaux-arts*, 68, 1966, p. 149 ss.

150 E. Chesneau, *La Vérité sur le Louvre. Le musée Napoléon III et les artistes industriels*, París, 1862, colección Les intérêts populaires dans l'art.

repetidos o declarados inútiles para el Louvre a otros establecimientos del Estado o a los museos departamentales.

La polémica va apaciguándose poco a poco, pero el «asunto Campana» tiene consecuencias positivas y considerables. De hecho, 1862, año en que se produce la inauguración y el cierre del Museo Napoleón III, es también el año en que se crea la Unión Central de Artes Aplicadas a la Industria.[151] Parecía como si hubiesen oído el grito de alerta que lanzaban los promotores del Museo Campana, con Sébastien Cornu a la cabeza, para llamar la atención sobre el retraso y las lagunas que experimentaba Francia en materia de arte industrial.

Incluso hemos visto cómo E. Chesneau argüía sobre la necesidad de educar para reclamar el desmembramiento de la colección Campana; ahora bien, P. de Chennevières, miembro de la dirección de Museos Nacionales y, por lo tanto, próximo al Louvre, es junto con el duque de Luynes uno de los promotores de la Unión Central de Artes Aplicadas a la Industria, que dará lugar a la creación del Museo de Artes Decorativas, copia del Museo de South Kensington.

En 1862, el marqués de Chennevières, que llevará a cabo una brillante carrera administrativa, es conservador del museo de Luxemburgo. Tal como reconoce en sus *Souvenirs*,[152] debe su carrera al conde de Nieuwerkerke, superintendente de Bellas Artes, que «le abrió muchas puertas» al confiarle en 1852 el departamento de exposiciones y el título de inspector de museos provinciales.

Vemos, por lo tanto, que la idea de un museo de arte industrial está promovida por P. de Chennevières, uno de los adversarios «naturales» del Museo Napoleón III. Quizá sea éste uno de los secretos del fracaso del Napoleón III. La Unión Central de Artes Aplicadas a la Industria estaba dirigida por artistas, industriales y aficionados, preocupados por conseguir devolverle a Francia la posición de primera línea que ocupaba en la exposición de Londres de 1851 y que perdió por la falta de establecimientos como el Museo de South Kensington.

---

151 *Musée des arts décoratifs* (estatutos), París, 1877; *Guide sommaire à travers le musée des Arts Décoratifs. Palais du Louvre. Pavillon de Marsan*, París, 1905.

152 P. de Chennevières-Pointel, *Souvenirs d'un directeur des Beaux-Arts*, reed. París, 1979.

A finales del Segundo Imperio se concibe el proyecto de un museo de artes decorativas para la «educación de la industria francesa»[153] y como conservatorio de sus obras más valiosas. La guerra francoprusiana retrasa su realización, pero, entre 1880 y 1892, la Unión Central multiplica las grandes exposiciones en el palacio de la Industria, especialmente sobre el arte oriental y la historia del vestido, en las que Léon Heuzey participa en gran medida. Este magnífico conservador del Louvre había incitado a la compra de la colección Campana y su misión de Macedonia figuraba en el Museo Napoleón III. Así pues, continúa «militando» por la unidad del arte y aparece como precursor de la «arqueología experimental», especialmente por sus experiencias en la Escuela de Bellas Artes sobre el drapeado y el dibujo en la Antigüedad.

Finalmente, en 1882, el Museo de Artes Decorativas ve la luz gracias a fondos privados y en un primer momento se instala en el palacio de la Industria. Tras la demolición de este último, el Estado cede el pabellón de Marsan, en el ala norte del palacio del Louvre, junto a la calle Rivoli, a condición de que se le entreguen las colecciones al cabo de quince años. Cuando, el 29 de mayo de 1905, se inaugura el Museo de Artes Decorativas, el «asunto Campana» llega a su feliz epílogo.

Pero, ¿qué ocurre con la colección Campana, una vez que el Museo Napoleón III cierra en 1862? El propio P. de Chennevières, convertido en 1873 en director de Bellas Artes, es quien, por una parte, contribuye a crear el Museo de Artes Decorativas y, por otra, preside el segundo reparto de la colección Campana en las provincias.

El estado de abandono de las colecciones de provincias y la anarquía que reinaba por entonces en los museos departamentales reclamaban medidas de urgencia.[154] P. de Chennevières se sitúa en la línea de la Convención y de las medidas que preconizaba en el año VII Heurtaut Lamerville para la creación de museos departamentales. Solicita, en los mismos términos que su predecesor en el proyecto, «un sistema de pro-

153 P. de Chennevières, «Union centrale des Arts décoratifs», *op. cit.*

154 C. du Bus, «L'origine des musées de province», *Revue archéologique*, 19, 1912, p. 160 ss.; conde de Nieuwerkerke, *Rapport... sur la situation des musées impériaux pendant le règne de Napoléon III (1853-1869)*. París, 1869.

tección, impulso y conservación central».[155] Recomienda la creación de un cuerpo de comisarios-inspectores que garantice la vigilancia de los museos provinciales y se encargue de que todos ellos cuenten con inventarios y catálogos.

Éstas son las ideas que se adelantan para proceder a la dispersión de la colección Campana en 1862-1863. Aunque esta medida ha venido suscitando desde hace más de un siglo muchas polémicas sobre la legitimidad y las condiciones de su realización, está rodeada de una preocupación constante de la Convención por ampliar las colecciones de provincias y facilitar la enseñanza de las Bellas Artes en todo el territorio.

El Segundo Imperio introduce una novedad en esta política por la importancia que concede a la arqueología. El envío de la colección Campana a las provincias muestra esta elección: por ejemplo, a la vez que el museo del ayuntamiento de Autun recibe vasijas y cuadros de la colección Campana, la Sociedad Eduense de Artes y Letras recibe una subvención que permite a su presidente, Jacques-Gabriel Bulliot, excavar el monte Beuvray, la antigua Bibracto.

Al plantear el reparto de la colección Campana entre las provincias, hay que distinguir el caso de las antigüedades y el de los cuadros. En cuanto a las primeras, W. Froehner y A. de Longpérier, conservadores del Louvre, realizan envíos en 1863 y en 1875. De 1893 a 1895, Edmond Pottier distribuye en algunos museos y universidades de provincias lotes de vasijas elegidas como típicas por su forma y por la calidad del barro. Elabora la lista de estas vasijas y redacta notas explicativas que las acompañan.[156] En este periodo se persigue la formación práctica de los estudiantes y se desarrollan laboratorios de arqueología en las facultades, como los de Georges Perrot y Maxime Collignon en la Sorbona. En la Escuela del Louvre, recién fundada, Alexandre Bertrand completa su enseñanza de arqueología nacional con sesiones

155 F. Boyer, «Le Directoire et la création des musées des départements», *Bulletin de la Société de l'histoire de l'art français*, 1973, p. 325 ss.

156 M. M. Besnier, «La collection Campana et les musées de province», *Revue archéologique*, 1906, enero-febrero, p. 30 ss.; mayo-junio, p. 423 ss.

en las salas del Louvre y el Museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye.

Por otra parte, es cierto que a menudo las antigüedades Campana que se encontraban en provincias estuvieron condenadas a la más severa reclusión por considerarse «estorbos inútiles y molestos».[157] La suerte que corrieron los cuadros de los primitivos italianos de la colección fue mucho peor, ya que en tres fases, 1863, 1872-1873 y 1874-1876, sufren «mucho más que un desmembramiento, un (auténtico) desbaratamiento».[158] Frédéric Reiset,[159] conservador de las pinturas del Louvre, es el responsable de esta obra de venganza y deja que las colecciones sigan el camino de los caprichos del azar. Los cuadros, distribuidos en un centenar de museos provinciales no aparecen inventariados, de tal modo que no se conserva huella alguna de ellos desde que salieron del Louvre. Nadie es ajeno a esta escandalosa dispersión y, en 1905, Salomon Reinach y, más tarde, Paul Perdrizet y René Jean abogan por la reagrupación de las obras dispersas y la constitución de conjuntos regionales.

El «asunto Campana», aparte de la polémica que desató, desempeñó un papel fundamental en el enunciado de los problemas más importantes que afectaban a las bellas artes y la arqueología en el siglo XIX. El Museo Napoleón III permitió plantear con mayor claridad la cuestión del arte industrial, es decir, decorativo, y suscitó una reflexión que culmina con la creación de un museo de artes decorativas en París.

A propósito de la colección Campana, las relaciones entre el museo central —el Louvre—, o lo que es lo mismo, el Estado y los museos provinciales volvieron a estar en un primer plano, y el reparto y la posterior reagrupación de una parte de la colección marcan una serie de etapas decisivas para la implantación de una política cultural coherente, que concilie centralismo y regionalismo.

---

157 P. Perdrizet y R. Jean, *La Galerie Campana et les Musées français*, Burdeos, 1907.

158 *Ibidem*.

159 F. Reiset, *Notice des tableaux du musée Napoléon III exposés dans les salles de la colonnade au Louvre. Catalogue des tableaux provenant de la collection Campana choisis par le Louvre*, París, 1863.

## 4.4. La arqueología en el mundo griego, Oriente Próximo y Egipto

### 4.4.1. El mundo griego

Desde principios del siglo XIX, la arqueología griega está marcada por la competencia entre los arquitectos ingleses de la sociedad de los Dilettanti, los miembros del Xeneion y los franceses. Estos últimos se quedaron atrás en la carrera por las antigüedades que enriquecía a los grandes museos de Europa, pero la Expedición a Morea,[160] la misión epigráfica de Philippe Le Bas[161] y la creación de la Escuela Francesa de Atenas[162] les permiten ganar terreno. Por su parte, los viajeros y arquitectos ingleses no han perdido ni un ápice de su dinamismo, y la realeza bávara, establecida en Atenas en 1833,[163] promueve el desarrollo de la arqueología alemana en Grecia.

Mientras P. Le Bas recorre Ática, el Peloponeso, Caria, el Archipiélago y Frigia en busca de inscripciones, Charles Fellows (1799-1860), que desde 1832 viaja sin cesar por Italia y Grecia, explora Licia, descubre en Janto el gran monumento de las Nereidas y la tumba de las Harpías, de donde extrae las esculturas que constituyen el Lycian Saloon del British Museum. Fellows inaugura la exploración arqueológica de Asia Menor, donde dominan los ingleses durante gran parte del siglo XIX gracias a los trabajos de Charles T. Newton.[164] En 1844, sir Stratford Canning, embajador británico ante la Sublime Puerta, aprovechando las condiciones favorables propiciadas por el convenio comercial angloturco de 1838, negocia la adquisición de las esculturas del mausoleo de Halicarnaso, incorporadas a los muros del castillo de los caballeros de San Juan en el siglo XV.[165] Obtiene además la adquisición del friso de las Amazonas para el British Museum en 1846. Fue Newton, ayudante del British Museum y convertido en vicecónsul de Mitilene quien, de 1856 a 1859, realiza exca-

160 En 1829.
161 En 1843.
162 En 1846.
163 El rey Otón I se mantendrá hasta 1862.
164 Charles Newton (1816-1894), conservador de las antigüedades griegas y romanas en el British Museum de 1861 a 1886. *Travels and Discoveries in the Levant*, Londres, 1865.
165 J. Jenkins, *Archaeologists and Aesthetes in the Sculpture Galleries of the British Museum 1800-1939*, Londres, British Museum Press, 1992, pp. 168-195.

vaciones en Halicarnaso, Cnido y Dídimo y hace llegar al British Museum una extraordinaria colección de esculturas. Las investigaciones inglesas en Asia Menor prosiguen con las excavaciones del arquitecto J. T. Wood en el Artemision de Éfeso.

En Atenas, Ludwig Ross, que de 1834 a 1836 ocupa el puesto de conservador de antigüedades, procede a limpiar la Acrópolis y manda levantar el templo de Atenea Niké. Es también profesor en la universidad hasta 1843. Viaja por toda Grecia y Turquía, visita con especial atención Halicarnaso y acude asimismo a Chipre en 1845.

Los propios griegos emprenden la revalorización de su patrimonio arqueológico en 1827 mediante una ley que prohíbe la exportación de antigüedades y colocando a C. Pittakis al mando del Servicio de Antigüedades. El año 1837 ve el nacimiento de la Sociedad Arqueológica de Atenas y de la primera revista arqueológica griega, *Ephemeris Archaiologiki*.[166]

La Acrópolis concentra la actividad de los arquitectos ingleses y franceses: cuando a partir de 1846 Philippe Titeux, Théodore Ballu y Alexis Paccard, internos de la Academia de Francia en Roma, con la autorización de residir una temporada en Atenas, estudian los Propileos y el Partenón y restauran el Erecteón, el inglés F. C. Penrose lleva a cabo su propia investigación sobre la arquitectura de los monumentos.

La creación de la Escuela de Atenas ofrece a la arqueología francesa en Grecia un centro a partir del cual afirmarse y desarrollarse. Pese a las múltiples dificultades que surgen a lo largo del camino que lleva a la joven institución a la ciencia, entre sus miembros se encuentran algunos pioneros de la «arqueología militante» que, desde sus propios intentos, resultan ser auténticos maestros. Es el caso de Alexandre Bertrand, que destacará sobre todo en el terreno de la arqueología nacional, pero también de Alfred Mézières, cuya *Mémoire sur le Pélion et l'Ossa*,[167] fruto de una exploración llevada a cabo en Tesalia en 1851 es, según Georges Radet, «un destacable estudio de topografía arqueológica».[168] Su compañero, Charles-Ernest Beulé, inaugura en Atenas en 1852 la arqueología de campo.

---

166 P. Petrakos, *E en Athinais Archaiologikè Etaireia. E historia tôn 150 chronôn tês. 1837-1987*, Atenas, Sociedad Arqueológica de Atenas, 1987.

167 A. Mézières, *Archives des missions*, t. III, pp. 149-266.

168 G. Radet, *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École française d'Athènes, op. cit.*, p. 317.

En la misma época, el Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma ofrece becas de viaje a los jóvenes eruditos y les orienta hacia Grecia: así es como en 1856-1857, Alexander Conze (1831-1914), iniciador de las excavaciones austriacas en Samotracia, visita las islas del norte del archipiélago y, en especial, Lesbos, donde precedió a Ernest Boutan que había dado un buen ejemplo de geografía arqueológica en su «Rapport».[169]

En la Escuela Francesa de Atenas se multiplican las exploraciones arqueológicas; las que lleva a cabo Paul Foucart en Rodas en 1864 y en el Peloponeso en 1868 muestran un interés creciente por la epigrafía.[170] En Grecia, así como en Italia y África del Norte, es patente el auge de esta ciencia cuyas reglas aparecen ya fijadas en este momento. A L. Heuzey y a G. Perrot, que fueron los creadores de esta tradición de la Escuela, les corresponden las dos misiones que colocaron la arqueología francesa en Grecia en un lugar destacado.

La misión de Heuzey a Macedonia y la de Perrot en Asia Menor responden a las exigencias de información de Napoleón III para su *Histoire de César*. El epigrafista Léon Renier, próximo al emperador, le sugiere los nombres de los dos jóvenes «atenienses» para realizar, por un lado, las reproducciones topográficas del campo de la batalla de Filipos y, por otro, para seguir el itinerario del ejército cesarista en la guerra contra Farnaces y extraer los fragmentos del testamento político de Augusto que permanecían ocultos en Ancira-Ankara.

L. Heuzey obtiene la ampliación de su misión a toda Macedonia, Tracia, Iliria, Epira y Tesalia.[171] Le acompaña H. Daumet, que se encarga de las reproducciones gráficas. Los mapas geográficos constituyen importantes adquisiciones topográficas pero, además, la arqueología se beneficia de unos descubrimientos excepcionales: las tumbas pintadas de Pidna, de la villa real de Palatitza, y por último el bajorrelieve de Farsalia, la primera de las estelas arcaicas halladas en Grecia del norte, conocida como la «Exaltación de la flor», título del artículo que le dedicará su inventor.[172]

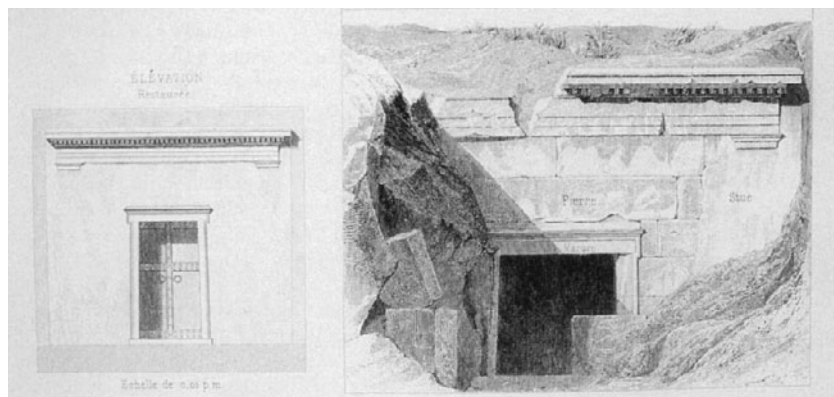
---

169 Ernest Boutan (1827-1880), «Rapport sur la topographie et l'histoire de l'île de Lesbos», *Archives des missions*, t. V, pp. 273-364.

170 Paul Foucart (1836-1926), director de la Escuela de 1878 a 1890; «Inscriptions inédites de l'île de Rhodes», *Revue archéologique*, 1865, 1866, 1867. Al recorrer el Peloponeso, Megara, Grecia central y el archipiélago, P. Foucart tenía la misión de completar el *Voyage en Grèce et en Asie Mineure*, que P. Le Bas había dejado inacabado.

171 L. Heuzey y H. Daumet, *Mission archéologique de Macédoine*, París, 1876.

172 En 1868.




75. Tumba macedonia, Palatitza (Macedonia). L. Heuzey y H. Daumet, *Mission archéologique en Macédoine*, París, 1876, lám. 15. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.





76, 77. Dos de las primeras fotografías arqueológicas tomadas por J. Delbet. A la izquierda, una de las jambas de la puerta del palacio, Euyuk (Capadocia). A la derecha, Pterium-Boghazkeuï (*sic*) (Capadocia), el lugar denominado Sari-Kaleh («la fortaleza amarilla»). G. Perrot, E. Guillaume y J. Delbet, *Exploration archéologique de la Galatie et de la Bithynie...*, París, 1872, lám. 34. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

Tal como había prometido, G. Perrot, ayudado por los arquitectos E. Guillaume y J. Delbet, descubre y reproduce la parte que falta del testamento de Augusto en Ancira y realiza un facsímil, que Mommsen reconoce como el más exacto y completo. Aparte de este documento extraordinario, el arqueólogo traía de Asia Menor una rica cosecha de ciento cincuenta inscripciones griegas, además de los primeros clichés fotográficos de bajorrelieves extraños, descubiertos en Euyuk y Boghazköy: pone al servicio de la arqueología una técnica todavía incipiente, la fotografía, y revela al mundo erudito el arte del imperio hitita.

Asimismo, al recorrer Capadocia, Frigia y Lidia, G. Perrot se da cuenta de que esta tierra de Asia Menor había hecho las veces de «cadena entre Oriente y Occidente» y que sus pueblos habían transmitido a los griegos los conocimientos adquiridos en contacto con los habitantes de la Asia más occidental. Revela en Asia Menor «las huellas de una de las principales rutas que ha seguido la civilización en su movimiento de Oriente a Occidente».[173] Fue, después de A. de Longpérier y L. Ross, uno de los primeros que señaló los lazos entre Grecia y las civilizaciones orientales.

Este año, 1861, fue especialmente deslumbrante para la arqueología francesa, ya que es cuando Paul Foucart inaugura las investigaciones en el yacimiento de Delfos. La Academia de Inscripciones y Bellas Letras había propuesto estudiar el santuario de Apolo en 1851, y vuelve a lanzar el tema en 1859: al año siguiente, Foucart acude a Delfos, donde practica varios sondeos. Antes que él, Karl Otfried Müller había desescombrado en 1840 el muro pelásgico por su extremo oriental y había copiado las inscripciones, pero el gran erudito alemán murió afectado por una insolación. Alexander Conze y Adolf Michaelis, en 1861, visitaban poco antes de Foucart el santuario. P. Foucart vuelve a Delfos, acompañado por Carle Wescher[174] y ambos exhuman treinta y ocho metros de muro, transcriben cuatrocientos sesenta textos[175] y reciben las felicitaciones de L. Renier, que

173 G. Perrot, E. Guillaume y J. Delbet, *Exploration archéologique de la Galatie et de la Bithynie, d'une partie de la Mysie, de la Phrygie, de la Cappadoce et du Pont exécutée en 1861*, París, 1872.

174 Tras sus trabajos en Delfos, V. Duruy le envía en 1863 a la misión del conde E. de Rougé en Egipto.

175 P. Foucart publica «Le temple d'Apollon à Delphes», *Revue archéologique*, 1863, pp. 44-52; «Mémoire sur les ruines et l'histoire de Delphes», *Archives missions*, 1865, t. II, pp. 82-84. Y, con C. Wescher, *Inscriptions recueillies à Delphes*, París, 1863.

ve en este trabajo «el resultado más bello obtenido desde la fundación de la Escuela de Atenas».[176]

En 1862, C. Wescher y el arquitecto Boitte, pensionista de la Academia de Francia, descubren el muro oriental. L. Renier, auténtico *deus ex machina* de la arqueología francesa de la época, interviene en ese momento ante Napoleón III para obtener un crédito de cuatro mil francos, concedido por el ministerio Rouland, y que el emperador duplica echando mano de su tesoro particular.[177] La primera gran campaña francesa en Grecia podría haberse iniciado en 1862, si la caída del rey Otón I, que tuvo lugar el 23 de octubre, no hubiera puesto todo en duda y aplazado hasta 1880 la continuación de las obras en Delfos.

Mientras que la Escuela Francesa de Atenas, a pesar de sus dificultades, muestra brillantes logros, el Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, tras la grave crisis atravesada en 1856, se reorienta y, al contar con la subvención del gobierno prusiano, favorece los viajes y las estancias en Grecia de un número creciente de jóvenes eruditos alemanes. Los primeros son Alexander Conze (1831-1914), Adolf Michaelis (1835-1910), y Ernst Curtius (1814-1896), que está en 1862 en Atenas y estudia la topografía de la colina de la Pnix. Los arquitectos Karl Böttischer y Heinrich Strack permanecen en la capital griega a la vez que Curtius y examinan los monumentos de la Acrópolis. En esta época concibe Curtius un proyecto de excavación en Olimpia, se pone en contacto con L. Ross y lanza una suscripción, pero la iniciativa fracasa.

A partir de 1865, la idea de implantar en Atenas una misión permanente alemana sobre el modelo del Instituto romano[178] se perfila con más precisión. Franceses y alemanes toman conciencia de la necesidad de que las excavaciones sean sistemáticas y programadas, y se anuncia la era de las grandes obras de excavación.

---

176 Sesión de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras del 3 de julio de 1861: *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1861, p. 168.

177 G. Radet, *op. cit.*, p. 303. Sobre la historia de las excavaciones en Delfos, véase, por último, P. Amandry, «Delphes oubliée», y J. Marcadé, «Delphes retrouvée», sesión pública anual de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras del 27 de noviembre de 1992.

178 U. Jantzen, *Ein hundert Jahre Athener Instituts 1874-1974*, Maguncia, Verlag Philipp von Zabern, 1986.

A. Conze, alumno de E. Gerhard, y becario del Instituto de Roma, viaja en 1856-1857 a las islas septentrionales del archipiélago y visita Samotracia para luego volver a Roma, donde conoce a C. T. Newton: éste presenta en el palacio Caffarelli las fotografías y los dibujos de sus excavaciones del mausoleo de Halicarnaso e inspira a A. Conze el proyecto de una obra en Samotracia. Más tarde, en 1869, será profesor en Vienne y, con el apoyo de Metternich, presenta un plan de excavaciones e inicia las obras en 1873. Ahora bien, en 1863, el vicecónsul francés Champoiseau había descubierto en la isla doscientos fragmentos de una estatua femenina que hace llegar al Louvre: se trata de la famosa Victoria de Samotracia. La Escuela de Atenas trata de prolongar los logros de Champoiseau y envía a Deville y Coquart, que resultan estar muy por debajo de las esperanzas que se habían depositado en ellos y dejan vía libre a A. Conze.

Delfos, Olimpia y Samotracia son los emplazamientos en los que desarrollarán las grandes obras francesas y alemanas, a los que hay que añadir Delos, donde Léon Terrier prepara en 1864 a Albert Lebègue (1845-1894) la apertura de las excavaciones diez años más tarde.

La Escuela Francesa de Atenas, que lanza iniciativas determinantes para las futuras orientaciones de la arqueología, misiones multidisciplinares, excavaciones, proyectos de grandes obras, sigue innovando al ampliar el conocimiento de la civilización griega con la perspectiva de su prehistoria. Antes de Troya, Micenas y Tirinto, Tera-Santorín muestra, tras la erupción de 1866, las ruinas de una «Pompeya prehistórica»[179] que A. Fouqué descubre bajo la piedra pómez de Tera.[180]

Henri Gorceix, geólogo alumno de Fouqué, y Henri Mamet, ambos miembros de la Escuela de Atenas, son enviados a Santorin en 1869, 1870 y 1871: realizan excavaciones en Tera, cerca del pueblo de Acrotiri, y exhuman las casas de un hábitat prehistórico.[181] Extraen concretamente las primeras vasijas minoicas conocidas y las hacen llegar a la Escuela de Atenas donde Albert Dumont, que había manifestado en 1866 su

179 G. Radet, *op. cit.*, p. 342.

180 A. Fouqué, geólogo, acude a Santorín en 1866. Publica *Santorin et ses éruptions*, París, 1879.

181 H. Mamet, *De Insula Thera*, Lille, 1875: el manuscrito de H. Gorceix pasó a la obra de Fouqué.

interés por la prehistoria con ocasión de su misión en Amorgos, las estudia.[182]

En la época en la que se reconstituían las fases que atraviesa la cerámica griega,[183] A. Conze era el primero en identificar el estilo geométrico como específico del periodo arcaico;[184] las vasijas de Acrotiri y las de las necrópolis de Rodas y Chipre, adelantaban en el tiempo los orígenes de la civilización griega. El descubrimiento por Schiliemann de la civilización micénica y la resurrección de la civilización minoica por Evans en Creta, darían la clave indispensable para la comprensión de los vestigios de Tera.

Chipre, que hasta 1875 queda al margen de las exploraciones de la Escuela Francesa de Atenas,[185] es sin embargo objetivo de no pocos viajeros, y sobre ella se realizan muchas investigaciones desde principios del siglo XIX.[186] Es el caso de Félix de Saulcy, que se detiene en Larnaca en 1850, donde adquiere para el Louvre una de las copas de plata dorada de Idalion. A. Pérétié, canciller del consulado de Beirut, viaja a Chipre este mismo año y negocia la tablilla de Dali-Idalion, que pasa a la colección del duque Albert de Luynes, legada más tarde al Louvre. E. Guillaume-Rey, encargado de una misión oficial, hace su primer viaje a Chipre en 1857[187] y se detiene de nuevo de camino a Siria en 1864-1865.

Esta isla, cuyo papel de intermediaria entre oriente y occidente resulta tan importante, aparece junto a Fenicia en el programa de la misión de Ernest Renan. Al no poder llevarla a cabo, Renan confía la exploración

---

182 A. Dumont, «Sur les vases d'Acrotiri», *Journal des savants*, dic. de 1872, p. 798; y *Les Céramiques de la Grèce propre*, París, 1888-1890, t. I, pp. 19-42.

183 R. M. Cook, *Greek Painted Pottery*, Londres, 1972 (2.ª ed.), cap. 15, «The History of the Study of Vase Painting».

184 A. Conze, «Zur Geschichte der Anfänge der griechischen Kunst», *Sitzungbericht* (Academia de Viena), 1870.

185 O. Picard, «Chypre et l'École française d'Athènes», en *Kinyras. Archéologie française à Chypre*, TMO 22, Lyon, 1993, pp. 39-54.

186 O. Masson, «Inscriptions syllabiques chypriotes», *Études chypriotes*, t. I, 1961; cf. su introducción, «L'activité des archéologues et la formation des collections d'objets chypriotes» y «Les archéologues et voyageurs du XIXe siècle», en *Kinyras. Archéologie française à Chypre*, TMO 22, Lyon, 1993.

187 A. Caubet, «Aux origines de la collection chypriote du Louvre. Le fonds Guillaume-Rey (1860-1865)», en *Report of the Department of Antiquities Cyprus*, Nicosia, 1984; ídem, «Les antiquités chypriotes au musée du Louvre et dans les collections publiques françaises», en *Kinyras. Archéologie française à Chypre*, TMO 22, *op. cit.*

de Chipre a Melchior de Vogüé (1829-1916), W. H. Waddington y E. Duthoit,[188] que la realizan en 1862. La finalidad de la misión es esencialmente epigráfica, pero sus autores se ven arrastrados hacia descubrimientos de otro tipo: hallan el enorme yacimiento de esculturas votivas de Golgoi y otras estatuas, todas ellas enviadas al Louvre.

Los cónsules francés, americano e inglés se interesaron por las antigüedades de la isla y procedieron a realizar prospecciones y excavaciones: es el caso de Tiburce Colonna-Ceccaldi y su hermano Georges, cónsul en Larnaca y agregado al consulado de Beirut respectivamente,[189] Luigi Palma di Cesnola, cónsul de Estados Unidos, y su hermano Alessandro,[190] o R. Hamilton Lang, un escocés que representaba a Gran Bretaña. El más activo de estos cónsules-arqueólogos fue Luigi Palma di Cesnola, que reúne colecciones de gran riqueza, pero obtenidas en excavaciones carentes de método y cuyo único fin era el de reunir objetos para su venta a los museos.

Los trabajos serios no empezarán en Chipre hasta 1882, fecha en la que la isla queda sometida a la ocupación inglesa; allí intervienen M. Ohnefalsch-Richter, Dümmler y J. L. Myres. Sólo en ese momento se podrán plantear las cuestiones fundamentales sobre la relación de Chipre con la civilización micénica y sobre las influencias recíprocas de Chipre y la costa siriopalestina.

### 4.4.2. Oriente Próximo

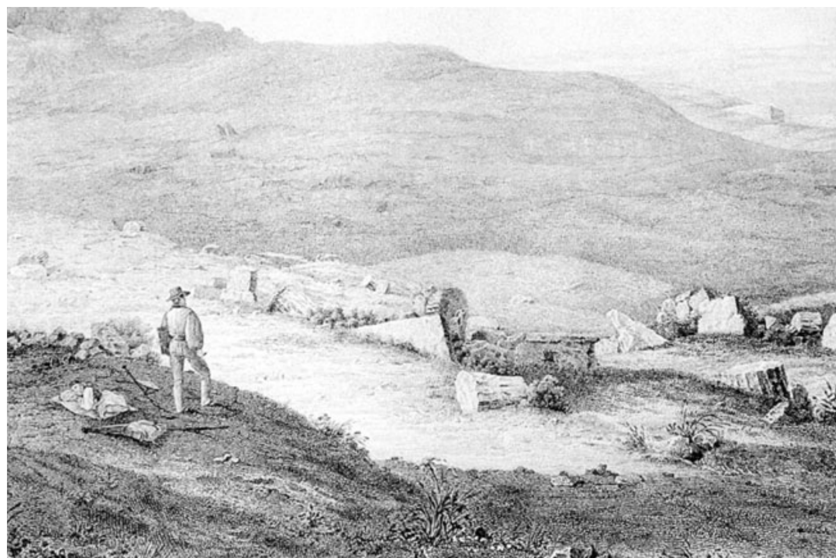
En Mesopotamia, el cierre de las obras de Jorsabad y la desgracia de P.-É. Botta tras la revolución de 1848, habían dejado el campo libre a A. H. Layard y H. Rawlinson que, de 1847 a 1851, sacan de Quyundjiq

---

188 Edmond Duthoit (1837-1889): arquitecto, alumno de Viollet-le-Duc, su tarea principal es estudiar los monumentos góticos. Arquitecto jefe del Servicio de Monumentos Históricos de Argelia a partir de 1880.

189 O. Masson, *op. cit.* Tiburce Colonna-Ceccaldi (1833-1892) fue cónsul en Larnaca de 1866 a 1869. Su hermano Georges (1840-1879) viajó a menudo a Chipre y estuvo regularmente en contacto con L. Palma di Cesnola.

190 Luigi Palma di Cesnola (1832-1904): de origen italiano, dirige en Chipre excavaciones llevadas a cabo con escasos escrúpulos y reúne colecciones con las que pretendía rivalizar con H. Schliemann. Vende su colección al Metropolitan Museum de Nueva York y se convierte en su director. Cf. R. Dussaud, «L'île de Chypre», *Revue mensuelle de l'École d'anthropologie*, 1907, pp. 145-175 y 181-212.



78. «Restes du temple d'Apollon. Au fond à gauche, l'acropole et le Cinthe [sic] et à droite les ruines du théâtre», Delos (Grecia). A. Blouet, A. Ravoisié *et al.* volumen 3 de *Expédition scientifique de Morée*, París, 1831-1838, lám. 2. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



79. Vasijas de Santorín (Tera). A. Dumont, J. Chaplain y E. Pottier, *Les Céramiques de la Grece propre*, vol. 1, París, 1888-1890, lám. 1. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

y Nimrud los monumentos, las obras de arte y la extraordinaria biblioteca de Assurbanipal, que enriquecerán el British Museum.[191]

Hasta 1851, fecha en la que se le encarga a H. Rawlinson la dirección de las investigaciones inglesas en Mesopotamia, la arqueología francesa sólo se ve representada por el agente Rouet, que trabajó tanto en el consulado como en la obra de Quyundjiq. Los descubrimientos de Layard adquieren tal resonancia que el gobierno francés se da cuenta de que ha dejado pasar la ocasión de alcanzar la gloria con unas investigaciones que él mismo había inaugurado. En 1851, el consulado de Mosul se restablece con Victor Place al mando.[192] Éste es el encargado de la exploración sistemática como cónsul de Jorsabad, mientras se organiza una «expedición científica y artística de Mesopotamia y Media» bajo la dirección de F. Fresnel[193] y con un crédito de 78.000 francos otorgado por la Asamblea Nacional. La Academia de Inscripciones y Bellas Letras patrocina la empresa y los trabajos de Place en el palacio de Sargón. J. Mohl es el informador de la comisión encargada de examinar el proyecto y dar unas pautas de investigación. Sigue continuamente e inspira los estudios orientales en Mesopotamia. La expedición se compone de Fulgence Fresnel, Jules Oppert[194] y Félix Thomas[195] que son, respectivamente, miembro del cuerpo diplomático, epigrafista orientalista y arquitecto.

---

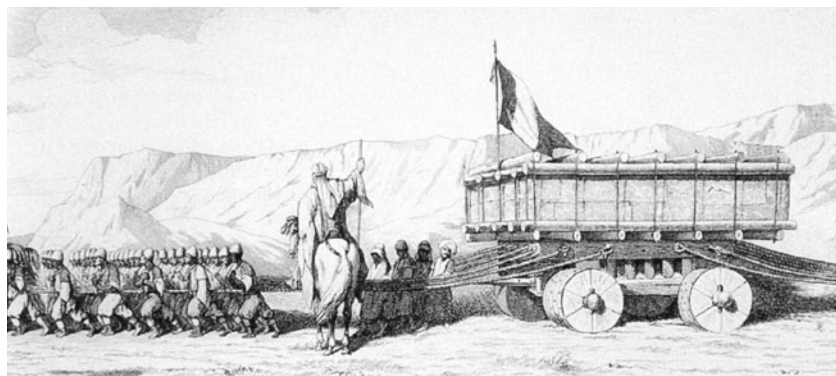
191 A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne*, París, Albin Michel, 1946, t. 1, *Les Étapes*; S. Lloyd, *Foundations in the Dust. The Story of Mesopotamian Exploration*, Londres, Thames & Hudson, 1947, 1980 (2.ª ed.); É. Fontan (dir.), *De Khorsabad à Paris. La découverte des Assyriens*, París, Réunion des musées nationaux, 1994.

192 Victor Place (1818-1875), cónsul francés en Mosul. Tras las excavaciones de Jorsabad, de las que ofrece «un informe magistral» (A. Parrot, *op. cit.*, t. 1, p. 83), le llevaron de puesto en puesto (Galati, Andrinópolis, Calcuta, Nueva York), despedido, condenado por malversación e indultado. Se refugió en Rumanía en 1873, donde murió dos años más tarde, dejando una viuda y cuatro hijos. Cf. M. Pillet, «Un pionnier de l'archéologie, Victor Place», *Cahiers de la Société asiatique*, XVI, París, 1962.

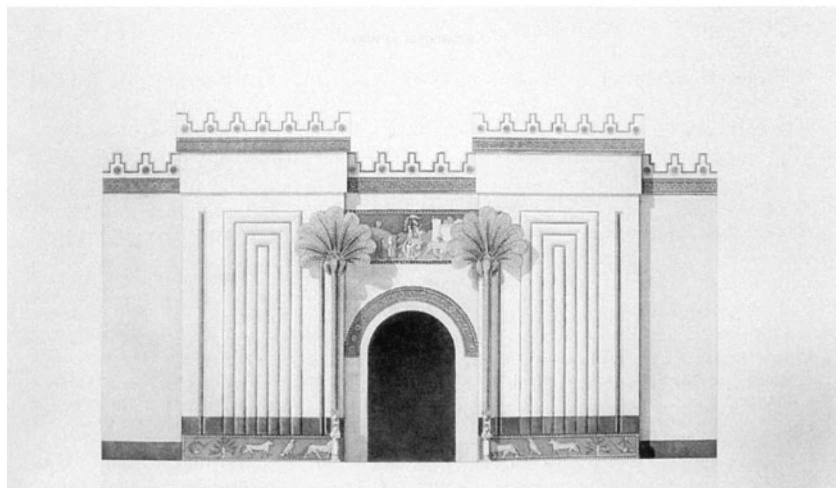
193 Fulgence Fresnel (1795-1855): antes de la *Expédition*..., había ejercido una carrera consular y estudiado chino con A. Rémusat y lenguas semíticas con Silvestre de Sacy. Estuvo en Cirene en 1837 donde realizó excavaciones con Vattier de Bourville. Muere en la miseria en Bagdad. Cf. M. Pillet, *L'Expédition scientifique et artistique de Mésopotamie et de Médie. 1851-1855*, París, 1922.

194 Jules Oppert (1825-1905), nacido en Hamburgo, se instaló en Francia y enseñó alemán en Reims. Sus primeros trabajos sobre las inscripciones de Persépolis (1847) le otorgaron un reconocimiento como epigrafista.

195 Félix Thomas (1815-1875) obtiene el Gran Premio de Roma de arquitectura en 1845. Cf. E. Fontan, «Félix Thomas (1815-1875), l'architecte providentiel», en *De Khorsabad à Paris, op. cit.*, pp. 102-115.



80. Tracción de un monolito, Jorsabad. V. Place y F. Thomas, *Ninive et l'Assyrie par Victor Place, consul général, avec des essais de restauration par Félix Thomas*, t. 3, París, Imprimerie impériale, 1867, lám. 44. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



81. «Ensemble de la porte Z du Harem», palacio de Jorsabad. V. Place y F. Thomas, *Ninive et l'Assyrie par Victor Place, consul général, avec des essais de restauration par Félix Thomas*, t. 3, París, Imprimerie impériale, 1867, lám. 24. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

V. Place, que pudo ponerse de acuerdo con H. Rawlinson para que un equipo francés completase en Quyundjiq las excavaciones inglesas, se convierte en víctima de las maniobras de Hormuz Rassam[196] y pierde la concesión. Se dedica por completo a Jorsabad, donde P.-É. Botta no había hecho más que iniciar un palacio que aún había de dar mucho de sí. Los trabajos continúan hasta 1854, fecha en la que son interrumpidos por orden del gobierno, que juzga que se ha gastado demasiado dinero. V. Place, convencido de que está lejos de haber terminado la limpieza del palacio y sus anexos, se ve obligado a cerrar la obra y acudir al puesto de Galati en Rumanía, adonde le destina el ministro.

Las obras de V. Place en Jorsabad marcan un giro en la investigación arqueológica, ya que con él colabora G. Tranchant, que se encarga de la parte fotográfica de la obra.[197] La fotografía presta su ayuda a los trabajos arqueológicos y terminará por reconocerse su carácter científico. La fotografía da al trabajo de campo un estatus tan «científico» como el del «erudito de gabinete», aparte de reducir la distancia entre el «excavador», que limpia las ruinas y los objetos, y el erudito que los interpreta.

En Jorsabad, Place se da cuenta enseguida de que P.-É. Botta no había sacado más que una ínfima parte de un conjunto inmenso, y su primera preocupación es determinar los límites, los accesos y las vías y elucidar el funcionamiento de esta residencia real asiria, «el complejo más formidable jamás hallado».[198] El punto de vista que adopta Place difiere enormemente del de Botta, Layard o Rassam: ya no se trata simplemente de recuperar los objetos artísticos mediante una verdadera «caza de tesoros», sino de limpiar un yacimiento y comprender su lógica. Place recibe en su empresa la ayuda de F. Thomas, arquitecto galardonado con el Gran Premio de Roma que durante la expedición de Mesopotamia sufrió un arrebato de locura y fue enviado a Mosul, donde Place le había elegido para que colaborase con él en Jorsabad. Ambos logran realizar «el primer gran desescombro arquitectónico»[199] en un yacimiento mesopotámico, y el atlas de

196 Hormuz Rassam (1826-1910): caldeo cristiano, hermano de Christian Rassam, vicecónsul de Inglaterra en Mosul, ayuda primero a H. Layard y excava por cuenta del British Museum, entregándose a un «sistema de pillaje no científico» (Hilprecht).

197 C. Bustarret, «Les premiers photographies archéologiques: Victor Place et les fouilles de Ninive», *Histoire de l'art*, 13-14, mayo de 1991, pp. 7-21.

198 A. Parrot, *op. cit.*, t. I, p. 63.

199 *Ibidem*, t. II, p. 35.

las láminas realizado por Thomas completa los dos volúmenes del informe de Place.[200]

Jorsabad es el primer ejemplo de un gran campo de trabajo en el que intervienen juntos arqueólogo, arquitecto y fotógrafo, y sirve de antecedente a las iniciativas del mismo tipo emprendidas en Grecia u Oriente Próximo. Por otra parte, V. Place es uno de los primeros que formulan principios de excavación[201] bien distintos sin duda de los de los arqueólogos modernos pero que muestran una preocupación por el método.

La expedición científica a Media y Mesopotamia, que había de completar los trabajos de Place, salió de París el 1 de octubre de 1851. Al ver que los yacimientos importantes ya habían sido asignados, la misión se dirigió a Babilonia, pero la exploración resultó infructuosa. J. Oppert se dedicó a realizar planos topográficos y a estudiar las inscripciones sobre ladrillos que recogía o compraba. En enero de 1854, tras haber estudiado las inscripciones halladas en Jorsabad, decide volver a Francia sin informar a Fresnel. Éste, por su parte, no muestra ninguna prisa por responder a las órdenes ministeriales que le mandaban volver lo antes posible y enviar las antigüedades recogidas. Fresnel se queda en Bagdad, donde espera poder imponer su proyecto de una escuela arqueológica francesa en Oriente Próximo, que estaría organizada siguiendo el modelo de la Escuela de Atenas.[202]

En mayo de 1855, un convoy formado por las cajas de la misión de Fresnel, de las excavaciones de Jorsabad y los relieves procedentes de Quyundjiq y Nimrud y regalados por Rawlinson, comienza a descender el Tigris de Bagdad a Bassora. Es atacado cerca de la confluencia entre el Tigris y el Éufrates y las balsas se hunden con toda su valiosa carga. Del naufragio se salvaron un genio alado y un toro que se encuentran hoy en el Louvre. La misión de Mesopotamia terminó con un auténtico desastre que causa la muerte de Fresnel, tras quedarse sin recursos en Bagdad, y la desgracia de Place.

---

200 V. Place, *Ninive et l'Assyrie, avec des essais de restauration pour F. Thomas*, 3 vols., París, 1867-1870.

201 *Ibidem*, t. II, pp. 97-109.

202 Cf. J. Mohl, *Vingt-sept Ans d'histoire d'études orientales (1840-1867), op. cit.*; N. Chevalier, *L'Administration de la recherche archéologique française dans le Moyen-Orient du milieu du XIX^e^ siècle à la Seconde Guerre mondiale*, Éd. ERC-ADPF, en prensa.

«El año 1855, fatal para la arqueología y la museografía francesa, verá [...] también el cierre de los campos de trabajo británicos»,[203] pero eso será una vez que los arqueólogos ingleses hayan llevado a buen término unas obras muy fructíferas. En 1852, H. Rawlinson y el capitán Jones emprenden un importante «survey» y un profundo estudio topográfico de Nínive y Nimrud. H. Rassam sucedió a Layard en Nimrud y Qalaat-Shergat. En Quyundjiq, excava el sector de Place, donde descubre el palacio de Assurbanipal.

En marzo de 1854, cuando Rassam ya ha cerrado su campo de trabajo, Rawlinson envía a Nínive a W. H. Butcher y William Kennett Loftus.[204] Este último excavó en 1850 en Warka Uruk y realizó sondeos en Susa en 1851 y 1852-1853. Los resultados de estos trabajos parecieron tan satisfactorios que en 1853 se fundó una sociedad en Inglaterra para subvencionar las nuevas investigaciones del sur de Mesopotamia. La Assyrian Excavation Fund asigna a Loftus la misión de excavar en Warka, adonde vuelve en 1854. Explora también Sekeré-Larsa, pero regresa a Bagdad decepcionado por los resultados de sus trabajos. Rawlinson le envía entonces a Quyundjiq-Nínive. Pero el retorno de Rawlinson a Inglaterra y la guerra de Crimea acarrean el cierre de los campos de trabajo ingleses en 1855. En lo sucesivo, las misiones inglesas se dedican sobre todo a trabajos topográficos, que dan lugar a la publicación de mapas importantes para futuras investigaciones.

En Europa, el desciframiento de las escrituras cuneiformes progresa gracias a los hallazgos de tablillas grabadas en Quyundjiq y Jorsabad. Jules Oppert es el primero que establece los principios del desciframiento de las inscripciones cuneiformes[205] y demuestra que las particularidades del silabario asiriobabilonio son herencia del «pueblo sumerio» y no semita. Su hipótesis desata una viva polémica con Jules Halévy[206] en la que participa

---

203 A. Parrot, *op. cit.*, t. I, p. 84.

204 William Kennett Loftus (1821-1858): miembro de la comisión de delimitación de la frontera turcopersa, exploró en 1849 con H. A. Churchill las regiones de Nippur, Warka-Uruk y Muqalla-Ur. *Travels and Researches in Chaldaea and Susiana*, Londres, 1857.

205 J. Oppert, *Expédition scientifique en Mésopotamie (1851-1854)*, París, 2 vols., 1859, t. II, *Déchiffrement des écritures cunéiformes*.

206 Jules Halévy, profesor de la Escuela Práctica de Estudios Superiores, famoso por su exploración de Arabia.

E. Renan, quien también rechaza el carácter semita de la lengua asiria.[207] Por otra parte, para verificar la validez de los principios de desciframiento, la Asiatic Society de Londres organiza una prueba: la inscripción de Tiglatpileser, descubierta por Rassam en Qalaat-Shergat, es entregada a Rawlinson, Hincks y Oppert, que envían a la sociedad londinense sus traducciones, elaboradas por separado. Todas las versiones coinciden y confirman el descriframiento del asirio.[208] Joachim Menant,[209] colaborador de J. Oppert, es quien crea un *Syllabaire*, herramienta de trabajo que resultará muy útil a la primera generación de asiriólogos.

En Mesopotamia, Francia e Inglaterra se reparten los descubrimientos, pero practican una «política arqueológica» bien distinta. J. Mohl lamenta los retrasos y la parsimonia del gobierno francés en las excavaciones y, sin embargo, su prodigalidad para una publicación lujosa inaccesible a la mayoría del público. En cambio, «los ingleses excavaron con intrepidez y perseverancia y publicaron de tal forma que los libreros podían arriesgarse y el público general comprar sus obras».[210]

Los dos países, Francia e Inglaterra, difieren también en el destino que les deparan a sus pioneros en arqueología mesopotámica: mientras que Inglaterra ennoblece a Rawlinson y Layard, Francia lleva a la desgracia a Botta, al exilio a Place y abandona a Fresnel en la miseria.

En 1870, los tells de Mosul parecen estar agotados y Babilonia resulta tan decepcionante como el sur de Mesopotamia. Sin embargo, como indica A. de Longpérier en su *Notice*,[211] la civilización asiria, tal como surgió de los palacios de Sargón y Asurbanipal, sólo podía haber alcanzado semejante grado después de largos periodos de gestación y elaboración laboriosa, de los que aún no se habían encontrado huellas. Habrá que esperar hasta 1877 para que comience la exploración de Tello-Lagash por Ernest de Sarzec, cónsul francés en Bassora, y remontarse así más allá en el tiempo y empezar a responder a la cuestión de los orígenes.

---

207 E. Renan, «Sur l'ouvrage d'Oppert: *Expédition scientifique en Mésopotamie*», *Journal des savants*, 1859, pp. 165-186, 244-260 y 360-368.

208 A. Parrot, *op. cit.*, t. I, cap. III, «Le déchiffrement des cunéiformes (1780-1900)».

209 Joachim Menant, *Le Syllabaire assyrien*, París, 1869-1873, 2 vols.

210 J. Mohl, *Vingt-sept Ans d'histoire des études orientales 1840-1873, op. cit.*, p. 507.

211 A. de Longpérier, *Notice des antiquités assyriennes*, París, 1854.

Mientras las excavaciones francesas e inglesas permiten hacer resurgir del suelo unos lugares que se recuerdan a través de la Biblia, las investigaciones se centran en Palestina y todo Oriente Próximo. Los primeros trabajos tienen un carácter topográfico; por ejemplo, H. Kiepfert, establece en 1841 y 1859 los mapas que ilustran la relación de los viajes de E. Robinson.[212] El primero que procede a una excavación es F. de Saulcy,[213] que acude a Siria en 1850, visita Galilea y da la vuelta al mar Muerto.[214] En Jerusalén, cree haber identificado la «Tumba de los reyes» de Judá, dibuja su plano y provoca una violenta polémica. De regreso a París, se dedica a las investigaciones sobre numismática judaica[215] en cuya materia es pionero y sobre la que volverá al final de su vida.[216] En 1863, cumple una segunda misión en Tierra Santa, acompañado del cartógrafo C. Gélis, los arqueólogos C. Gaillardot[217] y V. Guérin,[218] el arquitecto C. Haussard y el fotógrafo A. Salzmann.[219] La expedición se dirige a la región de los amonitas y F. de Saulcy identifica las ruinas de Arak-el-Amir (Iraq-el-Amir) con el monumento de los Tobíades. Pero fue la Tumba de los Reyes en Jerusalén la que lo retiene: realiza excavaciones y descubre un sarcófago

212 Édouard Robinson, viajero americano, alumno de Gesenius, realiza en Palestina investigaciones topográficas en 1838 y 1852. *Palästina und die angränzenden Länder*, 1838; ídem, *Physikalische Geographie des heiligen Landes*, 1869.

213 Félix de Saulcy. Catálogo de la exposición *Félix de Saulcy (1807-1880) et la Terre sainte. Archives et monuments d'une mission archéologique*, París, Réunion des musées nationaux, 1982; È. y J. Gran-Aymerich, «F. de Saulcy», *Archéologia*, 220, enero de 1987, pp. 65-75.

214 F. de Saulcy, *Voyage autour de la mer Morte et dans les terres bibliques*, 3 vols., París, 1853.

215 F. de Saulcy, *Recherches sur la numismatique judaïque*, París, 1854.

216 Ídem, *Numismatique de la Terre sainte*, París, 1874.

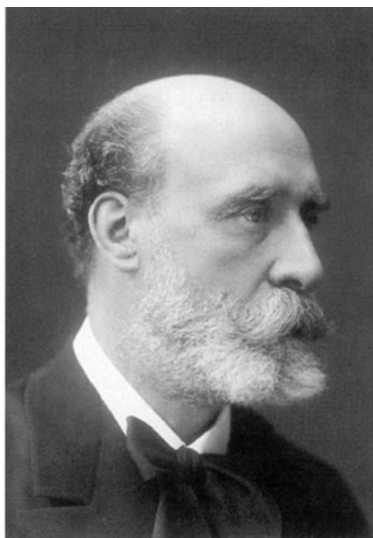
217 El doctor Charles Gaillardot colaboró con Ernest Renan en su misión en Fenicia.

218 Victor Guérin (1821-1890): miembro de la Escuela de Atenas, promoción de 1852.

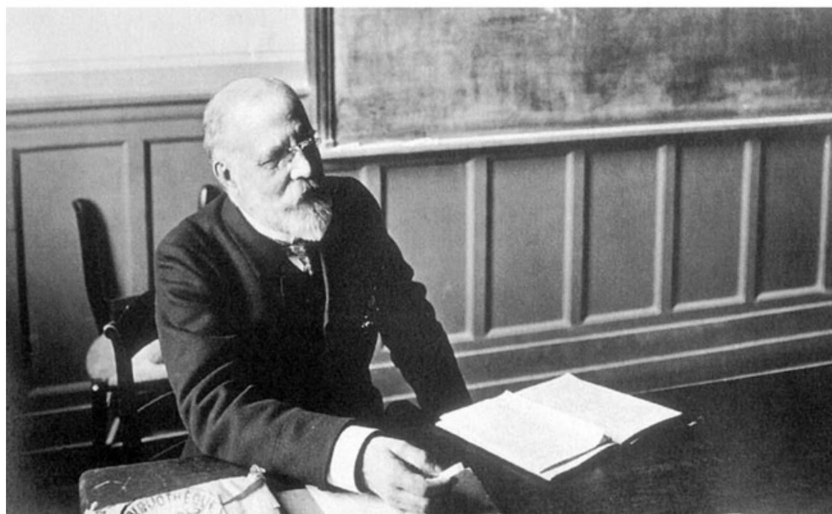
219 Auguste Salzmann (1824-1872): pintor que viaja a Italia, Argelia y Egipto, antes de solicitar en 1853 una misión en Oriente para estudiar los monumentos de los caballeros hospitalarios de la Orden de San Juan. Deja su primer objetivo para acudir a Jerusalén y fotografiar todos los monumentos estudiados por F. de Saulcy en 1850-1851 (*Jérusalem. Étude et reproduction photographique de la ville sainte, depuis l'époque judaïque jusqu'à nos jours*, París, 1856). Forma parte de la segunda misión de F. de Saulcy a Tierra Santa en 1863. A partir de 1853 se dedica a las investigaciones arqueológicas en Rodas, donde entre 1858 y 1863 descubre el tesoro de Camiros, repartido entre el British Museum, el Louvre y el Museo de Colmar (*Nécropole de Camiros*, París, 1874). Muere de regreso a París en 1872. Cf. Fr. Heilbrun, «Auguste Salzmann. Photographe malgré lui», en el catálogo de la exposición *Félix de Saulcy (1807-1880) et la Terre sainte*, *op. cit.*, pp. 115-130.



82. Félix de Saulcy (1807-1880).



83. Marqués Melchior de Vogüé (1829-1916). Álbum fotográfico realizado por E. Pirou y conservado en la biblioteca del Instituto de Francia.



84. Charles Clermont-Ganneau (1846-1923), durante una de sus conferencias en la Escuela Práctica de Estudios Superiores (Sorbona). Álbum fotográfico conservado en la biblioteca del Instituto de Francia.

con una inscripción, que atribuye a la hermana del rey David, pero que en realidad se trataba del de Helena de Adiabena, convertida al cristianismo en el siglo I de nuestra era. Lleva al Louvre muchos monumentos, que constituyen la primera galería judaica del museo.

Bajo el Segundo Imperio, la arqueología de Oriente Próximo, inaugurada por F. de Saulcy, alcanza su apogeo y se multiplican las expediciones: el marqués Melchior de Vogüé (1829-1916) realiza en 1853-1854, 1862 y 1869 varias misiones a Tierra Santa y a Siria durante las cuales halla gran cantidad de inscripciones,[220] estudia la topografía de Jerusalén y las iglesias de Palestina y Siria. El duque de Luynes solicita a Louis Lartet, geólogo e hijo del prehistoriador, su ayuda para una expedición científica a orillas del mar Muerto:[221] en Palestina, buscan pruebas de las culturas prehistóricas orientales.[222]

La arqueología palestina, cuyos comienzos promovió F. de Saulcy, quedará sólidamente fundada cuando Charles Clermont-Ganneau (1845-1923), joven diplomático alumno de E. Renan, sea nombrado en 1867 dragomán-canciller en Jerusalén. En estos años de gestación de la arqueología en Palestina los ingleses contribuyen también a su nacimiento: en 1864, C. Warren y seis oficiales británicos establecen un mapa de Jerusalén y sus alrededores y suscitan tal interés que en 1865 se funda la Palestinian Exploration Fund, que encarga una misión de reconocimiento de Palestina occidental cuyo fruto será la elaboración de un mapa detallado de la región. El mismo año en que Clermont-Ganneau se instala en Jerusalén, C. Warren realiza excavaciones. Desde el inicio de la exploración arqueológica, ingleses y franceses se reparten las investigaciones en Palestina, tradición que se perpetuará a lo largo de todo el siglo XIX y que se verá reforzada en 1920 por el mandato inglés en Palestina y el francés en Siria.

Si hubiera que dar una fecha a la fundación de la arqueología en Oriente Próximo, será sin lugar a dudas 1861, auténtico *annus mirabilis* para la investigación francesa: tres grandes misiones de carácter oficial,

---

220 M. de Vogüé, *Inscriptions sémitiques de la Syrie centrale*, París, 1868.

221 Duque H. d'Albert de Luynes, *Exploration de la mer Morte et de la vallée de l'Araba par la mission de M. le duc de Luynes,* París, 1864.

222 L. Lartet, *Exploration géologique de la mer Morte, de la Palestine et de l'Idumée*, París, 1878.

tanto por su iniciativa como por su financiación, se repartirán con la colección Campana los honores en el Museo Napoleón III: las de L. Heuzey y G. Perrot sobre el mundo griego y la tercera, la de E. Renan, que inaugura las excavaciones arqueológicas en Fenicia.

Napoleón III encuentra en 1860 la ocasión de renovar el ejemplo de Bonaparte en Egipto: en Siria, los drusos aniquilan a los cristianos y Francia interviene con el acuerdo de Inglaterra. Una misión arqueológica se une al cuerpo de la expedición, que ayudará en las excavaciones. El soberano había centrado su atención en Fenicia y Renan, gracias a su *Mémoire sur l'origine et le caractère véritable de l'histoire phénicienne [qui porte le nom de Sanchoniation, traduite par Philon de Byblos]*.[223] En esta memoria, Renan realiza para sus colegas académicos un cuadro magistral de la helenización de Asia occidental y subraya lo interesante que sería excavar el suelo de la antigua Fenicia, especialmente el de Biblos. El descubrimiento fortuito en Sidón, en 1855, de la primera inscripción hallada en la misma Fenicia, la que adorna el sarcófago de Eshmunazar, rey de esta ciudad en el siglo V a. C., alentó en el mundo erudito la esperanza de que a ésta le siguiesen muchas otras inscripciones.

Formado desde la exégesis y la crítica alemanas, Renan está convencido de que «el estudio de las lenguas es el instrumento primero e indispensable del método histórico».[224] Así pues, es un filólogo quien se embarca rumbo a Siria el 18 de octubre de 1860, pero se trata de un filólogo consciente de que ha de ser a la vez lingüista, historiador, *arqueólogo* [la cursiva es nuestra], artista, filósofo».[225] Renan, que persigue la elaboración de una «historia del espíritu humano»,[226] define la «ciencia del hombre» como la «experimentación universal de la vida humana, y por consiguiente, el estudio de *todos los productos de su actividad* [la cursiva es nuestra]».[227] Así pues, se hace arqueólogo de manera natural en Fenicia, donde parte en busca de todos los «monumentos», en el sentido de «pruebas de la actividad humana», de esta región.

---

223 Instituto de Francia, 1857.
224 *L'Avenir de la science. Pensées de 1848*, París, 1890, en *Oeuvres complètes d'E. Renan*, ed. H. Psichari, t. III, p. 847.
225 *Ibidem*, p. 832.
226 *Ibidem*, p. 832.
227 *Ibidem*, p. 939.

Encontrará a sus colaboradores *in situ*: el doctor Gaillardot, que lleva veinticinco años viviendo en Siria, Lokroy, dibujante de *L'Illustration* y futuro ministro de la Guerra, y el arquitecto Thobois. El tiempo de la misión se halla limitado a la estancia de las tropas francesas, concretamente nueve meses, lo cual explica que Renan abriese simultáneamente cuatro campos de trabajo en yacimientos muy distantes entre sí: en Amrit-Marathos, Gebel-Biblos, Saida-Sidón y Sour-Tiro. Mientras el doctor Gaillardot y el arquitecto Thobois dirigen las obras en Saida y Oum el Awamid, Renan acude a Palestina para visitar los lugares en los que vivió Jesús, cuya vida ha empezado a redactar.[228] Asimismo, prepara una campaña de excavaciones en Chipre cuando la misma fiebre palúdica que se llevará a su hermana le deja abatido y le obliga a renunciar al proyecto. Son el marqués de Vogüé y W. H. Waddington quienes explorarán Chipre en 1862. A pesar de sentirse decepcionado por no encontrar muchas inscripciones y vestigios fenicios anteriores al primer milenio, como él esperaba, Renan funda la arqueología fenicia y su *Mission en Phénicie*, publicada entre 1864 y 1874, constituye durante cincuenta años el tratado único y fundamental sobre la materia. Sus investigaciones, por muy limitadas que fueran, abrieron el campo de la exploración profunda, por ejemplo en el yacimiento de Biblos donde las obras, retomadas por Pierre Montet y Maurice Dunand, continúan hasta nuestros días. En Amrit, la antigua Marathos, donde se levantan aún los impresionantes monumentos descritos por F. de Saulcy y el marqués de Vogüé, Renan lleva a cabo durante dos meses constantes excavaciones, con planos, dibujos y fotografías: descubre la influencia egipcia en Fenicia, especialmente clara en el ámbito religioso. En Biblos, las tumbas, algunas inscripciones griegas y fragmentos egipcios le abren nuevos horizontes sobre los cultos de la ciudad. Saïda-Sidón y su necrópolis habían revelado el sarcófago de Eshmuzanar, y despertaron un gran interés entre los orientalistas. En los terrenos adquiridos por Francia, Péretié, primer dragomán del consulado de Francia en Beirut, había realizado excavaciones entre 1855 y 1860. El doctor Gaillardot y Renan excavan la roca en la que se abren pequeñas cuevas y descubren seis sarcófagos antropomorfos, conservados hoy en el Louvre, que desvelan una clara influencia egipcia. La necrópolis es desescombrada y Francia compra el yacimiento, que será parcialmente destruido en 1867.

228 *La Vie de Jésus*, París, 1863.

De regreso de Fenicia, E. Renan resulta elegido para la cátedra de «lenguas hebraica, caldea y siria» del Colegio de Francia, y el 22 de febrero de 1862 pronuncia su lección de apertura sobre «el papel de los pueblos semíticos en la historia de la civilización», que provocará la supresión inmediata de su curso.

En 1867, Renan pone su «ciencia de lingüista y arqueólogo»[229] al servicio de otra gran empresa, estrictamente filológica: toma la iniciativa de crear el *Corpus Inscriptionum Semiticarum*. Si bien a principios del siglo XIX, la Biblia era la única que aportaba elementos para el conocimiento de la antigüedad semítica, a lo largo del siglo la arqueología recompone ciudades enteras y las inscripciones se multiplican a una velocidad pasmosa. Renan y sus compañeros, F. de Saulcy, A. de Longpérier y W. H Waddington, que se asocian al proyecto presentado a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, sentían la necesidad de presentar estos documentos epigráficos. Las condiciones para llevar a cabo esta empresa son favorables, puesto que Francia domina África del Norte y las relaciones científicas con Egipto, Siria y Grecia son intensas. Por otra parte, los museos contienen un sinnúmero de inscripciones y Francia cuenta ya con una tradición de desciframiento de textos semíticos desde los trabajos del abad J.-J. Barthélemy.

La Academia acepta el proyecto y crea una comisión a cuyo frente trabajará E. Renan durante veinticinco años. Serán necesarios catorce años de trabajo preparatorio, dada la cantidad de importantes descubrimientos que se producen a partir de 1867. El primer fascículo, dedicado a las inscripciones fenicias, se publica en 1881. Renan, que organiza el trabajo y participa en él con sus publicaciones, crea una auténtica escuela de epigrafistas que garantizan la perennidad de la obra. Renan, para quien «la historia es fruto del estudio inmediato de los monumentos» y, por lo tanto, no puede escribirse «sin contar con las investigaciones del filólogo y del arqueólogo»,[230] pagó su tributo a la erudición laboriosa con su contribución al *Corpus Inscriptionum Semiticarum*.

229 A. France, *La Vie et l'Oeuvre d'Ernest Renan*, París, 1903.

230 Discurso ante la Academia de 29 de diciembre de 1891, en *Oeuvres complètes, op. cit.*, t. II.

Como historiador del pueblo de Israel y de los orígenes del cristianismo,[231] Renan ejerce de filólogo y arqueólogo siguiendo el ejemplo de Champollion en Egipto. Convencido de que la exploración profunda de los yacimientos es el único modo de conocer mejor la civilización fenicia, lanza el siguiente llamamiento: «Excavad la vieja Fenicia, ya que no se sabe lo que la tierra oculta».

Uno de sus alumnos, Charles Clermont-Ganneau, continúa su obra y se convierte en el iniciador de la arqueología moderna en Oriente Próximo, efectuando la exploración de Siria y Palestina, ayudado por su maestro.

Formado en el estudio del árabe, el turco y el persa con los mejores maestros de la Escuela de Lenguas Orientales, C. Clermont-Ganneau perfecciona el hebreo en el Colegio de Francia y se inicia en crítica bíblica y epigrafía semítica con las lecciones de E. Renan. Éste se plantea la colaboración de su alumno en el *Corpus Inscriptionum Semiticarum*, pero Clermont-Ganneau inicia la carrera diplomática y va a Jerusalén en 1867, decidido a aprovechar la oportunidad de ser nombrado en Palestina para dedicarse a la arqueología. Pertenece a la saga de diplomáticos arqueólogos franceses, como los Botta, Place, Sarzec, que aprovechan sus largas estancias en Oriente para avanzar en el conocimiento de las civilizaciones antiguas.

Clermont-Ganneau dedica todo su tiempo libre a explorar los alrededores de Jerusalén. En 1869, su red de informadores y su método de investigaciones sistemáticas dan sus frutos: se convierte en «el héroe de uno de los descubrimientos más magníficos que se han hecho en Oriente Próximo».[232] Adquiere y descifra la estela de Meshá, el testimonio de escritura alfabética más antiguo descubierto hasta entonces. Afirma que el texto transcribe una proclamación de Meshá, rey de Moab, que se sublevó contra Israel en el siglo IX a. C. La inscripción confirmaba el Segundo Libro de los Reyes y constituía, como subrayaba el propio Clermont-Ganneau, «a la vez la contrapartida y el equivalente de una página origi-

231 *Histoire du peuple d'Israël*, 5 tomos, París, 1887; *Histoire des origines du christianisme*, París, 1863-1873.

232 A. Dupont-Sommer, «Un dépisteur de fraudes archéologiques: C. Clermont-Ferrand (1846-1923)», *Institut de France*, 1974.

nal de la Biblia».[233] Esta gran página de una lengua muy poco atestiguada abría un nuevo campo a los estudios semíticos.

Cuando estalla la guerra contra Prusia en 1870, Clermont-Ganneau está a punto de obtener, gracias a Ernest Renan y Hortense Cornu, una misión oficial que lo liberaría de sus obligaciones profesionales: se trataba de retomar las excavaciones que había iniciado Renan en Oum-el-Awamid. La guerra le obliga a abandonar el proyecto y el diplomático tendrá que esperar hasta 1881 para dedicarse por completo a la investigación arqueológica en Siria y Palestina.

La carrera de Clermont-Ganneau culmina en 1890 cuando se crea para él, a petición de Renan, la cátedra de epigrafía y antigüedades semíticas en el Colegio de Francia, que supone la consagración del nacimiento de este nuevo campo científico, garantizando su continuidad y su progreso. Los trabajos de Renan en Oriente Próximo, realizados por Clermont-Ganneau, permiten intuir los lazos entre Fenicia y Egipto, donde las excavaciones, tan esperadas por Champollion, habían empezado en 1850.

### 4.4.3. Egipto

Ya sabemos cómo se eclipsó la arqueología tras la muerte de Champollion en 1832: la cátedra del Colegio de Francia fue ocupada por J.-A. Letronne y C. Lenormant, que no pudieron mantener la perennidad de la enseñanza inaugurada por el «descifrador»; el museo egipcio del Louvre, privado de conservador, pasa a depender del Departamento de Antigüedades.

El renacimiento de la arqueología tiene lugar cuando Emmanuel de Rougé (1811-1872) publica su *Mémoire sur Ahmès*[234] y, en 1849, es nombrado conservador no remunerado del museo egipcio, cuyo informe publica en el mismo año.[235] Como sucesor de Champollion en su cátedra del Colegio de Francia a partir de 1860, realiza investigaciones en materia

233 «La Stèle de Mesha», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1870, y en *Journal asiatique*, 1887.

234 E. de Rougé, *Mémoire sur l'inscription du tombeau d'Ahmès*, París, 1849.

235 *Notice des monuments exposés dans la galerie d'antiquités égyptiennes au musée du Louvre*, París, 1849.

de filología y enuncia las reglas de lectura y de traducción de textos jeroglíficos. Es el primero en revelar la gran riqueza de la literatura egipcia contenida en los libros hieráticos.[236]

Además, E. de Rougé es, junto con A. de Longpérier y C. Lenormant, de esas personas que saben ver en Auguste Mariette[237] a un auténtico sabio. Tras dejar Boulogne-sur-Mer para trasladarse a París en 1848, se le asigna un puesto subalterno a este último, muy joven, en el departamento egipcio del Louvre, gracias al apoyo de C. Lenormant. Sin embargo, el nombramiento de E. de Rougé, sólo diez años mayor que él, le quita la esperanza de poder ascender al cargo de conservador.

En 1850, Mariette solicita una misión a Egipto, que obtiene con un crédito de seis mil francos para buscar manuscritos coptos. Éste es el objetivo oficial, pero Mariette, en su proyecto, piensa realizar excavaciones en Abidos y los miembros de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, que le apoyan, esperan que estos trabajos en Egipto respondan al deseo de Champollion de que diese comienzo la era de las excavaciones científicas.

A su llegada a Alejandría el 20 de octubre de 1850, se lanza en busca de manuscritos coptos, pero en los jardines del conde Zizinia, cónsul general de Bélgica, percibe una esfinge de caliza con inscripciones a Serapis, Osiris y Apis. En El Cairo descubre otras, vendidas todas por el mismo vendedor y originarias de Saqqara, un pequeño pueblo no demasiado lejos de la necrópolis de Menfis, adonde acude.

En primer lugar se propone elaborar el plano cronológico de la necrópolis, la recorre en todas las direcciones hasta que un día descubre una piedra en la que lee los nombres de Apis, Osiris y Serapis y percibe la cabeza de una esfinge enterrada en la arena. Le viene a la memoria el texto de Estrabón, que le convence de estar en el emplazamiento del Serapeum, monumento funerario de Apis, que el geógrafo griego pinta enterrado en la arena. El 1 de noviembre de 1850, Mariette inicia las excavaciones sin permiso, con treinta obreros. Emplea para las obras los créditos asignados

---

236 E. de Rougé, *Poème de Pentaour*, París, 1856.

237 Auguste Mariette (1821-1881). Cf. È. y J. Gran-Aymerich, «Auguste Mariette», *Archéologia*, n.º 219, dic. de 1986, pp. 71-79; E. David, *Mariette Pacha 1821-1881*, París, Pygmalion Gérard Watelet, 1994; J. Vercoutter, *À la recherche de l'Égypte oubliée*, París, Gallimard (Découvertes), 1998.



85. Auguste Mariette (1821-1881), según A. Rhoné, *L'Égypte à petites journées*, 1877, p. 33. Biblioteca del Instituto de Francia.



86. Karnak (Egipto). E. de Rougé, *Album photographique de la mission remplie par le vicompte Emmanuel de Rougé, 1863-1864*, París, L. Samson photographe éditeur, lám. 60. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



87. Las excavaciones de San (Tanis) dirigidas por A. Mariette, al que vemos aquí en el centro de la fotografía. E. de Rougé, *Album photographique..., 1863-1864,* París, L. Samson photographe éditeur, lám. 87, Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

para los manuscritos coptos, descombra la avenida de las esfinges que conduce al santuario y, para evitar la prohibición de excavar que se le había notificado, trabaja por la noche, oculta los hallazgos y hace llegar al Louvre por vía clandestina siete mil objetos, entre los que se encuentra el Escriba sentado: este extraordinario descubrimiento le vale la hostilidad de los miembros de la red, que sacan provecho de las antigüedades, desde los cónsules hasta los mercaderes.

El cónsul inglés Harris se esfuerza por perder de vista a Mariette siguiendo la idea del virrey, Abbas Pachá, que por lo demás se mostraba poco favorable a Francia. Pero el Ministerio de Interior francés y los museos nacionales le conceden créditos para proseguir sus trabajos y el 1 de enero de 1852 se le destina a la conservación egipcia del Louvre. Se dedica a la clasificación de objetos del Serapeum, representativos de todos los periodos desde la tercera dinastía hasta la época romana. La historia del arte y la civilización egipcias se ven renovadas por este descubrimiento, que aportaba a los eruditos el material que les faltaba.

Convertido en conservador adjunto, Mariette sólo aspira a volver a Egipto para retomar las exploraciones. En 1857 se le presenta la ocasión cuando el príncipe Napoleón programa una visita a orillas del Nilo, en un país en el que desde ese momento Said Pachá, sucesor de Abbas, se muestra favorable a Francia. Ferdinand de Lesseps, padre del canal de Suez, interviene a favor de Mariette ante el virrey y le presenta un plan de acción arqueológica, donde insiste en la urgente necesidad de organizar la protección del patrimonio. Mariette pudo constatar las terribles destrucciones que supusieron no sólo el pillaje de tumbas, sino también el progreso industrial: «En cuanto se decidía la construcción de una fábrica, un puente o una casa, enseguida corrían hacia las ruinas». Para Mariette, había que vigilar con sumo cuidado las antigüedades, reprimir el bandidaje y crear un centro en el que reagrupar las colecciones.

En octubre de 1857, Mariette llega a El Cairo y, hasta su muerte, en 1881, se dedica por completo a salvaguardar y actualizar los grandes yacimientos que jalonan el valle del Nilo. De este modo, funda la arqueología egipcia y pone el marcha el primer servicio de antigüedades jamás organizado. La ordenanza del 5 de julio de 1858 lo nombra director de trabajos de antigüedades en Egipto.

Una vez definitivamente instalado, Mariette abre las obras de Saqqara, Gizeh, Abidos, Tebas y Elefantina. Por otra parte, para fundar un museo, reclama los edificios de la Compañía de Barcos a Vapor que se encuentran casi en ruinas en Bulaq, al borde del Nilo. Recibe el apoyo del egiptólogo alemán Heinrich Brugsch (1827-1894) y Théodule Devéria (1831-1871), agregado a la conservación del Louvre, le ofrece su ayuda desinteresada. La actividad de Mariette se desarrolla en dos direcciones complementarias: multiplicar las operaciones de excavación para profundizar en el conocimiento sobre los yacimientos y conservar los monumentos recopilados en el primer museo nacional abierto en Oriente Próximo.

El balance de su trabajo que expone ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, en 1859, es extraordinario: en Abidos se exhumaron completamente tres templos. Edfu ofrece el templo egipcio más completo y mejor conservado. En Karnak, el santuario de Tutmés el Grande se saca completamente de la arena. La necrópolis tebana desvela el sarcófago dorado de la reina Ahhotep.

Para alimentar su museo, Mariette explora Tanis y Sais; en Gizeh, retoma las excavaciones del templo de la Esfinge y en el fondo de un pozo descubre seis estatuas de Kefrén, de las cuales una, expuesta hoy en el Museo de El Cairo, puede considerarse la obra maestra de la escultura menfita. En Abidos halla una nueva lista de faraones que precedieron a Ramsés II, remontándose hasta las primeras dinastías; sondea la inmensa necrópolis y determina sus épocas. La limpieza de los templos de Dandara y Edfu hace progresar enormemente el conocimiento de la arquitectura religiosa, las creencias, escrituras y lenguas de la época baja egipcia.

Sin embargo, afanado en tantos trabajos de campo, Mariette no tiene tiempo de publicar y el mundo erudito reclama cada vez con más vigor la información. Además, la Exposición Universal de París, en la que Said Pachá quiere ver representada la arqueología egipcia, acapara toda la actividad de Mariette, nombrado comisario general.

El año 1867, que Glyn Daniel definió como «el año del nacimiento de la prehistoria»,[238] es también el año de la apoteosis de la egiptología en

238 G. Daniel, *A Hundred and Fifty Years of Archaeology*, Londres, *op. cit*., ed. 1975, p. 111.

la persona y la obra de Mariette. El templo egipcio que reconstruye en los Campos de Marte causó sensación en la exposición. Para él es «una tentativa erudita, hecha con la intención de mostrar lo que era un templo egipcio en el momento de su conservación perfecta».[239]

Aunque Mariette no llega a publicar todos sus descubrimientos,[240] la obra es considerable: no sólo funda la arqueología en Egipto, sino que le da un impulso prodigioso al descombrar todos los grandes yacimientos y facilitar infinidad de materiales extraordinarios a eruditos, historiadores del arte y las religiones, epigrafistas y filólogos. Al mismo tiempo, organiza la protección del patrimonio arqueológico por el Servicio de Antigüedades e impone la idea de un museo nacional egipcio, anunciando una importante revolución en las mentalidades europeas. A su muerte, en 1881, Gaston Maspero toma el relevo y culmina la obra de Mariette con la creación del Instituto Francés de Arqueología Oriental en El Cairo.

En vísperas de la guerra de 1870, la arqueología de campo se ha puesto de manifiesto no sólo en las exploraciones o en las misiones topográficas y epigráficas, sino también en las propias excavaciones: «la exploración profunda» de Oriente Próximo ha comenzado y Victor Place, sucesor de Paul-Émile Botta, introduce una perspectiva y unos métodos más específicamente científicos, preparando la era de las grandes campañas mesopotámicas, que comienza a finales de siglo. De hecho, tras el fracaso relativo de la expedición científica dirigida por Fulgence Fresnel y la interrupción de los trabajos arqueológicos europeos ligada a la guerra de Crimea, la actividad «militante» de Francia, así como de Gran Bretaña, marca una pausa y no será hasta 1877 cuando se retomen las excavacio-

239 A. Mariette, *Catalogue de l'Exposition universelle. Description du parc égyptien*, París, 1867.

240 Trata de publicar los monumentos recopilados en el curso de la excavación del Serapeum, pero su amplísimo trabajo se queda en forma de notas (conservadas hoy en el Louvre). Sin embargo, edita parcialmente *Le Serapeum de Memphis*, 1857; *Description des fouilles exécutées en Égypte*, 1863; *Notice des principaux monuments exposés dans les galeries provisoires du Musée... à Boulaq*, 1864; *Abydos*, 2 vols., 1869-1880; *Dendérah*, 5 vols., 1870-1875 y numerosas monografías sobre los yacimientos explorados desde Asuán hasta el Mediterráneo. G. Maspero se encargará de publicar las obras inacabadas: *Le Serapeum de Memphis*, 1882; *Les Mastabas de l'Ancien Empire*, 1883.

nes a iniciativa, una vez más, del cónsul francés, Ernest de Sarzec, que tratará de sondear Tello-Lagash.

A la vez que la arqueología de campo, la arqueología filológica, impulsada por los descubrimientos, prosigue y se encamina hacia el desciframiento completo de la escritura cuneiforme. Jules Oppert es quien más contribuye y podrá garantizar la perennidad de la asiriología a partir de 1874 desde la cátedra de epigrafía y arqueología asirias que se creó para él en el Colegio de Francia.

La egiptología francesa recuperó en 1870 el esplendor que la hacía brillar en el primer tercio del siglo: Mariette hace realidad los deseos formulados por el «Descifrador» de que se desarrollasen en Egipto una serie de excavaciones «científicas» —entendidas como «capaces de hacer progresar la ciencia», incluso «realizadas siguiendo métodos científicos»— y se organizase un servicio de protección del patrimonio arqueológico.

Por fin se retoman las experiencias filológicas de Champollion, de las que se extraen conclusiones gracias a Emmanuel de Rougé, François Chabas (1817-1882) e incluso Gaston Maspero, que recopilará el legado de Mariette y se erigirá en cierto modo en el egiptólogo ideal, al ser a la vez arqueólogo de campo, filólogo y promotor de una ciencia que transmite con su enseñanza y su actividad a la cabeza del Servicio de Antigüedades y del Instituto de Arqueología Oriental que pone en marcha en El Cairo.

La egiptología ofrece oportunidades de colaboración internacional entre eruditos franceses, ingleses y alemanes: así por ejemplo, Mariette y Heinrich Brugsch se reparten la dirección de los campos de trabajo en el valle del Nilo y François Chabas disfruta del apoyo de Samuel Birch y Richard Lepsius, que trabajan también con Charles Wycliffe Goodwin (1817-1878).

Palestina y Fenicia asisten en la misma época al nacimiento de una arqueología específica, que con la misión de Fenicia llevada a cabo por E. Renan, tiene garantizado su desarrollo en el futuro.

En Grecia, la Escuela Francesa de Atenas permite una serie de misiones de gran calado científico y la apertura de los primeros campos de trabajo en la Acrópolis y en Delfos. De hecho, si comparamos las modalidades de expansión de la arqueología en la Grecia independiente y las regiones

sometidas a la dominación otomana, como Asia Menor, donde C. T. Newton excava Halicarnaso, Cnido y Dídimo y enriquece el British Museum, no podemos olvidar que la legislación griega de 1827 sobre el patrimonio arqueológico es una de las razones de los grandes progresos de la arqueología: efectivamente, al prohibirse la exportación de antigüedades, los arqueólogos franceses y alemanes se decantaron por las misiones de exploración e inventario, lo que les llevó a programar grandes campos de trabajo permanentes sobre los que actuaban de acuerdo con las autoridades griegas, con un enfoque estrictamente científico.

Desde antes de 1870, tanto en Grecia como en Mesopotamia, las naciones europeas se encuentran en competencia, y, si Victor Duruy, durante una visita a Atenas, sueña en el invierno de 1869-1870 con una actividad internacional para limpiar la Acrópolis,[241] esta gran ilusión se desmorona por completo al estallar la guerra francoprusiana.

Evidentemente, la Escuela Francesa de Atenas aceleró el fenómeno de la competencia entre eruditos de las naciones europeas, ya que constituía un modelo de institución nacional, capaz de permitir la exploración arqueológica del país en el que se hallaba. Aunque no fue creada sobre los mismos principios que el Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, aparece cada vez más como su equivalente en Atenas, y no es ajena a la evolución que se observa en Roma a partir de 1860: el Instituto se convierte en una «Oberuniversität» para la arqueología alemana y la Escuela Francesa de Atenas se afirma, a pesar de su director, como lugar de formación de los arqueólogos clásicos franceses.

Este papel de modelo funcionará también en el concepto de la arqueología fuera de Grecia: es, sin duda alguna, la Escuela de Atenas la que inspira proyectos de misiones permanentes, concebidos por F. Fresnel para Bagdad, monseñor Lavigerie para Cartago, el marqués de Vogüé para Palestina o A. Joubin para Constantinopla y P. Paris para Madrid. Una serie de proyectos similares darán a Egipto la creación del Instituto Francés de Arqueología Oriental en 1881 y a Palestina la Escuela Francesa de Arqueología de Jerusalén en 1920. En cuanto a Italia, tras la ruptura de 1870 y la transformación del Instituto Internacional en Instituto Alemán

241 G. Radet, *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École française d'Athènes*, *op. cit.*, p. 281.

de Arqueología, verá nacer una Escuela Francesa, gemela de la de Atenas, que será objeto de una última reforma.

El Segundo Imperio asiste al reconocimiento de la prehistoria y pone en marcha nuevas instituciones arqueológicas, que hacen posible el desarrollo de unas investigaciones sumamente innovadoras. A partir de 1860, en Europa septentrional así como en Italia, Grecia, Palestina y Egipto se multiplican los descubrimientos que permiten plantear de otro modo la cuestión de los orígenes de las grandes civilizaciones clásicas y orientales: los indicios de su prehistoria son cada vez mayores y se empiezan a sospechar las relaciones que debió de haber entre poblaciones vecinas. Por ejemplo, entre celtas y etruscos, pero también entre Oriente y Occidente.

Así, «las antigüedades de la isla de Santorin» le inspiran a A. de Longpérier el comentario de que se reconocen las mismas vasijas pintadas en una cámara sepulcral de la época de Tutmés (Tutmosis) III:[242] antes incluso de los descubrimientos de Schliemann, anuncia el sincronismo entre la civilización griega «prehistórica» y el Egipto histórico; sincronismo que Flinders Petrie establecerá con certeza en 1891 y desarrollará con el método que bautizará como «cross dating».

El descubrimiento y reconocimiento de la prehistoria en Grecia, Palestina y Egipto está a punto de trastocar completamente las perspectivas, poniendo de manifiesto la interdependecia de unos universos que hasta entonces se consideraban autónomos. Grecia, que en los albores del siglo XIX todavía se veía como «el principio de todas las cosas y la aurora de la humanidad», ocupa desde ese momento un rango más relativo, mientras que «la arqueología ha ampliado sus descubrimientos a las regiones que parecían sepultadas para siempre en el olvido».[243]

El año 1870 marca una ruptura política que en arqueología se traduce en el distanciamiento de Alemania, vista como una competidora contra la que hay que demostrar superioridad pese a la derrota. Pero, desde el punto de vista de la ciencia de la Antigüedad, las profundas transformaciones que entran en juego tras la revelación de Troya, Micenas y Tirinto

---

242 A. de Longpérier, «Sur les antiquités de l'île de Santorin», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1875, pp. 182-184.

243 C.-E. Beulé, *L'Histoire de l'art grec avant Périclès*, París, 1868, cap. 1.

vienen precedidas de los formidables progresos de la arqueología en toda la cuenca mediterránea a partir de 1848. Asimismo, si bien corresponde a la III República el mérito de haber reformado profundamente la universidad francesa y de haber permitido el desarrollo de la arqueología en su seno, el Segundo Imperio había creado instituciones que favorecieron el desarrollo de la arqueología metropolitana y, con la fundación de la Escuela Práctica de Estudios Superiores, abordó los problemas fundamentales de la enseñanza de las ciencias auxiliares de la historia, aportando un principio de solución.

La guerra contra Prusia termina con los esfuerzos de reforma del sistema universitario y trae consigo la suspensión de las misiones arqueológicas y los proyectos de campañas programadas en Grecia y Oriente Próximo. Sin embargo, la derrota, sentida por historiadores, filólogos y arqueólogos como una terrible humillación de la ciencia francesa ante la ciencia alemana, provoca un sobresalto considerable y la llena de iniciativas, empezando por una reestructuración sustancial del sistema universitario, al que se responsabiliza del desastre.

# 5. LA ARQUEOLOGÍA EN EL PROYECTO DE RECONSTRUCCIÓN NACIONAL (1870-1885)

Cuando estalla la guerra contra Prusia, que enseguida termina con la derrota francesa, la arqueología se ve perjudicada en pleno auge y la participación de Léon Renier en el *Corpus Inscriptionum Latinarum* de la Academia de Berlín queda pospuesta. En Italia, el proyecto de implantar en Roma una escuela francesa se cancela incluso antes de que se inicie su realización. En Grecia, las excavaciones que tenía previstas Paul Foucart para Delfos, y para las que ya contaba con los créditos necesarios, se anulan. La reforma de la Escuela de Atenas, que se había preparado en el momento de la desaparición en 1867 de su director, Amédée Daveluy, no se hará efectiva hasta 1874. Por último, Charles Clermont-Ganneau se ve obligado a renunciar a la misión de Fenicia y Palestina, a pesar de que se había propuesto prolongar en ellas los trabajos de Ernest Renan.

## 5.1. La «crisis de la conciencia francesa»[1] y el movimiento histórico

La situación especial que vive la arqueología en vísperas de la derrota de 1870 explica en cierto modo el papel que desempeñan algunos de sus representantes, como Ernest Renan o Albert Dumont, en la reorganización de la ciencia francesa.

---

1 En referencia a P. Hazard, *La Crise de la conscience européenne (1680-1715),* París, 1935.

Cuando la guerra todavía sigue causando estragos, Renan escribe y publica su decepción y analiza los síntomas y las causas de la crisis que está atravesando.[2] Su «quimera», «la alianza intelectual, moral y política de Alemania y Francia, alianza que atrae a su vez la de Inglaterra [...] queda destruida para siempre».[3] Él, que se formó en filosofía, crítica y filología alemanas, para quien «Alemania fue [su] maestra»,[4] descubre con la guerra la violencia prusiana y toma conciencia de que la victoria alemana es la «de la ciencia y la razón», y que «la inferioridad de Francia es sobre todo intelectual».[5]

Georges Perrot o Albert Dumont[6] manifiestan el mismo desencanto cruel ante aquellos que el primero define como «salvajes con unos cuantos conocimientos de matemáticas».[7] La decepción es tanto más amarga para los filósofos y arqueólogos en cuanto que los principios y métodos de sus ciencias fueron concebidos y desarrollados en Alemania. En 1865, G. Perrot se alegraba de que se hubiera proyectado una misión permanente alemana en Atenas, que sin duda tendría «un efecto positivo de imitación en los miembros de nuestra Escuela».[8] Es más, aunque Charles Lenormant y Jean de Witte ilustraron la ciencia cerámica a partir de 1849[9] y aunque los trabajos de Jean-Antoine Letronne, las misiones de Philippe Le Bas[10] y el proyecto de un corpus en 1829 demuestran el interés que existe en Francia por la epigrafía griega y latina en las primeras décadas del siglo XIX, es innegable que el Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, cuya sección francesa se muestra muy activa hasta 1848, desempeña un papel fundamental para el progreso de estas ciencias.

El *Rapporto intorno i vasi Volcenti*[11] de Eduard Gerhard sienta en 1831 las bases de los estudios cerámicos y los «corpus» que elabora y publica el

2 E. Renan, *La Réforme intellectuelle et morale de la France*, París, 1871, París, Complexe, 1990.
3 *Ibidem*, p. V (ed. 1990).
4 *Ibidem*, p. VI.
5 *Ibidem*, pp. 55 y 95.
6 A. Dumont, *L'Administration et la Propagande prussiennes en Alsace*, París, 1871.
7 G. Perrot, *Notes manuscrites rédigées lors du siège de Paris*, s. l.
8 Ídem, «L'École française d'Athènes: comment on la juge à l'étranger», *Revue de l'Instruction publique*, 29 de junio de 1865.
9 C. Lenormant y J. de Witte, *L'Élite des monuments céramographiques*, París, 1844.
10 P. Le Bas, *Voyage archéologique en Grèce et en Asie Mineure*, París, 1847.
11 E. Gerhard, «Rapporto intorno i vasi volcenti», *Annales de l'Institut de correspondance archéologique de Rome*, 1831.

Instituto romano a partir de las colecciones italianas, proporcionan a Désiré Raoul-Rochette,[12] Charles-Ernest Beulé[13] o Albert Dumont las referencias de sus propios trabajos.

En el nacimiento del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, los epigrafistas franceses y alemanes se disputan el apoyo de Bartolomeo Borghesi, y si Theodor Mommsen lo obtiene al final y pone la primera piedra de la empresa prusiana[14] es porque aprovecha los lazos que unen en estrecha colaboración a los epigrafistas italianos y alemanes del Instituto y disfruta junto con Kellermann y Henzen de las lecciones del gran maestro italiano. Los franceses, motivados, publican las obras de B. Borghesi bajo la dirección de L. Renier, quien, con sus misiones en Argelia, hace brillar la epigrafía latina.

Léon Heuzey, Georges Perrot o Paul Foucart, por citar simplemente a los miembros más prestigiosos de la Escuela de Atenas, continúan por el camino trazado por P. Le Bas, pero sus misiones a Grecia son también el reflejo de los «Reinsen» que alemanes y austriacos, formados en el Instituto de Roma, llevan a cabo en todo el ámbito helénico. Para estos jóvenes, que conocen las debilidades del sistema universitario francés, «la Alemania de las universidades independientes debía aparecer como la tierra liberadora, como el país donde a través de la crítica religiosa, la historia, la filología y la filosofía se descubrían las esferas prodigiosas del pasado».[15]

La humillación de la derrota transforma la admiración por la Alemania intelectual en una voluntad de igualarla e incluso superarla en todos aquellos terrenos en los que destaca. Así pues, E. Renan, G. Perrot, A. Dumont, O. Rayet, todos ellos filólogos y arqueólogos, lamentan que la ciencia no tenga una verdadera organización y que los créditos otorgados sean insuficientes. En 1848, E. Renan[16] solicitaba una mayor participación del Estado en el desarrollo científico y proclamaba la filología como la primera de las ciencias, aquella que prestaba las bases más sólidas

---

12 D. Raoul-Rochette, *Monuments inédits d'antiquité figurée grecque, étrusque et romaine*, París, 1828-1829.

13 C.-É. Beulé, *L'histoire de l'art grec avant Périclès*, París, 1868.

14 T. Mommsen, *Études osques*, Berlín, 1845-1846.

15 C. Digeon, *La Crise allemande de la pensée française*, París, 1959, p. 32.

16 E. Renan, *L'Avenir de la science, pensées de 1848, op. cit*.

a la historia, una historia practicada según las reglas enunciadas por los eruditos alemanes, es decir, reforzada por la epigrafía y la arqueología.

En 1882, O. Rayet compara las actitudes de Francia y Alemania en materia de política cultural: «El Landstag prusiano y el Reichstag alemán [...] son unas asambleas mucho menos paralizadas por el miedo de los gritones de comités electorales y mucho más accesibles a la inteligencia de las necesidades del gobierno. Los créditos que votan para la fabricación de cañones y la compra de torpedos no les impiden proveer generosamente a los establecimientos de instrucción superior, a los museos y las proyectos científicos».[17] O. Rayet finalmente insta con este llamamiento a los políticos franceses: «¡Podrán comprender de una vez que el dinero es el pilar de la erudición, igual que de la guerra, y mostrar por el estudio de la antigüedad una cuarta parte del interés que demuestran por él la Cámara de los Comunes de Londres o el Reichstag de Berlín!»[18]

Al igual que todos los intelectuales franceses de la época, los filólogos, arqueólogos y epigrafistas están convencidos de que para que la recuperación nacional sea posible, es necesario el desarrollo de la ciencia; ahora bien, el modelo científico, que propició el éxito y la victoria de Alemania, viene dado por la filología que, «estableciendo las leyes de fijación de las lenguas, ha mostrado con un ejemplo incontestable lo ciertas que son las reglas que presiden el desarrollo de las facultades sociales».[19]

Esta ciencia, desarrollada en Alemania, aparece en consecuencia como estrechamente ligada al sentimiento nacional.[20] La historia, que debe favorecer la reacción de la nación humillada, se convierte con la III República en «la reina de las ciencias», y debe su rango a la filología; efectivamente, para el propio E. Lavisse, «el auténtico historiador es un filólogo».[21] Y el historiador de las «instituciones políticas de la antigua Francia», Numa

---

17 O. Rayet, «Les Antiques au musée de Berlin», *La Gazette des beaux-arts,* 1 de sept. de 1882; ídem, en *Études d'archéologie et d'art*, París, 1888.

18 Ídem, artículos sobre las excavaciones de Olimpia publicados en *La Gazette des beaux-arts* en 1875-1876 y retomados en *Études d'archéologie et d'art, op. cit.*

19 A. Dumont, «Comparaison des études d'érudition en France et en Allemagne», *Revue des Deux Mondes*, 15 de oct. de 1874; cf. C. Charle, *La République des universitaires*, París, Édtions du Seuil, 1994, parte I: «L'impossible modèle allemand».

20 P. Nora, «Lavisse, instituteur national», en *Les Lieux de mémoire*, t. I, *La République*, París, Gallimard, 1987.

21 Citado por P. Nora, *ibidem*.

Fustel de Coulanges (1830-1889), que milita activamente por el renacimiento francés, ¿no es antiguo miembro de la Escuela de Atenas, formado en filología y epigrafía por la Escuela Normal Superior?

Si tenemos en cuenta los estrechos lazos que existen en esta época entre la filología y la historia, entendemos mejor el papel que desempeñan los representantes de la primera en la reforma del sistema universitario.

## 5.2. La reforma universitaria

Albert Dumont, antiguo miembro de la Escuela de Atenas, es nombrado director de la Enseñanza Superior en 1879 y desempeña un papel capital en la reforma de la Universidad. Por otra parte, antes ya había orientado y organizado definitivamente la Escuela de Atenas, a la vez que contribuía a fundar la Escuela Francesa de Roma.

Este normalista es admitido en la Escuela Francesa de Atenas en 1864: durante sus cuatro años de estancia en Grecia y, a la vez que las exploraciones en el Peloponeso, las islas y Tracia, efectúa un trabajo considerable en las colecciones de la capital griega. En menos de dos años, tras recopilar, examinar y clasificar los vestigios más insignificantes de monumentos escritos o representados, establece un auténtico corpus de inscripciones cerámicas de Grecia. Así, examina varias decenas de fragmentos. Clasifica las inscripciones relativas a la efebía ateniense, especialmente las que se extrajeron en las excavaciones de la Sociedad Arqueológica de Atenas en 1860. El *Essai sur l'éphébie attique*[22] es el resultado directo de este minucioso análisis, así como su tesis, *Essai sur la chronologie des archontes athéniens*,[23] que leyó en la Sorbona en 1870. Recurre a la arqueología y a la epigrafía para establecer los hechos nuevos y seguros que completan y garantizan la cronología griega.

La práctica científica de la arqueología y la epigrafía, trabajo ingrato de análisis sistemático de objetos sin valor artístico, le permiten fundar con certeza hechos históricos. Adopta exactamente la misma óptica que los

22 A. Dumont, *Essai sur l'éphébie attique*, París, 1875.

23 Ídem, *Essai sur la chronologie des archontes athéniens postérieurs à la* CXXII[e] *olympiade et sur la succession des magistrats éphébiques*, París, 1870.

eruditos alemanes, duchos en la redacción de corpus e inventarios, que reaccionan favorablemente a la obra de Dumont, como atestigua una de sus cartas, fechada el 8 de mayo de 1873: «Los Arcontes dan mucho que hablar en Alemania [...]. Éste es uno de esos libros que los eruditos tienen siempre a mano». A continuación, aplica los mismos principios al estudio de vasijas pintadas, fijándose como objetivo la elucidación de su procedencia.[24]

Al igual que sus antecesores, Heuzey, Perrot o Foucart, defiende en la Escuela, a pesar de su director, un concepto científico de los estudios sobre la antigüedad, el mismo que impuso el Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma desde 1829. A la muerte de Amédée Daveluy en 1867, el proyecto prusiano de misión permanente en Atenas, imitado del Instituto de Roma, preocupa a los medios políticos y científicos: las relaciones entre Francia y Alemania ya no se basan en una rivalidad cortés y una sana emulación, sino que consisten en no ceder ni un ápice a Prusia y garantizar a la Escuela de Atenas un auténtico papel nacional.

A. Dumont, que desde su llegada a Atenas se consagró enteramente a la ilustración científica de la Escuela, concibe un proyecto de reforma de la misma que expone en sus cartas a Auguste Geffroy,[25] quien habrá de ser el director de la futura Escuela de Arqueología de Roma.[26] A su modo de ver, hay que hacer de la Escuela de Atenas «una academia o un instituto» decididamente orientado a la investigación erudita. Pero en 1867 aún no ha llegado la hora de dar forma a estas ideas y V. Duruy, ministro de Instrucción Pública, prefiere, para «ampliar la influencia francesa en Oriente secularizándola, implantar en Atenas una facultad francesa, una auténtica «Sorbona del Levante», que impartiese una enseñanza práctica y utilitaria».[27]

Tras la guerra contra Prusia, la Academia de Inscripciones y Bellas Letras comparte el sentimiento general de que existe una necesidad impe-

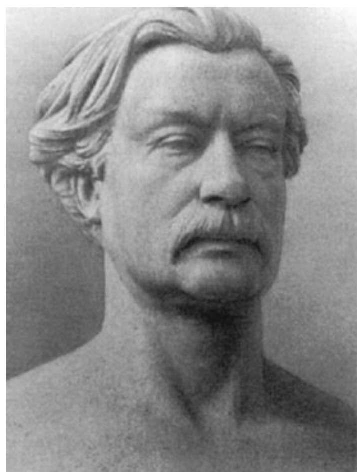
---

24 A. Dumont y J. Chaplain, «Les vases peints de la Grèce propre», *Journal des savants*, sepy. y dic. de 1872, pp. 577 ss. y 783 ss.; abril y sept. de 1873, pp. 245 ss. y 575 ss.

25 A. Dumont a A. Geffroy, cartas del 2 y el 8 de abril de 1867, citadas por G. Radet, *op. cit*.

26 Auguste Geffroy (1820-1895): director de la Escuela Francesa de Roma de 1876 a 1882, y de 1888 a 1895.

27 G. Radet, *op. cit*.



88. Albert Dumont (1842-1884), busto por Jules Chaplain, Facultad de Letras de París.



89. Georges Perrot (1832-1914), primer titular de la cátedra de arqueología creada en la Sorbona en 1876. Álbum de fotografías tomadas en la Sorbona, Biblioteca del Instituto de Francia.



90. Maxime Collignon (1849-1917) ante sus estudiantes en la «sala de colecciones del arte antiguo» que G. Perrot comparaba con los laboratorios alemanes para deplorar la escasez de medios ofrecidos por el gobierno francés. Álbum de fotografías tomadas en la Sorbona, Biblioteca del Instituto de Francia.

riosa de renovar profundamente el sistema educativo francés. Esta exigencia se aplica a la Escuela Francesa de Atenas que, desde 1867, va a la deriva. Joseph-Daniel Guigniaut, autor del «concordat de 1850» suavizado por el decreto de 1859, somete a Jules Simon, ministro de Instrucción Pública y antiguo alumno suyo,[28] un proyecto de reforma de la Escuela que, «menos que nunca, [...] podría convertirse, frente a Alemania, en una academia de poca monta, ni la directora de los colegios de Oriente».[29] En mayo de 1872, el ministro invita a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras a redactar un proyecto de constitución.[30] La perspectiva adoptada es clara: se trata de hacer efectiva la tutela de la Academia sobre la Escuela, cuyo director ya no estará nombrado por el ministro, sino que éste lo elegirá de una lista con tres nombres propuestos por la Academia. Los futuros miembros debían pasar un examen, según un programa establecido por la institución erudita. El objetivo de este proyecto consiste en hacer de la Escuela un instituto científico para estudios superiores griegos, filológicos, epigráficos y arqueológicos. Ahora bien, J. Simon, que se debate entre los argumentos de J.-D. Guigniaut y la Academia por una parte, y por otra, los de Émile Burnouf, director de la Escuela de Atenas, no toma ninguna decisión y la reforma no se ejecutará hasta 1874.

Será necesaria la derrota de 1870, y la nueva situación que crea en Roma la transformación del Instituto de Correspondencia Arqueológica en un establecimiento dependiente en exclusiva de la Academia de Berlín, para que se despierte la reacción francesa. Paradójicamente, la última mutación de la Escuela de Atenas es consecuencia directa de la fundación de una escuela arqueológica francesa en Roma.

En 1860, Léon Renier había abogado ante Napoleón III por la creación de «una especie de Instituto Epigráfico y Arqueológico»[31] que permitiese a los miembros de la Escuela de Atenas formarse en Roma acudiendo a las bibliotecas y colecciones de las que no disponían en Atenas. Félix

---

28 J. Simon, «J.-D. Guigniaut», en *Centenaire de l'École normale supérieure, 1795-1895.*

29 J.-D. Guigniaut, «Projet pour la révision des actes concernant l'École d'Athènes», en *Dossier de l'Instruction publique*, citado por G. Radet, *op. cit.*, p. 169.

30 *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1872, p. 107, y G. Radet, *op. cit.*, pp. 167-180.

31 T. Homolle, «Notice sur Albert Dumont», *Bulletin de correspondance hellénique*, 8, 1884.

Ravaisson, conservador de las antigüedades del Louvre tras la derrota,[32] retoma la misma idea y se la expone a J. Simon. É. Burnouf, director de la Escuela de Atenas, solicita a A. Dumont que defienda la creación en Roma de una sucursal en la que los futuros «atenienses» pasen un año bajo las órdenes de un subdirector que los forme.

Thiers se muestra en principio reticente, pero termina cediendo a las razones que alega A. Dumont en una nota que figura en los archivos de Instrucción Pública.[33] El antiguo miembro de la Escuela de Atenas muestra lo importante que es para Francia contar con una ciencia rica y fuerte. Efectivamente, Alemania dispone de seis cátedras de historia y arqueología, tres de las cuales se encuentran en Estrasburgo, mientras que en Francia no hay ningún centro universitario que imparta la arqueología. A. Dumont afirma esta voluntad de los intelectuales franceses de vivir en el esplendor de la ciencia pese al reciente desastre y declara tajantemente: «Podemos hacerlo tan bien como Alemania; podríamos hacerlo mejor si quisiéramos».[34]

En la institución de Roma, A. Dumont establecía cuatro objetivos: «conservar en Italia nuestras relaciones eruditas», «crear una sección francesa independiente del Instituto Arqueológico de Roma, servir a los progresos de la Escuela de Atenas y desarrollar en Francia los estudios sobre la antigüedad». Para él, había que imponer la ciencia francesa y «detener la invasión de la ciencia alemana en Italia y Grecia, tan activa, desdeñosa e ignorante de las cualidades que podemos contraponer a las suyas».[35] Gracias al apoyo de F. Ravaisson, Du Mesnil, director de la Enseñanza Superior, y P.-E. Bersot (1816-1880), director de la Escuela Normal Superior, el decreto del 25 de marzo de 1873 nombra a A. Dumont «subdirector de la Escuela de Atenas, encargado del curso de arqueología en Roma». La nueva institución se concibe como un anexo de Atenas, un alto en el camino de Grecia, de modo que Roma ofrece a los futuros «atenienses» una formación previa en epigrafía y arqueología.[36]

---

32 Félix Ravaisson-Mollien (1813-1900): catedrático de filosofía, jefe de secretaría de N. de Salvandy, ministro de Instrucción Pública, y jefe de gabinete del mismo en 1845. Conservador de Antigüedades en el Museo del Louvre de 1870 a 1886.

33 Citada por G. Goyau, «La fondation de l'École», en *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École française de Rome*, París, 1931.

34 *Ibidem*.

35 *Ibidem*.

36 T. Homolle, *Bulletin de correspondance hellénique*, 1884.

El decreto de 26 de noviembre de 1874, que convertía a A. Dumont en director de la «Escuela Arqueológica de Roma», impone también la reorganización de la Escuela de Atenas, dependiente en lo sucesivo del Ministerio de Instrucción Pública, bajo el patrocinio diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores y la dirección científica de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Un último decreto, firmado el 20 de noviembre de 1875 por Henri Wallon, a la vez ministro de Instrucción Pública y secretario vitalicio de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, funda definitivamente la Escuela Francesa de Roma, concediéndole con este nuevo título una vocación histórica mucho más amplia.

Situada bajo la tutela de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, acogerá el primer año a los miembros de la Escuela de Atenas por una parte y, por otra, a seis miembros adjuntos propios, procedentes de la École Normale Supérieure, de la École des Chartes y de la École des Hautes Études.

La Escuela Francesa de Roma, concebida en un principio como anexo de la Escuela de Atenas, enseguida se independiza completamente de su antecesora: la estancia obligatoria de un año para los futuros miembros de Atenas sólo se impone a las dos primeras promociones de 1873 y 1874 y cae en desuso a partir de 1877. La institución romana, definida desde el momento mismo de su creación, no conoce las desventuras de su hermana ateniense. De hecho, los anfitriones del palacio Farnesio disfrutan de una larga tradición de investigaciones sobre la antigüedad establecida por el Instituto de Correspondencia Arqueológica, en cuyo seno habían ocupado un lugar privilegiado los franceses. Enseguida se impone su carácter científico y la tutela de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras no se cuestiona en ningún momento.

A finales de 1875, Auguste Geffroy sustituye a A. Dumont al mando de la Escuela Francesa de Roma, en la que, a fuerza de diplomacia, se hace un sitio entre italianos y alemanes.[37] Mantiene excelentes relaciones con Wilhelm Henzen, primer secretario del Instituto Arqueológico Alemán y con el Vaticano, así como con el poder civil. Reivindica la vocación generalista de la institución que dirige, abriendo el campo de la historia de

37 O. Motte, «Les origines des *Mélanges d'archéologie et d'histoire*», *Mélanges de l'École française de Rome, Antiquité*, 94, 1982, pp. 393-483.

Italia hasta la Edad Media, asociando los puntos de vista complementarios del historiador, el arqueólogo, el filólogo y el jurista. Consigue el privilegio de que se abran a la Escuela los archivos vaticanos y alienta a los miembros, quienes tienen negadas las excavaciones, para que colaboren con los arquitectos de la Villa Medicis, desarrollando así los estudios de historia del arte.

El 13 de enero de 1876, A. Dumont abandona la dirección de Roma para tomar la de Atenas. Es el encargado de relevar a la Escuela que periclita y devolverle todo su brillo. Durante su «trienado», trabaja para proveer a la Escuela de Atenas de las estructuras y la organización de un auténtico centro de erudición e investigación científica.

La instalación en Atenas en 1873 del Instituto Alemán, dirigido por el Dr. Koehler,[38] había provocado una gran inquietud en los medios franceses; la misión permanente alemana enseguida se dotaba de una revista[39] y abría sus sesiones públicas. A. Dumont responde con la creación, el 9 de abril de 1876, del Instituto de Correspondencia Helénica y de su *Bulletin*. Preocupado por afirmar el espíritu aperturista que gobierna la ciencia francesa, permite a los ponentes en conferencias públicas que elijan el idioma, francés o griego. A. Dumont asocia a la Escuela de Roma y a su director, A. Geffroy, a la creación, también en 1876, de la *Bibliothèque des écoles françaises d'Athènes et de Rome*. La institución romana se hará en 1881 con los *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, concebidos por A. Geffroy a imagen del *Bulletin de correspondance hellénique* de A. Dumont.

Por otra parte, continúan en Grecia los trabajos de exploración y excavaciones, y A. Dumont encarga a los miembros que confeccionen sistemáticamente catálogos de objetos arqueológicos y recopilaciones epigráficas. La Escuela Francesa de Atenas acepta el reto prusiano y gana «esta guerra cortés, oculta tras unas formas que evitan cualquier viso de polémica».[40] En Roma, los franceses han encontrado un instituto donde desarrollar sus investigaciones y perennizar la ciencia de la Antigüedad; en

38 U. Jantzen, *Einhundert Jahre Athener Institut, 1874-1974*, Maguncia, Verlag Philipp von Zabern, 1986.

39 *Athenischen Mitteilungen*.

40 Carta de A. Dumont a A. Geffroy, del 24 de marzo de 1877, citada por G. Radet, *op. cit*.

Atenas, la Escuela Francesa responde al fin al estatuto que propone darle Sainte-Beuve en 1846, y logra imponerse al Instituto Alemán.

En Roma y Atenas, la arqueología francesa da los primeros ejemplos de triunfo frente a la ciencia alemana, y anuncia el gran movimiento que renovará la universidad francesa.

En los últimos años del Segundo Imperio, Victor Duruy, ministro de Instrucción Pública entre 1864 y 1869, detecta claramente las debilidades del sistema universitario francés y trata de ponerles remedio: lanza una investigación en 1865, pero ante la rigidez de la universidad y la falta de presupuesto, se limita a crear la École Pratique des Hautes Études, esperando que su ejemplo provoque la reforma de las facultades. Asimismo, nombra una comisión, presidida por François Guizot y «encargada de estudiar los medios necesarios para desarrollar en las facultades la vida y el espíritu del progreso».[41] Gaston Boissier[42] y E. Renan, que pertenecen a esta comisión, habían propuesto ya en 1868 una reforma de la enseñanza superior y participarán en 1878 en la fundación de la sociedad para el estudio de las cuestiones de la enseñanza superior[43] y la creación de su revista.[44]

El informe, redactado por la comisión y publicado en 1870, denunciaba la dispersión de la enseñanza en las facultades y exhortaba a crear en las grandes ciudades de provincia universidades que ofrecieran un conjunto completo de disciplinas literarias y científicas.[45]

Después de Sedan, el análisis de las causas de la derrota pone de manifiesto que «la fuerza de una nación no reside solamente en sus ejércitos,

---

41 Citado por A. Grenier, *Camille Jullian. Un demi-siècle de science historique et de progrès français, 1880-1930*, París, 1944, p. 45.

42 Gaston Boissier (1823-1908): profesor de elocuencia latina en el Colegio de Francia, de 1862 a 1904, y administrador del Colegio; catedrático de letras francesas y de literatura latina (1865-1899) en la Escuela Normal Superior. Elegido en la Academia Francesa en 1876. *Promenades archéologiques*, París, 1886; *L'Afrique romaine. Promenades archéologiques en Algérie et en Tunisie*, París, 1895.

43 «Les réformes de l'enseignement. L'enseignement supérieur», *Revue des Deux Mondes*, 15 de junio de 1868.

44 Futura *Revue internationale de l'enseignement*. Entre los miembros de la Sociedad figuran G. Boissier, M. Bréal, N. Fustel de Coulanges, G. Perrot, E. Renan.

45 Louis Liard (1846-1917): director de la Enseñanza superior, de 1884 a 1902. *L'Enseignement supérieur en France. 1789-1889*, 2 vols., París, 1888 y 1894.

sino también en las escuelas eruditas, de tal modo que la mejora de la enseñanza superior francesa [...] aparecía como uno de los factores de desarrollo nacional, al mismo nivel que el acondicionamiento de nuestras fortalezas y nuestro material de guerra».[46] Renan, al igual que la mayoría de los intelectuales de su tiempo, reclama «reformas radicales» para «nuestro sistema de enseñanza».[47] La ciencia, «encargada de un triple oficio, un oficio intelectual, un oficio económico y un oficio social»,[48] debe ganar por la mano en el «talento de escribir y de hablar», y «la enseñanza debe ser, ante todo, científica».[49]

Si bien, con el Segundo Imperio, las ciencias auxiliares de la historia encontraron su hueco en el Colegio de Francia, en la Escuela de Estudios Superiores o en la Escuela Normal Superior, aquéllas no se impartían en la universidad: se había optado por desarrollar la investigación a un nivel muy alto, a partir de unos polos de autoridad que no bastan para formar a futuros especialistas.

Las «escuelas superiores», la Escuela Politécnica, la Escuela Normal Superior y la Escuela Práctica de Estudios Superiores son, en 1870, las únicas que imparten la enseñanza que se requiere para las universidades que se han de crear en Francia. Renan pretende que estas universidades sean independientes unas de otras, independientes de las ciudades en las que están establecidas e independientes del clero.

Para Renan, «la universidad lo enseña todo, prepara para todo y en su seno todas las ramas del entendimiento humano se tocan y entremezclan», de tal modo que, según él, ya no son necesarias las «escuelas especiales», que se llevan a los estudiantes de las facultades y «que impiden que las universidades se desarrollen».[50] Desde su punto de vista, la Escuela Normal Superior y la Escuela Politécnica deben convertirse, al igual que la Escuela Práctica de Estudios Superiores, en «escuelas de aplicación», donde los mayores sabios deben iniciar a la investigación a niveles altos, con vistas a formar especialistas.

---

46 E. Renan, *Questions contemporaines*, París 1876, prefacio.
47 Ídem*, La Réforme intellectuelle et morale de la France*, París, 1871, Complexe, 1990.
48 L. Liard, *op. cit.*, 2.º vol., p. 341.
49 E. Renan, *La Réforme intellectuelle..., op. cit.*, ed. 1990, p. 100.
50 *Ibidem*, p. 102.

Ahora bien, por lo que respecta a las ciencias de la antigüedad, esta organización ya existe; sólo hay que introducir la enseñanza en la universidad. A partir de 1876, William Henri Waddington, miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y ministro de Instrucción Pública, pone en práctica la reforma y propone la creación de universidades en París, Burdeos, Montpellier, Lyon, Nancy, Lille y Rennes, mediante la reagrupación de las facultades existentes. Sin embargo, la crisis del 16 de mayo de 1877 impide que se presente el proyecto ante las cámaras. Las reformas serán puntuales y progresivas, ya que las universidades no se fundarán hasta 1885, con el decreto Goblet.[51]

En 1877, el presupuesto para la enseñanza superior se triplica respecto al que se concedió al final del Segundo Imperio. Se crean más de trescientas cincuenta cátedras nuevas para una serie de disciplinas que hasta entonces no se impartían en la universidad, como la filología, la arqueología y, en general, las ciencias auxiliares de la historia. En 1876, la primera cátedra de arqueología de la Sorbona es para Georges Perrot, y se abre un curso de arqueología en Burdeos, que se confía a Maxime Collignon. En el mismo año, se crea en la Universidad de Toulouse una cátedra de antigüedades griegas y latinas. La egiptología hace su entrada oficial en la Sorbona en 1872, con la tesis que defiende Gaston Maspero («Le Genre épistolaire chez les Anciens Égyptiens»), y más tarde es objeto de las lecciones de Victor Loret, nombrado lector en la universidad de Lyon que, con sus enseñanzas, muestra el estatus privilegiado del que gozan las ciencias auxiliares de la historia: en 1893, se imparten clases de egiptología, antigüedades griegas y latinas, paleografía, epigrafía, sánscrito y gramática comparada, y finalmente, filología clásica.[52]

El nombramiento de A. Dumont por J. Ferry al mando de la Enseñanza Superior en 1879 confirma el peso de estas disciplinas y el papel de fuerza motriz que desempeñan en la reforma universitaria. La renovación, anunciada ya con la creación de la Escuela Francesa de Roma y la reorganización de la de Atenas, prosigue gracias a la actividad de quien dirigía cada una de estas dos instituciones, logrando hacer de ellas el florón de la ciencia francesa en el extranjero.

---

51 René Goblet (1828-1905): ministro de Instrucción Pública de 1885 a 1887.

52 A. de Beauchamps, *Recueil des lois et règlements sur l'enseignement supérieur*, París, 1880, t. 2 (1848-1874), t. 3 (1875-1883) y t. 4 (1884-1889).

En Atenas, A. Dumont se convirtió en epigrafista y experto en cerámicas, pero es historiador de formación y «la historia fue en todo momento [su] camino».[53] Cree en la «nueva» historia diseñada por los «doctores alemanes», «la historia planteada como el paralelo de la geología, la historia que investiga el pasado de la humanidad, del mismo modo que la geología investiga las transformaciones del planeta».[54] A. Dumont va aún más lejos que Renan, y muestra su convicción de que la ciencia histórica constituirá, «en el aspecto moral, un conjunto de leyes similares a las que la física, la química o la biología han descubierto en el aspecto material».[55] La historia «pondrá en manos de la generación que nos siga los medios para desarrollar esta vía», siempre y cuando confiemos «la dirección de estas leyes morales [a] la voluntad inteligente».[56] A la historia, quintaesencia de «la alta cultura intelectual», corresponde la misión de garantizar el progreso de la democracia proponiendo para las «miles de libertades que conforman el propio Estado, [...] el ideal más elevado, para que todos los esfuerzos no se desgasten con preocupaciones vanas».[57]

Éste es el punto de vista que rige la actividad de A. Dumont al mando de la Enseñanza Superior. En 1880, Dumont encarga a N. Fustel de Coulanges la dirección de la Escuela Normal Superior.[58] El historiador la abandonará en 1883 para retomar los trabajos que había dejado en suspenso durante estos tres años. A. Dumont ve en Fustel de Coulanges, para quien «la historia no es un arte sino pura ciencia»[59] fundada en el examen escrupulosísimo de textos, a la persona que permitirá la formación de nuevas generaciones, a quienes corresponderá la realización de una democracia que se apoye sobre las «leyes morales» que la ciencia histórica pone de manifiesto.

---

53 A. Dumont, *Notes inédites*, 1865-1872.

54 E. Renan, en *L'Enseignement supérieur en France, op. cit.*

55 A. Dumont, *Notes inédites, op. cit.*

56 *Ibidem.*

57 Citado por L. Liard, «Inauguration du buste d'A. Dumont et séance de rentrée à la faculté des lettres de Paris», *Revue internationale de l'enseignement*, 15 de nov. de 1891.

58 O. Motte, *Camille Jullian. Les années de formation*, París-Roma, École française de Rome, 1990.

59 N. Fustel de Coulanges, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, t. III, París, 1888, pp. 32-33. Cf. F. Hartog, *Le XIX^e^ Siècle et l'Histoire: le cas de Fustel de Coulanges*, París, PUF, 1988.

La piedra angular del nuevo edificio universitario será la iniciación y la formación en los métodos de la ciencia histórica, tal como se ejerce en la École des Chartes, la Escuela Práctica de Estudios Superiores, la Escuela Normal Superior y el Colegio de Francia. La organización de universidades múltiples, repartidas por todo el territorio a imagen del sistema alemán, requiere la información recabada por los jóvenes que fueron enviados a Alemania para cursar estudios: en 1868, el historiador Gabriel Monod[60] asistió en Gotinga a las clases de Georges Waitz (1813-1886); Henri Taine también se entregó a una observación crítica de la universidad alemana con ocasión de un viaje que realizó en 1870.[61]

Albert Dumont entrega a Camille Jullian una beca de estudios para que asista en 1882-1883 a un curso de la universidad de Berlín, en especial al seminario de Theodor Mommsen. Su misión consiste en «estudiar la organización de los seminarios históricos y filológicos de las universidades alemanas»,[62] y acude a Berlín «no sólo como admirador y estudiante, sino también... como espía».[63]

C. Jullian fue admitido en la Escuela Francesa de Roma en 1880 y, aconsejado por Ernest Desjardins, su maestro en la Escuela Normal Superior, y por A. Geffroy, director de la Escuela de Roma, enseguida se puso en contacto con el Instituto Arqueológico Alemán y su primer secretario, Wilhelm Henzen.[64] En Roma, las relaciones entre franceses y alemanes eran amistosas y estrechas, y los jóvenes miembros de la Escuela Francesa observaban cómo funcionaba la ciencia alemana.

En Alemania, C. Jullian, consciente de estar contribuyendo a la reorganización de la universidad francesa, cumple escrupulosamente su tarea de observador y redacta al ministro un informe que se publicará en 1884.[65] Asiste al seminario de T. Mommsen, y, en Vienne, al seminario de

60 Gabriel Monod (1844-1912): historiador, antiguo alumno de la Escuela Normal Superior, en misión en Italia y Alemania de 1865 a 1868; catedrático de la Escuela Normal Superior en 1880.

61 C. Digeon, *La Crise allemande de la pensée française*, París, 1959.

62 A. Grenier, *Camille Jullian. Un demi-siècle de science historique et de progrès français, 1880-1930*, *op. cit.*, p. 48.

63 C. Jullian, *Lettres de jeunesse. Italie. Allemagne, 1880-1883*, Burdeos, 1936.

64 O. Motte, *op. cit.*

65 *Revue internationale de l'enseignement*, 1884, pp. 289 ss. y 403 ss.

epigrafía y arqueología de G. Hirschfeld (1847-1895) y de O. Benndorf (1838-1907), que instruyen a los conservadores de los museos de antigüedades.[66] Jullian admira la biblioteca, donde se pueden consultar revistas de toda Europa y las dos publicaciones[67] procedentes del seminario que es, de hecho, un auténtico instituto, cuyo importante presupuesto permite realizar excursiones o viajes arqueológicos. En 1880 Georges Perrot, y a pesar de la gran victoria que representa la creación de su cátedra de arqueología en la Sorbona en 1876, no puede evitar establecer comparaciones con los institutos de arqueología alemanes y lamentar las condiciones en las que trabaja con sus estudiantes: «A falta de espacio, hasta ahora hemos tenido que conformarnos con algunas fotografías guardadas a presión en armarios húmedos y unos cuantos bustos amontonados encima de los armarios y llenos de polvo».[68]

De regreso a Francia, Jullian reafirma a A. Dumont en su convicción de que la renovación de la universidad francesa puede llevarse a cabo sin renunciar a nada «de lo que honró nuestro talento nacional» sumando a «todo ese talento [...] más ciencia».[69]

Así pues, Dumont, respetando las particularidades francesas y sobre todo las «escuelas especiales» que preparan para la investigación erudita, introduce en la enseñanza universitaria la formación en los métodos científicos y proporciona para ello los medios materiales necesarios. Se crean bibliotecas y locales con todos los útiles científicos necesarios y se recopilan colecciones para uso de los estudiantes. Instaura además unas nuevas relaciones entre maestros y alumnos, administración y facultades, fomentando la iniciativa, la responsabilidad y la autonomía.[70]

Con la creación de nuevas cátedras, Dumont refleja el desarrollo de las ciencias elaboradas desde principios del siglo XIX: así, en 1888 intro-

---

66 A. H. Borbein, «Ernst Curtius, Alexander Conze, Reinhard Kekulé: Probleme und Perspektiven der klassischen Archäologie zwischen Romantik und Positivismus»; K. Krist y A. Momigliano, *L'Antichità nel Ottocento in Italia e Germania*, Bolonia-Berlín, 1988, pp. 275-302.

67 *Abhandlungen* y *Mitteilungen aus Archaeologisch-epigraphische Österreich*.

68 G. Perrot, «Les études d'archéologie classique depuis Winckelmann jusqu'à nos jours», *Revue des Deux Mondes*, 1 de agosto de 1880, pp. 516-555.

69 L. Liard en *Revue internationale de l'enseignement*, 15 de nov. de 1891.

70 J.-M. Mayeur, «Albert Dumont et les transformations de l'enseignement supérieur au début de la III[e] République», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1976.

duce la prehistoria en la Facultad de Ciencias de París, con una asignatura que asigna a Émile Cartailhac, que en 1884 impartía una asignatura libre en la Facultad de Ciencias de Toulouse.[71] En 1882, el curso de epigrafía de la Facultad de Letras de Douai, confiado a René Cagnat, confirma la importancia que adquiere esta ciencia en los años inmediatamente anteriores.

No se deja de lado a África del Norte, donde R. Cagnat y su maestro, L. Renier, elevaron la epigrafía francesa a la altura de la ciencia alemana y, en 1882, se funda la Escuela Superior de Letras de Argel. Túnez, que se encuentra bajo protectorado francés desde 1881, recibe en 1885 un Servicio de Antigüedades y Artes, y se dota a Argelia de un Servicio de Monumentos Históricos en 1880.[72]

Tanto en París como en las provincias nacen revistas que surgen de las universidades: los *Annales* de la Facultad de Letras de Burdeos, y los de las facultades de Toulouse y Montpellier se funden en una para formar la *Revue des universités du Midi*. Aix, Lyon, Rennes o Nantes reciben los créditos necesarios para la creación de sus revistas. De este modo, Francia se recupera del retraso que acusaba en materia de publicaciones científicas.

Durante el mismo periodo, el movimiento de creación de cátedras y conferencias que se anunciaba al final del Segundo Imperio, prosigue en el Colegio de Francia y en la Escuela Práctica de Estudios Superiores: la epigrafía griega y latina recibe en 1874 dos conferencias en la Escuela Práctica que, en 1876 encarga a Olivier Rayet un curso de antigüedades griegas. En el Colegio de Francia, Paul Foucart inaugura en 1877 una cátedra de epigrafía y antigüedades griegas. El orientalismo, que se había introducido ya en la Escuela Práctica con la conferencia sobre arqueología egipcia asignada a Gaston Maspero en 1869, está representado a partir de 1871 por unas asignaturas reservadas a los campos más recientes de la ciencia: la filología semítica y las antigüedades asirias. Georges Carrière ofrece una conferencia sobre lenguas semíticas en 1881, y Jules Oppert,

71 Émile Cartailhac (1845-1921): abogado y prehistoriador, es uno de los grandes promotores de la prehistoria en Francia.

72 È. Gran Aymerich, «La Tunisie et la politique archéologique française», en *La Tunisie mosaïque. Diasporas, cosmopolitisme, archéologies de l'identité*, actas del coloquio celebrado en Toulouse, 14-17 de enero de 1997, en prensa.

que ocupa desde 1874 la cátedra de filología y arqueología asiria en el Colegio de Francia, introduce en la Escuela Práctica de Estudios Superiores la lengua y las antigüedades asirias.

En 1880, la egiptología y el orientalismo cuentan con una nueva institución, la Escuela Francesa de El Cairo, fundada por Jules Ferry sobre el modelo de la Escuela de Atenas y de Roma.[73] Desde 1850, Auguste Mariette, no contento con crear la arqueología egipcia con las múltiples obras que se extienden a lo largo del valle del Nilo, organiza el primer Servicio de Antigüedades e inaugura el primer museo implantado en un país oriental.[74] Pero en 1880 todos temen su muerte cercana —sucederá el 18 de enero del año siguiente— que puede arrebatar a la arqueología francesa la posición que ocupa en Egipto gracias a él. El nombre de Heinrich Brugsch suena como posible director del Servicio de Antigüedades. Además, Mariette no pudo formar a discípulos capaces de retomar su trabajo de campo.

La egiptología «teórica» se enseña en Francia en la Escuela Práctica de Estudios Superiores, en el Colegio de Francia y en la universidad de Lyon. Pero, desde 1874, Gaston Maspero siente la necesidad de una escuela concebida sobre la base de las de Atenas y Roma, que instruya a sus jóvenes miembros con la práctica de la arqueología en Egipto. Mariette se oponía a esta iniciativa, el proyecto quedó en barbecho, pero la urgencia de la situación en 1880 requiere una pronta realización. El decreto de 18 de diciembre de 1880 funda la Escuela Francesa de El Cairo, que se encargará del «estudio de las antigüedades egipcias, la historia, la filología y las antigüedades nacionales». Maspero concibe un plan de organización en 1881 y define los campos a los que se aplicará la nueva institución: la arqueología y la filología egipcias, desde la época de las pirámides hasta la extinción de la lengua copta en el siglo XVIII, por una parte, pero también la arqueología y la filología de las civilizaciones del Oriente antiguo no egipcio, es decir, Fenicia, Judea, Arabia, Mesopotamia y Persia, por otra.

E. Renan, que es el receptor del plan, lo aprueba sin reservas,[75] y ve El Cairo como el próximo centro de investigaciones dedicadas a Egipto y

73 J. Vercoutter, introducción de *L'Institut français d'archéologie orientale, livre du Centenaire*, El Cairo, 1980.

74 El Museo de Bulaq en 1863.

75 E. Renan, *Rapport sur l'organisation de l'Institut du Caire*, 1881.

a Oriente Próximo. Esta vocación de la Escuela Francesa de El Cairo está claramente expresada por la nueva denominación, decretada el 18 de mayo de 1898, de «Instituto Francés de Arqueología Oriental de El Cairo». Egipto ofrecía una nueva vía de desarrollo para la arqueología en Oriente Próximo, que algunos miembros de la Escuela de Atenas habían empezado a abordar. La creación de las escuelas de Jerusalén,[76] Estambul,[77] Damasco[78] y Beirut[79] limitaría, de hecho, las ambiciones de sus antecesoras de Atenas y El Cairo a su ámbito específico, el mundo helénico y Egipto. La arqueología oriental, que había retomado su desarrollo en 1877, con las excavaciones de Ernest de Sarzec en Tello, se revelaría demasiado rica y compleja como para que un solo centro, situado lejos de las regiones en que se llevaban a cabo trabajos de campo, pudiera dedicarse a la vez a la egiptología y a las ciencias que emanaban de las investigaciones realizadas en Oriente Próximo, Chipre y Persia.

En 1880, la arqueología francesa se halla representada en toda la cuenca mediterránea con escuelas que ofrecían a la vez una formación práctica a sus miembros, desarrollaban las misiones, abrían campos de trabajo e inauguraban las «grandes excavaciones» en los yacimientos principales. Aunque España parece librarse de sus miembros, la expansión de la arqueología francesa en el Mediterráneo a finales de siglo y los insólitos descubrimientos del Cerro de los Santos en Albacete, captarán la atención de Léon Heuzey, conservador de las antigüedades orientales del Louvre.

La reforma universitaria, la gran obra de la III República, se inauguró con la creación de la Escuela Francesa de Roma y la última reforma de la de Atenas. La organización de la arqueología francesa en la cuenca mediterránea prosigue con la apertura de la Escuela Francesa de El Cairo. Por una parte, se crean instituciones en los mismos lugares en los que se desarrollaron las civilizaciones antiguas y, por otra, se implanta la enseñanza de las ciencias auxiliares de la historia en las universidades francesas. Así se comienza a remediar el «mal francés», la ausencia de centros de formación que garanticen la continuidad de las ciencias de la antigüedad. Los propios

---

76 École pratique d'études bibliques, fundada en 1890, y École archéologique française de Jérusalem, fundada en 1921.
77 Institut français d'archéologie d'Istambul, creado en 1930.
78 Institut français d'archéologie et d'art musulman de Damas, creado en 1920.
79 Institut français d'archéologie de Beyrouth, fundado en 1946.

museos experimentan la misma preocupación y, desde ese momento, favorecen su misión educativa.

Albert Dumont, arqueólogo consciente del papel de los museos en el desarrollo de la arquelogía, los considera como «establecimientos de educación nacional [...] hechos para el público, tanto para la democracia como para las letras». Estima que «el Estado tiene el deber de ayudar a aquellos que acuden a sacar provecho» con la publicación de «libros muy sencillos, fáciles de entender y a un módico precio»,[80] igual que hacen los ingleses. Jules Mohl, presidente de la Sociedad Asiática, ya había ensalzado el modelo británico a propósito de las publicaciones francesas, lujosas e inasequibles. Por su parte, Olivier Rayet todavía en 1882 lamenta que «desde 1869, durante un periodo de trece años marcado por un esfuerzo universal, con un auténtico despertar científico, por la transformación completa de la enseñanza superior, el servicio de antigüedades griegas y romanas [del Louvre] no haya publicado ni una línea».[81]

Efectivamente, entre la *Notice de la sculpture antique* de Wilhelm Froehner de 1869 y el *Catalogue sommaire des marbres antiques* de 1879 no hay ninguna publicación intermedia.[82] Rayet compara el Louvre y el Museo de Berlín, y subraya la diferencia de las políticas empleadas: Alemania dedica un presupuesto que duplica el otorgado por Francia. Asimismo reconoce que se ponen en práctica dos conceptos de museo. En París, «un museo es un palacio destinado a ofrecer de vez en cuando a la gente con gusto un paseo agradable entre cosas bellas». En Berlín, «un museo es ante todo, únicamente, un gran centro de *instrucción* [la cursiva es nuestra] al igual que la universidad. En él todo se hace para la ciencia: la administración está formada por personal científico».[83]

En el momento en que Olivier Rayet escribe estas líneas, la situación y las mentalidades están evolucionando en Francia, donde el museo pasa a ser un «centro educativo», tal como lo concebía J.-F. Champollion en

80 A. Dumont, «Introduction» de E. Gule y W. Koner, *La Vie antique. Manuel d'archéologie grecque et romaine, d'après les textes et les monuments figurés*, edición revisada y anotada por O. Rieman, traducida por F. Trawinski, París, 1884 (1.ª edición alemana, 1861).

81 O. Rayet, «Les Antiquités au musée de Berlin», *Gazette des beaux-arts*, 1 de sept. de 1882.

82 J.-J. Marquet de Vasselot, *Répertoire des catalogues du musée du Louvre (1793-1917)*, París, 1917.

83 O. Rayet, *op. cit*.

1826, cuando el conservador del museo egipcio impartía clases de egiptología entre los monumentos.[84]

En 1882, se crea la Escuela del Louvre,[85] que deberá responder a la necesidad de formar el equipo de conservadores de museos. Esta fundación se enmarca en el movimiento de reforma de la enseñanza superior y responde al propósito de incluir en él la arqueología y la historia del arte.

Alexandre Bertrand, conservador del museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye, al presentar su candidatura en 1875 para la cátedra de arqueología de la Sorbona, que consigue finalmente G. Perrot, elabora un programa que retomará para la Escuela del Louvre. Con el fin de completar la enseñanza teórica, proponía una enseñanza práctica impartida junto a las obras, en las salas de los museos. «De este modo, se llegaba a concebir el plan de una *Escuela especial* de los museos, que funcionaría en un museo, y cuyo programa se adaptaría a la propia organización de los museos, pero variaría y se desarrollaría con esta organización».[86] «Escuela especial» o «de aplicación» para la arqueología y la historia del arte, inspirada en la Escuela Práctica de Estudios Superiores, y cuyos cursos darían cuenta del estado actual de cada ciencia presentando los últimos descubrimientos.

Louis de Ronchaud,[87] nombrado administrador del Louvre en 1881, añade a este título el de director de la Escuela del Louvre, institución a la que dota de un programa y unos profesores. Consciente de que «la arqueología no se enseña en ninguna parte de manera práctica», pretende garantizar con la Escuela del Louvre «una enseñanza complementaria» a la de las cátedras de la Sorbona y el Colegio de Francia, y hacer de la nueva institución «un seminario de jóvenes eruditos [...] [que] contribuyan [...] a educar el gusto público en materia de arte, a darle la formación que debe

---

84 Texto del decreto de 1826, y E. Révillout, «Leçon d'ouverture du cours de langue démotique», en *Discours d'ouverture de MM. les professeurs de l'École du Louvre*, París, 1883, p. 2.

85 *L'École du Louvre*, *1882-1932*, París, 1932.

86 H. Verne, «La fondation et le développement de l'École du Louvre», en *L'École du Louvre*, *1882-1932*, París, 1932, p. 3 (la cursiva es nuestra).

87 Louis de Ronchaud (1816-1887): poeta amigo de Lamartine, de George Sand y de Marie d'Agoult. Inspector de Bellas Artes y secretario general de la administración de Bellas Artes en 1879; administrador del Louvre en 1881, funda la Escuela del Louvre en 1882 y favorece las dos expediciones de Dieulafoy a Susa (1881-1882 y 1884-1886).

ser fruto de nuestras grandes colecciones, sin el cual no constituirían más que un depósito estéril».[88]

En los primeros años de la Escuela del Louvre, la arqueología ocupa sin lugar a dudas una posición privilegiada, por no decir exclusiva, ya que en 1882-1883 se imparten clases de arqueología egipcia por Paul Pierret, conservador del museo egipcio; de lengua demótica por Eugène Révillout, conservador adjunto del mismo departamento; de cerámica antigua por Antoine Héron de Villefosse (1845-1919), conservador adjunto de antigüedades griegas y romanas; y de epigrafía semítica por Eugène Ledrain, empleado del museo de antigüedades orientales.

El curso de A. Bertrand es una innovación, ya que «ningún establecimiento de instrucción pública, al menos en Francia, había contado con un curso de arqueología nacional».[89] Fue el fundador del Museo de Saint-Germain-en-Laye y concibió el museo como un centro de educación y de investigación; pone en práctica «la arqueología histórica», que consiste en «aplicar los documentos arqueológicos a la historia nacional, hacer del arqueólogo un ayudante del historiador», con lo que la arqueología se convierte en «una ampliación de la historia».[90]

El «arqueólogo historiador», según Alexandre Bertrand, se diferencia del «geólogo prehistoriador» en su respeto a los textos, puesto que «la verdad emana del acercamiento a los textos y monumentos».[91] En su curso, plantea la «historia nacional» desde «las épocas más lejanas» hasta la muerte de Clovis, integrando la prehistoria, cuyo reconocimiento oficial le debe mucho. *La Gaule avant les Gaulois*[92] y *L'Archéologie celtique et gauloise*[93] son los dos polos exclusivos de su obra con la que se esfuerza en imponer pre-

---

88 L. de Ronchaud, «Premier rapport de L. de Ronchaud, administrateur du musée du Louvre et directeur de l'École d'administration des musées au directeur général des beaux-arts, 11 avril 1882», en *L'École du Louvre, 1882-1883, op. cit.*, p. 116-117.

89 A. Bertrand, «Leçon d'ouverture (8 déc. 1882) de son cours d'archéologie nationale», en *Discours d'ouverture de MM. les professeurs de l'École du Louvre*, París, 1883, p. 92.

90 *Ibidem.*

91 *Ibidem.*

92 A. Bertrand, *Nos origines*, 3 vols., t. I, *La Gaule avant les Gaulois*, París, 1884; t. II (con S. Reinach), *Les Celtes dans les vallées du Pô et du Danube*, París, 1894; t. III, *La Religion des Gaulois. Les Druides et le Druidisme*, París, 1897.

93 Ídem, *Archéologie celtique et gauloise. Mémoires et documents relatifs aux premiers temps de notre histoire nationale*, París, 1876 (2.ª ed., 1889).

historia y protohistoria. Con su elección en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras en 1881, la arqueología céltica es oficialmente reconocida, pero aún no ha entrado en ninguna institución que permita su difusión y la formación de discípulos. A. Bertrand había presentado su candidatura para la cátedra de arqueología que se creó en la Sorbona en 1877, pero más que la arqueología nacional, tal como él la puso en práctica en la Escuela del Louvre, se prefirió la «arqueología general», que G. Perrot concebía como una forma de historia del arte.[94]

Ni la Escuela Práctica de Estudios Superiores ni el Colegio de Francia parecen dispuestos a hacerle un hueco la enseñanza de la «protohistoria» y, hasta 1905, fecha en la que se creará para Camille Jullian una cátedra de historia y de antigüedades nacionales, la Escuela del Louvre será el único establecimiento que forme a discípulos capaces de aplicar y ampliar los conocimientos adquiridos.

A. Bertrand tiene en cuenta en su curso la actividad y las publicaciones de todos los países europeos, en los que la prehistoria y la protohistoria son objeto de estudio desde principios del siglo XIX: Alemania y el Römisch-Germanisches Zentralmuseum de Maguncia, Suiza, Suecia, Dinamarca, Irlanda con el Museo de Dublín, Austria-Hungría y, finalmente, Italia. Está en contacto permanente con Ludwig Lindenschmidt, fundador del Museo de Mauncia,[95] y con los grandes prehistoriadores europeos a través de los congresos internacionales de antropología y arqueología prehistóricas. Sus clases tienen lugar ante los objetos, en las salas del Museo de Saint-Germain-en-Laye, y recurre a la colección etnográfica del Museo del Trocadero para evocar «las épocas primitivas» mediante comparación. Se apoya en los descubrimientos arqueológicos y establece estadísticas y mapas de distribución «ejecutados según los registros de la Comisión de Geografía Histórica».[96]

---

94 G. Perrot y C. Chipiez, *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, 10 vols., París, 1882-1894.

95 F. W. von Hase, «Ludwig Lindenschmidt et Napoléon III. Un chapitre précoce de la coopération archéologique franco-allemande», en *Aspects de l'archéologie française au XIXe siècle*, actas del coloquio internacional celebrado en La Diana de Montbrison los días 14 y 15 de octubre de 1995, en prensa.

96 A. Bertrand, «Leçon d'ouverture de son cours d'archéologie nationale», en *Discours d'ouverture de MM. les professeurs de l'École du Louvre, op. cit.*, p. 112.

Al mismo tiempo, inicia a su auditorio «al aspecto práctico de la profesión de arqueólogo», la organización de museos arqueológicos, la clasificación y exposición de objetos y su restauración; organiza sesiones de estampado de inscripciones, reconstitución de cerámicas a partir de fragmentos e incluso esboza la técnica de excavación. La enseñanza de A. Bertrand en la Escuela del Louvre forma el espíritu científico de muchos defensores de la arqueología nacional y favorece la entrada de esta disciplina en el Colegio de Francia.

Gracias a su nueva actividad, aparece una nueva generación de historiadores: Camille Jullian, en su monumental *Histoire de la Gaule*,[97] tiene en cuenta los datos de la arqueología y es el primero en introducir la prehistoria en el Colegio de Francia. La arqueología nacional, que se fija como meta la reconstrucción de «nuestros orígenes»,[98] se hace cargo de las preocupaciones políticas y del tema, debatido mucho tiempo, del papel que desempeñaron galos y francos en la formación de la nación francesa.

La arqueología, situada a la vanguardia de la reforma universitaria, proporciona unas bases «científicas» a la ideología republicana, ya que otorga a los galos una existencia «material». El uso que los políticos hacen de los avances de la ciencia no satisface del todo a los eruditos pero, después de 1870, las exigencias políticas y científicas se conjugan para realizar la «reforma intelectual y moral de Francia».[99]

Así, por ejemplo, la exaltación de los antepasados celtas de los franceses alcanza su apogeo con la obra de Henri Martin,[100] del que se dijo que fue «el celtómano del siglo XIX».[101] Efectivamente, es el único que, todavía en 1867, consideraba celtas los monumentos megalíticos cuando, ya en 1862, A. Bertrand había demostrado que se trataba de un error.[102]

97 C. Jullian, *Histoire de la Gaule*, 8 vols., París, 1908-1926.

98 A. Bertrand, *Nos origines, op. cit*.

99 E. Renan, *La Réforme intellectuelle et morale de la France, op. cit.*

100 Henri Martin (1810-1883): historiador y político. Publica una *Histoire de France*, en 1837, y una *Histoire de France populaire* en 1875, que orientaron toda la enseñanza escolar.

101 R. Mallet, «Henri Martin et les Gaulois: histoire et mythe», en P. Viallaneix y J. Erhard (eds.), *Nos ancêtres les Gaulois*, Clermont-Ferrand, 1982, p. 231 ss.; S. Reinach, «Esquisse d'une histoire de l'archéologie gauloise», *Revue celtique*, 19, 1898, p. 306.

102 En su memoria manuscrita, conservada en el Museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye, redactada de acuerdo con P. Mérimée, *Mémoire sur les monuments mégalithiques*, París, 1862, laureada por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

Además, niega la prehistoria y mantiene contra cualquier evidencia que los galos son los primeros y únicos habitantes de Francia. La historia, para H. Martin, está hecha por grandes hombres y Vercingetórix es uno de estos arquetipos, por lo que ocupa un lugar preponderante, ya que el historiador le dedica un centenar de páginas, imponiéndolo como héroe popular. H. Martin, senador de la inicipiente III República, forja una imagen de los galos que integra en la mitología republicana y que pone al servicio de las exigencias patrióticas: inteligentes, apasionados por la libertad, individualistas e impetuosos, los ancestros de los franceses se pelearon y sacrificaron para salvaguardar la independencia de su territorio y la integridad de su talento, dando ejemplo de la dignidad nacional. Esta auténtica «imaginería» gala se hace un sitio en todos los libros escolares, que no dejan de comentar la escena de la rendición de Vercingetórix, montado orgulloso en su caballo y lanzando con un gesto noble y digno sus armas a los pies del César vencedor. La mítica historia de los galos adquiere su forma definitiva y refuerza la ideología republicana.

A la vez que se construye una «historia nacional», que hace de los galos vencidos y oprimidos de ayer los fundadores de Francia, aparece y se desarrolla la «arqueología nacional», inaugurada y defendida por A. Bertrand. La Comisión de Topografía de las Galias, creada en 1858, patrocina las excavaciones de Alesia, Gergovia y Bibracto.

Gracias a las investigaciones de campo, se procede a realizar clasificaciones y estadísticas y a establecer mapas arqueológicos.[103] Así se diseña una geografía histórica de la Galia y se elabora el *Dictionnaire archéologique de la Gaule celtique*, que empieza a publicarse en 1869, se abandona por un tiempo y es retomado en 1894 por Émile Cartailhac[104] y finalmente por Camille Jullian,[105] Salomon Reinach (1858-1933) y Émile Espérandieu (1857-1939).

---

103 A. Bertrand impone la noción de estadísticas de objetos o yacimientos y su distribución en mapas tipológicos, cf. su *Mémoire sur les monuments mégalithiques* de 1862, retomada en *Les Celtes dans la vallée du Pô et du Danube, op. cit*.

104 È. y J. Gran-Aymerich, «Émile Cartailhac», *Archéologia*, n.º 199, feb. 1985, p. 63 ss.

105 Camille Jullian (1859-1933): ocupó la primera cátedra de historia y antigüedades nacionales en el Colegio de Francia en 1905. È. y J. Gran-Aymerich, «Camille Jullian», en *Archéologia*, n.º 184, nov. de 1983, p. 76 ss.





92. Joseph Déchelette (1862-1914) en el monte Auxois (Alesia) en 1908, según el *Livre d'or de Joseph Déchelette. Centenaire, 1862-1962*, Roanne, 1962.

91. Camille Jullian (1859-1933), retrato conservado en la Biblioteca del Instituto de Francia.



93. Paul Vidal de la Blache (1845-1918). Retrato conservado en la Biblioteca del Instituto de Francia.

En 1856 Alesia levanta pasiones entre los arqueólogos: los galos se habían instalado definitivamente en el umbral de la historia francesa, Vercingetórix se imponía como héroe nacional y el año 52 a. C. aparecía como la fecha de la fundación. Un segundo gran yacimiento, el *oppidum eduense* de Bibracto, que el jesuita Lempereur situaba en 1704 en el monte Beuvray, es explorado por Jacques-Gabriel Bulliot, en el marco de las actividades de la Sociedad Eduense, con el apoyo financiero de Napoleón III; Joseph Déchelette, sobrino de Bulliot y uno de los grandes nombres de la protohistoria francesa, continuará con las excavaciones hasta 1904.[106] La Comisión de Topografía de las Galias patrocina también en 1873 la exploración de los túmulos de Magny-Lambert en la Costa de Oro, bajo la dirección de A. Bertrand.[107]

Después de 1870, la Comisión de Topografía de las Galias se mantiene y, en 1880, cambia de nombre para convertirse en Comisión de Geografía Histórica de la Antigua Francia, presidida por Henri Martin.

El Museo de Antigüedades Nacionales, inaugurado en 1867, presenta unas colecciones que crecen enseguida: en 1898, más de 35.000 objetos, distribuidos en treinta y ocho salas, se exponían en un afán por establecer comparaciones con el resto de Europa.[108] Aunque se haya podido decir que el Museo de Saint-Germain-en-Laye «era un gran mercadillo de lo imaginario»[109] y haya que tener en cuenta los progresos realizados desde entonces por la museografía y la investigación protohistórica, no es menos cierto que Alexandre Bertrand y su sucesor, Salomon Reinach,[110] clasificaron y distribuyeron los objetos en función de unos criterios rigurosos y comprobados para sentar las bases de una verdadera arqueología celta. La arqueología contribuía en gran medida a sacar a la historia de un

106 Joseph Déchelette (1862-1914): hombre de negocios y arqueólogo francés. Cf. S. Binetruy, *Joseph Déchelette*, Lyon, 1994.

107 A. Bertrand, *Les Tumulus gaulois de la commune de Magny-Lambert (Côte d'Or)*, memoria presentada en la Sociedad de Anticuarios de Francia en 1875; cf. también *Archéologie celtique et gauloise*, París, 1876 (ed. de 1889, p. 296 ss.).

108 Para el modelo del Römisch-Germanisches Zentralmuseum de Maguncia, cf. S. Reinach, «Esquisse d'une histoire de l'archéologie gauloise», *Revue celtique*, 19, 1898, p. 300.

109 C.-O. Carbonell, «Après 1870: régénérescence de la France et renaissance de la Gaule», en P. Viallaneix y J. Erhard (eds.), *Nos ancêtres les Gaulois, op. cit.*, p. 247, en el resumen de los debates.

110 S. Reinach entró en el Museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye como agregado en 1886, sucediendo a G. de Mortillet. A la muerte de Alexandre Bertrand, en 1902, se convertirá en director.

atolladero de discusiones sobre la oposición de las razas «franca» y «gala» y sus orígenes.

Para A. Bertrand y sus contemporáneos, la arqueología y la historia se complementan sin contradecirse, pero aquélla es la única que puede «elucidar los problemas relacionados con la marcha y la difusión de la civilización celta».[111] En Francia, al igual que en los demás países de Europa, aparecen revistas que permiten poner en contacto a los eruditos y ampliar los conocimientos sobre unos ámbitos poco familiares al público, la prehistoria y la protohistoria. Así, la *Revue archéologique*, creada en 1844, publica los informes de Édouard Lartet sobre las cuevas del Périgord. Unos años más tarde, a partir de 1860, A. Bertrand, asociado a G. Perrot, está al frente de su dirección: el hecho de que sea un protohistoriador el que ocupe un puesto tan relevante muestra la importancia que se concede a estos novísimos sectores de la arqueología. En 1864, el prehistoriador Gabriel de Mortillet funda los *Matériaux pour l'histoire positive et philosophique de l'homme*, donde defiende e impone la prehistoria y sus descubrimientos «revolucionarios». En 1872 nace la *Revue celtique*, que es la consagración del carácter científico que han adquirido estos estudios y los progresos espectaculares que ha experimentado la protohistoria en Francia. En los últimos años del siglo, la *Revue des études anciennes* pone, en cierto modo, la guinda a este magnífico empuje de la arqueología: los galos pierden su carácter mítico y ganan en realidad.

El problema de los orígenes que atormentaba a los historiadores puede abordarse desde otra perspectiva: la de los eruditos, procedentes en su mayoría de la Escuela Normal Superior y de las escuelas de Atenas y de Roma, especializados en arqueología, que se erige ya como disciplina autónoma y reconocida oficialmente por el lugar que ocupa en la enseñanza superior.[112]

---

111 A. Bertrand, S. Reinach, *Les Celtes dans la vallée du Pô et du Danube, op. cit.*

112 En el Gabinete de Medallas, A.-L. Millin imparte desde 1806 un curso de arqueología griega y romana. Las clases de J. Quicherat en la École des Chartes inauguran, en 1847, una enseñanza de la arqueología monumental, romana y medieval. Las primeras clases que se imparten en el Museo del Louvre son las de Champollion, pero la Escuela del Louvre no se fundará definitivamente hasta 1882; a partir de esta fecha, A. Bertrand es el responsable de las primeras clases de arqueología nacional (cf. *École du Louvre. Leçons d'ouverture*, París, 1883). Las primeras cátedras de arqueología se remontan a 1876, la de G. Perrot en la Sorbona, seguida de la cátedra de M. Collignon en Burdeos. En 1905, Camille Jullian ocupa la primera cátedra de antigüedades nacionales del Colegio de Francia. Cf. C. Charle, «Le Collège de France», en P. Nora, *Les Lieux de Mémoire, op. cit.*, vol. III, p. 389.

1882 constituye la fecha de fundación de la protohistoria celta en Francia: en este año se crea en el Colegio de Francia la cátedra de literatura celta para Henri d'Arbois de Jubainville, que hace de pionero;[113] y se abre, también en 1882, el curso de arqueología nacional de A. Bertrand en la Escuela del Louvre.

El desarrollo de la prehistoria, que remonta la cuestión de los orígenes más allá de los galos, abrió un hueco a la protohistoria. El trabajo de A. Bertrand, G. de Mortillet y S. Reinach en el Museo de Saint-Germain-en-Laye, que culmina con la clasificación de objetos como antigüedades prehistóricas, celtas y galorromanas, según una cronología rigurosa, pone fin a las confusiones que prevalecían hasta entonces.[114]

Desde las *Antiquités celtes et antédiluviennes* de J. Boucher Crèvecoeur de Perthes hasta el *Manuel d'archéologie* de J. Déchelette[115] se recorrió un arduo y largo camino. La práctica de la arqueología, que se basa en el examen minucioso de los yacimientos, monumentos y objetos, es decir, en hechos constatados, recopilados y comparados, lleva a los arqueólogos a la prudencia y la moderación. La prehistoria y la protohistoria ponen de manifiesto la diversidad de poblaciones antiguas, y la definición de los antepasados franceses aparece como una tarea bastante delicada. Los orígenes galos de Francia parecen ser aún más míticos en la medida en que resulta difícil definir a los «galos». Como celtas que son, sólo se pueden entender si se integran en el contexto europeo: las civilizaciones de la edad de hierro en Francia no se comprenden sin hacer referencia a los testimonios que dejaron en Suiza, Alemania, Austria, Italia o España. Los arqueólogos europeos están en contacto unos con otros a través de los museos, revistas y congresos internacionales y elaboran una «historia primitiva de Europa»,[116] muy alejada de la visión restringida de los orígenes de Francia que tenían los políticos e historiadores a principios del siglo XIX. A los ojos

---

113 Henri d'Arbois de Jubainville (1827-1910): el primer gran maestro de estudios celtas en Francia, profesor del Colegio de Francia en 1882. Escribió en particular *Les Premiers Habitants de l'Europe d'après les écrivains de l'Antiquité*, París, 1877.

114 Sin embargo, en 1835 los arqueólogos daneses Thomsen y Worsaae elaboraron la tesis de tres eras sucesivas, piedra, bronce y hierro, a la vez que organizan en función de una clasificación cronológica el Museo de Antigüedades del Norte en Copenhague.

115 El *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine*, 4 vols., París, Picard, 1908-1914, de J. Déchelette fue reeditado por la editorial Picard (t. I, 1986).

116 A. Bertrand, *Archéologie celtique et gauloise*, París, 1876 (ed. de 1889), p. 402.

de los arqueólogos de la segunda mitad del siglo XIX, Francia aparece ya como el producto de una superposición progresiva de diferentes pueblos, de los que, gracias a la arqueología, se encuentran huellas en muchos países europeos.[117]

Sin embargo, las conclusiones a las que llegan los arqueólogos, aun con base científica, no se imponen fácilmente entre el público. A. Bertrand y S. Reinach lamentan con amargura el hecho de que los historiadores no tengan en cuenta las verdades que la arqueología ha dilucidado. Esta falta de «permeabilidad» de dos disciplinas que deberían estar estrechamente ligadas es tanto más grave en cuanto que la obra de los historiadores influye considerablemente en el público y su mentalidad.[118] Por ejemplo, fue al leer la *Histoire des Gaulois* de Amédée Thierry, cuando la vocación se despertó en Camille Jullian. Y eso que Amédée Thierry no tiene mucho más en cuenta que Michelet o Henri Martin los datos de la prehistoria.

A pesar de todo, a finales del siglo XIX, el mito galo se ve modificado por los múltiples descubrimientos y progresos de la arqueología nacional, que hacen posible una eclosión de síntesis. N. Fustel de Coulanges introduce su *Histoire des institutions politiques de l'Ancienne France* con un primer tomo titulado *La Gaule romaine*.[119] *L'Histoire de France*, dirigida por Ernest Lavisse, se presenta en el volumen de Gustave Bloch, dedicado a la Galia.[120] Paul Vidal de la Blache (1845-1918) comienza así su *Tableau de la géographie de la France* con una evocación de la Galia. Camille Jullian

---

117 «La Gaule, bien avant la conquête romaine, se composait déjà d'éléments nombreux et divers, éléments ethniques et éléments moraux»: A. Bertrand, *Archéologie celtique et gauloise, op. cit.*, p. 399 de la edición de 1889. Para esta emergencia de culturas o focos de civilización regionales: J. Guilaine, *La France d'avant la France,* París, Hachette, 1980; M. de Boüard, «Les Gaulois, nos seuls ancêtres?», *L'Histoire*, 40, 1981, p. 16 ss.

118 L. Theis, «Guizot et les institutions de mémoire», en P. Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, II, 2, *op. cit.*; E. Lavisse, *Histoire de la Gaule*, París, 1901; y J.-P. Rioux, «Les métamorphoses d'E. Lavisse», *Politique aujourd'hui*, nov.-dic. de 1975; M.-T. Moisset, «L'iconographie de Vercingétorix à travers les manuels d'histoire», *Antiquités nationales*, 8, 1976, p. 84 ss.; J. Lecuir, «L'enseignement de l'histoire à l'école primaire, 1880-1914», *Masses ouvrières*, abril de 1980, p. 15 ss.; Ch. Amalvi, *Les Héros de l'histoire de France, recherche iconographique sur le panthéon scolaire de la III<sup>e</sup> République*, París, 1979.

119 *La Gaule romaine, mis au point par C. Jullian, d'après les manuscrits de Fustel de Coulanges*, París, 1890.

120 G. Bloch, *Histoire de la Gaule*, París, 1901.

dedicará 8 volúmenes a la *Histoire de la Gaule*, que intenta resucitar completamente.[121] C. Jullian, alumno del geógrafo Vidal de la Blache y del historiador Fustel de Coulanges, del que publica *Les Institutions politiques de l'ancienne France*,[122] reafirma después de sus maestros que «la historia es una ciencia» y, para componer la de la Galia, recurre a disciplinas científicas reputadas: la geografía humana, la filología, la numismática, la epigrafía y la arqueología. Todos los datos que recopila siguiendo un método que pretende ser rigurosamente científico, le permiten identificar una «patria gala» por la que Vercingetórix se habría sacrificado, movido por la esperanza de que la Galia, tan dividida, avanzara hacia la unidad.

Así pues, pese a los matices que aporta la arqueología, el pasado galo se asentará definitivamente en la historia de Francia y justificará todas las esperanzas de un renacimiento nacional tras la derrota de 1870. El mito galo, que desde este momento encuentra unas bases «científicas» con la ayuda parcial de la arqueología, se ve fortalecido y sirve más que nunca a la causa republicana de la unión nacional, de la resistencia y del renacimiento de la nación vencida.[123]

Con sus descubrimientos y sus progresos, relacionados con los de la prehistoria, la «arqueología histórica», que A. Bertrand concebía como un suplemento de la historia, contribuyó al nacimiento de una historia de la Galia y adquirió la apariencia total de una ciencia apoyándose, entre otras disciplinas, en la arqueología.

Mientras que la obra de H. Martin era condenada por los arqueólogos, la de C. Jullian respondía a sus deseos en la medida en que ponía fin al desprecio que los historiadores mostraban por la arqueología. No obs-

---

121 C. Jullian, *Histoire de la Gaule*, 8 vols., París, 1908-1926, pero también *De la Gaule à la France. Nos origines historiques*, París, 1922, y *Au seuil de notre histoire*, París, 1930. Cf. A. Grenier, «C. Jullian, un demi-siècle de science historique et de progrès français 1880-1930», *Questions historiques*, marzo-abril de 1834.

122 Numa-Denis Fustel de Coulanges (1830-1889), en su *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, París, 6 vols., 1888-1892, presenta una defensa de la breve «monarquía democrática» de Vercingetórix y de esta primera tentativa de unidad nacional. Cf. F. Hartog, *Le XIXe siècle et l'Histoire: le cas de Fustel de Coulanges*, París, PUF, 1988.

123 C. Jullian, «Les temps de la Gaule romaine: la valeur morale des choses», *Revue bleue*, enero de 1927, p. 1 ss.; P. M. Duval, «Vercingetórix, l'histoire et la légende», introducción a la reedición del *Vercingetórix* de C. Jullian, Verviers, 1963, p. 7 ss.; A. Miquel, «Vercingétorix, le symbole de la cohabitation», *L'Histoire*, 83, 1985, p. 76 ss.

tante, aunque el viejo mito galo se ve profundamente modificado por los descubrimientos de la prehistoria y la protohistoria, y no puede seguir siendo considerado como el fundador, es tan vivaz y eficaz que recibe el apoyo de una historia que pretende ser ciencia y estar en posesión de la verdad.[124]

Si bien a partir de 1870 ya no tiene sentido oponer el mito galo al mito franco, el ejemplo de la resistencia gala ante César y la tentativa de unión debe incitar a todos los franceses a alzarse y sacrificarse por la defensa y el renacimiento de la nación.[125] Al mito del origen galo de Francia sustituyó el de una Galia libre y resistente que, reforzado y acreditado por la arqueología, apoya la ideología republicana.[126]

Los galos, que desde ese momento abren la historia de Francia, deben su existencia a la arqueología: la prehistoria y la protohistoria, reconocidas ya como ciencias, contribuyen con sus descubrimientos a la reconstrucción del pasado nacional que, gracias a ellas, se ve tremendamente ampliado.

La arqueología se convierte en ciencia histórica y, al igual que la historia, la «reina de las ciencias», favorece la reconstrucción nacional: en 1860, ofrece un modelo de desarrollo y de éxito y, después de 1870, son las escuelas francesas de arqueología de Atenas y Roma las que inauguran una transformación radical de la enseñanza superior, en la que las ciencias de la antigüedad saldrán ganando.

## 5.3. Estado de las investigaciones en 1885

La reforma de la enseñanza superior se basaba en la exigencia de introducir la ciencia y sus métodos en la universidad francesa. En cuanto a las disciplinas literarias, la filología y las ciencias auxiliares de la historia ofrecían unos modelos de apoyo científico para la reconstrucción del pasa-

---

124 M. Roche, «La violence des Gaulois», *L'Histoire*, 30, 1981, p. 38, y las respuestas críticas de J.-P. Demoule, O. Buchsenschutz, A. Schnapp y M. Raskolnikoff, en *L'Histoire*, 33, 1981, p. 83 ss.; P. Chuvin, «Nos ancêtres... les Grecs!», *L'Histoire*, 96, 1987, p. 26 ss.

125 C. Jullian, *Notes sur l'histoire de France au XIXe siècle*, París, reed. 1987; C. Billard, P. Guibert, *Histoire mythologique des Français*, París, 1976.

126 J. Lecuir, «Les héros de l'histoire de France», *L'Histoire*, 33, 1981, p. 102 ss.

do y su comprensión. La arqueología clásica, que con la sección francesa del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma, da un primer giro decisivo en su evolución hacia 1840,[127] se orienta definitivamente hacia la ciencia a partir de 1860. La Escuela Francesa de Atenas desempeña un papel crucial, en primer lugar gracias a las iniciativas individuales,[128] apoyadas por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y, después, una vez organizada como verdadero instituto de investigación arqueológica, permite la eclosión de nuevas generaciones de arqueólogos, formados en estudios cerámicos y epigrafía.

### 5.3.1. El mundo griego

A. Dumont, que promueve la metamorfosis última de la Escuela de Atenas, es un auténtico sabio y verdadero «director de escuela» que instruye a los miembros que coordina con los nuevos métodos de la arqueología: estudio minucioso de gran número de objetos y clasificación en series tipológicas y cronológicas orientadas a la creación de catálogos. El estudio de la cerámica, cuyos criterios fueron establecidos en primer lugar por Eduard Gerhard[129] y Otto Jahn,[130] es el núcleo de los trabajos de A. Dumont y sus discípulos. Después de que en 1828 se estudiaran las vasijas griegas halladas en Italia, los miembros de la Escuela de Atenas abordan las que se descubren en Grecia. A. Dumont tiene el proyecto de realizar «una obra capital», en la que tratará de establecer la procedencia de las cerámicas de Grecia,[131] y abordará los problemas que plantean las relaciones comerciales entre los distintos pueblos del Mediterráneo.

En 1866, antes de los extraordinarios descubrimientos de H. Schliemann en Troya y Micenas, A. Dumont se había interesado por los vestigios de la prehistoria en Grecia.[132] Las cerámicas de Acrotiri-Santorín, des-

---

127 Con los trabajos de C. Lenormant y J. de Witte, o D. Raoul Rochette, por ejemplo.

128 Las de A. Bertrand, L. Heuzey, G. Perrot, P. Foucart, A. Dumont.

129 E. Gerhard, «Rapporto intorno i vasi Volcenti», *Annali dell'Instituto di Correspondenza archeologica*, III, 1, 1831.

130 O. Jahn, *Beschreibung der Vasensammlung Königs Ludwigs in der Pinakothek zu München*, Múnich, 1854.

131 A. Dumont, *Les Peintures céramiques de la Grèce propre*, 2 vols., París 1888-1890, obra publicada por E. Pottier.

132 «Note sur les monuments de l'âge de la pierre trouvés en Grèce», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, mayo de 1866.

cubiertas por H. Gorceix y H. Mamet,[133] las excavaciones de A. Salzmann y É. Biliotti en las necrópolis de Camiros y Yalisos en Rodas,[134] las de L. P. di Cesnola en Chipre y, por último, las de H. Schliemann, modifican por completo las perspectivas de estudio de las vasijas griegas. De hecho, hasta ahí el inicio del arte griego se fechaba en el siglo VII a. C. en función de los ejemplos de cerámica orientalizante o corintia, considerada como la más antigua. A partir de 1862, y del estudio de A. Conze sobre la vasija de Milo y la identificación del sistema geométrico,[135] los especialistas se remontan constantemente a los orígenes de la cerámica en Grecia. La cerámica micénica es estudiada por A. Dumont, a partir de las vasijas de Santorín, y por A. Furtwängler y G. Loeschke en 1879.[136]

A la luz de todos los descubrimientos realizados desde que concibió su obra *Peintures céramiques de la Grèce propre*, Dumont se centra sobre todo en la cuestión de los orígenes del arte griego y de sus lazos con Oriente. Se fija «como objetivo encontrar científicamente la historia de los países clásicos en esa época larga que sólo conocemos a través de la leyenda».[137] Se trata de verificar y completar las tradiciones y testimonios escritos mediante el examen de los objetos y especialmente de las vasijas que, según demostró A. Conze, constituían «fósiles directores» cronológicos.

Los trabajos de esta época, entre ellos los de A. Dumont y sus discípulos, logran franquear una etapa decisiva en el estudio de las vasijas griegas: «Al periodo *iconológico* sucede lo que podría denominarse el periodo *tectónico*».[138] Mientras que los trabajos más antiguos presentaban una cla-

---

133 Miembros de la Escuela de Atenas excavan en Santorín en 1870. A. Dumont publica el artículo «Sur les céramiques d'Acrotiri» en *Journal des savants*, dic. de 1872, p. 798, retomado en *Les Peintures céramiques de la Grèce propre*, t. I, pp. 19-42. Cf. R. Treuil, «L'École française d'Athènes et la préhitoire/protohistoire du monde égéen», *Bulletin de correspondance hellénique*, 120, número especial «Cent cinquantenaire», pp. 408-439.

134 A. Salzmann, fotógrafo y cónsul francés y É. Biliotti, cónsul inglés, excavan en Rodas, a partir de 1859, y distinguen la cerámica helénica en Camiros de la cerámica micénica de Yalisos.

135 Alexander Conze (1831-1914): arqueólogo austriaco, alumno de E. Gerhard. Cf. A. H. Borbein, «Ernst Curtius, Alexander Conze, Reinhard Kekulé: Probleme und Perspektiven der klassischen Archäologie zwischen Romantik un Positivismus», en K. Christ y A. Momigliano, *L'Antichità nell'Ottocento in Italia e Germania*, Bolonia-Berlín, 1988.

136 A. Furtwängler y G. Loeschke, *Mykenische Thongefasse*, Berlín, 1879.

137 Introducción de E. Pottier, *Les Peintures céramiques de la Grèce propre, op. cit.*, p. III.

138 *Ibidem*, introducción de E. Pottier, p. V.

sificación establecida sobre el análisis de imágenes y su distribución según los temas mitológicos, los catálogos elaborados a partir de 1870 se basan en el examen de los procedimientos de fabricación de las vasijas en función del estudio de sus formas y ornamentos: el objeto ya no se consideraba sólo como el marco de un cuadro, sino como un todo.

A. Dumont, durante su «trienado» en Atenas, forma una auténtica «escuela» de «arqueología figurada»,[139] y sus discípulos, más tarde maestros, divulgan en sus enseñanzas los métodos de la arqueología científica que se impone en estos años 1870-1885.

En la Escuela de Atenas, Maxime Collignon, aprovechando los criterios establecidos por A. Dumont, sigue el camino de los estudios cerámicos y realiza el *Catalogue des vases peints de la Société archéologique d'Athènes*.[140] Esta obra, que fue una autoridad durante veinte años, es pura arqueología figurada: el propio Collignon dibuja las vasijas típicas, que aparecen agrupadas en series geográficas y cronológicas basadas en el examen de formas y estilos restablecidos en su evolución. Jules Martha (1853-1932) adopta el mismo método en su *Catalogue des figures en terre cuite de la Société archéologique d'Athènes*.[141]

De regreso a Francia, M. Collignon inaugura la cátedra de arqueología de Burdeos que se crea en 1876; J. Martha, por su parte, se encarga del curso de antigüedades griegas y latinas de Montpellier; ambos ponen en práctica y transmiten a los estudiantes una arqueología que «trabaja sobre una serie de principios científicos» siguiendo «un largo trayecto de observaciones rigurosas y estudios pacientes».[142] Para empezar, se procede a la observación escrupulosa de los objetos y a continuación se clasifican en función de unos criterios geográficos, cronológicos, técnicos y estilísticos. Por último, la comparación de los elementos de cada serie completa el conjunto de pasos establecidos. Una vez finalizado el proceso, «las conclusiones de cada serie, comparadas unas con otras, conducen a través de unos razonamientos rigurosos a un conjunto de visiones más generales».[143]

139 M. Collignon, *Manuel d'archéologie grecque*, París, 1881.
140 París, 1877, 2.ª ed. 1902.
141 París, 1880.
142 J. Martha, «L'archéologie», lección presentada el 5 de diciembre de 1879 en la apertura del curso de antigüedades griegas y latinas de la Facultad de Letras de Montpellier.
143 *Ibidem*, p. 28.

J. Martha, al igual que A. Dumont, compara la arqueología con las ciencias físicas y naturales: «Observa los hechos; un conjunto de hechos le lleva a entrever una ley; la comparación de leyes concretas le conduce a la comparación de leyes generales, y la teoría a la que llega no es sino la conclusión matemática, por decirlo de algún modo, de las afirmaciones comprobadas».[144]

En esta escuela técnica y científica, cuyos conocimientos se suman a una educación literaria, los discípulos de A. Dumont se convierten en eruditos polivalentes: arqueólogos y epigrafistas, son también historiadores y tratan de «penetrar a través de la arqueología figurada en la vida moral e íntima de una civilización en sus épocas sucesivas».[145] La observación y los catálogos nos llevan a la historia del arte, a la que M. Collignon contribuye con su *Histoire de la sculpture grecque*[146] y J. Martha, con su *Art étrusque*.[147]

Las exigencias de la enseñanza conducen a la nueva generación de arqueólogos, procedentes de la Escuela de Atenas, a suplir las lagunas que lamenta G. Perrot:[148] la de unos manuales como los que tiene Alemania.[149] En 1881, Collignon publica su *Manuel d'archéologie grecque*, y en 1882, una *Archéologie grecque*, seguida de *La Mythologie figurée de la Grèce*.[150] Estos tres libros marcan un cambio determinante en los métodos y la concepción de la enseñanza clásica: en cada parte de su manual, Collignon presenta una serie cronológica de monumentos, clasificados por periodos desde los orígenes del arte. Los ejemplos aparecen ordenados según el modo habitual de los museos, cuya visita regular es indispensable para la formación del arqueólogo.

Para los historiadores arqueólogos de la nueva generación, los monumentos más humildes del arte popular presentan tanto interés histórico como las formas nobles y aristocráticas; los figurines en barro cocido de Mirina reflejan una gran estatuaria desaparecida y las vasijas de arcilla pin-

---

144 *Ibidem*, p. 29.
145 M. Collignon, *Manuel d'archéologie grecque, op. cit*.
146 M. Collignon, *L'Histoire de la sculpture grecque*, 2 vols., París, 1892-1897.
147 J. Martha, *L'Art étrusque*, París, 1889.
148 G. Perrot, «Les études d'archéologie classique depuis Winckelmann jusqu'à nos jours», *Revue des Deux Mondes*, 1 de agosto de 1880, pp. 516-555.
149 K. O. Müller, *Handbuch der Archäologie*, Breslau, 1830.
150 París, 1883.

tadas permiten evaluar las obras de la gran pintura. La propia noción de «artes menores» se ve anulada.

M. Collignon perfecciona el manuscrito de Olivier Rayet y permite la publicación de su *Histoire de la céramique grecque*.[151] Es Edmond Pottier (1855-1934), alumno de A. Dumont, quien, tras revelarse con sus tesis como un estudioso excepcional de la cerámica,[152] da el último toque a la gran obra de su maestro, *Les Peintures céramiques de la Grèce propre*, que se publica en 1888-1890; aplica el método que funda y que pulirá a lo largo de toda su carrera. Las vasijas son «abordadas como documentos históricos de valor similar al de los textos y no como una especie de comentario ilustrado».[153] A través de las vasijas, vemos cómo era la sociedad que las produjo con más fidelidad que a través de las grandes obras escultóricas y arquitectónicas, más idealizadas y alejadas del pueblo.

El Museo del Louvre, donde los antiguos miembros de la Escuela de Atenas se encargan de la conservación de las antigüedades, edita los catálogos realizados sobre unos criterios establecidos por A. Dumont. Así, Léon Heuzey, conservador del Departamento de Antigüedades Orientales creado en 1881, presenta el *Catalogue des figurines antiques de terre cuite*[154] donde, mediante un examen minucioso de los objetos, restablece las relaciones entre el mundo griego y el mundo oriental y define la «acción de retorno» de la civilización griega hacia Fenicia.

Heuzey considera este catálogo como «un libro de enseñanza», encargado de «trazar para el visitante [del museo] una especie historia de la plástica antigua mediante las pequeñas imágenes de barro cocido».[155] L. Heuzey traduce la preocupación de hacer del museo un centro educativo y contribuye a esta transformación mediante su participación en la organización de la Escuela del Louvre, fundada en 1882.

La epigrafía, que desde 1850 se desarrolla en Grecia y África del Norte, ofrece asimismo un modelo de ciencia histórica basado en unos cri-

151 París, 1888.
152 E. Pottier, *Les Lécythes blancs à réprésentations funéraires*, París, 1883.
153 *Ibidem*.
154 L. Heuzey, *Catalogue des figurines antiques de terre cuite du Musée du Louvre*, París, 1882; *Figurines antiques de terre cuite du Musée du Louvre*, París, 1883.
155 L. Heuzey, *Catalogue des figurines...*, ed. de 1923, p. VI.




94. J. Martha, láminas de vasijas, *L'Art étrusque*, París, 1889. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

terios científicos rigurosos. En la Escuela de Atenas se practica desde 1850 y Paul Foucart, que se dedica a ella en cuerpo y alma, accediendo a la dirección de la Escuela en 1878, la conduce al «renacimiento epigráfico».[156]

Si bien es lamentable, como opina G. Radet, que P. Foucart, demasiado preocupado por la epigrafía y dejando que se perdiera la tradición de los catálogos arqueológicos, haya transformado el *Bulletin de correspondance hellénique* en «una especie de herbario de inscripciones»,[157] donde las nuevas arqueologías terminan desapareciendo, y que no haya mantenido las sesiones del Instituto de Correspondencia, el balance de su actividad es enormemente positivo: será efectivamente P. Foucart quien vincule Delfos a Francia y dé a las excavaciones «un desarrollo regular y brillante».[158]

El Instituto Arqueológico Alemán,[159] instalado en Atenas desde 1874, permitió la realización del proyecto de Alexandre Conze de excavar en Samotracia: en 1873 tiene lugar una primera campaña, seguida de una segunda expedición en 1875. Conze definió un programa preciso, que puso en práctica con dos arquitectos, A. Hauser y G. Niemann; al igual que C. T. Newton en Halicarnaso, va acompañado por un fotógrafo que plasma en imágenes el conjunto de monumentos y las piedras características, para poder verificar la exactitud de lo que se muestra y conocer las diferentes técnicas de construcción. Así, la fotografía interviene por primera vez en la publicación completa del informe de las excavaciones. Samotracia marca en Grecia el principio de las excavaciones modernas.[160]

Asimismo, el programa que había elaborado Ernst Curtius en 1852 para Olimpia cobra gran importancia en 1874, y se llega a un acuerdo con las autoridades griegas: las excavaciones alemanas comienzan en 1875 bajo la dirección general de E. Curtius y el arquitecto F. Adler. La dirección de los trabajos sobre el terreno recae en G. Hirschfeld y el arquitecto K. Böt-

---

156 G. Radet, *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École française d'Athènes, op. cit.*, p. 203.
157 *Ibidem*, p. 212.
158 *Ibidem*, p. 208.
159 U. Jantzen, *Einhundert Jahre Athener Institut 1874-1974*, Maguncia, Verlag Philipp von Zabern, 1986.
160 A. Conze, A. Hauser y G. Niemann, *Archäologische Untersuchungen auf Samothrake*, 2 vols., Viena, 1875-1880.

tischer.[161] Wilhelm Dörpfeld, por su parte,[162] procede a desescombrar completamente y realizar el estudio estratigráfico del templo de Zeus, que es reconstruido enseguida. En esta ocasión, Dörpfeld pone a punto unos métodos rigurosos de excavación y conservación de vestigios y, como secretario del Instituto Arqueológico de Atenas, desempeña una función primordial. Embarca a la Sociedad Arqueológica Griega en unos trabajos de gran envergadura en los que participa como arquitecto: por ejemplo, en las excavaciones del santuario de Asclepio, en el lado sur de la Acrópolis, e incluso en la limpieza del Anfiareon en Eubea. La Sociedad Arqueológica de Atenas, cuyos medios financieros aumentan considerablemente bajo la dirección de P. Evstratiades, se lanza a grandes proyectos en Epidauro y Eleusis.[163]

En Asia Menor, donde Charles T. Newton excavó el mausoleo de Halicarnaso y enriqueció considerablemente las colecciones del British Museum, los museos de Berlín emprenden la exhumación de Pérgamo y logran adquirir el friso del altar grande. Charles Texier dirigió en 1833 durante su viaje a Asia Menor los primeros trabajos de excavación. Karl Humann[164] visita Pérgamo en 1864-1865 y se da cuenta de que hay algunas esculturas de magnífica calidad que los canteros han destruido y transformado en cal. Concibe el proyecto de excavar el yacimiento y se lo expone a A. Conze, director de la galería de escultura del museo de Berlín, que en 1878 obtiene el permiso de iniciar las obras, que se desarrollarán hasta 1886. Las excavaciones metódicas del altar permiten reconstruir los diferentes grupos del friso del Pergamonmuseum, concebido y construido para recibirlo. A partir de 1880, se despeja la ciudad antigua entera gracias a la ayuda de varios arquitectos.

También en esta época funda Estados Unidos en 1882, sobre el modelo francés y alemán, la American School of Classical Studies, y Gran Bretaña, la British School en 1885.

---

161 E. Curtius, F. Adler y G. Hirschfeld, *Ausgrabungen zu Olympia*, 4 vols., Berlín, 1875-1879.

162 Wilhelm Dörpfeld (1853-1940): ingeniero arquitecto, director del Instituto Alemán de Atenas de 1887 a 1912.

163 B. Petrakos, *E en Athinais Archaiologikè Etaireia. E historia tôn 150 chronôn tês. 1837-1987*, Atenas, Sociedad Arqueológica de Atenas, 1987.

164 Karl Humann (1839-1895): «inventor» del altar de Pérgamo. Ingeniero alemán de caminos, instalado en Anatolia desde 1861.



95. Samotracia, intento de reconstitución del santuario. A. Conze, A. Hauser y G. Niemann, *Archaeologische Untersuchungen auf Samothrake*, 2 vols., Viena, 1875. Biblioteca del Instituto de Francia.



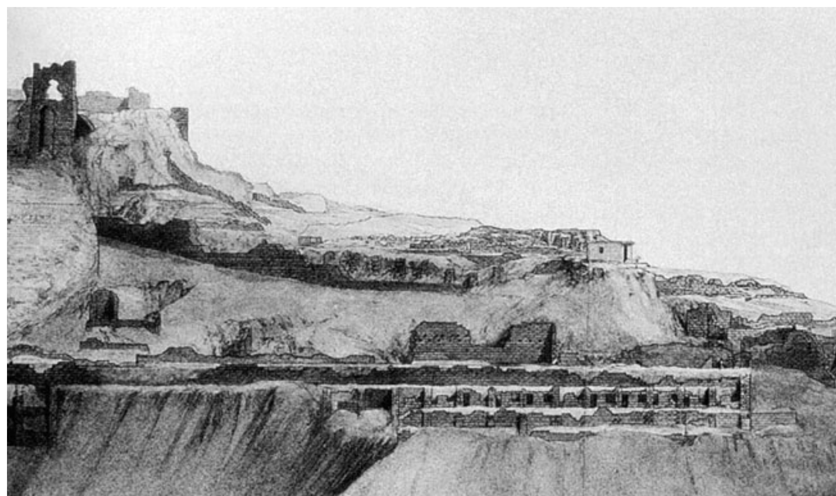
96. Samotracia, la stoa. A. Conze, A. Hauser y G. Niemann, *Archaeologische Untersuchungen auf Samothrake*, 2 vols., Viena, 1875, t. II, lám. 53. Biblioteca del Instituto de Francia.



97. Olimpia, el campo de la excavación visto desde el noroeste. E. Curtius, F. Adler y G. Hirschfeld, vol. II (trabajos de 1876-1877), *Ausgrabungen zu Olympia*, 4 vol., Berlín, 1875-1879, lám. II. Biblioteca del Instituto de Francia.

98. Olimpia, el Filipeion y el Heraion vistos desde el sudoeste. E. Curtius, F. Adler y G. Hirschfeld, vol. III (trabajos de 1876-1877), *Ausgrabungen zu Olympia*, 4 vol., Berlín, 1875-1879, lám. III. Biblioteca del Instituto de Francia.





99. Pérgamo, estado de la fachada del teatro en 1900. M. Collignon y E. Pontremoli, *Pergame, restauration et description des monuments de l'acropole*, París, 1900, lám. II. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



100. Pérgamo, la acrópolis. R. Bohn, *Altertümer von Pergamon II*, Berlín, 1885, lám. I. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



101. Delos, plaza pública con el Cinto en primer plano. Fonds Homolle, Biblioteca del Instituto de Francia.



102. Delfos, el campo de trabajo en noviembre de 1892. Fonds Homolle, Biblioteca del Instituto de Francia.

La era de las grandes obras de yacimientos queda abierta en el ámbito helénico; sin embargo, si bien las perspectivas de enriquecer las colecciones europeas se mantienen en las regiones que dependen de la administración otomana, en la Grecia independiente se han esfumado, ya que aquí la exportación de antigüedades está prohibida. Los objetivos de las excavaciones llevadas a cabo en territorio griego se ven profundamente modificados, y la prospección de los grandes yacimientos responde a unos principios similares a los que prevalecen en Pompeya, o a los que Victor Place puso en práctica en Jorsabad: lo que se persigue es el conocimiento y la comprensión de un complejo cultural o de un conjunto urbano en sí mismos, esforzándose en aclarar su topografía, estudiar la arquitectura de los monumentos y garantizar su conservación. Samotracia y Olimpia son los dos yacimientos donde la arqueología alemana pone en práctica estas nuevas ideas, junto con unos métodos de excavación sistemáticos y rigurosos. La Escuela Francesa de Atenas, que desde antes de su última reforma en 1874 había iniciado exploraciones, abre también grandes campos de trabajo.

En 1872-1873, Olivier Rayet y el arquitecto Albert Thomas realizan exploraciones en Mileto y en el golfo Látmico a expensas de los barones de Rothschild.[165] En Delos, Albert Lebègue inauguró una serie de exploraciones en 1873, permitiendo la supremacía de la Escuela de Atenas. En 1876, Théophile Homolle[166] es enviado por A. Dumont y, al considerar que toda la historia de la isla «es la de un santuario y un puerto»,[167] decide excavar primero las ruinas del templo para después ir barriendo la ciudad religiosa y la ciudad comerciante. Así establece un programa claro que guiará sus trabajos hasta 1888. El desescombro del templo se lleva a cabo sin la intervención de ningún arquitecto; en 1880 Homolle recurre al arquitecto Henri-Paul Nénot para realizar el primer programa de excavaciones. Entre 1880 y 1894, cada año encarga la dirección de las excavaciones a un miembro distinto de la Escuela de Atenas, lo cual perjudica la cohesión del programa.

---

165 O. Rayet y A. Thomas, *Milet et le golfe Latmique (Tralles, Magnésie de Méandre, Priène, Milet, Didymes, Héraclée du Latmos), fouilles et explorations archéologiques faites aux frais de MM. les barons E. et G. de Rothschild*, París, 1877-1885, publicación interrumpida por la muerte de O. Rayet; se publicaron dos monografías de seis.

166 Théophile Homolle (1848-1925): director de la Escuela Francesa de Atenas de 1890 a 1903 y en 1912-1913.

167 G. Radet, *op. cit.*, p. 333.

En Samos, Victor Guérin intentó unas excavaciones en 1853, pero la auténtica exploración del Heraion comienza con Paul Girard (1852-1922) en 1879, al que sucede Michel Clerc en 1881 y 1883. En Delfos, P. Foucart siguió a K. O. Müller y, tras limpiar treinta y ocho metros del muro poligonal, consiguió la mayor recolecta epigráfica para la Escuela de Atenas. En 1862, iban a abrirse en el yacimiento unas excavaciones subvencionadas por el gobierno francés pero la caída del rey Otón I echó por tierra la empresa. Será ya en 1880 cuando Bernard Haussoullier (1852-1926) pueda dirigir una nueva campaña en el yacimiento y reconocer la Vía Sacra y el Pórtico de los Atenienses. La importancia de estos resultados permitió a P. Foucart conseguir, el 2 de febrero de 1882, la firma del primer convenio délfico, establecido sobre las bases del tratado alemán para Olimpia. Sin embargo, dado que el gobierno griego había sido derrocado, el acuerdo no pudo ejecutarse y tras una serie de negociaciones difíciles y múltiples peripecias, en 1891 se firma por fin una ley que cede por diez años a Francia el monopolio de las excavaciones en Delfos. Los trabajos podrán dar comienzo en octubre de 1892.[168]

Las seis campañas que lleva a cabo Maurice Holleaux[169] en el santuario de Apolo Ptoo entre 1884 y 1891 revisten una importancia equivalente a la de los trabajos realizados en Delos y Delfos. Durante las excavaciones de S. Reinach, E. Pottier y A. Veyries en Mirina se descubren unas figurillas en barro cocido, réplicas en miniatura de las estatuas en bronce y mármol.[170]

Éstas son las grandes empresas de la Escuela Francesa de Atenas durante la dirección de P. Foucart. Delfos y Delos se anuncian ya como los dos grandes campos de trabajo que Francia puede oponer a Samotracia, Olimpia y Pérgamo. Grecia se convierte, a partir de 1870, en «a school for the methode and technique of excavation».[171]

---

168 *La Redécouverte de Delphes. Centenaire des fouilles françaises à Delphes*, École française d'Athènes, París, 1992; catálogo de la exposición «Delphes aux sources d'Apollon», París, 1993; Academia de Inscripciones y Bellas Letras, sesión pública anual y conmemoración del centenario de la gran excavación de Delfos por la Escuela Francesa de Atenas, sesión del 27 de noviembre de 1992, París, 1992.

169 Maurice Holleaux (1866-1932): director de la Escuela Francesa de Atenas de 1904 a 1912.

170 E. Pottier y S. Reinach, *Terres cuites et autres antiquités trouvées dans la nécropole de Myrina*, París, 1886; *La Nécropole de Myrina*, París, 1887.

171 Glynn Daniel, *A Hundred and Fifty Years of Archaeology, op. cit.*, p. 167.

## 5.3.2. La Galia y África del Norte

Mientras que la Escuela de Atenas conoce gracias a P. Foucart un auténtico «renacimiento epigráfico»,[172] cuya manifestación más notable es la exploración sistemática de Anatolia, la epigrafía continúa desarrollándose en la Galia y en África del Norte.

La epigrafía latina, que Bartolomeo Borghesi y sus seguidores italianos y alemanes del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma basaron en unos principios científicos, recibe en Francia un impulso decisivo a partir de 1850, con las misiones de Léon Renier en Argelia. En los años 1880, durante los que se gesta la reforma de la enseñanza superior, «la epigrafía es la nueva diosa de la erudición».[173]

Desde su cátedra del Colegio de Francia, creada en 1861, L. Renier continúa promoviendo, hasta su muerte en 1886, las investigaciones y se asegura su propio relevo. Para ello, introduce a Ernest Desjardins a través de Madame Cornu que, gracias a la influencia que ejerce sobre Napoleón III, le permite realizar varias misiones en Italia[174] y pertenecer a la comisión que se reúne para publicar las obras de B. Borghesi. En 1861, E. Desjardins es nombrado catedrático de la Escuela Normal Superior, donde incorpora la geografía histórica, de la que es fundador en Francia.

E. Desjardins, autor de una misión en los países del Danubio a cuyo término publicó los *Monuments épigraphiques du Musée national hongrois*, capta a los alumnos interesados por las antigüedades de la Escuela Normal Superior y a los estudiantes que siguen el curso de la Escuela Práctica de Estudios Superiores. Entre los adeptos a esta ciencia, que constituía un ejemplo de los métodos rigurosos indispensables para ejercer la historia científica, Camille Jullian y René Cagnat debían estudiar en la Galia y en África del Norte, respectivamente, las inscripciones y demostrar todo el provecho que podía sacar de ellas la historia.

Siguiendo las enseñanzas de E. Desjardins, C. Jullian descubre la Galia romana, cuya *Géographie historique et administrative* recompone el

---

172 G. Radet, *op. cit.*, p. 203.

173 A. Grenier, *Camille Jullian. Un demi-siècle de science historique et de progrès français. 1880-1930*, *op. cit.*, p. 67.

174 O. Motte, *Camille Jullian. Les années de formation*, Escuela Francesa de Roma, París-Roma, 1990, p. 43, ss.

maestro de la Escuela Normal Superior.[175] Este cuadro de la Galia romana, que relaciona geografía, historia administrativa y epigrafía, refuerza la magnífica lección de Paul Vidal de la Blache:[176] no separar nunca geografía e historia, respetando la idea del futuro historiador de la Galia y titular de la primera cátedra de Antigüedades Nacionales del Colegio de Francia. Al comienzo de su *Histoire de la Gaule* recuerda esta máxima: «Hacer la historia de la Galia es contar y explicar los cambios que se produjeron en el aspecto del suelo y en la manera de vivir y de pensar de sus habitantes. No separaremos el estudio de la humanidad del estudio del terreno que la alimenta».[177] El también alumno de Ernest Desjardins, R. Cagnat (1852-1937), utiliza los documentos epigráficos situándolos en su contexto geográfico y humano para que presten un servicio a la historia.

Para elaborar la historia de la Galia, hacían falta documentos nuevos que sólo podía facilitar la epigrafía. Desde su tesis *Transformations politiques de l'Italie sous les empereurs romains*,[178] C. Jullian había recorrido la epigrafía y abría así «unos caminos poco allanados todavía».[179] En 1833 imparte un curso de historia antigua en Burdeos y, a partir de 1886, es el encargado de dar un curso creado por el ayuntamiento sobre la historia de Burdeos y del Sudoeste. En esta época en que proliferan las universidades en las provincias, se desarrolla un regionalismo intelectual que beneficia en especial a la historia antigua y a la epigrafía: en 1821, Florian Vallentin, magistrado de Montélimar, fundó el *Bulletin épigraphique de la Gaule*, publicado en Vienne, al que sucederá en 1886 la *Revue épigraphique* de Auguste Allmer.[180] El *Bulletin*, y más tarde la *Revue*, son los órganos de la epigrafía francesa, que se ve honrada con las firmas más distinguidas, las de L. Renier o A. Héron de Villefosse, por ejemplo. R. Cagnat, que a partir de 1883 imparte el curso de epigrafía latina de la facultad de Douai,

---

175 E. Desjardins, *Géographie historique et administrative de la Gaule romaine*, 4 vols., París, 1876-1893.

176 Paul Vidal de la Blache (1845-1918): alumno de la Escuela Normal Superior, miembro de la Escuela Francesa de Atenas de 1867 a 1870. Catedrático de la Escuela Normal Superior en 1877, profesor de geografía en la Sorbona en 1898.

177 C. Jullian, *Histoire de la Gaule*, t. I, 1908, p. 4.

178 París, 1883.

179 E. Desjardins, citado por A. Grenier, «Camille Jullian (1859-1933)», *Revue historique*, CLXVIII, 1934.

180 Auguste Allmer (1815-1899): perceptor, arqueólogo y gran epigrafista lionés, autor junto con P. Dissard de *Inscriptions latines du musée de Lyon*, 4 vols., 1888-1893.

publica sus lecciones en el boletín antes de recopilarlas en un manual[181] que constituirá la primera obra de este género publicada en francés y será durante mucho tiempo un material de trabajo indispensable. Es también él quien crea en 1888 el *Année épigraphique*, que se publica en la *Revue archéologique*.[182]

En 1883, C. Jullian colabora en el *Bulletin* y le entrega sus *Inscriptions de la vallée de l'Huveaune*.[183] Publica las *Inscriptions romaines de Bordeaux*,[184] que le aportan los documentos necesarios para elaborar la historia de la ciudad,[185] dando el primer ejemplo de aplicación metódica de la epigrafía asociada a la geografía humana y a la historia antigua de una región.

A través de la historia local, C. Jullian prepara una historia nacional de los orígenes franceses, que elaborará utilizando los recientes conocimientos sobre la arqueología protohistórica fundada por A. Bertrand. La ciencia epigráfica y la arqueología contribuyen a restituir los periodos más antiguos de la historia francesa, aquellos de los que no existen textos. Cuando C. Jullian aborda las antigüedades nacionales y coloca «en el umbral de nuestra historia»[186] los vestigios materiales de la prehistoria, se fuerza la interpretación de la propia arqueología prehistórica.

Así se confirmaba la convicción de A. Bertrand de que la arqueología favorecía el crecimiento de la historia. A partir de 1880, la epigrafía de la Galia conoce el mayor desarrollo que había experimentado hasta entonces, gracias a los trabajos conjugados de los artífices del *Bulletin épigraphique* y de C. Jullian.

Estas conquistas se suman a las que había inaugurado L. Renier en Argelia, y que su discípulo R. Cagnat amplió a partir de 1881. Cagnat se embarca rumbo a Túnez en enero de 1881 y, al igual que su antecesor, sigue al cuerpo de la expedición francesa, cuya primera campaña da lugar a la firma del Tratado de Bardo el 21 de mayo de 1881, que instaura el

---

181 R. Cagnat, *Cours élémentaire d'épigraphie latine*, París, 1886.
182 Cf. *Centenaire de l'Année épigraphique*, París, 1988.
183 C. Jullian, «Inscriptions de la vallée de l'Huveaune», *Bulletin épigraphique de la Gaule*, 1885-1886.
184 *Ibidem*, *Inscriptions romaines de Bordeaux*, 2 vols., 1887 y 1890.
185 *Ibidem, Histoire de Bordeaux*, Burdeos, 1895.
186 *Ibidem*, *Au seuil de notre histoire*, 2 vols., París, 1930.

protectorado francés. Cagnat vuelve a unirse desde finales de 1881 hasta abril de 1882 a una nueva expedición militar, destinada a ocupar Kairuán y Túnez. Cumple una tercera misión desde noviembre de 1882 hasta mayo de 1883, durante la cual, acompañado por el arquitecto Saladin, sigue a los oficiales de la brigada topográfica encargada de elaborar los mapas que serán de gran utilidad para los atlas arqueológicos.

Entusiasmado con el ejército y la actividad colonial francesa, R. Cagnat establece la comparación con la obra de Roma, poniendo de relieve la rapidez de la conquista francesa: «Hemos quemado etapas, hemos recorrido en menos de ochenta años el camino que Roma tardó el triple de tiempo en recorrer».[187] La experiencia de estas misiones le lleva a interesarse por el ejército romano en África.[188] Los informes que redacta R. Cagnat para los archivos de las misiones científicas y literarias lo sitúan en primera línea entre los epigrafistas. Su exploración de Túnez imprime un impulso extraordinario a la investigación arqueológica en este país.[189]

L. Renier fue el precursor de la epigrafía en África del Norte y sus virtudes le valieron la invitación para colaborar en el *Corpus Inscriptionum Latinarum* de la Academia de Berlín. La guerra de 1870 había impedido la realización de este proyecto, pero Mommsen envió en 1875 a un explorador, G. Wilmans, para preparar el tomo VIII del *Corpus*, que el maestro concluye en 1881. R. Cagnat centra todos sus esfuerzos en defender la epigrafía francesa en África del Norte y a él se le confían los cuatro suplementos del tomo VIII del *Corpus*.[190] A Stéphane Gsell corresponderá publicar finalmente en 1922 *Les Inscriptions latines de l'Algérie*.

1881, año en que la ocupación de Túnez y Marruecos está bajo el control internacional, supone un momento fundamental para la historia de la arqueología en África del Norte, que recibe en este momento un empuje espectacular.[191]

187 R. Cagnat, «Les Romains dans l'Afrique du Nord. L'occupation romaine en Afrique, ses méthodes, ses résultats», *Rivista della Tripolitania*, II, 2, 1925.

188 R. Cagnat, *L'Armée romaine en Afrique et l'occupation militaire de l'Afrique sous les empereurs*, París, 1892.

189 È. y J. Gran-Aymerich, «René Cagnat», *Archéologia*, enero de 1988, pp. 71-77.

190 *Corpus Inscriptionum Latinarum*, t. VIII, supl. 1 (1891), 2 (1894), 3 (1904), 4 (1916).

191 È. Gran-Aymerich, «La Tunisie et la politique archéologique française», en *La Tunisie mosaïque. Diasporas, cosmopolitisme, archéologies de l'identité*, actas del coloquio de Toulouse, 14-17 de enero de 1997, en prensa.



103. René Cagnat (1852-1937), según la «Notice sur la vie et les travaux de R. Cagnat», Instituto de Francia, t. 107, 1937.



104. Timgad (Argelia), las columnas del mercado. A. Ballu, *Algérie. Monuments antiques et arabes. Photographiés de Mieusement. Mission de 1893.* Biblioteca del Instituto de Francia.



105. Lambèse (Argelia), fragmentos romanos sobre una casa. A. Ballu, *Algérie. Monuments antiques et arabes. Photographiés de Mieusement. Mission de 1893*, lám. 5. Biblioteca del Instituto de Francia.



106. Djemila (Cuiculum), arco romano. A. Ravoisié, *Exploration scientifique de l'Algérie pendant les années 1840, 1841, 1842...*, vol. 1, París, Firmin-Didot frères éditeurs, 1846, lám. 34. Biblioteca del Instituto de Francia.

En 1880, la Escuela Superior de Letras de Argel era fundada por A. Dumont y Émile Masqueray era nombrado su director.[192] En 1882 se dota de un *Bulletin de correspondance africaine*. Su organización deja a los profesores la suficiente libertad para llevar a cabo exploraciones. La influencia de esta escuela llega hasta Túnez, ya que uno de sus profesores es René du Coudray La Blanchère, que controla de 1884 a 1890 las investigaciones que se ejecutan en Túnez y en 1885 se convierte en el primer director de antigüedades de este país.[193] «A la vez que un centro de enseñanza superior», la Escuela de Argel «era como una misión permanente ligada al estudio del país».[194]

También en 1880 se implanta en Argel el Servicio de Monumentos Históricos, dirigido por los arquitectos Duthoit y Ballu. La era de las excavaciones en Argelia se abre con la limpieza de Timgad y Lambèse, controlada por el Servicio. R. Cagnat, convertido en inspector de los museos científicos y arqueológicos de Argelia, destinará el Servicio de Monumentos Históricos a la limpieza de Djemila y Tebessa y continuará los trabajos en Lambèse y Timgad.[195]

Las investigaciones, que se intensifican en Argelia y Túnez, se colocan bajo la dirección de la Comisión de África del Norte que, en 1883, sustituye en el Comité de Trabajos Históricos a la Comisión de Exploración de Argelia. R. Cagnat es secretario de la nueva comisión, que desempeña un papel vital en la promoción de las investigaciones en África del Norte. El *Bulletin archéologique* del Comité de Trabajos Históricos y Científicos permite difundir los resultados de las investigaciones.

En Argelia se multiplican los museos locales, mientras que en 1882 se decide en Túnez la creación de un museo en el antiguo palacio de Bardo,

---

192 Émile Masqueray (1843-1894): primer director de la Escuela Superior de Letras de Argel. Se dedica al estudio de Aurès. *Formation des cités chez les populations sédentaires de l'Algérie*, París, 1886.

193 René du Coudray La Blanchère (1853-1896): alumno de la Escuela Normal Superior, auxiliar de historia, miembro de la Escuela Francesa de Roma de 1878 a 1881, profesor de la Escuela Superior de Letras de Argel, primer director de Antigüedades y Artes de Túnez, inspector general de Archivos, Bibliotecas y Museos de Argelia.

194 E. Albertini, «L'Algérie antique», en *Histoire et historiens de l'Algérie*, Collection du Centenaire, 1931, t. IV, *Archéologie et Histoire*.

195 R. Cagnat, *Carthage, Timgad, Tebessa et les Villes antiques de l'Afrique du Nord*, París, 1909.

que se inaugura en 1888. La arqueología de campo se centra sobre todo en Cartago, donde se condensan las investigaciones desde 1873, y en la instalación en Túnez de E. de Sainte-Marie como primer dragomán del consulado general. Encargado por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de realizar una misión epigráfica, se lanza en busca de estelas púnicas, que descubre en colecciones privadas y de las que exhuma una gran cantidad entre la colina de Birsa y el mar. Se copian y estampan las inscripciones y se embarcan en el *Magenta* treinta y nueve cajas llenas de estelas con destino a Francia. Lamentablemente, tras la explosión del buque en Toulon, sólo llegan al Louvre cuatro cajas. Las dos mil cien inscripciones copiadas se incluyen en el *Corpus Inscriptionum Semiticarum,* en proceso de elaboración.

En la misma época, la arqueología púnica conoce un desarrollo similar al de la epigrafía: en 1875, el reverendo padre Delattre es enviado a Cartago por el cardenal Lavigerie con una doble misión, apostólica y arqueológica. Monseñor Lavigerie, arzobispo de Argel, había fomentado las excavaciones en la llanura de Sétif y en Cherchel. Con la exploración arqueológica de Cartago, lugar destacado de la cristiandad, entendía «afirmar la primacía de la religión cristiana sobre la musulmana» y «probar con hechos a los civilizados de nuestra Europa que la Iglesia no ha dejado de ser amiga de la ciencia». Presenta a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras un proyecto de misión permanente en Cartago[196] y elige al padre Delattre para que represente la obra arqueológica de la Iglesia. En 1878 éste descubre en la colina de Juno las primeras tumbas púnicas que pertenecen a una necrópolis; estas tumbas serán exploradas hasta 1886.

Animado y asesorado por Charles-Joseph Tissot,[197] embajador en Constantinopla que había iniciado su *Exploration scientifique de la Tunisie*,[198] Delattre continúa excavando las necrópolis en el subsuelo de las colinas, desde Birsa hasta Bordj-Djedid. El Museo Lavigerie, instalado en

196 «De l'utilité d'une mission archéologique permanente à Carthage?». Carta al secretario vitalicio de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras por el arzobispo de Argel, Argel, abril de 1881.

197 Charles-Joseph Tissot (1828-1884): diplomático francés y uno de los fundadores de la geografía comparada moderna.

198 C.-J. Tissot, *Exploration scientifique de la Tunisie*, retomada y actualizada por S. Reinach, 2 vols. y 1 atlas, París, 1884-1888.

los edificios del seminario de teología de la colina de San Luis alberga los numerosos monumentos y objetos descubiertos en las mil doscientas tumbas halladas por el padre Delattre. Las colecciones reunidas en el Museo Lavigerie permiten reconstruir la sociedad cartaginesa, sus modos de vida, sus creencias y sus ritos. El mobiliario de las tumbas muestra las influencias egipcias y griegas de los artistas cartagineses. El padre Delattre, con sus excavaciones del cementerio de los «oficiales», funcionarios del procurador imperial, y las del anfiteatro, resucita parte de la ciudad romana. Por otra parte, limpia las basílicas cristianas, entre las que se encuentra la «Basilica majorum arearum».[199]

Los trabajos de Delattre atraen la atención de los eruditos de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras sobre Cartago. El padre blanco recibe el apoyo del marqués de Vogüé y de Antoine Héron de Villefosse. C.-J. Tissot le ofrece sus consejos; el diplomático había comenzado su carrera en Túnez, donde fue nombrado alumno-cónsul en 1852. Trabó amistad con el abad Bourgade, limosnero de Saint-Louis de Cartago, que le inculcó el gusto por la arqueología. De 1853 a 1858, lleva a cabo varias misiones de exploración en el corazón de Túnez, conjugando las investigaciones epigráficas con la corografía (estudio de los caminos e itinerarios). En París, se relaciona con E. Renan y L. Renier, y le comunica a este último las inscripciones que encuentra. Distanciado de Túnez por las exigencias de su carrera diplomática, Tissot no puede ir a África hasta 1871, cuando es nombrado ministro plenipotenciario en Tánger. Hasta 1876, recorre todas las vías romanas de Marruecos, reproduce las ruinas e inscripciones y dibuja el mapa de una región casi desconocida hasta entonces. Sus exploraciones le resultarán útiles para escribir las *Recherches sur la géographie comparée de la Maurétanie tingitane*.[200] Se traslada a Túnez para realizar un viaje que en 1876 le lleva a explorar el curso superior del río Medjerda y completar su trabajo sobre las vías romanas en Túnez. En 1879 realiza una última misión en el valle del Bagrada y establece la vía romana de Cartago a Hipona por Bulla Regia, gracias a su admirable instinto topográfico y a sus grandes dotes como epigrafista.[201] Entra enton-

199 Entre 1906 y 1908.

200 Publicadas en *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1877.

201 C.-T. Tissot, *Le Bassin du Bagrada et la voie romaine de Carthage à Hippone par Bulla Regia*, París, 1881.



107. El reverendo padre Louis Delattre (1850-1932), según la *Revue archéologique*, 1932.



108. Charles-Joseph Tissot (1828-1884).



109. Planta subterránea de la rotonda de Damous el Karita, Cartago, según una tarjeta postal antigua.

ces en relación epistolar con T. Mommsen, al que transmite las inscripciones que ha copiado, para la publicación del tomo VIII del *Corpus* de la Academia de Berlín. Trata de pulir su *Exploration scientifique de la Tunisie*, que se publicará demasiado tarde para resistir a la prueba que supone la infinidad de descubrimientos que se producen a partir de 1880 y que modifican radicalmente el estado de los conocimientos sobre África del Norte.

En Atenas, donde es nombrado ministro plenipotenciario, C.-J. Tissot frecuenta la Escuela Francesa y conoce a A. Dumont y a S. Reinach. Éste estará en contacto con Tissot hasta su muerte, en 1884, le ayudará en el perfeccionamiento *de La Province romaine d'Afrique* y se encargará de la publicación póstuma de su *Géographie comparée de la province romaine d'Afrique*.[202] Desde Constantinopla y en su puesto de embajador extraordinario, Tissot es testigo del prodigioso desarrollo de la actividad arqueológica en Túnez, y querría dirigir el trabajo colectivo, pero le resulta imposible. Reinach le sugiere que confíe la exploración de Túnez a dos o tres miembros de la Escuela de Roma, pero se niega en rotundo. En 1880, la joven fundación romana podría haberse centrado en África del Norte, que será su lugar de trabajo privilegiado diez años más tarde. Pero Cartago, donde los trabajos del padre Delattre multiplican los descubrimientos, sigue siendo para C.-J. Tissot el objeto de su meta principal: la idea que concibió en 1856 de realizar profundas excavaciones sigue ocupando su mente en 1883. Poco antes de morir, prepara una misión en la capital púnica con S. Reinach, a quien escribe lo siguiente: «He trabajado mucho esta topografía de Cartago y excavaremos sobre seguro [...]. Tendremos que encontrar: 1.º) las dos o tres murallas de Cartago, 2.º) los muros de Birsa, 3.º) los puertos, sin contar la excavación profunda hasta el suelo púnico».[203] La enfermedad impedirá a Tissot hacer realidad su sueño, pero le entrega a S. Reinach un programa de excavaciones que éste cumplirá en Cartago con Ernest Babelon entre enero y mayo de 1884.

En África del Norte, la topografía, la arqueología y la epigrafía se asocian para resucitar la antigüedad púnica y romana: al igual que en Grecia, existe una preocupación por descubrir los monumentos y yacimientos en

202 París, 1884-1891.
203 Carta de C.-J. Tissot a S. Reinach del 23 de diciembre de 1883.

su conjunto y un interés por su comprensión global y su presentación. En Argelia, el Servicio de Monumentos Históricos y sus arquitectos se dedican desde 1880, a excavar las grandes ciudades romanas. Y se pone en marcha en Túnez el primer Servicio de Antigüedades que depende de la administración francesa.

África del Norte aparece también como la tierra en la que la Escuela de Roma puede llevar a cabo su vocación arqueológica: la sugerencia que S. Reinach hizo a C.-J. Tissot de que confiase la exploración de Túnez a los miembros de la Escuela romana la pone en práctica R. Cagnat a partir de 1889: promueve la estancia de los jóvenes «Farnesios» en la Regencia y, con Alfred Merlin, director del Servicio de Antigüedades, organizará un auténtico «cursillo arqueológico» en África del Norte.

### 5.3.3. Italia

Poco a poco África se irá convirtiendo para la Escuela de Roma en «una especie de escuela de aplicación»,[204] pero entre 1875 y 1890 la institución romana busca su propio camino. Concebida por su director, Auguste Geffroy, como una escuela de erudición cuyos trabajos abarcan la historia de Italia hasta la Edad Media, la Escuela de Roma tiene una vocación arqueológica menos sólida que la de Atenas. Por otra parte, ha de hacerse un hueco entre el Instituto Arqueológico Alemán y la arqueología italiana, que no concede campos de trabajo a los extranjeros.[205]

Michel Bréal, profesor del Colegio de Francia, anima a A. Geffroy, «ardiente apasionado por Etruria»,[206] a orientar a los miembros de la Escuela hacia el estudio de los etruscos.[207] Se trataba de seguir el camino que abrió el Instituto de Correspondencia Arqueológica: C. Jullian piensa

---

204 E. Mâle, «Conclusion», en *L'Histoire de l'Oeuvre de l'École française de Rome*, París, 1931.

205 Sobre la actitud de la administración italiana, véase F. Delpino, «Gli scavi di Stéphane Gsell a Vulci (1889). La politica culturale dell'amministrazione per le antichità tra aperture internazionalistiche e autarchismo archeologico», *Bullettino di paletnologia italiana*, vol. 86, Roma, 1995.

206 C. Jullian, «L'histoire et l'archéologie de l'Italie et de l'Empire romain», *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École française de Rome, op. cit.*, cap. I.

207 Carta de Bréal, profesor del Colegio de Francia, a A. Geffroy, de 15 de febrero de 1876.

por un momento en unirse al proyecto y en 1881 acude con Georges Lacour-Gayet y Antoine Héron de Villefosse a Vulci para informarse sobre las posibilidades de excavar en las propiedades de los Torlonia. Pero la realización de este proyecto corresponde a Stéphane Gsell, que llevará a cabo una excavación ejemplar[208] en Vulci, para luego centrarse allí definitivamente.

Será Jules Martha, el primero de los antiguos miembros de la Escuela de Roma, quien después de estar en Atenas bajo la autoridad de A. Dumont, se atreva a hacerlo. Con ello comienza una brillante carrera como helenista: dedicarse a los etruscos.

Tras la publicación en 1862 de la obra de Adolphe Noël des Vergers, *L'Étrurie et les Étrusques*, estos estudios habían estado bastante desatendidos. En cambio, A. Dumont, así como M. Bréal y A. Geffroy, está convencido de que Etruria ofrece la posibilidad de unas nuevas y fructíferas investigaciones y exhorta a J. Martha a abordarlas. En 1884, éste realiza una misión del Ministerio de Instrucción Pública en Italia y a su regreso redacta un *Manuel d'archéologie étrusque et romaine*,[209] publicado en la misma colección que el *Manuel d'archéologie grecque* de M. Collignon. Estos dos libros, concebidos para instruir a aficionados y estudiantes, palian la carencia de obras francesas de síntesis sobre las civilizaciones antiguas. El título escogido por Martha, que asocia las dos grandes civilizaciones de la península itálica, expresa una idea revolucionaria para su época: el origen etrusco del arte romano. Este manual tuvo un alcance considerable y constituía ya una contribución notable para la etruscología. Cuatro años más tarde, J. Martha desarrolla la primera parte de su pequeño libro y publica la primera obra de síntesis *L'Art étrusque*.[210] Responde a un concurso de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras que muestra el deseo de impulsar los estudios sobre la etruscología en Francia: se buscaba «un estudio crítico sobre las obras que conocemos del arte etrusco; los orígenes de este arte, la influencia que tuvo sobre el arte romano». La presentación del arte etrusco por J. Martha comienza con la exposición de las condiciones geográficas y climáticas de Etruria. Relaciona el origen de los

208 S. Gsell, *Fouilles dans la nécropole de Vulci,* París-Roma, 1891.
209 J. Martha, *Manuel d'archéologie étrusque et romaine*, París, 1884.
210 J. Martha, *L'Art étrusque*, París, 1889.

etruscos con el origen de su lengua. El carácter, por una parte, oriental y por otra, griego de su civilización, es el resultado, según él, del comercio con los comerciantes de Tirrenia, Cartago o las ciudades griegas. «Todo gira en torno a una cuestión comercial», afirma. Tras abordar los problemas generales, hace una descripción completa y viva del arte etrusco en sus diferentes especialidades, en función de los últimos descubrimientos arqueológicos. Con sus conclusiones marca el final de la «etruscheria» o etruscomanía: adopta una actitud crítica, afirma la dependencia del arte etrusco respecto de los modelos orientales o griegos. A su juicio, los tirrenos fueron víctimas de una fiebre imitadora que ahogó su originalidad, excepto en un campo, el del retrato, en el que los artistas supieron desarrollar el sentido de la individualidad. En su opinión, en este aspecto, los etruscos nos conducen directamente a los romanos. Pese a la crítica algo severa de su arte, J. Martha pone énfasis en la importancia del papel que desempeñó este pueblo: sin él, no puede entenderse el arte romano que, gracias a él, pudo tener acceso al mundo helénico y seguir su escuela.

La crítica fue excelente y unánime, sobre todo en Alemania donde Heydemann escribe en la *Wochenschrift für klassische Philologie*: «En este libro todo es recomendable para aquellos que buscan precisiones y certezas sobre el estado actual de nuestros conocimientos etruscológicos».[211] Jules Martha ilustra la etruscología francesa, y marca una fecha crucial en la historia de esta disciplina, ya que es el primero en ofrecer una síntesis sobre las manifestaciones de una cultura cuyos orígenes aún no están claros. Así pues, hace una brillante demostración de lo que pueden ganar la historia y la historia del arte recurriendo a los documentos arqueológicos.

Hasta 1885, en la Escuela Francesa de Roma, los trabajos de excavación en sí son modestos: S. Reinach realiza en 1880 algunos sondeos entre Esquilino y Celio, pero las investigaciones arqueológicas son esencialmente monografías locales elaboradas sobre la base de trabajos topográficos: Emmanuel Fernique estudia Preneste[212] y colabora con el arquitecto Blondel, huésped de la Villa Medicis, para la restitución del templo de la

---

211 Citado por J. Carcopino, *Annuaire de l'Association amicale des anciens élèves de l'École normale supérieure*, 1933, pp. 32-39.

212 Emmanuel Fernique (1854-1885): antiguo alumno de la Escuela Normal Superior, auxiliar de historia. En Roma, se dedica a la arqueología del Lacio y de los Abruzzos. *Étude sur Préneste, ville du Latium*, París-Roma, 1880.

Fortuna; René du Coudray La Blanchère inicia la exploración de la llanura pontina, donde copia inscripciones y produce un estudio sobre Terracina.[213] Su artículo sobre las inscripciones de Terracina abre los *Mélanges d'archéologie et d'histoire* fundados por A. Geffroy en 1881.[214]

Una de las principales preocupaciones del director de la escuela era dotarla de órganos de difusión de los trabajos. En 1876, la *Bibliothèque des écoles d'Athènes et de Rome* recibía «las memorias extensas» que requerían «varios años de aplicación e investigaciones»,[215] es decir, las tesis de sus miembros.

Cuando A. Dumont creaba el *Bulletin de correspondance hellénique* para dar a conocer las investigaciones de sus miembros, Roma no tenía más recursos que las revistas privadas y se encontraba en desventaja frente al Instituto Arqueológico Alemán y las publicaciones italianas, más concretamente, las *Notizie degli scavi di antichità*, creadas en 1876.

Gracias a la actividad de Frédéric Engel-Dollfus,[216] cuyo hijo Arthur es miembro libre de la Escuela entre 1878 y 1880, se crea una caja que recibe los donativos y permite la fundación de los *Mélanges*. La revista se yergue como competidora de las publicaciones científicas alemanas, y permite a la Escuela Francesa de Roma afirmarse frente al Instituto Arqueológico Alemán. El ideal de colaboración internacional, que animaba al Instituto de Correspondencia Arqueológica en la primera mitad del siglo XIX, se desvanece definitivamente, ahogado por el espíritu competitivo que prevalece en el ámbito político y científico.

A. Geffroy comprende enseguida lo importante que es para la Escuela de Roma el establecimiento de un protectorado francés en Túnez en 1881; anima a los miembros a que vayan a África del Norte, y esto hace que R. du Coudray La Blanchère se convierta en profesor de la Escuela Superior de

---

213 R. du Coudray La Blanchère, *Terracine. Essai d'histoire locale*, París, 1884.

214 R. du Coudray La Blanchère, «Inscriptions de Terracine», *Mélanges de l'École française de Rome. Antiquité*, 1881, pp. 35-62. Cf. O. Motte, «Les origines des *Mélanges d'archéologie et d'histoire*», *Mélanges de l'École française de Rome. Temps modernes*, 94, 1982, pp. 393-483.

215 A. Geffroy, «L'École française de Rome. Ses premiers travaux», *Revue des Deux Mondes*, 1 de junio de 1883.

216 Frédéric Engel-Dollfus (1818-1883): industrial, director de la Sociedad Dollfus-Mieg et Cie de Mulhouse, fundó en su ciudad un museo arqueológico.

Letras de Argel y, en 1885, en primer director del Servicio de Antigüedades y Artes de la regencia de Túnez. Muchos le seguirán y la Escuela de Roma se convertirá en una cantera de grandes «africanos».

### 5.3.4. Egipto

En 1880, la arqueología francesa en el Mediterráneo recibe una nueva institución, la Escuela Francesa de El Cairo, que en 1888 se convierte en «Institut français d'archéologie orientale du Caire».[217] La misión permanente francesa en Egipto permite mantener el lugar de la arqueología francesa en un país en el que, desde 1882, con la instauración del protectorado británico, domina la influencia inglesa. Con la creación de este Instituto, se garantiza que el Servicio de Antigüedades, fundado por Auguste Mariette, permanezca en manos francesas a su muerte en 1881. Gaston Maspero, que sugirió la constitución de esta escuela y la organizó, se convierte en su director en 1880, pero dejará el cargo el año siguiente, puesto que a la vez está al mando del Servicio de Antigüedades y del museo de Boulaq. Los periodos de arranque de las actividades se vuelven difíciles por la escasez de créditos, la precariedad de la instalación y la ausencia de personal cualificado para las excavaciones. Maspero se llevó a Egipto a sus alumnos de la Escuela Práctica de Estudios Superiores, Urbain Bouriant, que dirigirá la Escuela en 1886, y Victor Loret que, de regreso en Francia, se convertirá en lector de egiptología en Lyon. Los tres, con sus trabajos, que se publican en el primer tomo, inauguran la serie de las *Mémoires*, abierta en 1883.

Hasta 1886, cuando vuelve a París, G. Maspero investiga sobre el terreno[218] y muestra en primer lugar las inscripciones de las pirámides de Saqqara, que Mariette se negaba obstinadamente a admitir; sobre los monumentos de Ounas, Pepi I, Mirinri, Pepi II y Teti III, copia cuatro mil líneas de textos, a los que dedicará diez años de trabajo[219] dando lugar a la

---

217 Cf. J. Vercoutter (dir.), *L'Institut français d'archéologie orientale. Livre du Centenaire*, El Cairo, Instituto Francés de Arqueología Oriental, 1980.

218 G. Maspero, *Sur les fouilles exécutées en Égypte, de 1881 à 1885*, París, 1886; «Trois années de fouilles dans les tombeaux de Thèbes et de Memphis», *Mémoires publiées par les membres de la mission archéologique française au Caire*, I. 2.

219 G. Maspero, *Traduction des inscriptions des pyramides de Saqqarah*, París, 1894.

reconstrucción de los ritos que se llevaban a cabo en el Antiguo Imperio y a un nuevo concepto de la religión egipcia.

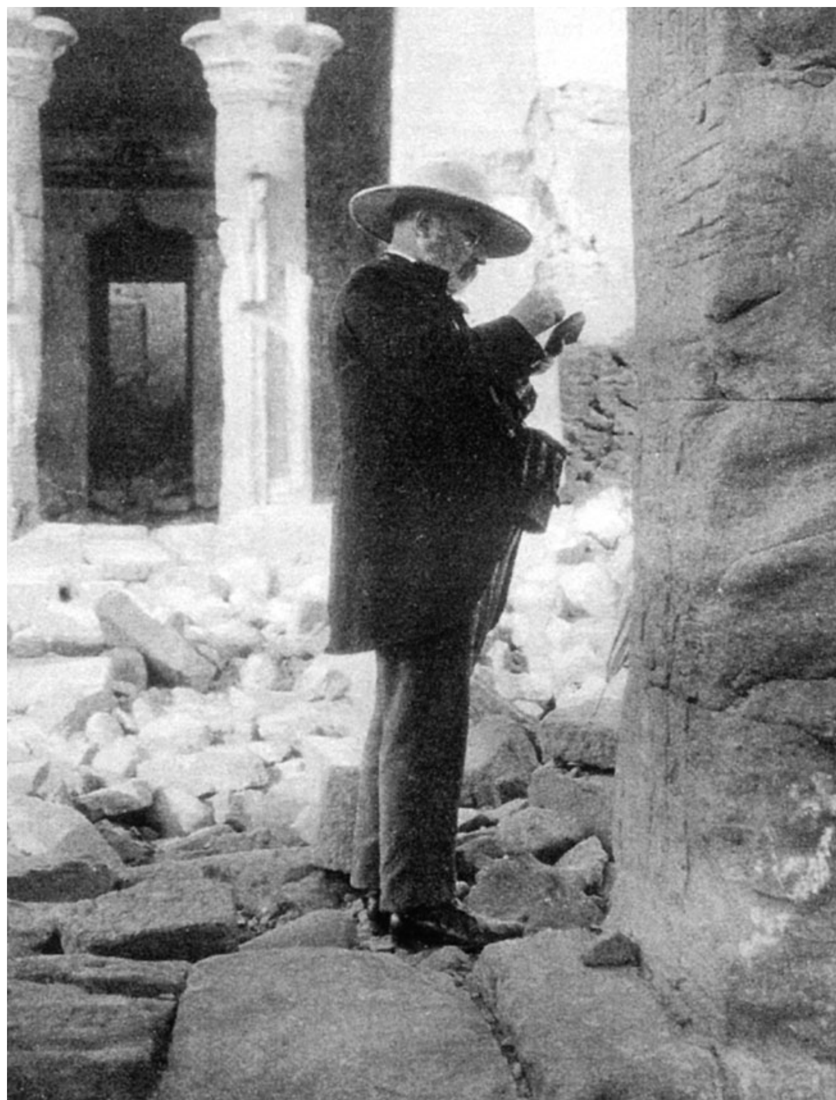
El principio de la estancia de Maspero en Egipto se ve marcado por otro descubrimiento brillante: en 1881, al término de una investigación paciente entre los vendedores de objetos antiguos, descubre el escondrijo de Deir el-Bahari, donde aparecen once momias reales de las dinastías XVIII, XIX y XX, entre las que se encuentran los restos mortales de Ramsés II. Entre 1881 y 1885, organiza una suscripción a través del *Jounal des débats* para el desescombro de la Esfinge de Gizeh y del templo de Luxor. Excava también Karnak y Tebas, y procede a una serie de reconocimientos a lo largo del Nilo: sondea el cementerio de Tell el-Amarna y descubre en Edfu la necrópolis en la que yacían los grandes sacerdotes de Horus y los príncipes de Apolonópolis.

A partir de 1898 y con la dirección de Émile Chassinat, las actividades de terreno del Instituto Francés de Arqueología Oriental se intensifican, estimuladas por los trabajos de los egiptólogos ingleses de la Egypt Exploration Fund, creada en Londres en 1883.

El más activo de estos ingleses es William M. Flinders Petrie (1853-1942), que llega a Egipto en 1880 y explora las pirámides hasta 1882.[220] Como miembro de la Egypt Exploration Fund, excava para esta sociedad entre 1884 y 1886, en Tanis, Naucratis, Dafne y Nebesha.[221] Al enfadarse con la Egypt Exploration Fund, decide trabajar por su cuenta y crea en 1894 la Egyptian Research Account, que transformará más tarde en la British School of Archaeology in Egypt.

A su llegada a Egipto, Flinders Petrie contaba con una amplia experiencia en inspección de monumentos prehistóricos en Gran Bretaña, experiencia que le había convencido de que la excavación arqueológica tenía que ser minuciosa y rigurosa. En los yacimientos egipcios, introduce métodos de excavación absolutamente inéditos: la anotación sistemática de los hallazgos y su descripción, prestando la misma atención a los monumentos y objetos importantes y a los vestigios de la vida cotidiana. Después de Adolf Furtwängler y Alexander Conze, que habían demostra-

220 W. M. Flinders Petrie, *The Pyramids and Temples of Gizeh*, 1883.
221 Ídem*, Tanis. Part I (1883-1884)*, Londres, 1885; *Naukratis. Part I (1884-1885).*



110. Gaston Maspero (1846-1916), fotografiado el 6 de octubre de 1905 en Egipto. Biblioteca del Instituto de Francia.

do el valor como «cronómetro arqueológico» de la cerámica pintada, Flinders Petrie es el primero que concede la misma importancia a la cerámica no pintada: en 1884, con sus excavaciones en Naucratis, define los niveles estratigráficos según los distintos tipos de cerámicas.[222]

A pesar de la situación política favorable a Gran Bretaña, cuyo protectorado será mantenido hasta 1922, el Servicio de Antigüedades seguirá estando hasta 1952 bajo la dirección de un francés. Egipto, al igual que Grecia, es a lo largo del siglo XIX el escenario en el que se desarrolla la competencia entre naciones europeas. Pero en Egipto, al igual que en Grecia, la caza de antigüedades ha terminado gracias a las leyes sobre la protección del patrimonio y la organización de servicios de antigüedades. En Egipto, los arqueólogos ingleses y franceses, y enseguida los alemanes e italianos, rivalizan igual que en Grecia, pero sus investigaciones se complementan para avanzar en el conocimiento de las civilizaciones antiguas. De hecho, el Servicio de Antigüedades de Egipto, bajo la dirección de Maspero, concede la realización de excavaciones a equipos extranjeros, reservando recursos financieros para la limpieza, la consolidación y la restauración de los monumentos.

La competencia de los arqueólogos europeos es de orden científico y, aunque el debate es a veces muy vivo, la rivalidad resulta estimulante haciendo que surja una forma de colaboración internacional. Mientras se desarrolla la arqueología militante en Egipto en los yacimientos enumerados por Mariette aunque con unos métodos más «científicos» que los suyos, y el Instituto de El Cairo garantiza la formación de los arqueólogos y se dedica al estudio de yacimientos y monumentos, G. Maspero, desde su cátedra del Colegio de Francia y gracias a su conferencia de la Escuela Práctica de Estudios Superiores, prepara la continuidad de la arqueología francesa. Por otra parte, planifica la amplia difusión de los conocimientos a través de su *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*.[223]

La egiptología francesa se ha recuperado del retraso que acusaba y se ve dotada de cátedras en el Colegio de Francia, en la Escuela Práctica de

222 Glynn Daniel, *One Hundred and Fifty Years of Archaeology*, Londres, Duckworth, 1975.

223 París, 1875, retomada a partir de 1894 en tres volúmenes, bajo el título *Histoire des peuples de l'Orient classique*, París, 1894-1898.

Estudios Superiores y en la Universidad. El Museo del Louvre ha devuelto su autonomía al departamento de antigüedades egipcias, dirigido por especialistas que imparten cursos en la Escuela del Louvre. En Egipto, se perpetúa la obra de Mariette con el mantenimiento de la dirección francesa en el Servicio de Antigüedades e incluso se amplía con la creación de la Escuela de El Cairo, que garantiza la formación de arqueólogos y el avance de los campos de trabajo. Gracias a estas instituciones, la egiptología francesa sigue ocupando en la escena internacional el lugar privilegiado que Champollion consiguió a principios del siglo XIX.

### 5.3.5. Oriente Próximo

La Escuela de El Cairo, que E. Renan concebía como «centro no sólo de estudios egiptológicos, sino de estudios sobre Siria, Arabia, Abisinia y todas las regiones del nordeste de África», un «gran kan científico», concentra su actividad en Egipto, ya que la envergadura de la tarea acapara todos sus esfuerzos, que en sus inicios eran bastante limitados. Oriente Próximo queda fuera del control del Instituto de El Cairo y allí la arqueología evoluciona de manera autónoma.

La arqueología oriental, fundada en Jorsabad, se había extendido a partir de 1850 a Palestina y Fenicia, donde F. de Saulcy, el marqués de Vogüé, y sobre todo E. Renan y C. Clermont-Ganneau, abrieron unos caminos llenos de promesas. Antes de 1870, los estudios semíticos se beneficiaron de la estrecha asociación entre la filología, la epigrafía y la arqueología, a la vez que Renan iniciaba las excavaciones en Fenicia y lanzaba el *Corpus Inscriptionum Semiticarum*. La obra arqueológica de los pioneros se prolonga hasta más allá de 1870 con C. Clermont-Ganneau (1846-1923), inventor e intérprete de la famosa estela de Meshá.

La guerra contra Prusia ahoga el proyecto de retomar las excavaciones de E. Renan en Oum el-Awamid y aplaza hasta 1881 la obtención de una misión oficial para volver a lanzar la investigación arqueológica en Siria-Palestina. Pero en 1874, Clermont-Ganneau retoma las investigaciones en Jerusalén, gracias a la Palestine Exploration Fund, sociedad inglesa fundada en 1867 y muy activa en materia de investigación arqueológica en los países bíblicos.

Clermont-Ganneau realiza a lo largo de todo un año una profunda investigación en todos los ámbitos de la arqueología oriental en Palestina:

no desdeña ningún vestigio, ni de las civilizaciones semíticas antiguas ni del periodo musulmán.[224] Uno de los resultados más importantes de esta exploración es la identificación del yacimiento de Gézer. Esta misión muestra asimismo el espíritu de colaboración que mantienen Francia e Inglaterra en Palestina, y que será el preludio de las relaciones que sus eruditos establecerán durante el periodo de mandatos en Siria y Palestina hasta 1946.

En noviembre de 1876, la Escuela Práctica de Estudios Superiores abre una cátedra de arqueología oriental para Clermont-Ganneau. Su carrera diplomática le impide dedicarse enteramente a la arqueología, pero en 1881 obtiene una misión del Ministerio de Instrucción Pública para explorar Filistide, Fenicia, Siria y Palestina. Consigue para el Louvre un buen número de antigüedades micénicas, fenicias, judías, griegas y romanas. Retoma la cuestión, que tan polémica había resultado en el pasado, de la Tumba de los Reyes, descubierta y explorada por F. de Saulcy, y confirma que el sarcófago es, efectivamente, el de Helena de Adiabena. Este viaje es el último que Clermont-Ganneau realiza a Oriente Próximo. En París, donde es nombrado secretario intérprete en el Ministerio de Asuntos Exteriores, sigue enseñando en la Escuela Práctica de Estudios Superiores, colabora en el *Corpus Inscriptionum Semiticarum* y se dedica al estudio de los monumentos descubiertos. Su método interpretativo obedece a los mismos principios que emplearon los arqueólogos clásicos, A. Dumont, L. Heuzey o M. Collignon: sólo saca conclusiones tras haber examinado minuciosamente los objetos, a los que concede la misma importancia que a los textos. Como epigrafista y arqueólogo, defiende ambas disciplinas en la cátedra de epigrafía y antigüedades semíticas, que se creó para él en el Colegio de Francia en 1890. El análisis y la interpretación de las estelas de Oum el-Awamid y Amrit ilustran a la perfección el método que él preconiza, «de la epigrafía unida a la arqueología».[225] No sólo estudia los objetos desde el punto de vista epigráfico, sino que examina la técnica y la iconografía, de las que saca conclusiones de orden mitológico. Inventa una

224 C. Clermont-Ganneau, «Mission en Palestine et en Phénicie», en *Rapports parus dans les archives des missions scientifiques et littéraires*, París, 1882-1884.

225 Ídem, *Les Antiquités sémitiques. Leçon d'ouverture du cours fait au Collège de France pour l'inauguration de la chaire d'épigraphie et antiquités sémitiques*, París, 1890.

nueva exégesis, la «mitología iconológica [o iconográfica]».[226] Se afana en demostrar el papel tan importante que desempeña la imagen en la significación y la transformación de las ideas religiosas. En su *Imagerie phénicienne*[227] calibra el lugar que ocupan los fenicios entre Oriente y Occidente.

Clermont-Ganneau funda una auténtica enseñanza de la arqueología y la epigrafía semítica con sus conferencias la Escuela Práctica de Estudios Superiores y sus clases en el Colegio de Francia, y contribuye a la vez a la difusión de estos estudios al participar en la creación de la revista *Syria*, en 1922. Lamenta en varias ocasiones la escasez de medios con que cuentan los arqueólogos en Siria y Palestina y en 1882 relaciona el desarrollo de la arqueología en estas regiones con la creación de «un centro permanente de investigaciones metódicas y continuas», una «estación arqueológica oriental» con un estatus parecido al de las escuelas francesas de Roma, Atenas y El Cairo.[228] Tiene el gusto de ver creada en 1920 una misión arqueológica permanente y una Escuela Francesa de Arqueología, instaladas ambas en Jerusalén en dependencia de la Escuela Bíblica. La arqueología oriental sigue la misma evolución en Siria y Palestina que la arqueología clásica y la egiptología e incluso amplía su labor en los años que siguen a la guerra francoprusiana: las excavaciones en Mesopotamia, que desde 1855 estaban paralizadas, se retoman a partir de 1877, y Persia se abre a la investigación francesa gracias a la misión de Dieulafoy de 1880-1882.

En Mesopotamia, la guerra de Crimea había provocado la interrupción de las actividades inglesas y francesas y, hasta que renació el interés europeo por esta región a principios de los años 1870, los saqueadores y vendedores de antigüedades ocuparon el lugar de los arqueólogos y dejaron los yacimientos en perfecto orden.[229]

---

226 Ídem, «Sur la coupe de Palestrina», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1878, y en *Journal asiatique*, 1878-1880.

227 Ídem, «L'imagerie phénicienne et la mythologie iconologique chez les Grecs», en *Études d'archéologie orientale*, 1, París, 1880.

228 En una nota dirigida al Ministerio de Instrucción Pública, repetida en un artículo de la *Revue archéologique* de 1899: «Deux projets archéologiques: 1. Création d'un fonds spécial pour les antiquités; 2. Création en Syrie d'une station archéologique orientale».

229 A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne*, t. I, París, Albin Michel, 1946; S. Lloyd, *Foundations in the Dust. The Story of the Mesopotamian Exploration*, Londres, Thames & Hudson, 1947 (reed. 1980).

En Europa continúa el trabajo científico: los filólogos se dedican al estudio de los documentos recopilados durante las excavaciones por Layard, Botta y Place. En Gran Bretaña, Henry Rawlinson publica los textos en colaboración con E. Norris[230] y George Smith,[231] a quien Samuel Birch, conservador de las antigüedades orientales en el British Museum, encargó la restauración de las tablillas de la biblioteca de Assurbanipal, y que descubre en 1872 un fragmento del relato asirio del Diluvio. Este extraordinario descubrimiento, que revelaba el paralelismo entre textos acadios y bíblicos, suscitó tal emoción que el *Daily Telegraph* le brindó a Smith la posibilidad de ir a Nínive para encontrar los fragmentos del texto que faltaban. Realiza varios viajes en 1873, 1874 y 1876 y, a pesar de múltiples dificultades, puede excavar en Quyundjiq, donde se ubicaba en tiempos la biblioteca, y encuentra además de varios cientos de tablillas de gran interés, una tablilla de diecisiete líneas que corresponde al principio del relato del Diluvio.[232]

G. Smith muere en Alepo al término de su misión de 1876, pero sus hallazgos reforzaron la convicción de Rawlinson de que hay que retomar las investigaciones en Mesopotamia. El British Museum recurre a Hormuz Rassam, ayudante de Layard en Nimrud, que había dejado su actividad arqueológica en 1869. Gracias a Layard, ahora embajador de Constantinopla, Rassam obtiene los *firmanes* necesarios para retomar las excavaciones: de 1878 a 1882, de Quyundjiq a Tello, se dedica al saqueo sistemático.

En Francia, Adrian de Longpérier, conservador del Departamento de Antigüedades del Louvre, subrayó desde 1844 que faltaba el «principio original» del arte asirio y que esta civilización, de la que aún sólo se conocía su apogeo sin poder remontarse más allá del primer milenio, sin duda se había ido gestando a lo largo de varios siglos de aprendizaje.

Esta intuición de Longpérier va cobrando cada vez más sentido a medida que se descifran las tablillas de Quyundjiq, donde se distinguen

230 Secretario de la Royal Asiatic Society.

231 George Smith (1840-1876): grabador de matrices de billetes bancarios.

232 G. Smith, *Assyrian Discoveries. An Account of Exploration and Discoveries on the Site of Nineveh, during 1873 and 1874*, Londres, 1875; *The Chaldean Account of Genesis*, Londres, 1873; «The Chaldean Account of the Deluge», en *Transactions of the Society of Biblical Archaeology*, 1873, pp. 213-234.

fragmentos de una literatura sumeria más antigua retomada por los escribas asirios.[233] Algunos de estos documentos, textos y silabarios bilingües permiten reconocer una lengua prebabilónica no semítica. Jules Oppert se apoya en el título de los antiguos soberanos de Babilonia, «reyes de Sumer y de Babilonia» y, tras identificar a los acadios como los primeros semitas que se instalaron en Mesopotamia, atribuye en 1873 la lengua no semítica de las inscripciones a los sumerios.[234]

A pesar de las posturas encontradas de Ernest Renan y Jules Halévy, a quien le enfrenta una viva polémica, sus conclusiones se confirman con los descubrimientos de Ernest de Sarzec en Tello.

En 1875, E. de Sarzec (1837-1901) es nombrado vicecónsul de Francia en Bassora, e influenciado sin duda por el ejemplo de J. E. Taylor, cónsul de Inglaterra, que llevó a cabo prospecciones y reconoció Lu y Eridú,[235] decidió ocupar su tiempo libre con trabajos arqueológicos.

Los sumerios, cuya existencia se sospechaba ya, se manifestaron a William K. Loftus[236] durante las excavaciones que realizaba en Warka en 1854, pero no pudo reconocerlos ya que constató perplejo que se hallaba ante los restos de una civilización antiquísima desconocida hasta entonces. En 1877, E. de Sarzec se dirige a Tello movido por la noticia del descubrimiento de las estatuas encontradas durante unas excavaciones clandestinas. Allí emprende la primera excavación continua en un yacimiento sumerio: hasta 1900 dirigirá once campañas. Tras llevar a cabo los primeros trabajos a su cargo en 1878, se dirige durante uno de sus viajes a París a William H. Waddington, numismático y miembro de la Academia de Inscripciones y ministro de Asuntos Exteriores, que le presenta al entonces conservador adjunto de las antigüedades del Louvre, L. Heuzey.

---

233 S. Lloyd, *op. cit.*, ed. 1980, pp. 144-145.

234 J. Oppert, «Études sumériennes. Sumérien ou akhadien? Sumérien ou rien?», *Journal asiatique*, 1875, pp. 267-321 y 442-497.

235 En 1853 y 1854.

236 William Kennett Loftus (1821-1858): geólogo, miembro de la comisión encargada de establecer la frontera turcopersa. En 1850 explora Caldea y localiza los yacimientos de Al Muqalla-Ur, Niffar-Nippur y Warka-Uruk, donde excava durante tres semanas, y más tarde, en 1852, para la Assyrian Excavation Fund. Excava en Susa en 1851 y 1853. Publica *Travels and Researches in Chaldaea and Susiana*, Londres, 1857.

Viendo las antigüedades que le presenta el cónsul, Heuzey comprende enseguida la magnitud del descubrimiento, le anima a proseguir con los trabajos y él, por su parte, se encamina decididamente hacia el orientalismo.

Durante la ausencia de E. de Sarzec, H. Rassam se precipitó a Tello, donde excavó de manera ilegal. El cónsul francés, de vuelta a Iraq, se detiene en Constantinopla para conseguir que el sultán le conceda los *firmanes* que obtienen el yacimiento de Tello para Francia. En 1880-1881 dirige la tercera y cuarta campañas y saca del tell A toda la colección de grandes estatuas del patesi Gudea y varios fragmentos de la estela de los Buitres, primeros ejemplos del arte prebabilónico. Estas antigüedades llegan a Francia en mayo de 1881 y son adquiridas por el Louvre gracias a un crédito de 130.000 francos, votado por la Cámara a propuesta de Jules Ferry, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, que está decidido a apoyar las investigaciones en Oriente Próximo, al considerarlas un modo de penetración colonial en un territorio que se disputan las grandes potencias europeas.

El descubrimiento de E. de Sarzec se anuncia oficialmente en la Academia de Inscripciones el 29 de julio de 1881 y adquiere tal importancia que el 20 de agosto del mismo año se crea una sección de antigüedades orientales dentro del Departamento de Antigüedades del Louvre. L. Heuzey es nombrado conservador de la misma y, en adelante, se dedica al estudio de las antigüedades de Tello en estrecha colaboración con E. de Sarzec y con su sucesor en el yacimiento, el capitán Cros.[237]

Con la organización de las investigaciones en Tello se repite el reparto de Jorsabad entre el arqueólogo de campo, que dirige las excavaciones en el yacimiento, y el científico, que interpreta los resultados. El campo de trabajo de Tello cierra un periodo en el que las excavaciones en Oriente Próximo las realizan miembros del cuerpo diplomático, carentes de cualificación arqueológica. En 1883, de Sarzec es nombrado cónsul en Bagdad,

---

237 E. de Sarzec y L. Heuzey, *Découvertes en Chaldée*, 2 vols., París, 1884-1912; *Une villa royale chaldéenne environ 4000 ans avant notre ère, d'après les levés et les notes de M. de Sarzec*, París, 1900; *Catalogue des antiquités chaldéennes*, París, 1902; con G. de Sarzec, *Découvertes en Chaldée*, París, 1906; con F. Thureau-Dangin, *Nouvelles fouilles de Tello*, París, 1914.

y recibe una misión científica oficial. Sin embargo, los trabajos de Tello no pueden retomarse hasta 1888. Durante las campañas de 1888-1890 se hallan nuevos fragmentos de la estela de los Buitres y la vasija de plata de Entemena, que el propio L. Heuzey limpia de la ganga que la rodea para descubrir la extraordinaria decoración tallada.

Heuzey aplica a los monumentos de Tello este método de «auscultación paciente» que le permite completar los resultados obtenidos por los epigrafistas y demostrar que «la arqueología conseguía unas conclusiones tan precisas, cuando no más precisas que la epigrafía».[238] Fija el marco de una nueva ciencia, recordando la evolución de estilos, desde los toscos bajorrelieves de Ur-Nina hasta las estatuas de Gudea. Reconstruye las fases de la historia caldea a lo largo de diez o doce siglos. Helenista y orientalista a un tiempo, Léon Heuzey es todo un precursor, y Edmond Pottier puede afirmar que, después de él, «el helenista del mañana deberá ser en cierto modo orientalista si no quiere ignorar la mitad de su oficio».[239]

Si bien las excavaciones francesas de Tello, desde el punto de vista de las técnicas empleadas, traslucían un retroceso respecto de los trabajos de Victor Place, son innovadoras en el sentido de que se desarrollan durante un largo periodo, en el cual se hace todo lo posible para sacar el mayor provecho científico de los trabajos. En el estudio de los descubrimientos trabaja un verdadero equipo de eruditos: el arqueólogo L. Heuzey y los epigrafistas Asmiaud y F. Thureau-Dangin, dirigidos por J. Oppert. «Tello marca una fecha capital en el progreso del orientalismo»,[240] ya que el III milenio, hasta entonces totalmente desconocido, se revela a través de los objetos y los textos.

El descubrimiento de los sumerios de Tello atrae a otras naciones a esta región del sur de Mesopotamia: es el caso del alemán Ernst Schrader que acude, al igual que Robert Koldewey (1855-1925), enviado por los museos reales prusianos para excavar en 1886 dos tells situados al este de Tello. Por otra parte, Estados Unidos, país en que los descubrimientos de Layard despertaron un gran interés por el orientalismo, monta la Wolf Expedition en 1884-1885 y le encarga la prospección metódica de los

238 L. Heuzey, *Catalogue des antiquités chaldéennes*, París, 1902.
239 E. Pottier, «Souvenirs d'un collaborateur», *Revue archéologique*, 1922.
240 A. Parrot, *op. cit.*, p. 135.

yacimientos entre Bagdad y Muqalla. Los trabajos de excavación en el yacimiento de Nippur no empiezan hasta 1888, bajo la dirección de Peters, y la misión se saldará con un desastre y la huida de los miembros expulsados por las tribus hostiles. En 1890 se organiza una segunda campaña, pero Peters, que trabaja sin arquitecto ni asiriólogo, practica los métodos de Rassam, no presta ninguna atención a la arquitectura y es incapaz de juzgar la importancia de las tablillas que recoge.

Mientras que E. de Sarzec hace renacer la arqueología francesa en Mesopotamia, las misiones de Marcel y Jane Dieulafoy en Susa inauguran las investigaciones en Irán.[241] Preocupado por el origen de la bóveda, Marcel Dieulafoy (1844-1920) decide acudir a Persia, con su mujer Jane,[242] para tratar de resolver esta cuestión arquitectónica.

Tras un primer viaje de exploración que les lleva en 1881-1882 de Teherán a Chiraz, pasando por Persépolis y Susa, y habiendo entrado en contacto a través de Viollet-le-Duc con Louis de Ronchaud, director de los Museos Nacionales, los Dieulafoy obtienen un crédito de 30.000 francos para excavar en Susa. Antes que ellos, sir Henry Layard visitó el yacimiento y sir William K. Loftus realizó sondeos, en 1851 y 1853.

Marcel y Jane Dieulafoy, acompañados de un ingeniero de la Escuela de Caminos, Babin, y de un alumno de la Escuela Normal Superior, Houssaye, llegan a Susa en 1884 y realizan, hasta 1886, dos campañas de excavaciones. Limpian el palacio de Darío y descubren los famosos frisos de los Arqueros y de los Leones, que enriquecen las colecciones orientales del Louvre y muestran el arte de la porcelana de la época aqueménida.[243] El campo de trabajo de Susa, retomado en 1897 por Jacques de Morgan,

---

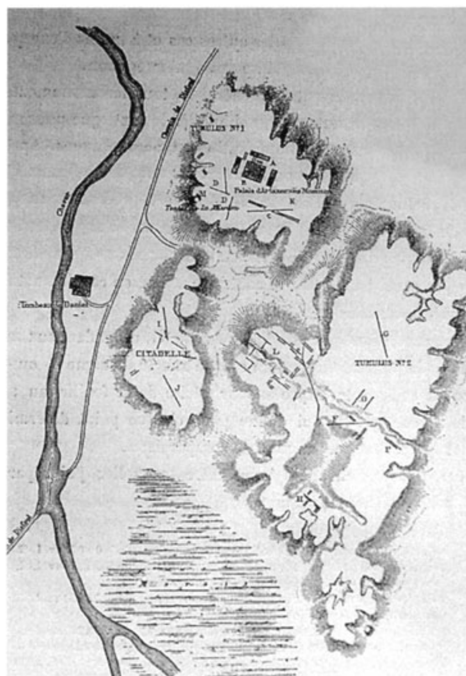
241 È. y J. Gran-Aymerich, *Jane Dieulafoy. Une vie d'homme*, París, Perrin, 1991; *La Cité royale de Suse*, edición francesa del catálogo de la exposición de Nueva York en 1992, revisada por A. Caubet, París, 1994.

242 Jane Dieulafoy, de soltera Magre (1851-1916). Participa con Marcel, su marido, en la guerra de 1870 y en la exploración de Persia; desempeña un papel de primera línea en las primeras excavaciones francesas en el yacimiento de Susa y la restauración-presentación de los muros aqueménidas en ladrillo esmaltado en el Museo del Louvre. Relata la exploración de Persia y las excavaciones en Susa: *La Perse, La Chaldée, la Susiane, relation de voyage*, París, Hachette, 1887; *A Suse, Journal des fouilles, 1884-1886*, París, Hachette, 1888 (estas dos obras fueron reeditadas en tres volúmenes por Éditions Phébus, 1989).

243 M. Dieulafoy, *L'Art antique de la Perse. Achéménides, Parthes, Sassanides*, 5 vols., París, 1884; *L'Acropole de Suse après les fouilles en 1884, 1885, 1886, sous les auspices du Musée du Louvre*, París, 1893.



111. E. de Sarzec y su séquito en Tello, *Découvertes en Chaldée par E. de Sarzec, publié par les soins de Léon Heuzey*, París, Ernest Leroux éditeur, 1884-1912, lám. 63. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.




112. Misión J. y M. Dieulafoy en Susa (Persia, 1884-1886). Plano trazado por C. Babin.

director de la delegación arqueológica francesa en Persia,[244] se convertirá en el campo de trabajo europeo más importante de Oriente Próximo y también el más duradero, ya que se mantiene hasta 1979, cuando se suspendió toda la actividad arqueológica extranjera en Irán.

### 5.3.6. España

Hemos visto que en el Mediterráneo oriental, en lugares como Tello, Troya y Micenas, se anuncia la extraordinaria regresión temporal que permite intuir los orígenes de la civilización y las relaciones e influencias ejercidas por las distintas sociedades. Mientras, en Occidente, España se revela como una tierra de descubrimientos absolutamente extraordinarios. Al igual que en la Europa septentrional, la prehistoria se reconoce a partir de 1860, fecha en la que Édouard Lartet visita los pedregales del Manzanares, en San Isidro, en compañía de Casiano de Prado.[245] Durante esta visita, se descubren unos sílex tallados que supusieron en España «el punto de partida de todos los demás descubrimientos y tuvieron una gran resonancia en Europa».[246] En 1867, año en que la prehistoria abre la exposición de la Galería de la Historia del Trabajo, en la Exposición Universal del París, España envía una delegación dirigida por Amalio Maestre y presenta unos objetos que ilustran el cuaternario de San Isidro. En el segundo congreso internacional de antropología y arqueología prehistórica, que se celebra en París a la vez que la Exposición Universal, Juan Vilanova y Piera (1821-1893), profesor de geología y paleontología en Madrid y amigo de Lartet, presenta la geología de la provincia de Valencia. En 1869, este gran prehistoriador español expone en Copenhague la estratigrafía del yacimiento de San Isidro y publica en 1872 la primera síntesis sobre la prehistoria española.

---

244 È. y J. Gran-Aymerich, «Jacques de Morgan», *Archéologia*, n.º 187, febr. de1984, pp. 79-82; N. Chevalier (dir.), *Une mission en Perse. 1897-1913*, París, Les dossiers du musée du Louvre, 1997. A. Jaunay, *Mémoires de Jacques de Morgan, 1857-1924*, París, L'Harmattan, 1997.

245 Casiano de Prado y Vallo (1797-1866): uno de los introductores de la investigación geológica moderna en España y de los estudios prehistóricos y antropológicos. Cf. J. Pérez de Barradas, «El descubridor del hombre fósil en España. D. Casiano de Prado y Vallo», *Investigación y Progreso*, 1, 1928, pp. 1-4.

246 Édouard Lartet (1801-1871): fundador de la paleontología humana. É. Lartet y E. de Verneuil, «Note sur le silex trouvé dans le diluvium des environs de Madrid», *Bulletin de la Société géologique de France*, 1.ª serie, t. 20, 1862, p. 698.



113. Cerro de los Santos (España), una de las estatuas estudiadas por Léon Heuzey. Se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Según el *Bulletin de correspondance hellénique*, t. XV, 1891. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

En la Exposición Universal de París, en 1878, España, representada por Tubino, transporta todo «un museo prehistórico» y muestra Altamira.[247] Se desata una polémica sobre la autenticidad del arte rupestre preshistórico y uno de los incrédulos es Émile Cartailhac. En 1881 viaja con Édouard Harlé a Santillana del Mar, donde realiza «un estudio más atento, menos superficial de la cueva de Altamira»,[248] tras el cual publica su *Mea culpa d'un sceptique*[249] y reconoce la autenticidad de las pinturas. É. Cartailhac va a España en 1880-1881 con dos misiones. Allí descubre «la tierra prometida de los prehistoriadores» y publica la primera síntesis francesa sobre la prehistoria en España y Portugal: *Les Âges prehistoriques de l'Espagne et du Portugal*.

Tal como sucede en Francia, el descubrimiento de la prehistoria en España viene acompañado del descubrimiento de la protohistoria: los trabajos de los hermanos Louis y Henri Siret en las cuevas de Almanzora y en las provincias de Almería, Granada y Murcia, desvelan un gran conjunto de la protohistoria europea y sobre todo una de las culturas más importantes de la Edad de Bronce, la civilización de El Argar.[250]

Las investigaciones sobre arqueología prerromana en España confirman la red de relaciones que se estableció entre civilizaciones occidentales y orientales y que dejan entrever los futuros descubrimientos de Etruria, Grecia, Rodas, Chipre, Egipto y Oriente Próximo.

En Cerro de los Santos (Albacete) surgió la revelación de una poderosa civilización prerromana, donde en 1831 se hallaron las primeras estatuas de una factura absolutamente inédita, que Juan de la Rada y Delgado (1827-1901), catedrático de arqueología y numismática de la Escuela Diplomática, presentó a la Academia de Historia de Madrid en 1871. Con motivo de la Exposición Universal de 1878, L. Heuzey pudo ver algunas figuras y sus moldes del «museo español».[251] A. de Longpérier las conside-

---

247 G. Cotteau, *Les Sciences anthropologiques à l'Exposition universelle de Paris de 1878*, París, 1878.

248 E. Cartailhac, *Les Âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, París, 1886.

249 *L'Anthropologie*, 1902.

250 Louis Siret (1860-1934): industrial y arqueólogo belga afincado en España. Su hermano Henri, ingeniero, trabaja con él a partir de 1880 en las minas de Almería y colabora en sus trabajos arqueológicos.

251 G. Cotteau, *Les Oeuvres anthropologiques à l'Exposition universelle de Paris de 1878, op. cit.*

raba falsas, pero L. Heuzey intuye a través de ellas la existencia de un arte específicamente ibero, que recibe a la vez la influencia de fenicios y griegos. Para asegurarse, Heuzey viaja a Madrid, examina los objetos y confirma ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras su autenticidad.[252] Heuzey añadía un nuevo capítulo a la historia del arte antiguo: el arte ibero. Así pues, envía a España a Arthur Engel y Pierre Paris, extendiendo hacia Occidente las investigaciones arqueológicas francesas.

La arqueología, clásica y oriental, prehistórica y protohistórica, emprende desde 1860 el camino de la ciencia y experimenta grandes avances que le llevan a hacerse un hueco en la Universidad, gracias a la reforma profunda que realiza la III República justo después de la guerra francoprusiana.

La «arqueología científica» se manifiesta en el estudio de los objetos, vasijas pintadas o sin ornamentación, estatuas y figuras de barro cocido, aplicando los principios de observación rigurosa a todas las clases de vestigios, sin excluir ninguno, ni tan siquiera los más modestos. La arqueología, «ciencia de los objetos» resultante de la que «inventaron» B. de Montfaucon y el conde de Caylus, se afirma también en el último cuarto del siglo XIX como una «ciencia de los yacimientos y monumentos», que estudia atentamente, con el fin de comprender el conjunto que forman, a través de los métodos de excavación sistemática que hacen su aparición en los grandes campos de trabajo alemanes de Grecia y que Flinders Petrie introduce en Egipto.

Poco a poco, los arqueólogos demuestran la fiabilidad de las conclusiones que esta arqueología puede extraer para afirmar hechos históricos con tanta, e incluso más precisión que la epigrafía, como asegura Léon Heuzey. Asociada a la filología y a la epigrafía, la arqueología en su sentido clásico, pero también en el sentido en que se aplica a la prehistoria y la protohistoria, sirve de apoyo a la historia de los orígenes tal como la concibe Camille Jullian, por ejemplo.

---

252 L. Heuzey, «Statues espagnoles de style gréco-phénicien», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1890, p. 125 ss.; «À propos des statues du Cerro de los Santos», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1897.

Los descubrimientos de Heinrich Schliemann en Troya y Micenas, y los de Ernest de Sarzec en Tello, muestran que la arqueología puede restituir ella sola las civilizaciones de las que la historia no conserva sino un fugaz recuerdo. La arqueología se desliga de la filología e impone unos criterios y valores específicos, que se apoyan en la «cultura material».

En el momento en que la arqueología prehistórica sale victoriosa en Europa de la larga batalla que inició a principios de siglo sobre la alta antigüedad del hombre, los descubrimientos que tienen lugar desde España hasta Oriente Próximo, pasando por Grecia y Egipto, modifican sustancialmente la visión del mundo antiguo y contribuyen a echar por tierra los argumentos de los irreductibles. La arqueología prehistórica, que es la única «proveedora de la historia» en lo que a los «tiempos primitivos» se refiere, según la atinada fórmula de Georges Perrot, ejerce en este final del siglo XIX una gran influencia sobre la arqueología clásica y oriental, que toma de ella varios métodos. Asimismo, el mundo antiguo, que para los eruditos de principios del siglo XIX lo conformaban prácticamente Grecia y Roma solas, se amplía considerablemente, y las distintas civilizaciones que lo componen, y que la arqueología permitió descubrir, presentan una cohesión insospechable antes de 1850: a finales de siglo, un helenista como Léon Heuzey se hace orientalista para entender los orígenes y la formación de la civilización griega, y escruta toda la cuenca mediterránea, desde la Baja Mesopotamia hasta España, con el fin de descubrir las relaciones e influencias recíprocas entre Oriente y Occidente.

Las escuelas francesas muestran la misma preocupación y trabajan afanosamente en los países bañados por el Mediterráneo, desde Atenas hasta Roma. Desde Argel hasta Jerusalén y Bagdad, se reclama la fundación de «misiones permanentes» que permitan la actividad continua de especialistas formados y dotados de medios.

La prehistoria, que se reconoce oficialmente en 1867 durante la Exposición Universal de París y la inauguración del Museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye, progresa desde el norte de Europa hasta la Europa mediterránea y Oriente. En principio se considera una ciencia relacionada con la geología, pero poco a poco conquista a los arqueólogos clásicos y orientalistas, a quienes los descubrimientos de la protohistoria griega, itálica, ibera y de la prehistoria de Egipto y Persia convencen de la continuidad entre prehistoria e historia.

Alexandre Bertrand y Camille Jullian anuncian este movimiento de integración de la prehistoria y la sitúan en los orígenes de la historia nacional. A través de la arqueología prehistórica, completamente desvinculada de la filología por su objeto, se impone una arqueología científica, cuyos métodos de estudio de objetos y monumentos se inspiran en los métodos filológicos, pero que se toman de la arqueología prehistórica para estudiar los yacimientos. La distancia entre «geólogos prehistoriadores» y «arqueólogos historiadores» se reduce, pero A. Bertrand sigue distinguiéndolos radicalmente en 1880. Los vestigios de la prehistoria, incluidos ya en las colecciones del Museo de Antigüedades Nacionales, son definitivamente admitidos «en el umbral de la historia francesa» (*Au seuil de notre histoire*) por Camille Jullian, que los introduce en los prolegómenos de su curso del Colegio de Francia, en 1905.[253] La arqueología moderna ya asoma.

253 Primera cátedra de historia y antigüedades nacionales, en el Colegio de Francia.

*This page intentionally left blank*

# TERCERA PARTE
# LA ARQUEOLOGÍA MODERNA
# (1885-1945)

*This page intentionally left blank*

# 6. LA ARQUEOLOGÍA CLÁSICA Y LA PREHISTORIA DE ORIENTE (1885-1918)

La arqueología, que a finales del siglo XVII se había definido como «ciencia de los objetos y los monumentos», en 1885 se ha dotado ya de unos métodos y principios rigurosos y se ha llevado a suelo griego y egipcio, donde las instituciones creadas por las grandes naciones europeas organizan campos de trabajo para la exploración de yacimientos importantes, de acuerdo con los métodos científicos inspirados por los arquitectos.

En Francia, la reforma profunda de la Universidad favorece a la arqueología, ya que le procura una serie de cátedras y persigue la creación de «misiones permanentes» en el extranjero, de modo que ha recibido un impulso decisivo e irreversible. Este movimiento perdurará hasta 1939, para culminar con la creación del CNRS; pero, desde finales del siglo XIX, se dan a la vez las condiciones necesarias para el desarrollo de la arqueología: de la formación de los arqueólogos se ocupan las facultades, la Escuela Superior de Magisterio y las escuelas de aplicación, la Escuela Práctica de Estudios Superiores, la Escuela del Louvre y el Colegio de Francia. Aunque se lamenta la falta de preparación de los jóvenes miembros a su llegada a las escuelas francesas de arqueología implantadas en Atenas, Roma o El Cairo, se establece una red que corrige las carencias de la arqueología francesa respecto de la ciencia alemana hasta 1875.

Tras la implantación de instituciones patrimoniales en Argelia y Túnez y la creación de las escuelas de Roma y El Cairo, la arqueología francesa adquiere representación en toda la cuenca mediterránea hasta Oriente Próximo, con las excavaciones de Tello; si bien la Escuela de El

Cairo no puede desempeñar la función que en un principio se le asignaba para la coordinación de las investigaciones desde Egipto hasta Siria, que incluían a Palestina y Mesopotamia, la Escuela Bíblica de Jerusalén, creada en 1890, contribuye al desarrollo de estas regiones gracias al interés que demuestra por la arqueología. El «déficit» de las instituciones implantadas en Oriente Próximo se verá compensado después de 1918 con la implantación de nuevas «misiones permanentes» en Jerusalén, Constantinopla, Bagdad y Beirut.

Los patrocinadores de la arqueología se vuelven aún más activos y se diversifican: a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y al Ministerio de Instrucción Pública se suman el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Museo del Louvre, cuyo papel ya no es sólo la conservación de monumentos sino también la formación del público y de los futuros arqueólogos y conservadores y la organización de misiones sobre el terreno.

La arqueología, a finales del siglo XIX, se convierte en una actividad que se ejerce en los yacimientos. Se trata de exhumarlos facilitando la comprensión y organización en el lugar que ocupan en la sociedad de que son fruto y en la historia. Estas exigencias suponen la utilización de métodos específicamente arqueológicos que se introducen en los primeros grandes campos de trabajo abiertos en Grecia, Samotracia y Olimpia.

Para favorecer el gran movimiento de descubrimiento de la prehistoria en Grecia y en Oriente, la arqueología prehistórica, reconocida oficialmente poco antes de 1870, ejerce una influencia decisiva en los métodos aplicados en arqueología clásica u oriental. Se demuestra la validez de las clasificaciones tipológicas de los objetos, incluso los más modestos, que se copian escrupulosamente en su contexto durante una excavación minuciosa, donde se tienen en cuenta todos los indicios.

Se elabora un nuevo «discurso del método» que, esbozado por los promotores de la ceramología y la epigrafía «científicas», enuncia las bases de una arqueología que se lleva a cabo tanto en los yacimientos como en el gabinete del erudito: el arqueólogo, que hasta entonces se identificaba con el científico, que delegaba los trabajos de excavación en un hombre de terreno reservándose la parte de interpretación de los descubrimientos, recorre desde ahora toda la cadena de trabajos arqueológicos y encarna la fusión del hombre de terreno y el científico.

La arqueología, que se ejerce sobre unos periodos que la filología no contribuye en absoluto a desvelar, demuestra la validez de su labor y de su método y se convierte en una disciplina cada vez más autónoma cuyos lazos con la filología y la historia se hicieron más complejos en las primeras décadas del siglo XX.

Al establecer el parentesco entre Europa y Oriente, las revelaciones de las civilizaciones prehistóricas y protohistóricas de Grecia y Oriente Próximo plantean una serie de cuestiones a las que la arqueología no puede responder totalmente por sí sola. La arqueología ha pasado a ser una «ciencia» por sus métodos, pero una ciencia insegura, como la propia historia.

## 6.1. Los descubrimientos prehistóricos del Oriente helénico y sus consecuencias

Desde 1867, año de la Exposición Universal de París y de la inauguración del Museo de Antigüedades Nacionales en Saint-Germain-en-Laye, la prehistoria hace su entrada en la historia nacional francesa con los trabajos de A. Bertrand y C. Jullian. El primero toma el mando de la *Revue archéologique* en 1857 y atrae la atención de sus lectores «sobre los trabajos de las sociedades arqueológicas del Norte [de Europa]»,[1] abriendo esta revista a los trabajos de quienes designa como «geólogos prehistoriadores», Édouard Lartet y Henry Christy, por ejemplo.[2] A. Bertrand crea por otra parte la «arqueología histórica», es decir, la protohistoria, y se remonta a *La Gaule avant les Gaulois*[3] con sus clases de la Escuela del Louvre y las que imparte frente a las colecciones del Museo de Antigüedades Nacionales.

Salomon Reinach, antiguo miembro de la Escuela Francesa de Atenas al igual que su antecesor A. Bertrand, colabora con él en el museo de Saint-Germain-en-Laye, antes de convertirse en su conservador y presta el mismo interés a la arqueología escandinava y a la prehistoria. Traduce al

1 A. Bertrand, «Antiquités scandinaves», *Revue archéologique*, 1857, pp. 170-172.

2 Publican en 1864 el primer artículo general sobre arte paleolítico, «Sur des figures d'animaux gravées ou sculptées et autres produits d'art et d'industrie imputables aux temps primordiaux de la période humaine», *Revue archéologique*, 1864, I, pp. 233-267.

3 A. Bertrand, *La Gaule avant les Gaulois*, París, 1884, 2.ª edición 1891.

francés la obra de O. Montelius, *Les Temps préhistoriques en Suède*,[4] y concede especial atención a todos los trabajos de este prehistoriador sueco. Entrega a la *Revue archéologique* y a *L'Anthropologie* gran cantidad de artículos sobre la prehistoria,[5] redacta el *Catalogue du Musée des antiquités nationales*[6] y emprende el *Répertoire de l'art quaternaire*.[7]

Los descubrimientos de Hallstatt y de La Tène, así como el de la prehistoria en Italia,[8] muestran la cohesión europea en épocas prehistóricas y protohistóricas. Es en ese momento cuando se averigua que los galos son celtas y forman parte de una civilización que ocupó gran parte de Europa. A. Bertrand y S. Reinach llevan su estudio más allá de las fronteras galas y publican su obra *Les Celtes dans les vallées du Pô et du Danube*.[9]

Mientras que algunos arqueólogos formados en las disciplinas clásicas, dedican gran parte de sus trabajos a la prehistoria europea, en Grecia, Egipto y Oriente Próximo se anuncia un retroceso en el tiempo que llevará a la revelación de las edades más antiguas, poniendo de manifiesto la unidad del mundo mediterráneo y los estrechos lazos que mantiene con Europa.

Hasta 1918, la arqueología clásica —en Grecia, Italia y el norte de África— y la egiptología disfrutan de la mayor parte de los medios en cuanto a instituciones, trabajadores y créditos, mientras que la arqueología en Oriente Próximo todavía se desarrolla de la mano de diplomáticos y no existe ningún tipo de asociación que emprenda las investigaciones. Antes de que se amplíen en Oriente Próximo los trabajos que permitirán reconocer la antigüedad más lejana de esta región, en Grecia la prehistoria se desvela de repente, echando abajo todos los conocimientos.

Desde principios del siglo XIX, se descubrieron los indicios de la prehistoria egea: en 1826, Feedler, geólogo alemán, es el primero en publicar

---

4 Oscar Montelius (1843-1921). *Les Temps préhistoriques en Suède et dans les autres pays scandinaves* se publicó en Suecia en 1873 y, traducido por S. Reinach, en francés en 1895.

5 Artículos de informes de obras, *Revue archéologique*, 1899, 1903, 1909; «L'Art et la magie», *L'Anthropologie*, 1903, p. 257.

6 S. Reinach, *Description sommaire du musée de Saint-Germain-en-Laye*, París, 1889.

7 Ídem, *Répertoire de l'art quaternaire*, París, 1913.

8 Gracias a los trabajos de G. de Mortillet, L. Pigorini y P. Strobel; cf., en especial, A. Guidi, *Storia della paletnologia*, Roma-Bari, Editori Laterza, 1988, espte. p. 52 ss.

9 A. Bertrand y S. Reinach, *Les Celtes dans les vallées du Pô et du Danube*, París, 1891, 2.ª ed., 1894.



114. Salomon Reinach (1858-1932).

115. Serie A de fíbulas de Italia septentrional, publicadas por O. Montelius, uno de los iniciadores de la tipología. O. Montelius, *La Civilisation primitive en Italie depuis l'introduction des métaux*, primera parte, Estocolmo, Imprimerie royale, 1895, lám. 1.



las tumbas prehistóricas localizadas en las Cícladas.[10] Por otra parte, antes de los descubrimientos de H. Schliemann, se multiplicaron los hallazgos: en 1862, en las tumbas de Siros exploradas por el griego Pappadopoulos; en 1866, en las necrópolis de Rodas exploradas por los cónsules Salzmann y Biliotti; y por último en Chipre, durante los trabajos de Luigi di Cesnola.

La cerámica recogida por Alfred Fouqué, y más tarde por Henri Gorceix y Henri Mamet en Santorín, fue estudiada por A. Dumont, que supo ver tanto su antigüedad como su relevancia; el futuro director de la Escuela de Atenas manifestó su interés por la prehistoria griega a través de la publicación de la colección de G. Finlay, publicada en la revista de Gabriel de Mortillet, *Matériaux*, en 1872.[11] El prehistoriador alemán R. Virchow, que aportará su contribución a las excavaciones de Schliemann en Hissarlik en 1879, estudia también los objetos que muestran la prehistoria griega.[12] G. Perrot utilizará estos dos estudios para recomponer el cuadro de la Edad de Piedra en el volumen de su *Histoire de l'art* dedicado a la Grecia primitiva.[13]

Después de J. J. Winckelmann, las investigaciones de los especialistas en Grecia permitieron ir recomponiendo poco a poco la formación y la evolución del arte, remontándose desde el periodo clásico hasta el periodo arcaico, pero en 1871 los trabajos que inicia H. Schliemann en Hissarlik provocan un salto prodigioso a la civilización que describió Homero e incluso más lejos, sin ni siquiera saberlo el propio autor de la excavación. Desde este momento, ya no se puede abordar la historia del arte griego sin tener en cuenta los testimonios más antiguos de la actividad humana en este suelo en el que ocurrió el «milagro» que fascinó a E. Renan.

10 Cf. Glyn Daniel, *One Hundred and Fifty Years of Archaeology, op. cit.*, pp. 136-142.

11 A. Dumont, «La collection préhistorique de G. Finlay à Athènes», *Matériaux pour servir à l'histoire de l'homme*, mayo de 1872: ídem, en *Mélanges d'archéologie et d'épigraphie*, París, 1892. Cf. R. Treuil, «L'École française d'Athènes et la préhistoire/protohistoire du monde égéen», *Bulletin de correspondance hellénique*, 120, número especial «Cent cinquantenaire», p. 408.

12 Rudolf Virchow (1821-1902): médico, antropólogo y prehistoriador. Cf. en especial «Über altgriechischen Funde», *Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie*, 1873.

13 G. Perrot y C. Chipiez, *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, t. VI, *La Grèce primitive, l'art mycénien*, París, 1894.

Así, G. Perrot se sumerge en los orígenes examinando los textos, en este caso los poemas homéricos, y los «monumentos de la plástica». Los descubrimientos de Schliemann en Troya y en Micenas, Tirinto y Orcómeno[14] consagran la arqueología y «sus métodos de análisis y comparación»,[15] cada vez más precisos, que aclaran los textos homéricos: «Con cada nueva excavación, en que la zanja alcanza las capas profundas de las tierras de aluvión antiguas, se fundamentan y ordenan nuevas series en nuestros museos y cada una de ellas permite a su vez interpretar tal pasaje o tal otro, que hasta este momento se había interpretado mal o era ininteligible».[16]

G. Perrot, helenista formado en la escuela clásica, acoge los progresos de la arqueología, la asocia a la filología y comparte con A. Bertrand la concepción de una «arqueología histórica», que no puede ir más allá del amparo de los textos. G. Perrot reconoce que para un arqueólogo clásico es difícil «admitir que hayan tenido algo en común los salvajes del mar Egeo y el pueblo que construyó el Partenón. Pero hay que rendirse ante la evidencia», que es la que presentan las excavaciones de Schliemann, que dieron a «la historia de la raza griega… varios siglos de segundo plano».[17]

De hecho, por muy criticables que sean los métodos empleados por Schliemann, hay que reconocerlo como el fundador de la arqueología prehistórica helénica, el primero que reveló la civilización micénica de Grecia y la civilización premicénica de Anatolia. Es además el primero que excava un «tell» y sus trabajos de Hissarlik son el preludio de los que se desarrollarán a partir de 1890 en Oriente Próximo. Aunque G. Perrot critica la confusión de los vestigios «amontonados por capas sin un nivel horizontal constante que a menudo se intercalaban unas con otras y entre las cuales era fácil perderse»,[18] también es cierto que al distinguir en Troya

---

14 H. Schliemann excava en Hissarlik de 1871 a 1873, en Micenas de 1874 a 1876, de nuevo en Hissarlik con Virchow y Burnouf en 1879, en Orcómeno, en 1880, en Tirinto en 1884-1885, en Hissarlik con W. Dörpfeld en 1882-1883 y 1889-1890. *Atlas trojanische Altenthümer-Bericht über die Ausgrabungen von Troja*, Leipzig, 1874; *Bericht über die Ausgrabungen von Troja*, Leipzig, 1890; *Mykenae. Bericht über meine Forschungen und Entdeckungen in Mykenae und Tyrins*, Leipzig, 1878.

15 G. Perrot y C. Chipiez, *op. cit.*, p. 10.

16 *Ibidem, loc. cit.*

17 *Ibidem,* p. 14.

18 *Ibidem,* p. 165.

siete niveles de ocupación, Schliemann protagoniza uno de los mejores momentos de la excavación estratigráfica.

Cuando a partir de 1882 Schliemann busque la ayuda de Wilhelm Dörpfeld,[19] quien puso en práctica en Olimpia una arqueología de terreno con base científica, la demostración vendrá dada por las posibilidades que ofrecen las excavaciones para reconstruir la historia antigua. Con la publicación en 1902 de su *Troja und Ilion*, W. Dörpfeld establece con certeza la cronología de Troya y constituye la referencia obligada durante los treinta primeros años del siglo XX.

Los trabajos de Schliemann en Grecia y Anatolia dan lugar a una serie de investigaciones del mismo tipo en Egipto y Oriente Próximo, donde aún no se conocen civilizaciones carentes de escritura. Las investigaciones de Schliemann y Dörpfeld, que revelan dos civilizaciones desconocidas, plantean el problema de su origen, su relación y su fecha y preceden a los trabajos de varias generaciones de arqueólogos en la cuenca oriental del Mediterráneo.

A. Dumont reconoce la cerámica de Santorín como una producción micénica y la sitúa en una cronología relativa entre las de Hissarlik-Troya y las de Yalisos en Rodas. Ve estas vasijas como «el resultado de una larga práctica» y la expresión de «una época de decadencia de una población antigua, comerciante e industrial».[20] Adolf Furtwängler y Georg Loeschke estudian las vasijas micénicas[21] y también tienen la impresión de que debió de existir una civilización más antigua de la que dan fe los descubrimientos de las Cícladas y de Chipre. De hecho, F. Dümmler que excava en las necrópolis de Amorgos en 1886, y Bent, en las tumbas de Antiparos y Siros respectivamente, encuentran una cerámica similar a la de Troya II que proviene de una civilización premicénica.

Las investigaciones de D. Mackenzie (1869-1954), G. Edgar y J. L. Myres (1869-1954) en las Cícladas finalizan con la identificación de tres tipos distintos de cerámicas y, por consiguiente, de tres periodos diferenciados.

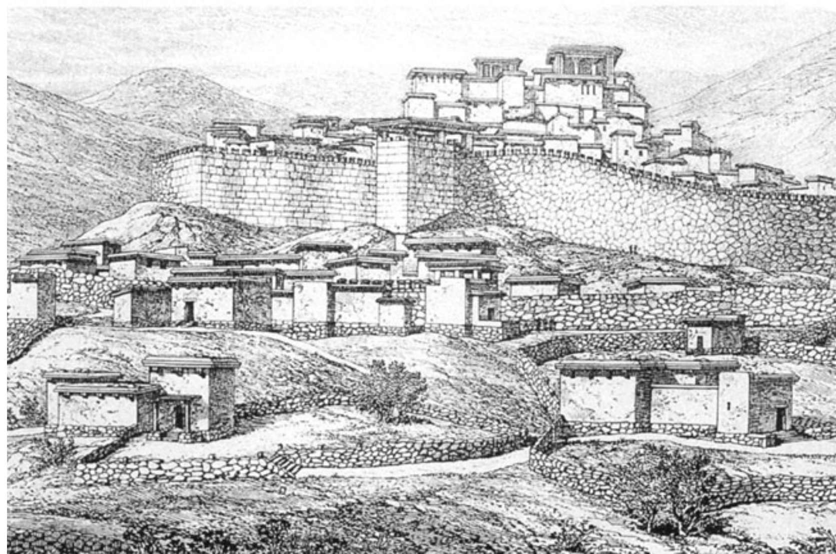
19 Wilhelm Dörpfeld (1853-1940): director del Instituto Arqueológico de Atenas de 1887 a 1912.

20 A. Dumont, *Les Peintures céramiques de la Grèce propre*, París, 1874.

21 A. Furtwängler y G. Loeschke, *Mykenische Thongefässe*, Berlín, 1879; *Mykenische Vasen*, Berlín, 1886.



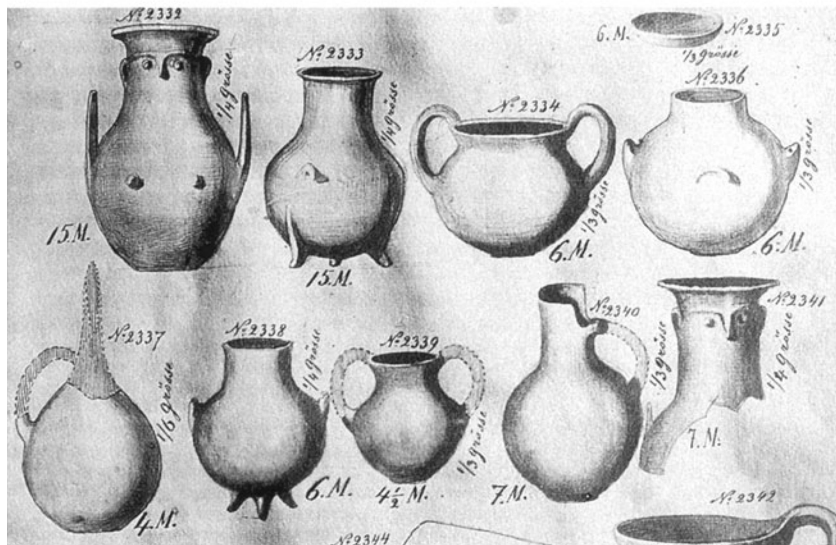
116. Heinrich Schliemann (1822-1890), retrato publicado en la obra de C. Schuchhardt, *Schliemanns Ausgrabungen*, Leipzig, 1891. Biblioteca del Instituto de Francia.



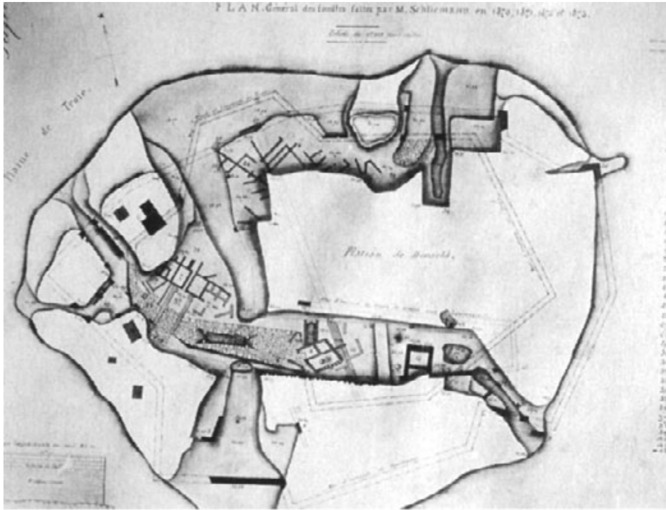
117. Micenas, vista general tomada desde el oeste, restauración de C. Chipiez. G. Perrot y C. Chipiez, *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, t. 6, *La Grèce primitive*, París, 1894. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



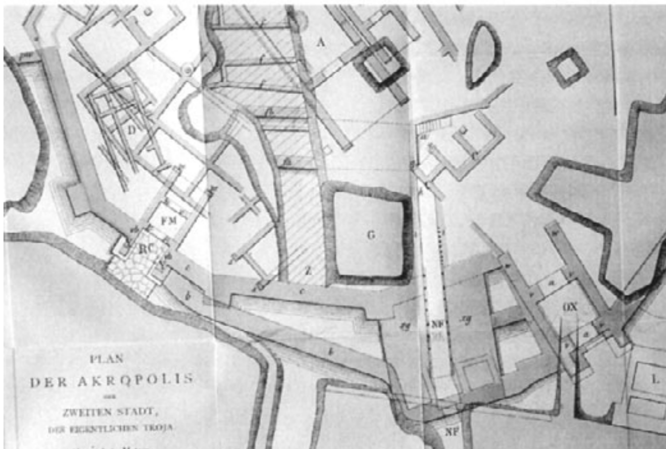
118. Troya (Hissarlik), vista del gran muro de fundación de la «acrópolis de la segunda ciudad», por el lado este. H. Schliemann, *Troja: Results of the latest Researches and Discoveries on the site of Homer's Troy*, Londres, John Murray, 1884, p. 55. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.




119. Lámina de objetos descubiertos en Troya (Hissarlik). H. Schliemann, *Atlas des antiquités troyennes*, Leipzig-París, 1874, lám. 119. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



120. Troya (Hissarlik), plano general de las ruinas. H. Schliemann, *Atlas des antiquités troyennes*, Leipzig-París, 1874, lám. 214. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.




121. Plano de Troya trazado por W. Dörpfeld durante los trabajos que dirigió en el yacimiento para Schliemann: apréciese la diferencia entre el plano de un aficionado y el de un arquitecto arqueólogo. Según C. Schuchhardt, *Schliemanns Ausgrabungen*, Leipzig, 1891. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

La civilización premicénica está localizada en una cronología relativa basada en las excavaciones realizadas en 1894-1895 por la British School de Atenas en Filácope, en la costa oriental de Melos, bajo la dirección de sir Cecil Smith, del British Museum, y de Duncan Mackenzie, futuro colaborador de Arthur Evans en Cnosos. El yacimiento, sometido a una rigurosa excavación estratigráfica, permite definir con precisión una civilización que desde el inicio de las excavaciones de Cnosos recibe el calificativo provisional de «cicládico», redefinido como «cretense» y, más tarde, «minoico».

No se tarda en reconocer la difusión de esta cultura en todo el mundo insular: en Chipre, donde desde 1865 los hermanos L. y A. Palma di Cesnola, ayudados por M. Ohnefalsch-Richter (1850-1917), se afanan en reunir unas maravillosas colecciones de objetos y monumentos, empiezan a realizarse investigaciones arqueológicas a partir de la ocupación inglesa en 1882. Después de Amorgos, las tumbas de Chipre son sondeadas por F. Dümmler, quien reconoce en esta gran isla una civilización de la edad de bronce antigua, comparable a la de Troya II, en la que se mezclan elementos indígenas y micénicos importados. Dümmler define a ciencia cierta las relaciones de Chipre con la instalación más antigua de Hissarlik. Funda «el estudio comparado de los testigos más antiguos de la civilización chipriota».[22]

A partir de 1894, la arqueología inglesa se ejerce en las Cícladas y en Chipre, donde J. L. Myres obtiene la colaboración de M. Ohnefalsch-Richter para poner orden en las colecciones del Museo de Chipre, en Nicosia, y publicar su catálogo.[23] Por otra parte, el British Museum organiza, bajo la dirección de Murray, Smith y Walters, excavaciones en Enkomi y Hala Sultan Tekké (Lárnaca).[24]

Por lo que respecta a los franceses, desde la misión del marqués de Vogüé de 1862 no emprendieron ninguna investigación en esta región del

22 Para el informe de los trabajos de F. Dümmler, publicados en *Mitteilungen des Deutsches Archäologisches Instituts. Athenische Abteilung*, cf. R. Dussaud, «L'île de Chypre», *Revue mensuelle de l'École d'anthropologie*, 1907, pp. 145-175 y 181-212.

23 J. L. Myres y M. Ohnefalsch-Richter, *A Catalogue of the Cyprus Museum*, Oxford, 1899.

24 *Excavations in Cyprus*, Londres, 1900.

Mediterráneo oriental.[25] Los hermanos Tiburce y Georges Colonna-Ceccaldi, el primero cónsul de Francia en Larnaca de 1866 a 1869, recopilaron monumentos y objetos haciendo gala de una gran probidad científica, ajena a las preocupaciones del célebre cónsul americano. Georges «fue [incluso] uno de los primeros verdaderos especialistas en arqueología chipriota»,[26] pero desapareció de manera prematura dejando unas notas recopiladas en un volumen póstumo en 1882.[27] En 1878, M. Beaudoin y E. Pottier, miembros de la Escuela de Atenas, hacen una corta escala en Chipre y deberán pasar veinte años para que otros representantes de la escuela francesa acudan a la isla. De hecho, la misión francesa, dirigida por Théophile Homolle, la acaparaban los trabajos de Grecia y Asia Menor; ahora bien, en Francia S. Reinach, con sus *Chroniques d'Orient*,[28] y G. Perrot, con el tomo III de su *Histoire de l'art*,[29] mantienen informadas a las esferas eruditas sobre las investigaciones en la isla, y en 1896 Paul Perdrizet (1870-1938) y Charles Fossey (1860-1947), miembros de la institución ateniense, emprenden un viaje a Chipre para excavar Lárnaca.[30] Perdrizet se queda solo y explora la isla, recabando inscripciones y objetos para las colecciones del Louvre. El proyecto de las excavaciones francesas en Lárnaca no continúa, y será en 1924 cuando otro miembro de la Escuela de Atenas, Henri Seyrig, ponga el pie en suelo chipriota.

La prehistoria del Oriente helénico que muestran las islas queda probada en la propia Grecia, donde se intensifican las investigaciones a finales de siglo. Los descubrimientos son obra de los arqueólogos alemanes, americanos e ingleses, pero los griegos muestran tanto interés por la pre-

---

25 O. Masson, «Kypriaka X. Archéologues français à Chypre en 1896», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1977, pp. 313-328.

26 A. Caubet, «Les antiquités chypriotes au musée du Louvre», en *Kinyras. Archéologie française à Chypre,* Lyon, 1993, p. 30. Cf. también O. Masson, «Les archéologues voyageurs du XIX[e] siècle», *ibidem*, p. 20.

27 G. Colonna-Ceccaldi, *Monuments antiques de Chypre, de Syrie et d'Égypte*, París, 1882.

28 S. Reinach, «Chroniques d'Orient», apartado relativo a los descubrimientos a partir de 1883, en la *Revue archéologique*; cf. en el volumen de 1891: «Documents sur les fouilles et découvertes dans l'Orient hellénique de 1883 a 1890».

29 G. Perrot y C. Chipiez, *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, t. III, *Phénicie et Chypre*, París, 1885.

30 O. Picard, «Chypre et l'École française d'Athènes», en *Kinyras. Archéologie française à Chypre*, Lyon, 1993.

historia como por la civilización de los Helenos y tienen una participación importante en la exploración. Antes incluso de los trabajos de Schliemann en Micenas y Orcómeno, R. Koehler había descubierto una tumba con cúpula en Menidi, en Ática. A partir de 1880, se exploran muchas tumbas del mismo tipo, como la de Dimini en Tesalia, o la de Vafio, que en 1889 es exhumada por Christos Tsountas para la Sociedad Arqueológica de Atenas.[31]

La prehistoria griega se debe a este gran arqueólogo por los numerosos trabajos que realizó en 1890-1891 en Ática y Mesenia, y muy a finales de siglo en las Cícladas. La Sociedad Arqueológica de Atenas continúa en Micenas los trabajos de Schliemann y allí descubre el primer hábitat de la edad de bronce griega. En Atenas, Panayotis Kavvadias,[32] éforo de las Antigüedades que dirigió la limpieza de Epidauro, se encarga para la Sociedad Arqueológica griega de la exploración metódica y definitiva de la Acrópolis entre 1883 y 1890.[33] Además de la excavación estratigráfica, que llega hasta suelo virgen y permite fijar con certeza la cronología de las cerámicas áticas y remontar la fabricación de vasijas con figuras rojas hasta el último cuarto del siglo VI,[34] se encuentran en la Acrópolis los restos de un palacio parecido a los de Micenas y Tirinto.[35]

Todos estos trabajos reflejan el poder de la civilización micénica no sólo en las islas sino también en Grecia. La cuestión que se plantea es la datación absoluta, que sólo se puede determinar estableciendo, a través de los hallazgos arqueológicos, una relación de sincronía con las civilizaciones históricas cuya cronología es indudable. En 1866 y, por lo tanto, antes incluso de que Schliemann resucitase Micenas, la arqueología proporciona documentos de referencia: Salzmann y Biliotti, durante sus trabajos en

---

31 Christos Tsountas (1857-1934): uno de los mejores arqueológos griegos. Sobre la historia de la Sociedad Arqueológica de Atenas, cf. B. Petrakos, *E en Athinais Archaiologikè Etaireia. E historia tôn 150 chronôn tês. 1837-1987*, Atenas, Sociedad Arqueológica de Atenas, 1987.

32 Panoyotis Kavvadias (1850-1928): descubridor de las *korai* de la Acrópolis y director de Antigüedades de 1885 a 1909.

33 Cf. S. Reinach, «Chroniques d'Orient», *op. cit.*, 1891; G. Perrot y C. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VI, *La Grèce primitive. L'Art mycénien*, París, 1894, p. 13.

34 S. Reinach, «La méthode en archéologie», *Revue du mois*, 1911, t. I, pp. 279-292; ídem, en la obra colectiva, *De la méthode dans les sciences*, París, 1911, t. II, pp. 199-219.

35 C. Tsountas, *The Mycenean Age*, 1897.

Rodas, encontraron en una tumba de Yalisos un escarabajo de Amenofis III relacionado con la cerámica micénica, lo cual indicaba sin lugar a dudas que la tumba no pudo ser construida antes de 1400 a. C. El tesoro de Minos, en Orcómeno, le proporcionó a H. Schliemann en 1886 un fragmento del techo decorado con espirales, flores de loto y rosetas, adorno parecido al de las tumbas egipcias de la época de Amenofis III.[36]

Pero es al egiptólogo Flinders Petrie a quien corresponde el mérito de interpretar estas concordancias, aplicando el método del «cross dating» o doble datación: en 1890 encuentra en una tumba de Gurob, en Egipto, cerámica micénica mezclada con objetos del final de la XVIII dinastía y con cerámica desconocida aún en Grecia, que designa como egea o protoegea. El año siguiente, en Kahun, reconoce el mismo tipo de cerámica en unos vestigios de la XII dinastía.[37]

En 1891, Petrie acude a Micenas con la intención de fechar con precisión los yacimientos de Gurob y Kahun. Recibe la ayuda de Ernest Gardner, uno de sus antiguos alumnos y colaboradores en Egipto, convertido en director de la British School de Atenas.[38] En Micenas, Petrie localiza ejemplos de influencia egipcia y objetos egipcios importados que se remontaban a la XVIII dinastía. Petrie estableció en Egipto y en Grecia dos sincronismos, uno entre los objetos egeos o protogriegos y la XII dinastía, y otro entre el micénico y la XVIII dinastía. Concluyó que la civilización egea se remontaba al año 2500 a. C. y duró hasta 1500-1000 a. C. En cuanto a la civilización micénica, su datación es precisa gracias a las excavaciones del British Museum en Chipre, donde se han encontrado objetos egipcios del final de la XVIII y XIX dinastías, y a las de J. L. Myres en el pueblo cretense de Kamarais, donde descubre la misma cerámica micénica en unos objetos egeos o protogriegos.

En Troya, W. Dörpfeld procede a la «excavación horizontal» de la segunda ciudad que ha desescombrado casi íntegramente, esmerándose en

---

36 G. Daniel, *A Hundred Years of Archaeology, op. cit.*, pp. 136-141.

37 W. M. Flinders Petrie, *Kahun, Gurob et Hawara*, Londres, 1890, p. 40-45; ídem, *Illahun, Kahun et Gurob*, Londres, 1891, pp. 8-11.

38 Ernest Arthur Gardner (1862-1939): arqueólogo inglés, director de la British School of Athens de 1887 a 1895. Cf. A. Macmillan, «A short History of the British School of Athens. 1886-1911», *Annual of the British School of Athens*, 17, 1910-1911, p. IX ss.; H. Waterhouse, *The British School of Athens*, Londres, 1986.

poner los objetos recogidos en relación estratigráfica con los monumentos contemporáneos.[39] Asimismo abre un sondeo hasta suelo virgen y establece la cronología del yacimiento[40] entre 3000 a. C. y 500 d. C.

A finales del siglo XIX, las dos grandes civilizaciones que Schliemann descubrió en Hissarlik y Micenas eran bien conocidas gracias a los trabajos que se multiplicaron a partir de 1870, pero la cuestión de su origen no se ha esclarecido y la respuesta se esperaba encontrar en Creta: «En 1894 [...] los ojos de todos los arqueólogos miraban hacia la gran isla, desde donde se esperaba que llegasen revelaciones decisivas sobre la civilización y la industria llamadas micénicas.»[41]

Ya en 1878, M. Kalokairinos descubrió en Céfalas, yacimiento de Cnosos, cerámicas parecidas a las de Micenas; surgió entonces la idea, impulsada por Schliemann, de que había que buscar en Creta el núcleo de la civilización micénica. La exploración arqueológica de la isla se remontaba a 1835, cuando el inglés R. Pashley, seguido en 1857 de G. Perrot y L. Thenon, miembros ambos de la Escuela Francesa de Atenas, que habían enviado al Louvre el primer fragmento de las leyes de Gortina, comprobaron que «la ciudad más antigua de la Creta antigua [...], Cnosos, no dejó ruinas».[42]

En 1878, otro miembro de la institución francesa, Bernard Haussoullier, cumplía dos misiones en la isla, y una tercera en 1879; fue el primero en señalar en 1880 las vasijas «micénicas» recogidas por M. Kalokairinos en Céfalas y halló además dos nuevos fragmentos de las leyes de Gortina.[43] El año siguiente, W. J. Stillman, diplomático y periodista americano, obtenía la autorización para excavar en Cnosos, donde daba con unos muros inscritos con caracteres extraños y afirmaba que se trataba de unos vestigios del famoso «laberinto». Así, descubrió a la vez la escritura silábica cretense y el palacio «micénico».

---

39 G. Perrot y C. Chipiez, *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, t. VI, 1894, p. 165.
40 W. Dörpfeld, *Troja und Illion*, Berlín, 1902.
41 S. Reinach, *La Crète préhistorique*, París, 1901.
42 G. Perrot, *L'Île de Crète*, París, 1866.
43 B. Haussoullier (1852-1926), «Notice sur des vases archaïques de Cnosse», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1880, t. IV, pp. 124-127; ídem, *Revue archéologique*, 1880, II, p. 359.

El alemán A. Milchhöfer, por su parte, ve los caracteres cretenses como formas de cultura primitiva, lo cual mostraría que Creta bien pudo haber sido el centro de la civilización más antigua del mundo helénico.[44] Sus trabajos tienen gran influencia en Arthur Evans[45] y en el italiano Federico Halbherr, a quien lleva a Creta un deseo de descifrar esta escritura. En 1884, F. Halbherr (1857-1930), acompañado de Paolo Orsi (1859-1935), acude a Creta en un momento en que su país trata de oponerse en el Mediterráneo al poder creciente de Francia, y la isla se convierte en un tablero de juego crucial de esta política.[46] En la margen derecha del Latharcos, que atraviesa Gortina, los italianos limpian los cimientos de un muro circular cubierto de inscripciones: descubrieron el código de Gortina, el conjunto de leyes más antiguo de Europa. Halbherr y Orsi prosiguen sus trabajos y tratan de obtener la concesión para excavar en Cnosos.

Cuando en 1886, Schliemann visita el yacimiento de Cnosos con W. Dörpfeld, obtiene un permiso de las autoridades otomanas para excavar pero no puede llevar a cabo su proyecto. André Joubin (1866-1944), miembro de la Escuela Francesa de Atenas, que en 1891-1892 cumple una misión en Creta, contribuye al mismo proyecto animado por T. Homolle, quien a su vez está convencido de que la isla «es uno de los países que ocultan las ruinas más sorprendentes, las revelaciones más importantes para la arqueología».[47]

Sin embargo, los problemas que estallan precisamente en 1891 y que darán lugar a la insurrección de 1897 impiden que las negociaciones iniciadas finalicen, hasta tal punto que A. Evans, que se encuentra en la isla en 1894, lleva a cabo las negocaciones oportunas para comprar gran parte de los terrenos en 1899 y comenzar la excavación de Cnosos en 1900.

En 1898, Creta se libera de la ocupación turca y se sitúa bajo la responsabilidad del príncipe Jorge, hijo del rey de Grecia, y bajo control de

44 A. Milchhöfer, *Die Anfänge der Kunst in Griechenland*, Leipzig, 1883.

45 A. Evans, *Cretan Pictographs*, Londres, 1894.

46 V. La Rosa (ed.), *L'Archeologia italiana nel Mediterraneo fino alla seconda guerra mondiale*, Catania, Centro di Studi per l'archeologia greca del CNR, 1986; M. Petriciolli, *Archeologia e Mare nostrum*, Roma, Valerio Levi Editore, 1990.

47 T. Homolle, carta de 1891, citada por A. Farnoux, *Cnossos, l'archéologie d'un rêve*, París, Gallimard (Découvertes), 1993, p. 32.

las grandes potencias europeas: a los italianos les toca el sur de la isla, a los franceses el este, a los rusos el oeste y a los ingleses se les asigna el centro de Creta. Este estatus favorece la apertura de campos de trabajo. En 1899 se crea una misión italiana, dirigida por F. Halbherr, que inicia la exploración de un palacio en Festos y de una residencia real en Hagia Tríada. La American School of Classical Studies, creada en Atenas en 1881, excava en el este de Creta y encarga a una joven, Harriet Boyd, y a R. B. Seager, la exploración de Gurniá, que exhuman entera de 1901 a 1904.[48] Por su parte, la British School encarga a R. M. G. Dawkins[49] y R. C. Bosanquet la exploración de Praisos y Paleokastro.

Al igual que los griegos, los cretenses prestan un gran interés a su prehistoria y realizan trabajos de excavación: es el caso de Y. Hatzidakis, que desescombra un palacio minoico en Tiliso, y S. Xanthoudidis, que explora las tumbas de tolos en Mesara. La Escuela Francesa de Atenas, tras una tentativa poco fructífera en Goulas y los primeros trabajos de Joseph Demargne entre 1898 y 1900, no abrirá los trabajos de Malia hasta 1921.

Creta se convierte en objeto de una intensa actividad arqueológica ejercida, como en Grecia, por los arqueólogos que representan a las naciones europeas más poderosas, a las que se une Estados Unidos. Este interés universal por la prehistoria de la isla a raíz de los trabajos de Schliemann, se vio considerablemente avivado con las excavaciones de A. Evans en Cnosos, que provocan un gran entusiasmo en la opinión pública.

Arthur Evans[50] era hijo de un gran prehistoriador inglés, sir John Evans, dueño además de una inmensa fortuna, que no dudará en invertir en las excavaciones de su hijo en Cnosos. J. Evans fue miembro de la delegación inglesa que acudió en 1859 a Abbeville y aseguró la autenticidad de los descubrimientos de J. Boucher de Perthes. Su hijo vivió familiarizado con los objetos de la importante colección de su padre y mostraba una sensibilidad especial por la arqueología prehistórica. Cuando inició sus

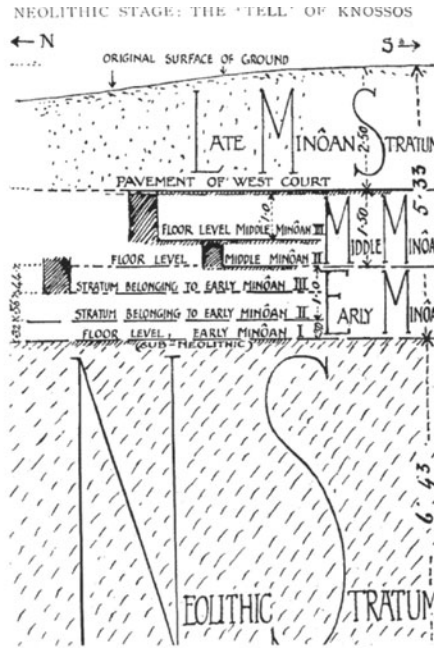
48 M. Allsebrook, *Harriet Boyd: born to rebell*, Oxford, Oxbow Books, 1992.

49 Richard Mac Gillivray Dawkins (1871-1955): director de la British School of Athens de 1906 a 1914.

50 Arthur Evans (1851-1941). Cf. S. L. Horwitz, *The Find of a Lifetime. Sir Arthur Evans and the Discovery of Cnossos*, Nueva York, The Viking Press, 1981; A. Farnoux, *Cnossos, l'archéologie d'un rêve, op. cit.*



122. Retrato de sir Arthur Evans (1851-1941), publicado en *The Palace of Minos at Knossos*, vol. 4.1, Londres, 1921. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.




123. Cnosos, corte del patio oeste. A. Evans, *The Palace of Minos at Knossos*, vol. 4.1, Londres, 1921, p. 33. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



124. Cnosos (Creta), la sala del trono en el momento de su descubrimiento. Fonds Homolle, Biblioteca del Instituto de Francia.

trabajos en Cnosos, ya había afirmado desde su puesto de conservador del Ashmolean Museum de Oxford su concepción de la arqueología: en su conferencia inaugural de 1884, declara el Ashmolean Museum como «el centro de la arqueología en Oxford», y la institución cuyas riendas toma afirma que debe centrarse en la historia: «History, the history of the rise and succession of human Arts, Institutions and Believes in our historic portion of the globe».[51] Aunque en relación con los periodos históricos la arqueología sólo puede parecer «la humilde servidora de una historia basada en los textos», reivindica su protagonismo absoluto en la reconstitución de la «historia no escrita de la humanidad». En 1884, Evans tiene la iniciativa de transformar el Ashmolean Museum en «un centro para el estudio de la arqueología», ya que cuando él entra a dirigirlo es un sencillo gabinete heteróclito de curiosidades.

En esta conferencia inaugural, Arthur Evans hace hincapié en la importancia de la prehistoria y proclama su intención de concederle el lugar que le corresponde en las salas del museo, aboliendo el estatus privilegiado del que gozan la Grecia clásica y Roma en las colecciones. Adquiere para su museo una serie de herramientas prehistóricas, una colección de sellos fenicios e hititas, así como objetos chipriotas y egipcios obsequiados por J. L. Myres y W. M. Flinders Petrie, que los hallaron durante sus excavaciones. Contribuye también a dar a conocer la prehistoria británica con el descubrimiento de una necrópolis del periodo de los «campos de urnas» en Aylesford, en Kent, y con su curso sobre las «British Praehistoric Antiquities», que imparte en la Oxford University Extension.

Cuando Evans da el primer golpe de pico en el yacimiento de Cnosos, sin duda alguna, al igual que H. Schliemann, tiene en mente los textos de Homero, pero a diferencia del «diletante» alemán, cuenta con un conocimiento preciso de la arqueología prehistórica y es absolutamente consciente de que a la civilización micénica seguramente le han precedido otras culturas más antiguas. Al excavar el palacio de Minos, enseguida comprende que el periodo micénico no es más que una etapa de la historia del yacimiento; identifica una civilización desconocida hasta entonces, más antigua que la micénica y que dio lugar a ésta. Además de los palacios de

51 E. Evans, *The Ashmolean Museum as a Home of Archaeology in Oxford. An inaugural Lecture*, Londres, 1884.

la edad de bronce cretense, Evans restituye una civilización neolítica anterior,[52] de modo que los vestigios micénicos, considerados hasta entonces como testigos de la prehistoria helénica, encontraban definitivamente su lugar entre la prehistoria y la historia.

En Cnosos, A. Evans demuestra que la arqueología permite remontarse en el tiempo hasta unos periodos sobre los que, a pesar de la ausencia de textos, proporcionan elementos sólidos para la restauración de las «edades de la humanidad». Estos resultados están avalados por los métodos de excavación científica que aplica el equipo formado por Evans. Duncan Mackenzie, su principal ayudante, dirigió los trabajos de la British School en Filácope, en la isla de Milo, donde realizó la primera excavación estratigráfica en un yacimiento del Egeo y pulió la técnica de relacionar, en una misma capa, los fragmentos de cerámica con los vestigios arquitectónicos correspondientes. Este equipo aplica en el yacimiento de Cnosos los principios de la excavación estratigráfica y lleva al día con todo detalle los cuadernos que dan cuenta de la progresión de los trabajos.

Evans es uno de los primeros que recurre a los servicios de un arquitecto presente de manera permanente en el yacimiento: los planos, cortes y restauraciones de monumentos se encargan a T. Fyfe, de la British School. Los artistas suizos E. Gilleron y su hijo realizan los dibujos y restituyen los frescos.

Gracias al método de la «estratigrafía estructural», A. Evans establece la cronología relativa del yacimiento de Cnosos y recurre al «cross dating», método inaugurado en Grecia por su amigo Flinders Petrie, para establecer el sincronismo entre la civilización minoica y las dinastías egipcias.

Entre 1921 y 1936, A. Evans termina los cuatro volúmenes de su *Palace of Minos at Knossos*, que constituyen una auténtica síntesis sobre la civilización minoica.

Mientras se buscaba en Creta el reino del rey Minos cantado por Homero, se descubre una civilización original más antigua que la de Micenas, también relacionada con Egipto. En el congreso arqueológico que se reúne en Atenas en 1905, las civilizaciones prehelénicas, y sobre todo la

52 Ídem, «The Neolithic Settlement at Knossos», *A Monthly Record of Anthropological Science*, 1901, p. 184 ss.

que surge en Creta en ese momento, son el tema más candente. Se plantea la cuestión de su origen y de su relación con Oriente, y Anatolia, donde Schliemann descubrió Troya, es para algunos la región que garantiza la transmisión de las influencias orientales que se reflejan en las civilizaciones prehelénicas. Éste es el punto de vista de Ernest Chantre[53] que, desde el Cáucaso hasta Capadocia y en Egipto, trata de reconstruir la trayectoria de los elementos de civilizaciones procedentes «de Mesopotamia y sin duda de Egipto», para llegar al mundo helénico a través de Asia Menor y Siria.[54]

E. Chantre, titular de una misión del Ministerio de Instrucción Pública, provisto de créditos de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y apoyado por G. Perrot, que en 1861 había revelado el arte hitita en Boghazköy,[55] se dedica al reconocimiento de los tells que hay en el antiguo camino que conduce de Mazace a Sebaste, y excava en la capital de los hititas, donde recopila unas tablillas cubiertas de inscripciones cuneiformes. Completará sus investigaciones en Egipto, donde es acogido en la IFAO en 1898-1899.

Las investigaciones de E. Chantre en Capadocia traducen una de las corrientes de pensamiento opuestas, entre 1880 y 1900, a propósito de la «cuestión micénica»,[56] cuyos términos se verán modificados con los descubrimientos de Creta. La tradición establecía que los fenicios fueron los educadores de Grecia, pero desde 1870 la arqueología demostraba la originalidad de las civilizaciones prehelénicas. Partidarios y detractores de los fenicios se enfrentan a finales del siglo XIX: algunos de los «occidentales», como S. Reinach, se basan en los descubrimientos de A. Evans en Cnosos para aniquilar todas las teorías que atribuyen a los fenicios un papel preponderante en las antiquísimas civilizaciones del archipiélago[57] y afirmar

53 Ernest Chantre (1843-1924): pionero en cartografía prehistórica. Gracias a una misión del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, realiza dos exploraciones en Anatolia, en 1893 y 1894. Acompañado por su mujer, sondea los yacimientos hititas de Alaca Höyük, Yazilikaya, Boghazköy, y en Karahöyük-Kültepe.

54 E. Chantre, *Recherches archéologiques dans l'Asie occidentale. Mission en Cappadoce 1893-1894*, París, 1898.

55 G. Perrot, *Exploration archéologique de la Galatie et de la Bithynie*, 1872.

56 P. Demargne, *La Crète dédalique. Études sur les origines d'une renaissance*, Biblioteca de las Escuelas Francesas de Atenas y Roma, 1947.

57 S. Reinach, «La Crète avant l'histoire et les fouilles de M. Evans à Cnossos», en *Chroniques d'Orient*, t. II, París, 1896.

que la civilización micénica, «totalmente europea en su origen», «sólo se orientalizó superficialmente».[58] Los otros, los «orientales», niegan cualquier originalidad a la civilización cretomicénica y no ven en ella más que el reflejo de la influencia de fenicios e hititas.[59] Wolfgang Helbig llega a afirmar que «el arte micénico no es más que una fase del arte fenicio».[60] Oscar Montelius, por su parte, sostiene que la civilización micénica es una manifestación muy antigua de la civilización oriental introducida en Europa,[61] cuya cultura es de origen íntegramente oriental.[62]

Los descubrimientos de Creta modifican la información sobre el problema, ya que revelan una civilización anterior a la fenicia, pero que mantenía contactos con otras civilizaciones orientales, por ejemplo, las de Mesopotamia o el mundo hitita, «del que se exageran de manera singular las relaciones con el mundo egeo».[63]

Antes de 1914, los antagonistas oponen tesis extremas: unos «perciben por todas partes sin discernimiento la influencia de Creta o Micenas, desde la Europa de Hallstatt hasta el Cáucaso y Extremo Oriente»[64] y otros no ven en la civilización europea más que «el tenue reflejo de la civilización oriental».[65] A. Evans,[66] G. Sergi[67] y J. L. Myres[68] tratan de conciliar las teorías de los adversarios, y propugnan una civilización egea que mantiene las mismas relaciones con Oriente y Europa. No obstante, son las investigaciones sobre la prehistoria en Egipto y Oriente, anunciadas a finales del siglo XIX, las que permitirán a Vere Gordon Childe, por ejemplo, abordar con más serenidad y equilibrio los lazos entre Oriente y Occidente.[69]

58 Ídem, «Le mirage oriental», *L'Anthropologie*, 1893, pp. 539-578, retomado en *Chroniques d'Orient*, t. II, París, 1896, pp. 699-732.

59 E. Meyer, *Geschichte des Altertums*, Berlín, 2.ª ed., 1893.

60 W. Helbig, «La question mycénienne», *Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles lettres*, 1896.

61 O. Montelius, en *Journal of Anthropological Institut*, 1897.

62 Ídem, *Orient und Europa. Einfluss der orientalischen Cultus auf Europa bis zur Mitte des letzten Jahrtausend*, Estocolmo, 1899.

63 P. Demargne, *La Crète dédalique…, op. cit.*, p. 43 ss.

64 Ibidem, p. 40.

65 O. Montelius, *Orient und Europa, op. cit*.

66 A. Evans, «Eastern Question», *Anthopology*, 1895.

67 G. Sergi, *La stirpe mediterranea*, 1895.

68 J. L. Myres, *Prehistoric Man in the Eastern Mediterranean*, 1895.

69 V. Gordon Childe, «The Orient and Europe», *The Advancement of Science*, 1938, y en *American Journal of Archaeology*, 1939.

## 6.2. El descubrimiento de la prehistoria en Egipto y Oriente Próximo

Podemos considerar, como Glyn Daniel, que la Exposición Universal de París[70] de 1867 consagra la prehistoria. Sin embargo, será a finales del siglo XIX cuando reciba su reconocimiento pleno tanto en Europa como en Oriente: de hecho, los años 1890 serán decisivos ya que, tras el descubrimiento de la prehistoria egea, se demostrará a la vez en Palestina y Egipto que las civilizaciones antiguas estuvieron precedidas de unas culturas que presentan características similares a las de la prehistoria europea. A partir de ahí, los arqueólogos del siglo XX podrán empezar a remontarse en el tiempo y restablecer toda la prehistoria oriental.

Mientras que los arqueólogos clásicos operan este profundo cambio que les lleva a cruzar las fronteras del helenismo y los límites del «milagro griego» para remontarse a la prehistoria egea, en el terreno del orientalismo no se han vencido todas las resistencias. Sigue habiendo rechazo a admitir que Palestina y Egipto, al igual que Europa, conocieron la edad de piedra.

De hecho, la última batalla por el reconocimiento de la prehistoria se libra en Palestina, último reducto de los defensores de la cronología bíblica, y habrá que esperar hasta 1896 y a las *Recherches sur les origines de l'Égypte* de Jacques de Morgan[71] para que el debate entablado en 1860 quede definitivamente zanjado y el restablecimiento de la prehistoria oriental reciba un impulso.

En 1864, el duque de Luynes organiza una expedición científica[72] a orillas del mar Muerto, de la que forma parte el geólogo Louis Lartet, hijo del prehistoriador. A pesar de su especialidad y del título de su obra,[73] Louis Lartet no se limita estrictamente a la geología de la región estudiada, sino que señala la relación entre ciencias naturales y prehistoria para hacer un balance del estado en que se encuentran las investigaciones en Palestina en

70 G. Daniel, *A Hundred and Fifty Years of Archaeology, op. cit.*, p. 116.

71 París, 1896-1897. Cf. È. y J. Gran-Aymerich, «Jacques de Morgan», *Archéologia*, n.º 187, febr. de 1984, pp. 79-82.

72 Duque H. d'Albert de Luynes, *Exploration de la mer Morte et de la vallée de l'Arabah par la mission de M. le Duc de Luynes*, París, 1864.

73 L. Lartet, *Exploration géologique de la mer Morte, de la Palestine et de l'Idumée*, París, 1878.

el ámbito de esta nueva ciencia, que propone designar con el término «paleoantropología» —«ciencia de los seres antiguos»— para subrayar su independencia respecto de la arqueología en su sentido clásico.

El duque de Luynes y L. Lartet parten en busca de culturas prehistóricas orientales que, suponen, deben de ser parecidas a las europeas, aunque más antiguas, y proceden a realizar excavaciones en las cuevas de Nahr el-Kelb, que P. É. Botta había señalado ya antes que ellos.[74] Descubren sílex tallados similares a los de «la edad del reno de Périgord y Aquitania», en relación con los restos de «animales muertos» que garantizan la autenticidad del yacimiento.[75]

En Betsura, cerca de Belén, visitan la colección del abad Morétain, que ya en 1850 recibió a Félix de Saulcy, en 1862 al marqués de Vogüé y, por último, a Adrien Arcelin en 1869; este último se afanará también en probar la prehistoria de Oriente Próximo.[76]

Sin embargo, mientras se multiplican los descubrimientos, en 1871 el abad Richard defiende ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras,[77] «la tesis favorita de la mayoría de los arqueólogos clásicos, a saber, que los yacimientos llamados "prehistóricos" entran en el marco de tradiciones históricas y no escapan ni a los límites ni a los métodos trazados por la arqueología».[78] La conclusión de su comunicación es perentoria: los sílex de Palestina y Egipto son de época histórica y, por consiguiente, los de Europa también.

La situación no evolucionará hasta 1890, año de los trabajos del padre Germer-Durand,[79] que abre en 1896 el museo palestino de Notre-Dame-

74 P.-É. Botta, «Observations sur le Liban et l'Anti-Liban», *Mémoire de la Société géologique de France*, 1.ª serie, t. I, p. 135 ss.

75 Comunicación en la Academia de Ciencias, informe de la sesión del 21 de marzo de 1864.

76 A. Arcelin en *Matériaux pour servir à l'histoire de l'homme*, 5.º año, 1869, p. 237 ss., y 2.ª serie, t. V, 1874, p. 19 ss.

77 Abad Richard, «Découvertes d'instruments de pierre en Égypte, au Sinaï et au tombeau de Josué», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles lettres*, 1871, p. 540.

78 L. Lartet, *op. cit.*, p. 227.

79 Padre Germer-Durand (1845-1917): primer superior de la Hôtellerie de Notre-Dame-de-France en Jerusalén. Se inició en historia y en arqueología palestina y excava en la colina de Sión, reúne en Notre-Dame-de-France la colección de antigüedades más completa y variada de Palestina; reserva una sección importante dedicada a la prehistoria. Escribe en la *Revue biblique* a partir de 1897.

de-France en Jerusalén, establece una red de yacimientos de sílex tallados, para los que propone una clasificación,[80] y presenta «L'âge de pierre en Palestine» en el XI congreso internacional de orientalistas, celebrado en París en 1897. Es el mismo año en que se publica el segundo tomo de *Recherches sur les origines de l'Égypt*e de J. de Morgan que, fundando la prehistoria egipcia, demuestra la prehistoria en Palestina tal como había profetizado Louis Lartet: «Es incluso en estos archivos tan alejados de Egipto donde probablemente se encontrará la prueba de la remota antigüedad de esta industria [la de las herramientas de silex], cuyo eco se perpetuó, a través de los cambios de dinastías, en determinadas prácticas religiosas».[81]

Si aceptamos 1896, año de publicación de las *Recherches sur les origines de l'Égypte*, como fecha de nacimiento de la prehistoria egipcia, no puede por menos sorprendernos el desfase que acusa Egipto con respecto a Europa; el descubrimiento de la civilización faraónica estaba reciente y la historia de la antigüedad egipcia había captado todo el interés y todos los esfuerzos. Sin embargo, desde 1867, cuando el prehistoriador danés J. J. A. Worsaae da cuenta del descubrimiento en Egipto de los objetos prehistóricos que se le indicaron, Adrien Arcelin, a raíz de una misión para el Ministerio de Instrucción Pública, publica *Sur l'âge de pierre en Egypte* en la segunda sesión del Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistórica y en su informe de 1869 al Ministerio de Instrucción Pública.[82]

También en 1869, el helenista François Lenormant y el prehistoriador Ernest Hamy recogen unos sílex tallados durante una estancia en el alto Egipto.[83] Los prehistoriadores ingleses se unen a los franceses y sostienen la existencia de la prehistoria egipcia: es el caso de sir John Lubbock que, en 1872, recoge en el valle de los Reyes en Abidos sílex tallados;[84] o del general Pitt-Rivers que, en 1882, practica un sondeo en el lecho de un

80 En *Revue biblique*, 1897, pp. 439-449.
81 L. Lartet, *op. cit.*, p. 230.
82 A. Arcelin, *Recueil des travaux relatifs à la philologie, à l'archéologie égyptienne et assyrienne*, vol. VII, París, 1886.
83 «Découverte de restes de l'âge de pierre en Égypte», *Comptes rendus de l'Académie des sciences*, sesión del 22 de noviembre de 1869.
84 J. Lubbock, «Notes on the discovery of stone implements in Egypt», *Journal of the Royal Archaeological Institute*, 4, 1874, pp. 215-222.

«uadi» cuyo curso une el valle de los Reyes al Nilo: se hallan herramientas de sílex a tres metros de la superficie cuya cronología prehistórica queda demostrada, ya que los depósitos se encuentran bien estratificados.[85]

Sin embargo, la mayoría de los egiptólogos, filólogos, arqueólogos e historiadores sostienen que los objetos de sílex pertenecen a épocas históricas, durante las cuales se habrían utilizado para fines religiosos. Éste es el punto de vista de F. Chabas, A. Mariette, G. Maspero o K. R. Lepsius, que se oponen de este modo a los prehistoriadores L. Lartet, G. de Mortillet o É. Cartailhac, que reconocen una industria prehistórica en el valle del Nilo.

En cambio, Mariette adopta una posición más matizada: manda recoger objetos de sílex en sus excavaciones y reconoce que fueron tallados por la mano del hombre, pero como encontró algunos en las tumbas de la XI dinastía en Gournah, los considera históricos. No obstante, admite que «esto no significa que todo haya terminado y que no se pueda encontrar un día la edad de piedra en Egipto, sólo que, en lugar buscar en la superficie del suelo, habrá que excavar profundamente los terrenos del antiguo valle del Nilo para esclarecer definitivamente el tema. Pero, para este trabajo, no sólo hace falta un *arqueólogo* sino un *geólogo* que puede decir en qué *capas* [la cursiva es nuestra] se encuentran los sílex que se puedan hallar todavía y si pertenecen a una época de la historia de nuestro planeta anterior a las últimas revoluciones geológicas».[86] Consciente de las exigencias concretas de la investigación prehistórica, Mariette entiende a la perfección cómo hay que hacer y recurre a especialistas que, mediante la excavación sistemática, establecerán, gracias a la estratigrafía, la fecha de los sílex exhumados.

El escenario que imagina Mariette empieza a hacerse realidad en 1881, fecha en la que W. M. Flinders Petrie comenzó a explorar el suelo egipcio recurriendo a los métodos de la arqueología prehistórica. En Egipto, Flinders Petrie dirige los trabajos de la Egypt Exploration Fund,

85 A. H. L. Pitt-Rivers, «On discovery of flint implements in stratified gravel in the Nile valley near Thebes», *Journal of the Archaological Institute*, 11, 1882, pp. 382-399.

86 A. Mariette, en *Bulletin de l'Institut égyptien*, 11, p. 60. È. y J. Gran-Aymerich, «Auguste Mariette», *Archéologia*, n.º 219, dic. de 1986, pp. 71-79; E. David, *Mariette Pacha. 1821-1881*, París, 1994.

creada en Londres en 1883, y en 1894 funda la Egyptian Research Account, que transformará en British School of Archaeology in Egypt. En 1889-1890 excava en Kahun, ciudad de la XII dinastía, en la entrada de Fayum, donde encuentra sílex tallados.[87]

De 1894 a 1905, Flinders Petrie prosigue sus trabajos en el Alto Egipto y excava concretamente la inmensa necrópolis de Nagada y Ballas,[88] que se distingue radicalmente de la civilización faraónica. Sin embargo, mientras que el prehistoriador Émile Cartailhac, tras examinar el material recogido por Flinders Petrie, concluye que existe una edad de piedra en Egipto,[89] el arqueólogo inglés, quizás por temor a contradecir la opinión general de los grandes egiptólogos, atribuye a una hipotética «*new race*», población esporádica del primer periodo intermedio, los vestigios de esta civilización que acaba de descubrir.[90]

Esta es la situación a principios de los años 1890: en Egipto, Flinders Petrie inauguró una arqueología basada en unos métodos rigurosos de investigación que permiten poner de relieve aspectos nuevos de la civilización egipcia, que aún no se terminan de reconocer como muestras de la prehistoria de ese país. En este momento, concretamente en 1892, Jacques de Morgan, geólogo e ingeniero, es nombrado director del Servicio de Antigüedades de Egipto. Comparte la opinión más extendida sobre prehistoria egipcia y, junto con la mayoría de los egiptólogos, cree que los descubrimientos recientes están ligados a las épocas históricas. Al igual que Flinders Petrie, tiene la sensibilidad y la experiencia de un prehistoriador ya que realizó excavaciones entre 1872 y 1874 en Campigny, en el Eure,[91] y comenzó en 1883 la exploración de los túmulos de Moidons en el Jura, hasta 1903.[92] J. de Morgan, por otra parte, llevó a cabo una misión cien-

87 W. M. Flinders Petrie, *Kahun, Gurob and Hawara*, Londres, 1890; *Illahun, Kahun and Gurob, 1889-1890*, Londres, 1892.

88 Ídem, *Nagada and Ballas*, 1895, Londres, 1896.

89 *L'Anthropologie*, 4, julio-agosto 1892. È. y J. Gran-Aymerich, «Émile Cartailhac», *Archéologia*, nº 199, feb. 1985, pp. 63-66.

90 W. M. Flinders-Petrie, *A History of Egypt from the Earliest Kings to the XVIth Dinasty*, Londres, 1903.

91 J. de Morgan, *Notice sur le Campigny, station de la pierre sise à Beaugey-sur-Bresle, Seine-Inférieure*, Amiens, 1872; cf. A. Jaunay (dir.), *Mémoires de J. de Morgan*, París, L'Harmattan, 1997.

92 Ídem, *Archéologie préhistorique du Jura. Forêt des Moidons*, Lons-le-Saulnier, 1883.

tífica en el Cáucaso[93] y abordó la cuestión de los orígenes de sus pueblos mediante el estudio de la edad de los metales de esta región.

Como prehistoriador y protohistoriador, Jacques de Morgan sabe la importancia que hay que conceder a los indicios de todo tipo que surgen de un yacimiento, por lo que rinde homenaje a Flinders Petrie por sus investigaciones metódicas, poco frecuentes en Egipto. Asimismo, J. de Morgan comparte con la mayoría de los historiadores de su época una preocupación por descubrir las raíces de la civilización moderna remontándose al pasado todo lo posible. Por todo ello, enfoca los trabajos sobre el terreno como prehistoriador, pero interpreta los resultados como historiador. Trata de colmar así la falta de «historiadores que miran hacia la prehistoria» que Henri Berr, director de la *Revue de synthèse*, constató en 1921.[94]

J. de Morgan —que, desde su llegada a Egipto en 1892, reunió una colección de herramientas de piedra y multiplicó las investigaciones de prospección y reconocimiento en el valle del Nilo, recopilando «todos los documentos, anotando los detalles, observando los mínimos indicios»—[95] se convenció de que la prehistoria egipcia existía. Identifica cuatro estaciones paleolíticas, en Tebas, Toukh, Abidos y Dachour, y un sinnúmero de estaciones neolíticas en el Alto y Bajo Egipto y en Fayum. Presenta informes de todos los yacimientos explorados y él mismo dibuja los objetos que encuentra en sus *Recherches sur les origines de l'Égypte*: el catálogo de objetos y yacimientos se completa con una exposición introductoria sobre la formación geológica del país y observaciones de orden antropológico y paleontológico. El segundo tomo está dedicado a la «etnografía prehistórica» y a la tumba real de Nagada, que él mismo exploró en 1897.

J. de Morgan, convencido de que el carácter pluridisciplinar de la prehistoria es indispensable, y consciente de que «las ciencias han progresado de tal modo que un solo hombre ya no puede escribir un libro completo», recurre a especialistas, a saber, geólogos, químicos, antropólogos o etnólo-

93 Ídem, *Mission scientifique au Caucase*, t. I, *Les Premiers Âges des métaux dans l'Arménie russe*, t. II, *Recherches sur les origines des peuples du Caucase*, París, 1889.

94 J. de Morgan, *L'Humanité préhistorique*, París, 1921, colección L'Évolution de l'Humanité, dirigida por H. Berr, París, 1921, prólogo, p. XIX.

95 Ídem, *Recherches sur les origines de l'Égypte*, París, 1896-1897, p. XII.

gos franceses y de otros países, como Alemania o Suiza. Pone en práctica un concepto muy «moderno» de arqueología prehistórica y afirma, antes que André Leroi-Gourhan, que esta ciencia se confunde con la etnografía en el sentido de que la palabra «prehistórico» se debe «extender a todos los pueblos, a todas las cuestiones relativas a la existencia del hombre, para las que los documentos escritos procedentes de dichos pueblos no nos informan, y esto es válido tanto para las épocas más antiguas como para las que son casi contemporáneas».[96]

De 1895 a 1897, Jacques de Morgan y su equipo excavan en Nagada dos necrópolis y una tumba real. Cuando en 1926 recuerda estos trabajos, indica: «Fueron atacadas dos necrópolis, una que pertenecía a tribus indígenas y otra que se encontraba a varios kilómetros más al norte y encerraba sepulturas de los primeros egipcios; con estos términos [tribus indígenas y primeros egipcios], entendía yo entonces [en 1897] los predinásticos y los faraónicos de la primera dinastía».[97] En 1897, de Morgan suponía la invasión de los conquistadores venidos de Asia, pero más tarde modifica su enfoque: en su síntesis sobre *Préhistoire orientale* adelanta la «solidaridad entre los distintos pueblos que fueron autores del progreso inicial»[98] y afirma: «Seguramente, al principio hubo una comunidad de ideas, de ahí esta unidad de conjunto que encontramos en las civilizaciones de estas provincias [Egipto, Oriente Próximo y Asia anterior] durante varios milenios».[99] Anuncia la noción de «fertilización mutua» a la que llegará Vere Gordon Childe[100] en una época en la que el conocimiento de la prehistoria oriental dará un gran paso adelante.

El gran monumento de adobe que sacó a la luz en Nagada presenta grandes similitudes con el que Émile Amélineau exhumó en Abidos.[101] Estas tumbas de adobe podrían pertenecer a los primeros representantes de la I dinastía egipcia, aunque las necrópolis más antiguas evidenciaban un estado diferente de civilización, al coexistir las culturas de piedra y de

---

96 J. de Morgan, *op. cit.*, p. 23.
97 J. de Morgan, *La Préhistoire orientale*, París, 1926, p. 164.
98 Ídem, p. 338.
99 Ídem, p. 372.
100 V. Gordon Childe, *L'Orient préhistorique*, París, 1953 (1.ª edición inglesa, 1935), p. 137.
101 E. Amélineau, *Les Nouvelles Fouilles d'Abydos*, París, 1896.

cobre. En sus *Recherches sur les origines de l'Égypte*, que fundan la prehistoria egipcia, J. de Morgan no se conforma con describir minuciosamente los elementos de la «civilización de Nagada» que acaba de descubrir. Se plantea la cuestión de su origen y se propone averiguarlo.

S. Reinach considera este ensayo como un «monumento de penetración y clarividencia» y el «fundamento de todos los estudios posteriores sobre el tema».[102] Fue acogido de distintas maneras, según lo hicieran egiptólogos o prehistoriadores: los primeros se muestran muy reticentes aún, mientras que los segundos recibían con entusiasmo el nacimiento de la prehistoria egipcia. El propio Flinders Petrie se muestra de acuerdo con las conclusiones de J. de Morgan en su *Prehistoric Egypt* de 1920. Sin lugar a dudas, «es a J. de Morgan a quien corresponde el mérito de haber cerrado definitivamente el debate»[103] que mantenía divididos a egiptólogos y prehistoriadores.

Una vez probado que Egipto tuvo edades de piedra, entre las que la de Nagada, «desempeñó un papel importante incluso en la civilización faraónica», J. de Morgan cree discernir en Nagada las aportaciones de «una raza diferente, un pueblo muy civilizado, familiarizado con el uso de la metalurgia, la escritura, las leyes de la arquitectura, las artes y que tiene en la religión unas ideas filosóficas muy avanzadas».[104] Extrae las afinidades que presenta esta civilización predinástica de Nagada con las de Mesopotamia y concluye, de manera provisional y subrayando la insuficiencia de conocimientos con los que cuenta, que tienen «una comunidad de origen» y que estos pueblos «se comunicaban entre ellos con toda seguridad, aunque sus países estuvieran físicamente lejos».[105]

A partir de 1897, mucho antes de los descubrimientos extraordinarios de la prehistoria y la protohistoria mesopotámica que tendrán lugar después de 1918, esto suponía poner en tela de juicio el dogma del desarrollo autónomo del Egipto antiguo. En las *Recherches sur les origines de l'Égypte*, J. de Morgan teje una auténtica red de comparaciones entre

---

102 Citado por Louis Germain en su prefacio al tomo II de *La Préhistoire orientale*, París, 1926.

103 E. Massoulard, *Préhistoire et protohistoire d'Égypte*, París, 1949, p. XV.

104 J. de Morgan, *Recherches sur les origines de l'Égypte, op. cit.*, t. I, p. 190.

105 Ídem, p. 238.

Egipto y Asia occidental, examinando sucesivamente los diferentes ámbitos en los que destacaron estas civilizaciones. Pero en Nagada, según él, «la innovación más importante que [los conquistadores venidos de Oriente] introdujeron en su nuevo país […], fue la utilización del metal y, sobre todo, del cobre».[106] Ahora bien, Jacques de Morgan había buscado desde 1889 y durante su *Mission scientifique au Caucase* en estas regiones del norte de Asia anterior la cuna de la «revolución metalúrgica». Sus investigaciones de *Les Premiers Âges des métaux dans l'Arménie russe* precedían a los trabajos de los arqueólogos rusos y al descubrimiento de la rica sepultura de Maikop (1897), que mostraba el esplendor de la civilización del cuero en el III milenio en el Cáucaso.[107] Además, antes incluso de tomar la dirección del Servicio de Antigüedades de Egipto, realizó una exploración geográfica, geológica y arqueológica de Persia que le llevó a Susa.[108] Es precisamente en 1896-1897 cuando se publican las *Recherches archéologiques en Perse*. En 1891 encontró en el yacimiento de Susa unos restos de cerámica no torneada y sílex tallados que le convencieron de la gran antigüedad de la ciudad. Los trabajos que efectúa en el valle del Nilo le llevan a Asia que, según cree, le dará la clave de los orígenes egipcios. En 1897, nombrado director de la Delegación Francesa de Persia, acude a Susa encabezando la misión arqueológica más importante jamás organizada en Europa.

Cuando llegó J. de Morgan, Susa ya había sido objeto de las excavaciones británicas a iniciativa Kennett Loftus, y francesas, bajo la dirección de Marcel y Jane Dieulafoy.[109] No obstante, la prehistoria de Susa y Persia aún no se había revelado y J. de Morgan puede reivindicar «la paternidad de la prehistoria, tanto en Egipto como en Elam»[110] e incluso considerarse uno de los iniciadores de la prehistoria oriental, ya que «antes de la exploración de las capas profundas del tell de Susa, los elementos de la civi-

106 Ídem, p. 267.

107 M. I. Rostovtzeff, «L'âge du cuivre dans le Caucase septentrional et les civilisations de Summer et de l'Égypte protodinastique», *Revue archéologique*, jul.-dic. 1920, pp. 1-37.

108 J. de Morgan, *Mission scientifique en Perse*, 5 volúmenes en 9 tomos, París, 1891-1905: I-II, *Études géographiques*; III, *Études géologiques*; IV, *Recherches archéologiques*; V, *Études lingüistiques*. Cf. N. Chevalier (dir.), *Une mission en Perse*, dossiers del Museo del Louvre, París, 1997.

109 Cf. È. y J. Gran-Aymerich, *Jane Dieulafoy. Une vie d'homme, op. cit.*, p. 90 ss.

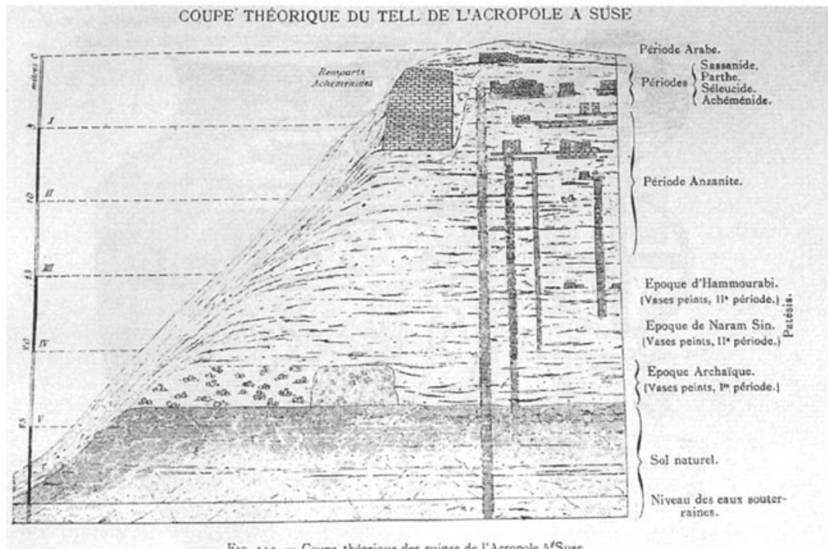
110 J. de Morgan, *La Préhistoire orientale, op. cit.*, p. 320.



125. Jacques de Morgan (1857-1924), colección M. Jaunay, Marsella.



126. Edmond Pottier (1855-1934). Según R. Cagnat, «Notice sur la vie et les travaux d'É. Pottier», Instituto de Francia, 1935.




127. Susa (Irán), «Coupe théorique du tell de l'acropole» por J. de Morgan, «Observations sur les couches profondes de l'acropole de Suse», *Mémoires de la Délégation en Perse*, t. XIII, p. 23. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

lización sumeroacadia no se remontaban mucho más atrás de los tiempos de Sargón el Anciano y de Naram-Sin. Es decir, por lo que respecta a Asia, nos encontrábamos en el punto en que estábamos en 1895 en Egipto, cuando apenas llegábamos a los principios de los tiempos históricos».[111]

Las excavaciones de Susa se benefician de unos medios generosos y están metódicamente organizadas según los principios de la «arqueología industrial» que J. de Morgan define.[112] Su formación de prehistoriador y los objetos que descubre en su prospección le inspiran para aplicar en Susa un método al que aplica el principio estratigráfico. Alentado por los descubrimientos que hizo en la prospección de la superficie, de las inclinaciones del yacimiento, decide sondear el tell de la acrópolis para llegar a los niveles más antiguos. Opera por series de zanjas de cinco metros de ancho y divide la altura total de la colina (35 m) en siete niveles de cinco metros. Está claro que un método así no permite una excavación minuciosa y que los vestigios de construcción son ilegibles. Pero es cierto que se trata de un esbozo de excavación estratigráfica, cuyo principio fue inaugurado en 1891 por Flinders Petrie en Tell el-Hesy (Palestina).[113] Las excavaciones de Susa marcan un giro en la arqueología de Oriente Próximo: no sólo se descubre la cerámica pintada más antigua, que data del IV milenio, y que hasta 1928 servirá de referencia para clasificar las culturas de cerámica pintada extraídas en Mesopotamia después de 1919, sino que Susa refleja también un profundo cambio de perspectiva. Preocupado por mostrar toda una secuencia cronológica, continúa la investigación hasta suelo virgen. Progresivamente se va imponiendo este punto de vista, y todos los campos de trabajo de Oriente Próximo comprenderán al menos un sondeo estratigráfico.

Por lo que respecta a los periodos prehistóricos, los problemas de datación son cruciales porque ya no disponen de los puntos de referencia que constituyen los textos dinásticos egipcios y babilonios. Se trata de encontrar criterios nuevos y, así como G. de Mortillet había fundado la

---

111 *Ibidem*, p. 250.

112 A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne*, t. I, *Les Étapes*, París, Albin Michel, 1946, p. 169 ss.; t. II, *Techniques et problèmes*, París, 1953, p. 37 ss.; J. Perrot, *Et ils sortirent du Paradis. Souvenirs d'un archéologue en Orient*, París, De Fallois, 1997.

113 W. M. Flinders Petrie, *Tell el-Hesy*, Londres, 1891.

sucesión de periodos prehistóricos en función de una tipología de herramientas de sílex, Flinders Petrie y J. de Morgan atribuyen a la cerámica, en Egipto y Susa respectivamente, la función de «fósil cronológico». El inglés pone a punto el método de la sucesión de tipos de cerámicas y la doble datación que, junto con la excavación estratigráfica, le permite fechar con exactitud Tell el-Hesy en Palestina. El francés define la primera cultura elamita con su cerámica pintada, cuya tipología establece Edmond Pottier, e inaugura la larga lista de yacimientos caracterizados y fechados a partir de sus cerámicas mediante referencia a las de Susa.

E. Pottier, discípulo de Albert Dumont, concluye definitivamente el estudio de su maestro desaparecido de forma prematura, *Les Céramiques de la Grèce propre*, y se afirma como «el especialista más distinguido» en estudios de cerámica.[114] Aborda «un tema tan nuevo como difícil» como es la cerámica de Susa, provisto de un método definido en el *Catalogue des vases antiques de terre cuite du Louvre*, en el que aborda las vasijas «como documentos históricos con un valor semejante al de los textos» e incluye «simples pedazos de cerámica, que la gente tiraría sin ningún reparo»[115] subrayando su importancia como indicadores cronológicos: son los fragmentos de vasijas despreciados por los estetas los que permitieron a W. Dörpfeld corregir las conclusiones de H. Schliemann sobre la identificación de Troya en la estratigrafía de Hissarlik. Asimismo, los fragmentos de cerámica micénicos hallados en Egipto le permiten en 1890 a Flinders Petrie establecer sincronismos inéditos entre dos civilizaciones, Egipto y Grecia primitiva,[116] que hasta entonces se pensaba que no mantenían contacto alguno.

En su estudio «sobre las vasijas pintadas de la Acrópolis de Susa»,[117] E. Pottier intenta determinar, por una parte, «una cronología intrínseca, que fija los periodos sucesivos de la cerámica fabricada en Susiana» y, por otra, «una cronología extrínseca, que determina la fecha aproximada de las cerámicas, mediante observación de las condiciones naturales del descu-

---

114 J. de Morgan, *Mission en Susiane. Mémoire de la délégation en Perse*, t. XII, París, 1917, p. VI.

115 E. Pottier, *Catalogue des vases antiques de terre cuite du Louvre*, 3 vols., París, 1896-1906, t. I, p. 38.

116 W. M. Flinders Petrie, *Illahun, Kahun and Gurob, 1889-1890*, *op. cit.*

117 *Mémoire de la délégation en Perse*, t. XII, *op. cit.*

brimiento y mediante comparación con los demás objetos recogidos en las excavaciones». En 1933, las excavaciones que Georges Contenau y Roman Ghirshman llevaron a cabo en Tepe Giyan, con mucho más rigor que J. de Morgan en Susa en lo referente a la estratigrafía, confirmarán y corregirán la cronología que E. Pottier había establecido.[118] La cerámica de Susa, fechada y situada en relación con las otras cerámicas antiguas, es el elemento determinante para la definición de la civilización elamita y se convierte en la primera referencia cronológica para el antiguo Oriente Próximo, cuya «prehistoria» se va restaurando poco a poco.

J. de Morgan confirma su intuición de que «en las capas profundas del tell de Susa, aparecerían sin duda los elementos arcaicos necesarios para establecer, mediante *un estudio comparativo*, la cuestión fundamental de los orígenes de la civilización oriental».[119] Mientras que en Egipto había mostrado influencias asiáticas, «[le] quedaba por saber si Asia había recibido algunos principios o algunos tipos de Egipto; en tal caso, habría habido, en los tiempos antehistóricos, *intercambio de relaciones* entre los dos países».[120]

J. de Morgan lanza así explícitamente el principio de la «arqueología comparativa», que aplicará al concebir los tres volúmenes de su *Préhistoire orientale*: mientras que la primera parte de la obra está dedicada a las nociones generales de la geografía, la geología y la antropología, condición previa indispensable para cualquier estudio de la prehistoria según él, la segunda trata de Egipto y África del Norte y la tercera, de Asia anterior. Cuando elabora esta síntesis, J. de Morgan sitúa a Egipto en el centro de su problemática. Cuando explora en África del Norte, junto con Louis Capitan y Paul Boudy, los alrededores de Gafsa[121] y define un periodo intermedio entre el paleolítico y el neolítico, el *capsiense*, Egipto es su principal preocupación, ya que va en busca de cualquier indicio de influencia o intercambios con el Magreb. En Asia occidental, busca en el Cáucaso el origen de la metalurgia y trata de establecer los vínculos que mantuvieron en Susa las civilizaciones del Nilo y Elam.

---

118 R. Ghirshman, *Fouilles de Tépé Giyan*, París, 1935.

119 J. de Morgan, «Mémoires originaux de l'influence asiatique sur l'Afrique à l'origine de la civilisation égyptienne», *L'Anthropologie*, 31, 1921, pp. 185-468; 32, 1922, pp. 39-65 (la cursiva es nuestra).

120 J. de Morgan, *op. cit.*, 1921, p. 185 ss. (la cursiva es nuestra).

121 P. Boudy, L. Capitan y J. de Morgan, «Études sur les stations préhistoriques du Sud tunisien», *Revue de l'école d'anthropologie*, 20.º año, t. IV, 1910, pp. 105-228.

Al comparar las características de la civilización, J. de Morgan reconoce una red de influencias recíprocas entre Egipto y Asia, y el desarrollo paralelo de la civilización en Elam y en Egipto. Lo cierto es que su demostración no se basa en unas tipologías rigurosas, como las que Flinders Petrie había establecido para los objetos hallados en sus excavaciones en Egipto, sino que ahorra en análisis para dar preferencia a las «visiones de conjunto». De hecho, J. de Morgan quemaba etapas, y éste es sin duda uno de los puntos débiles de su trabajo. Sin embargo, está dotado de una gran facilidad de síntesis y le anima la voluntad de reconstituir la continuidad de la evolución humana que, según él, resulta de las «relaciones entre los pueblos»[122] y tiene el mérito de integrar la prehistoria en la historia. Concede una gran importancia a las «influencias externas ya que muchas veces se pueden extraer de ellas *nociones cronológicas mediante la comparación* [la itálica es nuestra] con la cultura de los pueblos que ya han entrado en la historia».[123]

J. de Morgan forma parte de esa generación de prehistoriadores que ya no se plantean la evolución lineal y universal del género humano según unos mismos modos de desarrollo, sino que reconocen los aspectos culturales característicos de cada región del mundo; favorecen la noción de intercambio, de relación y de influencia, que son la base de la arqueología comparada que Flinders Petrie puso en marcha magníficamente en 1891. Éste aplica en los yacimientos de Kahun y de Tell el-Amarna el método de «cross dating» o «doble datación»[124] que le permite presentar una cronología absoluta de la cerámica egea y fijar los límites extremos de la civilización micénica, cuya antigüedad suscitaba una ardiente polémica ya que algunos pretendían que Schliemann sólo había exhumado vestigios de época bizantina.

Aunque, tal como imaginaba, sus conclusiones dependían de los avances de la arqueología oriental, y aunque la cerámica pintada de Susa iba a ser destronada por la de Tell Halaf, mucho más antigua,[125] Jacques

122 Así es como titula J. de Morgan la tercera parte de su obra, *L'Humanité préhistorique*, París, 1921.
123 *Ibidem*, p. 305.
124 W. M. Flinders Petrie, s.l., s.d., 1891, *The Relations of Egypt and Early Europe;* ídem, *Methods and Aims in Archaeology*, Londres, 1904, cap. 11.
125 M. F. von Oppenheim, *Der Tell Halaf. Eine neue Kultur in ältesten Mesopotamien*, Leipzig, 1931.

de Morgan, auténtico pionero en materia de prehistoria oriental, proporciona a los arqueólogos de las siguientes generaciones unos elementos que les permitirían establecer las relaciones entre Egipto y Asia occidental. Su *Préhistoire orientale*, cuya primera parte está enteramente dedicada al marco geográfico, geológico y antropológico, es una obra de prehistoriador similar a la de S. A. Huzayyin, que en 1941 adoptará el mismo punto de vista para determinar el lugar de Egipto en la prehistoria.[126]

En esta obra póstuma, la *Préhistoire orientale*, J. de Morgan tiene en cuenta los últimos descubrimientos, los de Eridú y Ur por Henry R. Hall y Leonard Woolley, de Kish por Henri de Genouillac, o de Anau por Raphaëll Pumpelly. Consciente de que «la arqueología de estos países aún está en la infancia»,[127] introduce matices en su pensamiento y renuncia a ciertos puntos de vista demasiado tajantes de las *Recherches sur les origines de l'Égypte*. Así, ya no se plantea la invasión de los países del Nilo por los «asiánicos», sino el desarrollo paralelo de civilizaciones en Oriente Próximo y Egipto, a partir de un «foco inicial» que sitúa al norte de Asia anterior e Irán. Afirma además que «se debe desechar la hipótesis de un único origen de la siderurgia». Con esto no contradice en absoluto a V. Gordon Childe, que se negaba a elegir entre Egipto y Sumer y concluía: «Si bien hubo con bastante seguridad una fertilización mutua en mayor o menor medida, no puede admitirse de ningún modo que las aportaciones hayan venido siempre por el mismo lado».[128]

Con sus trabajos en el Cáucaso e Irán, J. de Morgan llama la atención sobre estas regiones del norte y este de Asia anterior, y sobre los intercambios que mantuvieron con Mesopotamia: de este modo contribuye a ampliar el campo de la arqueología oriental y proporciona los primeros elementos de comparación que, conforme se van produciendo descubrimientos, se impondrán, ya no sólo entre Oriente y Occidente, «sino con otras regiones más al este, Irán […], Baluchistán y hasta las orillas del Indo».[129]

---

126 S. A. Huzayyin, *The Place of Egypt in Prehistory*, *Mémoires présentés à l'Institut d'Egypte*, 43, El Cairo, 1941.

127 J. de Morgan, *La Préhistoire orientale, op. cit.*, p. 111.

128 V. Gordon Childe, *L'Orient préhistorique*, I.ª ed. inglesa 1935, traducción francesa, 1953, p. 137.

129 A. Parrot, *op. cit.*, t. I, p. 422.

Tras la muerte de J. de Morgan, la exploración de Mesopotamia se intensifica aún más, hasta la segunda guerra mundial: en 1946, André Parrot presenta una *protohistoria* mesopotámica cuyas etapas están fijadas. A través de sus trabajos en el Cáucaso, Egipto y Persia, J. de Morgan reveló una teoría de lo que entendía por «*prehistoria* oriental», que la ciencia arqueológica moderna introduciría en la historia o *protohistoria*, reservando el adjetivo «prehistórico» para los periodos más antiguos. Se trata pues de un prehistoriador que en Egipto y Susa dio un impulso decisivo a las investigaciones sobre las épocas más antiguas e hizo que se pudieran contemplar prehistoria e historia de Oriente en su continuidad.

En el Mediterráneo oriental, el abismo que separa prehistoria e historia se cubre en la primera mitad del siglo XX. Con la búsqueda de los orígenes de las civilizaciones clásicas se consiguió establecer la continuidad entre una y otra. La arqueología prehistórica asistió al reconocimiento de la validez de su labor y de sus métodos. Nació de las ciencias naturales, a las que le siguen uniendo unos estrechos lazos, pero desde este momento pertenece a las ciencias históricas y hace su entrada en las instituciones: en el Colegio de Francia, con Camille Jullian y con el abad Breuil, y finalmente en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, donde «el papa de la prehistoria» es elegido en 1938.

Los trabajos de finales del siglo XIX impusieron la evidencia de que para comprender la prehistoria europea, que fue la primera en descubrirse, «es fundamental empezar por estudiar la arqueología prehistórica y protohistórica del antiguo Oriente».[130] Ésta es la labor en la que pondrán todo su empeño los arqueólogos después de 1918.

## 6.3. La arqueología prehistórica, clásica y oriental: intercambios y fusión

### 6.3.1. Un nuevo «discurso del método»

La revelación de la prehistoria mediterránea en Grecia, Egipto y Oriente próximo consagra una «arqueología prehistórica», que se caracteriza por unos métodos específicos y por estar desligada tanto de la filolo-

130 V. Gordon Childe, *L'Orient préhistorique*, *op. cit.*

gía como de las ciencias naturales. Recordemos que, antes de 1875, A. Bertrand aún distinguía «arqueólogos historiadores», dedicados al estudio y la interpretación comparada de monumentos ilustrados y textos, y «geólogos prehistoriadores» que, por el objeto y los métodos de su disciplina, estaban al margen de la arqueología. Pero, en el mismo momento en que Schliemann sigue buscando en Troya y Micenas la confirmación de los poemas homéricos, se alza una nueva generación de arqueólogos, convencidos de que las civilizaciones descubiertas en Grecia y Creta y en Egipto y Oriente Próximo son muy anteriores a la historia, que la filología no sirve de ayuda para estudiar y que la arqueología es la única que permite identificar e informar sobre estas culturas desconocidas hasta entonces.

Para estudiar estas civilizaciones «sin textos», el «arqueólogo historiador» debe convertirse a la prehistoria y solventar la ausencia de textos mediante el recurso a otros métodos importados de la arqueología prehistórica: si en Olimpia los arquitectos ponen en práctica la excavación estratigráfica, en el Mediterráneo oriental quienes la aplican de manera sistemática y establecen los principios de su interpretación son los arqueólogos prehistoriadores de formación o los que llegan a serlo en el campo de trabajo.

El método estratigráfico proviene de la geología y quien lo aplicó a la prehistoria fue J. Boucher de Perthes, que se erige en precursor enunciando los principios de la excavación prehistórica.[131] Sin embargo, en el siglo XIX, la prehistoria padece en Francia un desarrollo anárquico de las investigaciones. La arqueología prehistórica mediterránea y sus logros espectaculares repercutirán en la prehistoria metropolitana, con un énfasis especial en los métodos de excavación.

En Grecia y en Oriente Próximo se llega a reconstruir la sucesión de civilizaciones gracias a la utilización de la estratigrafía, que permite relacionar objetos y aplicar el «cross dating» o doble datación. Una «nueva» arqueología, desvinculada de la filología y que no se limita a describir acontecimientos, se fija el objetivo de reconstituir íntegramente unas civiliza-

131 N. Coye, *Une conscience pour le fouilleur: méthodes et techniques de terrain en archéologie préhistorique avant 1950*, ed. LAPMO, URA 0164 del CNRS, Universidad de Provenza, Aix-en-Provence, 1989; y *La Préhistoire en parole et en acte. Méthodes et enjeux de la pratique archéologique (1830-1950)*, París, L'Harmattan, 1997.

ciones desconocidas hasta entonces. «Todo lo relativo a las transformaciones ocurridas en el mundo físico desde la aparición de la humanidad sobre la tierra y todo lo relacionado con esta misma humanidad es competencia de la arqueología».[132] Los «anales de la humanidad» comienzan con el primer hombre y se dividen «en prehistoria o historia natural y en historia propiamente dicha».[133] La prehistoria es el lazo de unión entre geología y historia y el historiador debe conocerla y considerarla como «el prefacio de sus trabajos».[134] La arqueología, tal como la conciben J. de Morgan y Flinders Petrie, es una ciencia que tiene en cuenta todas las manifestaciones del hombre: «all the products and works of our species,[…] what man has been doing in all ages and under all conditions»;[135] y de este escrupuloso examen se deduce el conocimiento de las culturas humanas.

Así pues, el arqueólogo es a la vez prehistoriador e historiador, y sólo puede llegar a conocer las civilizaciones restableciendo su continuidad cronológica y las relaciones que han mantenido. A finales del siglo XIX ya no se puede emprender una *Histoire de l'art dans l'Antiquité*[136] sin considerar nada más que el arte griego. Cuando G. Perrot concibe el proyecto de renovar la obra de J. J. Winckelmann, está convencido de la interdependencia de las civilizaciones mediterráneas y, para llegar al arte griego, toma el «largo camino que lleva desde las pirámides egipcias y las torres de pisos de Caldea hasta los Propileos de la Acrópolis de Atenas».[137] A medida que avanza en su obra, el descubrimiento de civilizaciones «prehistóricas» en Oriente le obliga a remontarse hasta los orígenes del arte griego: su historia del arte incluye la Grecia primitiva de la que evoca «la edad de piedra». La prehistoria es el preludio de la historia, y G. Perrot, evocando las excavaciones de Schliemann en Micenas, muestra la gran importancia que concede a los métodos que deben garantizar la validez de una arqueología privada de recurrir a los textos y basada únicamente en los «monumentos». Frente a la anarquía que reina en el campo de trabajo de Schliemann en Troya, G. Perrot pone en práctica la excavación estratigráfica, que consis-

132 J. de Morgan, *Les Recherches archéologiques, leur but et leurs procédés*, París, 1906.
133 *Ibidem*.
134 *Ibidem*.
135 W. M. Flinders Petrie, *Methods and Aims in Archaeology*, Londres, 1904.
136 G. Perrot y C. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, 10 vols., París, 1882-1914.
137 G. Perrot, *Leçon inaugurale du cours d'archéologie à la Sorbonne*, París, 1877.

te en ir sacando las capas «una tras otra en todo el perímetro que se desea limpiar» tomando la precaución de «anotar las deposiciones condenadas a desaparecer».[138]

Los resultados obtenidos en Grecia y Oriente próximo convencieron a algunos helenistas ya iniciados al orientalismo de que debían generalizarse los métodos de excavación utilizados en Troya, Filácope o Cnosos. «En una excavación bien hecha, según S. Reinach, más que los objetos a descubrir importan las informaciones que el estudio de las capas o el de los objetos descubiertos por grupos pueden aportar para su clasificación cronológica».[139] La excavación estratigráfica, que Panayotis Kavvadias dirigió en la Acrópolis de Atenas de 1883 a 1890 y que gracias a la clasificación cronológica de las vasijas pintadas áticas permitió fijar en el último cuarto del siglo VI la producción de las primeras vasijas con figuras rojas, muestra que se puede aplicar el trabajo estrictamente arqueológico a las civilizaciones históricas, y a la más prestigiosa de todas ellas, la de la Grecia clásica.

Consciente de que «no hay más que *una* Troya, *una* Ostia, *una* Pompeya» y de que una excavación desordenada destruye «los archivos del suelo»,[140] S. Reinach preconiza la regulación de las excavaciones, que sólo deberían confiarse a los representantes del Estado o a sociedades eruditas. El recurso a los métodos de arqueología de campo significa que hay que formar arqueólogos, por lo que se reclama cada vez con más insistencia «una escuela práctica de arqueología».[141]

El «estudio de las capas» debe asociarse al de los objetos y S. Reinach, en un afán por desarrollar la «nueva arqueología», traduce al francés y comenta las obras de Oscar Montelius,[142] prehistoriador sueco especializado en la edad de bronce y uno de los primeros promotores de los métodos arqueológicos. Él es el primero que en 1884[143] establece los principios

---

138 Ídem, *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, t. VI, *La Grèce primitive*, París, 1894, p. 165.
139 S. Reinach, «La méthode en archéologie», *Revue du mois*, 1911, pp. 279-292.
140 *Ibidem*, op. cit. p. 286.
141 J. de Morgan, *Les Recherches archéologiques, leur but et leurs procédés, op. cit.*
142 O. Montelius, *Les Temps préhistoriques en Suède et dans les autres pays scandinaves*, París, 1895, traducción de S. Reinach.
143 Cf. especialmente «Den förhistoriska fornforskningens metod och material», *Antiquarisk tidskrift för Sverige*, Estocolmo, 1884; y sobre su obra: O. Klindt Jensen, *A History of scandinavian Archaeology*, Londres, Thames & Hudson, 1975.

del «cross dating» que permiten a Flinders Petrie ubicar a las civilizaciones prehelénicas en su cronología relativa y fecharlas mediante referencia a las dinastías egipcias. Inspirado por los trabajos de Darwin sobre evolucionismo, Montelius concibió con su compatriota Bror Emil Hildebrand (1806-1884) una clasificación de herramientas prehistóricas en función de sus tipos y su ubicación geográfica. El «método tipológico» garantiza la cronología relativa de los objetos. Su comparación con series parecidas de otras regiones en las que se han fechado con exactitud permite determinar su cronología absoluta. Gracias a este método, Montelius define los distintos periodos de la edad de bronce.

La constitución de una tipología reside en el examen minucioso de los objetos y en la consideración de *todas* sus características. El objeto ya no se considera por su valor estético, sino que su importancia se debe a que refleja un estado «industrial» y «cultural» en un periodo determinado, por lo que puede servir de indicador cronológico. El caso de la cerámica es muy característico de esta evolución: la ciencia que la estudia, fundada por E. Gerhard y O. Jahn, trata en primer lugar sobre las vasijas pintadas que se hallaron en Italia; y los descubrimientos de Santorín y Micenas suscitan los estudios de A. Dumont y A. Furtwängler (1853-1907) que, al analizar los objetos, tienen en cuenta no sólo su decoración sino también su forma y las técnicas empleadas, con el fin de determinar los orígenes de este arte y sus vías de desarrollo y su difusión.

El valor de «fósil director» (*Leitfossil*) que Alexander Conze concede a la cerámica se confirma con el papel que desempeña en la definición de las civilizaciones micénica y minoica y en su datación. Desde este punto de vista, el fragmento de cerámica característico más insignificante tiene la misma importancia que la vasija entera. Esto es lo que explica que E. Pottier, en su presentación de las colecciones de cerámica del Museo del Louvre, exponga estos fragmentos: efectivamente, «con modestos dibujos […] se resuelven actualmente los problemas más confusos de la historia griega primitiva; gracias a ellos podemos establecer las relaciones que mantuvieron los poblados griegos entre ellos, dar con la cronología de ciudades desaparecidas en un periodo anterior a cualquier documento literario».[144]

144 E. Pottier, *Catalogue des vases antiques de terre cuite du Louvre*, París, 1896, p. 37.

La llegada de estos fragmentos a las vitrinas del mayor museo de cerámica del mundo, el Louvre, refleja una evolución considerable de los estudios cerámicos y la museografía: el museo ya no es sólo un lugar donde se exponen objetos bellos, sino un auténtico centro científico, que trasmite los resultados de las últimas investigaciones y asume un papel didáctico para con el público.

El catálogo de E. Pottier no es sólo un repertorio de vasijas reunidas aleatoriamente en colecciones, sino un verdadero tratado de cerámica, en el que no se observa solamente el objeto en sí, sino también «las circunstancias de su descubrimiento», lo cual permite establecer «sincronismos que resultan sumamente importantes para determinar si no la fecha exacta, sí al menos la época relativa de los distintos grupos de antigüedades».[145] Esto plasma la extrema relevancia de los métodos de excavación y la gran responsabilidad que pesa sobre aquellos arqueólogos que descuidan la redacción de «actas de excavación detalladas» y perpetúan el deplorable «derroche que agotó todas las necrópolis de Italia y Grecia sin que ello enriqueciera el conocimiento preciso de las procedencias y concomitancias».[146]

Por lo que respecta a la vasija en sí, su decoración no se analiza ya como se analizaría un cuadro. Por el contrario, se examinan todos los aspectos técnicos: el color, el dibujo, la forma, que «es un conductor cronológico de gran valor», y la naturaleza de la pasta, aplicando el principio de «que hay que estudiar la vasija pintada como una unidad, como un todo cuyas partes son indisolubles».[147] Así, llegamos a constituir «grupos de cerámicas» cuyo «conjunto forma un bloque, o una superposición de cimientos cuyo orden no puede cambiarse», «ya que el encadenamiento de las series [es] lógico».[148] Pottier adopta para las cerámicas griegas los principios del «método tipológico», implantado por los prehistoriadores G. de Mortillet, Pitt-Rivers, O. Montelius o Flinders Petrie.

La presentación de las colecciones del Louvre responde a los principios científicos enunciados en el *Catalogue*, y a la antigua clasificación por

145 *Ibidem*, p. 52.
146 *Ibidem*, p. 52.
147 *Ibidem*, p. 57.
148 *Ibidem*.

temas sustituye una nueva que, teniendo en cuenta la primera clasificación geográfica, se basa en la identificación de la fabricación, en el orden cronológico de los productos que depende de las formas y los tipos de ornamentación. En las salas del museo se intenta poner de manifiesto «la enseñanza que se obtiene del descubrimiento en sí en una región u otra. Viendo reunidos los productos de un mismo país se percibe de un vistazo la *historia* artística y comercial de una región».[149]

La sala de «orígenes comparados» reúne las «vasijas desde las primeras cerámicas de Tróade hasta las vasijas de Ática y Beocia, describiendo la evolución de unas a otras. Las vasijas, y en especial las de Micenas, están consideradas como «documentos históricos»: una vez construidos los «grupos» o «series», ya no hay que conformarse con haber clasificado los objetos sino que hay que plantearse la cuestión de su origen, su relación con otros productos, su difusión y su influencia; esto equivale a tratar de definir las civilizaciones de las que son fruto y sus relaciones con las culturas contemporáneas. Las vasijas pintadas, además de su valor estético, son útiles «para esclarecer las cuestiones históricas y artísticas relativas a la Grecia naciente».[150]

Si queremos que las excavaciones sean llevadas a cabo con los métodos científicos, que permiten la interpretación de los descubrimientos, si para recabar toda la información histórica de los monumentos es indispensable componer series y construir tipologías, el trabajo del arqueólogo no termina aquí: no debe olvidar que es historiador; si la arqueología recurre a las ciencias naturales y exactas, «la ciencia que más necesita constantemente de la arqueología es la historia…; puede decirse que un arqueólogo que no es historiador sólo es medio arqueólogo».[151]

Los arqueólogos «clásicos» han sacado todo el provecho que «la ciencia de la antigüedad» podía extraer del recurso al «método arqueológico», pero no es cuestión de que ellos reduzcan su papel a la aplicación de la excavación estratigráfica y a la confección de tipologías: desean conciliar «investigación histórica e investigación arqueológica» para llegar a conocer las sociedades antiguas. Se trata de aproximarse al punto de vista de

149 *Ibidem*, p. 67 (la cursiva es nuestra).
150 *Ibidem*, p. 247.
151 S. Reinach, «La méthode en archéologie», *Revue du mois*, *op. cit.*, pp. 279-292.

J. de Morgan, geólogo y prehistoriador, que pone en práctica ciencias naturales y arqueología para colocarlas al servicio de la historia de la humanidad.

La descripción de los objetos y su organización en series o tipologías deben estar orientadas a restituir las culturas que fabrican los productos: la transformación y la evolución de los monumentos están consideradas como las manifestaciones de mutaciones sociales o culturales, y el objetivo de la prehistoria es distinguir «los distintos *tipos* de vida de las sociedades prehistóricas».[152]

La prehistoria no sólo debe admitirse en el campo de los historiadores sino que además debe convertirse en una disciplina histórica por su finalidad: la historia universal desde el principio de la humanidad.

Esta concepción «histórica» de la prehistoria es la de J. de Morgan, cuando presenta *L'Humanité préhistorique*[153] en el primer volumen de una colección que sigue la evolución humana. En el Mediterráneo oriental se elabora una «arqueología prehistórica» cuyos resultados deben contribuir al conocimiento de las culturas descubiertas y permitir su inserción en una perspectiva histórica. En Grecia y Oriente Próximo pudieron identificarse algunas civilizaciones anteriores a la historia y se restablecieron sus relaciones gracias al «método arqueológico», que demostró la capacidad de responder a preguntas de orden histórico; una vez más, será ella quien proporcione los elementos de respuesta que siguen faltando antes de 1918.

En Oriente, la «arqueología histórica» que A. Bertrand aplicaba a la civilización gala y de los celtas europeos, hace referencia a las civilizaciones antehistóricas, en relación cronológica y cultural con las civilizaciones que forman ya parte de la historia. J. de Morgan asignaba a la prehistoria el papel de enlace entre geología e historia. Pero cuando los arqueólogos restauran en el Mediterráneo oriental unas civilizaciones cuyas cerámicas las ponen en relación con el Egipto dinástico, lo que consiguen es una prehistoria limítrofe con la historia: la *Préhistoire orientale* de la época de J. de

152 G. Daniel y C. Renfrew, *The idea of Prehistory,* Edimburgo, C. A. Watts & Co. Ltd., 1988, p. 121.

153 J. de Morgan, *L'Humanité préhistorique*, París, colección L'Évolution de l'Humanité, dirigida por H. Berr, 1921.

Morgan, y la protohistoria o *Frügheschichte* a la que Jean-Pierre Millotte, protohistoriador contemporáneo, asigna el estudio de «civilizaciones primitivas que viven más o menos en contacto con los pueblos que conocen ya la escritura».[154] Después de 1918, «los descubrimientos de la auténtica prehistoria en Oriente Próximo permitirán identificar la protohistoria».[155]

### 6.3.2. La arqueología francesa en el Mediterráneo hasta 1918

#### 6.3.2.1. Grecia

El descubrimiento de la prehistoria en Oriente, primero en Grecia y Creta, constituye «el hecho más importante en la evolución de los conocimientos sobre la historia primitiva del Mediterráneo»:[156] con las excavaciones de Cnosos se recuperaba un milenio de historia, pero además eran el preludio del esplendor de la arqueología «prehistórica» en Oriente Próximo. Por lo que respecta al Mediterráneo occidental, será en Italia y España donde se intente aclarar el prefacio de la historia. En el mundo griego, la Escuela Francesa de Atenas no contribuye al descubrimiento de la prehistoria en la misma medida que las demás misiones extranjeras, a pesar de que dicho descubrimiento enseguida atrajo la atención de Albert Dumont.[157] Aparte de la misión de Paul Perdrizet, Chipre no fue objeto de ninguna otra intervención francesa antes de que Claude Schaeffer iniciase en 1932 sus excavaciones, en las que la Escuela de Atenas no participa en modo alguno. En 1891, André Joubin y Joseph Demargne acuden a Creta con el proyecto de obtener la autorización de excavar en Cnosos, pero lo hacen a la vez que las negociaciones fructuosas de A. Evans. Los trabajos que emprende J. Demargne en Creta en 1898 no le valdrán un campo de trabajo a Francia hasta 1921, fecha en la que empiezan las excavaciones de Malia. En Delos y Delfos —cuyas profundas excavaciones que llegaron mucho más allá de los niveles arcaicos, desvelarán el origen micé-

154 J.-P. Millotte, *Précis de protohistoire européenne*, París, Armand Colin, 1970, p. 6.

155 Cf. A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne*, París, Albin Michel, 1946.

156 C. Picard, «L'oeuvre de l'École française d'Athènes», *Revue historique*, 1948, p. 192.

157 Cf. R. Treuil, «L'École française d'Athènes et la préhistoire/protohistoire du monde égéen», *Bulletin de correspondance hellénique*, 120, número especial «Cent cinquantenaire», 1996, pp. 407-439.

nico—[158] los esfuerzos se concentran de momento en los periodos históricos exclusivamente. En Macedonia y Tracia es donde, aprovechando la primera guerra mundial, los atenienses contribuyen al conocimiento de la prehistoria griega en el Servicio Arqueológico del Ejército de Oriente.[159]

En 1891, cuando Théophile Homolle[160] sucede a Paul Foucart en la dirección de la Escuela de Atenas, «frente al Instituto Alemán que abarca todo el mundo erudito y brilla en todos los países clásicos, la Escuela parece algo aislada».[161] Una gran parte de la obra de A. Dumont se perdió en 1878: el Instituto de Correspondencia Helénica que, siguiendo la idea de Dumont, debía asentar la influencia francesa en Grecia, era abandonado; el *Bulletin* se había convertido en un repertorio epigráfico y ya no desempeñaba su papel de informador de los descubrimientos realizados en el mundo griego. T. Homolle, miembro de la escuela en el «trienado Dumont», se propone encarrilar la institución a cuyo mando se sitúa por el camino abierto en 1875. Su primera iniciativa es restaurar el Instituto de Correspondencia, que celebra su primera sesión el 18 de abril de 1891.

A partir de 1875, la Escuela puso en práctica una arqueología científica y contribuyó enormemente a su incorporación en el sistema universitario francés; pero en 1891, T. Homolle comprueba que los jóvenes miembros están afectados por una «especie de miopía científica que hace que pasen por en medio de los temas sin verlos».[162] Atribuye esta «enfermedad» a la falta de preparación sobre el método de investigación y reclama que los futuros miembros reciban, después de ser admitidos, un curso anual de estudios específicos dedicado a asistir a clases del Colegio de Francia, la Sorbona, la Escuela del Louvre y la Escuela Práctica de Estudios Superiores.

Homolle aboga por una enseñanza «práctica», «que capacite a los futuros miembros de nuestra escuela para dibujar un plano o los detalles de un

---

158 Por descubrimientos micénicos en Delfos en 1939 y en Delos en 1946. Cf. R. Demangel, «Le centenaire de l'École française d'Athènes. Compte rendu des cérémonies et des fêtes jubilaires», *Bulletin de correspondance hellénique*, suplemento, 1946.

159 C. Picard, *op. cit*.

160 Théophile Homolle (1848-1925): director de la Escuela Francesa de Atenas de 1890 a 1903 y en 1912, director de los Museos Nacionales en 1903 y finalmente administrador de la Biblioteca Nacional.

161 Circular de T. Homolle, fechada el 6 de febrero de 1897, citada en G. Radet, *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École française d'Athènes*, París, 1901, p. 222.

162 *Ibidem*.

128. Théophile Homolle (1848-1925). Retrato fotográfico conservado en la Biblioteca del Instituto de Francia.



129. Interior del museo de Delfos durante su construcción: el cliché muestra al célebre auriga y, probablemente, T. Homolle, a la derecha. Fonds Homolle, Biblioteca del Instituto de Francia.



edificio»,[163] que les proporcione nociones básicas de topografía o numismática y les lleve ante los monumentos de los museos. «Esta fase científica» de los futuros miembros es indispensable para la realización de la «escuela de erudición», del «establecimiento científico» que Albert Dumont deseaba.

En estos años en los que la institución francesa se convierte en una «escuela de producción», un «pequeño Colegio de Francia arqueológico»,[164] en el que la arqueología de campo ocupa un lugar considerable gracias a los trabajos de Delos y Delfos, la ausencia de un arquitecto en los campos de trabajo se acusa de manera brutal, ya que la sección de Bellas Artes queda suprimida por la reforma de 1874; los dibujos de los monumentos, aunque indispensables, resultan imposibles, y el propio T. Homolle se expone a las críticas alemanas al excavar en Delos de 1877 a 1879 sin poder confiar el estudio de la arquitectura y la ejecución de un plano general de la excavación a un artista.[165] En 1880, recurre al arquitecto Henri-Paul Nénot para dibujar y restaurar las ruinas halladas en Delos.

El ejemplo que ofrecen los campos de trabajo alemanes de Samotracia y Olimpia, así como su experiencia personal, le hacen tomar conciencia de la absoluta necesidad de disponer de unas competencias técnicas en los campos de trabajo que los universitarios no poseen. Con el decreto del 18 de julio de 1899, T. Homolle conseguía la apertura de la escuela a los «candidatos que recomienden sus títulos científicos»[166] y que se enviase un arquitecto. En 1900, la creación de la sección extranjera consigue que den fruto los esfuerzos realizados para dotar a la Escuela Francesa de la influencia que debería haber ejercido con el plan previsto por A. Dumont para luchar contra la preponderancia alemana. El contingente extranjero de la escuela comprende ciudadanos holandeses, belgas, suizos y daneses.[167]

---

163 *Ibidem.*

164 G. Radet, *op. cit.*, p. 228.

165 A. Michaelis, *Un secolo di scoperte archeologiche*, Bari, 1912.

166 Artículo 1.º del decreto de 18 de julio de 1899 sobre la Escuela Francesa de Atenas.

167 De 1901 a 1904, el holandés C. W. Vollgraff pasa una temporada en la Escuela como miembro extranjero y dirige las excavaciones en Argos a partir de 1902, gracias a las ayudas privadas concedidas por su compatriota Goedoop. Los miembros belgas, H. Demoulin y P. Graindor, excavan el santuario de Poseidón y Anfitrite en Tinos. G. Nicole y W. Deonna fueron los primeros miembros suizos. En 1905, Dinamarca envía a F. Poulsen. Cf. D. Viviers, «Un enjeu de politique scientifique: la section étrangère de l'École française d'Athènes», *Bulletin de correspondance hellénique*, 120, número especial «Cent cinquantenaire», 1996, pp. 173-185.

Théophile Homolle cede a Maurice Holleaux (1866-1932) la dirección de la escuela en 1903, pero la retomará en 1912, para dejarla definitivamente el año siguiente, en favor de Gustave Fougères.[168] Si Homolle es a la vez el hombre de Delos y Delfos, M. Holleaux, epigrafista, tanto historiador como arqueólogo, da preferencia a la isla de Apolo y retoma las excavaciones en 1902. Durante su dirección, M. Holleaux acentúa la política aperturista de la escuela y toma la iniciativa de una acuerdo pactado en 1908 con la Academia de Bellas Artes de Copenhague para asociar jóvenes arquitectos daneses a los trabajos de la escuela. Gerhardt Poulsen es el primero que se va a Grecia y trabaja en Delos de 1908 a 1911.

Entre 1885 y 1891 tienen lugar los viajes de exploración y las misiones epigráficas, mientras que la arqueología de campo se desarrolla en los santuarios de Apolo, en Perdico-Vrysi, en Beocia y Delos. En Ptoon se encuentra un oráculo casi tan famoso como el de Delfos, y la excavación metódica que M. Holleaux emprendió de 1881 a 1891 hace de este campo de trabajo, que se conservará hasta 1935, uno de los más pretigiosos de la Escuela de Atenas.

La exploración de Delos, iniciada en 1873 por Albert Lebègue y continuada hasta 1935, le fue confiada en 1877 a T. Homolle por A. Dumont, que elaboró un programa de exploración del yacimiento. A partir de 1880, un arquitecto participa en las obras, dirigidas por T. Homolle hasta 1888 y situadas bajo la responsabilidad de varios miembros de la Escuela hasta 1894. En 1902, las excavaciones pueden retomarse gracias a la generosidad del duque de Loubat, que aporta un crédito anual. Hasta 1914, Delos conoce una intensa actividad y requiere numerosas competencias: la contribución de los arquitectos daneses en ese momento resulta valiosísima. M. Holleaux, que durante la limpieza del Ptoon hizo gala de un tremendo rigor, aplica a Delos los métodos de la arqueología alemana; recurre a Henri Convert, director de Caminos, para la organización del campo de trabajo y la limpieza y excava la ciudad barrio a barrio hasta el suelo virgen. «Se tomó nota de las altitudes, se establecieron los planos, se tomaron fotografías a medida que avanzaba la exploración; se elaboró el catálo-

168 Gustave Fougères (1863-1927), director de la Escuela Francesa de Atenas de 1913 a 1919.

go completo de objetos descubiertos».[169] Gracias a él, «la exploración de Delos es una de las contribuciones más importantes al conocimiento del arte, la arquitectura privada, la economía y la vida diaria del mundo griego en la época helenística».[170]

Además, M. Holleaux garantiza la publicación rápida de resultados, gracias a su concepción colectiva del trabajo científico. El primer volumen de la *Exploration archéologique de Délos* se publica en 1909[171] y es, en 1948, a juicio de C. Picard, «la más bella de las publicaciones francesas realizadas hasta la fecha en Grecia».[172]

Delfos, donde, a pesar de los importantes trabajos de P. Foucart, C. Wescher y B. Haussoullier, la Escuela de Atenas había hecho frente a la competencia alemana y americana, queda definitivamente asignada a Francia a principios del año 1891.[173] Las Cámaras votan un crédito de 500.000 francos, y se traslada el pueblo de Kastri, construido sobre las ruinas. Los trabajos dan comienzo en octubre de 1892 y continúan hasta 1903. T. Homolle se rodea de un equipo formado por miembros de la escuela, así como de un arquitecto, Albert Tournaire, y de un ingeniero, Henri Convert, que controla el funcionamiento del campo de trabajo.[174] En Delfos se aplican los métodos utilizados en Olimpia, ya que la excavación estaba considerada como la restitución de un conjunto en el que cada parte debía estudiarse de manera precisa y rigurosa. Cuando en 1903, se inaugura el museo y se entrega el yacimiento al Estado griego, ya se ha completado un trabajo de limpieza considerable. Se da por terminada la excavación y bastarán cinco años para publicarlo todo.

Pero T. Homolle comete el error de creer que él solo podrá realizar el estudio epigráfico y no se toma la molestia de organizar un trabajo colec-

---

169 M. Holleaux, *Premier rapport à l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, París, 1904, citado por R. Vallois en «Centenaire de l'École d'Athènes», *Bulletin de correspondance héllenique*, suplemento, París, 1946.
170 G. Rachet, *Dictionnaire de l'archéologie*, París, «Bouquins» R. Laffont, 1983, p. 278.
171 *Exploration archéologique de Délos*, 30 fascículos en 34 volúmenes, París, 1909-1979.
172 C. Picard, «L'oeuvre de l'École française d'Athènes», *op. cit*.
173 Cf. *La Redécouverte de Delphes*, École française d'Athènes, 1992.
174 Cf. *Paris-Rome-Athènes. Le voyage en Grèce des architectes français aux* XIX*e et* XX*e siècles*, exposición *París-Atenas-Houston*, París, 1982.

tivo. La Comisión del Ministerio de Instrucción Pública, compuesta para elaborar un plan de explotación de los descubrimientos y organizar la publicación, deja de reunirse enseguida. Será a partir de 1920 cuando Charles Picard reactive el campo de trabajo de Delfos confiándoselo a Robert Demangel[175] y vuelva a lanzar las publicaciones.

La primera guerra mundial ofrece a la Escuela de Atenas la ocasión de participar en las investigaciones sobre la prehistoria griega: tras el desembarco de Dardanelos en 1915, el cuerpo de la expedición francoinglesa recibe la responsabilidad de las antigüedades en Macedonia, por la ordenanza del 21 de febrero de 1916 emitida por el general Sarrail. Una instrucción posterior ofrece a Francia la posibilidad de llevarse los objetos hallados y, siguiendo la idea de «la tradición francesa de Egipto y Morea»,[176] permite lanzar una auténtica exploración científica.

El Servicio Arqueológico del Ejército de Oriente se encarga de ello y, con el apoyo del Servicio Topográfico del Ejército y los éforos griegos, los «atenienses» emprenden la dirección de la misión, situada al mando del Instituto de Francia. Sus trabajos descubren la prehistoria en Macedonia, esta región intermedia entre Grecia y Europa central y oriental, y proporcionan «un nuevo eslabón de la cadena…. que une Bosnia a Tróade y a Frigia por una parte, y a Hungría y al sudoeste de Rusia, por otra».[177]

Estas investigaciones, importantes para la comprensión de la prehistoria en Europa y el Mediterráneo, vuelven a lanzar a partir de 1919 las indagaciones de la Escuela Francesa de Atenas en el norte de Grecia, iniciadas en 1911-1914 por Adolphe Reinach, Charles Picard y Georges Avezou en Macedonia, y en la costa tracia hasta Dardanelos. Esta exploración finaliza con la apertura de las excavaciones en Filipos en 1913: las obras, interrumpidas por la guerra, serán retomadas a finales de los años veinte. Durante su periplo, los tres «atenienses» abordan Tasos, que G. Perrot visitó en 1856, donde la escuela inaugurará en 1925 una de las excavaciones más ricas del mundo griego.

---

175 Robert Demangel (1891-1952), director de la Escuela Francesa de Atenas de 1936 a 1950.

176 L. Rey, «Observations sur les premiers habitants de la Macédoine recueillies par le Service archéologique de l'armée d'Orient (1916-1919)», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1921.

177 *Ibidem.*

En este periodo que termina en 1918, la Escuela Francesa de Atenas se esfuerza en reafirmarse en un contexto internacional dominado aún por «la ciencia alemana», con la que rivaliza «la ciencia francesa»: Delfos y Delos responden a Samotracia, Olimpia, Pérgamo y Magnesia. Sin embargo, las demás naciones europeas y Estados Unidos también se implantaron en Grecia mediante instituciones parecidas a la Escuela Francesa de Atenas y al Instituto Alemán. Austria está representada en Atenas desde 1896 y, en la misma fecha, Suecia participa en la exploración de Ática y, entre 1902 y 1914, la Carlsberg Foundation apoya los trabajos de Dinamarca en Rodas.[178] La British School of Archaeology, fundada en 1886, excava en Megalópolis y Richard M. G. Dawkins inaugura en 1906 en el santuario de Artemis Ortia, en Esparta, un método de excavación con un futuro prometedor, el que asocia cuadrícula y observación estratigráfica. A pesar de ser independiente de la British School, el mecenas de la excavación de Cnosos, A. Evans, es inglés y provocó un fracaso a la Escuela de Atenas, que no se unirá a las misiones extranjeras en Creta hasta 1921. En cuanto a la misión arqueológica italiana de Creta creada en 1899, se instala firmemente en la isla con los campos de trabajo de Hagia Tríada, Festos y Prinias. En 1909, la Reale Scuola Archeologica Italiana di Atene confirma la influencia italiana en el mundo helénico. Estados Unidos, presente ya en Grecia con las excavaciones de Aso, funda en 1882 la American School of Classical Studies, que abre enseguida un campo de trabajo en el Heraion de Argos. La escuela americana participa asimismo en la exploración de Creta con el desescombro de Gurniá.

El año 1891 supone un cambio importante en la historia de la Escuela de Atenas y de la arqueología francesa de Grecia: mientras que Creta ya ha atraído a varios «atenienses», y se piensa en organizar un campo de trabajo en el yacimiento de Cnosos, interviene por fin la firma del protocolo de Delfos, que impone a T. Homolle la elección de Grecia en lugar de Creta, un santuario aún más prestigioso que el de Olimpia, donde la arqueología francesa podrá rivalizar con la ciencia alemana y Francia podrá encontrar su gloria.

---

178 De 1902 a 1908, y en 1913-1914, K. F. Kinch (1853-1921) y C. S. Blinckenberg (1863-1948) dirigieron las excavaciones en Lindos de Rodas. Cf. A. Rathje y J. Lund, «Recent Danish Research in Classical Archaeology», *Acta Hyperborea*, 3, Copenhague, 1991, pp. 11-56.

En la época de 1890 todavía parece dominar el estado de ánimo posterior a Sedán, y sigue reinando la preocupación por alcanzar al Instituto Alemán que, aplicando un programa parecido al que había previsto A. Dumont para la Escuela Francesa, se aseguró una clara influencia.

Sin embargo, en el momento en el que la prehistoria helénica irrumpe de manera brusca y espectacular en la escena arqueológica, los franceses dan prioridad a los grandes campos de trabajo de Delos y Delfos, y se ven alejados de las investigaciones realizadas en los yacimientos prehistóricos. Quizás haya que ver en esta elección una explicación del fracaso de la escuela en la realización de una vocación oriental que parecía que le estuviera prometida.

De hecho, desde 1893, la dirección de la escuela había adoptado una política de apertura hacia las regiones helenizadas fuera de Grecia: André Joubin (1866-1944) entró en el museo de Constantinopla para trabajar en la presentación y los catálogos de las colecciones. Había concebido en esta ocasión el proyecto de una Escuela Francesa en Constantinopla, que se realizaría en 1930 y cuya responsabilidad fue confiada a Albert Gabriel, antiguo arquitecto de la Escuela Francesa de Atenas.[179] En 1894, J. de Morgan, director del Servicio de Antigüedades de Egipto, sugiere que un miembro de la Escuela de Atenas estudie la época ptolemaica: como resultado del acuerdo al que llegan la institución ateniense y el Instituto de El Cairo, se crea una sección de papirología y Pierre Jouguet[180] es enviado a Egipto de 1894 a 1897. Unos años más tarde, en 1901, este ateniense funda en Lille el Instituto de Papirología. Paul Perdrizet, autor de una misión en Chipre y Siria con Charles Fossey, publica unos bronces griegos de Egipto.

Ésta es la situación de la arqueología francesa en el Mediterráneo oriental. Algunos miembros de la Escuela de Atenas habían puesto la mirada en Occidente, y el norte de África fue desde 1859, con los trabajos que realizó E. Beulé en Cartago, un área abierta a las investigaciones de los «atenienses»: en 1884, Salomon Reinach materializó con Ernest Babelon

179 Albert Gabriel (1883-1972) participa en las excavaciones y en la publicación de Delos (1908-1911).

180 Pierre Jouguet (1869-1949): director del Instituto Francés de Arqueología Oriental de El Cairo de 1928 a 1940.

el proyecto de Charles J. Tissot de excavar Cartago; y en 1892-1893, Charles Diehl (1859-1944) acude a Túnez para estudiar los monumentos bizantinos. Sin embargo, es la Escuela de Roma la que hará del norte de África su campo de aplicación, y los «grandes africanos» de la arqueología francesa serán más «romanos» que «atenienses».

#### 6.3.2.2. España

En el Mediterráneo occidental, España ofrecía a «la pequeña colonia ateniense de Burdeos» la posibilidad de completar el panorama de la prehistoria mediterránea que necesitaba Oriente. Son los «atenienses» los que, de Léon Heuzey a Pierre Paris, vuelven la vista a la península ibérica y promueven la creación de una nueva institución francesa en el Mediterráneo.

En 1890, la prehistoria española había vencido las dudas de los escépticos[181] y los eruditos franceses y españoles inauguraban, con una monografía conjunta dedicada a Altamira,[182] el *Corpus de l'art préhistorique*. En 1910 se abre una época de cooperación francoespañola gracias al mecenazgo del príncipe monegasco, que crea en París el Instituto de Paleontología Humana, en el que Henri Breuil ocupa la cátedra de etnografía prehistórica. A partir de 1910, los trabajos se concentran en el arte rupestre de Francia y España y se llevan a cabo en estrecha colaboración con los eruditos españoles.

En España, la situación arqueológica es bastante parecida a la francesa, ya que en ambos países se desarrollan paralelamente investigaciones sobre prehistoria y protohistoria, considerando estos términos en su acepción moderna. Los franceses permanecen muy atentos a los descubrimientos que muestran la prehistoria y la protohistoria en España: así, por ejemplo, É. Cartailhac procura una resonancia internacional a la obra de los hermanos Siret[183] y J. Déchelette acude también a la península ibérica.

181 É. Cartailhac, «Mea culpa d'un sceptique», *L'Anthropologie*, 1902.

182 H. Alcalde del Río, H. Breuil, R. P. L. Sierra, *Les Cavernes ornées de la région cantabrique, Espagne*, Mónaco, 1912.

183 L. y H. Siret, *Les Premiers âges du métal dans le sud-ouest de l'Espagne*, Amberes, 1887. En la Exposición Internacional de Toulouse, en 1887, el informe de É. Cartailhac sobre los trabajos de los hermanos Siret le proporciona la medalla de oro.

En medio de este gran impulso de la prehistoria española, las investigaciones sobre la arqueología prerromana avanzan considerablemente: comienzan con el descubrimiento de las extrañas estatuas del Cerro de los Santos, que captaron la atención de Léon Heuzey,[184] preocupado por la cuestión de las influencias ejercidas desde el Mediterráneo oriental hasta el occidental. Es el primero que intuye que en España se extiende un gran campo de investigación, por lo que envía en este final de siglo a dos jóvenes «atenienses»: Arthur Engel[185] y Pierre Paris.[186]

Al igual que en Italia y Grecia, los arqueólogos franceses han de enfrentarse en España con la competencia de Alemania, con la que la rivalidad arqueológica se verá agravada por la competencia política en los albores de la primera guerra mundial. De hecho, uno de los primeros eruditos extranjeros que se interesa por las antigüedades españolas es Emil Hübner (1834-1901), que en 1862 elabora un catálogo de las obras antiguas conservadas en Madrid,[187] constituye el *Corpus Inscriptionum Latinarum* de España y en 1888 publica su *Archéologie d'Espagne*, obra galardonada con el primer gran premio Martorell de Barcelona.

Arthur Engel, antiguo miembro de la Escuela de Atenas, antes incluso de disfrutar de una misión del Ministerio de Instrucción Pública, reside en Andalucía en 1889-1890, donde realiza excavaciones con George Bonsor, fundador del museo de Carmona.[188] Enseguida se le une en 1895 y 1897 Pierre Paris, que con el descubrimiento de las estatuas del Cerro de los Santos deja entrever una línea de investigación original y concibe «una historia del arte español indígena».[189] ¿No será que sueña con ser el

184 L. Heuzey, «Statues espagnoles de style gréco-phénicien», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions*, 1890, p. 125 ss.; ídem, *Bulletin de correspondance hellénique*, XV, 1891, pp. 608-625.

185 Arthur Engel (1855-1920): arqueólogo y numismático, hijo del industrial Frédéric Engel-Dollfus, que con su mecenazgo facilitó la creación de los *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École française de Rome*.

186 Pierre Paris (1859-1931), fundador de la Casa de Velázquez en Madrid.

187 E. Hübner, *Die Antiken bildwerke in Madrid*, Berlín, 1862.

188 George Edward Bonsor (1855-?): pintor y arqueólogo británico. Instalado en el castillo de Mairena del Alcor (Sevilla), dirige las excavaciones en Carmona y se une a los trabajos de A. Engel en este yacimiento y en Osuna.

189 P. Paris, *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, París, 2 vols., 1903-1904.

Schliemann de la arqueología española?[190] En 1897, compra para el Louvre con gran acierto una estatua femenina, cercana a las del Cerro de los Santos, que se hará famosa para siempre con el nombre de Dama de Elche y declara: «¡Hay que conquistar España ahora o nunca!».[191]

Pierre Paris emprende con Arthur Engel esta iniciativa, desarrollando toda una estrategia en los yacimientos más prometedores, pero tratando a la vez de arrastrar al bastión de la enseñanza superior francesa, representada por Louis Liard, a quien hay que convencer para que se interese por España.

A la espera de que esto ocurra, los franceses han de «consolidar sus posiciones en el rico terreno español».[192] A. Engel se aplica a través de las relaciones que se esfuerza en establecer con los arqueólogos españoles: una carta del 19 de marzo de 1902 a L. Heuzey afirma que logra establecer una fructífera relación con Manuel Rodríguez de Berlanga, alumno y amigo de E. Hübner pero, según A. Engel, «algo desligado de la influencia alemana» tras la muerte del epigrafista alemán. Los franceses deben hacer de él un aliado que, «con su imparcialidad, su ciencia, su conocimiento profundo de sus compatriotas» podía resultar valiosísimo. A. Engel obtiene asimismo el apoyo de la Academia Española de Historia, y en concreto, del R. P. Fita.

En 1902, mientras M. Rodríguez de Berlanga se dispone a publicar los relieves prerromanos que se acaban de descubrir en Osuna, A. Engel negocia su compra para el Louvre. En enero de 1903, Engel adquiere el mismo terreno en el que han aparecido los relieves e inicia las excavaciones que le ocuparán en 1903-1904. Al no poder realizar solo esta tarea ni con la colaboración G. Bonsor, reclama la ayuda de P. Paris o de un miembro de la Escuela de Roma, y lamenta que esta última «no se decida a incluir a España en su ámbito de trabajo».[193]

---

190 Carta de P. Paris, correspondencia con L. Heuzey, 27 de agosto de 1897, Biblioteca del Instituto de Francia.

191 Carta de P. Paris, correspondencia con L. Heuzey, 3 de enero de 1898, Biblioteca del Instituto de Francia.

192 Carta de P. Paris, correspondencia con L. Heuzey, 7 de mayo de 1902, Biblioteca del Instituto de Francia.

193 Carta de P. Paris, correspondencia con L. Heuzey, 2 de marzo de 1903, Biblioteca del Instituto de Francia.

A. Engel se sale con la suya en 1905, cuando un joven «romano» del tercer curso, Eugène Albertini, se une a P. Paris en Elche para una misión de excavación.[194] Hay mucho por hacer, por ejemplo, llevar a cabo el proyecto elaborado con el «amigo Bonsor» de «sentar las bases del mapa arqueológico de Andalucía»,[195] tomando como modelo el que se está realizando en Francia. E. Albertini, enamorado definitivamente de España, se implica en esta ambiciosa empresa, pero a falta de un atlas geográfico, se habrá de conformar con un corpus de las «Sculptures antiques du conventus tarraconensis», publicado en el *Anuari* de Barcelona en 1911.

A. Engel ve aún más lejos y más claro, y se declara capaz de reproducir «en cualquier ciudad española», el «pequeño servicio de antigüedades» que organizó en Osuna. Además, se plantea darle un carácter oficial y desarrollarlo en toda España. Bastaría con «enviar regularmente a un miembro de Roma y otro de Atenas para explorar estos cerros o despoblados que había conquistado».[196] De este modo, Francia tendría, sin ningún gasto, «una misión permanente» que obviamente debería contar con las instituciones y arqueólogos españoles, empezando por las relaciones entre individuos para llegar a los intercambios oficiales entre los dos países.

Resulta igualmente urgente tomar decisiones para ampliar y consolidar el campo de acción definido por los pioneros, A. Engel y P. Paris, ya que en España se anuncia la adopción de una ley sobre las excavaciones y la exportación de antigüedades.

En 1900 se elabora un proyecto draconiano: el 7 de julio de 1911 la ley es definitivamente votada y, en 1912, España se dota de una Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades cuya misión es la protección de las antigüedades y la investigación arqueológica.

El análisis que había hecho Engel en 1893 sobre la situación de la arqueología en España resulta ser exacto: en su día dirigió al ministro de

194 Eugène Albertini (1880-1941): historiador y arqueólogo francés, director del Servicio de Antigüedades de Argelia de 1923 a 1933. «Fouilles à Elche», *Bulletin hispanique*, 1906, p. 333 ss.

195 Carta de P. Paris, correspondencia con L. Heuzey, 25 de marzo de 1903, Biblioteca del Instituto de Francia.

196 Carta de P. Paris, correspondencia con L. Heuzey, 17 de abril de 1903, Biblioteca del Instituto de Francia.

Instrucción Pública un informe titulado «À quand l'École française d'Espagne?» P. Paris volvió a la carga en 1898 con un informe al director de Bellas Artes y al director de la enseñanza superior, a quienes trataba de convencer de crear una misión permanente francesa en Madrid. Al igual que Engel, subrayaba la necesidad de implantar en España una escuela francesa, capaz de establecer relaciones equilibradas con las instituciones que con toda seguridad se crearían en el país ibérico.

Efectivamente, en 1907 se creaba la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas con el fin de promover los intercambios culturales con el extranjero, suscitar trabajos de investigación y favorecer el desarrollo de instituciones educativas. Gracias a ella, España y Francia intercambian profesores. Con el Centro de Estudios Históricos, creado en 1910 y presidido por Ramón Menéndez Pidal, la Junta organiza misiones de excavación. La sección de arqueología está dirigida por Manuel Gómez Moreno y publica el *Archivo Español de Arte y Arqueología*. En ese momento, el Museo Arqueológico Nacional de Madrid es reorganizado por Ramón Mélida y Álvarez Ossorio. La arqueología española se dota así de instituciones y uno de sus objetivos es evitar que se repita la desventura de la Dama de Elche: de hecho, el nacimiento de la Junta no es ajena al éxito que P. Paris cosechó con su adquisición. En las provincias asistimos durante este periodo de gran creatividad al florecimiento de museos, revistas e instituciones regionales o locales. Por ejemplo, en Barcelona, Prat de la Riba crea en 1907 el Institut d'Estudis Catalans y su *Anuari*, para el que colabora P. Paris desde el primer número con un artículo dedicado a «Algunas vasijas iberas inéditas».

En estos albores del siglo XX, la arqueología española se organiza y adquiere una dimensión internacional no sólo por el prestigio de sus eruditos, sino también por la creación de la Escuela Española de Roma, fundada por el decreto de 3 de junio de 1910.[197]

Del lado francés, ni Engel ni Paris lograron convencer al poder central para que se creara en Madrid una escuela análoga a las de Roma o

197 R. Lantier, «Compte rendu des *Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma*, 1.2 (1912-1914)», *Journal des savants*, 1916, p. 477 ss.

Atenas. Sin embargo, la carta constitutiva de las universidades de 1896, que les animaba a utilizar sus recursos en pro de la región,[198] será el filón para fundar el organismo francés de Madrid. Como afirma Georges Radet, uno de los pilares de esta empresa francesa en España: «Burdeos adoptaría e impulsaría el proyecto español que había caído en París en un sueño cataléptico».[199] La Universidad de Grenoble daba ejemplo con la creación del Instituto Francés de Florencia, dirigido por Julien Luchaire, inaugurado el 27 de abril de 1908 y patrocinado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas.[200]

En 1888, las universidades de Burdeos y Toulouse transformaron sus *Annales* en *Revue des universités du Midi*, que incluía un *Bulletin hispanique*, que en 1899 se convierte en *Revue des études anciennes*, dirigido durante cuarenta años por G. Radet (1859-1941). Este compañero de P. Paris en la Escuela de Atenas, preocupado por asegurar la proyección de la universidad de Burdeos, contribuirá en buena medida a la fundación de la Casa de Velázquez.[201]

En los primeros años del siglo XX, cuando la vida intelectual cobra un nuevo esplendor en los países latinos como reacción contra el pangermanismo y la admiración universal que despierta la ciencia alemana desde 1870, surge la idea de una «Unión Latina» en la que Francia desempeñará el papel de intermediaria intelectual entre naciones.[202]

Tras la primera guerra mundial, se organiza en torno a la Sociedad de Naciones una comisión de cooperación intelectual, presidida por Henri Bergson y fundada sobre la entente entre estados, que toca el tema de las excavaciones arqueológicas, así como la propiedad científica y artística.[203]

---

198 L. Liard, *L'Enseignement supérieur en France, 1789-1889*, t. 1, París, 1888.

199 G. Radet, «La Casa Velázquez», *Revue philomatique*, 32.1, 1929.

200 J. Luchaire, «Sur l'organisation des relations des universités françaises avec l'étranger», *Publication de l'Institut français de Florence*, Florencia, 1910.

201 «Cinquantenaire de la Casa Velázquez», sesión pública del 11 de octubre de 1978, Academia de Inscripciones y Bellas Letras, Academia de Bellas Artes y Academia de Ciencias Morales y Políticas, París.

202 J. Luchaire, «Sur l'origine des relations des universités françaises avec l'étranger», *op. cit.*, 1910.

203 J. Luchaire, *L'Oeuvre de la Commission de coopération intellectuelle à la Société des nations*, París, 1924.

En esta época, Toulouse y Burdeos aparecen como intermediarias naturales entre Francia y España desde el punto de vista cultural y, mientras que la primera crea en 1909 la Unión de Estudiantes Franceses y Españoles, la última organiza la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos, dirigida por P. Paris, que atrae a antiguos miembros de las escuelas de Roma y Atenas, como Eugène Albertini y Gabriel Leroux. Hasta 1913, fecha en que se crea el Instituto Francés de Madrid,[204] se desarrolla una «especie de anfictionía universitaria»[205] que reúne a Burdeos, Toulouse y a un buen número de universidades españolas: Barcelona, Madrid, Oviedo, Salamanca, Zaragoza, Sevilla y Valladolid.

La institución de la calle del Marqués de la Ensenada es una pequeña universidad francoespañola, donde se practica el intercambio entre universitarios y estudiantes de ambos países, a la vez que se realizan investigaciones arqueológicas.[206] Siguiendo el ejemplo del Instituto de Florencia, el centro francés de Madrid desarrolla una política de estricta reciprocidad con España.

Poco antes de la primera guerra mundial, se abre la era de los pioneros de la arqueología francoespañola con unas perspectivas de intensificación y fomento de intercambios mediante la creación de instituciones que organizan las relaciones entre investigadores franceses y españoles. «La conquista de España» con la que soñaba Pierre Paris se cumple, pero sin que haya vencedores ni vencidos: la actividad que desarrollaron en España los eruditos franceses, prehistoriadores, protohistoriadores y especialistas de la antigüedad, contribuyó a estructurar las investigaciones de los arqueólogos españoles y sentó las bases para una fructífera colaboración.

Cuando el conflicto mundial parece inevitable, España se convierte en el escenario de las propagandas alemana y francesa. La rivalidad científica de las dos potencias se materializa en una amarga lucha de influencias en la que los arqueólogos toman parte activa.

El Instituto francés de Madrid organiza conferencias en las que se procede a realizar «lecturas sobre la guerra» según el programa estableci-

204 «Cinquantenaire de la Casa Velázquez», *op. cit.*
205 G. Radet, *op. cit.*
206 Ídem, «Une mission universitaire en Espagne», *Bulletin hispanique*, 10, 1908, p. 321 ss.



130. La Dama de Elche, descubierta por unos obreros el 4 de agosto de 1897, en la provincia de Alicante (España). Fue adquirida enseguida por P. Paris para el Museo del Louvre. Primera fotografía publicada por P. Paris en *Monuments et Mémoires de la Fondation Eugène Piot*, 1897, lám. XIII. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

do por P. Paris, que es el vicepresidente nacional del Comité Internacional de Propaganda.[207] Raymond Lantier,[208] colaborador libre del museo de Saint-Germain-en-Laye y becario de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos, colabora en el intento de Francia de ganarse la opinión pública española; conoce en Madrid al abad Breuil, asignado al Servicio de Información Naval de la embajada, y realiza una labor informativa.

Por otra parte, P. Paris y el instituto francés son los responsables del nacimiento de una misión de académicos franceses que acuden a Madrid en 1916 para solicitar al rey Alfonso XIII la creación de una escuela francesa de arte y arqueología.[209] Unos meses después, algunos académicos españoles acuden a París, son recibidos en Toulouse y Burdeos y visitan el frente.[210] En el momento más acre de hostilidades, los lazos entre Francia y España se consolidan gracias a la actitud liberal del rey Alfonso XIII, que se compromete a proporcionar el terreno donde se levantará la futura escuela francesa. Las Cortes ratifican la decisión en 1919 y conceden a la Academia de Bellas Artes un espacio en las propiedades reales de la Moncloa.[211] Pero habrá que esperar hasta 1928 para la inauguración del ala principal de la Casa de Velázquez, que elegirá a sus miembros de entre los artistas de ambos países. En el ámbito arqueológico, la colaboración de los investigadores españoles y franceses se desarrolla en el marco de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos: R. Lantier, que alimenta la «crónica iberorromana» del *Bulletin hispanique* con informes sobre la actividad arqueológica en España,[212] publica junto con Juan Cabré (1881-1947) y con el patrocinio de la Junta para la Ampliación de Estudios, el santuario de Castellar de Santisteban.[213] R. Lantier persigue, por otra

---

207 P. Paris, «Notes et réflexions sur notre propagande et l'état de l'opinion en Espagne. L'Espagne et la guerre. Kultur et civilisation», *Bulletin hispanique*, 18, 1916, p. 194 ss.

208 Raymond Lantier (1886-1980): conservador jefe del Museo de Saint-Germain-en-Laye de 1932 a 1956.

209 P. Paris, «La Casa Velázquez», *Sud-Ouest économique*, 182, enero de 1929, p. 19 ss.

210 M. Azaña, «Nuestra misión en Francia», *Bulletin hispanique*, 19, 1917, p. 26.

211 «Cinquantenaire de la Casa Velázquez», *op. cit*.

212 R. Lantier, «Chronique ibéro-romaine, I-IV», *Bulletin hispanique*, 1 a 22, 1916-1920.

213 R. Lantier y J. Cabré, *Le Sanctuaire ibérique de Castellar de Santisteban*, Madrid, 1917.

parte, la creación del inventario de monumentos esculpidos precristianos de la península ibérica, iniciado por E. Albertini.[214]

Paralelamente a su labor de constitución de un corpus de antigüedades en España, P. Paris trata de ampliar la actividad de excavación, que tiene una importancia vital «para nuestra influencia intelectual y moral en España».[215] En octubre de 1914 consigue para la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos la autorización para excavar el yacimiento de Bolonia-Belo, en el litoral de la provincia de Cádiz, frente a Tánger. Pero no será hasta 1917 cuando den comienzo las excavaciones de lo que se convertirá en campo de trabajo oficial de la Casa de Velázquez.[216]

P. Paris colabora en las excavaciones de Belo con G. Bonsor, corresponsal de la Real Academia de la Historia y explotador de Carmona. Cayetano de Mergelina se convierte en delegado de la Junta para participar en las obras. A la escuela no le faltan permisos de excavación, pero «le cuesta encontrar arqueólogos a los que contratar, pues los jóvenes franceses dudan en dedicarse a España, que no les ofrece unas perspectivas profesionales tan brillantes como Atenas o Roma».[217]

Durante estos años difíciles de puesta en marcha de la Casa de Velázquez, la arqueología española concluye su organización y se afirma en el plano internacional. En 1914 se crea en Madrid una Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas que agrupa, entre otros, a Hugo Obermaier, Hernández Pacheco, el conde de la Vega del Sella, Juan Cabré y Paul Wernert, dando un nuevo impulso a las investigaciones prehistóricas en España.[218] El abad Breuil contribuye también a la creación, en la universidad de Madrid, de la primera enseñanza de la prehistoria, con la cátedra de historia primitiva del hombre, asignada a H. Obermaier[219] en 1914. En 1929, el ayunta-

---

214 R. Lantier, *Inventaire de monuments sculptés pré-chrétiens de la péninsule Ibérique*, Burdeos, 1918.

215 P. Paris, *Rapport sur le fonctionnement de l'École des hautes études hispaniques pendant l'année 1923-1924*, Burdeos, 1924.

216 Ídem, «Exploration archéologique de Bolonia, province de Cadix», *Bulletin hispanique*, 20, 1918, p. 77 ss.

217 P. Paris, *op. cit.*, 1924.

218 P. Bosch Gimpera, «My Archaeological Research and Souvenirs», *Antiquity*, 1974.

219 Hugo Obermaier (1877-1946): prehistoriador alemán; deja España en 1936 y se convierte en profesor de prehistoria en la Universidad de Friburgo en 1939.

miento de Madrid se dota de un Servicio de Investigaciones Prehistóricas dirigido por Pérez de Barradas.

La actividad arqueológica no es exclusiva de la capital sino que se desarrolla en el resto del país, especialmente en Cataluña. En 1907, se constituyó en Barcelona el Institut d'Estudis Catalans. En su *Anuari* participaban activamente arqueólogos franceses. En 1915 se crea en el instituto catalán un Servei d'Investigacions Arqueològiques, dirigido por un joven profesor de historia universal antigua y medieval de la Universidad de Barcelona, Pere Bosch Gimpera, que el mismo año entra en la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas.[220] Más tarde, en 1929, Isidro Ballester Tormo y Luis Pericot, uno de los alumnos de P. Bosch Gimpera, crean en Valencia un Servei d'Investigació Prehistòrica.

P. Bosch Gimpera, formado en la escuela de los grandes historiadores y arqueólogos alemanes, organiza el Servei catalán sobre el modelo de las superintendencias italianas, que inspirarán también a los franceses para poner en práctica un servicio de excavaciones. En un afán por conferir una dimensión nacional a la arqueología catalana, organiza en 1917 un seminario de prehistoria, donde se forma una cantera de arqueólogos profesionales y que permite el diálogo con el núcleo de prehistoriadores que dirige en Madrid H. Obermaier. El Servei, impulsado por Bosch Gimpera, desarrolla una intensa actividad investigadora, en especial en Ampurias y el Bajo Aragón.[221] Totalmente abierto a los contactos internacionales, Bosch Gimpera establece una correspondencia activa con Salomon Reinach a propósito de los intercambios de moldes y muestras con el Museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye.[222]

Desde el punto de vista teórico, el maestro de la arqueología catalana se forja una visión de conjunto de la prehistoria y la protohistoria peninsulares, situándolas en su contexto europeo, mediterráneo y africano. No ignora nada de lo que se publica en Europa y elabora numerosos informes

---

220 P. Bosch Gimpera (1891-1974): profesor de la Universidad de Barcelona, considerado el fundador de la escuela catalana de arqueología. «La investigación arqueológica en España», *Investigación y Progreso*, 4, 1930, p. 2 ss.

221 A. Beltrán, *De arqueología aragonesa*, I, Zaragoza, 1978.

222 È. y J. Gran-Aymerich, R. Batista Noguera, «A propósito de Pere Bosch Gimpera y de su correspondencia inédita conservada en el Musée des antiquités nationales», *Ampurias. 50.º aniversario*, 48-50, 1981-1989 (1993), pp. 60-63.

de los trabajos franceses. De 1925 a 1927 confía a la *Revue anthropologique* sus estudios sobre el neolítico y el calcolítico de Francia, realizados en colaboración con Serra Ráfols y considerados como la primera síntesis sobre las culturas neolíticas francesas.

En esta larga lista de esfuerzos aunados para dar a la arqueología todas las características de una ciencia internacional al servicio de la comprensión global de la humanidad gracias a la colaboración transnacional, los españoles y franceses dan ejemplo de intercambios estrechos y equilibrados. Desde el nacimiento de la ciencia prehistórica hasta el desarrollo de la protohistoria mediterránea, los Lartet, Cartailhac y Breuil por una parte, o Lantier, por otra, encontraron en España eruditos e instituciones dispuestos a hacer progresar en común el conocimiento del pasado mediterráneo y europeo. P. Bosch Gimpera recibe un constante apoyo de H. Breuil, R. Vaufrey o R. Lantier en sus iniciativas conciliadoras y su obra restauradora de sanas relaciones internacionales.

A pesar del corte provocado por la primera guerra mundial, durante todo este periodo las relaciones entre instituciones y arqueólogos franceses y españoles no sólo se mantienen, sino que se amplían. Los becarios de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos y los miembros de la Casa de Velázquez persiguen la confección del corpus con el objetivo definido por P. Paris: E. Albertini realiza el *Inventaire des sculptures antiques de la Tarraconaise*, para el que cuenta con el apoyo del Institut d'Estudis Catalans;[223] R. Lantier completa en 1918 la obra de su predecesor y establece el *Inventaire des monuments sculptés pré-chrétiens*. Gabriel Leroux, en colaboración con Álvarez Ossorio, publica en 1912 su *Vases grecs et italo-grecs du musée de Madrid*, catálogo completado en 1921 con el de Alfred Laumonier sobre las piezas de barro cocido del mismo museo, y el de Raymond Thouvenot, en 1927, sobre las figuras y objetos de bronce. Cuando en 1917, R. Lantier publica con Juan Cabré Aguiló[224] *Le Sanctuaire ibérique de Castellar de Santisteban*, P. Paris subraya en su prefacio que se trata del tercer ejemplo de «la colaboración inteligente y amistosa de los eruditos de ambos países». Todavía habrá más. Para las excava-

223 E. Albertini, «Sculptures antiques du Conventus Tarraconensis», *Anuari d'Estudis Catalans*, 1911.

224 Juan Cabré Aguiló (1881-1947): arqueólogo español. Colabora también con el abad Breuil para estudiar el arte rupestre español.

ciones de Belo, P. Paris había solicitado la ayuda de la Junta para la Ampliación… ya que «la escuela tenía empeño en demostrar que los franceses entraban en la ciencia española, no como competidores pretenciosos, y por lo tanto ridículos, sino como amigos y colaboradores deferentes y activos».[225] ¿No es así como la Casa de Velázquez se impone como «la institución extranjera que más ha excavado en España»?[226] Al campo de trabajo de Belo se añaden los trabajos de la región de Alcañiz (Teruel) o de Setefilla (Sevilla).

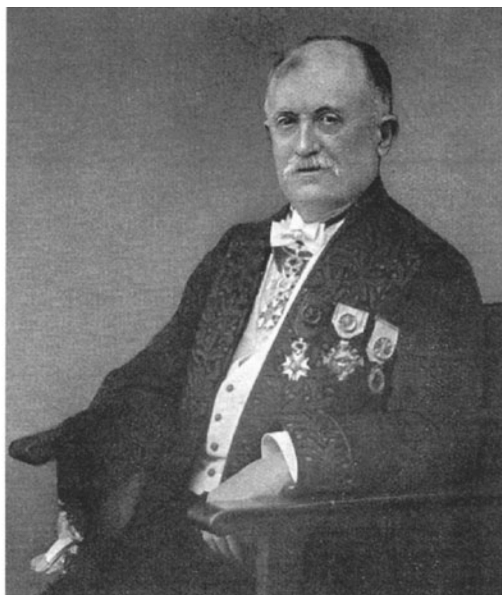
Si tras un corto periodo durante el cual, a falta de un órgano científico internacional similar al Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma o de organismos oficiales españoles, los franceses pudieron pensar en «la conquista de España», el dinamismo de los historiadores y arqueólogos españoles y la aparición de instituciones enseguida les convencieron de que debían cambiar de actitud.

De hecho, Francia era el ejemplo de una organización científica y oficial de la arqueología, anunciada desde principios del siglo XIX y continuada a lo largo del mismo con las escuelas de Grecia e Italia, su servicio de monumentos históricos, centros de enseñanza tan prestigiosos como el Gabinete de Medallas, el Colegio de Francia, la Escuela Práctica de Estudios Superiores o la del Louvre, la creación de cátedras en las universidades o la organización de museos y misiones en el extranjero. La institucionalización de la arqueología, iniciada en Francia en 1830, se producía en España a comienzos del siglo XX, estimulada por el interés que avivaron los espectaculares descubrimientos artísticos y de civilizaciones hasta entonces insospechadas.

Los arqueólogos y gobernadores españoles tienen en ese momento la clarividencia necesaria para concienciarse de la urgencia de proteger un patrimonio convertido en objeto de codicias y tratos. Los franceses se muestran lo bastante abiertos como para comprender que sus relaciones con España deben basarse en la igualdad y que la arqueología es uno de los campos en los que se puede hacer efectiva una alianza necesaria entre los dos países, en un momento en que el equilibrio europeo se ve gravemente amenazado.

---

225 P. Paris, «Exploration archéologique de Bolonia, province de Cadix», *op. cit.*, p. 77.
226 M. R. Lachner, «Casa de Velázquez: la institución extranjera que más ha excavado en España», *Revista de Arqueología*, 1, 2, 1980, p. 31.



131. Pierre Paris (1859-1931). Según A. Audollent, «Notice sur la vie et les travaux de M. Pierre Paris...», Instituto de Francia, 1940.



132. Stéphane Gsell (1864-1932), de pie a la derecha, posa con la promoción de 1886-1887 de la Escuela Francesa de Roma.

La apertura de nuevas perspectivas científicas, gracias al descubrimiento de la prehistoria helénica y oriental, tiene dos efectos para la arqueología francesa: por una parte, la creación en España de una nueva institución, a imagen de las escuelas de Atenas y Roma y, por otra, el impulso espectacular de las excavaciones en Oriente Próximo, favorecido por las nuevas circunstancias políticas, a raíz de la primera guerra mundial.

La Escuela de Roma, que concentra más que nunca su actividad en África del Norte, ve en el Instituto Francés de Madrid a un rival en la cuenca occidental del Mediterráneo.

### 6.3.2.3. Italia y África del Norte

Desde su creación, la Escuela de Roma había perseguido la tradición de la etruscología, fundada por el Instituto de Correspondencia Arqueológica. Sin embargo, los «romanos» no pudieron dirigir excavaciones y tuvieron que conformarse con estudios topográficos y monografías sobre algunas ciudades de Etruria y el Lacio.

Stéphane Gsell,[227] miembro de la Escuela de Roma de 1886 a 1890, es el primero en dirigir un campo de trabajo de la institución francesa en Italia. Su *Essai sur le règne de l'empereur Domitien*[228] fue muy sonado y le situó rápidamente a la altura de los grandes historiadores: hace gala de una «maestría incomparable como historiador y arqueólogo».[229] Para realizar esta memoria, S. Gsell trastoca un poco la tradición histórica francesa: sustituye la retórica brillante por el rigor de una documentación precisa, abundante y de todo tipo: epigráfica, numismática y arqueológica, así como literaria.

Aún más importantes son las excavaciones que dirige en la necrópolis de Vulci, cuya memoria nos ofrece los únicos elementos de valor científico con que contábamos sobre esta ciudad etrusca.[230]

---

227 Stéphane Gsell (1864-1932): director del Servicio de Antigüedades Argelinas y de Arte Musulmán a partir de 1902 y profesor del Colegio de Francia.

228 París, 1893.

229 C. Jullian, «Travaux de l'École française sur l'histoire et l'archéologie de l'Italie et de l'Empire romain», en *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École française de Rome*, París, 1931.

230 S. Gsell, *La Nécropole de Vulci*, París, 1892. Cf. A. Hus, *Vulci étrusque et étrusco-romaine*, París, Klincksieck, 1971, p. 179; F. Delpino, «Gli scavi di S. Gsell a Vulci (1889). La politica culturale dell'amministrazione per le antichità tra aperture internazionalistiche e autarchismo archeologico», *Bullettino di Paletnologia Italiana*, 86, Roma, 1995, pp. 337-376.

Auguste Geoffroy, director de la Escuela Francesa cuando es miembro S. Gsell, siguiendo los consejos de Michel Bréal, profesor del Colegio de Francia, se plantea hacer de la etruscología uno de los principales ejes de investigación de su institución. Según cuenta C. Jullian,[231] en alguna ocasión llegó a llevar profesores de visita y a miembros de la escuela a dar paseos a caballo entre las tumbas de Vulci. La necrópolis etrusca se encontraba entonces en los terrenos de Musignano, que pertenecía al conde Torlonia. Gracias a su talento como diplomático, A. Geffroy logró convencer a este descendiente de una La Rochefoucauld, muy apegado a Francia, para que le permitiese excavar en sus terrenos. La necrópolis etrusca era ya presa de buscadores clandestinos, por lo que convenía explorarla antes de que fuera demasiado tarde. La dirección de los trabajos recae en S. Gsell que, del 11 de febrero al 1 de junio de 1889, se dedica a explorar la zona sur, comprendida en el meandro del Fiora y del Timone, durante mucho tiempo saqueada. En una región desolada e infestada por la malaria, Gsell realiza con científico rigor una labor de gran envergadura y calidad en unas condiciones harto difíciles.

Descubre ciento treinta y seis tumbas y fosas, la mayoría fechadas entre los siglos VIII y V a. C., cuya disposición y contenido copia con escrupuloso cuidado. Lleva el diario de la excavación hora a hora. Constituye un pequeño museo etrusco en Roma, en el palacio Torlonia de la Longara, y confía el contenido de una parte de las excavaciones al Museo Prehistórico, que posteriormente se llamó Museo Luigi-Pigorini. La memoria que publica en 1891, *Les Fouilles dans la nécropole de Vulci*, reviste una gran importancia para la cronología de las tumbas etruscas y recibe la ayuda no sólo de los eruditos franceses, sino también de los arqueólogos alemanes, F. Messerschmidt y A. von Gerkan, que volverán a examinar las necrópolis de Vulci en 1928.[232]

En Vulci, S. Gsell aplica los métodos de una arqueología científica inaugurada en los campos de trabajo de Samotracia y Olimpia de Grecia e introducida por Wilhelm Dörpfeld en Hissarlik-Troya. Los trabajos de Gsell reflejan el interés que empieza a brotar por la Etruria arcaica, quizá por la influencia de los descubrimientos que conmocionan el mundo griego.

---

231 C. Jullian, *op. cit.*

232 F. Messerschmidt, A. von Gerkan, «Die Nekropolen von Vulci», *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, XII, Ergänzungheft, Berlín, 1930.

La estancia de S. Gsell finaliza cuando Louis Liard, director de la Enseñanza Superior, realiza un viaje a Italia y visita la Escuela Francesa. Como aprecia las cualidades del joven, le introduce en la Escuela Superior de Letras de Argel en noviembre de 1890. Esta orden ministerial sería determinante para su carrera, ya que desde ese momento se dedica por completo a la historia antigua del norte de África.

Unos años más tarde, otro miembro de la Escuela de Roma, Henri Graillot, «estudiando la topografía de las colinas que rodean Conca y buscando la necrópolis de esta ciudad amurallada», descubre los restos del templo arcaico de Satricum. Las excavaciones autorizadas por el Ministerio de Instrucción Pública de Italia se suspenden *cuatro días* después de los primeros descubrimientos de piezas arquitectónicas del santuario hechas de barro cocido. Serán retomadas unas semanas más tarde… pero bajo la dirección del ministerio italiano. Este caso muestra las dificultades con que se toparon los miembros de la Escuela Francesa de Roma para excavar en Italia.[233] H. Graillot volverá a encontrarse con S. Gsell en Argel y realizará con él una exploración arqueológica en el departamento de Constantina.[234] Ambos forman parte de las primeras generaciones de miembros de la Escuela Francesa de Roma que se fijan en África del Norte.

Las investigaciones de S. Gsell en Vulci y las de H. Graillot en Conca atraen la atención sobre la Etruria «primitiva»: otro miembro de la Escuela de Roma, Albert Grenier,[235] sigue el mismo camino y explora la *Bologne villanovienne et étrusque*.[236]

---

233 Henri Graillot (1868-1949): alumno de la Escuela Normal Superior, miembro de la Escuela Francesa de Roma de 1892 a 1895, profesor en la Facultad de Letras de Toulouse. Director del Instituto Francés de Florencia. «Le temple de Conca (Satricum)», *Mélanges de l'École française de Rome*, 16, 1896, pp. 131-164. Sobre las dificultades encontradas por las instituciones arqueológicas extranjeras para excavar en Italia, cf. F. Delpino, *op. cit*.

234 S. Gsell y H. Graillot, «Exploration archéologique dans le département de Constantine», *Mélanges de l'École française de Rome*, 13, 1893, p. 461 ss.; 14, 1894, pp. 17-86 y 501-609.

235 Albert Grenier (1878-1946): primer director de la revista *Gallia*, director de la Escuela Francesa de Roma a partir de 1945.

236 A. Grenier, *Bologne villanovienne et étrusque. VIII^e^-IV^e^ siècle avant notre ère*, Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome, París, de Boccard, 1912.



1. Pompeya, F. Mazois, *Les Ruines de Pompéi, dessinées et mesurées pendant les années 1809, 1810, 1811*, 4 vols., París, Firmin-Didot, 1812-1838, lám. XLVI. Biblioteca del Instituto de Francia.




2. J. L. Hittorf, frontispicio de la *Restitution du temple d'Empédocle à Sélinonte ou l'Architecture polychrome chez les Grecs*, París, 1851. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



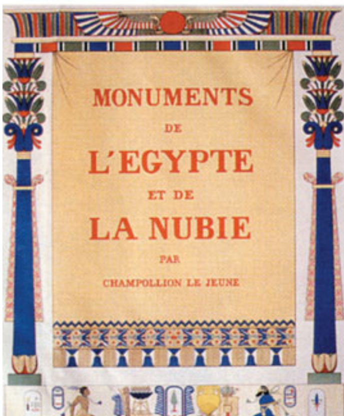

3. J. L. Hittorf aborda la cuestión ampliamente debatida sobre la policromía de la arquitectura griega y propone una restitución íntegramente pintada a partir de varios fragmentos de barro cocido y de estuco coloreados. Frontispicio de la *Restitution du temple d'Empédocle...*



4. É. Prisse d'Avennes, «Retour de chasse», *Histoire de l'Art égyptien d'après les monuments depuis les temps les plus reculés jusqu'à la domination romaine*, t. 2, París, Arthus Bertrand éditeur, 1878, lám. 51. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



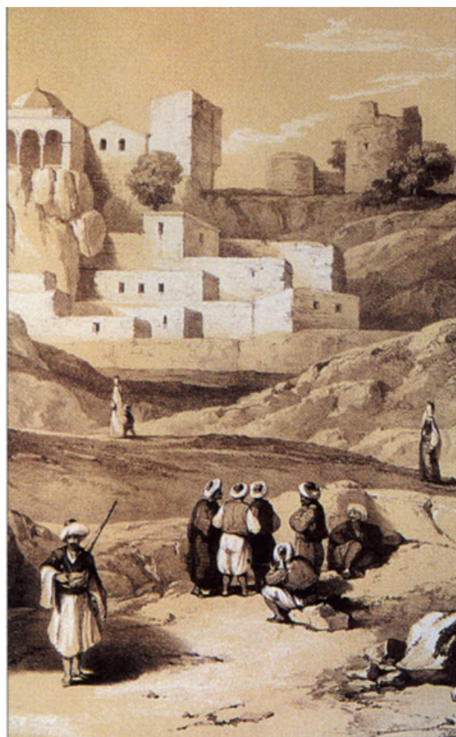

5. Ejemplo de tratamiento de una lámina de objetos por É. Prisse d'Avennes: el enfoque es absolutamente artístico. É. Prisse d'Avennes, *Monuments égyptiens*..., París, Firmin-Didot, 1847, lám. XLVIII. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.




6. Frontispicio del primer tomo de la obra de J.-F. Champollion, *Monuments de l'Égypte et de la Nubie d'après les dessins exécutés sur les lieux sous la direction de Champollion-le-Jeune*, París, 1835. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



7. Uno de los dibujos de Angelelli, miembro de la misión franco-toscana, ejecutado en Estambul, para los *Monuments de l'Égypte et de la Nubie* de J.-F. Champollion.



8. Aso, vista de la acrópolis.
C. Texier, *Description de l'Asie mineure*, París, 1838-1848, lám. 115.
Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



9. A. Blouet, acuarela, «Vue prise à Athènes en 1830: le Parthénon», realizado por el arquitecto de la Misión científica de Morea durante su estancia en Grecia. Cliché, Museo de Angers.



10. J. L. Hittorf, tumbas etruscas, *Restitution du temple d'Empédocle à Sélinonte ou l'Architecture polychrome chez les Grecs*, París, 1851, lám. XIX. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



11. Tres formas de vasijas de aceite funerarias (lecitos) hallados al pie de la colina de los Musas de Atenas y pertenecientes a la colección del cónsul Fauvel. O. M. von Stackelberg, *Die Graeber der Hellenen*, Berlín, 1837, lám. X. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.




12. Cubierta del célebre «sarcófago de la sacerdotisa», hallado el 25 de noviembre de 1902 por el padre Delattre en Cartago, en una tumba de la necrópolis de Santa Mónica. Acuarela que ilustra el artículo de A. Héron de Villefosse titulado «Sarcophages peints trouvés à Carthage», *Monuments et Mémoires de la Fondation Eugène Piot*, París, 1905. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



13. Reconstitución de la apadana de Susa por M. Dieulafoy.





14. «Vases peints trouvés dans la nécropole de Suse (première période)», según las acuarelas de M. Bondoux. *Mémoires de la Délégation en* Perse, París, lám. I del tomo XIIII. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

15. A. H. Layard con traje bajtiari, frontispicio del vol. 1 de *Early Adventures in Persia, Susiana and Babylonia*, Londres, John Murray, 1887. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



16. Tshoga Zanbil (Irán): zigurat, lado noroeste, 1957. Cliché de J. Jochem, amablemente cedido por H. Gasche, Universidad de Gante.



17. Susa (Irán): el campo de trabajo estratigráfico dirigido por R. Ghirshman, nivel XI (X), vista hacia el noroeste, 1957. Cliché de J. Jochem, amablemente cedido por H. Gasche, Universidad de Gante.



18. Saint-Rémy-de-Provence, les Antiques. Cliché, J. Gran-Aymerich.

19. Saint-Rémy-de-Provence: el yacimiento de Glanum, explorado por H. Rolland. Cliché de J. Gran-Aymerich.



La prehistoria italiana nació hacia 1860 bajo la influencia de Gabriel de Mortillet, que había explorado junto con Bartolomeo Gastaldi y Édouard Desor la estación lacustre de Mercurago, cerca de Novara.[237] Algo más tarde, P. Strobel y Luigi Pigorini se suman al pequeño grupo de prehistoriadores constituido en Emilia. De este modo la «ciencia prehistórica» en Italia recibe un impulso decisivo.

A finales del siglo XIX, A. Bertrand aplica la «arqueología histórica» a las poblaciones celtas de la Galia y los valles del Po y del Danubio, es decir, a los periodos que hoy conocemos como «protohistoria». El prehistoriador sueco Oscar Montelius, a partir de la tipología de los objetos metálicos, y en especial de las fíbulas, trata de ofrecer una imagen de «la civilización primitiva en Italia».[238]

Para cuando Albert Grenier emprende, de mayo a octubre de 1906, una serie de excavaciones alrededor de Bolonia, la «prehistoria» italiana ha sido ya objeto de numerosos trabajos a los que se refiere el joven farnesio.[239] Él mismo es consciente de la necesidad de hacer una obra de «prehistoriador», en la medida en que estudia un periodo para el que no hay textos que hablen. Para él, la dificultad estriba en «limitar exactamente [su] exposición a la llanura del Po y a la *prehistoria* de la llanura del Po, en los dos únicos periodos vilanovense y etrusco».[240] Se fija como objetivo la reconstitución de los orígenes de Bolonia, donde espera encontrar respuesta a la «cuestión etrusca», y para lograrlo intenta «explotar […], en beneficio de la *historia* de los periodos anteriores a la tradición escrita, los documentos aportados por la *arqueología*».[241]

Albert Grenier puso a prueba este método que consiste en sacar conclusiones históricas a partir de informaciones arqueológicas recabadas durante las excavaciones, en su memoria de la Escuela Práctica de Estudios

---

237 Cf. A. Guidi, «The Development of Prehistoric Archaeology in Italy», *Acta Archaeologica*, 58, Copenhague, 1987, y *Storia della paletnologia*, Roma, Editori Laterza, 1988.

238 O. Montelius, *La Civilisation primitive en Italie depuis l'introduction des métaux*, Estocolmo, 1895.

239 A. Grenier, *op. cit.,* p. 57, n. 1, con referencia a O. Montelius, *La Civilisation primitive*…, y n. 2, con referencia a los trabajos de L. Pigorini.

240 *Ibidem*, p. 8 (la cursiva es nuestra).

241 *Ibidem*, p. 5 (la cursiva es nuestra).

Superiores,[242] bajo la dirección de Antoine Héron de Villefosse. A. Grenier se formó asistiendo a las clases de René Cagnat en el Colegio de Francia, a las de Bernard Haussoullier sobre epigrafía griega en la Escuela Práctica de Estudios Superiores, las de Edmond Pottier en la Escuela del Louvre y de Maxime Collignon en la Sorbona. Para la filología, entra en la escuela de Antoine Meillet y Louis Havet. Así pues, aprovecha los esfuerzos de sus predecesores para imponer la arqueología como disciplina científica y asignatura de enseñanza y adquiere un conocimiento profundo de todas las «ciencias auxiliares» de la historia, que un historiador como C. Jullian había ido descubriendo poco a poco, avanzando en su carrera y en su obra. Su iniciación a la arqueología es también práctica ya que, encargado de realizar una misión de la Escuela Práctica de Estudios Superiores, acude a Tréveris en 1903 para realizar excavaciones.

Cuando estudia para la región de Metz «el desarrollo de la civilización galorromana en una provincia gala», analiza los documentos arqueológicos, así como su reparto, del que deduce una imagen del progreso de la civilización latina en el territorio galo. En este primer intento, trata de sintetizar las informaciones arqueológicas reunidas localmente, pero no se conforma con realizar un simple inventario sino que estudia los documentos desde su perspectiva histórica. Su estudio se abre con la evocación «du pays des Médiomatrices et les Médiomatrices», y su investigación se apoya en el examen previo de la tierra y de los hombres. Aunque no haya asistido nunca a las clases de C. Jullian en el Colegio de Francia, A. Grenier es discípulo suyo: muestra el mismo gusto por lo concreto, el mismo interés por los «realia» y, al igual que él, está convencido de que «la propia historia de la tierra es la base de toda la historia».[243]

A. Grenier debe su elección de los etruscos como campo de investigación a la influencia de Paul Perdrizet, su maestro de Nancy, durante su periodo romano. La razón por la que le atrae Bolonia es porque ocupa una posición clave en la polémica sobre el origen de los tirrenos. La antigua Felsina era lugar de paso obligado en el eje que une la Europa continental

---

242 A. Grenier, *Habitations gauloises et Villas latines dans la cité des Médiomatrices. Étude sur le développement de la civilisation gallo-romaine dans une province gauloise*, París, 1906.

243 A. Grenier, *Camille Jullian. Un demi-siècle de science historique et de progrès français (1880-1933)*, París, 1944.

con el centro de Italia. Gracias a las estupendas relaciones que mantiene la Escuela Francesa con los arqueólogos italianos, A. Grenier obtiene a través de los profesores Brizio y Gamurrini la autorización para practicar excavaciones en Bolonia. Por parte francesa, la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, concretamente Georges Perrot, su secretario vitalicio, concede un crédito para las obras.

Albert Grenier, al igual que hizo antes Stéphane Gsell, y Jérôme Carcopino, que a la vez que él practica sondeos en Ostia, es uno de los precursores de la colaboración francoitaliana para la exploración arqueológica de Italia, que se intensificará tras la segunda guerra mundial. En Vilanova, aldea situada a ocho kilómetros de Bolonia, se descubrió en 1853 una gran necrópolis de la primera edad de hierro. Desde la puerta de Santa Isaia, límite occidental de Bolonia, hasta el cementerio de La Certosa, las necrópolis se sucedían en el espacio y en el tiempo, desde la fase vilanovense hasta el periodo etrusco. La yuxtaposición de tumbas de tipo y material completamente diferentes levantó una polémica entre W. Helbig y W. Brizio: el primero asimilaba a etruscos y vilanovenses y sostenía que en Bolonia la evolución entre los dos periodos fue regular e ininterrumpida; sólo había que encontrar las tumbas que correspondían a la transición entre vilanovenses y etruscos. Por su parte, el director del Museo de Bolonia identificaba a los vilanovenses con los umbros, expulsados de Toscana por los etruscos, que serían de origen oriental.

Con sus excavaciones en Bolonia, Grenier se propone dar respuesta a estas preguntas y empieza a buscar las «tumbas de transición» que Helbig suponía. Sus trabajos le convencen de que no existen: entre las últimas tumbas villanovenses y las primeras etruscas no hay intermediario. En Bolonia se sucedieron dos civilizaciones bien distintas una de otra, sin que podamos reconocer una evolución continua entre ambas. Los etruscos pusieron fin a la civilización villanovense. De este modo, A. Grenier se une a la hipótesis de E. Brizio, y ve en la constitución de la federación de las doce colonias etruscas —la segunda dodecápolis—, cuya capital es Felsina-Bolonia, el último episodio de un importante intento de unidad italiana. Además, Grenier admite el origen oriental de los etruscos y su migración marítima.

Por lo que respecta al método que adopta para llegar a estas conclusiones, es idéntico al de la memoria de los estudios superiores: «La mate-

ria de trabajo viene dada sobre todo por la arqueología»,[244] cuya utilización es indispensable y constituye «una fuente de información nueva», aunque conviene echar mano de ella con prudencia ya que «el mínimo texto puede arrojar más luz a la historia que la exploración de diez necrópolis».[245] Las conclusiones a las que llega se basan «en la fe en los testimonios históricos rectificados e interpretados por la arqueología».[246]

Al asociar arqueología e historia, Albert Grenier responde a los deseos de Alexandre Bertrand de ver colaborar a arqueólogos e historiadores. Camille Jullian, para escribir su *Vercingétorix* y su *Histoire de la Gaule*, recurrió en gran medida a la arqueología, pero el progreso queda patente en A. Grenier, pues, para él, la información arqueológica es fundamental y gracias a ella se obtienen conclusiones de orden histórico.

A partir del trabajo que realiza en Bolonia, A. Grenier elabora su tesis de doctorado, que somete al juicio de Jules Martha, autor de la primera síntesis sobre arte etrusco, situándose en la línea de una joven tradición etruscológica francesa que se perpetuará en la Escuela de Roma, especialmente cuando Grenier sea su director.

En la época en la que A. Grenier se halla en Roma, otros farnesios emprenden el mismo camino en sus investigaciones. Podrían haber formado una auténtica escuela francesa de etruscología pero, lamentablemente, desaparecen durante la primera guerra mundial. Se trataba de Félix de Pachtère,[247] que conocía a la perfección la prehistoria del Lacio y de la Etruria meridional y soñaba con estudiar la región de Plasencia. Durante sus años romanos, sigue las excavaciones del Janículo. Desde su llegada a Roma, Dominique Anziani[248] se dedica al estudio de la historia y la arqueología etruscas y describe la *Histoire de la ville de Locres depuis les origines jusqu'à la fin de l'Empire romain*.

Durante los años que preceden a la primera guerra mundial, la Escuela Francesa enfoca asimismo los trabajos de sus miembros en Roma:

---

244 A. Grenier, *Bologne villanovienne et étrusque,* VIII$^{e}$-IV$^{e}$ *avant notre ère*, París, 1912, prefacio, p. 3.

245 *Ibidem*, p. 6.

246 *Ibidem*, p. 8.

247 Félix de Pachtère (1881-1916), muerto en el frente de Macedonia el 24 de septiembre de 1916.

248 Dominique Anziani (1887-1914), muerto en el frente en 1914.

Gaston Bloch y André Piganiol se remontan a sus orígenes[249] mientras que Léon Homo, Maurice Besnier y Alfred Merlin contribuyen a elucidar la topografía de la Ciudad Eterna.[250]

Por su parte, Jérôme Carcopino,[251] reanuda una tradición antigua y abandonada por la Escuela, la de las monografías sobre las ciudades del Lacio y Campania, ilustrada en los años 1880 por Emmanuel Fernique y René du Coudray La Blanchère.[252] Con su *Virgile et les origines d'Ostie*,[253] Carcopino prueba la estrecha solidaridad que existe entre arqueología y filología. Cuando dejó París para llegar a la Escuela de Roma, G. Bloch y R. Cagnat le recomendaron que realizase en Italia una investigación que no podría llevar a cabo en las bibliotecas parisinas y que no se limitase a la topografía. Ostia, ciudad por la que T. Homolle, miembro de la Escuela en 1873, se interesó en su día, parece ofrecerle a J. Carcopino la posibilidad de conciliar arqueología, epigrafía e historia. Se propone emprender una «arqueología literaria».[254] Entre 1860 y 1888, Ostia fue objeto de una exploración parcial y episódica que se suspendió con el fin del poder temporal de la Iglesia. En 1906, J. Carcopino lleva la investigación a los archivos, analiza el corpus de inscripciones y los antiguos cuadernos de excavaciones y obtiene la autorización para proceder a unos sondeos en el barrio de los diques. Allí encuentra inscripciones inéditas y, a partir de las marcas de fábrica de los ladrillos, muestra que proceden de la época de Adriano. Utiliza a la vez la epigrafía, la arqueología y la filología, recurriendo tanto a los monumentos como a los textos.[255] Estas investigaciones suscitan el interés de los arqueólogos italianos, que retoman la limpieza de Ostia bajo la dirección de D. Vaglieri.

---

249 G. Bloch, *Les Origines du Sénat romain*, Bibliothèque de l'École Française d'Athènes et de Rome, 29; A. Piganiol, *Essai sur les origines de Rome*, Bibliothèque des Écoles Françaises d'Athènes et Rome, 110.

250 L. Homo, *Lexique de topographie romaine*, 1900; ídem, *La Rome antique, historique, guide des monuments*, 1921; M. Besnier, *L'Ile Tibérine dans l'Antiquité*, 1902; A. Merlin, *L'Aventin dans l'Antiquité*, 1906.

251 Jérôme Carcopino (1881-1970): director de la Escuela Francesa de Roma de 1937 a 1940, secretario de Estado para la Educación Nacional en 1941-1942.

252 Autores de estudios sobre Preneste y Terracina.

253 J. Carcopino, *Virgile et les origines d'Ostie*, París, 1919.

254 P. Grimal, C. Carcopino y P. Ourliac, *J. Carcopino, un historien au service de l'humanité*, París, 1981.

255 J. Carcopino, «Ostiensa», *Mélanges de l'École française de Rome*, 1910 y 1911.

Será ya en 1919 cuando J. Carcopino, que estuvo movilizado durante la primera guerra mundial en el ejército de Oriente, pueda leer su tesis. En ella afirma su ambición por alcanzar la «historia total», que integra información de todo tipo, información sobre acontecimientos, literaria, arqueológica, epigráfica, topográfica, y restituye la situación social, moral, la actividad económica y artística de una época. Para llegar a ello siguió el ejemplo de G. Bloch que fue el primero en diseñar en 1900, antes de la publicación de la obra monumental de C. Jullian, una imagen de *La Gaule indépendante*. Franz Cumont, historiador belga de las religiones muy próximo a J. Carcopino, le abrió a este último el camino de la exploración de hechos religiosos. El interés del joven farnesio por Ostia se reforzó con la revelación que supusieron para él la interpretación de la *Odisea* por Victor Bérard, y las lecturas de Virgilio por Gaston Boissier, que fue tras los pasos de Eneas entre el Tíber y Prattica di Mare. J. Carcopino afirma que los seis últimos cantos de la *Eneida* se desarrollan entre Ardea, el Tíber, Roma y el mar. Impone Lavinium como la ciudad de los laurentes y la sitúa en Prattica di Mare: las recientes excavaciones llevadas a cabo por los arqueólogos italianos en esta localidad y en Castel di Decima confirman hoy la intuición de una cultura prerromana original que tuvo el exégeta de Virgilio. Al tratar de reconstituir la realidad histórica de las regiones de Ostia y Lavinium hasta la fundación de Ostia en el siglo IV a. C., preludia las investigaciones modernas. Al mismo tiempo, J. Carcopino se afana en partir del examen del paisaje, dar cuenta del trabajo de Virgilio y analizar las razones políticas y morales de su elección.

La resonancia de la tesis de J. Carcopino es extraordinaria: renueva profundamente la crítica virgiliana a través de la topografía, la visión de los paisajes y el recurso a la arqueología. G. Bloch reconoce en este estudio uno de los libros «más sustanciosos y originales publicados en los últimos años sobre las antigüedades romanas e italianas». «Arqueología, epigrafía, topografía, historia política, religiosa, literaria» confluyen para dar cuenta a la vez de los orígenes de Ostia y de la obra de Virgilio. *Virgile et les origines d'Ostie* provoca una especie de «revolución» entre los latinistas: un historiador, epigrafista y arqueólogo se mete con la interpretación de textos, los enfoca en su relación con la historia y su conocimiento de las lenguas antiguas no da pie a la crítica.

Antes de iniciar sus investigaciones en Ostia, J. Carcopino fue a Túnez, exploró el yacimiento de Aïn Tounga y descubrió la famosa ins-

cripción de Aïn el-Djemila. Este primer contacto con África del Norte y la continuación de su carrera son uno de los ejemplos de los lazos que unen a la Escuela Francesa de Roma y los países de las costas meridionales del Mediterráneo.

De hecho, aunque muchos romanos dedican a la Galia la continuación de trabajos,[256] todos ellos centran su estudio en el norte de África en uno u otro momento de su carrera. La Escuela Superior de Letras de Argel, fundada en 1880, ofrece a los farnesios una posibilidad de continuar las investigaciones que iniciaron en Italia. El primero en seguir este itinerario, que lleva de Roma a Argel o Túnez, es René du Coudray La Blanchère al que, tras su estancia en Roma, solicitaron su ayuda en la Escuela de Argel.[257] No sólo realiza largas exploraciones en la provincia de Orán, sino que a él se debe la creación en 1885 del Servicio de Antigüedades y Artes de la regencia de Túnez y la inauguración del museo Alaoui en 1888. Sigue una política muy activa en materia de publicaciones y redacta informes de excavaciones y catálogos de museos. En 1890 abre la primera serie de colecciones del museo Alaoui y adopta las mismas disposiciones para las colecciones argelinas: se reserva la descripción del Museo de Orán, confía a Paul Gauckler el catálogo del Museo de Cherchell y a René Cagnat el del Museo de Lambèse.

R. la Blanchère desaparece de manera prematura en 1896, pero se fomentan las publicaciones y trabajos de campo realizados por la Comisión de África del Norte y por el presidente R. Cagnat, y organizados en Argelia y Túnez por el Servicio de Monumentos Históricos, la Escuela Superior de Argel y el Servicio de Antigüedades de Túnez. El estudio arqueológico de África del Norte se desarrolla a partir de 1890; hasta entonces las misiones habían sido sobre todo epigráficas. Las exploraciones dan lugar a excavaciones que restituyen ciudades enteras, por ejemplo, en Argelia: Djemila, Tebessa, Lambèse o Timgad; esta última atrae todas las atenciones de R. Cagnat, que publica los planos del arquitecto Duthoit y termina de recomponer las ruinas.[258] En Túnez, Cartago, donde el padre Delattre

256 Cf. C. Picard, «Archéologie méditerranéenne», *La Science française*, II. *L'Occident étrusco-latin*. A. Audollent dedica un estudio al Clermont-Ferrand galorromano en 1910, F. de Pachtère firma con C. Jullian un artículo sobre el altar de los Nautas de París en 1912.

257 Cf. A. Merlin, «L'histoire de l'archéologie du Nord» en *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École française de Rome, op. cit.*

258 R. Cagnat, *Carthage, Timbad, Tébessa et les villes antiques de l'Afrique du Nord*, 1909.

explora las necrópolis, se beneficia de los trabajos de Paul Gauckler, que inaugura en 1888 las primeras excavaciones científicas de la ciudad púnica.[259] Bajo la dirección de Jules Toutain, y más tarde de Paul Gauckler y Alfred Merlin, el Servicio de Antigüedades de Túnez procede a desescombrar Dougga,[260] Sufetula, Althiburos, Thuburbo Maius, Thysdrus y la excavación submarina de Mahdia.

A partir de 1890, la actividad arqueológica en África del Norte es tan importante que los organismos oficiales se preocupan por los métodos aplicados y difunden instrucciones para las intervenciones. Así, por ejemplo, los miembros del Comité de Trabajos Históricos y Científicos publican en 1890 un folleto destinado a los miembros correspondientes del Ministerio de Instrucción Pública. El general Derrécageix, director del Servicio Geográfico del Ejército en el Ministerio de la Guerra, participa en la redacción de estas instrucciones destinadas a los amantes de las antigüedades, oficiales y miembros de las sociedades eruditas, que tanto abundan en Argelia y Túnez. Recomiendan a todos que utilicen la fotografía de los documentos descubiertos y su comunicación al *Bulletin du comité* para su publicación. Asimismo se presta especial atención a los vestigios de la prehistoria y a los de las civilizaciones púnica y romana. El gobierno general de Argelia y su Servicio de Monumentos Históricos muestran la misma preocupación por organizar la investigación arqueológica mediante instrucciones que difunden en 1901.[261] Recomiendan tomar notas en cada etapa de los trabajos, llevar un diario de las excavaciones en el que se consignen los objetos pequeños, sin «desdeñar los fragmentos de cerámica, de los que se pueden extraer datos desde distintos puntos de vista de la cronología, sobre los usos antiguos o sus relaciones comerciales».[262] Las excavaciones prehistóricas son objeto de instrucciones específicas: se hace hincapié en la estratigrafía y en el cuidado que debe ponerse en la identifica-

---

259 Paul Gauckler (1866-1911): director del Servicio de Antigüedades y Artes de la regencia de Túnez de 1895 a 1905. *Les Nécropoles puniques de Carthage*, 2 vols., 1915. Cf. A. Beschaouch, *La Légende de Carthage*, París, Gallimard (Découvertes), 1993, p. 59.

260 Confiado, en 1899, a L. Homo, miembro de la Escuela Francesa de Roma, y retomado por A. Merlin en 1901; cf. E. Babelon, Ph. Berger, R. Cagnat *et al.*, *Recherches des antiquités dans le nord de l'Afrique*, París, 1890.

261 *Instructions pour la conduite des fouilles archéologiques en Algérie*, Service des monuments historiques, Argel, 1901.

262 *Ibidem*, p. 6.

ción de objetos «que yacen en las diversas capas superpuestas; de este modo se podrán reconstituir los conjuntos… En estas excavaciones no se puede obviar ningún detalle, por nimio que sea. Marcar todos los objetos con una etiqueta indicando el piso en el que se recogieron».[263] Por lo que respecta a la prehistoria, Paul Pallary renueva estas instrucciones en 1909[264] y, de hecho, la investigación prehistórica se desarrolla en Argelia o Túnez a imagen de los trabajos realizados en la Francia metropolitana o España.[265]

Estas pautas para la investigación arqueológica en África del Norte muestran hasta qué punto han evolucionado los objetivos fijados para la arqueología a la vuelta del siglo XX: la búsqueda de antigüedades ha dado paso a la restitución de yacimientos que se procura preservar; se ha tomado conciencia de la importancia de la documentación, los cuadernos de excavación, el inventario preciso de los objetos, los planos y reproducciones. Para los yacimientos prehistóricos, las instrucciones muestran que el método estratigráfico está reconocido como el único capaz de aportar elementos para su comprensión.

Estos consejos para abordar las excavaciones arqueológicas no se dirigen tanto a los profesionales como a los aficionados, oficiales, miembros de sociedades eruditas y «representantes de todas las profesiones»: en efecto, desde los principios de la colonización de Argelia, militares y civiles aportan una valiosa ayuda a la exploración arqueológica y epigráfica, y son muchas las revistas que inciden en sus trabajos. Entre los «grandes aficionados» figura por ejemplo el doctor Louis Carton (1861-1924) que, a partir de 1905, escribe en la *Revue tunisienne* una «crónica norteafricana» y contribuye, por otra parte, a la exploración de Bulla Regia, Dougga y Cartago.

La participación de la Escuela Francesa de Roma en la arqueología norteafricana se intensifica, a partir de la misión de Auguste Audollent[266]

263 *Ibidem*, p. 9.

264 P. Pallary, «Instructions pour les recherches préhistoriques dans le nord-ouest de l'Afrique», *Mémoires de la Société historique algérienne*, t. III, Argel, 1909.

265 Por ejemplo, J. de Morgan, con la colaboración de L. Capitan y P. Boudy, «Études sur les stations préhistoriques du Sud tunisien», *Revue de l'École d'anthropologie*, 1910, t. IV, pp. 105-228.

266 Auguste Audollent (1864-1943): epigrafista francés.

en 1889-1890, la primera que se concede a un romano en Argelia. Después de René du Coudray La Blanchère, Stéphane Gsell es llamado a la Escuela Superior de Letras de Argel en 1890 y en adelante se dedicará a África del Norte. De 1891 a 1904, Gsell examina con detenimiento los documentos y explora minuciosamente el territorio. Con las investigaciones llevadas a cabo en Tipasa escribe una monografía.[267] Recibe a los miembros de la Escuela Francesa de Roma y les guía en el descubrimiento de la Argelia antigua: por ejemplo, acompaña a Henri Graillot en una misión al norte del Aurès.[268]

Las investigaciones de S. Gsell le permiten presentar los *Monuments antiques de l'Algérie*,[269] y establecer el *Atlas archéologique de l'Algérie*,[270] formado por mapas a 1:200.000, que indican todos los puntos en los que existen vestigios antiguos, con una nota detallada en la que se explica cada uno de ellos. Esta indispensable herramienta de trabajo completa el *Atlas archéologique* que E. Babelon, R. Cagnat y S. Reinach, miembros de la Comisión de África del Norte, establecen para Túnez.[271]

En 1902, S. Gsell se convierte en director del Museo de Antigüedades Argelinas y Arte Musulmán y hasta su regreso a París en 1912, cumple una obra administrativa considerable: con la publicación de los catálogos que él mismo redacta o que confía a miembros romanos o atenienses, eleva la museografía argelina a lo más alto. Con la creación en 1900 de la «Inspection des antiquités», Gsell dota a Argelia de una administración científica sin parangón en la Francia metropolitana. El Servicio de Antigüedades de Túnez utiliza la misma política de estrecha colaboración con la Escuela Francesa de Roma, que se acentúa a partir de la dirección de Alfred Merlin en 1905. La actividad de los miembros de la Escuela Francesa de Roma en África del Norte se extiende hasta Marruecos, donde Maurice Besnier crea en 1904 los *Archives marocaines*; Louis Chatelain (1883-1850) empieza los

---

267 S. Gsell, «Tipasa, ville de la Maurétanie césarienne», *Mélanges de l'École française de Rome*, 14, 1894, pp. 291-450.

268 H. Graillot y S. Gsell, «Exploration archéologique dans le département de Constantine», *Mélanges de l'École française de Rome*, 13, 1893, pp. 460-541, y 14, 1894, pp. 17-86 y 501-609.

269 1901.

270 Argel y París, 1902-1911.

271 E. Babelon, R. Cagnat y S. Reinach, *Atlas archéologique de la Tunisie*, París, 1914-1926.

trabajos en Sala y Volubilis en 1816, antes de convertirse en el primer director del Servicio Arqueológico del gobierno jerifiano, en 1920.

Antes de la primera guerra mundial, la arqueología norteafricana cobró tal empuje que el Colegio de Francia crea una cátedra de historia de África del Norte, que asigna a S. Gsell. Éste expone desde allí los fundamentos de su monumental *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, publicada en 1913.[272]

Hasta que S. Gsell proporciona esta información, los documentos de referencia eran los textos griegos y latinos de Polibio, Diodoro, Plutarco, César, Salustio o Apio, que sólo dan cuenta de los acontecimientos militares del conflicto entre Roma y Cartago y conceden más importancia a la historia de los emperadores que a la de las provincias. Había que pedirle a la arqueología elementos nuevos capaces de completar, invalidar o confirmar las fuentes literarias. La *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord* cubre las épocas que van desde los orígenes hasta la transformación del reino de Mauritania en provincias romanas, en el año 40 d. C. El primer volumen examina las «condiciones del desarrollo histórico» y reúne los datos geológicos, geográficos, climáticos y étnicos: S. Gsell aplica a su *Histoire* los mismos principios que C. Jullian aplica a la Galia y tiene en cuenta ante todo la geografía humana. En la continuación de este primer tomo aborda «los tiempos primitivos, la colonización fenicia y la fundación de Cartago», y en los tres volúmenes siguientes presenta respectivamente «el Estado cartaginés», «la historia militar cartaginense» y «la civilización cartaginense». Gsell es el primero que hace revivir con tanta precisión y claridad la civilización de Cartago y los reinos bereberes: su *Histoire* se apoya en una documentación escrupulosamente contrastada, que recurre a la epigrafía y a la arqueología, así como a los textos antiguos.

S. Gsell contribuye de este modo a la publicación de las *Inscriptions latines de l'Algérie*,[273] emprendida por L. Renier. Por lo que respecta a Túnez, René Cagnat es invitado por Theodor Mommsen a colaborar en el *Corpus Inscriptionum Latinarum* y, de 1891 a 1904, redacta el suplemento al volumen VIII.[274] Ilustra con brillantez las ventajas que puede sacar la

272 S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, 8 vols., París, 1913-1928.
273 París, 1922, t. I.

historia de la epigrafía, a través de su presentación del «ejército romano de África».[275]

Antes de la primera guerra mundial, el valor de la ciencia epigráfica francesa en África del Norte es reconocido por T. Mommsen, «el príncipe de los epigrafistas», que dirige la empresa del *Corpus*: en 1903, se firma un acuerdo entre el Ministerio de la Instrucción Pública francés y la Academia de Berlín para proceder a la revisión de las principales inscripciones descubiertas en Túnez desde 1891. Entre 1904 y 1905, Alfred Merlin[276] es el encargado de llevar a cabo dos misiones que dan lugar a la publicación en 1916 de un nuevo fascículo del *Corpus*.[277]

Como señala A. Héron de Villefosse (1845-1919), conservador del Departamento de Antigüedades del Louvre, en el congreso de Sociedades Eruditas celebrado en Argel el 26 de abril de 1905, «los grandes descubrimientos de África y los trabajos que provocaron» estimularon las investigaciones en todo el mundo romano y más concretamente en la Galia. La sala de África que introdujo en el Louvre muestra la importancia que adquiere la arqueología en Argelia y Túnez. El «africano» A. Merlin, convertido en conservador del Departamento de Antigüedades del Louvre, es el encargado de llevar al día esta sala.

Poco antes de la primera guerra mundial, con la «exploración científica» de África del Norte, iniciada poco después de la conquista de 1830 tras haber seguido durante mucho tiempo el camino de la epigrafía, se puso en práctica la arqueología mediante las expediciones, excavaciones y el estudio de los monumentos y objetos. Estos trabajos permiten plantear la historia antigua de África del Norte a la que se dedican algunos eruditos, formados en su mayoría por R. Cagnat en la Escuela Francesa de Roma.

274 R. Cagnat, *Corpus Inscriptionum Latinarum*, suplemento al t. VIII: 1, París, 1891; 2, París, 1984; 3, París, 1904.

275 Ídem, *L'Armée romaine d'Afrique et l'Occupation militaire de l'Afrique sous les Empereurs*, París, 1892.

276 Alfred Merlin (1876-1965): director del Servicio de Antigüedades y Artes de Túnez de 1905 a 1920 y, más tarde, conservador del Departamento de Antigüedades del Louvre.

277 *Corpus Inscriptionum Latinarum*, vol. VIII, suplemento, pars 4, París, 1916.

La arqueología, obviamente, saca provecho de la política colonial y de la situación política especial de Argelia y Túnez, a las que enseguida se une Marruecos, que queda bajo el mandato francés en 1912: mientras que en los demás países de la cuenca mediterránea la arqueología francesa debe rivalizar con la de las otras naciones europeas, en África del Norte mantiene la hegemonía.

Desde la conquista de Argelia, África del Norte despertó el interés de las instituciones militares y científicas, pero la arqueología pudo desarrollarse gracias a la creación de la Escuela Superior de Letras de Argel y a la elección que hace la Escuela Francesa de Roma de orientar a sus miembros hacia África del Norte. La Escuela de Argel ofrece a algunos farnesios la posibilidad de implantarse allí y organizar la investigación y la protección del patrimonio arqueológico argelino y tunecino. Lo consiguen con tan buenos resultados que en 1914 se creó en África del Norte una auténtica escuela histórica y arqueológica, y en Argelia y Túnez el patrimonio y la investigación arqueológica recibieron unas instituciones y una legislación que la metrópolis no adquirirá hasta 1941, gracias a la insistencia de un «africano», J. Carcopino, que, para elaborar las leyes que llevan su nombre, recuerda su experiencia italiana y argelina.

Las escuelas francesas instaladas en Atenas y Roma, y el instituto francés que se crea en Madrid garantizan la investigación arqueológica en el Mediterráneo, desde España hasta Grecia. Si bien en África del Norte la arqueología francesa disfruta del estatus político especial en Argelia y Túnez, en Egipto y Oriente Próximo la situación es bastante parecida a la que se da en Grecia desde principios del siglo XIX: las potencias europeas compiten abiertamente tanto en el plano político como en el arqueológico.

### 6.3.2.4. Egipto y Oriente Próximo

En vísperas de la primera guerra mundial, el imperio otomano se convierte en un escenario político y económico de primer orden: mientras que Francia y Gran Bretaña habían gozado siempre de una influencia preponderante en estos países, Alemania irrumpe muy a finales del siglo XIX tanto en Egipto como en Mesopotamia. La creación de las instituciones arqueológicas es el reflejo de las decisiones políticas: en 1897 se funda el Deutsche Institut für ägyptische Altertumskunde, y la Deutsche Orient

Gesellschaft en 1898, año del viaje de Guillermo II a Iraq, relacionado también con la apertura de las excavaciones alemanas en Baalbek bajo la dirección de Theodor Wiegand (1864-1936).

La ocupación inglesa del valle del Nilo a partir de 1882 refuerza una influencia británica que se compensaba con el Servicio de Antigüedades y el Instituto Francés de El Cairo. Tras la creación en Grecia de una escuela arqueológica que le permite abrir campos de trabajo, Estados Unidos se lanza también a la exploración de Egipto y Oriente Próximo. Aunque la presencia francesa en Egipto y Mesopotamia viene de antiguo, y Champollion, Mariette o Botta fueron los iniciadores de la egiptología y la asiriología, a finales del siglo XIX y hasta 1914, en Egipto y en Oriente Próximo la competencia se exacerba tanto en el plano arqueológico como en el político.

La situación de la arqueología francesa en Oriente Próximo es aún más delicada, en cuanto que no sólo Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos multiplican sus iniciativas y fundaciones, sino que además Francia, que no crea ninguna misión permanente en Mesopotamia, Palestina ni Levante, concentra todos sus esfuerzos en la delegación en Persia y los trabajos en Susa.

En Egipto, Auguste Mariette supo garantizarle a Francia un lugar preponderante a través del Servicio de Antigüedades, cuya dirección asumió desde 1858 hasta su muerte en 1881. Su desaparición podía poner en peligro la postura francesa. Pero Gaston Maspero lo evita, proponiendo la creación de una escuela arqueológica concebida a imagen de las de Atenas y Roma, capaz de garantizar su continuidad. De hecho, la Escuela de El Cairo confirma la importancia de las «misiones permanentes» en Egipto para el desarrollo de la arqueología: al igual que en Grecia, donde la Escuela de Atenas permitió la puesta en marcha de una «ciencia arqueológica» que estuviera a la altura de la «ciencia alemana» y la apertura de grandes campos de trabajo, la fundación de El Cairo refuerza la posición francesa, que por un momento se vio comprometida con la muerte de Mariette.

Cuando G. Maspero toma el mando de la Escuela de El Cairo, retoma también las responsabilidades de Mariette. Reforma profundamente el servicio, donde su predecesor había reservado siempre la exclusividad de

las excavaciones a Francia: en adelante, se hacen concesiones a los equipos extranjeros, del mismo modo que se acoge en la escuela a miembros extranjeros: suizos, como Édouard Naville (1844-1926), o italianos, como Ernesto Schiaparelli (1856-1928) que, de 1902 a 1920, dirigirá para su país una misión en los yacimientos de Heliópolis, Hermópolis Parva, Asiut y Deir el-Medinah.

Maspero da al servicio «un nuevo aspecto, de acuerdo con las crecientes exigencias de la ciencia y organiza la colaboración internacional en un clima de amistad».[278] El Servicio de Antigüedades está dirigido por un francés, pero los tres sectores del Delta, el Medio y el Alto Egipto están repartidos entre franceses e ingleses. Dos de los yacimientos tienen un estatus privilegiado: por una parte, J. de Morgan, que toma la dirección del servicio en 1892, crea la Dirección de Trabajos de Karnak y se la entrega a Georges Legrain (1865-1892) y, por otra, Saqqara es responsabilidad del inglés James E. Quibell.[279]

En 1900 se crean los *Annales* del Servicio de Antigüedades, que garantizan la publicación rápida de las excavaciones practicadas por todos los equipos. En 1902 se reúne una comisión internacional bajo la presidencia de G. Maspero y L. Borchardt.[280] Esta comisión perfecciona el plan del inmenso *Catalogue général du musée du Caire*. El Servicio de Antigüedades ofrece a las misiones extranjeras permisos de excavación y reúne en los *Annales* sus trabajos, ejerciendo una labor asociativa, y mantiene un clima de cooperación. La Escuela de El Cairo, que desde su creación se va abriendo camino a la arqueología y la filología «militantes» y se dedica a ellas, garantiza la formación sobre el terreno de los egiptólogos y les permite dirigir campos de trabajo: así, Francia ocupa un rango equivalente al de Gran Bretaña, Alemania o Estados Unidos, que entran en juego en 1899.[281]

278 P. Jouguet, prefacio a *Mélanges Maspero*, I. *Orient ancien*, El Cairo, 1935, segundo fascículo, p. XXIV.

279 James Edward Quibell (1867-1935): egiptólogo inglés, inspector del sector del Delta a partir de 1898 y conservador del Museo de El Cairo de 1913 a 1923.

280 Ludwig Borchardt (1863-1938): funda el Instituto Alemán de Arqueología en El Cairo y lo dirige de 1907 a 1928.

281 Con la Hearst Expedition, encabezada por G. A. Reisner en Naga-ed-Der y Gizeh para la Universidad de California.

El ejemplo francés despierta en Emil Brugsch,[282] Karl Richard Lepsius[283] y Johannes Dümichen (1833-1894) el deseo de crear en Egipto un instituto alemán de arqueología, pero no se materializará hasta 1897.[284] Las estructuras universitarias alemanas ofrecían múltiples posibilidades de organizar viajes y misiones, y la Deutsche Orient Gesellschaft, fundada en 1898, promueve los trabajos alemanes en Egipto y Oriente Próximo: entre 1898 y 1914, la sociedad subvenciona los campos de trabajo de Ludwig Borchardt en Abusir y Tell el-Amarna, y de Friedrich W. von Bissing[285] en Abu-Gurob.

La egiptología inglesa está dominada a partir de 1883 por la gran figura de W. M. Flinders Petrie. En sus múltiples campos de trabajo, forma a numerosos jóvenes egiptólogos y les inicia en sus métodos: dibujos precisos de los objetos, incluso los más humildes, y estudio topográfico. Retoman el principio de datación a través de la cerámica establecido por A. Furtwängler y A. Conze y lo aplican también a la cerámica no pintada diseñando un sistema de datación por secuencias. Flinders Petrie y sus discípulos constituyen una auténtica «escuela» de egiptología, formada en el seno de la British School of Archaeology in Egypt. George A. Reisner[286] lleva aún más allá los métodos «revolucionarios» que introduce Petrie en Egipto y Oriente Próximo, al inaugurar los trabajos americanos en Egipto, al mando de la Hearst Egypt Expedition para la Universidad de California, entre 1899 y 1905.

Antes de 1914, Egipto era objeto de una feroz competencia entre las grandes potencias, pero ofrecía una imagen bastante distinta de la que presentaba Grecia: los grandes campos de trabajo de Delos y Delfos eran una réplica de los de Samotracia, Olimpia o Pérgamo, y entre los institutos francés y alemán prevalecía una rivalidad alimentada por la guerra franco-

---

282 Emil Brugsch (1827-1894): egiptólogo alemán, amigo de A. Mariette; colabora en sus trabajos y funda y dirige la Escuela de Arqueología de El Cairo.

283 Karl Richard Lepsius (1810-1884): profesor de egiptología en Berlín y conservador de antigüedades egipcias del Museo de Berlín.

284 Deutsches Institut für ägyptische Altertumskunde, dependiente del Deutsches Archäologisches Institut en 1927.

285 Friedrich Wilhelm von Bissing (1873-1956): profesor en la Universidad de Múnich; trabaja en el *Catalogue du musée du Caire*.

286 George Andrew Reisner (1867-1942): profesor en Harvard y conservador del departamento egipcio del Museum of Fine Arts de Boston de 1910 a 1942.

prusiana, pero en Egipto el Servicio de Antigüedades garantiza, bajo la tutela de su director francés, un modo de colaboración internacional que permite ir más allá de los desacuerdos nacionales. Antes de la guerra mundial, Egipto hace gala de una exploración arqueológica concertada y de una cooperación favorecida por los protectorados inglés y francés, establecidos en Oriente Próximo después de 1918.

Entre el Servicio de Antigüedades de Egipto y la Escuela, convertida en 1898 en Instituto Francés de Arqueología Oriental (IFAO), los lazos son estrechos debido a que las dos están situadas bajo la misma dirección, o a que el director de la Escuela pasa a ser el del Servicio.[287] Pero aun cuando a partir de 1892 las dos instituciones se diferencian claramente, siguen manteniendo una colaboración. Los campos de trabajo de Licht y Dachour son comunes, ya que los miembros de la «misión permanente» colaboran en las campañas y el IFAO publica sus resultados. En Deir el-Medinah, uno de los campos de trabajo más importantes del Instituto, el arquitecto del Servicio, Émile Baraize, continúa los trabajos que había iniciado la misión italiana en 1906. J. de Morgan, director del Servicio de Antigüedades en 1892, sugiere la creación de una sección de papirología en El Cairo y consigue la ayuda de Pierre Jouguet, miembro de la Escuela de Atenas. Hasta 1898, con la entrada en funciones de Émile Chassinat, la Escuela de El Cairo insiste en la reproducción y publicación de textos y, mientras, el Servicio de Antigüedades abre, bajo la dirección de J. de Morgan, una serie de campos de trabajo importantes: en Dachour, donde explora tres pirámides y encuentra las joyas de princesas reales de la XII dinastía, realiza «uno de los grandes descubrimientos de la arqueología»; en Nagada, demuestra la existencia de la «prehistoria» egipcia incipiente.[288] Al crear la dirección de los trabajos de Karnak, le permite a Georges Legrain poner en práctica unos minuciosos métodos de excavación que aplica a la «favissa» del templo, sistemáticamente estudiada entre 1903 y 1906, y adoptar unas técnicas arquitectónicas para volver a levantar las columnas según el procedimiento de los antiguos egipcios.[289]

---

287 En 1881, G. Maspero dirige a la vez la Escuela Francesa de El Cairo y el Servicio de Antigüedades. De 1883 a 1885, E. Grébaut dirige la Escuela, y el Servicio, de 1886 a 1892.

288 J. de Morgan, *Le Trésor de Dachour*, París, 1894; ídem, *Fouilles à Dachour*, 2 vols., París, 1895-1903. Cf. *Un siècle de fouilles françaises en Égypte. 1880-1980*, École du Caire-Musée du Louvre, París, 1981.

289 Cf. P. Lacau, en *Annales du Service des antiquités d'Égypte*, XIX, 1920.

J. de Morgan es el primero que llama la atención sobre la prehistoria de Egipto y G. Legrain comparte con él este interés, le acompaña en su exploración del Sinaí y recoge en el oasis de Kharga los sílex tallados. J. de Morgan, con sus trabajos en Nagada, revela el periodo que precede a la instauración de las primeras dinastías, mientras que en Hieracómpolis, J. E. Quibell y F. W. Green explotan el yacimiento predinástico más amplio descubierto en el Alto Egipto.[290] Con sus *Recherches sur les origines de l'Égypte*,[291] de Morgan inaugura en este país la arqueología prehistórica y provoca el gran movimiento de interés y estudio que suscita la prehistoria a principios del siglo XX, y en especial entre las dos guerras.[292] Sin embargo, a finales del siglo XIX, fueron sobre todo los arqueólogos ingleses y americanos los que más trabajos dedicaron a la prehistoria y, aunque Émile Amélineau (1850-1915) desescombra en Abidos una necrópolis de trescientas tumbas, entre ellas las de los reyes de la I y II dinastía, se ve obligado a transferirle a Flinders Petrie la concesión de excavar, debido a su completa indiferencia ante las exigencias científicas, que llega a escandalizar al propio G. Maspero.

En 1898, Émile Chassinat (1868-1948) entra a dirigir el Instituto Francés de Arqueología Oriental y dispone de libertad para organizar el trabajo científico a su manera.[293] Hasta entonces, se había concedido más importancia a los trabajos de pura erudición y su publicación, y en 1898 las *Mémoires de la mission archéologique française du Caire* cuentan ya con treinta volúmenes.

La dirección de É. Chassinat constituye un periodo especialmente brillante: crea «la mejor imprenta oriental del mundo»[294] y desarrolla las

---

290 M. A. Hoffman, *Egypt before the Pharaohs. The Prehistoric Foundations of Egyptian Civilization*, Londres, 1991.

291 J. de Morgan, *Recherches sur les origines de l'Égypte*, París, 1896-1897.

292 En los años veinte, el propio J. de Morgan, P. Bovier-Lapierre y É. Vignard orientan sus investigaciones hacia paleolítico egipcio, a la vez que G. Caton-Thompson excava en Hamamieh el primer yacimiento predinástico bien estratificado. Cf. P. Montet, «L'Égypte préhistorique», en A. Varagnac (dir.), *L'Homme avant l'écriture*, 2.ª ed., París, Armand Colin, 1968, pp. 240-276.

293 J. Sainte-Fare-Garnot, «L'Institut français d'archéologie orientale du Caire», *Revue de l'Enseignement supérieur*, 1953; J. Vercoutter (dir.), *Institut français d'archéologie orientale. Livre du Centenaire*, El Cairo, 1980.

294 J. Vercoutter, *op. cit.*, introducción.

publicaciones del Instituto así como las del Servicio de Antigüedades.[295] En aquel momento, la escuela aún no había abierto ningún campo de trabajo, pero de 1898 a 1912 se inician excavaciones cada año: se exploran las necrópolis de Abu-Ruwash y Qatta, Asiut y Meir, Drah-Abul-Neggah y el valle de los Reyes; se llevan a cabo trabajos con el Servicio de Antigüedades en los yacimientos grecorromanos de Fayum y Teneh. Chassinat se dedica a Edfu y al templo de Horus, que Mariette había ordenado limpiar en 1858 y sobre el que É. Naville había publicado unos textos en 1870.[296] La publicación completa del templo del Edfu, iniciada en 1891 por el marqués de Rochemonteix (1849-1891), será retomada por É. Chassinat, quien realiza una obra magistral y un auténtico hito científico en catorce volúmenes publicados entre 1892 y 1914.[297] A partir de 1914 se llevan a cabo excavaciones sobre el tell que domina la ciudad y en el templo de Edfu.

Mientras el Instituto Frances de Arqueología Oriental se afirma desde su fundación como un activo centro de investigaciones, tanto por sus trabajos eruditos como por los de campo, otras instituciones refuerzan también la arqueología francesa en Egipto.

En el Museo del Louvre, la llegada de Georges Bénédite[298] a la conservación del departamento egipcio abre un periodo de renovación y esplendor de las colecciones. G. Bénédite es miembro de la Escuela de El Cairo y desde 1887, a su regreso a París, vuelve a Egipto año tras año para negociar en persona la compra de los objetos más bellos e interesantes. Su entrada en el Louvre marca la fecha en que el museo retoma la adquisición de monumentos egipcios: en veintisiete años adquiere alrededor de mil monumentos y objetos, entre los que destacan la mastaba de Akhoutotep (V dinastía), la columna de granito del Rey Ounas (V dinastía), la estela de Za-Atothis (I dinastía), el busto de Amenofis IV, la estatuilla de la dama Toui, las vasijas canopes de Ramsés II, el cuchillo prehistórico de Yébel el-Arak, e incluso la estela del rey serpiente. Las nuevas adquisiciones son

---

295 Los *Annales* del Servicio de Antigüedades Egipcias se publican por primera vez en 1900. É. Chassinat crea el *Bulletin* y la *Bibliothèque d'études* en 1908.

296 É. Naville, *Textes relatifs au mythe d'Horus, recueillis dans le temple d'Edfou*, 1870.

297 W. R. Dawson y E. P. Uphill, *Who Was Who in Egyptology, op. cit.*, p. 61.

298 Geoges Bénédite (1857-1926): conservador del Museo del Louvre de 1907 a 1926.

analizadas y publicadas en *Monuments et Mémoires de la fondation Piot,* la *Gazette des beaux-arts* o la *Revue de l'art ancien et moderne*. G. Maspero le confía la elaboración del catálogo de monumentos civiles del museo de El Cairo[299] y, de 1895 a 1913, G. Bénédite se dedica a la presentación y revalorización de las colecciones de las salas del Louvre que acaban de restaurarse. Cuando se compromete a tamaña empresa, el museo egipcio no ha cambiado de aspecto desde la época de Mariette, y en sus salas se amontona una cantidad excesiva de objetos.[300] G. Bénédite decide retirar buena parte de ellos aplicando el principio de que no se valora la calidad si no se sacrifica la cantidad.[301] Su preocupación principal es didáctica: «Apartar de la vista de los profanos todo cuanto altere la visión clara del arte o de la civilización que se propone dar a conocer».[302] Con su impulso, el museo egipcio se amplía y su presentación respeta el corte cronológico entre el Antiguo y el Nuevo Imperio. Los objetos se clasifican por tipos y épocas.

Sobre el terreno, durante uno de sus viajes a Egipto, en 1891, G. Bénédite trata de abrir un campo de trabajo del Museo del Louvre en Heliópolis, pero será en Medamud donde consiga en 1925 que el IFAO excave con créditos del museo. Así impulsa la tradición que instauraron J.-F. Champollion y A. Mariette, que pretende que los conservadores del Louvre se impliquen en la exploración arqueológica de Egipto.

Por su parte, la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y el Ministerio de Instrucción Pública se asocian en 1904 y le encargan a Charles Clermont-Ganneau una misión que, con la ayuda de Jean Clédat,[303] está orientada a buscar en Elefantina las huellas de la colonia judía que podría haber producido los papiros en caracteres arameos que allí se descubrieron.[304]

En Egipto, tanto las instituciones oficiales francesas como las iniciativas privadas se implican en el trabajo de campo. Los yacimientos egip-

299 *Miroirs. Catalogue du musée du Caire*, El Cairo, 1907; *Objets de toilette. Catalogue du musée du Caire*, El Cairo, 1911.

300 G. Bénédite, «La formation du musée égyptien au Louvre», *La Revue de l'art ancien et moderne*, 1923.

301 *Ibidem*.

302 *Ibidem*.

303 Integrante de la Compañía Universal del Canal de Suez, excava en Tell el-Maskouta en 1908 y en Kom Kalzun. Manda construir un museo en Ismailía.

304 Las excavaciones duran dos años, de 1904 a 1906.

cios despiertan el interés de Émile Guimet, industrial fundador del museo del mismo nombre, que financia las excavaciones de Antínoe, dirigidas por Albert-Jean Gayet (1856-1916). La Sociedad Francesa de Excavaciones Arqueológicas, creada en 1904 y presidida por Ernest Babelon, conservador del Gabinete de Medallas, promueve los trabajos. Este campo de trabajo cuenta con un mecenazgo cuyo funcionamiento es corriente en Gran Bretaña, una sociedad que reúne a aficionados instruidos y especialistas y recoge los fondos, que invierte en actividades arqueológicas. La sociedad francesa se inspira en el modelo que aporta la Egypt Exploration Fund, el Archeological Survey of Egypt y la Palestinian Exploration Fund, cuyo éxito garantiza a la arqueología británica un brillo extraordinario, especialmente en Egipto y Creta.

El objetivo de la Sociedad Francesa con las excavaciones arqueológicas es «emprender y fomentar, mediante subvenciones, exploraciones y excavaciones arqueológicas en Francia, en sus colonias y en países de protectorado y el extranjero, así como alimentar los museos públicos franceses dándoles todos los objetos artísticos o de otro tipo procedentes de las excavaciones».[305] Así es como la sociedad financia en Francia los trabajos de La Turbie, de las termas romanas del antiguo Évreux o los de Saint-Bertrand-de-Comminges. Publica los informes de las excavaciones y un *Bulletin*. En el extranjero, la sociedad interviene en España, en el campo de trabajo de A. Engel y G. Bonsor en Carmona,[306] subvenciona la misión del R. P. Jaussen y Savignac en Arabia,[307] o la del R. P. Jerphanion en Capadocia.[308] En Egipto, el yacimiento de Coptos es explorado en su nombre por Adolphe Reinach[309] y Raymond Weill,[310] que desplaza el campo de trabajo a Zaouiet el-Maietin en 1913. La sociedad contribuye también, mediante la atribución de una subvención de cinco mil francos al IFAO, a la excavación de las necrópolis tebanas.

---

305 A. Grenier, introducción al *Manuel d'archéologie gallo-romaine*, París, 1936, p. 32.

306 En 1903-1904.

307 Marzo-mayo de 1907.

308 En 1991.

309 Adolphe Joseph Reinach (1887-1914): hijo de Joseph Reinach y miembro de la Escuela Francesa de Atenas (1909-1911).

310 Raymond Weill (1874-1950): director de la Escuela Práctica de Estudios Superiores a partir de 1928, presidente de la Sociedad Francesa de Egiptología.

En vísperas de la primera guerra mundial, la egiptología francesa ha mantenido la trayectoria ascendente que É. de Rougé y A. Mariette le imprimieron desde 1850. G. Maspero, al crear el Instituto Francés de Arqueología Oriental, permite el desarrollo conjunto de la arqueología de campo y de la erudición. En Francia, la Escuela Práctica de Estudios Superiores del Louvre y el Colegio de Francia, imparten la egiptología: G. Maspero desempeña un papel decisivo en la formación de una auténtica «escuela egiptológica francesa». El Servicio de Antigüedades, dirigido por franceses hasta la proclamación de la República egipcia, organiza la investigación internacional en estrecha colaboración con el Instituto de Arqueología Oriental.

Desde antes de 1914, Egipto ofrece a la arqueología un modelo de colaboración entre naciones que las circunstancias políticas posteriores a 1918 impondrán para Oriente Próximo.

Si las excavaciones de Botta y Place en Jorsabad, las de Sarzec en Tello y la misión de Renan suscitaron el interés de los eruditos por Mesopotamia y Fenicia, los poderes públicos no juzgaron necesario crear en estas regiones instituciones similares a las que Francia había implantado en Grecia, Italia, España y Egipto. El único organismo francés oficial presente en Oriente Próximo es la Delegación en Persia, en la que se concentra la mayor parte de créditos.

La primera misión francesa en Susa la llevan a cabo en 1884-1886 Marcel y Jane Dieulafoy, y supone para el Museo del Louvre la primera colección de antigüedades susianas, entre las que se hallan los célebres frisos de los arqueros y los leones, así como el capitel de los prótomos de toro adosados.[311] Los Dieulafoy habían conseguido además para Francia un yacimiento que codiciaba Gran Bretaña, visitado por H. Layard en 1842 y prospectado por K. Loftus en 1851.

En el gobierno francés, el ministro de Instrucción Pública, R. Goblet, y los de Asuntos Exteriores, Freycinet y Flourens, están convencidos de que hay que mantener la presencia francesa en Susa: el campo arqueológi-

311 È. y J. Gran-Aymerich, «Jane Dieulafoy», *Archéologia*, n.º 189, abril de 1984, pp. 77-81; ídem, *Jane Dieulafoy. Une vie d'homme, op. cit.*; F. Tallon, «Les fouilles de Marcel Dieulafoy à Suse. La résurrection du palais de Darius», en N. Chevalier (ed.), *Une mission en Perse*, París, Réunion des musées nationaux, 1997, pp. 46-55.

co aumenta el prestigio de Francia en Persia y favorece los intereses económicos y políticos franceses en esta región, en la ruta hacia la India y cerca del golfo Pérsico, donde Inglaterra ejerce su supremacía. A través de Susiana y el país bakhtyari, los productos industriales franceses podrían encontrar una salida y competir con el comercio inglés en el sur de Persia.

En 1886, se plantea una nueva misión de los Dieulafoy a Persia. En 1888, llega el momento de que el gobierno francés compre el yacimiento. Gran Bretaña envía al matrimonio Bent como misioneros; el British Museum les encarga la exploración arqueológica de Susiana y obtienen la autorización de excavar en Takhté Solimán, para determinar la ubicación de Ecbatana. Un acuerdo con los representates del gobierno inglés cede Susa a Francia.

Las negociaciones con Irán para obtener la exclusividad de las excavaciones en Susa duran hasta 1895, fecha en la que se firma un primer convenio, renovado y completado con acuerdos más favorables que garantizan por fin el monopolio francés de las investigaciones arqueológicas en Persia, su derecho sobre la totalidad de objetos hallados en Susa y varias ventajas aduaneras. Sin embargo, cuando en 1897 se crea la Delegación Francesa en Persia y se retoman los trabajos en el yacimiento de la capital elamita, no son los Dieulafoy quienes los dirigen, sino Jacques de Morgan.

Antes de estar a cargo de la dirección del Servicio de Antigüedades de Egipto como interino en 1892, el Ministerio de Instrucción Pública había encargado a J. de Morgan una misión en Persia, región que recorre de norte a sur entre 1889 y 1891. Cuando los Dieulafoy se topan con todo tipo de dificultades para continuar con el campo de trabajo de Susa, J. de Morgan, que ya se había dado a conocer gracias a un buen número de artículos científicos sobre geología, prehistoria y lingüística, aparece como la persona adecuada.

Nombrado delegado general en 1897, J. de Morgan acude a Susa con unos créditos considerables concedidos por las Cámaras: dispone de ciento treinta mil francos oro anuales y cien mil francos para comprar material. La misión arqueológica de Susa es la primera que cobra del prepuesto y se beneficia de tan importantes cantidades.[312]

---

312 A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne*, t. I, París, 1946; R. Boucharlat, «A History of the Délegation archéologique française en Iran», *Iranian Studies*, Nueva York, 1996.

A la cabeza de un importante equipo formado por especialistas consagrados,[313] J. de Morgan inicia en diciembre de 1897 una serie de trabajos de gran envergadura que continuarán más allá de su dimisión en 1912. A partir de 1904, J. de Morgan es emplazado a justificar sus gastos en el yacimiento de Susa. Se crea una gran polémica y el propio presidente del Consejo, G. Clemenceau, se ve obligado a intervenir: tras acudir al Louvre, donde se le presenta el producto de las excavaciones de Susa, afirma su apoyo al jefe de la delegación, que debe dimitir y transmitir la dirección de los trabajos al R. P. Vincent Scheil y a Robert de Mecquenem.[314]

Antes incluso de empezar a sondear los tells de Susa, J. de Morgan tiene la certeza de que la ciudad aqueménida excavada por los Dieulafoy no es una más de las etapas del yacimiento del que, durante su prospección en 1891, extrajo diez sílex tallados y cerámica no torneada, convenciéndole de la gran antigüedad de Susa. Cuando se establece en los tells, J. de Morgan se propone remontarse en el tiempo hasta el suelo virgen. La apertura del campo de trabajo de Susa no sólo «marca una fecha en la historia de las empresas de larga duración, de las que constituye un primer intento»,[315] sino que además corresponde a una de las primeras tentativas del campo estratigráfico en Oriente Próximo.

Tras los sondeos previos, que tenían como fin confirmar la existencia de la cerámica pintada hallada en la superficie, J. de Morgan decide «explotar completamente» el tell de la acrópolis.[316] En 1907-1908, alcanza los niveles inferiores y la excavación llega a suelo virgen, con la esperanza, vana, de encontrar la industria neolítica. Tras haber descubierto la civilización de Nagada y la prehistoria egipcia, J. de Morgan descubría la «prehistoria» elamita y encontraba «los productos de cerámica más anti-

---

313 J. de Morgan incluye en la delegación a jóvenes para que tomen el relevo: así, en 1902, R. de Mecquenem (1877-1957), P. Toscane, M. Pézard (1877-1923), L.-C. Watelin (1874-1934), P. Chennevier, M. Pillet (1881-1964), el R. P. V. Scheil (1858-1940), asiriólogo, G. Jéquier (1868-1946), egiptólogo y lingüista, destinado al Servicio de Antigüedades de Egipto bajo la dirección de J. de Morgan, J.-É. Gautier (1861-1924), asiriólogo e historiador, G. Lampre (1855-1912).

314 Cf. È. Gran-Aymerich, «Archéologie et politique française en Iran. Convergences et contradictions», en *Orient et orientalisme,* Deuxièmes journées de l'Orient de la Société asiatique, en prensa.

315 A. Parrot, *op. cit.*, t. I.

316 J. de Morgan, «Observations sur les couches profondes de l'acropole de Suse», *Mémoires de la mission archéologique de Susiane*, XIII, 1912.

guos del mundo».[317] Confía el estudio de la cerámica pintada de Susa a Edmond Pottier, cuya contribución en este campo en Oriente Próximo se sitúa en la perspectiva de la historia general de la cerámica antigua[318] y confirma la visión unitaria del mundo mediterráneo antiguo que por entonces tenían los arqueólogos.

Mientras J. de Morgan busca «los posibles lazos entre las dos civilizaciones del valle del Nilo y de los «países caldeoelamitas» y entrevé un parentesco entre las artes primitivas y las que se desarrollan más tarde con tanto esplendor en el Mediterráneo»,[319] E. Pottier se subleva contra la tesis de que la cerámica de Susa es la única fuente de la cerámica extendida en todo el Mediterráneo.

Las excavaciones de Susa enriquecen considerablemente el Departamento de Antigüedades Orientales del Louvre: se hallan muchos monumentos babilonios, como la famosa estela de Naram-Sin y el código de Hammurabi, cuya transcripción ofrece el padre Vincent Scheil junto con la traducción en una publicación magistral dentro de la serie de las *Mémoires de la Délégation en Perse*, abierta en 1900.[320] Después de 1912 y de la dimisión de J. de Morgan, la Delegación es dirigida de manera conjunta por V. Scheil y R. de Mecquenem. La primera guerra mundial interrumpe los trabajos, que serán retomados en 1920.

Susa, donde Francia toma la iniciativa de abrir un campo de trabajo permanente con créditos importantes, figura en un lugar destacado en la revista de arqueología mesopotámica preparada por A. Parrot: de hecho «la capital de Elam estuvo siempre, tanto por su civilización como por su historia, muy ligada al país de los dos ríos».[321] La ambiciosa empresa francesa en Susa no tiene más equivalente que la exploración de Babilonia llevada a cabo por R. Koldewey, de 1899 a 1917, con la firme intención de agotar el yacimiento. Estos dos campos de trabajo abren una nueva era de la investigación arqueológica en Oriente Próximo.

---

317 *Ibidem.*

318 E. Pottier, «Sur les vases peints de l'Acropole de Suse», *Mémoires de la Délégation en Perse*, XIII 1912.

319 J. de Morgan, *op. cit.*, 1912.

320 V. Scheil, «Textes élamites sémitiques (code de Hammourabi)», *Mémoires de la Délégation en Perse*, IV, 1902.

321 A. Parrot, *op. cit.*, t. I, p. 170.

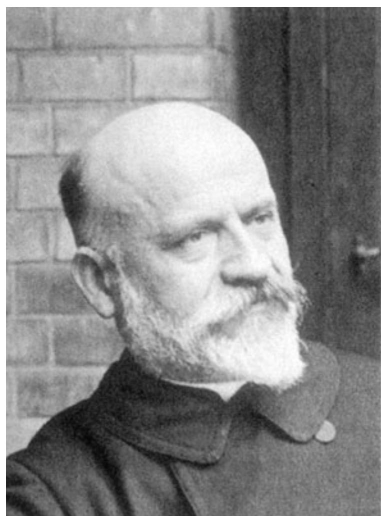
A finales del siglo XIX, los arqueólogos alemanes, inevitables en Italia, Grecia y España, no se habían implicado en Oriente, donde habían dejado campo libre a los ingleses y franceses. A partir de 1898, la política oriental de Guillermo II supone una conversión de la arqueología alemana que se lleva a cabo en Egipto y Mesopotamia. En esta época, las grandes potencias europeas se disputan las ventajas económicas concedidas por un gobierno otomano al borde de la quiebra y, en un Oriente Próximo hasta entonces dominado por la influencia preponderante de Gran Bretaña y Francia, el emperador alemán se esfuerza por ganarse a la población indígena: acude a Iraq en 1898 y lanza el proyecto de Bagdadbahn, ferrocarril destinado a unir Bagdad con Bassora y abrir en su país la ruta de las Indias.

También en 1898, y no puede ser pura coincidencia, se funda la Deutsche Orient Gesellschaft, cuyas iniciativas se desarrollan a la vez en Egipto y Oriente Próximo, en especial, en Babilonia.

Robert Koldewey (1855-1925), encargado de la dirección del campo de trabajo de Babilonia hasta 1917, visitó el yacimiento acompañado por Eduard Sachau durante un viaje de prospección a Mesopotamia efectuado en 1896-1898. Se establece en Babilonia con un numeroso equipo en el que dominan los arquitectos, formados por él, entre ellos W. Andrae, J. Jordan y A. Nöldecke, que dirigirán a su vez importantes campos de trabajo. R. Koldewey se ve animado por unas preocupaciones absolutamente novedosas:[322] se fija el objetivo de examinar minuciosamente la arquitectura, restituir la organización social de la ciudad y poner de manifiesto la estratigrafía de los tells mesopotámicos. Al cierre del campo de trabajo en 1917 se han cumplido estos objetivos gracias a una serie de métodos rigurosos que los arqueólogos alemanes introducen por vez primera en Oriente Próximo.

Para las excavaciones en Babilonia, los alemanes realizan desescombros horizontales y crean la técnica de limpieza de los muros de adobe, que se adoptará a partir de ese momento en todos los campos de trabajo. El examen minucioso de los restos arquitectónicos permite reconstruir el sistema defensivo y las puertas monumentales de la ciudad, limpiar la vía de

322 Cf. S. Lloyd, *Foundations in the Dust, op. cit*. J. Bottéro y M. J. Stève, *Il était une fois Mésopotamie*, París, Gallimard (Découvertes), 1993.



133. Vincent Scheil (1858-1940). Retrato realizado en la Escuela Práctica de Estudios Superiores (Sorbona) y conservado en la Biblioteca del Instituto de Francia.



134. Robert Koldewey (1855-1925). Retrato del frontispicio de *Das wieder erstehende Babylon*, Leipzig, 1925. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



135. Babilonia. R. Koldewey, *Das wieder erstehende Babylon*, Leipzig, 1925, p. 27. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

las procesiones y los principales monumentos. Los ladrillos esmaltados, que adornaban la puerta de Ishtar y yacían dispersos por el suelo en medio de las ruinas, son recogidos y guardados en seiscientas cuarenta y nueve cajas que no llegarán a Berlín hasta 1927. En ese momento se reconstituyen, bajo la dirección de Koldewey, dentro del conjunto arquitectónico del Pergamonmuseum de Berlín.

Babilonia no es el único yacimiento donde los arqueólogos alemanes ponen a prueba sus métodos: de 1902 a 1914, Walter Andrae[323] dirige los trabajos de Qalaat-Shergat, la antigua Asur. Formado por Koldewey, perfecciona las técnicas aplicadas en Babilonia y guía la excavación estratigráfica exhaustiva del templo de Ishtar: reconstruye una serie ininterrumpida de doce templos, desde el santuario arcaico primitivo. Cada fase de excavaciones va acompañada de la limpieza, fotografía y anotación de cada estado, antes de pasar al siguiente. Es innegable que los trabajos de Koldewey ilustran a la perfección el método estratigráfico que J. de Morgan había puesto en práctica en Susa, aunque desde una concepción demasiado mecánica que obstaculizaba la lectura de los vestigios. Por lo que respecta a Flinders Petrie, procedió a la primera exploración estratigráfica que jamás se ha realizado en Oriente Próximo: sus trabajos en Tell el-Hesy en 1891 marcan un giro en la historia de la arqueología oriental. Bien es cierto que antes de 1914, W. Andrae se muestra en Qalaat-Shergat como «un asombroso precursor»[324] al ofrecer el ejemplo perfecto de una excavación estratigráfica y demostrando espléndidamente las ventajas que supone para el conocimiento de la antigua Mesopotamia.

Mientras que en Tello, Ernest de Sarzec y más tarde el capitán Cros prosiguen la exploración de la ciudad sumeria y R. Koldewey acude al sur de Mesopotamia para una misión de prospección metódica, los ingleses permanecen fieles a Nínive hasta 1914.

Efectivamente, en 1884, Alfred Wallis Budge (1857-1934), emisario del British Museum, viajó a Mesopotamia para tratar de poner fin al saqueo de los antiguos campos de trabajo ingleses, y obtuvo el permiso para retomar los trabajos de Nínive. Se trataba de completar la colección de textos, con vistas al catálogo que Henry Rawlinson había concebido y

---

323 Walter Andrae (1875-1956): director del Vorderasiatischen Museum de Berlín.
324 A. Parrot, *op. cit.*, t. I.

que fue confiado a Karl Bezold.[325] El campo de trabajo de Nínive está dirigido por L. W. King[326] y, en 1904, por Robert Campbell Thompson (1876-1941), que procede al descombro científico de las ruinas. El campo de trabajo de Nínive se cierra en 1905, y en 1927 lo vuelve a abrir el propio R. Campbell Thompson.

Hasta 1914, Gran Bretaña no tiene más campos de trabajo en Mesopotamia, ya que todos los esfuerzos se concentran en revalorizar las colecciones del British Museum y en publicar las tablas cuneiformes. H. Rawlinson, G. Smith, T. G. Pinches y P. Norris completaron en 1884 el último volumen de las *Cuneiform Inscriptions of Western Asia*;[327] así concluían una obra monumental. A. W. Budge, desde 1894 conservador del departamento egipcio y asirio del British Museum, decide publicar un nuevo corpus de tablillas babilonias[328] en el que colabora una nueva generación de asiriólogos.

En la alta Siria, en el país hitita, los ingleses abren un campo de trabajo en Karkemish, al borde del Éufrates, cerca del campo de trabajo de Bagdadbahn, y mientras tanto los alemanes inician unos trabajos en la misma época en Tell Halaf, en el nacimiento del Jabur. Las rivalidades políticas y económicas explican el interés que suscita la arqueología de esta región a finales del siglo XIX. De hecho, Gran Bretaña no podría dejar vía libre a las ambiciones expresadas por Guillermo II de abrir una vía comercial entre su país y las Indias por Iraq.

El barón Max von Oppenheim (1860-1946), diplomático alemán en Egipto desde 1896, realiza un viaje de exploración desde el Mediterráneo hasta el Golfo Pérsico en 1899 para reconocer el trazado del futuro Bagdadbahn. Unos beduinos informan de la existencia de relieves hallados en Tell Halaf, a donde manda que le acompañen; y regresa al mismo sitio en 1911 para abrir un campo de trabajo cuya actividad se verá provisio-

325 Karl Bezold (1859-1922): asiriólogo alemán, autor del *Catalogue of Cuneiform Tablets in the Kuyunjik Collection*, 2 vols., Londres, 1889-1899.

326 L. W. King (1869-1922): ayudante del departamento asirio y egipcio del British Museum.

327 H. C. Rawlinson, *Cuneiform Inscriptions of Western Asia,* Londres, 5 vols., 1860 a 1884.

328 *Cuneiform Texts from Babylonian Tablets… in the British Museum*, Londres; el primer volumen data de 1896.

nalmente interrumpida en 1914 con la guerra mundial. Oppenheim retomará los trabajos en Tell Halaf en 1927, pero es al inglés Max E. L. Mallowan a quien habrá que atribuir el mérito de revelar la gran antigüedad del yacimiento.

En Karkemish, el British Museum encargó en 1878 a P. Henderson, cónsul en Alepo, que recopilase los abundantes relieves que allí había. En 1908, David G. Hogarth (1862-1927) lleva a cabo una misión de prospección para el museo británico que finaliza con la apertura de un campo de trabajo en 1911; el equipo, dirigido en primer lugar por Hogarth, lo forman T. E. Lawrence,[329] C. L. Woolley[330] y R. Campbell Thompson, siendo este último quien sucede a D. G. Hogarth en la dirección de los trabajos. C. L. Woolley es el encargado de la última campaña en 1914 y volverá a abrir el campo de trabajo en 1920, mientras que el coronel T. E. Lawrence continúa, a partir de 1914, la prodigiosa carrera políticomilitar que ya conocemos.

Durante ese mismo periodo de 1912 a 1914, los arqueólogos alemanes se instalan también en Samarra,[331] en el valle del Tigris, al norte de Bagdad, y en Warka, en el sur de Mesopotamia.[332] A pesar de entrar tarde en la escena de Oriente Próximo, Alemania goza sin lugar a dudas de una situación privilegiada en 1914: de los seis grandes campos de trabajo que hay, posee cuatro, mientras que Inglaterra y Francia se desdibujan ligeramente y Estados Unidos se ve sumido en sus primeros proyectos, que casi son fracasos.[333]

En Tello, donde los descubrimientos de Ernest de Sarzec revelaron la existencia de los sumerios y contribuyeron a la creación del

329 Thomas Edward Lawrence (1888-1935): oficial y arqueólogo británico conocido como el famoso «Lawrence de Arabia». Cf. por último H. Laurens, *Lawrence en Arabie*, París, Gallimard (Découvertes), 1992.

330 Sir Charles Leonard Woolley (1880-1960): capitán del Intelligence Service en Egipto, dirige el campo de trabajo de Ur de 1922 a 1934.

331 Los trabajos fueron dirigidos por Ernst Hertzfeld y sacan a la luz la cerámica protohistórica, que, al igual de la de Tell Halaf, se remonta al IV milenio.

332 El campo de trabajo está dirigido por Julius Jordan, que perteneció a la expedición de R. Koldewey, en Babilonia.

333 En 1888, se crea la Babylonian Exploration Fund y la Wolf Expedition, cuyos miembros, dirigidos por Peters, excavan en Nippur entre 1889 y 1900. Los trabajos, llevados a cabo sin método y sin preocuparse por la arquitectura y por los textos inscritos, se desarrollan en medio de una gran confusión y no resultan muy provechosos desde el punto de vista científico. La Babylonian Exploration Fund termina disolviéndose.



136. Tello (Caldea), la cuenca sobre la que se erigía el palacio. E. de Sarzec, *Découvertes en Chaldée par E. de Sarzec, publié par les soins de Léon Heuzey*, París, Ernest Leroux éditeur, 1884-1912, lám. 61 bis. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

Departamento de Antigüedades Orientales del Louvre, continúan los trabajos hasta la muerte del cónsul en 1901; el capitán Cros los retoma en 1903 y vuelven a interrumpirse en 1909. En 1883, E. de Sarzec fue nombrado cónsul en Bagdad y se le encomendó una misión científica, pero las excavaciones de Tello no pudieron reemprenderse hasta 1888, después de unas delicadas negociaciones con Hamdi Bey, director del museo de Constantinopla, ya que el gobierno otomano había establecido nuevos reglamentos, más restrictivos, en materia de antigüedades. Al ser destinado E. de Sarzec a la legación francesa de Batavia, los trabajos de Tello se interrumpieron hasta 1893 y el yacimiento, ya sin vigilancia, quedó sometido a constantes saqueos, tras los cuales los clandestinos vendían antigüedades y miles de tablillas inscritas.[334] En 1894, E. de Sarzec vuelve a Bassora y retoma los trabajos: se limpia el tell señalado con la letra V y en una sola temporada de excavaciones proporciona treinta mil tablillas inscritas. Con todo, los saqueadores ya habían aprovechado la interrupción de los trabajos para vaciar un segundo yacimiento muy cercano y tan rico como aquél.

Entre 1895 y 1898, de Sarzec solicita una baja por enfermedad y suspende sus trabajos en Tello. Este periodo está protagonizado por las negociaciones de Paul Cambon, embajador de Francia ante la Puerta, para obtener los monumentos descubiertos durante las excavaciones francesas: adquiere la maza de armas de Mesilim, los bajorrelieves genealógicos de Ur-Nanshe, los fragmentos de la estela de los Buitres y la vasija de Entemena. Léon Heuzey y François Thureau-Dangin,[335] en una misión a Constantinopla, consiguen para el Louvre algunas de las tablillas descubiertas en 1894 y 1895.

Las últimas campañas de E. de Sarzec se desarrollan en 1898 y 1900. Continúa con la limpieza del cúmulo de tablillas del tell V y, en el tell K, procede a un sondeo en profundidad y «sin dudarlo […] traspasa los límites de la historia, penetrando mucho más allá de esta protohisto-

334 «De 35 000 a 40 000 tablettes furent jetées sur le marché de Bagdad et de Bassora»: A. Parrot, *op. cit.*, vol. I, p. 133.

335 François Thureau-Dangin (1872-1944): epigrafista francés encargado de la lectura de los textos de Tello, conservador del Departamento de Antigüedades Orientales del Louvre de 1908 a 1928.

ria que, treinta años más tarde, el abad de Genouillac reconoce definitivamente».[336]

Es cierto que el cónsul De Sarzec excavó en Tello sin ningún método arqueológico e hizo prevalecer el interés por los hallazgos sobre el de descombrar los monumentos preocupándose por comprender el yacimiento, pero a pesar de todo, los objetos y las tablillas inscritas que se descubrieron hicieron posibles los avances en asiriología: un equipo de epigrafistas, dirigido por Jules Oppert, se dedica a las inscripciones de Tello, que serán publicadas por François Thureau-Dangin.[337] L. Heuzey, conservador del Departamento de Antigüedades Orientales del Louvre, que, desde el primer momento, apoyó los trabajos de Tello, garantiza el estudio y la publicación de los descubrimientos.[338] Tras la muerte de E. de Sarzec y el abandono del campo de trabajo, los clandestinos retomaron su tráfico de tablillas inscritas. L. Heuzey, convencido de la necesidad de una excavación sistemática, logra que el capitán Gaston Cros suceda a E. de Sarzec en Tello, y de 1903 a 1909 se realizarán cuatro campañas. Las excavaciones se hacen más metódicas, las observaciones sobre la arquitectura son más precisas y se tienen mucho más en cuenta los datos arqueológicos; pero G. Cros, que después decidió ir a Argelia para continuar su carrera militar, renuncia a proseguir la exploración: de este modo, el campo de trabajo se cierra en 1909 y no volverá a abrirse hasta 1929.

En Tello, al igual que en Jorsabad, los trabajos se desarrollan de manera intermitente y están dirigidos por un cónsul que, aunque le apasionan y se entrega por completo a ellos, ignora todos los métodos científicos que los arqueólogos alemanes e ingleses aplican en sus campos de trabajo. El reparto entre la arqueología de campo, asumida por un «amateur», y el estudio de los objetos e inscripciones, realizada por eruditos autorizados, L. Heuzey y F. Thureau-Dangin, encarna la supervivencia de un pasado en vías de extinción. En cambio, la Delegación Francesa en Persia, dirigida

---

336 A comienzos de 1929, el abad H. de Genouillac vuelve a abrir el campo de trabajo de Tello, abandonado a los clandestinos tras la marcha del capitán Cros a Argelia. Lleva a cabo tres campañas hasta 1931 y procede a una excavación estratigráfica que muestra niveles arcaicos parecidos a los de Ur y Uruk, donde aparecen representados todos los periodos de la protohistoria mesopotámica. Cf. A. Parrot, *op. cit.,* t. I.

337 F. Thureau-Dangin, *Inscriptions de Sumer et d'Akad*, París, 1905.

338 E. de Sarzec y L. Heuzey, *Découvertes en Chaldée*, París, 1884-1912.

por Jacques de Morgan, marca la llegada de misiones de larga duración, provistas de importantes créditos y dirigidas por un arqueólogo. Son ejecutadas por equipos de «especialistas» que se encargan a la vez de los trabajos de campo, del estudio del yacimiento, que se exhuma en un afán por comprenderlo, y del estudio de los monumentos, objetos e inscripciones, que permite llegar a conclusiones de orden arqueológico e histórico.

En Mesopotamia, Francia se honra con dos descubrimientos fundamentales, el de Jorsabad, que da lugar a la asiriología, y el de Tello, donde se revelan los sumerios. Pero poco antes del estallido de la primera guerra mundial, Susa ocupa el primer lugar en las preocupaciones de los políticos y moviliza la mayor parte de los créditos dedicados a la arqueología francesa en Oriente Próximo. En 1914 Alemania es, sin lugar a dudas, la que domina en Mesopotamia e inaugura la era de la arqueología científica.

Aparte de Tello, los franceses exploran otros dos yacimientos: Hamdi Bey, director del Museo de Constantinopla, recurre a Vincent Scheil, antiguo miembro del Instituto de El Cairo,[339] que realiza excavaciones en Abu-Habba, la antigua Sippar, al sur de Bagdad, entre 1893 y 1894. En El-Oheimir, un yacimiento al este de Babilonia identificado en 1873 por G. Smith con Kish, los clandestinos habían extraído entre 1905 y 1910 numerosas tablillas inscritas, que incitaron al abad Henri de Genouillac (1881-1940) a abrir un campo de trabajo. Con una misión encargada por el Ministerio de Instrucción Pública, y acompañado por un arquitecto, excava de enero a abril de 1912. Pero la declaración de guerra hizo fracasar el proyecto de continuar con los trabajos.

Mientras que en Mesopotamia y Persia la aplicación de métodos de excavación cada vez más rigurosos, y sobre todo la adopción del principio estratigráfico, permitía desvelar los periodos protohistóricos y prehistóricos en Palestina, donde el duque de Luynes y Édouard Lartet defendieron en 1872 la existencia de la prehistoria, asistimos antes de 1914 a un despegue espectacular de la arqueología. Desde 1845, con la creación de la Deutsche Morgenländergesellschaft de Leipzig, Palestina fue objeto de

339 Padre Vincent Scheil (1858-1940): director de la Escuela Práctica de Estudios Superiores; «Une saison de fouilles à Sippar», *Mémoires publiés par les membres de l'Institut français d'archéologie orientale du Caire*, vol. I, 1902.

múltiples exploraciones e investigaciones, guiadas por miembros de sociedades inglesas y alemanas.[340]

Sin embargo, es a partir de 1890 cuando se desarrolla la arqueología de campo, se multiplican los campos de trabajo y se admite por fin la prehistoria palestina.[341] Precisamente en 1890, Flinders Petrie, que había inaugurado en Egipto una excavación arqueológica científica, interviene a petición de la Palestine Exploration Fund en el yacimiento de Tell el-Hesy: es el primero que procede a una excavación estratigráfica de un tell palestino y desmuestra que esta técnica arqueológica permite reconstituir la cronología del yacimiento. Flinders Petrie funda la excavación de un tell apoyándose en el principio de que las capas inferiores son las más antiguas y que los objetos se reparten cronológicamente de acuerdo con el mismo principio; los fragmentos de cerámica se convierten de este modo en indicadores cronológicos o *Leitfossil*.

A partir de 1891, el americano Frederic J. Bliss (1859-1937) sucede a Flinders Petrie y lleva a cabo excavaciones metódicas, dividiendo un tercio del tell que se estudiará en cuadrados de diez pies y observando la disposición de las capas. El método estratigráfico no se pondrá en práctica definitivamente en Palestina hasta 1952, cuando Kathleen M. Kenyon emprenda la excavación del Tell es-Sultán, antigua Jericó.

Por otra parte, la Palestine Exploration Fund subvenciona excavaciones en Jerusalén, situadas entre 1894 y 1897 bajo la dirección del propio F. J. Bliss, secundado por un arquitecto. Paralelamente, la sociedad londinense manda realizar una serie de excavaciones en varios tells de Palestina occidental[342] en relación con Tell el-Hesy, con vistas a una síntesis sobre el desarrollo del arte en esta región: de este modo, Bliss puede recomponer la evolución de la cerámica del sur de Palestina.

---

340 La Palestine Exploration Fund, creada en Londres en 1865, y las sociedades alemanas de Colonia y Leipzig (Deutsche Verein von heiligen Lände y Deutsche Verein zur Erforschung Palästinas), fundadas en 1876 y 1877, respectivamente. La Deutsche Orient Gesellschaft, fundada en 1898 y activa en Egipto y Oriente Próximo, procede a una exploración general de Palestina.

341 Sobre la historia de la arqueología en Palestina, cf. especialmente L. H. Vincent, *Canaan d'après l'exploration récente*, París, 1907; G. Contenau, *Manuel d'archéologie orientale depuis les origines jusqu'à l'époque d'Alexandre*, París, 4 vols., 1927-1947; U. Haussmann, *Handbuch der Archäologie, Allgemeine Grundlagen der Archäologie*, Múnich, 1969.

342 Tell Zakariya, Tell Djedeideh, Tell Sandahannah, Tell es-Safy.

El antropólogo R. A. S. Macalister excava para la Palestine Exploration Fund en Tell-Djeser,[343] yacimiento que C. Clermont-Ganneau identificó con Gézer y cuya topografía estableció el padre Lagrange.[344] Macalister procede a la exploración completa del tell sin conformarse con sondeos o desescombros parciales.

Estados Unidos, al mismo tiempo que inicia operaciones arqueológicas en Egipto y Mesopotamia, demuestra el mismo interés por Palestina que nace, como en el caso de Gran Bretaña, del peso que ejerce la tradición bíblica en los países anglosajones. La American School of Oriental Research se funda en Jerusalén en 1901 y, en 1902, la Universidad de Princeton organiza una expedición a Siria.

En la antigua ciudad de Samaria, George A. Reisner[345] y Clarence S. Fischer (1876-1941) abren, para la Universidad de Harvard, un campo de trabajo en 1908 e inventan un nuevo método de observación estratigráfica, que reside en la distinción de capas geológicas y culturales y la datación relativa de los muros mediante el «Locus-to-Stratum Method»: una capa se caracteriza por un número determinado de «loci», puntos escogidos en la capa que se ponen en relación con una cerámica contemporánea.[346]

Los trabajos organizados por los anglosajones estimulan la actividad de los arqueólogos alemanes y austriacos: G. Schumacher y K. Watzinger emprenden excavaciones en Tell el-Mutesellin, antigua Megiddo,[347] y junto con E. Sellin, exploran para la Academia de Ciencias de Viena, la Deutsche Orient Gesellschaft y la Deutsche Verein zur Erforschung Palästinas, Tell Ta'anak y Tell es-Sultán (Jericó).[348] Juntos, aplican métodos arquitectónicos ejecutando planos, cortes y anotaciones de una notable precisión.

En Palestina, donde antes de 1914 las grandes potencias europeas preparan el reparto del botín del imperio otomano, las actividades arqueoló-

---

343 De 1902 a 1905, y de 1907 a 1909.

344 En 1899, en nombre de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

345 George Andrew Reisner (1867-1942): egiptólogo, conservador del departamento egipcio del Museum of Fine Arts de Boston de 1910 a 1942, profesor de egiptología en Harvard de 1914 a 1942.

346 Cf. Helga Weypert, *Vorderasien II. Band I, Palästina in vorhellenistischer Zeit*, 1988: U. Haussmann (ed.), *op. cit.*

347 De 1903 a 1908.

348 De 1898 a 1903 en Tell Ta'anak, y de 1907 a 1909 para Jericó.

gicas que habían lanzado a mediados del siglo XIX las sociedades inglesas y alemanas, deseosas de conocer mejor los países bíblicos, se intensifican y a veces ilustran la rivalidad política de Alemania y Gran Bretaña. La arqueología y quienes la practican se ponen al servicio de intereses económicos y políticos: los campos de trabajo de Karkemish y de Tell Halaf están estrechamente ligados al de Bagdadbahn, y T. E. Lawrence, C. L. Woolley y M. von Oppenheim cumplen una doble misión, de arqueólogos e informadores. En 1914, los dos primeros serán encargados por la Palestine Exploration Fund de una misión en la frontera de Egipto y de Palestina cuyo objetivo científico traslucía las preocupaciones militares.[349]

En vísperas de la primera guerra mundial, crece la tensión entre Gran Bretaña, firmemente instalada al borde del Nilo, y la Sublime Puerta, que establece una alianza con Alemania y constituye una amenaza para el «Egipto inglés» en Palestina. En esta época, en la que Alemania afirma su ambición en Oriente Próximo, abre numerosos campos de trabajo arqueológicos en Mesopotamia y Palestina. Su alianza con los otomanos constituye una amenaza para Inglaterra y Francia que, olvidando la rivalidad que mantuvieron durante largo tiempo en estas regiones, se prestan ayuda mutua y, en 1912, firman un acuerdo por el que Francia obtiene la primacía en Siria y Gran Bretaña en Palestina.[350]

Antes de 1914, se entrevé ya el reparto que, tras la victoria de los aliados en 1918, prevalecerá en Oriente Próximo: Siria y el Líbano, bajo el protectorado francés, e Iraq y Palestina, sometidos a la administración británica.

Antes de la primera guerra mundial, la arqueología francesa, poderosa en Persia gracias al campo de trabajo de Susa, ocupa un lugar muy modesto en Mesopotamia, Palestina y el Levante mediterráneo. F. de Saulcy, E. Renan, el marqués de Vogüé y C. Clermont-Ganneau eran ilustres pioneros cuyos trabajos, por muy notables que fueran, no tuvieron continuación en el terreno. A falta de sociedades francesas capaces de organizar y financiar investigaciones y campos de trabajo, como pueden ser la Palestine Exploration Fund o las sociedades alemanas, la arqueología fran-

---

349 H. Laurens, *Lawrence en Arabie, op. cit.*, p. 27.

350 Ídem, *L'Orient arabe. Arabisme et islamisme de 1798 à 1945*, París, Armand Colin, 1993.

cesa no experimenta en Oriente Próximo el mismo desarrollo brillante que en Grecia, Italia, África del Norte o Egipto. En Oriente deberían haberse creado «escuelas» como la de Atenas, que sirvió de modelo a las de Roma y El Cairo.

Fulgence Fresnel, jefe de la misión de 1855 en Mesopotamia, alimenta el proyecto de una «misión permanente» en Bagdad. Para la Tierra Santa, el marqués de Vogüé, desde su exploración de Siria y Palestina en 1853-1854, y C. Clermont-Ganneau reclamaban la creación de una institución que diese un empuje a la arqueología de campo. Convertido en embajador en Constantinopla, el marqués de Vogüé conoce allí en 1871 al padre V. Ligiez, ayudante del maestro de la orden de los dominicanos,[351] y ambos elaboran el proyecto de una escuela de estudios bíblicos en Tierra Santa. Sin embargo, no será hasta 1884 cuando se inaugure en Jerusalén la casa Saint-Étienne, donde el padre M.-J. Lagrange[352] crea una «École pratique d'études bibliques», inspirada en la Escuela Práctica de Estudios Superiores de Victor Duruy.

En 1890 se organiza en ella la enseñanza y el padre Lagrange imparte las clases sobre el Antiguo Testamento, el hebreo y la asiriología; al padre Séjourné le asignan las del Nuevo Testamento e imparte una formación en topografía y geografía. El padre Doumeth enseña árabe y el abad Heydet se encarga de la organización de los viajes de exploración.

La *Revue biblique*, creada en 1892, garantiza la difusión de las investigaciones. Aparte del marqués de Vogüé y C. Clermont-Ganneau, los orientalistas franceses no habían demostrado gran interés por la Biblia y la arqueología de Palestina, pero la «escuela práctica» de Jerusalén quiere poner al servicio de la exégesis bíbilica las investigaciones arqueológicas y epigráficas, para lo cual moviliza la asiriología y la egiptología. El padre Lagrange funda una auténtica «escuela», que desarrolla el método crítico e

---

351 Sobre la historia de la Escuela Bíblica de Jerusalén, véase: *Commémoration du centenaire de l'École biblique et archéologique française de Jérusalem*, sesión pública anual de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras del 23 de noviembre de 1990, intervenciones de J. Leclant, A. Caquot («L'exégèse et l'épigraphie sémitiques à l'École biblique»), E. Will («L'École biblique et la découverte archéologique»).

352 Reverendo padre Marie-Joseph Lagrange (1865-1938): primer director de la Escuela de Jerusalén, pronuncia sus votos en Salamanca. En 1888, acude con el padre Scheil a Austria y en 1889, a Jerusalén con el proyecto de crear en la casa Saint-Étienne una «facultad de Sagrada Escritura».

histórico y establece lazos de colaboración con la Academia de Inscripciones y Bellas Letras: así, en 1897, la exploración epigráfica de Petra es organizada de manera conjunta por la Academia y los dominicanos de Jerusalén.

El padre Lagrange le otorga a la arqueología un lugar privilegiado, pero al no contar con suficientes créditos, no puede lanzar a la escuela de Jerusalén a crear campos de trabajo arqueológicos parecidos a los que abrieron anglosajones y alemanes en Palestina. Mientras el padre Édouard Dhorme[353] publica una selección de textos religiosos asiriobabilonios y presenta la primera traducción de la Epopeya de Gilgamesh,[354] los miembros de la Escuela de Jerusalén multiplican las exploraciones epigráficas y arqueológicas: los padres A. J. Jaussen y R. Savignac acuden a Neguev en 1899; a Arabia del Norte y Transjordania en 1907 y 1912; y cumplen en 1914 una misión epigráfica en Palmira. En Jerusalén mismo, los padres Félix-M. Abel (1878-1952), Louis-Hugues Vincent (1872-1960) y Raphaël Savignac[355] muestran los monumentos de la ciudad antigua para elucidar la historia de su construcción.

La prehistoria palestina, de la que el duque de Luynes y Louis Lartet hallaron restos durante su expedición de 1864,[356] va siendo progresivamente admitida a partir de 1890. Los trabajos del padre Germer-Durand (1845-1917), primer superior de la Hôtellerie de Notre-Dame de France en Jerusalén, contribuyen en gran medida a los avances realizados en este ámbito. Crea un museo palestino en Jerusalén, con una sección dedicada a la prehistoria, y durante una conferencia en la Escuela Bíblica restablece una red de yacimientos de sílex tallados, para los que propone una clasificación tipológica y cronológica.[357] En el XI Congreso de los Orientalistas, celebrado en París en 1897, dedica su ponencia a la «edad de piedra en

353 R. P. Paul-Édouard Dhorme (1881-1966): dominico, exégeta y asiriólogo, director de la Escuela Práctica de Estudios Superiores y profesor en el Colegio de Francia de 1933 a 1951.

354 En 1907.

355 El padre Raphaël Savignac excava en 1937 con R. Guérin de Vaux, director de la Escuela Bíblica y Arqueológica francesa de Jerusalén, en Ma'in, en Jordania.

356 Duque H. d'Albert de Luynes, *Voyage d'exploration à la mer Morte*, París, 1864, t. III; Louis Lartet, *Géologie. Essai sur la géologie de la Palestine et des contrées avoisinantes, telles que l'Égypte et l'Arabie*, París, 1869.

357 *Revue biblique*, 1897, pp. 439-449.

Palestina»: la «batalla de la prehistoria» se ha ganado definitivamente en Palestina, y en cuanto Flinders Petrie introduce las excavaciones metódicas y profundas,[358] éstas se generalizan.

A pesar de no disponer de medios para contribuir con un gran campo de trabajos arqueológicos a la exploración de Palestina, la Escuela Bíblica de Jerusalén desempeña un papel importante a través de la *Revue biblique*, difusora de las investigaciones y los métodos utilizados por los eruditos anglosajones y alemanes. El padre Louis-Hugues Vincent investiga la historia de las excavaciones arqueológicas en Palestina y Siria, insistiendo sobre todo en las innovaciones metodológicas introducidas en los grandes campos de trabajo.[359] Los procedimientos que utiliza son «absolutamente arqueológicos» y, a la luz de los datos obtenidos con las excavaciones, trata de elaborar un cuadro de Canaán, sus ciudades, sus lugares de culto y las prácticas religiosas, para situarlo en la historia general.[360] En este estudio, que cuenta con un capítulo entero sobre cerámica, se introduce la geología y la arqueología prehistórica. Los trabajos pioneros de Flinders Petrie en Tell el-Hesy terminaron demostrando la validez de «esta ciencia oscura y desconocida»[361] que el gran arqueólogo inglés puso en práctica en Egipto, aplicando el siguiente axioma: «Determine una vez la cerámica de una región y tendrá en su mano la clave de toda la exploración posterior».[362]

Cuando escribe el padre Vincent, la teoría esbozada por Flinders Petrie ha cobrado certeza y precisión gracias a los perfeccionamientos de F. J. Bliss,[363] R. A. S. Macalister y E. Sellin, y culmina con la identificación de tipos de cerámica a partir de los cuales se puede establecer la cronología de un yacimiento. El padre Vincent, absolutamente partidario del método de datación y definición de un yacimiento por la cerámica, subraya que éste sólo se puede aplicar si se practica una excavación estratigráfica rigurosa: «Para que el estudio de la cerámica nos lleve más allá, deben cumplirse dos

358 En Tell el-Hesy, en 1890.
359 R. P. L.-H. Vincent, *Canaan, d'après l'exploration récente*, 1907.
360 *Ibidem*, cf. índice temático.
361 *Ibidem*, p. 300.
362 M. W. Flinders Petrie, *Tell el-Hesy*, Londres, 1891, p. 40.
363 F. J. Bliss estuvo en la escuela de Flinders Petrie en Egipto y perfecciona sus teorías en Palestina. Cf. en especial F. J. Bliss y R. A. Macalister, *Excavations in Palestine during the Years 1898-1900*, Londres, 1902, especialmente «Part II. The Potery», pp. 71-141.

condiciones fundamentales: la comparación con tipos conocidos y clasificados, y el índice exacto de situación en un estrato de ruinas».

Antes de 1914, cuando todavía no hay ninguna institución arqueológica francesa oficial implantada en Oriente Próximo, la Escuela Bíblica de Jerusalén, cuyos lazos científicos con la Academia de Inscripciones y Bellas Letras son estrechos, aparece como un auténtico centro de investigaciones, donde la arqueología tiene especial importancia. En Palestina, los dominicanos garantizan la continuidad de los trabajos iniciados por F. de Saulcy, E. Renan, el marqués de Vogüé y C. Clermont-Ganneau.

La instauración del protectorado francés en Siria tras la guerra mundial permitirá al estado tomar el relevo de la institución religiosa mediante la creación en 1920 de una escuela francesa de arqueología asociada a la Escuela Bíblica del padre Lagrange, a quien se confía la dirección de ambos centros.

Durante los años inmediatamente anteriores a la guerra, «la investigación arqueológica se encontró marcada allí [en Palestina y Siria] por una curiosa mezcla de política, religión e investigación científica».[364] De hecho, en 1913, las investigaciones en la costa siria, suspendidas tras la misión de E. Renan, se retoman a la vez que Francia afirma sus pretensiones sobre la administración de Siria y obtiene garantías por parte de Gran Bretaña.[365]

El doctor Georges Contenau (1877-1964), del Louvre, dirige para el museo una misión en Sidón, en colaboración con Macridi Bey, conservador del Museo de Constantinopla, que había retomado los trabajos a principios de siglo.[366] En 1887, en este yacimiento se descubrieron dos hipogeos que contenían dieciocho sarcófagos, uno de los cuales llevaba una inscripción en la que se mencionaba al rey Tabnit, padre de Eshmunazar: para publicar este monumento, Hamdi Bey se asoció a T. Reinach.[367] A conti-

364 E. Will, «L'École biblique et la découverte archéologique», en *Commémoration du centenaire de l'École biblique et archéologique française de Jérusalem*, *Académie des inscriptions et belles-lettres,* sesión anual del 23 de noviembre de 1990, p. 36.

365 A finales de 1912, el gobierno británico reconoce a Francia la primacía de su influencia en Siria.

366 «À travers les nécropoles sidoniennes», *Revue biblique*, octubre de 1904.

367 Théodore Reinach (1860-1928): hermano de Salomon Reinach, es uno de los mejores numismáticos de su tiempo (*Recueil des monnaies d'Asie Mineure*); Hamdi Bey y Théodore Reinach, *Une nécropole royale à Sidon. Fouilles de Hamdi Bey*, París, 1892.

nación Macridi Bey retomó los trabajos. Las investigaciones en Sidón, interrumpidas por la primera guerra mundial, se continuarán en 1920 y será en Siria donde se desarrolle la arqueología oriental francesa, mientras en Persia la delegación francesa prosigue con los trabajos comenzados por J. de Morgan.

La primera guerra mundial modifica profundamente el equilibrio de las naciones europeas, por lo que provoca un cambio determinante en la historia de la arqueología cuyo destino aparece estrechamente ligado al panorama político internacional: mientras que la arqueología nacional conoció desde 1830, fecha de los comités creados por François Guizot, un desarrollo continuo gracias a las sociedades eruditas y a las instituciones oficiales implantadas por Napoleón III, en 1918 se ve privada de su director más brillante, Joseph Déchelette, muerto en el frente, y padece la extinción de gran cantidad de sociedades eruditas. En el Mediterráneo, las escuelas de Atenas, Roma y El Cairo contribuyen al desarrollo de la arqueología científica en Grecia, África del Norte, España y Egipto pero, en cambio, la arqueología francesa en Oriente Próximo se ve frenada por la ausencia de una institución oficial que estimule las investigaciones lanzadas por F. de Saulcy, E. Renan, C. Clermont-Ganneau o M. de Vogüé en Palestina y Fenicia, y que favorezca la apertura de campos de trabajo. El conflicto mundial, que en Oriente Próximo tiene como resultado el protectorado francobritánico, es una ocasión para que la arqueología francesa se desarrolle en estas regiones, gracias a la creación de una nueva escuela arqueológica, asociada al establecimiento de los dominicanos en Jerusalén.

Durante los últimos años del siglo XIX se produce el perfeccionamiento de una ciencia arqueológica que no deja de evolucionar desde finales del siglo XVIII, cuando Bernard de Montfaucon y el conde de Caylus dieran su primera definición. Inspirada en el ejemplo de la filología, la arqueología se dota de métodos rigurosos que permiten estudiar los objetos y los monumentos. Las instituciones creadas a lo largo del siglo XIX corresponden a las exigencias propias de la arqueología de campo: la era de los grandes campos de trabajo se abre hacia 1890 y, en Grecia, África del Norte y Persia asistimos al nacimiento de campañas de larga duración que requieren importantes créditos, así como la ayuda de verdaderos equi-

pos formados por especialistas y dirigidos por arqueólogos profesionales. El caso del cónsul E. de Sarzec, que excava en el yacimiento de Tello descubierto por él, como lo hizo P.-É. Botta en Jorsabad, es una excepción; los directores de campos de trabajo en Grecia, África del Norte o Egipto son, en su mayoría, arqueólogos formados en la universidad y miembros de las escuelas de Atenas, Roma y El Cairo o arquitectos, cuyo papel, importante ya a finales del siglo XVIII, resulta determinante en Troya, Olimpia o Delfos así como en Timgad o Babilonia. Los directores de los grandes campos de trabajo de finales del siglo XIX no se conforman con estudiar los yacimientos y sus monumentos sino que, al igual que W. Dörpfeld o R. Koldewey, perfeccionan unos métodos de excavación que se irán imponiendo progresivamente en todos los campos de trabajo.

A partir de 1855, la arqueología adopta el modelo filológico y sus métodos de análisis y aplica al estudio de los objetos unos principios rigurosamente científicos, de tal modo que en 1870 experimenta una evolución decisiva, desencadenada por la búsqueda del mundo homérico de H. Schliemann y sus grandes trabajos en Troya y Micenas. Mientras, las excavaciones, hasta entonces realizadas con el fin de alimentar los grandes museos con objetos y monumentos, se imponen como el medio para hacer revivir las civilizaciones de las que los textos no han conservado rastro alguno y para las que no sirve la filología.

De hecho, aunque Schliemann cree encontrar vestigios de los tiempos homéricos en las ruinas que descubre en Hissarlik, Micenas o Tirinto, y aunque G. Perrot, tras visitar las excavaciones de Troya, se felicita porque la arqueología confirma y enriquece los textos,[368] enseguida se descubre, gracias a W. Dörpfeld, que los vestigios identificados como los de Ilión por Scheliemann son en realidad muy anteriores y se remontan a un periodo que no guarda relación con la epopeya de Homero.[369]

Los trabajos arqueológicos, llevados a cabo en Grecia y Creta según unos rigurosos métodos de observación de los cuales el más importante es

---

368 G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, t. IV, *La Grèce primitive, l'art mycénien*, París, 1894, p. 12.

369 W. Dörpfeld establece con certeza la cronología de Troya (*Troja und Ilion*, Atenas, 1902) y, mientras que Schliemann reconocía el Ilion de Homero en los vestigios de Troya II (en realidad, ciudad de la Edad de Bronce Antiguo III, hacia 2500-2300 a. C.), Dörpfeld la sitúa en Troya VI (hacia 1750-1250 a. C.).

la técnica estratigráfica con la reproducción gráfica y sistemática de objetos y fragmentos de cerámica, permiten remontarse hasta la prehistoria helénica y dan buena fe de que la arqueología de campo es una valiosísima fuente de documentos que sirven a la historia de las civilizaciones; los objetos y los monumentos se estudian en un contexto, el yacimiento arqueológico, que se intenta comprender.

Así se mide el camino recorrido entre 1829 y 1912, comparando los procedimientos de uno de los fundadores de la ciencia cerámica, Eduard Gerhard, y Edmond Pottier, que estudia las vasijas de Susa.

E. Gerhard, en su *Rapporto volcente*[370] sobre las vasijas griegas de Vulci, sentaba las bases de los modernos estudios cerámicos a partir del análisis de objetos, sin hacer ninguna referencia al contexto de su descubrimiento. No podía ser de otro modo, ya que el príncipe de Canino efectuó las investigaciones en la necrópolis etrusca sin ningún método: el único objetivo era extraer el mayor número posible de vasijas pintadas completas y no demostró ningún interés por el contexto de las tumbas en sí.

E. Pottier, por su parte, al estudiar las cerámicas susianas[371] no sólo se basa en criterios inherentes a esta cerámica para restablecer «una cronología intrínseca», sino que además tiene en cuenta «las condiciones materiales del descubrimiento» para, «mediante comparación con los demás objetos recogidos en las excavaciones», reconstituir «una cronología extrínseca»[372] que sólo las observaciones estratigráficas que los arqueólogos efectúan sobre el terreno permiten realizar. Los métodos de excavación adquieren por lo tanto especial importancia a partir del momento en que deben garantizar la calidad de las observaciones y la fiabilidad de las conclusiones.

Sin embargo, aunque los especialistas de las civilizaciones clásicas, promotores de la «arqueología científica» concebida por los Gerhard, Jahn, Heuzey o Dumont, muestran una gran curiosidad por los extraordinarios

370 *Annali dell'Instituto di Corrispondenza archeologica*, III.1, 1831, pp. 5-218 y 221-270.

371 E. Pottier, «Sur les vases peints de l'acropole de Suse», *Mémoires de la Délégation en Perse*, t. XIII, París, 1912.

372 *Ibidem*, p. 60.

descubrimientos favorecidos por los trabajos de campo, no reniegan de la filología y preconizan la alianza del estudio de los textos y el de los monumentos.

Es el caso de G. Perrot, que presenta las investigaciones de H. Schliemann en Troya,[373] e incluso de E. Pottier, que entiende por «filología arqueológica» «la alianza de la arqueología y de la filología para dar a conocer con toda exactitud la realidad de las descripciones homéricas».[374]

S. Reinach, por su parte, insiste en la necesidad de realizar excavaciones dirigidas con rigor en un afán por cuidar las observaciones más escrupulosas, y distingue dos arqueologías, la de campo y la del gabinete, y «la arqueología militante es una excelente preparación para la otra».[375]

Antes de 1914, los arqueólogos clásicos continúan la empresa de estudiar objetos y monumentos con los criterios definidos por A. Dumont, publicando catálogos, repertorios y manuales.[376] Arqueólogos de pleno derecho, según la definición de S. Reinach, se revelan también como «historiadores que reivindican para la arqueología el apoyo de la historia (historia política, literaria, religiosa, científica)».[377]

No obstante, la prehistoria, que con métodos estrictamente arqueológicos puede restablecerse en el mundo helénico, Egipto y Oriente Próximo, amplía las perspectivas de la arqueología clásica, pero también pone en tela de juicio la relación de la «ciencia arqueológica» con la filología y la historia. De hecho, el método estratigráfico tomado de la geología y la arqueología prehistórica permite definir y fechar en Grecia, Creta, Egipto y Persia unas civilizaciones cuyos textos y cuya historia no han dejado ninguna huella.

---

373 G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, t. VI, *La Grèce primitive, l'art mycénien, op. cit.*, p. 10.

374 E. Pottier, *Philologie archéologique*, París, 1898.

375 S. Reinach, «La méthode en archéologie», *Revue du mois*, 1911, pp. 279-292.

376 Así, el propio M. Collignon ultima la *Histoire de la céramique grecque* de O. Rayet, París, 1888, y S. Reinach publica un *Répertoire des vases peints grecs et étrusques*, t. I, 1899, t. II, 1900, un *Répertoire des reliefs grecs et romains*, en 3 vols., 1909-1912, un *Répertoire des peintures grecques et romaines*, 1922, y *Apollo. Histoire générale des arts plastiques professée à l'École du Louvre*, 1904.

377 S. Reinach: «On peut dire qu'un archéologue non historien n'est qu'à moitié archéologue», en *La méthode en archéologie, op. cit.*, p. 280.

Queda patente —y en Oriente Próximo se ilustrará magníficamente— que la «arqueología militante», practicada según unos métodos científicos de limpieza y observación, basta para reconstituir la sucesión de culturas desde los tiempos más inmemoriales. Al ir reconociéndose progresivamente la prehistoria en Europa, el Mediterráneo y Oriente Próximo, la arqueología prehistórica y sus métodos específicos de investigación demuestran su validez y su necesidad.

Si bien, en el ámbito clásico, la arqueología puede entenderse como el estudio de monumentos y objetos asociado al de los textos, el descubrimiento de la prehistoria en el Egeo, Egipto y Oriente Próximo da una nueva forma a la arqueología e impone una nueva imagen del arqueólogo, cuyas figuras más destacables son, antes de 1914, W. M. Flinders Petrie, A. Evans y J. de Morgan: aplican sobre el terreno unas preocupaciones y unos conocimientos que son a la vez de geólogo, antropólogo, prehistoriador, arquitecto e historiador.[378]

La distinción entre «erudito de gabinete» y «arqueólogo de campo» es contestada y, según J. de Morgan, «los únicos hombres cualificados para escribir la historia de la humanidad [son] aquellos que han tocado con sus dedos los vestigios del pasado»,[379] es más, la validez de las conclusiones de orden histórico depende de la calidad de las observaciones realizadas durante una excavación científica.

En el Egeo y en Oriente Próximo es donde la continuidad entre prehistoria e historia aparece con más claridad gracias a las investigaciones arqueológicas, concebidas y organizadas desde ese momento como fuente documental insustituible para el descubrimiento y el conocimiento de civilizaciones completamente olvidadas.

La prehistoria, introducida «en el umbral de nuestra historia»[380] y cuyo estudio hasta ese momento se consideraba competencia de la geología más que de la arqueología, se convierte en un área de investigación de arqueólogos que, como J. de Morgan, son «geólogos prehistoriadores»

378 Cf. el artículo de J. de Morgan, «Les fouilles archéologiques: leur portée documentaire», *Revue de synthèse*, 1931, p. 283 ss.
379 *Ibidem*, p. 288.
380 C. Jullian, *Au seuil de notre histoire*, Bibliotèque de la Revue des cours et conférences, París, 1930.

según la fórmula de A. Bertrand, pero afirman también su vocación de historiadores que trabajan en el conocimiento de la humanidad desde sus orígenes. En Mesopotamia, Siria, Palestina y Persia se forma una nueva generación de arqueólogos que recogen personalmente la información recabada mediante excavaciones científicas y sacan conclusiones de orden histórico.

Como enlace entre la prehistoria y la historia, los protohistoriadores de Oriente Próximo permitirán la consagración de la arqueología de campo, al igual que Joseph Déchelette hizo ya en Francia con la arqueología celta[381] dirigiendo las excavaciones del monte Beuvray y produciendo un *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine* que constituye la obra de referencia obligada para los periodos anteriores a la conquista romana.

El gran movimiento de regresión a la prehistoria helénica que H. Schliemann esbozó en Troya y Micenas, y los resultados espectaculares de la arqueología de campo en Grecia, Creta, Egipto y Oriente Próximo, suscitan en Italia los trabajos de jóvenes formados en filología y arqueología: de este modo, Stéphane Gsell, miembro de la Escuela Francesa de Roma, sigue el camino abierto por Jules Martha y se dedica a los etruscos. Sin embargo, mientras su antecesor había emprendido la presentación de *L'Art étrusque*[382] a partir de objetos y monumentos conocidos, Gsell decide realizar excavaciones científicas en el yacimiento de Vulci, que dio tantas vasijas griegas, aunque no se puede restituir el contexto del descubrimiento de ninguna de ellas. Sus trabajos tienen un propósito muy distinto de los que contemplaba Luciano Bonaparte en 1829, ya que obedecen al «escrupuloso interés de la arqueología y la historia». Las excavaciones que lleva a cabo[383] pretenden ante todo fijar la cronología de las tumbas y aportar elementos para resolver el problema del origen de los etruscos. La arqueología de campo, practicada científicamente de acuerdo con unos métodos rigurosos de observación, provee documentos que sirven a la historia.

381 C. Jullian pronuncia en el Colegio de Francia, el 4 de diciembre de 1907, su «Plaidoyer pour la préhistoire» y subraya su deuda para con J. Déchelette, que le transmitió las páginas de su *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine,* publicado entre 1908 y 1913.

382 J. Martha, *L'Art étrusque*, París, 1889.

383 S. Gsell, *Fouilles dans la nécropole de Vulci,* París y Roma, 1891.

En Roma, cuyos orígenes levantan la polémica entre defensores de la tradición histórica e «hipercríticos»,[384] las excavaciones que dirige Giacomo Boni[385] en el foro de 1898 a 1922 aportan pruebas irrefutables de la existencia de un establecimiento de época arcaica en el corazón de la Urbs. El arquitecto veneciano Boni es el primero que aplica la técnica estratigráfica a la arqueología clásica.[386] Para descombrar en el foro el Lapis Niger y la necrópolis de la primera edad de hierro, emplea el método que explica en 1901.[387] Convencido de que en el centro de la Roma antigua hay que recurrir a una arqueología científica, se impone la siguiente tarea: «legere le pagine di *storia* celate nelle sue *stratificazioni*».[388] Llevando la excavación de un pozo medieval hasta suelo virgen a fin de fijar la estratigrafía del yacimiento, descubre el Lapis Niger en 1899. G. Boni prosigue la elaboración de un «archivio stratigrafico» en el que cada elemento se establece con certeza en este principio: «ognuno di questi strati testimonia qualche residuo di vita del periodo al quale appartennero».[389] La estratigrafía de un yacimiento representa «una escalera del tiempo»[390] que permite confrontar la tradición y los hechos observados. La arqueología, para G. Boni, es «una ciencia experimental, de observación, es decir, continua y metódica»[391] que, sin embargo, no debe descartar los procedimientos deductivos para llegar a conclusiones de tipo histórico.

Esta concepción de la arqueología la comparte A. Grenier, que en 1906 emprende excavaciones en Bolonia para encontrar los restos de una ciudad vilanovense y etrusca.[392] En primer lugar, inicia una investigación

---

384 Cf. A. Grandazzi, *La Fondation de Rome*, París, Les Belles Lettres, 1991, capítulo primero.

385 Giacomo Boni (1859-1925), dirige las excavaciones del Foro, del Palatino, del Foro de Trajano y del muro de Servio Tulio.

386 A. Guidi, «The development of prehistoric archaeology in Italy», *Acta Archaeologica*, 58, Copenhague, 1987; ídem, *Storia della paletnologia*, Roma, 1988, pp. 54-55.

387 G. Boni, «Il metodo negli scavi archeologici», *Nuova Antologia*, 16 de julio de 1901, pp. 312-322.

388 *Ibidem*, p. 312 (la cursiva es nuestra).

389 *Ibidem*, p. 316.

390 *Ibidem*, p. 319.

391 *Ibidem*, p. 320.

392 A. Grenier, *Bologne villanovienne et étrusque,* VIII*e*-IV*e* *siècle avant notre ère*, Bibliotèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome, París, de Boccard, 1912.

estrictamente arqueológica para suplir «el silencio histórico o la insuficiencia de fuentes escritas» con «la concordancia perfecta de todos los indicios que pueden implicar hechos históricos» y llegar a «una conclusión de orden histórico». El material arqueológico, considerado «como un elemento de información», es tratado sobre todo desde el punto de vista histórico»[393] y debe permitir poner a prueba las tradiciones legendarias. Como protohistoriador en la intersección entre arqueología científica e historia, A. Grenier es totalmente consciente de exponerse a la crítica tanto de los «historiadores [que] quizás califiquen de inocente la confianza depositada en los hechos arqueológicos», como de los «arqueólogos [que] encontrarán que aportamos, a juzgar por sus deducciones, una crítica demasiado inspirada en el método histórico».[394]

En cuanto a los periodos inmediatamente anteriores a la historia, se recurre a la filología, la arqueología y la historia. Y de su relación estrecha resulta un saber cuya parte de arbitrariedad e imaginación, por muy inevitable que sea, se reduce gracias a los hechos arqueológicos establecidos científicamente.

La «síntesis histórica», que persigue la revista fundada en 1900 por Henri Berr, se materializa en la persona del protohistoriador.[395] Entre las numerosas ciencias que operan esta síntesis, la prehistoria y la arqueología, que H. Berr define como «historia militante»,[396] ocupan un lugar privilegiado. Asistimos a la integración de la prehistoria en la historia, que C. Jullian reclamaba en su «Plaidoyer» de 1907:[397] el prehistoriador J. de Morgan abre la colección histórica «L'évolution de l'Humanité» con su obra dedicada a *L'Humanité préhistorique*.[398]

---

393 *Ibidem*, pp. 3-4.

394 *Ibidem*, p. 8.

395 *Revue de synthèse historique*, fundada en 1900 y dirigida por Henri Berr, Lucien Febvre, Paul Langevin y Abel Rey. Entre los arqueólogos, J. Carcopino y J. Toutain son miembros de la sección de síntesis histórica. Cf. L. Febvre, *Lettres à Henri Berr*, presentadas y anotadas por J. Pluet y G. Candaz, París, Fayard, 1997.

396 H. Berr, «Pour l'"histoire militante"», *Revue de synthèse historique*, t. 51, fasc. 3, 1931, p. 281.

397 C. Jullian, «Plaidoyer pour la préhistoire», lectura realizada en el Colegio de Francia, en *Au seuil de notre histoire*, París, 1930.

398 J. de Morgan, *L'Humanité préhistorique*, colección L'Évolution de l'Humanité, dirigida por H. Berr, París, 1921.

Dentro de la perspectiva de una historia «positiva» del hombre desde su aparición sobre la tierra,[399] la arqueología científica, aplicada a la prehistoria así como a los periodos «históricos», constituye una fuente documental de primera categoría dado que los «hechos» históricos parecen escapar a las incertidumbres de la interpretación y garantizar la objetividad de las conclusiones.

La arqueología de campo, ciencia experimental de observación, aparece en 1914 como una de las bases de la historia positivista, aunque los arqueólogos más clarividentes, por ejemplo, A. Grenier, son ya plenamente conscientes de la complejidad de la relación entre arqueología e historia y del carácter relativo de todo cuanto se halla sometido a juicio humano.

Cualquiera que sea el grado de «cientificidad» de la arqueología al término del siglo XIX y hasta la primera guerra mundial, ha realizado unos avances decisivos: la restitución de sociedades humanas desde la más remota antigüedad se basa ahora en el estudio de objetos y monumentos sobre unos criterios «científicos», establecidos por los filólogos arqueólogos desde mediados del siglo XIX, y en una arqueología de campo, cuyos principios y métodos han sido tomados de la geología y la arqueología prehistórica.

En 1914, el ejercicio de una ciencia arqueológica, que no deja de perfeccionarse permite tener una visión global y coherente del mundo mediterráneo antiguo: los artífices de la conversión de la Escuela de Atenas de 1860 en un auténtico centro de investigación arqueológica, L. Heuzey, G. Perrot, A. Dumont —que pensaban encontrar en Oriente, Asia Menor, Chipre, Fenicia, Mesopotamia y Persia el origen de las civilizaciones clásicas— ven cómo se confirma su intuición de que, en la Antigüedad, Oriente y Occidente mantuvieron estrechos lazos, y el Mediterráneo fue escenario de una serie de intercambios e influencias demostrados por la arqueología. Las excavaciones muestran las relaciones entre el mundo egeo, Creta, Chipre y Egipto, Fenicia y Mesopotamia. En la España ibérica y en la Italia etrusca pueden verse las influencias orientales.

---

399 Cf. G. de Mortillet y su revista *Les Matériaux pour l'histoire positive et philosophique de l'homme*, creada en 1864. Sobre G. de Mortillet y sus ideas científicas: N. Richard, «La Revue *L'Homme* de G. de Mortillet. Anthropologie et politique au début de la III[e] République», en *Histoire de la préhistoire*, *Bulletin de la Société préhistorique française*, 90, 1993.

Los brillantes éxitos de la prehistoria en el Egeo, Egipto y Oriente Próximo tienen una influencia retroactiva sobre la historia metropolitana. Cada vez se levantan más voces para reclamar la aplicación de métodos científicos a las excavaciones. La cerámica prehistórica, ignorada hasta entonces en beneficio de la industria lítica,[400] es objeto de los primeros estudios,[401] que encuentran su inspiración en la demostración de lo importante que resulta la cerámica en la definición de las civilizaciones mediterráneas y orientales.

Pero el glorioso reconocimiento de la prehistoria en el Mediterráneo acentúa más si cabe la paradoja de la situación que vive en Francia: esta disciplina, reconocida por fin como ciencia «arqueológica» e «histórica», ocupa un lugar muy modesto en la enseñanza universitaria[402] y no se halla representada en ninguna de las grandes instituciones: Sorbona, Colegio de Francia, Escuela Práctica de Estudios Superiores o Instituto de Francia.

Para que termine de organizarse la arqueología en Francia será necesario reparar la «injusticia» hecha a la prehistoria, y que el patrimonio arqueológico disfrute por fin de una protección amparada por las leyes y por un servicio arqueológico, como el de la administración francesa en Argelia y Túnez a finales del siglo XIX. Esta es la tarea que queda por cumplir en los albores del primer conflicto mundial y que se realizará entre 1918 y 1950.

---

400 N. Coye, «L'âge de la pierre polie: un égarement méthodologique», *Bulletin de la Société préhistorique française*, 90, *op. cit.*, pp. 69-86.

401 P. Du Chatellier, *La Poterie aux époques préhistoriques et gauloise en Armorique*, Rennes-París, 1897.

402 A. Dumont, director de Enseñanza Superior entre 1879 y 1884, encarga al prehistoriador É. Cartailhac una asignatura libre en la Facultad de Ciencias de Toulouse. Éste imparte, más tarde, una asignatura de arqueología prehistórica en la Facultad de Letras, aunque no recibe el título de «profesor», por lo que no está remunerado por el Ministerio de Instrucción Pública: È. y J. Gran-Aymerich, «É. Cartailhac», *Archéologia*, n.º 199, febr. de 1985, pp. 63-66.

*This page intentionally left blank*

# 7. ARQUEOLOGÍA MEDITERRÁNEA Y ARQUEOLOGÍA METROPOLITANA (1918-1945)

Después de 1918, el desarrollo de la arqueología francesa en el Mediterráneo se confirma y continúa: la red de escuelas francesas en el extranjero se completa con la creación de la Casa de Velázquez, en Madrid, y nuevas instituciones en Jerusalén, Constantinopla y Beirut.[1]

Tras el inevitable paréntesis que impuso la primera guerra mundial, la Escuela de Atenas abre nuevos campo de trabajo y recupera las misiones extranjeras instaladas ya en Creta. La Escuela de Roma afirma su vocación africana y la arqueología francesa experimenta en Argelia, Túnez y Marruecos un desarrollo inédito, estimulado por las circunstancias políticas que imponen la competencia de los arqueólogos italianos establecidos en Libia. África del Norte se convierte en el escaparate de la actividad cultural francesa en aquellas regiones que dependen de su administración: Egipto, Túnez, Argelia y Marruecos cuentan con servicios de antigüedades y ofrecen un modelo de organización arqueológica que podría hacerse extensible a los países de Oriente Próximo, que Francia y Gran Bretaña se disputan.

Efectivamente, la arqueología francesa en Oriente Próximo, que hasta 1914 acusaba un retraso institucional evidente y no tenía ningún programa concertado, se ve favorecida tras la resolución del primer conflicto

1 Escuela Francesa de Arqueología de Jerusalén, creada en 1920, Instituto Francés de Arqueología de Estambul, fundado en 1930, Instituto Francés de Arqueología de Beirut, creado en 1946.

mundial por el nuevo equilibrio político reinante en los territorios otrora regidos por la administración otomana. El protectorado en Siria y el Líbano permite la creación de servicios arqueológicos idénticos a los de Egipto y África del Norte, así como la implantación de escuelas parecidas a las de Atenas, Roma y El Cairo.

En Egipto, la dinámica actividad de la IFAO y del Servicio de Antigüedades contribuye a reforzar la influencia francesa en un país sometido a la autoridad británica y sacudido por una serie de movimientos que le conducen a la independencia en 1922.

Si, ya desde finales del siglo XIX, el descubrimiento de la prehistoria en Grecia y Oriente Próximo centró la atención del mundo erudito en el Mediterráneo oriental, el contexto político del periodo de entreguerras favorece un impulso de la arqueología en estas regiones.

La revelación de la unidad del mundo mediterráneo y del papel primordial de Oriente en la formación de las civilizaciones antiguas puso de manifiesto, antes de 1914, la complementaridad de los trabajos llevados a cabo por las diferentes naciones europeas. De hecho, tras la primera guerra mundial, el protectorado francés y británico en Oriente Próximo favorece una colaboración más estrecha entre arqueólogos ingleses, americanos y franceses.

En Iraq, Palestina, Siria y el Líbano nace una «nueva arqueología» y la regresión hasta la prehistoria más remota, anunciada ya antes de 1914, se efectúa de modo espectacular gracias a los métodos científicos que se aplican en los campos de trabajo. La «batalla de la prehistoria», que durante la segunda mitad del siglo XIX mantuvo en vilo a los medios científicos europeos, toca a su fin en Oriente Próximo.

La prehistoria oriental[2] contribuye a reforzar la situación de la ciencia prehistórica en las instituciones francesas y, en especial, en el CNRS, creado en 1939: este centro, que aglutina la investigación científica, otorga un lugar privilegiado a la arqueología, cuya vitalidad es manifiesta en ese momento y se traduce en la aplicación de las leyes Carcopino. A partir de 1941, la Francia metropolitana recibe por fin un sistema de protección y

---

2 *La Préhistoire orientale* es el título de la importante síntesis de J. de Morgan, publicada en tres volúmenes, de forma póstuma, en 1926.

explotación de su patrimonio arqueológico parecido al que existe en Egipto, África del Norte y Oriente Próximo desde hace varias décadas.

El periodo que termina con la segunda guerra mundial marca en la arqueología francesa el final de un largo trayecto de elaboración de una ciencia que se ha ido dotando de objetivos, principios, métodos, instituciones y una legislación. En 1945, la organización de conjunto de la arqueología ya está en marcha y fomentará la expansión de una disciplina cuyos ámbitos se irán multiplicando y diversificando sin cesar.

## 7.1. La arqueología en el Mediterráneo: la red francesa

Desde la creación de la Escuela de Atenas, Francia desarrolla, en materia de arqueología en el extranjero, una política constante de implantación de instituciones fundadas sobre el modelo primordial inaugurado en Grecia. A lo largo de los siglos XIX y XX, las demás naciones europeas siguen el ejemplo francés y ven multiplicarse escuelas e institutos alemanes, austriacos, ingleses, italianos y americanos.

A pesar de las dificultades, el «modelo francés» se impone como el que mejor facilita el desarrollo de la arqueología en unos países de muy diversa índole política: tanto en la Italia unificada y la Grecia independiente como en el Egipto sometido a la autoridad británica.

En Siria, el Líbano y Egipto, los centros de investigación franceses se mantendrán a pesar de las incertidumbres políticas y la obtención de la independencia en estos países. El modelo creado en Atenas en 1846 resulta eficaz en todos los países en los que se reproduce e inspira a algunos arqueólogos la idea de adaptarlo a África del Norte.[3]

Las condiciones políticas y administrativas muy especiales en que se coloca a los países de Oriente Próximo después de 1918 permiten ampliar la colaboración internacional y hacen de estas regiones un campo de inno-

3 Así, Gilbert-Charles Picard, hijo de Charles Picard, presenta en 1955 el proyecto de un Instituto Francés de Arqueología implantado en Túnez: «Le directeur des antiquités et des arts au directeur de l'Instruction publique à Tunis: établissement à Tunis d'un Institut français d'archéologie», nota manuscrita conservada en los archivos de los Museos de Francia, en el Louvre.

vaciones esenciales en el ámbito de la arqueología científica. La revolución que provoca a finales del siglo XIX el descubrimiento de la prehistoria helénica repercute en Oriente Próximo, donde los arqueólogos ambicionan reconstituir la prehistoria del mundo antiguo.

Si después de 1920 las preocupaciones científicas se sitúan en la continuidad del final del siglo XIX, los descubrimientos inesperados que se producen en los países de Oriente Próximo hacen que cambie el modo de ver la antigüedad más lejana del mundo mediterráneo.

La arqueología francesa en el Mediterráneo se caracteriza, entre 1918 y 1945, por una doble trayectoria: se prosigue el camino abierto en Atenas y se toman nuevos caminos en Oriente Próximo.

### 7.1.1. Atenas, El Cairo, Roma y Madrid: tradiciones e innovaciones

#### 7.1.1.1. La Escuela Francesa de Atenas

Durante la primera guerra mundial, la Escuela de Atenas atraviesa momentos difíciles, pero su director, Gustave Fougères,[4] mantiene intacta su proyección avivando la liga francohelénica y abriendo nuevos campos de trabajo, como los de Orcómeno, Arcadia y Nemea y, sobre todo, Tasos.

Cuando Charles Picard[5] se pone en 1919 al mando de la Escuela, las condiciones de la arqueología en Grecia han cambiado considerablemente. El derrumbamiento del imperio otomano y el reparto de su botín modificaron las relaciones de fuerza e introdujeron nuevos protagonistas en el Mediterráneo oriental: es el caso de Italia que, preocupada por la política de expansión francesa en el Mediterráneo, declara la competencia a Francia en el norte de África y en los territorios helénicos.

---

4 Gustave Fougères (1863-1927): director de la Escuela de Atenas entre 1913 y 1919, profesor de arqueología clásica en la Sorbona. Cf. M. Stavrinou, «Gustave Fougères, l'École française d'Athènes et la propagande en Grèce durant les années 1917-1918», *Bulletin de correspondance hellénique*, 120, número especial, «Cent cinquantenaire», 1996, pp. 83-89.

5 Charles Picard (1883-1927): director de la Escuela Francesa de Atenas de 1919 a 1925, profesor de arqueología clásica en Lyon y en la Sorbona, director del Instituto de Arte y Arqueología a partir de 1937.

La misión arqueológica italiana, dirigida por Federico Halbherr (1857-1930) e instalada en Creta a partir de 1899, funciona como un centro desde el que Italia ejerce su influencia en el Mediterráneo.[6] La escuela italiana abierta en Atenas en 1909 hace posible aumentar el número de empresas arqueológicas en Grecia, el Dodecaneso y Anatolia. Por ejemplo, mientras en Creta continúan los trabajos de Gortina y Hagia Tríada, los miembros italianos de la Escuela de Atenas exploran el norte de Eubea y, en Atenas, realizan en las laderas de la Acrópolis unas investigaciones cuyos resultados tuvieron gran resonancia: al limpiar los fondos de cabañas neolíticas, Doro Levi[7] ofrece un testimonio de capital importancia sobre la ocupación del yacimiento en la época neolítica.

La ocupación militar del Dodecaneso coincide con el principio de la actividad arqueológica italiana en Rodas y en las demás islas. De este modo, en 1914, se encarga la misión arqueológica de Rodas a Amedeo Maiuri; en 1924, se crea la superintendencia del Dodecaneso, que se confía a Giacomo Jacopi. En 1919, Alessandro della Seta (1879-1944), convertido en director de la Escuela de Atenas, orienta a sus miembros al estudio de los periodos menos conocidos de la civilización griega, los de la prehistoria y los que corresponden al paso del periodo micénico al geométrico. Empeñado en esclarecer la cuestión del origen de los etruscos, obtiene una autorización para excavar en Lemnos,[8] con lo que descabala las ambiciones que Francia tenía en la isla después de que Dürrbach y Cousin descubrieran en 1885 la estela de Kaminia.

En Turquía los intereses de los italianos se contraponen también a los de las demás naciones europeas, y una vez más, arqueología y política se encuentran imbricadas: en 1913, se establece en Antalya una misión arqueo-

---

6 Cf. V. La Rosa (dir.), *L'Archeologia italiana nel Mediterraneo fino alla seconda guerra mondiale*, Catania, Centro di Studi per l'Archeologia Greca CNR, 1986; M. Petricioli, *Archeologia e Mare Nostrum*, Roma, Valerio Levi Editore, 1990; D. J. Grange, *L'Italie et la Méditerranée (1896-1911),* Roma, Collection de l'École française de Rome, 197, 1994, vol. 2, pp. 1181-1187.

7 Doro Levi (1898-1991): arqueólogo italiano, profesor de la Universidad de Cagliari y superintendente de Antigüedades y arte medieval en Cerdeña, director de la Escuela Arqueológica de Atenas a partir de 1947. *MNHMEION. Ricordo triestino di Doro Levi*, Roma, Quasar, 1995.

8 Las excavaciones comienzan en 1925 y las llevan a cabo G. Caputo, A. Adriani y F. Magi. En 1930, el descubrimiento del yacimiento prehistórico de Poliochni adquiere resonancia internacional y en él se realizan excavaciones estratigráficas hasta 1936.

lógica inspirada por F. Halbherr, que sigue implicado en todas las iniciativas encaminadas a aumentar el radio de influencia italiana en el Mediterráneo, oponiéndose a las expectativas austriacas depositadas en la región.

En Albania, la concesión que se concede en 1923 a Léon Rey (1887-1954) para excavar en Apolonia vuelve a poner de manifiesto la rivalidad entre Francia e Italia, que gracias al tratado italoalbanés obtiene en 1926 una autorización para explorar el yacimiento de Feniki.

Hasta 1914, franceses, alemanes e ingleses se repartían los grandes yacimientos de Grecia y gozaban de un gran prestigio, avalado por el esplendor de sus escuelas de arqueología. Ahora bien, después de la primera guerra mundial entran en juego otras naciones y modifican la competencia internacional: Suecia, que desde 1896 se haya presente en Ática con la misión de S. Wide en Afidna, abre en 1922 un campo de trabajo en Asiné e inaugura en 1927 los trabajos que Einar Gjerstad (1897-1978) lleva a cabo en la isla de Chipre. Las empresas suecas se multiplican con más fuerzas a partir de 1930. Por lo que respecta a Dinamarca, retoma la tradición creada a principios del siglo XIX por G. H. C. Koës y P. O. Bröndsted:[9] en 1902, la Carlsberg Foundation confía a K. F. Kinch[10] y C. S. Blinckenberg[11] la responsabilidad de los trabajos inaugurados en Lindos de Rodas. La ocupación italiana del Dodecaneso pone fin a las investigaciones danesas en la isla, pero los arqueólogos escandinavos acuden al yacimiento de Calidón, y F. Poulsen[12] lo explora en colaboración con el arqueólogo griego C. Rhomaios.

Sin embargo, es Estados Unidos quien protagoniza la mayor actividad en territorio helénico: después de 1918, la arqueología americana conoce en toda la cuenca mediterránea un desarrollo inédito y extraordinario en el difícil contexto de la posguerra reciente.

La Escuela Americana de Estudios Clásicos de Atenas, creada en 1882, inicia en 1896 las excavaciones de Corinto, que continúan tras la

---

9 Ambos participaron en el descubrimiento del templo de Apolo en Bassae.

10 K. F. Kinch (1853-1921). Cf. A. Rathje y J. Lund, en «Recent Danish Research in Classical Archaeology», *Acta Hyperborea*, 3, Copenhague, 1991, pp. 11-56.

11 Christian S. Blinckenberg (1863-1948): conservador del Museo Nacional danés, y primer profesor de arqueología de la Universidad de Copenhague.

12 Frederik Poulsen (1876-1950): miembro extranjero de la Escuela Francesa de Atenas.

primera guerra mundial hasta nuestros días. Los arqueólogos americanos disponen de importantes créditos y, a diferencia de lo que ocurre con sus colegas europeos, las autoridades griegas no sospechan que utilicen la arqueología para fines imperialistas en el Mediterráneo.[13]

Así pues, Estados Unidos abre un gran número de campos de trabajo en Grecia, especialmente en Samotracia, donde continúa la labor de franceses y austriacos,[14] y sobre todo en Atenas, en el ágora de la ciudad antigua.[15]

Los arqueólogos americanos, preocupados principalmente por elucidar los orígenes de la civilización helénica, centran sus investigaciones en los periodos más altos de los yacimientos que exploran; es el caso de Corinto y Troya, donde retoman los trabajos de 1932 a 1938.[16]

En este contexto, en el que la competencia internacional en Grecia se diversifica y con unas condiciones financieras mediocres,[17] la Escuela Francesa de Atenas retoma su actividad después de 1918. A partir de 1919, Charles Picard lleva las riendas de la institución francesa cuya importancia es, para los políticos, menor que en los años veinte que asisten al protectorado británico y francés en Oriente Próximo. Grecia ya no es el centro de la política extranjera de Francia y su interés inmediato se desplaza hacia el este, a Siria y el Líbano.

---

13 Éste es el análisis que hace A. della Seta, director de la Escuela Italiana de Atenas. Según él, la Escuela Americana es la única que llegó «a vincere politicamente l'avversione della Grecia a quest'intervento scientifico nel cuore di Atene», citado por M. Petricioli, «Le missioni archeologiche italiane nei paesi del Mediterraneo», en V. La Rosa, *op. cit.*, p. 31.

14 El vicecónsul francés Champoiseau descubrió fragmentos de la famosa Victoria de Samotracia en 1863. En 1873, A. Conze inició excavaciones en la isla, que fueron retomadas sistemáticamente en 1875. En 1922, una misión francochecoslovaca volverá a abrir el campo de trabajo.

15 Las excavaciones, que empezaron en 1932, todavía continúan, cf. *The Athenian Agora*, 19 volúmenes publicados, Princeton, y *Excavations of the Athenian Agora*, once volúmenes publicados, Princeton.

16 La misión americana de Troya depende de la Universidad de Cincinnati y está dirigida por W. T. Semple y C. W. Blegen, quien se convertirá en director de la Escuela Americana de Atenas. Sobre estos trabajos en Troya: C. W. Blegen *et al.*, *Troy*, 4 vols., Princeton, 1950-1958; C. W. Blegen, *Troy and the Trojans*, 1963.

17 La Escuela de Atenas funciona básicamente gracias a fondos públicos, ya que el mecenazgo apenas sí se practica en Francia: mientras que los arqueólogos ingleses, alemanes y americanos reciben ayudas privadas, la Escuela Francesa sólo cuenta con la donación anual (50.000 FF) del duque de Loubat.

A pesar de las dificultades, los campos de trabajo de Delfos y Delos vuelven a abrirse y se reanudan las publicaciones.[18] Se vuelven a abordar yacimientos cuya exploración había comenzado antes o durante la primera guerra mundial, como Tasos,[19] Filipos o Samotracia.[20] Sin embargo, la gran cuestión que sigue movilizando a los arqueólogos europeos es la prehistoria helénica que ingleses, alemanes, americanos e italianos buscan en la propia Grecia, Creta y Troya.

Así, sir Arthur Evans prosigue sus trabajos en Cnosos mientras la British School concentra sus esfuerzos en Micenas, Lesbos y la Tesalia prehelénica, explorada ya por Christos Tsountas.[21] Por lo que respecta a Estados Unidos, C. W. Blegen limpia en Corinto y sus alrededores cercanos los yacimientos de la edad de bronce y retoma en Hissarlik las investigaciones estratigráficas de W. Dörpfeld. Egina es objeto de excavaciones griegas y alemanas. Creta concentraba desde finales del siglo XIX los trabajos de la misión italiana en Gortina, Festos y Hagia Tríada, mientras que Gurniá y otros yacimientos fueron explorados por misiones americanas a principios de nuestro siglo.[22]

En cuanto a la Escuela Francesa de Atenas, dio preferencia a las investigaciones en los grandes santuarios de Delos y Delfos, aunque A. Dumont, H. Mamet y H. Gorceix habían abierto el camino de las investigaciones sobre la prehistoria griega y se interesaron por Tera-Santorín.[23]

---

18 Primero, C. Picard, y a continuación, P. Roussel, director de la Escuela entre 1925 y 1935.

19 En 1944 se abre una serie dedicada a Tasos, *Études thasiennes*.

20 En esta isla, una misión francochecoslovaca retoma los trabajos en 1923, bajo la dirección de Antolin Salac y Fernand Chapouthier. Los resultados son publicados por J. Bouzek.

21 Christos Tsountas (1857-1934): arqueólogo griego, éforo del Servicio Arqueológico de 1883 a 1904, prosigue los trabajos de Schliemann en Micenas y explora el tholos de Vafio así como las Cícladas y los yacimientos de Sesklo y Dimini. Cf. A. J. B. Wace, «The Prehistoric Exploration of the Greek Mainland», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1946, pp. 628-638.

22 Harriett Boyd pertenece a la misión constituida por la Exploration Society de Filadelfia para explorar Kavusi y a la de la Universidad de Pensilvania en Gurniá. Esta americana es una de las primeras mujeres que practican la arqueología de campo y comparte la dirección de un campo de trabajo. Sobre este personaje fuera de lo común, cf. Mary Allbrook, *Born to Rebell, the Life of Harriett Boyd Hawes*, Oxford, Oxbow Books, 1992.

23 En 1866, A. Dumont estudió la cerámica recogida por A. Fouqué, H. Gorceix y H. Mamet en la isla de Tera: A. Dumont, «Sur les céramiques d'Acrotiri (Santorin-Théra)», *Journal des savants*, dic. de 1872, p. 798 ss. Cf. R. Treuil, «L'École française et la préhistoire/protohistoire du monde égéen», *Bulletin de correspondance hellénique*, 120, número especial «Cent cinquantenaire», 1996, pp. 407-439.

Sin embargo, a pesar de que en las ciudades dedicadas a Apolo, los trabajos versaban especialmente sobre topografía, arquitectura, epigrafía y estatuaria de la época clásica, se habían descubierto restos de una ocupación micénica: de hecho, cuando se abrió el campo de trabajo de Delfos en 1892, É. Ardaillon y H. Convert dirigieron una exploración conjunta de la Fócida y se interesaron en particular por los yacimientos de Crisa y Kirrha.[24] Las excavaciones emprendidas en 1935 por L. Lerat y J. Jannoray, revelarán viviendas y tumbas de los periodos mesoheládico y heládico reciente.[25] Los trabajos de Crisa, completados por las investigaciones efectuadas en Kirrha, permiten identificar dos ciudades, una —Crisa— de época homérica y la otra —Kirrha— de época arcaica que podría corresponder a la que ejercía su soberanía sobre el yacimiento de Delfos hasta que los pueblos de la Anfictionía délfica lo destruyeran en el siglo VI.[26] En el mismo Delfos, L. Lerat descubre en 1932, en la zona norte del templo de Apolo, los restos de un lugar de culto micénico.[27] La investigación sistemática de los vestigios más antiguos se realizó hace muy poco y confirma la existencia en Delfos de una auténtica ciudad micénica.[28]

En Delos, F. Courby descubrió en 1912 una tumba micénica, que excavó y publicó cuidadosamente. En 1924, C. Picard y J. Replat descubren material micénico en los dos grandes yacimientos de Apolonia;[29] los miembros de la Escuela de Atenas no ignoraron por

24 Cf. «Nouvelles et correspondance», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1893, p. 631.

25 Cf. «Chronique des fouilles et découvertes archéologiques», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1935, p. 278; L. Lerat y J. Jannoray «Premières recherches sur l'acropole de Krisa», *Revue archéologique*, 1936, 2, pp. 129-145; J. Jannoray y H. van Effenterre, «Fouilles de Krisa (Phocide)», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1937, pp. 299-326.

26 J. Jannoray, «Krisa, Kirrha et la première guerre sacrée», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1937, pp. 33-43.

27 L. Lerat, «Trouvailles mycéniennes à Delphes», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1935, pp. 329-375.

28 F. Courby, *Exploration archéologique de Délos*, V, 1912, cap. IV, pp. 63-74. Se trata del monumento conocido como la «Théké des vierges hyperboréennes» y datado en el Bronce Reciente.

29 Cf. *Bulletin de correspondance hellénique*, 1924, pp. 258-260. La investigación de «Délos primitive et archaïque» será retomada por H. van Effenterre en 1960, *Bulletin de correspondance hellénique*, 1960, p. 313; cf. también C. Vatin, «Délos pré-mycénienne», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1965, pp. 225-230.

completo la prehistoria, pero tampoco hicieron de ella un campo de investigación prioritario.[30]

Entre 1916 y 1919, los «atenienses» contribuyeron a dar a conocer la prehistoria de Macedonia participando en los trabajos del Servicio Arqueológico del Ejército de Oriente, fundado por el general Sarrail.[31] Tras la guerra, Léon Rey, que colabora en el descubrimiento de la prehistoria en Macedonia, consigue que el gobierno albanés, gracias al apoyo de la Escuela de Atenas, le conceda las excavaciones de Apolonia de Iliria, muy disputadas con los italianos. Durante trece años realiza allí trabajos, que corren a su cargo en gran medida, y crea la revista *Albania*, publicada entre 1925 y 1939.[32] Lamentablemente, la misión francesa no puede continuar tras la segunda guerra mundial por carecer, según parece, de un apoyo oficial eficaz.[33]

A pesar de sus trabajos en Macedonia y del descubrimiento de un importante yacimiento prehistórico en Diliki-Tash, cerca de Filipos, la Escuela Francesa de Atenas no participa hasta 1921 sobre el terreno en la «revolución» de la arqueología prehistórica,[34] cuyo epicentro se encuentra en Creta. De hecho, a pesar de las acciones emprendidas por Francia y los trabajos de Bernard Haussoullier, André Joubin y Joseph Demargne a

30 Cf. R. Treuil, «L'École française d'Athènes et la préhistoire/protohistoire du monde égéen», *Bulletin de correspondace hellénique*, 120, número especial «Cent cinquantenaire», 1996, pp. 407-439.

31 La ordenanza del 21 de febrero de 1916 promulgada por el general Sarrail garantizaba la preservación de los objetos artísticos y arqueológicos y ofrecía los medios para recopilarlos. Esta misión, «fiel a la tradición francesa de Egipto y de Morea», es confiada al Servicio Arqueológico del Ejército de Oriente, y dirigida en primer lugar por Léon Rey, archivero paleógrafo, y después por atenienses, G. Jardy, F. Courby y J. Hatzfeld. Cf. L. Rey, «Observations sur les premiers habitats de la Macédoine recueillis par le Service archéologique de l'armée d'Orient (1916-1919)», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1921.

32 *Albania*, revista de arqueología, historia, arte y ciencias aplicadas en Albania y en los Balcanes, cuya reedición será reclamada por C. Picard: «Anciennes et nouvelles fouilles archéologiques en Albanie: Apollonie d'Illyrie», *Revue archéologique*, 1952, pp. 209-217.

33 En el artículo citado antes, p. 209, C. Picard, efectivamente, exclama: «Con lo bueno que hubiera sido que Francia apoyara más su misión de Albania y no olvidara demasiado sus logros».

34 P. Jouguet, «Discours prononcé à l'occasion du centenaire de l'Ecole française d'Athènes», *Bulletin de correspondance hellénique*, 1946, suplemento, p. 68.

finales del siglo XIX,[35] el yacimiento de Cnosos fue arrebatado por Arthur Evans, que lo explora hasta 1930. Habrá que esperar hasta 1921, fecha en la que se inaugura el campo de trabajo de Malia, para que la Escuela Francesa de Atenas se una al contingente de misiones europeas en la isla. Yorgos Hatzidakis, director del museo de Iraklion, encontró el yacimiento y lo exploró entre 1915 y 1919. En 1920, propone continuar las excavaciones en las ruinas del palacio minoico, que ocupa el tercer lugar en importancia después de los de Cnosos y Festos.

En 1920-1921, Louis Renaudin procede a explorar todo el yacimiento de Malia, y se exhuma un barrio de la ciudad, que será metódicamente excavado a partir de 1928 gracias a las misiones sucesivas de la Escuela Francesa de Atenas,[36] que recibe una subvención de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y una donación de la señora Golkop de Jong.[37]

En 1928 se abre la serie *Études crétoises*,[38] que recopila el fruto de las investigaciones realizadas en el yacimiento y en el este de Creta, así como en Dreros, en 1936, y Olonte, en 1937-1938. Las excavaciones de Malia permiten a la Escuela Francesa de Atenas ampliar, tanto en el espacio como en el tiempo, su ámbito de estudio de la Grecia antigua.

Creta se encuentra en el centro de las relaciones entre Europa, el mundo helénico y Oriente, que supusieron para los arqueólogos de fina-

---

35 La Escuela Francesa de Atenas se interesó enseguida por Creta y algunos de sus miembros fueron allí, como L. Thenon y G. Perrot en 1891, y Joseph Demargne en 1900, quien inició excavaciones en el yacimiento de Goulas (actual Lato), al este de la isla. La ciudad, micénica en principio, se revelaría de época histórica (siglos IV-III a. C.), y los trabajos se suspendieron rápidamente, siendo retomados de 1967 a 1971.

36 Para el yacimiento de Malia, las misiones de F. Chapouthier y J. Charbonneaux en 1922; en 1928, la de C. Picard, J. Charbonneaux y P. Demargne; de 1929 a 1932, la de P. Demargne y F. Chapouthier, que limpian un barrio de viviendas, necrópolis, palacios y sus inmediaciones. Interrumpidos de 1933 a 1946, los trabajos son retomados de 1946 a 1948: H. Gallet de Santerre, J. Deshayes y A. Dessenne proceden a explorar la ciudad y se llega a las capas profundas del palacio. Las excavaciones continúan hasta nuestros días, con la intervención de arqueólogos belgas y suizos, que colaboran con los franceses.

37 C. Picard, «Fouilles exécutées à Mallia (1921-1943)», *Études crétoises*, IX, École française d'Athènes, 1953.

38 El primer volumen, publicado en 1928, contiene el primer informe sobre las «Fouilles exécutées à Mallia (1822-1924)», establecido por F. Chapoutier y J. Charbonneaux.

les del siglo XIX una importante revelación; los descubrimientos realizados a partir de 1918 justifican los resúmenes y las síntesis: en 1923, Gustave Glotz (1862-1935), profesor de historia en la Sorbona, establece el primer panorama de *La Civilisation égéenne* en la colección de H. Berr,[39] donde J. de Morgan presenta también *L'Humanité préhistorique*.[40]

Charles Picard, que obtiene para la Escuela de Atenas que él dirige el campo de trabajo de Malia, aborda en múltiples ocasiones la cuestión de las relaciones de Creta con Asia, y en 1937 da a la obra de G. Glotz una nota adicional.[41] En estas presentaciones de «la primera civilización mediterránea»,[42] la arqueología es la reina, al igual que la evocación de *La Crète dédalique* por Pierre Demargne.[43] En su búsqueda de supervivencias prehelénicas en la civilización griega y confrontado al «problema capital de las influencias orientales en el nacimiento del helenismo», P. Demargne, para discernir en Creta «la influencia oriental en los diversos estadios de la historia griega», prefirió «quedarse en el terreno arqueológico». Estaba convencido de que [su] tesis sería más fuerte si se apoyaba solamente en argumentos arqueológicos»[44] que, de hecho, dan testimonio de las relaciones entre el mundo griego y Oriente Próximo, por Creta, Chipre y Rodas. En esta búsqueda de lazos que garanticen la cohesión del mundo mediterráneo en la época micénica, P. Demargne sólo recurrirá a la tradición en segundo lugar, para obtener la confirmación de los datos arqueológicos.

Es impresionante observar el camino recorrido desde Heinrich Schliemann o Georges Perrot, que a partir de las ruinas de Troya o las obras de Homero trataban de hacer coincidir los datos arqueológicos con los de la epopeya. La arqueología, aplicada a la prehistoria helénica u oriental, parece haber accedido al estatus de ciencia capaz de rellenar los «huecos» de la historia.

---

39 G. Glotz, *La Civilisation égéenne*, colección L'Évolution de l'Humanité, dirigida por H. Berr, París, 1923.

40 J. de Morgan, *L'Humanité préhistorique*, París, 1921.

41 G. Glotz, *La Civilisation égéenne*, París, 1937, con una nota adicional de C. Picard, pp. 474-485.

42 H. Berr, en el prólogo de G. Glotz, *La Civilisation égéenne*.

43 Pierre Demargne (nacido en 1904), profesor en la Universidad de Estrasburgo y después de París; *La Crète dédalique. Études sur les origines d'une renaissance*, tesis leída en París en 1946, Biblioteca de las Escuelas Francesas de Atenas y de Roma, París, 1947.

44 P. Demargne presenta su tesis en los *Annales ESC*, 3, 1947, pp. 182-187.

El arqueólogo que «[hace] hablar a las cosas mudas»[45] obra como un historiador que se apoya en los documentos escritos, y si P. Demargne presenta su tesis en los *Annales* fundados por Lucien Febvre y Marc Bloch, es porque corresponde al nuevo concepto de la historia que en ellos se ilustra, historia total que debe hacerse «con palabras, con signos» pero también con «paisajes y tejas» y «peritajes sobre las piedras acometidos por geólogos y análisis de espadas de metal hechos por químicos».[46]

En vísperas de la segunda guerra mundial, la Escuela Francesa de Atenas recupera la rivalidad que le permite superar los problemas causados por la reducción y la dispersión de créditos concedidos a la arqueología mediterránea; a pesar de las dificultades, vuelve a lanzar las grandes empresas de Delos y Delfos, abre numerosos campos de trabajo, participa en las investigaciones sobre prehistoria helénica y emprende una decidida política de publicaciones.[47]

Sin embargo, el contexto político internacional hace que la arqueología pierda los campos de trabajo de Asia Menor: después de 1922, con las derrotas griegas ante los turcos, Francia se ve obligada a renunciar a los campos de trabajo de Focea, Claro, Teos y Afrodisia y choca con las ambiciones de Italia de abrir allí una zona de influencia.[48]

La Escuela Francesa de Atenas, que desde finales del siglo XIX, trató de extender su radio de acción a Oriente enviando a algunos de sus miem-

---

45 L. Febvre, «Vers une autre histoire», *Revue de métaphysique et de morale*, 1949, pp. 2-35.

46 *Ibidem*, p. 35.

47 Anunciada por C. Picard a partir de 1919 y continuada por su sucesor, P. Roussel, director de la Escuela de Atenas de 1925 a 1935, que da prestigio a la epigrafía de Delfos y hace publicar entre 1929 y 1935 doce volúmenes de las *Fouilles de Delphes*. En 1928, sale a la luz el primer volumen de *Études crétoises* y en 1944 se crean los *Études thasiennes*.

48 Desde 1912, Italia trata de ampliar en Asia Menor su radio de influencia. En 1913, una misión arqueológica italiana, dirigida por R. Paribeni, se instala en Adalia. En 1920, el tratado de Sèvres aprueba la ocupación italiana en Anatolia, y G. Guidi y A. Maiuri, miembros de la Escuela de Atenas, exploran en 1920-1921 Caria, Licia, y Panfilia. Al mejorar las relaciones italoturcas a partir de 1934, G. Jacopi puede, en 1937, obtener la autorización para excavar en Afrodisia. Cf. V. La Rosa (dir.), *L'Archeologia italiana nel Mediterraneo fino alla seconda guerra mondiale*, Catania, Centro di Studi per l'Archeologia Greca CNR, 1986.

bros a Constantinopla,[49] Siria y Chipre,[50] o Egipto,[51] se enfrenta a la competencia de los orientalistas: por ejemplo, las excavaciones francesas en Enkomi de Chipre son dirigidas por Claude Schaeffer, protohistoriador al que René Dussaud confiará las investigaciones en Ras Shamra-Ugarit.

Sin embargo, Charles Picard deseaba fervientemente que la Escuela de Atenas «fijase su atención en Chipre, que tiene demasiadas relaciones en su civilización arcaica con Creta, la Grecia primitiva, como para que se resigne a dejársela por completo a los orientalistas».[52]

La fundación del Instituto Francés de Arqueología de Constantinopla en 1930, la organización del Servicio de Antigüedades en Siria y el Líbano, y la creación del Instituto de Beirut en 1946, provocarán un repliegue de la Escuela de Atenas en el ámbito helénico, aunque Albert Gabriel (1883-1972), arquitecto «ateniense» que recibe la dirección del Instituto de Constantinopla, y Henri Seyrig[53] o, más tarde, Jean Deshayes,[54] que desempeñarán un papel primordial en la arqueología de Oriente Próximo, son también «atenienses».

En el Mediterráneo oriental, el despegue extraordinario de la arqueología y las circunstancias políticas circunscriben a la Escuela de Atenas y al Instituto de El Cairo a su estricto campo de intervención: Grecia y Egipto.

Las dos instituciones francesas experimentan desde 1918 una evolución semejante: la única ocasión que tuvo el Instituto de El Cairo de ampliar su campo de investigación en Oriente Próximo le vino dada por Vincent Scheil, que realizó exploraciones de 1892 a 1893 en Abu-Habba,

---

49 Es el caso de A. Joubin, que, en 1893, cumple una misión en Constantinopla y propone un proyecto de Escuela Francesa implantada en la capital turca. El Instituto Francés de Estambul se creará en 1930 y estará dirigido por A. Gabriel, arquitecto de la Escuela Francesa de Atenas.

50 En 1878, E. Pottier fue a Chipre y Siria, y en 1895 C. Fossey y P. Perdrizet realizaron una nueva misión en la isla y en Damasco.

51 En 1894, P. Jouguet fue destinado provisionalmente a la Escuela Francesa de El Cairo; de 1928 a 1940 dirige el IFAO.

52 C. Picard, «L'oeuvre de l'École française d'Athènes», *Revue historique*, 1948, pp. 1-21 y 189-207.

53 Henri Seyrig (1895-1973): arqueólogo francés, director del Servicio de Antigüedades de Siria y del Instituto Francés de Beirut.

54 Jean Deshayes (1924-1979): profesor en el Instituto de Arte y Arqueología y más tarde su director.

en Mesopotamia. La Escuela de Atenas, por su parte, amplía su actividad en Egipto cuando uno de sus miembros, Pierre Jouguet, recibe la invitación de Jacques de Morgan para trabajar en los yacimientos grecorromanos de Fayum y estudiar sus papiros. Pero, aunque los helenistas del Instituto de Papirología de Lille intervienen en los yacimientos grecorromanos de Egipto, la Escuela de Atenas no llega a multiplicar las ocasiones de trabajar fuera de Grecia.

#### 7.1.1.2. El Instituto Francés de Arqueología Oriental de El Cairo

Por lo que respecta al Instituto de El Cairo, que Ernest Renan imaginaba como «un gran kan científico» que podía «servir de refugio a las demás ramas de la investigación orientalista»,[55] enseguida volvió a encontrar su camino y se dedicó por completo «a la arqueología y a la filología militantes» en los yacimientos egipcios.[56]

Jerusalén y Beirut, que según Renan no reunían las condiciones necesarias para la investigación científica, albergarán desde ese momento dos instituciones francesas consagradas a la arqueología de Oriente Próximo: en 1920, la Escuela Francesa de Arqueología de Jerusalén pasa a depender de la Escuela Bíblica, fundada por los dominicanos a finales del siglo XIX, y en 1946 se inaugura el Instituto de Beirut.

Sin embargo, aunque la arqueología de Oriente Próximo se desarrolla independientemente del Instituto de El Cairo, éste cumple una función importante de modelo: asociado al Servicio de Antigüedades que hasta 1952 sigue bajo responsabilidad francesa, la escuela de arqueología contribuye a ilustrar brillantemente la egiptología francesa en un país sometido a la autoridad británica.

Mientras que, justo después de la primera guerra mundial Egipto inicia el camino de la independencia adquirida en 1922, el Instituto Francés y el Servicio de Antigüedades, bajo dirección francesa y con trabajos que valoran el patrimonio arqueológico, histórico y cultural, ejercen una

55 E. Renan, «Rapport sur l'organisation de l'Institut du Caire», París, 1881.

56 P. Jouguet, en *Mélanges Maspero*, I, *Orient Ancien*, prefacio al segundo fascículo, 1935-1938, t. LXVI de *Mémoires publiées par les membres de l'Institut français d'archéologie orientale du Caire*.

influencia nada desdeñable en la opinión pública egipcia que es, en parte, sensible al prestigio del pasado de su país.

Al asegurar la presencia francesa, ambas instituciones participan en la defensa de los intereses galos en esta región tan sensible. Desde un punto de vista estrictamente científico, la organización de la investigación arqueológica establecida en Egipto ofrece un ejemplo de buenos resultados e inspirará la implantación de un sistema análogo en Oriente Próximo donde, al igual que en Egipto, las circunstancias políticas impondrán a los arqueólogos franceses y británicos una cohabitación que transformarán en colaboración.

El Servicio de Antigüedades[57] arrastraba, desde G. Maspero, una larga tradición de cooperación entre arqueólogos de diversas nacionalidades: mientras que A. Mariette se negó a conceder excavaciones a misiones extranjeras, su sucesor reserva los créditos a la limpieza, consolidación y restauración de monumentos, dejando a los equipos europeos a cargo de los trabajos propiamente arqueológicos. El director del Servicio, responsable del Museo de El Cairo, dirige a tres inspectores generales, encargados de los tres sectores que componen el país, para la administración de su patrimonio: franceses e ingleses se reparten las regiones del Delta y del Medio y Alto Egipto. Karnak y Saqqara, considerados yacimientos privilegiados, quedan al margen de esta división y se conceden a especialistas: Georges Legrain recibe de Jacques de Morgan el encargo de dirigir los trabajos de Karnak[58] y el inglés James E. Quibell[59] es destinado a Saqqara.

En 1926, cuando el arquitecto Jean-Philippe Lauer[60] descubre el Servicio de Antigüedades dirigido por Pierre Lacau,[61] comprueba que las responsabilidades se reparten entre franceses y británicos: Gustave

57 Sobre la historia de la arqueología en Egipto, cf. P. Montet, *Isis ou à la recherche de l'Égypte ensevelie*, París, 1956; B. M. Fagan, *The Rape of the Nile*, Nueva York, 1975 (ed. francesa, *L'Aventure archéologique en Égypte*, París, Pygmalion Gérard Watelet, 1981); J. Vercoutter, *À la recherche de l'Égypte oubliée*, París, Gallimard (Découvertes), 1998.

58 Esta dirección de los trabajos en Karnak, creada en 1895, permanece bajo responsabilidad de G. Legrain hasta 1917.

59 James Edward Quibell (1867-1935): conservador del Museo de El Cairo de 1913 a 1923.

60 J.-P. Lauer, *Saqqarah. Une vie. Entretiens avec P. Flandrin*, París, Payot, 1992.

61 Pierre Lacau (1873-1963): director del IFAO de 1917 a 1936 y profesor en la Sorbona.

Lefebvre[62] era conservador jefe del Museo de El Cairo y, de sus dos ayudantes, uno de ellos, Henri Gauthier, era también francés y el otro, Reginald Engelbach, era inglés al igual que el director del yacimiento de Saqqara, Cecil M. Firth (1878-1931). El director general del servicio, heredero de Mariette y Maspero, defiende los intereses de la administración egipcia a la que representa: así, Pierre Lacau se niega a compartir la colección recopilada por Howard Carter en la tumba de Tutankamon y consigue que se entregue íntegra al Museo de El Cairo. En este país, donde la influencia británica es preponderante desde 1882, el Servicio de Antigüedades asociado al IFAO se muestra como una auténtica vitrina de la acción cultural francesa y contribuye a contrarrestar el peso de Gran Bretaña.

El Servicio de Antigüedades, situado bajo dirección francesa hasta 1952, aparece como centro federador de los trabajos iniciados por las naciones occidentales. Los arqueólogos extranjeros, tras haber sido miembros del IFAO, dirigen campos de trabajo para el servicio o participan en misiones mixtas, e incluso guían equipos para sus países de origen. Así, el suizo Gustave Jéquier (1868-1946) contribuyó a las excavaciones de Dahchour, bajo las órdenes de J. de Morgan y, en 1926, dirigió la limpieza de la tumba del faraón Shepseskaf en Saqqara. Édouard Naville, también suizo y antiguo miembro del Instituto Francés, explora numerosos yacimientos para la Egypt Exploration Society, entre ellos el de Abidos.

La colaboración francosuiza se ejerce en un yacimiento común, abierto en Qasr Karun entre 1948 y 1950, mientras el IFAO se asocia a Varsovia para la consecución de los trabajos de Edfu entre 1937 y 1939. E. Schiaparelli (1856-1928), convertido en director del museo egipcio de Turín en 1887, ve como G. Maspero le concede una misión italiana en el Valle de las Reinas en Tebas y en los yacimientos de Heliópolis, Hermópolis Parva, Asiut y Deir el-Medinah.

Las circunstancias en que se desarrolla la creación de la misión italiana proporcionan un testimonio del papel que desempeñan las instituciones arqueológicas en la escena política: en 1902, cuando E. Schiaparelli, alumno de G. Maspero, inaugura los primeros trabajos italianos en

62 Gustave Lefebvre (1879-1957): miembro de la Escuela de Atenas de 1901 a 1904, conservador del Museo de El Cairo de 1919 a 1928, director de la Escuela Práctica de Estudios Superiores de 1928 a 1948.

Egipto, la tensión entre Francia y Gran Bretaña tras el incidente de Fachoda sigue siendo fuerte, y a la vez el acuerdo Prinetti-Barrère pone fin al contencioso entre Francia e Italia en el Mediterráneo.[63] La misión del museo de Turín se organiza dos años antes de que intervenga la Entente Cordial y contribuye a reforzar el peso de Francia en la negociación del acuerdo con Gran Bretaña.[64]

Mientras que, a partir de 1918, las instituciones anglosajonas desarrollan una intensa actividad, el Servicio de Antigüedades y el IFAO, gracias a las relaciones estrechas que mantienen, logran mantener la competencia y aportan una contribución considerable a la investigación internacional.

Los miembros del IFAO participan también en los campos de trabajo y en los trabajos organizados por el Servicio de Antigüedades; en cuanto a los directores, confirman la intimidad de las relaciones entre las dos instituciones: G. Maspero dirige una y otra entre 1881 y 1886, Eugène Grébaut toma la dirección del Servicio después de estar a cargo del Instituto, Pierre Lacau sigue el mismo itinerario entre 1912 y 1936. Esta hegemonía permite a la egiptología francesa mantener un papel de primera línea en la investigación internacional, donde Gran Bretaña, a través de la Egypt Exploration Society, y sobre todo Estados Unidos tienen cada vez más presencia.

A partir de 1920, los arqueólogos de la sociedad inglesa desarrollan métodos científicos notables tomados de la prehistoria y la protohistoria, especialmente la excavación estratigráfica: Leonard Woolley dirige los tra-

---

63 A Fachoda, ciudad al sur de Sudán situada en el curso del Nilo, llega el 10 de julio de 1898 la columna del capitán Marchard, encargada de enlazar Dakar y Djibuti; en septiembre del mismo año, lord Kitchener, encabezando un convoy de cañoneras, remonta el Nilo con la misión de establecer la unión entre El Cairo y El Cabo; ordena a los franceses que evacuen la ciudad. Tras la negativa de Hanotaux, Delcassé, su sucesor en el Ministerio de Asuntos Exteriores, se somete al ultimátum británico. Este incidente altera profunda y largamente las relaciones entre Francia e Inglaterra. Respecto al acuerdo Prinetti-Barrère realizado en 1902, completa el que había obtenido Visconti-Venosta con Francia en 1900-1901 y garantiza a Italia y Francia la libertad para dar rienda suelta a sus intereses en Libia y Marruecos. Cf. D. J. Grange, *L'Italie et la Méditerranée (1896-1911)*, Roma, Collection de l'École française de Rome, 197, 1994, vol. 2, pp. 1130-1132.

64 Cf. sobre este aspecto M. Petricioli, «Le missioni...», en V. La Rosa (dir.), *L'Archeologia italiana nel Mediterraneo fino alla seconda guerra mondiale, op. cit.*; ídem, *Archeologia e Mare Nostrum*, Roma, Valerio Levi Editore, 1990.

bajos en Tell el-Amarna y W. B. Emery y R. Mond exploran Erment. En 1922, cuando la larga búsqueda de lord Carnarvon termina con el descubrimiento por H. Carter de la tumba de Tutankamon, los arqueólogos británicos continúan el camino abierto por Flinders Petrie y contribuyen enormemente al conocimiento de la prehistoria egipcia: es el caso de Gertrude Caton-Thompson,[65] que dirige prospecciones sistemáticas en el oasis de Kharga y el Fayum y sobre todo, excavando en Hamamieh, hace triunfar a la arqueología científica. Crea un método de excavación por cuadrados, limpiados capa por capa,[66] que hace de Hamamieh el primer yacimiento predinástico con una estratigrafía precisa y permite validar las secuencias determinadas por Flinders Petrie para los periodos predinásticos. La excavación de las seiscientas cincuenta tumbas prehistóricas de Badari, que G. Caton-Thompson explora con Guy Brunton entre 1922 y 1925, muestra una cerámica desconocida hasta entonces y hace del badariense un nuevo periodo predinástico.

Mientras que los arqueólogos británicos dan preferencia a las investigaciones sobre la prehistoria egipcia, sus colegas americanos reciben ayudas considerables que invierten en grandes empresas. De hecho, aunque Estados Unidos estaba presente en Egipto desde finales del siglo XIX,[67] es entre las dos guerras mundiales cuando favorece el desarrollo de su arqueología en el valle del Nilo, así como en el resto de la cuenca mediterránea.

Si Flinders Petrie contribuía al prestigio de Gran Bretaña, Estados Unidos podía sentirse orgulloso de los trabajos de George A. Reisner (1867-1942), uno de los gigantes de la egiptología que, desde 1899, triunfó en la exploración de las necrópolis dinásticas de Naga-ed-Der, donde puso a punto un método inédito. Encabezando un equipo de especialistas en múltiples disciplinas científicas, Reiner decide explorar completamente los yacimientos, procediendo a una excavación estratigráfica con anotación sistemática de las capas, incluyendo notas, dibujos y fotografías, para finalizar con una publicación de cada una de las tumbas. El gobierno egipcio proyecta subir la presa de Asuán, y G. A. Reisner dirige en Nubia el

---

65 Gertrude Caton-Thompson (1889-1985): publica, con G. Brunton, *The Badarian Civilization and Predynastic Remains near Badari*, 1928.

66 Las capas «mecánicas» tienen en cuenta los estratos «naturales» sin mezclarlos.

67 Cf. M. A. Hoffman, *Egypt before the Pharaohs. The Prehistoric Foundations of Egyptian Civilization*, Londres, 1991, parte IV, cap. 9.

primer «survey» arqueológico organizado con vistas a la salvaguardia de monumentos: de 1907 a 1923, el arqueólogo americano lleva a cabo numerosos trabajos de excavación en el país de Coush, explorando las necrópolis de Meroe y fundando nuestro conocimiento de la Nubia prehistórica.

La arqueología americana en Egipto conoce un desarrollo espectacular cuando el Oriental Institute of Chicago, creado en 1919, instala en Luxor un centro financiado en parte por Rockefeller. Henri Frankfort[68] y James Henry Breasted[69] abren respectivamente el campo de trabajo de Abidos en 1925 y el de Medinet-Habu en 1924.

Por otra parte, el Instituto de Chicago lanza en 1926 la primera exploración exhaustiva del valle del Nilo de carácter doble, geológico y arqueológico: J. H. Breasted comparte con K. S. Sandford y W. J. Arkell la responsabilidad de esta misión, que se fija como objetivo determinar las modalidades de paso de la prehistoria a la historia.

La prehistoria egipcia, cuya realidad fue impuesta por J. de Morgan, junto con Flinders Petrie, se convierte a partir de 1918 en el campo de investigación preferido de los anglosajones. No obstante, aunque tras la primera guerra mundial la arqueología alemana es menos activa en Egipto y Oriente Próximo, aporta una serie de elementos determinantes para el conocimiento de la prehistoria en el delta del Nilo: Hermann Junker (1877-1962), director desde 1929 del Instituto Germánico de El Cairo, decide excavar Merimde Beni Salame, donde halla un poblado de agricultores de época neolítica, el primero que se exploró sistemáticamente en el Bajo Egipto. Además, de 1912 a 1929, el propio Junker dirige en Gizeh la expedición de la Academia de Ciencias Naturales de Viena, recabando la mayor cantidad de información de tipo administrativo, económico y religioso que permite reconstituir la historia del Imperio Antiguo.[70]

---

68 Henri Frankfort (1897-1954): egiptólogo holandés, miembro de la British School of Athens en 1924-1925, *research professor* en el Oriental Institute de la Universidad de Chicago, profesor de la Universidad de Londres y director del Warburg Institute.

69 James Henry Breasted (1865-1935): egiptólogo y orientalista americano, cofundador del Oriental Institute of Chicago, profesor de egiptología e historia oriental en la Universidad de Chicago.

70 H. Junker, *Grabungen auf dem Friedhof des Alten Reiches bei den Pyramiden von Gîza*, 1929-1955.

En este contexto de investigaciones intensivas llevadas a cabo sobre el terreno, el Instituto Francés y el Servicio de Antigüedades contribuyen al desarrollo de la arqueología militante. En el ámbito de la prehistoria, si bien los trabajos pioneros de J. de Morgan no se realizaron con el mismo fervor y la misma eficacia que ponen los ingleses para completar los descubrimientos del Flinders Petrie, algunos prehistoriadores franceses se aplican en el reconocimiento y estudio de los yacimientos paleolíticos: Edmond Vignard halla una estación auriñaciense en Naq Hammadi e identifica «una nueva industria lítica, a la que denomina *Sébilien*»,[71] al término de una exploración de cuatro años en la llanura de Kom Ombo. En el XI Congreso Internacional de Geografía y Etnología, celebrado en El Cairo en abril de 1925 para conmemorar la fundación en 1875 de la Sociedad Geográfica Real de Egipto, el R. P. Paul Bovier-Lapierre (1873-1950) subraya el importante papel de Pierre Lacau que, a la dirección del Servicio de Antigüedades a partir de 1917, favorece las exploraciones y excavaciones prehistóricas en la región de El Cairo.[72] Bovier-Lapierre realiza también prospecciones, completadas con excavaciones puntuales, acompañado por un joven mineralogista egipcio, Amin el-Omari, que en 1924 descubre cerca de Halwan un yacimiento neolítico, al que el prehistoriador francés dará el nombre de su inventor, fallecido prematuramente el mismo año.[73] Dos años antes del descubrimiento de Merimde Beni Salame por H. Junker, asistimos a uno de los primeros intentos de hallar en el Bajo Egipto el equivalente de las culturas predinásticas, conocidas ya en el Alto Egipto. Estos descubrimientos importantes están reforzados por los de Fernand Debono, que en 1943 localiza un yacimiento tan determinante para la prehistoria del Bajo Egipto como los de Fayum, prospectados por Caton-Thompson, y Merimde. En 1945, el Servicio de Antigüedades confía a F. Debono la continuación de las excavaciones en El-Omari.[74]

---

71 Edmond Vignard, empleado de la Sociedad Azucarera de Egipto, «Une station aurignacienne à Nag Hamadi (Haute-Égypte), station du Champ de Bégasse», *Bulletin de l'Institut français d'archéologie orientale (BIFAO),* XVIII, 1921, pp. 1-20; ídem, «Stations paléolithiques de la carrière d'Abou el-Noun près de Nag Hamadi», *BIFAO*, XX, 1923, pp. 89-109; ídem, «Une nouvelle industrie lithique: le sébilien», *BIFAO*, XX, 1923, pp. 1-76.

72 Cf. M. A. Hoffman, *Egypt before the Pharaohs. The Prehistoric Foundations of Egyptian Civilization, op. cit.*, parte III, cap. 14.

73 R. P. P. Bovier-Lapierre, «Une nouvelle station néolithique (El Omari) au nord d'Hélouan (Égypte)», *Comptes rendus du congrès international de géographie*, IV, El Cairo, 1925.

74 F. Debono, «La civilisation prédynastique d'El Omari, au nord d'Hélouan», *Bulletin de l'Institut égyptien*, 37, 1956, pp. 329-339.

Georges Goyon halla en Wadi Hammamat incripciones y grabados rupestres y Rémi Cottevieille-Giraudet, que hace descubrimientos parecidos en la montaña tebana, puede presentar en 1933 «Égypte avant l'histoire, du paléolithique à l'âge du cuivre».[75] Sin embargo, a pesar de los ensayos del R. P. Bovier-Lapierre sobre *L'Égypte prehistorique*,[76] y de E. Vignard sobre *Le Paléolithique en Égypte*,[77] las investigaciones francesas parecen demasiado puntuales y los métodos aplicados, demasiado alejados de los de los arqueólogos ingleses.[78] De hecho, el propio Pierre Jouguet, director del IFAO, lamenta en 1935 que «la prehistoria egipcia quizá [no haya] atraído la atención de nuestra Escuela».[79]

Y, de hecho, aparte de R. Cottevieille-Giraudet, pocos son los miembros del IFAO que eligieron la prehistoria para sus investigaciones. El Instituto Francés se dedica fundamentalmente a los demás periodos de la antigüedad egipcia. A partir de 1913, intensifica su actividad arqueológica y la concentra en los grandes yacimientos, donde se abren campos de trabajo permanentes: en Abu-Ruwash se lanzan en 1901 las primeras grandes excavaciones y se reúnen los esfuerzos en Deir el-Medinah, cerca de la necrópolis de Tebas, en la margen derecha del Nilo, y en Tell Edfu, la Apolonia Magna de los griegos.

Asimismo, la Escuela de El Cairo interviene en los trabajos llevados a cabo en muchos otros yacimientos en estrecha colaboración con el Servicio de Antigüedades, el Museo del Louvre, las universidades francesas y extranjeras e incluso la Sociedad Francesa de Excavaciones Arqueológicas.

En Abu-Ruwash, donde las ruinas de la pirámide de Didufri fueron exploradas por Émile Chassinat en 1901-1902, Pierre Lacau y Pierre

---

75 R. Cottevieille-Giraudet, «Gravures préhistoriques de la montagne thébaine», *Bulletin de l'Institut français d'archéologie orientale*, t. XXX, 1930, pp. 545-552; ídem, «L'Égypte avant l'histoire, Paléolithique, Néolithique, âge du cuivre», *Bulletin de l'Institut français d'archéologie orientale*, XXXIII, 1933, pp. 1-168.

76 P. Bovier-Lapierre, *L'Égypte préhistorique. Précis de l'histoire de l'Égypte*, I, El Cairo, 1952.

77 E. Vignard, «Le paléolithique en Égypte», en *Mélanges Maspero*, I, pp. 165-175.

78 Cf. M. A. Hoffman, *op. cit.*, p. 192: «One can imagine the ghost of sir Flinders Petrie railing from his grave against French excavation techniques», y en la p. 194: «the most of the problems raised by El Omari were created by its excavators».

79 En *Mélanges Maspero*, I, *Orient ancien*, segundo fascículo, 1935-1938, p. XLII.

Montet[80] retoman las excavaciones en 1913-1914 y sacan a la luz las tumbas de la I dinastía, parecidas a las de Abidos y Nagada, las primeras de este tipo que se descubren en el Bajo Egipto. En 1922, Fernand Bisson de la Roque (1885-1958) vuelve a abrir el campo de trabajo y finaliza la publicación en la colección *Fouilles de l'IFAO*, inaugurada en 1924.[81]

El templo de Edfu, cuya limpieza había emprendido A. Mariette en 1858, es objeto de una publicación monumental, que comienza É. Chassinat.[82] Los trabajos, efectuados de 1914 a 1931, fueron dirigidos en primer lugar por los helenistas del Instituto de Papirología de Lille,[83] en las ruinas de la ciudad grecorromana y bizantina, y poco a poco permitieron alcanzar los vestigios más antiguos. Los descubrimientos sucesivos de mastabas en 1926-1927 por fellahs condujeron a explorar la necrópolis: en 1932, Maurice Alliot (1903-1960) toma la dirección de los trabajos, que se completan en 1937 con los que la Universidad de Varsovia lleva conjuntamente con el IFAO en la propia ciudad.[84] C. Michalowski (1901-1980), que dirige la misión francopolaca, es miembro en 1934 del IFAO en calidad de extranjero. Esta gran empresa constituye un buen ejemplo de la colaboración que supo mantener el Instituto Francés con las misiones extranjeras.

En Deir el-Medinah, el Instituto de El Cairo abre en 1917 un campo de trabajo cuya actividad continúa hoy en día. Este poblado, situado en la margen derecha del Nilo, cerca de la necrópolis de Tebas, albergó a los obreros y artesanos que trabajan en la construcción y arreglo de las tumbas reales desde Amenofis I hasta los últimos Ramsés de la XX dinastía.

---

80 Pierre Montet (1885-1966): profesor de la Universidad de Estrasburgo y después en el Colegio de Francia.

81 F. Bisson de la Roque, *Abou-Roasch (1922-1923), Fouilles de l'IFAO*, t. I, informes preliminares, 3.ª parte, 1924, y t. II, 1.ª parte, 1925.

82 Marqués de Rochemonteix, *Le Temple d'Edfou publié in extenso par É. Chassinat*, t. I, 1892; y É. Chassinat, *Le Temple d'Edfou*, de 1898 a 1934, en catorce tomos editados en *Mémoires publiés par les membres de la mission archéologique française au Caire*.

83 Fundado en 1901, por Pierre Jouguet, «ateniense» invitado en 1894 por J. de Morgan a estudiar los yacimientos grecorromanos de Egipto.

84 *Fouille franco-polonaise*, informes en tres volúmenes: B. Bruyère, J. Manteuffel, K. Michalowski, J. Sainte-Fare Garnot, C. Kuentz, G. Jourdain, *Tell Edfou*, El Cairo, 1937 y 1938, 1939 y 1950.

Mediante la excavación completa del yacimiento, el IFAO ofreció una de las poquísimas ocasiones de conocer un poblado antiguo y la vida privada en el Egipto antiguo. El yacimiento no se libró de los aventureros de principios del siglo XIX, que se proveyeron de objetos de colección hasta que Mariette intervino con un sondeo en 1852. A principios del siglo XX, E. Schiaparelli excavó allí muchas tumbas para el museo de Turín y, entre 1909 y 1912, el Servicio de Antigüedades encargó a Émile Baraize (1874-1952) la restauración del templo ptolemaico, cuyos alrededores ya había limpiado. Finalmente, antes de que el yacimiento pasase a estar bajo la responsabilidad del Instituto Francés en 1917, una misión alemana, dirigida por G. Müller exploró unas cuantas tumbas más y la parte del poblado cercana al templo. El IFAO confía sus primeros trabajos a Saint-Paul Girard y Charles Kuentz, a los que sucede en 1912 Bernard Bruyère (1879-1971), que emprende la labor paciente e intensa de excavación exhaustiva del poblado y su necrópolis.[85] Entonces se descubre la arquitectura privada, de la vida diaria de los humildes y sus creencias.

En el campo de trabajo del templo de Deir el-Medinah, B. Bruyère recurre a dos miembros extranjeros del IFAO, el suizo Georges Nagel (1899-1956) y el checo J. Cerny, encargado de la publicación de textos sobre *ostraca* y papiros que se encuentran en Deir el-Medinah más que en ningún otro yacimiento.[86]

El IFAO contribuye al desarrollo de la arqueología de campo no sólo por la envergadura y el interés de sus descubrimientos sino también por la calidad del trabajo en los campos de trabajo y los métodos empleados. En efecto, en 1939, el Instituto obtiene del Servicio de Antigüedades el permiso en Karnak, del sector situado al norte del gran templo de Amón. Alexandre Varille (1909-1951) y Clément Robichon prolongan su colaboración, estrenada en Medamud y Tebas. Abren el campo de trabajo con Christiane Desroches-Noblecourt y lo mantienen activo durante la segunda guerra mundial. En él «pusieron en práctica una técnica de excavación ultramoderna que habían elaborado desescombrando, hacia 1935, el tem-

85 Cf. el catálogo, *Un siècle de fouilles françaises en Égypte, 1880-1980*, École du Caire-Musée du Louvre, 1981.

86 J. Cerny, *Catalogue des ostraca hiératiques non littéraires de Deir el-Médineh*, seis tomos, El Cairo, 1935-1951, y 1970.

plo funerario de Amenofis, hijo de Hapu, en la margen izquierda del Nilo en Tebas».[87]

En el campo de trabajo piloto de Karnak norte, A. Varille y C. Robichon aplican métodos científicos que prestan especial atención a los vestigios descubiertos: «Cada objeto, por insignificante que sea, da lugar a una ficha con su número de inventario, su descripción, el lugar en que fue encontrado, su fotografía y, en su caso, una anotación sobre su expedición a un museo».[88] Karnak norte, el único campo de trabajo de la IFAO cuya actividad continúa durante la guerra, queda suspendido en 1943 y se retoma de 1945 a 1951 bajo la dirección de C. Robinson.[89]

A. Varille no sólo transforma profundamente la arqueología de campo sino que además, dada su condición de becario de la CNRS (Caisse Nationale de la Recherche Scientifique)[90] cuyas misiones, renovadas cada año, le mantienen en la IFAO permanentemente, muestra la cooperación de distintas instituciones francesas en Egipto.

El Museo del Louvre, gracias a la actividad decidida e innovadora de G. Bénédite, inicia excavaciones a finales del siglo XIX: tras un intento en Heliópolis en 1899, G. Bénédite propone al IFAO la colaboración del Louvre en el yacimiento de Medamud; de 1925 a 1933 confía el campo de trabajo a Fernand Bisson de la Roque, alumno de la Escuela del Louvre, que asumirá la dirección de las investigaciones arqueológicas del museo en Egipto. Miembro del IFAO a partir de 1920, ilustra a la perfección la estrecha colaboración del Instituto y del Museo del Louvre en numerosos yacimientos, que exploran conjuntamente. Étienne Drioton,[91] conservador adjunto del Louvre, contribuye también a los trabajos de Medamud. A. Varille y C. Robichon toman a continuación el relevo y, excavando los cimientos del templo grecorromano, hallan los monumentos del Nuevo y

---

87 F. Sainte-Fare Garnot, «L'Institut français d'archéologie orientale du Caire», *Revue de l'Enseignement supérieur*, 1959.

88 A. Varille, *Karnak I*, t. XIX, de las excavaciones del IFAO, El Cairo, 1943.

89 Durante este periodo, participan Jean Vercoutter, futuro director del IFAO a partir de 1977, y Jean Leclant, hoy secretario perpetuo de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

90 Creada en 1935.

91 Canónigo Étienne Marie-Félix Drioton (1889-1961): director del Servicio de Antigüedades de Egipto a partir de 1936, profesor de la Universidad de El Cairo, conservador del Museo del Louvre.

Medio Imperio, y por fin, el templo primitivo, único ejemplo conocido entonces.[92] Las excavaciones de Tod y Tanis serán también fruto de los esfuerzos conjugados de ambas instituciones.

El campo de trabajo de Tod, abierto en 1933, se sitúa bajo la responsabilidad de F. Bisson de la Roque y del canónigo É. Drioton, que en 1936 encabezará el Servicio de Antigüedades.

En Tanis, las sepulturas reales descubiertas por Pierre Montet a partir de 1939 suscitan tanta curiosidad y entusiasmo entre el público general como la tumba de Tutankamon. P. Montet, que fue miembro del IFAO de 1910 a 1914, después de excavar en Biblos, se convenció de que Egipto y Fenicia había mantenido una estrecha relación. En Tanis, pensaba que iba a encontrar testimonios de estos intercambios y, a base de persuasión, consiguió que las autoridades públicas le concedieran la oportunidad de iniciar la exploración científica de este tell del Delta.[93] La primera campaña tuvo lugar en 1929 e implica al IFAO, al museo del Louvre y a la Société des Amis de Tanis, creada por P. Montet en Estrasburgo. Los trabajos se abren en el barrio de los templos, pero en 1939 se produce el descubrimiento extraordinario de seis sepulturas reales intactas. El estallido de la segunda guerra mundial atenuará la resonancia de este acontecimiento a pesar de ser tan importante como la revelación de la tumba de Tutankamon.

Sabemos las relaciones estrechas que mantenían el Instituto Francés de Arqueología Oriental y el Servicio de Antigüedades: su colaboración se manifiesta sobre el terreno, como en Lich, donde J.-E. Gautier, para el IFAO, y G. Jéquier, para el Servicio, aúnan sus esfuerzos, e incluso en Behbet el-Hagar, donde P. Montet, con Jean Leclant y Serge Sauneron, miembros ambos del IFAO, limpia el Isaeum para el Servicio.

En Karnak, donde el Servicio de Antigüedades creó una Dirección General de Trabajos, confiada primero a G. Legrain y después a Maurice Pillet (1881-1864) y Henri Chevrier, los miembros de la IFAO P. Barguet, L. A. Christophe y J. Leclant unen sus esfuerzos a los de C. Robichon, en

---

92 C. Robichon y A. Varille, *Description sommaire du temple primitif de Médamoud, Recherches d'archéologie, de philologie et d'histoire*, t. XI, El Cairo, 1940.

93 Cf. J. Leclant, *Tanis, l'or des pharaons*, catálogo de la exposición del Grand-Palais, París, 1987.



137. Tanis (Egipto), la tumba II, la tumba de Osorkon II y la tumba de Psusenas vistas desde el sur, en marzo de 1940. P. Montet, *La Nécropole royale de Tanis*, París, 1947, lám. XV. Biblioteca del Instituto de Francia.

representación del Servicio de Antigüedades, para cumplir los objetivos fijados por P. Lacau: la búsqueda sistemática de piezas arquitectónicas y el desescombro íntegro del yacimiento.[94]

La arqueología militante experimenta en Egipto entre las dos guerras mundiales un desarrollo espectacular, favorecido por múltiples iniciativas: las de Francia proceden de muchos organismos distintos, no sólo el Instituto de El Cairo y el Servicio de Antigüedades o el Museo del Louvre y la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, sino también de la Universidad de París y el servicio de obras francesas en el extranjero dirigido por Jean Marx en el Ministerio de Asuntos Exteriores, o la Sociedad Francesa de Excavaciones Arqueológicas, para la que Raymond Weill[95] interviene en los yacimientos de Kom ed-Dara o Zaouiet el-Maietin. La Compañía Universal del Canal de Suez contrata a un arqueólogo, Jean Clédat, manda construir un museo en Ismailía y, de 1930 a 1933, confía a B. Bruyère la excavación de Kom Kalzun.

Si las actividades arqueológicas francesas se mantienen hasta 1952, fecha de instauración de la República egipcia, no ocurre lo mismo con las demás naciones occidentales. El final del protectorado inglés en 1922 corresponde a la implantación de nuevas reglas para la atribución de objetos recogidos durante las excavaciones: desde ese momento, son todos propiedad del estado egipcio. Pierre Lacau, director del Servicio Egipcio de Antigüedades, aplica escrupulosamente la nueva legislación y obliga a Pierre Montet y a Howard Carter a depositar íntegramente en el Museo de El Cairo las colecciones halladas en las tumbas faraónicas de Tanis.

Por otra parte, los estudiantes egipcios, procedentes de la universidad egipcia fundada en 1908 por el último hijo de Ismael, o formados en Europa, acceden desde 1930 a puestos de inspectores generales en el Servicio y de conservadores en el Museo de El Cairo. Los arqueólogos egipcios, que cada vez son más, dirigen las excavaciones. Las misiones inglesas y americanas se van apartando a Sudán y, en 1935, sólo quedan para Gran Bretaña, W. B. Emery en Saqqara, y para Estados Unidos, A. Lansing en Hieracómpolis, mientras que la concesión de Al-Kalb es para Bélgica.

94 C. Robichon, P. Bourguet, J. Leclant, *Karnak-Nord IV*, 2.º fasc., El Cairo, 1954.
95 Raymond Weill (1874-1950): director de la Escuela Práctica de Estudios Superiores, presidente de la Sociedad Francesa de Egiptología.

Hasta 1952, el Servicio de Antigüedades creado por Mariette un siglo antes es dirigido por un francés y refleja el prestigio de la egiptología francesa cuyos representantes, miembros del Instituto y del Servicio, aparecen como defensores de la identidad egipcia: se trata de un éxito rotundo de esta egiptología que fundó Bonaparte en un intento de evitar que este país fuera objeto del imperialismo británico. El Instituto Francés y el Servicio de Antigüedades mantienen en Egipto una influencia francesa tan fuerte que Mohamed Alí adoptó el modelo francés durante su reinado, para su proyecto de llevar a su país la «civilización» oriental.[96] El modo de organización y funcionamiento de la arqueología francesa se convierte en un ejemplo para Oriente Próximo, donde Francia, al igual que en Egipto, se enfrenta a Gran Bretaña.

La colaboración entre el Instituto Francés de Arqueología y el Servicio de Antigüedades, así como con las instituciones oficiales metropolitanas, y la apertura hacia sociedades privadas explican el desarrollo y el triunfo de la egiptología francesa, tanto para las iniciativas de campo como para las publicaciones: a las *Mémoires* y a la *Bibliothèque d'étude* hay que sumar en 1924 las *Fouilles de l'IFAO*, donde se presentan los informes preliminares; en 1930, las *Recherches d'archéologie, de philologie et d'histoire*, y en 1934, los *Documents de fouilles,* que completan el abanico de publicaciones francesas.

Las autoridades públicas, a través de los ministerios de Instrucción Pública y Asuntos Exteriores, muestran su interés por la egiptología y, en general, por el orientalismo mediante su participación en misiones arqueológicas de campo y mediante reformas introducidas hacia 1925 en la enseñanza superior. De hecho, en esta fecha, Jacques Cavalier sucede a Alfred Coville en la dirección de la Enseñanza Superior y hace más accesible la arqueología a un buen número de estudiantes,[97] posibilitando intercambios más estrechos entre medios clásicos y orientalistas. Las instituciones empezaban a responder a la preocupación de los arqueólogos como L. Heuzey, S. Reinach o E. Pottier de establecer «comparaciones [...] entre civilizaciones del mundo grecorromano y del mundo oriental»[98] y tender puentes entre especialidades.

---

96 Cf. H. Laurens, *Le Royaume impossible. La France et la genèse du monde arabe*, París, Armand Collin, 1990.

97 Cf. P. Jouguet, *Mélanges Maspero*, I, *Orient ancien*, prefacio, París, 1935.

98 E. Pottier, carta del 27 de octubre de 1933, publicada en *Mélanges Maspero*, I, *Orient ancien*, 2.º fasc., París, 1935.

También es de subrayar la participación activa del Museo del Louvre en los trabajos de arqueología de campo. G. Bénédite estrena la colaboración del Louvre con el IFAO en los campos de trabajo, a los que el museo proporciona un marco y recursos financieros. En la misma época, otro conservador del Louvre, René Dussaud, desempeña una función primordial en el desarrollo de la arqueología de Oriente Próximo. El interés de Francia por Egipto y los países de Oriente Próximo se manifiesta en la movilización de todas las instituciones que pueden favorecer los avances de la arqueología

El «modelo egipcio» se reproduce en los países dominados por Francia: Marruecos, Siria y el Líbano, donde, en 1920, se organizan los servicios de antigüedades.

### 7.1.1.3. La Escuela Francesa de Roma

Mientras que en el Mediterráneo oriental las escuelas francesas instaladas en Atenas y El Cairo profundizan en su vocación, la escuela que Albert Dumont instaló en el palacio Farnesio en 1873 abre un periodo decisivo de su historia: se decanta definitivamente por África del Norte. Esta evolución, anunciada antes de 1914, se acelera en los años que separan las dos guerras mundiales.

Al igual que la Escuela de Atenas aspiraba a ampliar sus intervenciones al conjunto de la cuenca oriental del Mediterráneo, la de Roma albergaba ambiciones parecidas en el Mediterráneo central desde principios de nuestro siglo y, proyectándose en África del Norte, favorecía la estancia de sus miembros en Argel y Túnez. Después de 1918, estas relaciones ya estrechas se oficializarán e institucionalizarán y el norte de África se convertirá enseguida en «feudo» de los farnesios.

La península ibérica, otro paraíso para la arqueología romana, no entrará en cambio en la órbita de la Escuela de Roma: desde finales del siglo XIX, capta la atención de L. Heuzey, que envía a los helenistas P. Paris y A. Engel, para que estudien las manifestaciones del arte indígena. A partir de este momento, son los helenistas instalados en Burdeos los que despliegan su actividad en España y consiguen en 1928 la fundación de la Casa de Velázquez. La nueva escuela, implantada en Madrid, adquiere una

organización autónoma y la institución romana no puede aspirar a hacer de España su campo de acción. De hecho, muy pocos «romanos» optarán por llevar a cabo sus investigaciones en la península ibérica, ya que el norte de África y Francia les ofrecían una carrera más larga.

Esta necesidad de «expansión» de la Escuela de Roma en el Mediterráneo se explica por la situación que vive en Italia. Las posibilidades de ejercer allí investigaciones de campo, abrir campos de trabajo e incluso estudiar series importantes de objetos en los museos y almacenes fueron siempre muy limitadas y después de 1914 siguen siéndolo: los únicos que pueden organizar excavaciones de cierta envergadura antes de la primera guerra mundial son S. Gsell en Vulci y A. Grenier en Bolonia.

«Menos favorecida que su antecesora que vive si quiere, del terreno, del suelo, de las ruinas, la Escuela de Roma casi nunca disfrutó del derecho de ver las excavaciones metódicamente organizadas por el gobierno italiano».[99]

El periodo de entreguerras corresponde para la arqueología italiana a una fase de brillante expansión de las investigaciones, a las que el estado fascista concede importantes subvenciones tanto para los trabajos en Italia como para la arqueología mediterránea, muy ligada a las miras imperialistas del reino italiano, convertido en imperio en 1936.

Charles Picard lamenta en 1943 que «la prehistoria y protohistoria latinas, tan apasionantes quizá como lo fuera la época de los prehelénicos "minoicos" y "micénicos" en Grecia y en el Mediterráneo oriental»[100] no se hayan estudiado tanto y con tanta profundidad como en Grecia. Pero la prehistoria es en Italia un campo que, desde 1860, recibió su organización definitiva gracias a la actividad enérgica de Luigi Pigorini.[101] Éste fundó el *Bulletino di Paletnologia italiana* en 1875, consiguió que se crease el Museo Nacional Prehistórico y Etnográfico

99 C. Picard, «L'Occident étrusco-latin», *La Science française*, t. II, *Archéologie méditerranéenne*, p. 182, ed. con M. Collignon y R. Lantier, París, 1943.

100 C. Picard, «Vingt années d'études sur les arts de l'Italie antique», *Revue d'études latines*, 1943, p. 509.

101 Luigi Pigorini (1842-1925): director general de museos y excavaciones arqueológicas, profesor de la Universidad de Roma en la primera cátedra de prehistoria creada en Italia.

que más adelante llevará su nombre y en 1877 inauguró la cátedra de paleoetnología de la Universidad de Roma. El francés Gabriel de Mortillet contribuyó al desarrollo de la disciplina en Italia, mediante su colaboración con Bartolomeo Gastaldi[102] y Édouard Desor[103] en el yacimiento de Mercurago, y a la organización en La Spezia, en 1865, de un primer congreso de arqueología y antropología prehistóricas. El prehistoriador Raymond Vaufrey examina el paleolítico italiano[104] y continúa por el camino abierto por su compatriota, pero es el único, y la participación francesa en el estudio de la prehistoria italiana resulta muy modesta.

Las investigaciones sobre la protohistoria itálica y la etruscología, que disfrutan de una ya larga tradición y se vieron favorecidas por la conquista de la unidad italiana, se intensifican aún más a partir de 1920. Las superintendencias arqueológicas implantadas en cada región organizan los trabajos de excavación y cuidan el patrimonio. La etruscología recibe un programa absolutamente ejemplar: Florencia se convierte en el centro de las investigaciones, tras la celebración en 1926 del congreso nacional, y en 1928 del primer congreso internacional de estudios etruscológicos e itálicos. En este intervalo se constituye el Comité Permanente para Etruria, y los *Studi Etruschi* se publican regularmente a partir de 1928 y ofrecen la documentación sobre excavaciones, crónicas y bibliografías analíticas detalladas.

En 1932, por otra parte, nace el Instituto de Estudios Etruscos e Itálicos.[105] La exploración arqueológica, tras realizarse sobre todo en las necrópolis de las principales ciudades, como Vulci y Caere,[106] llega a los

---

102 Bartolomeo Gastaldi (1818-1879): excava el hábitat palafítico de Mercurago, cerca de Novara, y organiza el primer museo de prehistoria en Turín.

103 Édouard Desor (1821-1881): prehistoriador suizo, profesor en Neuchâtel. Sobre la historia de la prehistoria italiana, cf. A. Guidi, *Storia della paletnologia*, Roma, Editori Laterza, 1988.

104 Raymond Vaufrey (1880-1967): director del laboratorio de paleontología del Cuaternario en el Instituto de Paleontología Humana, director de investigaciones en el CNRS y finalmente director del Instituto de Paleontología Humana; «Le Paléolithique italien», *Archives de l'Institut de paléontologie humaine*, París, 1928.

105 A. Minto, «Il mondo archeologico dell'Etruria e l'Instituto di studi etruschi ed Italia», *Atti dell'Accademia Fiorentina di Scienze Morali «La Colombaria»*, 1950.

106 Raniero Mengarelli emprende su excavación de manera regular a principios del siglo XX.

santuarios y los centros urbanos: los descubrimientos de Veyes,[107] Tarquinia,[108] Marzabotto[109] y Spina[110] tienen una resonancia enorme.

Los manuales dedicados a Etruria se multiplican y se los debemos sobre todo a los eruditos italianos.[111] A pesar de que Francia fue una de las cunas de la etruscología,[112] los miembros de la Escuela Francesa de Roma después de 1914 no tienen ninguna posibilidad de retomar las excavaciones emprendidas por S. Gsell o A. Grenier. Aquellos que se sienten atraídos por la etruscología elaboran monografías, bien sobre divinidades, como Jean Bayet,[113] que redactó una sobre Hercle, el Heracles etrusco, o Jacques Heurgon, sobre Voltur;[114] o bien sobre ciudades, como A. Grenier, acerca de Bolonia, o J. Heurgon, sobre Capua. Los jóvenes italianos siguie-

---

107 E. Gabrici comienza las excavaciones en 1914. G. Q. Giglioli y E. Stefani las retoman hasta 1921. M. Pallotino les sucede en 1939-1940 y M. Santangelo realiza los trabajos de 1944 a 1949. El descubrimiento del templo de Apolo y del grupo extraordinario de estatuas en barro cocido se completó con el de un santuario arcaico. Cf. F. Delpino, «Massimo Pallottino a Veio»: G. Bartoloni, *Le Necropoli arcaiche di Veio*, Roma, 1997, pp. 19-26.

108 Las excavaciones de P. Romanelli en Tarquinia descubren el gran templo de época helenística del Ara della Regina. M. Pallotino dedica una importante monografía a la ciudad de Tarquinia.

109 La ciudad de Marzabotto, al sur de Bolonia, descubierta y explorada desde mediados del siglo XIX por el conde G. Aria, disfrutó hasta nuestros días de excavaciones regulares y ejemplares, que hacen de este centro el hábitat etrusco más famoso. G. Sassatelli, *La Città etrusca di Marzabotto,* Casalecchio di Reno, 1989.

110 Antiguamente al borde del Adriático, la ciudad de Spina se encontró envuelta en un brazo de tierra de la laguna que lleva su nombre, en una de las ramas sur del delta del Po. La ciudad fue descubierta y excavada desde 1922. N. Alfieri, *Spina. Museo Archeologico nazionale di Ferrara*, Ferrara, 1979.

111 P. Ducati, *L'Etruria antica*, 1927, y *Storia del arte antica*, 1927; G. Q. Giglioli, *L'Arte etrusca*, Milán, 1935: M. Pallottino, *Gli Etruschi*, 1939, y sobre todo su *Etruscologia*, 1942, que constituye la referencia obligada, fue traducida a ocho lenguas y se editó por séptima vez en 1984.

112 Nicolas Fréret (1688-1749) defendió el origen nórdico de los etruscos. El conde de Caylus (1692-1765), en su *Recueil d'antiquités égyptiennes, étrusques, grecques...,* 1752-1767, publica numerosos objetos etruscos, incluidas piezas de interés puramente científico, como un cántaro de *bucchero*, que es uno de los primeros en considerar como documento arqueológico (lám. XXXIII). El siglo XIX está marcado, entre otros trabajos fundamentales, por los de Jules Martha, *L'Art étrusque*, París, 1889, Stéphane Gsell, *Fouilles dans la nécropole de Vulci*, 1891, y Albert Grenier, *Bologne villanovienne et étrusque, VIII^e^-IV^e^ siècle avant notre ère,* París, 1912.

113 Jean Bayet (1892-1969): profesor de la Universidad de Rouen y de París, director de la Escuela Francesa de Roma (1952-1960).

114 Jacques Heurgon (1903-1995): profesor de las universidades de Argel, Lille y París.

ron el mismo camino, como Ranuccio Bianchi-Bandinelli, con su estudio de Chiusi y Sovana[115] o Massimo Pallottino (1909-1995) sobre Tarquinia.

Tras la segunda guerra mundial, la situación evoluciona ya que A. Grenier, director de la Escuela Francesa, obtiene de R. Bianchi-Bandinelli, arqueólogo y director general de Antigüedades y Bellas Artes, la concesión del yacimiento de Bolsena. El campo de trabajo, dirigido hasta 1962 por Raymond Bloch (1814-1997), ofrecerá a los miembros de la Escuela de Roma la ocasión de formarse en arqueología de campo.

Con cierto retraso respecto a la Italia septentrional, el sur de la península y Sicilia ven como a principios de nuestro siglo, y especialmente después de 1914, se multiplican las iniciativas oficiales y privadas para el estudio de civilizaciones indígenas y del pasado helénico de estas regiones. El impulso decisivo lo da en Sicilia y Calabria Paolo Orsi (1859-1935) que, entre muchos otros trabajos, establece la clasificación cronológica de materiales prehistóricos de Sicilia y Cerdeña, y funda junto con Umberto Zanotti Bianco (1889-1963) la Asociación Nacional por los Intereses del Sur para activar la investigación de los restos arqueológicos.[116] En 1920 se constituye la Sociedad Magna Grecia con el fin exclusivo de desarrollar la arqueología en Italia meridional: bajo su égida se abren numerosos campos de trabajo, entre los que se encuentra el del Heraion de Silaris, y se organizan congresos: todos estos trabajos dan lugar a publicaciones. En 1925, se pone en funcionamiento la superintendencia de antigüedades de Calabria.

La Escuela Francesa de Roma participa en el desarrollo de la arqueología meridional con la monografía de Pierre Wuilleumier (1904-1979) dedicada a Tarento y las investigaciones de Jean Bérard (1908-1957) sobre *La Colonisation grecque de l'Italie et de la Sicile*. A partir de 1949, A. Grenier consigue la concesión del yacimiento de Mégara Hiblea; la dirección de los trabajos se asigna a François Villard,[117] que elabora un programa de exploración sistemática de la ciudad. Utiliza un método poco común en aquella época: realiza sondeos estratigráficos previos y da preferencia al

---

115 Ranuccio Bianchi-Bandinelli (1900-1975): director general de Antigüedades y Bellas Artes de 1945 a 1948, redactor jefe de la *Enciclopedia dell'arte classica ed orientale*.

116 Cf. *Paolo Orsi e l'archeologia del'900*, Nápoles, 1991.

117 François Villard, nacido en 1924, profesor de la Universidad de París, conservador del Museo del Louvre de 1977 a 1983.

estudio del material, sobre todo de la cerámica, con vistas a reconstruir no solamente la vida diaria de los habitantes sino también las relaciones entre la metrópoli y las colonias, así como entre colonia y mundo indígena. Georges Vallet,[118] miembro también de la Escuela de Roma, dedica a la ciudad calcidiana de Reggio una monografía y se asocia con F. Villard para explorar Mégara.

En Roma, durante los años en los que Benito Mussolini se esfuerza por adornar su régimen con la gloria de la ciudad antigua, se pone en marcha un intenso programa de valorización del patrimonio arqueológico: se acondicionan los foros imperiales a costa de muchas destrucciones y del traslado expeditivo de barrios enteros del centro de la ciudad. Se restaura el mausoleo de Augusto y se pone de manifiesto su valor con un gran espacio público. En 1937, el segundo milenio del primer emperador romano da pie a manifestaciones grandiosas: en el marco de la Mostra Augustea della Romanità se organiza la reconstrución del Ara Pacis, a orillas del Tíber, con los fragmentos extraídos del subsuelo del palacio Ottoboni-Fiano, reunidos en los de los museos de Termas y de Oficios en Florencia. Las ruinas de Ostia se limpian también de 1938 a 1942. Asimismo se realizan otras empresas de gran envergadura, como la desecación del lago de Nemi que permite descubrir dos grandes navíos del Alto Imperio.

En cuanto a los miembros de la Escuela Francesa de Roma, aunque no pueden participar en la exploración arqueológica, redactan entre 1925 y 1930 obras de síntesis sobre la historia y la civilización romanas.[119] De regreso a Francia, tras su estancia en Roma, serán cada vez más los que se dediquen a la arqueología metropolitana.

En esta época, en Francia, la arqueología de campo está en manos de una mayoría de aficionados. Desde 1831, la Sociedad Francesa de Arqueología fundada por Arcisse de Caumont desempeñaba un papel incitador y aglutinador esencial y en 1904 encontró el refuerzo de la Sociedad Francesa de Excavaciones Arqueológicas presidida por Ernest Babelon, conser-

---

118 Georges Vallet (1922-1994): profesor de la Facultad de Letras de Clermont-Ferrand, y luego de París X-Nanterre, director de la Escuela Francesa de Roma de 1970 a 1983.

119 Como A. Grenier, *Le Génie romain*, París, 1925; J. Toutain, *L'Économie antique*, París, 1927; L. Homo, *L'Empire romain*, París, 1925, y *La Civilisation romaine*, París, 1930; A. Piganiol, *La Conquête romaine*, París, 1927; E. Albertini, *L'Empire romain*, París, 1929; J. Carcopino, *Tite-Live*, tomo II de *L'Histoire romaine*, París, 1930.

vador del Gabinete de Medallas, que subvenciona numerosos campos de trabajo en Francia y el extranjero. Estas dos sociedades están formadas por aficionados y mecenas, pero también incluyen representantes oficiales de la arqueología.

La celebración en 1934 del centenario del Servicio de Monumentos Históricos y de la Sociedad Francesa de Arqueología ofrecen a Albert Grenier y Raymond Lantier, antiguo miembro de la Escuela de Roma y profesor en Estrasburgo, y miembro de la Casa de Velázquez y conservador del Museo de Antigüedades Nacionales de Saint-Germain-en-Laye respectivamente, la ocasión de hacer un balance de la arqueología metropolitana. Se ven obligados a reconocer el retraso que Francia ha acumulado en materia de organización y legislación arqueológica. Habrá que esperar hasta 1939 para que la situación se remedie con la creación del CNRS y la XV Comisión para las «Fouilles archéologiques en France métropolitaine».

Sin embargo, justo después de la primera guerra mundial, la influencia de los antiguos miembros de la Escuela Francesa de Roma que han vuelto a Francia será crucial para las reformas previstas para la arqueología metropolitana, que se harán realidad en 1942. La actividad continua de Camille Jullian a favor de la arqueología prehistórica, celta y galorromana da sus frutos y se multiplican las intervenciones de arqueólogos profesionales sobre el terreno. Es entonces cuando Jules Toutain, antiguo miembro de la Escuela de Roma, emprende excavaciones en Alesia en 1920, o Pierre Wuilleumier, farnesio también, explora la colina de Fourvière en Lyon: Michel Clerc, antiguo miembro de la Escuela de Atenas y director del Museo de Arqueología de Marsella, publica en 1927-1928 su *Histoire de Marseille*, fruto de una paciente exploración de campo efectuada a partir de 1905.

En esta iniciativa de hacer que los estudiantes franceses se encarguen de la arqueología metropolitana, C. Jullian supo ganarse el apoyo de A. Grenier, miembro de la Escuela Francesa de Roma, que antes de su estancia en Roma dedicó su memoria de la Escuela Práctica de Estudios Superiores a las *Habitations gauloises et villas latines dans la cité des Médiomatrices*.[120] En 1919, se crea para él la cátedra de antigüedades galorromanas y renanas en

120 A. Grenier, *Habitations gauloises et Villas latines dans la cité des Médiomatrices. Étude sur le développement de la civilisation gallo-romaine dans une province gauloise*, París, 1906.

Estrasburgo. En ese momento sigue el ejemplo y los consejos de C. Jullian, redactor desde 1916 de las *Notes gallo-romaines* en la *Revue des études anciennes*: Grenier estudia y publica las *Villas gallo-romaines de Lorraine*[121] y se embarca en la continuación del *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine*[122] que Joseph Déchelette, muerto en el frente en 1914, no pudo terminar. C. Jullian, en su prefacio al primer volumen, describe a su discípulo como el que, después de su propia desaparición en 1933, tomará el relevo para ilustrar la arqueología metropolitana.

A. Grenier abarca la historia de la Galia desde la transición entre edad de bronce y edad de hierro hasta el final de la civilización romana. Ve colmada su ambición de formar a discípulos al ser elegido para ocupar la cátedra que C. Jullian dejó vacante en el Colegio de Francia, y con la creación de una dirección de estudios, «Antiquités de la Gaule celtique et romaine», en la Escuela Práctica de Estudios Superiores. Al publicar en 1942 la revista *Gallia*, Grenier proporciona a la arqueología metropolitana un órgano regular en el que se recogen los documentos e informaciones relativas a las investigaciones llevadas a cabo en Francia sobre el periodo galorromano. Participa en gran medida en la elaboración de las «leyes Carcopino», y su conocimiento profundo de la organización de la arqueología italiana le permite organizar la arqueología en el territorio francés.

A partir de 1914, tras la puesta en marcha de servicios de antigüedades en las regiones, la participación en la arqueología metropolitana de arqueólogos profesionales, en su mayoría antiguos miembros de las escuelas francesas de Atenas, Roma o Madrid, aumenta considerablemente en detrimento de la actividad de los arqueólogos aficionados: por ejemplo, la XV Comisión del CNRS envía a Ensérune, excavada por el abad Cigal, a Charles Picard, Raymond Lantier y François Chamoux, antiguos miembros de las escuelas de Roma, Madrid y Atenas, para participar en los trabajos. Raymond Lantier retoma, por otra parte, la obra emprendida por el coronel Émile Espérandieu[123] y completa el *Recueil général des bas-reliefs, statues et bustes de la Gaule romaine*.

---

121 En 1921.

122 Cf. A. Grenier, *Manuel d'archéologie gallo-romaine*, París, Éd. A. Picard, 1931.

123 Comandante Émile Espérandieu (1857-1939): oficial y arqueólogo francés, director de la *Revue épigraphique*, conservador de los monumentos y museos de Nîmes; *Recueil général des bas-reliefs, statues et bustes de la Gaule romaine*, 11 vols., París, 1907-1938. Raymond Lantier añade cuatro volúmenes de 1947 a 1966.

Pero aunque la Escuela Francesa de Roma desempeña un papel importante en la organización del despegue de la arqueología en Francia al integrar a sus miembros en los marcos nacionales, es sin lugar a dudas en el norte de África donde puede desplegar toda su actividad.

De hecho, los instigadores de las profundas reformas realizadas en Francia entre 1920 y 1940, los Grenier, Carcopino, Albertini, Lantier, han pasado todos por Argel o Túnez, y apreciaron las ventajas de una reglamentación de los trabajos arqueológicos, aplicada por los servicios de antigüedades implantados en África del Norte mucho antes de que se adoptasen disposiciones similares en Francia.

África del Norte, que hasta poco antes de estallar la primera guerra mundial era escenario de la hegemonía francesa que goza de un cuasimonopolio, acoge desde finales del siglo XIX a los miembros de la Escuela Francesa de Roma.

Es un romano, René du Coudray La Blanchère, quien organiza en Túnez el Servicio de Antigüedades y Artes en 1885, y otro romano, Jules Toutain, quien le sucede en 1890. S. Gsell, elegido en la Escuela Superior de Letras de Argel tras su estancia en Roma, dirige el Museo de Antigüedades Argelinas y en 1902 crea la Inspección de Antigüedades.

La tradición de la «estancia en África» de los miembros de la Escuela de Roma nace con Auguste Audollent, que en 1889 es el primer «romano» que cumple una misión en Argelia. Los lazos entre la escuela romana y los países de la costa africana se ven reforzados con un acuerdo oficial celebrado en 1923 con la Dirección de Antigüedades de Argelia.[124]

Tras la primera guerra mundial, la arqueología francesa recibe un empuje inédito en todos los países de África del Norte sometidos a su autoridad: Argelia, Túnez y Marruecos. La larga tradición instaurada bajo el Segundo Imperio por L. Renier y la dinámica actividad de la Escuela de Roma no son los únicos factores de tamaño desarrollo.

La situación internacional en el Mediterráneo después de 1918 explica por qué los políticos se interesan tanto por la arqueología: de Marruecos

---

124 Cf. J. Carcopino, «L'archéologie nord-africaine», *Hommes et Mondes*, oct. de 1948, pp. 261-280, y nov. de 1948, pp. 441-459.

a Siria y al Líbano, pasando por Egipto, los servicios de antigüedades y los trabajos que dirigen reafirman la presencia de Francia, preocupada por desarrollar su actividad cultural para doblegar las relaciones de fuerza con las otras grandes potencias.

De hecho, la situación hegemónica de que gozaba Francia en África del Norte antes de 1914 queda comprometida por Italia, que ocupa Libia y ejerce una gran influencia en Túnez; en Marruecos, España trata de afirmar su presencia a través de las plazas fuertes de Ceuta y Melilla.

En 1880, cuando Francia conquista Túnez, a Italia le preocupa mucho ver el Mediterráneo central y occidental sometido exclusivamente a Francia. El nuevo reino italiano emprende iniciativas atrevidas tanto en Oriente como en Occidente: las empresas arqueológicas de Federico Halbherr en Creta y Libia forman parte de las perspectivas de hacer frente a la presencia francesa, desarrollando zonas de influencia italiana.

Desde 1903, Halbherr subrayó el interés de realizar excavaciones en Cirene, pero será en 1910, un año antes del desembarco militar en Libia, mientras se implanta en Cirene una misión americana dirigida por Richard Norton, cuando F. Halbherr, que está a disposición del Ministerio de Asuntos Exteriores, obtenga el permiso para acudir allí y elaborar un proyecto de instituto italiano para la exploración del sector central de África del Norte.[125]

En 1913, tan sólo dos años después de la toma de Trípoli y Bengasi por los italianos, se organizan las superintendencias de antigüedades de Tripolitana y Cirenaica, que, a partir de 1913, abren los campos de trabajo de Trípoli y Cirene y ponen en marcha un programa de exploración científica del país: las excavaciones en los grandes yacimientos se amplían en Leptis Magna en 1920 y Sabratha en 1921, mientras la misión americana de Richard Norton interrumpe definitivamente sus trabajos en Cirene.

En el Mediterráneo occidental, Italia no es la única potencia que controla el expansionismo francés: Gran Bretaña y Alemania afirman cada vez

---

125 V. La Rosa (dir.), *L'Archeologia italiana nel Mediterraneo fino alla seconda guerra mondiale, op. cit.*, especialmente M. Petricioli, «Le Missioni archeologiche italiane nei paesi del Mediterraneo: uno strumento di politica internazionale», pp. 9-31, y A. di Vita, «Tripolitania et Cirenaica nel carteggio Halbherr: tra politica e archeologia», pp. 73-92.

con más fuerza sus pretensiones en África occidental y Francia hace de España su aliada para conseguir en 1912 que las potencias europeas reconozcan su protectorado en Marruecos.

En vísperas de la primera guerra mundial, el reino jerifiano queda bajo la doble tutela de Francia y España, a la que corresponden el Rif, región interior de sus posesiones, Ceuta y Melilla, y los enclaves de Ifni y Tarfaya. El protectorado francés en Marruecos era el resultado de la Entente Cordial, firmada con Gran Bretaña en 1904: las dos potencias coloniales reconocieron sus respectivas prerrogativas en Egipto y Marruecos y se comprometieron a no perjudicarse la una a la otra.

En 1914 y 1916, en plena guerra, se inicia la exploración arqueológica de la mezquita de Hasán en Rabat y las ruinas romanas de Volubilis, en respuesta a la voluntad política de ilustrar la actividad francesa en un país musulmán y aportar argumentos en la negociación con las grandes potencias europeas para el reparto del botín otomano en Oriente Próximo.

El protectorado, tal como se ejerce en Túnez y Marruecos, proporciona un modelo que Francia piensa reproducir en Oriente Próximo. La política arqueológica implantada en África del Norte constituye uno de los elementos más poderosas de la estrategia francesa en la lucha de influencias entablada entre las potencias europeas en el Mediterráneo y en Oriente Próximo. Argelia, Túnez y Egipto ofrecen a Oriente Próximo el ejemplo de organización de la arqueología. El Servicio de Antigüedades de Siria, creado en 1920, reproduce instituciones equivalentes a las de Egipto, Túnez y Argelia.

África del Norte constituye un auténtico laboratorio de ensayos cuyas experiencias encuentran su aplicación en la propia Francia, ya que las leyes Carcopino de 1941 y 1942 proveen a la metrópoli de una administración inspirada en la que ya funciona en Túnez, Argelia y Marruecos.

Mientras que en Argelia, a partir de 1880, el Servicio de Monumentos Históricos garantiza la gestión del patrimonio arqueológico a través de representantes oficiales, es en 1885 cuando se organiza en Túnez el primer Servicio de Antigüedades de África del Norte. Tras la primera guerra mundial, se dota a Marruecos y Argelia de instituciones similares: en 1920 se pone en marcha el Servicio Arqueológico del gobierno jerifiano y, en 1923, mientras el Servicio de Antigüedades representado en Argel se desprende definitivamente de París, se crea una Dirección de Antigüedades

con sede en el museo Mustafá y se firma un acuerdo de colaboración con la Escuela Francesa de Roma.[126]

Esta creación pone fin a la competencia entre el Servicio de Monumentos Históricos y la Inspección de Antigüedades instaurada en 1902, a instigación de S. Gsell. En 1923, el Servicio de Antigüedades adquiere autonomía administrativa y un presupuesto propio.[127]

En Túnez, el Servicio de Antigüedades y Artes de la Regencia no tiene que imponerse ante la competencia de una institución y disfruta, en cambio, de la ayuda de órganos complementarios: Inspección de Excavaciones y Oficina de Arquitectura. La actividad de los arqueólogos oficiales se ve apoyada y ampliada por muchos aficionados, como los célebres padres Delattre, doctor Carton o Charles Saumagne.

Las leyes sobre las antigüedades, aprobadas en 1920 para Túnez y en 1925 para Argelia, anuncian las que se elaboran para Francia en 1941-1942. La ley tunecina, promulgada por decreto del 8 de enero de 1920, fija el estatuto de la propiedad y la conservación de antigüedades, determina las modalidades de clasificación de los monumentos históricos y aborda la cuestión de las excavaciones arqueológicas. Las restricciones impuestas a los derechos privados son estrictas, ya que ruinas y monumentos y los objetos descubiertos o por descubrir son propiedad del Estado y no puede efectuarse ninguna excavación sin la autorización del Servicio de Antigüedades, ni siquiera como propiedad privada.[128]

En Argelia, el decreto del 14 de septiembre de 1925 hace aplicable la ley de 31 de diciembre de 1913 sobre monumentos históricos. Al igual que en la metrópoli, las sociedades eruditas y los aficionados, al temer que se pusiese un cerco a sus oportunidades de investigación, se opusieron a la aprobación de esta ley, aunque Eugène Albertini subraya que la finalidad de la misma no es limitar su actividad, indispensable para el conocimiento del patrimonio arqueológico.

---

126 Cf. A. Grenier, «Notice sur la vie et les travaux d'E. Albertini», Institut de France, 1945, t. 115, n. 1.

127 Cf. J. Carcopino, «L'archéologie nord-africaine», *op. cit*.

128 Para una comparación de la legislación argelina y tunecina, cf. E. Albertini, «La réglementation nouvelle des monuments historiques en Algérie», *Société de géographie et d'archéologie d'Oran*, 1926.

Las sociedades eruditas en Argelia son muchas y antiguas y poseen órganos periódicos para la difusión de sus trabajos. Las más antiguas son las de Constantina, Hipona y Orán e incluso la Sociedad Histórica Argelina.[129]

Los servicios oficiales se dotan de periódicos y colecciones que informan de los trabajos e investigaciones emprendidas: la Dirección de Antigüedades y Artes de Túnez publica a partir de 1908 sus *Notes et Documents* y el Servicio Arqueológico del gobierno jerifiano crea en 1936 un *Bulletin d'archéologie marocaine*. En la metrópoli, el *Bulletin archéologique* del Comité de Trabajos Históricos y Científicos y el *Bulletin* de la Sociedad Nacional de Anticuarios de Francia se hacen eco de los trabajos llevados a cabo en África del Norte.

En 1925, Argelia, Túnez y Marruecos disfrutan de una compleja organización para la salvaguardia y exploración del patrimonio arqueológico en la que los «africanos» Eugène Albertini, Raymond Lantier y Jérôme Carcopino se inspirarán para paliar la ausencia de legislación arqueológica en la metrópoli.

Mientras se negocia el reparto de Oriente Próximo, y Francia y Gran Bretaña establecen su protectorado en Siria y el Líbano y en Palestina e Iraq respectivamente, el desarrollo de la arqueología se ve impulsado por los políticos, que ven ahí un modo de reforzar el peso internacional de Francia al aportar un modelo de acción cultural en los países árabes.

La opinión pública francesa reclama asimismo la intensificación de los trabajos en África del Norte, tal como demuestra la campaña de prensa lanzada en 1920 en el *Journal des débats*.[130] Se lamenta la insuficiencia de medios concedidos al Servicio de Antigüedades de Túnez y se solicita equipararlo al modelo egipcio. Los restos arqueológicos se consideran como los testigos «de una civilización de la que somos herederos», al igual que «nuestros títulos de nobleza y nuestros derechos de primeros ocupantes».

---

129 Para una historia de la arqueología en África del Norte, cf. los primeros capítulos de P. A. Février, *Approches du Maghreb romain*, 2 vols., Aix-en-Provence, Édisud, 1989.

130 Un tal Louis Bertrand es el autor de una «Lettre ouverte à M. le Ministre de l'Instruction publique pour les ruines antiques de l'Afrique du Nord», publicada en el *Journal des débats* del 2 de junio de 1920. S. Reinach le responde con el artículo «La conservation des monuments de l'Afrique française», en la *Revue archéologique* de julio-diciembre de 1920, pp. 126-128.

Este concepto muy colonialista del patrimonio arqueológico no es el que promovía S. Gsell en su administración de las antigüedades de Argelia, ni el del general Lyautey, alto comisionado en Marruecos de 1912 a 1925: uno y otro prestan especial atención a las civilizaciones romana o musulmana. El primero, a la cabeza del Museo de Argel, donde desarrolla las colecciones de arte musulmán; el segundo decide excavar la mezquita de Hasán en Rabat y, a la vez, abrir el campo de trabajo de Volubilis.[131]

Después de 1918, los trabajos arqueológicos que la guerra no había interrumpido experimentan una clara aceleración en los tres países del Magreb. En Argelia y Túnez, la actividad arqueológica continúa por los caminos abiertos antes de 1914, pero emprende también nuevos caminos.

De hecho, la prehistoria recibe un impulso mayor en África del Norte gracias a los trabajos de Maurice Reygasse,[132] el abad Breuil[133] y Hugo Obermaier.[134] Se abren secciones de etnografía y prehistoria en el museo de Argel a iniciativa de E. Albertini,[135] antiguo miembro del Instituto Francés de España y, desde 1923, director de antigüedades. Fomenta la creación del *Bulletin des antiquités africaines*, cuyo primer número data de 1925. En la misma época se crea un laboratorio de antropología y arqueología prehistórica en el Museo de Bardo en Túnez, cuya dirección se confía a Lionel Balout.[136]

En Argelia y Túnez, en los campos de trabajo abiertos antes de 1914, continúa la actividad pero con perspectivas nuevas: se concede mayor importancia a la topografía y se intenta establecer el plano de las ciudades antiguas y comprender la ordenación del territorio urbano y rural.

---

131 La limpieza de la mezquita de Hasán de Rabat comienza el 1 de octubre de 1914 bajo la dirección de Jane y Marcel Dieulafoy. A petición del general Lyautey, ambos visitan Volubilis para trazar las grandes líneas de futuras excavaciones. El campo de trabajo de Volubilis se abrirá en 1916 bajo la dirección de Louis Chatelain.

132 Maurice Reygasse, «Nouvelles études de palethnologie maghrébine», *Recueil de notices et mémoires de la Société archéologique de Constantine*, 1921 y 1922.

133 Henri Breuil (1877-1961), *L'Afrique préhistorique*, Cahiers d'art, 1930.

134 H. Obermaier, «Le Paléolithique de l'Afrique Mineure», *Revue archéologique*, 1930, p. 253 ss.

135 Eugène Albertini (1880-1941): director de las colecciones de antigüedades del Museo de Argel y director del Servicio de Antigüedades a partir de 1923.

136 Lionel Balout (1907-1992): profesor del Instituto de Paleontología Humana, del que será director de 1973 a 1981.

Así es como se pudo trazar el plano de Cartago, se desescombraron sistemáticamente ciudades como Thugga, Thuburbo Maius o Gighti en Túnez o, en Argelia, Timgad, Djemila, Lambèse, Tipasa, Mdauruch o Annuna, ciudades todas ellas que ofrecen ejemplos de urbanismo romano en África.[137] Gracias a las campañas sistemáticas de prospección, se estudia asimismo la ocupación territorial del Kef en Túnez. En Argelia, se dibuja y describe la línea del *limes*. Para las investigaciones realizadas en territorios tan vastos, se recurre a métodos tan novedosos como la fotografía aérea.

Mientras, las ciudades antiguas de Túnez y Argelia disfrutan de los trabajos de arqueólogos tanto profesionales como aficionados, vinculados a los servicios de antigüedades, Cartago echa mano del mismo tipo de colaboración para esclarecer su topografía: de este modo, la arqueología púnica recibe un impulso crucial.

Las necrópolis captan sobre todo los esfuerzos conjugados del padre Delattre, que las explora a la vez que las basílicas cristianas, y la Dirección de Antigüedades y Artes, que se halla bajo la responsabilidad de Alfred Merlin (1876-1965), ayudado por Louis Poinssot (1879-1967), que le sucede en 1920. Sus trabajos pretenden ser «un intento de reconstitución topográfica»[138] de las sucesivas ciudades y permiten descubrir nuevas necrópolis y santuarios, que constituyen «un cinturón sagrado de los lugares de culto».[139]

El más importante de estos santuarios es el que corresponde a lo que se denomina el *tofet* de Cartago, cerca de la estación de Douar-Chott, en el yacimiento llamado de «Salambó». Un descubrimiento fortuito saca a la luz en 1921 unas estelas de caliza, entre las que se encuentra la famosa representación de un sacerdote de pie y de perfil que lleva en su brazo derecho a un niño pequeño.[140] Los trabajos que organiza de inmediato la Dirección de Antigüedades en este santuario descubrirán un recinto sagrado, en el que se superponen cuatro filas de urnas con huesos calcinados de

137 Cf. R. Lantier, «Les grands champs de fouilles de l'Afrique du Nord. 1915-1930», *Archäologischer Anzeiger*, 1931, pp. 462-575.
138 *Ibidem*, p. 471.
139 *Ibidem*, p. 479.
140 A. Beschaouch, *La Légende de Carthage*, París, Gallimard (Découvertes), 1993.

niños recién nacidos y, marcando el lugar del depósito, estelas votivas de piedra, inscritas en su mayoría, que enriquecen considerablemente el corpus de inscripciones de Cartago. El yacimiento presenta una estratigrafía de cerca de tres metros de alto que corresponde a disposiciones escalonadas de finales del siglo VIII a. C. hasta la toma de la ciudad por Roma en 146 a. C.

Enseguida se pensó en el ritual semítico Molk de niños sacrificados que Flaubert describió de modo sobrecogedor en *Salammbô*. El debate que se abre en 1922 con este descubrimiento todavía no ha concluido, ya que aun hoy existen opiniones diversas: algunos arqueólogos, historiadores o filólogos están convencidos de que los sacrificios de niños se practicaban regularmente en Cartago, mientras que otros sencillamente consideran el *tofet* como la necrópolis reservada a los niños fallecidos a una edad temprana.

En 1945, Pierre Cintas,[141] inspector del Servicio de Antigüedades, retomará la exploración del *tofet* de Salambó tras excavar un yacimiento muy parecido al de Soussa, que el canónigo Leynaud había señalado en 1911.[142] En Cartago, bajo el *tofet*, situado cerca de los puertos de Cartago, P. Cintas descubre bajo una capa de arena aluvial, un depósito votivo más antiguo, que en un primer momento fecha a finales del siglo IX y lo relaciona con la fundación tradicional de Cartago, en 814 a. C., pero el estudio del P. Demargne lo sitúa a finales del siglo VIII.[143]

P. Cintas es uno de los primeros arqueólogos del ámbito púnico que aplica los métodos de excavación estratigráfica en sus campos de trabajo: además de Soussa y Cartago, en Útica, Smirat en el cabo Bon y Tipasa en Argelia, en Las Andaluzas, cerca de Orán, o en Mogador, en Marruecos. Adquiere, mediante la prospección y la excavación de amplios sectores del litoral de Túnez y Marruecos, una gran experiencia sobre yacimientos púnicos, y en especial sobre materiales más abundantes, las cerámicas. Es el primero que

---

141 Pierre Cintas (1908-1974): director de la misión arqueológica francesa en Túnez en 1955.

142 J. Carcopino, «L'archéologie nord-africaine», *op. cit.*, pp. 261-280 y 441-459.

143 P. Cintas, «Un sanctuaire précarthaginois sur la grève de Salammbô», *Revue tunisienne*, 3.ª serie, I, 1948, pp. 1-31; P. Demargne, «La céramique punique», *Revue archéologique*, 1951, pp. 44-52.

presenta una síntesis sobre cerámica púnica,[144] en la que recurre a experiencias psicoquímicas y análisis mineralógicos con los medios más avanzados de los que podía disponer. Sus trabajos, que prosiguieron hasta el acceso a la independencia de Túnez en 1955, le permiten aportar elementos de estudio para una protohistoria de Túnez.[145] P. Cintas consigue que la arqueología púnica avance a pasos agigantados al darle un programa y unos métodos.

Gilbert Picard[146] se convierte en director del Servicio de Antigüedades en 1941 en sustitución de L. Poinssot, retenido para su deportación, y en 1945 recurre a P. Cintas y favorece sus trabajos en el mundo púnico desarrollando las investigaciones en otras dos direcciones: el estudio de la aparición de la hegemonía romana y la difusión en África del misticismo pagano. G. Picard organiza las excavaciones de Qsar Tuag, donde Charles Saumagne descubrió dos inscripciones que permiten identificar el yacimiento con el emplazamiento de Zama. En Mactar, las excavaciones de G. Picard restituyen bajo la basílica cristiana una basílica civil construida en el año 95 a. C.

En Túnez, los trabajos de los arqueólogos oficiales del Servicio de Antigüedades se completan con los de los *amateurs*, que en algunos casos están ampliamente experimentados y cuya contribución es muy valiosa. Es el caso del doctor Louis Carton (1861-1924), que descubre cerca del *tofet* de Salambó, en Cartago, las ruinas de un pequeño santuario procedente de los últimos tiempos de la Cartago púnica y analiza la topografía cartaginense.[147] La actividad del doctor Carton se despliega también en Bulla Regia donde, de 1915 a 1924, limpia las grandes termas y el barrio vecino.[148] Charles Saumagne[149] es también un arqueólogo *amateur* muy com-

---

144 P. Cintas, *La Céramique punique*, París, 1950; en colaboración con E. Thellier, profesor de física del globo en la Sorbona, crea un procedimiento para medir el campo magnético terrestre, fijado por la cerámica en el lugar y el momento de su cocción.

145 P. Cintas, *Éléments d'étude pour une protohistoire de la Tunisie*, París, 1961.

146 Gilbert-Charles Picard, nacido en 1913, director de las Antigüedades de Túnez de 1941 a 1955, profesor de la Universidad de Estrasburgo y de París, cf. *Karthago*, 23, 1995, p. 9 ss.

147 Dr. L. Carton, *Sanctuaire punique d'avant Carthage*, París, 1929.

148 *Ibidem*, *Bulletin archéologique du comité*, 1915, pp. 194-194, 1917, pp. 150-154, y en *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions*, 1915, 1917, 1919, 1920, 1922, 1924.

149 Jurista de formación, historiador y epigrafista de Cartago. Su trabajo voluntario en colaboración con los servicios oficiales culmina en 1924 con la elaboración del plano del territorio urbano de la Cartago romana. «Notes de topographie carthaginoise, la colline de Saint-Louis», *Bulletin archéologique du Comité*, 1924, pp. 177-193.

petente en materia de topografía cartaginense, pero de la época romana. Investigando en estrecha colaboración con la Dirección de Antigüedades y con el Servicio de Topografía de la Regencia, logra reconstruir el plano de la Colonia Julia.

El interés que despiertan Cartago, la arqueología púnica y la limpieza de los grandes centros y monumentos romanos no impide la apertura de nuevos campos de trabajo, tanto en Túnez como en Argelia. Bajo la dirección de Louis Leschi,[150] el Servicio de Antigüedades de Argelia se convierte en un centro aglutinador de competencias e iniciativas, de profesionales a cargo de puestos oficiales y de aficionados ilustrados. Entre 1919 y 1942 las excavaciones se extienden a yacimientos célebres y explorados parcialmente: en Tipasa y Cherchel, Paul-Marie Duval[151] es el encargado de estudiar las fortificaciones, mientras se limpia el anfiteatro de Lambèse y se explora la zona suburbana de Timgad, donde se descubre la fortaleza bizantina mejor conservada de África del Norte.[152] En Tiddis, André Berthier emprende excavaciones con créditos del Servicio de Antigüedades. Louis Leschi, por su parte, emprende en 1940 el desescombro del teatro de Hipona; los trabajos que la guerra interrumpió son retomados en 1947.

En Túnez, el abad J. Moulard inaugura en 1924 trabajos en Útica: se descubren unas tumbas púnicas, que justifican nuevas excavaciones en 1948. Zama y Mactar, donde G. Picard se une al Servicio de Antigüedades, son algunos de los nuevos yacimientos explorados.

Sin embargo, aunque en Argelia y Túnez prosigue la investigación arqueológica por el camino abierto en el siglo XIX y continúa la limpieza de yacimientos famosos, también se abren nuevas perspectivas. Se aborda el estudio de la ocupación territorial en Túnez y en Argelia, la del *limes* en su conjunto. Estas nuevas problemáticas científicas reclaman la puesta en práctica de nuevos métodos de investigación.

La exploración de las pequeñas ciudades del Kef, la región más montañosa de Túnez, permite a L. Poinssot y R. Lantier recomponer el paisa-

150 Louis Leschi (1893-1954) sucede en 1935 a E. Albertini en la cátedra de Antigüedades de África y en la dirección del Servicio de Antigüedades de Argel.
151 Paul-Marie Duval (1912-1997): profesor del Colegio de Francia.
152 J. Carcopino, «L'archéologie nord-africaine», *Hommes et Mondes*, 1948.

je rural.[153] Pero la aviación es la que aporta las pruebas de un «plan de ordenación del territorio» en época romana. La fotografía aérea desvela las huellas de una centuriación romana en una superficie de quince mil hectáreas, entre El-Djem y el mar.[154]

En Argelia, para la exploración del *limes* se recurre también a la aviación. El reconocimiento de la red fortificada romana, en el límite del desierto, la inició S. Gsell y F. de Pachtère y la continuó E. Albertini en la provincia de Orán. En 1924, J. Carcopino se dedicó a extraer las vías y fortalezas del *limes*, desde Ouled Djellal hasta Msad.[155]

L. Leschi se propone localizar íntegramente el *limes*, para lo cual pone en marcha todas las competencias y energías: asocia a los administradores del Sur y oficiales del ejército del aire que, al participar en las investigaciones, perpetúan la tradición de oficiales-arqueólogos y epigrafistas, tan arraigada en Argelia desde 1830.

Los primeros ejemplos de la utilización de vistas aéreas en arqueología se remontan al siglo XIX y la invención del globo aerostático; pero los primeros arqueólogos que sobrevolaron regularmente los yacimientos, utilizaron la prospección aérea e hicieron fotografías aparecen durante la primera guerra mundial: son unos austriacos que exploran el *limes* del Danubio, e ingleses e italianos que en 1913 trazan el plano de Ostia.[156] Durante la primera guerra mundial, los aviadores franceses del cuerpo expedicionario que operaban en los Dardanelos fotografían la colina de Hissarlik. Así, localizan las baterías turcas y, a la vez, aprecian las ruinas invisibles desde el suelo: transmiten un cliché a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.[157] Pero a pesar de las misiones que realizó el jefe de escuadrón

---

153 L. Poinssot y R. Lantier, *Bulletin de la Société nationale des antiquaires de France*, 1928, pp. 211-216.

154 R. Lantier, «Les grands chantiers de fouilles de l'Afrique du Nord (1915-1930)», *Archäologischer Anzeiger*, 1931, pp. 462-575. Las fotografías aéreas que muestran los restos de agrimensura y plantaciones son comentadas en 1929 por Charles Saumagne para la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions*, 1929, pp. 307-313.

155 Cf. J. Carcopino, «La prospection aérienne du *limes* de Numidie», *Journal des savants*, 1949, pp. 133-153.

156 Cf. G. Daniel, *A Short History of Archaeology*, Londres, 1981.

157 R. Chevallier, *L'Avion à la découverte du passé*, París, 1964.

Poidebard[158] por encima de las mesetas iraníes en 1918 y del sobrevuelo de Mesopotamia por el coronel Beazley del ejército de las Indias, no percibieron inmediatamente el papel crucial que podía desempeñar la aviación en la investigación arqueológica. De vuelta a la vida civil, Antoine Poidebard se integra en una comunidad religiosa de Beirut y, entre 1924 y 1928, sobrevuela el desierto de Siria, donde aprecia el trazado de calzadas romanas.[159] Gracias a la fotografía aérea, de la que no duda en afirmar que sería «tan útil como el telescopio lo ha sido para la astronomía»,[160] revela el *limes* romano desde el Mediterráneo hasta el Tigris, y para hallar el puerto de Tirrenia, combina por vez primera la investigación aérea y submarina.[161]

Los métodos utilizados por A. Poidebard se aplican en Túnez para detectar los restos de centuriación romana, y en Argelia, L. Leschi le invita a dar su opinión para el reconocimiento del *limes* de Numidia. Unos oficiales-aviadores, el comandante Candau, el capitán Maurin y el coronel Baradez proceden, a partir de 1940, a la localización del «fossatum Africae», desde los confines de Mauritania hasta Túnez. En 1949, el coronel Jean Baradez publica los resultados de sus *Recherches aériennes sur l'organisation des confins sahariens à l'époque romaine*.[162] A pesar de la importancia que concede a la prospección aérea, L. Leschi comprendió inmediatamente que ésta no podía eximir de excavar los yacimientos localizados. Los trabajos de los aviadores se completan con los de los arqueólogos, que estudian sobre el terreno los fortines del *limes* romano.

La arqueología francesa, que continúa su desarrollo en Argelia y Túnez, goza en Marruecos de unas condiciones favorables creadas por la instauración del protectorado en 1912.

---

158 R. P. François-Antoine Poidebard (1878-1955): uno de los pioneros de la fotografía aérea aplicada a la arqueología y de la investigación arqueológica submarina; durante la primera guerra mundial hace varios reconocimientos en Oriente Próximo y, en 1918, en Persia. *Un grand port disparu, Tyr. Recherches aériennes et sous-marines (1834-1936)*, publicación del Alto Comisionado de la República Francesa en Siria y el Líbano, París, 1939.

159 Ídem, «Reconaissance aérienne au Ledja et au Safa (mai 1927)», *Syria*, 1928, p. 114-123.

160 Citado por A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne*, II, 1953, p. 80.

161 *Un grand port disparu, Tyr. Recherches aériennes et sous-marines (1934-1936), op. cit.*

162 Coronel Jean Baradez (1895-1969): oficial francés, pionero de la fotografía aérea; *Fossatum Africae. Recherches aériennes sur l'organisation des confins sahariens à l'époque romaine*, París, 1949, prefacio de L. Leschi y reseña de J. Carcopino en el *Journal des savants*, 1949, pp. 133-153.

El general Lyautey, preocupado por ganarse a los marroquíes para Francia, entendió enseguida lo importante que era poner de manifiesto el valor de los vestigios que mostraban su prestigioso pasado. Por esta razón organiza un Servicio de Monumentos Históricos que restaura sistemáticamente monumentos y yacimientos y vela por que no se perjudiquen en modo alguno estas antiguas ciudades indígenas.

En plena guerra, en 1916, se emprenden excavaciones en Volubilis cuya dirección se entrega a Louis Chatelain (1883-1950), antiguo miembro de la Escuela Francesa de Roma que se encargará del Servicio de Antigüedades de Marruecos. La apertura de este campo de trabajo es una réplica de las iniciativas que llevan a cabo los italianos en Cirenaica y Tripolitania en la misma época. Además, se trata de reforzar el peso de Francia en las negociaciones que se entablarán tras la guerra en relación con Oriente Próximo, donde Gran Bretaña aparece como una temible competidora.

En 1920, entra en funcionamiento el «Servicio Arqueológico del Gobierno Jerifiano», con L. Chatelain a la cabeza. Otro farnesio, Raymond Thouvenot (1896-1981), el segundo como inspector, le sucederá en el campo de trabajo de Volubilis y en la dirección del Servicio. En 1933, Thouvenot inaugura las excavaciones de Banasa, colonia romana de Mauritania.

En la misma época, las zonas bajo protectorado español son dotadas igualmente de un Servicio Arqueológico, con sede en Tetuán, encargada del estudio de las antigüedades preislámicas. El museo arqueológico de Tetuán, creado en 1939, recibe los objetos hallados en las excavaciones de todo el territorio, entre las que cabe destacar las de Tamuda y Lixus. Esta última localidad era objeto de una estrecha colaboración francoespañola.[163] En Tamuda, ciudad de época punicomauritana, C. L. de Montalbán, director del Servicio Arqueológico, lleva a cabo excavaciones a partir de 1921. Lixus, en la desembocadura del río Larache, fue identificada por un viajero alemán, Barth, hacia 1850. Charles Tissot fijó su ubicación con certeza y trazó su plano. Los primeros trabajos de excavación los realizó

163 Cf. M. Tarrandell, «Las actividades arqueológicas en el protectorado español de Marruecos», en *IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*, Madrid, 1954.

una misión francesa, dirigida y financiada por Henri de La Martinière. Montalbán retomó los trabajos para España. Tras una interrupción, el Servicio Arqueológico de Tetuán vuelve a abrir el campo de trabajo en 1948, bajo la responsabilidad del francés Michel Ponsich y el español Miquel Tarradell.

### 7.1.1.4. La Casa de Velázquez en Madrid

Las actividades arqueológicas francesas en Marruecos están estrechamente ligadas al Instituto Francés de España, implantado en 1913 en Madrid y que, en 1928, da lugar a la Casa de Velázquez. Así, R. Thouvenot, antes de hacer de Marruecos el lugar privilegiado de sus investigaciones, excavó en España como miembro de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos. La inauguración de la Casa de Velázquez es fruto de los acuerdos entre Francia y España desde principios del siglo XX en relación con Marruecos, que generan el 27 de noviembre de 1912 el reparto del país entre las dos potencias europeas. Como señal adicional de estos lazos, el general Lyautey concede a la casa de Madrid una subvención de 25.000 francos, completada con un ingreso anual de 10.000 francos. También en Marruecos, durante la guerra civil española, se refugian los miembros de la Casa de Velázquez.

Marruecos es una baza importante en la política europea y oriental de Francia y la arqueología, tanto en Marruecos como en España, constituye uno de los aspectos de esta política.

El desarrollo de la arqueología francesa en Argelia y Túnez debe mucho a los miembros de la Escuela Francesa de Roma, cuyas estancias se han convertido ya en tradición y proporcionan los contextos necesarios a la Facultad de Letras de Argel y a los servicios de antigüedades. En Marruecos, la situación es algo distinta: la Escuela de Roma está representada por algunos de sus miembros, que previamente han pasado por España. En Marruecos, donde los intereses de Francia y España entran en competencia, la arqueología sigue las fluctuaciones de la política.

Durante la primera guerra mundial, Francia despliega una intensa actividad de propaganda en España para ganársela como aliada y sustraerla de la influencia alemana. En este contexto, la acción cultural francesa del otro lado de los Pirineos reviste una importancia de primer orden y

justifica el interés de las autoridades oficiales francesas, en especial el Ministerio de Asuntos Exteriores, por implantar una nueva institución en Madrid.

La cuestión marroquí interfiere en estas delicadas negociaciones que darán lugar a la inauguración de la Casa de Velázquez en 1928. Dicha interferencia se manifiesta en la intervención de los miembros de la Escuela Francesa de Madrid en la arqueología marroquí, incluida en una doble red de instituciones creadas por Francia y España, en las zonas sometidas a su autoridad.

Los miembros de la Escuela de Madrid que se dirigen a Marruecos en la mayoría de los casos han pasado temporadas en la Escuela Francesa de Roma, que extiende su radio de influencia a Marruecos, Argelia y Túnez. Es más, el Servicio de Antigüedades de Marruecos está dirigido entre 1920 y 1944 por dos ex «romanos», Louis Chatelain, que inició las excavaciones de Volubilis, y Raymond Thouvenot, cuyo recorrido ilustra las relaciones entre las escuelas de Roma, Madrid y Marruecos: tras el palacio Farnesio, R. Thouvenot acude a la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos, y después de su paso por el Liceo de Orán, trabaja en el Servicio de Antigüedades de Marruecos para convertirse más adelante en su director.

En España, las condiciones en las que se funda la Escuela Francesa de Madrid explican las dificultades que encuentra la nueva institución para captar y atraer a los jóvenes «romanos» que, por otra parte, entran en competencia con los «atenienses» en la península ibérica.

El proyecto de una escuela arqueológica en España que elaboraron P. Paris y A. Engel se presentó al Ministerio de Instrucción Pública en 1893[164] y logró un principio de realización en 1909 con la creación de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos.

Los dos promotores del proyecto eran antiguos miembros de la Escuela de Atenas y se refieren explícitamente a este modelo. De hecho, P. Paris plantea asimismo la creación de una «Sociedad de Corresponden-

164 A. Engel (1855-1920) dirige en 1893 al Ministerio de Instrucción Pública un informe titulado: «À quand l'École française d'Espagne?»; en 1898, P. Paris trata de convencer al director de Bellas Artes y al de Enseñanza Superior para que cree una misión permanente en Madrid.

cia Helénica» equivalente a la Sociedad de Correspondencia Helénica fundada por Albert Dumont en Atenas.[165]

El Ministerio de Instrucción Pública no dio salida a este gran proyecto, que sería retomado por la Universidad de Burdeos para tratar de materializarlo sacando el máximo partido de la autonomía que acababa de concederse a las universidades. Un primer paso es la creación del *Bulletin hispanique* en 1899. Mientras tanto, en Toulouse, Ernest Mérimée[166] milita por la enseñanza del español en Francia y la creación de una oposición para la enseñanza de esta lengua, que se consigue en 1900.

El principio del siglo XX marca un giro en la política francesa respecto a España: ambos países encuentran intereses comunes en África, de donde los dos quieren apartar a Gran Bretaña y Alemania. Es precisamente en 1900 cuando se firma el acuerdo Delcassé-Léon y Castillo sobre el Sáhara occidental y África ecuatorial, en cuyo marco se aborda la cuestión de Marruecos. En la esfera política internacional, España es un aliado potencial de Francia, que afirma su vocación de primera potencia mediterránea. A comienzos del siglo XX, las relaciones de los dos países adquieren de nuevo importancia y se desarrollan en el ámbito político, económico y cultural. 1904 es el año de la Entente Cordial con Gran Bretaña, pero también el momento en que se define la colaboración entre España y Francia en Marruecos. La conferencia internacional celebrada en Algeciras en 1906 fija con mayor exactitud el papel de cada una de las dos naciones en el reino jerifiano.

En estos años, los intercambios culturales entre franceses y españoles se intensifican y generan la fundación del colegio francés de la calle de la Ensenada en Madrid.[167] El Ministerio de Asuntos Exteriores francés se toma cada vez más interés por el desarrollo de las actividades culturales, ya que las autoridades políticas se han dado cuenta de lo importante que

---

165 Cf. J. M. Delaunay, *Des palais en Espagne. L'École des hautes études hispaniques et la Casa de Velázquez au coeur des relations franco-espagnoles du XXe siècle, 1898-1979*, Madrid, Casa de Velázquez, 1994; y A. Niño, *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España. 1875-1931*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Casa de Velázquez-Société des hispanistes français, 1988.

166 Primo de Prosper Mérimée: titular de la primera cátedra de lengua y literatura española de Toulouse, creada para él en 1886.

167 La primera piedra se coloca el 26 de octubre de 1905.

resulta la difusión de la influencia francesa: con esta intención se crea en 1909 el Servicio de Escuelas y Obras en el Extranjero y se incrementa considerablemente el presupuesto del Ministerio de Asuntos Exteriores para la cultura. La Universidad de Burdeos forma la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos, precisamente en 1909, y el Quai d'Orsay le concede una subvención por medio del Servicio de Escuelas. P. Paris, profesor en Burdeos, se encarga, sin residir en Madrid, de la dirección de esta nueva Escuela de Estudios Superiores Hispánicos en Madrid, que destina a la investigación y la crítica en todas las disciplinas que constituyen el ámbito universitario. Además, si hacemos caso de P. Paris,[168] ya desde su creación se plantea una sección artística para completar las secciones de historia y filología.

Pero la situación de la Escuela de Madrid es precaria: al estar creada por una universidad y no por el Estado, no dispone ni de local ni de presupuesto propio, las subvenciones que se le conceden proceden de organismos administrativos diversos; su director no reside en Madrid y las becas concedidas a los miembros por el Ministerio de Instrucción Pública y la Universidad de París son tan modestas que desaniman a los posibles candidatos.

Mientras que en la Universidad de Burdeos los intercambios franco-españoles tenían carácter institucional, la de Toulouse llevaba a cabo una empresa parecida, con la creación en 1908 de la Unión de Estudiantes Franceses y Españoles. En 1909, se asocian las fundaciones de Burdeos y Toulouse y forman las dos secciones del Instituto Francés de España.[169]

Si bien los organismos franceses son conscientes de la importancia que tienen las apuestas culturales, todavía no saben exactamente a qué instituciones va a afectar la política francesa en este ámbito: los ministerios de Instrucción Pública y Asuntos Exteriores se la disputan y, en Madrid, los directores de las dos secciones del Instituto Francés rivalizan abiertamente.

La situación política internacional y, en especial, la tensión de las relaciones entre Francia y España provocada en 1911 por la entrada francesa en Marruecos, llevan al Quai d'Orsay a preocuparse por el lugar de las ins-

168 P. Paris, «La Casa Velázquez», *Sud-Ouest économique*, enero de 1929.
169 Cf. A. Niño, *op. cit.*, cap. IV, p. 202.

tituciones francesas en España y primar las empresas de carácter cultural. De hecho, en 1912 se firma un acuerdo francoespañol sobre la situación de Marruecos, pero el año siguiente está marcado por la inauguración oficial del Instituto Francés en España, en presencia del ministro de Instrucción Pública, los rectores de Toulouse y Burdeos y las mayores autoridades españolas: Romanones, presidente del Consejo, y los ministros de Asuntos Exteriores y Educación Nacional. El Instituto se presenta de manera explícita como el símbolo de la amistad entre España y Francia, que ya se había sellado el año anterior en Marruecos. Las buenas relaciones entre Francia y España garantizan el éxito de su política colonial marroquí.[170]

El interés del gobierno francés por el Instituto de Madrid se manifiesta brillantemente unos meses después de su inauguración con la visita del presidente de la República, Raymond Poincaré, acompañado del ministro de Asuntos Exteriores y del general Lyautey, alto comisionado en Marruecos.

Los asuntos marroquíes dan una importancia capital a las relaciones con España y es el Quai d'Orsay quien toma las riendas de la política educativa y cultural francesa en este país. La subvención concedida al Instituto de Madrid aumenta considerablemente a partir de 1913 y va en constante progresión en los años siguientes.[171] Durante la guerra, el Comité de Acercamiento Francoespañol, constituido a iniciativa de Pierre Imbart de la Tour[172] y Manuel Azaña como resultado de las misiones recíprocas de los académicos franceses y españoles, refuerza la actividad del Ministerio de Asuntos Exteriores.

El Instituto Francés de Madrid es, durante toda la primera guerra mundial, el centro de propaganda francesa y, mediante unas conferencias cuyo programa define P. Paris, lucha contra las tendencias germanófilas, que en España son fuertes.[173] P. Paris, que renueva su cargo de director de

170 Cf. el artículo de Henri Louis, profesor de Burdeos que asiste a la inauguración: «L'institut de Madrid et l'amitié franco-espagnole», *Revue des Français*, XV, abril de 1913; analizado por A. Niño, *op. cit.*, p. 197.

171 Cf. A. Niño, *op. cit.*, p. 203.

172 Pierre Imbart de la Tour (1860-1925): profesor de historia medieval, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

173 R. Lantier, «La propagande française en Espagne», *Revue de Paris*, 1 de junio de 1916.

la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos en 1912, desempeña un papel fundamental para el desarrollo de la actividad cultural y propagandística en España. Convertido en delegado del Servicio de Escuelas y Obras Francesas en el Extranjero, es encargado por el Quai d'Orsay de organizar la red escolar francesa en España. En 1924, las dos secciones del Instituto Francés están sometidas a una única dirección, que se le confía a él.

P. Paris pretende desarrollar también las actividades de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos, para la que resulta difícil la contratación de jóvenes «atenienses» y «romanos»: E. Albertini es el secretario de esta escuela, pero la deja rápidamente en 1913 a raíz de un desacuerdo con P. Paris sobre la elección del nuevo director, ya que él mismo se presentaba como candidato a dicho puesto. Albertini es sustituido por Charles Dugas, antiguo miembro de la Escuela de Atenas, al igual que René Vallois, que se une a él poco después en Madrid.

Raymond Lantier entra también en el Instituto Francés de Madrid y colabora en la difusión de la propaganda francesa con el abad Breuil, movilizado y destinado al Servicio de Información Naval de la Embajada de Francia en Madrid. Los dos hombres cumplen juntos misiones de exploración, en especial en el valle de Batuecas, situado en la Meseta, cerca de Salamanca. El abad Breuil, asociado a Alcalde del Río y L. Sierra en el estudio de las cavernas de Cantabria, suscita, en beneficio de las investigaciones prehistóricas, el mecenazgo del duque de Alba, del marqués de Cerralbo y del conde de la Vega del Sella.

Sin embargo, la Escuela Francesa de Madrid no tuvo ninguna ocasión de prolongar y renovar los trabajos arqueológicos de campo a los que A. Engel y P. Paris se dedicaron en Elche u Osuna. Los grandes campos de trabajos arqueológicos de España eran los que el alemán Adolf Schulten[174] dirigía en Numancia, Mérida, Extremadura o Tarragona y Ampurias, en el litoral catalán.

En 1914, P. Paris solicitó una autorización para excavar el yacimiento de Belo, pero no la consiguió. En 1916, preocupado por contrarrestar las

174 Adolf Schulten (1870-1960): arqueólogo alemán alumno de Wilamowitz y Mommsen; acude a España en 1899 y con sus numerosos campos de trabajo demuestra la supremacía de la arqueología alemana.

empresas alemanas tanto desde el punto de vista arqueológico como desde el punto de vista político, y animado por el deseo de «demostrar que, a pesar de la guerra, la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos no abandonaba la noble misión científica y [...] patriótica que se le había encargado en España»,[175] vuelve a visitar Bolonia. Esta vez, va acompañado del abad Breuil,[176] que estaba «por aquel entonces ocupado con la exploración prehistórica del macizo montañoso de Ronda»,[177] pero cumplía asimismo en esta localidad equidistante de Málaga, Algeciras y Cádiz, sus obligaciones de agente secreto. La Junta Superior de Antigüedades y Excavaciones concede la autorización de excavar con fondos del presupuesto de la Escuela y con una subvención concedida por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. El americano Archer Huntington,[178] fundador de la Hispanic Society of America de Nueva York, dona espontáneamente una cantidad importante.

En el mes de mayo de 1917, los trabajos dan comienzo bajo la dirección de P. Paris que, a falta de un arqueólogo interino, recurre a la colaboración de su amigo inglés G. Bonsor,[179] un pintor instalado en Mairena d'Alcor, cerca de Sevilla, y «veterano de la arqueología en España».

Entre 1917 y 1921, además de G. Bonsor, participan en la empresa de Belo otros nuevos miembros: dos normalistas, Robert Ricard[180] y Alfred Laumonier[181] que, después de España, acudirá a la Escuela Francesa de Atenas. Por otra parte, P. Paris consigue que la Junta para la Ampliación de Estudios y de Investigaciones Científicas delegue en el campo de trabajo a un joven arqueólogo, Cayetano de Mergelina,[182] y conceda una

175 P. Paris, *Fouilles del Belo*, prefacio al t. I, París, 1923, p. 7.

176 Abad Henri Breuil (1877-1961): prehistoriador francés, contribuye a que se reconozca la autenticidad de las pinturas de Altamira e instaura una activa colaboración con los prehistoriadores españoles.

177 P. Paris, *op. cit.*, prefacio al t. I.

178 Archer Huntington (1870-1955): mecenas americano que constituyó una rica colección arqueológica: adquirió una parte de la colección de G. Bonsor.

179 George Bonsor, nacido en 1855, pintor y arqueólogo británico instalado en España. Colaboró en trabajos franceses, ya que compartió con A. Engel la exploración de Osuna.

180 Autor del catálogo *Marbres antiques du musée du Prado*, Madrid, fasc. VII de la Bibliothèque de l'École des hautes études hispaniques.

181 Establece el *Catalogue des terres cuites du Musée archéologique de Madrid*, fasc. II de la Bibliothèque de l'École des hautes études hispaniques.

182 Cayetano de Mergelina fue director del Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

subvención. Pero «lo exiguo de los recursos»[183] obliga a suspender los trabajos en 1921, y no serán retomados hasta 1956. A pesar de la decepción de no poder mantener el campo de trabajo oficial de la Escuela, P. Paris no duda que se ha creado «una tradición fuerte y fecunda» que garantiza «la unión intelectual» de Francia y España.[184]

Los trabajos de Belo comenzaron casi a la vez que los de Volubilis en Marruecos y obedecían a la misma voluntad de ilustrar la ciencia francesa, para favorecer una alianza con España contra Gran Bretaña y Alemania, y reforzar el peso político de Francia en las negociaciones sobre Marruecos y, enseguida, en Oriente Próximo.

Cuando P. Paris afirmaba la vocación arqueológica del establecimiento mediante el campo de trabajo de Belo y la creación en 1918 de la Biblioteca de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos, su intención era ampliar el Instituto Francés de España para hacer de él una «Villa Velázquez», con una fuerte vocación artística, sobre el modelo de la Villa Medicis de Roma. Él, que durante quince años dirigió la Escuela de Bellas Artes de Burdeos, lamentaba que los jóvenes artistas franceses estuvieran ausentes en el Instituto de Madrid. El paso por Madrid, la asiduidad a museos y a grandes pintores españoles le parecían tan necesarios como el paso por Roma, que se hizo posible gracias a la existencia de la Villa Medicis. Así pues, planteaba la creación de una casa que acogiera a historiadores, literatos y artistas. En un informe al Quai d'Orsay sobre la situación del Instituto, subraya las dificultades halladas por sus miembros e indica que Alemania planea crear en Madrid un instituto, al que se pretenden destinar importantes recursos financieros.

El contexto político, el interés que manifiesta el Ministerio de Asuntos Exteriores por la actividad cultural en España, o la misión de los académicos franceses y españoles de 1916, seguida de la constitución del Comité de Acercamiento Francoespañol en 1917, son circunstancias apropiadas para favorecer un proyecto así. La Academia de Bellas Artes, encarnada en la persona de Charles Widor, su secretario vitalicio, entabla negociaciones que culminan en 1920 con el texto oficial elaborado por el rey Alfonso XIII y las Cortes, que ceden en usufructo temporal gratuito un

183 Cf. P. Paris, *Fouilles de Belo, op. cit.,* prefacio, p. 9.
184 *Ibidem*, t. 1, p. 10.

vasto terreno en la llanura de la Moncloa. Los arquitectos pueden ponerse manos a la obra para construir la Casa de Velázquez, que será inaugurada por primera vez en 1928, antes de que el edificio esté totalmente terminado, y de nuevo en 1935.

La guerra civil española, que estalla el 18 de julio de 1936, tiene terribles consecuencias para la Casa de Velázquez pues se encuentra situada justo en la línea del frente de la Ciudad Universitaria de Madrid y termina completamente destruida con sus archivos, biblioteca y depósitos arqueológicos de objetos en curso de estudio. Una vez reconstruida, la Casa de Velázquez vuelve a ser inaugurada por tercera vez en 1959.

P. Paris dirige la Casa de Velázquez hasta su muerte brusca en 1931. Mantiene las actividades arqueológicas de la Escuela, garantizando la continuación del inventario emprendido por los miembros del Instituto Francés en España: de este modo, después de G. Leroux, E. Albertini, R. Lantier o R. Ricard, un joven miembro de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos, R. Thouvenot, elabora el *Catalogue des figurines et objets de bronze du Musée archéologique national de Madrid*[185] y en 1926-1927 dirige, con G. Bonsor, las excavaciones de la necrópolis orientalizante de Setefilla, cerca de Sevilla.[186] R. Thouvenot retoma también los trabajos inaugurados en 1924 por P. Paris en el yacimiento iberorromano de Alcañiz, en Aragón.[187]

En 1936, la guerra civil española obliga a los miembros de la Casa de Velázquez a abandonar Madrid para refugiarse primero en Francia y después en Fez, en Marruecos. En 1939, vuelven a la España franquista y se instalan en una casa particular de la calle Serrano, esperando la reconstrucción del edificio próximo a la Ciudad Universitaria.

Tras una larga y laboriosa creación, la institución francesa de Madrid, mucho peor provista de créditos que las escuelas de Atenas, Roma y El

---

185 Fascículo XII de la Biblioteca de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos.

186 G. E. Bonsor y R. Thouvenot, *Nécropole ibérique de Setefilla à Lora del Rio (Séville), fouilles de 1926-1927,* fascículo XIV de la Biblioteca de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos, 1928.

187 P. Paris y V. Bardavice Ponz, *Fouilles dans la région d'Alcañiz (province de Teruel),* fascículo XI de la Biblioteca de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos; R. Thouvenot y V. Bardavice Ponz, *Fouilles dans la région d'Alcañiz (province de Teruel),* Burdeos, 1930.

Cairo, conoció unas condiciones de funcionamiento y contratación difíciles, y sufrió duramente las dramáticas consecuencias de la guerra civil. Los miembros de la Casa de Velázquez orientan sus investigaciones a África del Norte, Argelia, Marruecos y Túnez, donde la arqueología se encuentra en plena expansión: así, E. Albertini sucede en 1920 a Carcopino en Argel, y R. Lantier va a Túnez y R. Thouvenot, a Marruecos.

La creación de la Casa de Velázquez completaba la red de escuelas francesas en el Mediterráneo occidental. Competía con la Escuela de Roma en España y Marruecos, sin llegar a comprometer en todo caso el lugar preponderante que ocupaba en el Mediterráneo occidental la institución del palacio Farnesio, gracias a su compromiso decidido con la arqueología de África del Norte.

Desde el punto de vista científico, estos años que separan las dos guerras mundiales asisten a la elaboración de síntesis sobre el mundo griego y romano.[188] En 1926, C. Jullian publica el último volumen de su *Histoire de la Gaule* y 1928 marca el final de la *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, que S. Gsell deja inacabada. Por lo que respecta a Charles Picard, que fue director de la Escuela Francesa de Atenas, se propone renovar el *Manuel d'archéologie grecque* de M. Collignon[189] y, en 1923, redacta el primero de los siete volúmenes que dedica a *La Sculpture antique*.[190] Cuando en 1933, C. Picard y R. Lantier suceden a E. Pottier y S. Reinach en la dirección de la *Revue archéologique*, una nueva generación de historiadores-arqueólogos imprime a la ciencia francesa un avance decisivo en su desarrollo.

La creación en 1930 del Instituto de Arte y Arqueología de la Universidad de París refleja la voluntad de constituir una auténtica enseñanza

---

188 Por ejemplo, R. Cagnat y V. Chapot, *Manuel d'archéologie romaine*, París, 1917-1920; A. Grenier, *Le Génie romain*, París, 1925; A. Piganiol, *La Conquête romaine*, París, 1927; e incluso J. Carcopino, *La Vie quotidienne à Rome*, París, 1939. Y, sobre el mundo griego, G. Glotz, *La Civilisation égéenne*, París, 1923 (nueva edición revisada por C. Picard en 1937); C. Picard, *Manuel d'archéologie grecque. La sculpture*, 7 vols., París, Hachette, 1925-1963.

189 M. Collignon, *Manuel d'archéologie grecque*, París, 1881, e *Histoire de la sculpture grecque*, París, 1892-1897.

190 C. Picard, *La Sculpture antique*, t. I, *Des origines à Phidias*, París, 1923, seguido del t. II, *De Phidias à l'ère byzantine*, París, 1926.

específica. C. Picard, que tomará las riendas de la dirección en 1937, interviene también en la preparación arqueológica de los normalistas en las escuelas de Atenas y de Roma, con el curso que inaugura en la calle de Ulm en 1928.

Durante los años treinta, cruciales para la evolución de la arqueología francesa, se elaboran los proyectos de reforma que verán la luz al final de la década, y se esboza la consideración de las disciplinas arqueológicas entre las «ciencias humanas» y su inserción en una organización global de la ciencia francesa. El CNRS, creado en 1939, responde al deseo expresado por E. Renan en 1848 de ver a Francia dotada de un centro de investigaciones científicas, donde se hallen representadas las disciplinas históricas. La metrópoli disfrutará por fin de una auténtica legislación arqueológica cuando se promulguen en 1941-1942 las leyes Carcopino, cuyo autor y sus colegas arqueólogos, A. Grenier, R. Lantier y E. Albertini, se inspiron al redactarlas en la experiencia en África del Norte.

Sin embargo, justo después de la primera guerra mundial, tanto en arqueología como en política, la presencia francesa en el Mediterráneo oriental concentra todos los esfuerzos e iniciativas. Tal como aprecia C. Picard en 1948, «el interés se desplaza hacia el Este»,[191] en detrimento de la Escuela de Atenas, que recibe la competencia de instituciones nuevas implantadas en Oriente: la Escuela Francesa de Arqueología de Jerusalén, el Instituto de Estambul y el de Beirut.

El orientalismo cuenta desde ahora con especialistas, con una formación específica en las disciplinas que lo componen; toman el relevo de los helenistas, L. Heuzey, S. Reinach o E. Pottier, que se fijaron en Oriente para comprender mejor Grecia y Europa y llevaron una doble carrera de helenistas-orientalistas. A partir de 1918, la investigación en Oriente Próximo avanza con tal rapidez que se diversifica y necesita eruditos especializados en cada disciplina.

Con Siria y el Líbano bajo el mandato de Francia se completa la «red francesa» de instituciones arqueológicas en el Mediterráneo.

---

191 C. Picard, «L'oeuvre de l'École française d'Athènes», *Revue historique*, 1948, p. 1-21, y189-207, cita de la p. 206.

### 7.1.2. Oriente Próximo, laboratorio de la arqueología francesa

Desde finales del siglo XIX, los eruditos europeos, historiadores y arqueólogos atraídos por los descubrimientos de la prehistoria helénica y egipcia, habían recurrido al Mediterráneo oriental para descifrar los orígenes de las grandes civilizaciones occidentales. El final de la primera guerra mundial y las transformaciones políticas decisivas que ésta provoca permiten el desarrollo de la arqueología francesa en Oriente Próximo. El panorama internacional en 1918 incita a Francia a afirmar su presencia y reforzar su influencia en unas regiones por las que lucha con Gran Bretaña.[192] En ese momento la arqueología aparece como uno de los ámbitos en los que se puede ilustrar el papel de Francia en la promoción de los pueblos hacia la autonomía y el acceso a las «ventajas de la civilización occidental».[193]

Al igual que en África del Norte, donde en la misma época se completa la red de servicios arqueológicos con la implantación del de Marruecos y donde se multiplican los campos de trabajo y las tareas de todo tipo, la arqueología francesa disfruta en Oriente Próximo de una recuperación del interés por parte de las autoridades oficiales, cuando se negocia el reparto de las zonas de influencia entre Francia y Gran Bretaña: en vísperas de la primera guerra mundial se reanudan las investigaciones en Fenicia, aparcadas desde la misión de E. Renan.[194] A partir de 1920, con el establecimiento del protectorado francés en Siria y el Líbano, se realizan los antiquísimos proyectos de instituciones arqueológicas francesas:[195] la Escuela Francesa de Arqueología de Jerusalén nace en 1920, a la vez que el Servicio de Antigüedades de Siria; la red francesa se completará en 1946, cuando se inaugure el Instituto Francés de Beirut.

---

192 Cf. V. Cloarec, *La France et la question de Syrie, 1914-1918*, París, CNRS Éditions, 1998.

193 R. Dussaud, «Les missions archéologiques françaises dans le Proche-Orient en 1929», *La Revue de Paris*, 1929, pp. 587-603.

194 En 1913-1914, el doctor Georges Contenau emprende excavaciones en Sidón en colaboración con Macridi Bey, del Museo de Estambul; retoma las investigaciones en 1920. En 1919, Pierre Montet, encargado por la Universidad de Lyon de realizar una misión, inicia la exploración de Biblos.

195 Fulgence Fresnel muere en 1855 sin que se cree la escuela arqueológica de Bagdad que tanto deseaba; C. Clermont-Ganneau sí que ve cómo se realiza en Jerusalén en 1920 el «centre permanent de recherches méthodiques et continues» que reclamaba para Oriente Próximo desde 1882.

La arqueología desempeña un papel fundamental en la creación en Siria «de un centro de influencia francesa» llamado a «establecer su influencia en toda Asia»[196] y el general Gouraud, primer alto comisario, facilita la organización del Servicio de Antigüedades es consciente de seguir el ejemplo de los soldados de 1860 y de obedecer al modelo de la famosa Expedición de Egipto. De hecho, su elección para la Academia de Inscripciones y Bellas Letras es la culminación de la actividad que lleva a cabo en Siria en favor de la arqueología.

A partir de 1918, la arqueología francesa en Oriente Próximo disfruta de la misma confluencia de intereses políticos y científicos que favorece el desarrollo de la arqueología en los países de África del Norte, situados también bajo la autoridad francesa.

En el siglo XIX, las ambiciones de Francia en Siria se expresan con la expedición organizada por Napoleón III en 1860: el soberano proyectaba la creación de un «reino árabe» de Siria[197] que habría confiado a Abd el-Kader y habría permitido el protectorado efectivo de Francia. La negativa del emir y la feroz oposición de los ingleses hicieron que Napoleón III renunciara al proyecto. Es en Argelia donde quiere aplicar esta política del «reino árabe», basada en la fusión de las «razas» francesa y árabe que, a imagen de lo que ocurrió entre galos y romanos, daría lugar a la «regeneración de la "raza árabe"».[198] La puesta en práctica de estas ideas en Argelia debía servir de modelo y permitir una ampliación «desde Túnez hasta el Éufrates».[199] Pero esta política no resiste a la oposición de los colonos y, antes de la primera guerra mundial, el régimen al que está sometido Argelia resultó muy costoso y mucho menos eficaz que el del protectorado establecido en Túnez.

La esperada dislocación del imperio otomano reaviva las rivalidades entre potencias europeas en Oriente Próximo: antes de 1914, Francia teme que Gran Bretaña logre establecer su autoridad en Siria. Sin embargo,

---

196 G. Clemenceau al general Gouraud, nombrado alto comisario en Siria. Citado por R. Dussaud, *op. cit.*, p. 587.

197 Carta de Napoleón III a Pélissier, del 6 de febrero de 1863.

198 Cf. Henry Laurens, *Le Royaume impossible. La France et la genèse du monde arabe*, París, Armand Colin, 1990.

199 Carta de Napoleón III a Mac-Mahon, gobernador general de Argelia, del 20 de junio de 1865.

Francia no puede ir a Oriente antes de haber finalizado su ampliación colonial en África del Norte: una vez reconocido el protectorado francés en Marruecos, en 1912, será cuando puedan reafirmarse las reivindicaciones francesas en Oriente Próximo.

El protectorado, tal como lo aplica Lyautey en Marruecos, aparece entonces como el mejor régimen que se puede proponer a los países del Mediterráneo oriental. La política patrimonial y arqueológica implantada por el *Résident général* en Marruecos ilustra las posibilidades que Francia está dispuesta a ofrecer a los países que se «beneficien» de su «protección»: a iniciativa de Lyautey se abren en plena guerra los campos de trabajo de Volubilis y de la mezquita de Hasán de Rabat, en 1916, el mismo año en que se realiza el Acuerdo Sykes-Picot, que determina las zonas de influencia respectivas de Francia y Gran Bretaña en Oriente Próximo.[200] Marruecos y Siria disfrutarán a la vez, en 1920, de un Servicio de Antigüedades, que reproduce los de Egipto y Túnez.

#### 7.1.2.1. La implantación de instituciones en Siria y el Líbano

La postura francesa en Siria es incierta hasta la aprobación del pacto de la Sociedad de Naciones en Versalles, el 28 de abril de 1919: el artículo 22 asigna a las naciones europeas «una misión sagrada de civilización» respecto a los «pueblos que aún no son capaces de dirigirse por sí solos». Para garantizar su «bienestar» y su «desarrollo», la «tutela de estos pueblos» se confía «a las naciones desarrolladas que [...] son las que mejor pueden asumir esta responsabilidad y que consienten en aceptarla: ejercerían esta tutela en calidad de mandatarios y en nombre de la Sociedad».[201]

El establecimiento del mandato queda sin embargo sometido al apaciguamiento de los trastornos que afectan a la región. Las tropas inglesas, que entran en Bagdad el 19 de marzo de 1917, se retiran en septiembre de 1919 de los territorios bajo influencia francesa, renunciando a su tentativa de controlar todas las regiones y abandonando a Feisal, jefe de la revuel-

200 El acuerdo se firma el 16 de mayo de 1916, entre G. Picot para Francia y M. Sykes para Gran Bretaña.

201 Artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones, aprobado el 28 de abril de 1919. Citado por H. Laurens, *L'Orient arabe. Arabisme et islamisme de 1798 a 1945*, París, Armand Colin, 1993, pp. 175-176.

ta árabe contra los turcos, que se encuentra solo frente a las importantes fuerzas militares francesas y no tiene otra salida que la negociación.

El 6 de enero de 1920, Feisal firma con Clemenceau el acuerdo que da lugar a la definición del mandato francés en Siria y al establecimiento de «un régimen constitucional». El rey Feisal «reconoce la independencia y la integridad del Líbano y hace de Damasco su capital, mientras que «el alto comisario que representará a Francia tendrá su residencia en Alepo».[202] La conferencia celebrada en San Remo a finales de abril de 1920 permite a franceses e ingleses llegar a un acuerdo sobre el reparto de los mandatos; ordenan al rey Feisal, que se negó a participar en las negociaciones, que se someta a las disposiciones establecidas. El general Gouraud, nombrado alto comisario en Siria, realiza con él las transacciones que, sin embargo, no pueden evitar el conflicto abierto.

En julio de 1920, las tropas francesas invaden Siria, toman Damasco y echan a Feisal del poder, marcando el final del «reino árabe». En septiembre del mismo año, se constituye y proclama el Gran Líbano. En esta situación, que dificulta las relaciones con las fuerzas políticas locales, es fundamental desarrollar la influencia francesa. Esto explica el interés que pone el general Gouraud por organizar la arqueología en Siria y el Líbano.

Por lo que respecta a Gran Bretaña, establece su mandato en Mesopotamia haciendo «elegir» a Feisal rey de Iraq. Palestina, sometida a la administración militar, pasa por la autoridad de un Alto Comisario en 1922. Transjordania se crea como estado independiente bajo tutela británica en 1923.

Así pues, Francia y Gran Bretaña ejercen en Oriente Próximo una tutela conjunta que modifica profundamente las condiciones de trabajo arqueológico y favorece los intercambios y la colaboración científica.

El Levante mediterráneo bajo mandato francés abarca Siria y el Líbano, pero se administra como una entidad política y económica única, desde un alto comisionado de la República Francesa, con sede en Beirut. El primer alto comisario nombrado por Georges Clemenceau es el general Gouraud, que permanecerá en su puesto hasta 1922, fecha en la que dimitirá y será sustituido por el general Weygand. En 1920, pone en mar-

202 Citado por H. Laurens, *op. cit.,* pp. 178-179.

cha en Beirut el Servicio de Antigüedades de Siria, vinculado a la administración de Instrucción Pública.

Desde finales del año 1919, la Academia de Inscripciones y Bellas Letras formó una Comisión de Siria y Palestina para responder a una propuesta de John Garstang[203] y el Comité Británico, constituido para fundar una British School of Archaeology en Jerusalén.[204] J. Garstang, llamado a convertirse en director de esta escuela y del Servicio de Antigüedades de Palestina y Transjordania, sugiere a los franceses la creación de una escuela que funcionase en estrecha colaboración con las instituciones inglesa y americana, cuya fundación es inminente.[205] La Academia de Inscripciones se pronuncia por la constitución de una «Mission archéologique permanente» adjunta al Servicio de Antigüedades de Siria y por la creación en Jerusalén de una «station archéologique» que permitiese a los misioneros que ella nombrase encontrar in situ un lugar donde investigar en el extranjero y un centro de investigaciones. En 1920, un acuerdo firmado entre el Ministerio de Instrucción Pública, la Academia y la Escuela Bíblica de Jerusalén da lugar a la formación de la Escuela Francesa de Arqueología, distinta de la institución fundada por los dominicanos en 1890 aunque situada bajo la autoridad del mismo director, el reverendo padre Lagrange.

El presupuesto de la nueva escuela francesa de arqueología se alimenta de una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores, puesta a disposición de la Academia para que se la transmita a su director. La Academia, con su Comisión de Siria y Palestina, tiene el control científico de la Escuela de Jerusalén, el Instituto Francés de Damasco y la misión arqueológica permanente creada en el Servicio de Antigüedades de Siria y que recibe subvenciones del Ministerio de Instrucción Pública y de la Sociedad Francesa de Excavaciones Arqueológicas; esta última desempeña

---

203 John Garstang (1876-1956): arqueólogo británico, profesor de egiptología en Liverpool, director del Departamento de Antigüedades de Palestina de 1920 a 1926.

204 Sobre la fundación del Servicio de Antigüedades de Siria y de la Escuela Francesa de Arqueología de Jerusalén, cf. J. Charmonard, «À propos du Service des antiquités de Syrie», *Syria*, 1, 1920, pp. 81-98; E. Pottier, «Les travaux archéologiques du Service des antiquités de Syrie, 1920-1921, et la fondation de l'École française de Jérusalem», *Syria*, 3, 1922, pp. 329-337.

205 La British School of Archaeology de Jerusalén se funda en 1919 y la American School of Oriental Research, en 1921.

un importante papel en este primer periodo de organización de los trabajos arqueológicos en Oriente Próximo, con la celebración en Marsella en 1919 del «Congrès français de la Sirie», presidido por Ernest Babelon, conservador del Gabinete de Medallas y fundador de la Sociedad.

Joseph Chamonard (1865-1936), antiguo alumno de la Escuela de Atenas, lleva temporalmente la dirección del Servicio de Antigüedades de Siria, cuya responsabilidad recae, a partir de 1920, en Charles Virolleaud.[206]

Clermont-Ganneau[207] tiene la satisfacción, tras su muerte, de ver realizado el proyecto del centro de estudios orientales que concibió en 1882 sobre el modelo del Instituto de El Cairo pero, en cambio, el Servicio de Antigüedades realizado en 1920 responde a unos objetivos bien distintos: se trata de «sentar las bases» de una institución «propiamente siria».[208] Se plantea ante todo la protección del patrimonio mediante la preparación de una nueva legislación y la creación de museos locales.[209]

El poder otomano había promulgado en 1889 una ley sobre antigüedades, revisada en 1906, y O. Hamdi Bey, el conservador del Museo de Constantinopla, creó un servicio de vigilancia y protección. Sin embargo, todos los hallazgos son dirigidos al Museo de Estambul y las autorizaciones concedidas a las misiones extranjeras trataban sobre todo de enriquecer las colecciones de la capital otomana. Bajo la administración turca, Siria fue presa de los excavadores clandestinos y las destrucciones.

La legislación siria sobre el patrimonio arqueológico y artísitico, concebida e instaurada por el Alto Comisionado y el Servicio de Antigüedades, se inspiró en la que estaba en vigor en Egipto e implantada en Túnez a iniciativa de A. Merlin. Se prevén disposiciones especiales que invitan a las dos potencias mandatarias a ejercer la igualdad entre eruditos

206 Charles Virolleaud (1879-1968): orientalista francés, primer director del Servicio de Antigüedades de Siria de 1920 a 1929, profesor del Instituto de Arte y Arqueología y de la Escuela Práctica de Estudios Superiores, presidente de la Comisión para Oriente del CNRS.

207 Charles Clermont-Ganneau: agente consular en Jerusalén e «inventor» de la estela de Meshá en 1869.

208 J. Chamonard, *Syria*, 1, 1920, p. 87.

209 N. Chevalier, *L'Administration de la recherche archéologique française dans le Moyen-Orient du milieu du XIX<sup>e</sup> siècle à la Seconde Guerre mondiale*, en prensa, ERC-ADPF.

ingleses, americanos y franceses para las concesiones de excavación, las facilidades de exploración e investigación y el control de los trabajos, «con la intención más liberal y la más absoluta reciprocidad».[210] Y, de hecho, las autoridades francesas e inglesas colaboran estrechamente en la vigilancia y protección de las antigüedades en el Levante mediterráneo, que se halla dividido en términos de patrimonio arqueológico en tres zonas[211] confiadas a oficiales que pertenecen a las dos naciones mandatarias y que hacen de inspectores de antigüedades: son los encargados de establecer en cada zona un resumen arqueológico, realizando el inventario de los monumentos y evaluando los daños sufridos.

El Servicio de Antigüedades de Siria tiene a la cabeza a un director, elegido por su familiaridad con la arqueología oriental, ayudado por tres inspectores, que se reparten las antigüedades griegas, romanas y, finalmente, árabes y francas. Al igual que en Egipto, el servicio sirio no se reserva la exclusividad de los trabajos y permanece abierto a la colaboración de los institutos y de los eruditos franceses y extranjeros.

Los objetos descubiertos en suelo sirio son comprados al Estado sirio y forman, tras el reparto con las instituciones que garantizan las investigaciones, las colecciones de los museos creados en Damasco para las antigüedades árabes en Beirut para el arte antiguo; la conservación de estos establecimientos se confía a los emires Djafar Abd el-Kader y Maurice Chehab, antiguos alumnos de la Escuela del Louvre.[212] A continuación, se abre un museo en Alepo para recibir las esculturas y los objetos descubiertos por M. von Oppenheim en Tell Halaf y por F. Thureau-Dangin en Arslan-Tash y Tell Amar. Se proyecta la creación de almacenes de antigüedades en algunos yacimientos de Antioquía, Palmira, Mishrifa, Baalbek y Lataquia.

En 1921, llegan a Levante los primeros encargados de misión designados por la Academia de Inscripciones y el Alto Comisionado: Maurice Pézard a Tell Nebi-Mend, Étienne de Lorey a Oum el-Awamid, Denyse Le

210 J. Chamonard, *Syria*, 1, 1920, p. 87.

211 La zona oeste corresponde a la región costera y al Líbano, la zona este se extiende más allá del Líbano hasta el Éufrates, y la zona sur coincide con Palestina.

212 Cf. R. Dussaud, «Les missions archéologiques françaises dans le Proche-Orient en 1929», *La Revue de Paris*, 1929, pp. 587-603.

Lasseur a Tirrenia y Pierre Montet a Biblos. En 1921 asistimos al nacimiento de la revista *Syria*, subvencionada por el Alto Comisionado, el Ministerio de Instrucción Pública y la Sociedad Siria de Arqueología. También hace su aparición la *Bibliothèque archéologique et historique* del Servicio de Antigüedades de Siria.

En unos meses, todo Oriente Próximo se ve dotado de servicios de antigüedades y centros de investigación equivalentes a los que se implantaron en Egipto o el Magreb; Palestina, Transjordania e Iraq, bajo mandato británico, reciben una organización parecida a la que Francia ha dado a Siria. Por otra parte, Gran Bretaña y Estados Unidos crean escuelas de arqueología en Jerusalén e Iraq.

El «renacimiento» arqueológico de Asia occidental puede producirse en condiciones muy distintas de las que prevalecían antes de la primera guerra mundial: las circunstancias políticas favorecen el establecimiento de los mandatos francés y británico y crean los factores de una fructífera colaboración entre administraciones de arqueología, instituciones científicas y eruditos.

Los principios y las perspectivas en las que se desarrollan los trabajos arqueológicos también han cambiado mucho puesto que ya no se trata simplemente de explorar los grandes yacimientos para extraer los tesoros que enriquezcan los museos europeos, sino de continuar la búsqueda de los orígenes de las civilizaciones orientales, aplicando unos métodos científicos cuya utilización se ha de generalizar para llegar a conocer la prehistoria de estas regiones.

### 7.1.2.2. La arqueología francesa en Asia occidental

En 1914, la arqueología francesa en Oriente Próximo está representada principalmente por la Delegación Arqueológica en Persia que, en 1912, pasa de las manos de J. de Morgan a las de Robert de Mecquenem. De hecho, las excavaciones de Tello, en la Baja Mesopotamia, se suspenden en 1909, y aunque G. Contenau da en 1913 la señal para que se reanuden los trabajos arqueológicos franceses en Fenicia con sus excavaciones en Sidón, la guerra aplazará hasta 1920 la continuación de las investigaciones.

Los trastornos políticos que acarrea el conflicto mundial en Oriente Próximo modifican en buena medida las condiciones de la investigación arqueológica. Los mandatos de Francia y Gran Bretaña crean una situación muy favorable para la arqueología, que disfruta ya de importantes medios e instituciones administrativas y científicas. La cooperación política que se impone en las dos naciones europeas favorece la colaboración científica que se establece entre los servicios de antigüedades, las escuelas y los eruditos angloamericanos y franceses. Mientras los arqueólogos franceses se concentran en Siria y Fenicia, los ingleses y americanos dan prioridad a sus esfuerzos en Mesopotamia, donde se les unen los alemanes en 1927.

La «prehistoria oriental», que Tell el-Hesy, Susa, Asur o Tell Halaf desvelaron antes de 1914, es objeto de los esfuerzos aunados de todas las misiones arqueológicas occidentales desplegados en Asia anterior.

Los trabajos efectuados de 1920 a 1939 permiten reconstruir toda la protohistoria de Oriente, desde las orillas del Mediterráneo hasta Anatolia e Irán, desde finales del V milenio. Los métodos empleados explican esta conquista: se generaliza la excavación estratigráfica así como el estudio sistemático de la cerámica. Ya no se persigue solamente la exhumación de los grandes yacimientos sino que se multiplica la exploración de grandes regiones, con el fin de dar una visión de conjunto de la sucesión de civilizaciones. Esta «edad de oro» de la arqueología oriental se ve marcada tanto por las revelaciones científicas de los yacimientos de El-Obeid, Djemdet-Nasr, Warka o Arpachiyah, como por los sensacionales descubrimientos de Ur, Mari y Ras Shamra.

De Fenicia a Irán, la arqueología revela la complejidad pero también la unidad del Oriente antiguo. Y la multiplicidad de descubrimientos ocurridos desde 1920 confirman las intuiciones de los arqueólogos de finales del siglo XIX, que se centraron en Oriente para encontrar en él el origen de las civilizaciones mediterráneas.

Primero es en Irán donde la prehistoria oriental resucitó gracias a la perspicacia de J. de Morgan que, desde 1891, extrajo del yacimiento de Susa fragmentos de cerámica no torneada y sílex tallados, indicios de una civilización prehistórica. En el enorme campo de trabajo de Susa, el director de la Delegación Francesa en Persia puso en práctica el principio de la excavación estratigráfica. Llevando la exploración del yacimiento hasta

suelo virgen, restituyó la civilización elamita y estableció sus orígenes más pronto, en el IV milenio. Al atribuir a la cerámica pintada de los estratos más antiguos de Susa un papel primordial en la definición de la civilización elamita, aportó una primera referencia cronológica para la prehistoria de todo el Oriente Próximo antiguo. Los trabajos de Susa abrieron la vía que lleva a arqueólogos e historiadores a restablecer la compleja red de intercambios e influencias que se produce en toda Asia occidental desde la prehistoria.

En 1912 J. de Morgan se vio obligado a renunciar a la dirección de la Delegación en Persia, pero sus sucesores siguen su misma línea y se esfuerzan ante todo por conocer mejor la protohistoria iraní. Robert de Mecquenem (1877-1957), que sucede a J. de Morgan en Persia, realiza sus trabajos en Susiana, y en 1931 Roman Ghirshman (1895-1979) enviado por el Museo del Louvre, acude a la meseta iraní para explorar los yacimientos prehistóricos de Tepe Giyan y Sialk.

A principios del siglo XX, el gobierno francés obtuvo la exclusividad de la exploración arqueológica en Irán pero estas condiciones sumamente favorables quedaron trastocadas en 1928: el país se convierte en ese momento en la encrucijada de una acérrima lucha de influencias entre las potencias occidentales y Alemania trata de arrebatarle a Francia el monopolio de las excavaciones.[213] El sha, inspirado por el arqueólogo alemán Ernest Herzfeld,[214] expresa su voluntad de presidir él mismo la investigación arqueológica de su país y solicita a Francia que renuncie a sus prerrogativas. A falta de arqueólogos iraníes, y a pesar del deseo de Herzfeld de ser nombrado consejero de antigüedades, André Godard[215] es el encargado de organizar el Servicio Arqueológico y crea el Museo de Teherán.

Además del efecto de la propaganda alemana, el ejemplo sirio y los de Iraq y Palestina avivaron sin duda en el soberano iraní este deseo de ver a

213 Cf. È. Gran-Aymerich, «Archéologie et politique française en Iran: convergences et contradictions. Des missions Dieulafoy à la Délégation archéologique française en Iran», en *Orient et Orientalisme: hommes, société, institutions*, Société asiatique, en prensa.

214 Ernst Herzfeld (1879-1948): arqueólogo americano de origen alemán; acude a Irán en 1924 y concibe el proyecto de excavar en Persépolis, donde llevará a cabo sus trabajos para el Oriental Institute de Chicago de 1931 a 1934.

215 André Godard (1881-1965): arquitecto, director de los servicios arqueológicos de Irán de 1928 a 1960.



138. Susa (Irán), vista aérea del yacimiento tomada el 20 de abril de 1947 hacia el sudeste. Archivos R. Ghirshman, cliché amablemente cedido por H. Gasche, Universidad de Gante.



139. Tshoga Zanbil (Irán), vista aérea del zigurat, hacia el sudoeste, 1957. Cliché J. Jochem, amablemente cedido por H. Gasche, Universidad de Gante.



140. Susa (Irán), el campo de trabajo estratigráfico A, nivel XIV, sector noroeste, campaña 1964-1965. Archivos R. Ghirshman, cliché amablemente cedido por H. Gasche, Universidad de Gante.

su país dotado de instituciones arqueológicas dedicadas a la protección y el estudio de antigüedades. Al igual que en los demás países de Oriente Próximo, se promulga una «ley relativa al descubrimiento y la conservación de antigüedades» que fija el régimen de las excavaciones. Se realiza el inventario de los yacimientos y monumentos históricos, se procura su restauración y la protección de yacimientos declarados de interés. El Servicio Arqueológico de Irán se dota de unos *Annales* en 1936.

El yacimiento de Susa sigue siendo francés y a partir de 1912 se entrega a la dirección conjunta de Robert de Mecquenem y del P. Vincent Scheil, ambos colaboradores muy próximos a J. de Morgan. Tras la interrupción de la primera guerra mundial y la ocupación del castillo de Susa por un enviado provisional inglés que lo evacua en 1920, se retoman los trabajos inmediatamente. R. de Mecquenem, que dirige la misión de 1920 a 1947, obtiene de la Instrucción Pública un crédito modesto al principio, que se aumentará para permitir que prosigan los trabajos de manera ininterrumpida hasta 1938. La misión francesa en Persia se sitúa, en 1948, bajo la dirección general de G. Contenau y por primera vez depende directamente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Durante todo este periodo, las investigaciones versan esencialmente sobre Susa, pero en 1936 se abre un campo de trabajo en Tshoga Zanbil, a cuarenta kilómetros al sudeste: Roman Ghirshman descubre allí un zigurat, que las excavaciones retomadas en 1951 permitirán relacionar con una ciudad elamita del siglo XIV a. C.[216]

En 1931, el Museo del Louvre, del que depende la misión de Susa, confía a G. Contenau, explorador de Sidón y posteriormente conservador del Departamento de Antigüedades Orientales, la labor de organizar una misión en la llanura iraní. La responsabilidad sobre el terreno recae en R. Ghirshman que va a Tepe Giyan, cerca de Nehavend, para estudiar unas instalaciones prehistóricas. La exploración se ampliará a otros yacimientos de la región de Assadabad y del Luristán, y al de Sialk, cerca de Kachan.

Estas investigaciones constituyen una importantísima contribución al conocimiento de la prehistoria oriental y se enmarcan en el proyecto en el que colaboran los arqueólogos europeos y americanos en Oriente

---

216 R. Ghirshman, *Mémoires de la mission archéologique en Iran*, t. 33, *Recherches à Tchoga-Zambil. 1935-1936 et 1946*, París, 1953.

Próximo. En Giyan y Sialk, se aplican los métodos científicos de excavación empleados en Asia occidental desde principios del siglo XX, y estos dos yacimientos «aportan nuestra mejor documentación estratigráfica de todo Irán».[217] Los resultados adquiridos permiten establecer paralelismos y sincronismos con las civilizaciones mesopotámicas contemporáneas desde el V milenio.[218]

Las intuiciones que expresaba J. de Morgan en 1926 en su *Préhistoire orientale* se confirman. Cuando en 1946 R. Ghirshman reúna bajo su dirección las dos misiones iraníes, abrirá en Susa, sobre la colina central, un gran campo de trabajo estratigráfico, donde las excavaciones, que duran veinte años, permitirán restablecer la sucesión de quince ciudades desde el III milenio hasta el siglo XIII d. C. Por otra parte, se realizan trabajos en un tell de la ciudad real y en la ciudad de los artesanos.

Las misiones arqueológicas francesas no sólo completan la exploración de Susa y su región, sino que confirman además los estrechos lazos del mundo iraní con Mesopotamia y las regiones que se extienden al este hasta la desembocadura del Indo. El Irán antiguo aparece en 1945 como intermediario entre el mundo semítico y grecorromano al oeste y la India y China al este.[219] Así, la arqueología, desde las últimas décadas del siglo XIX, permite restablecer la unidad de un territorio muy vasto comprendido entre el Mediterráneo y el Indo.

### 7.1.2.3. Los países del Tigris y el Éufrates

Los trabajos de J. de Morgan y sus sucesores desvelaron la estrecha relación que mantuvieron desde la antigüedad más lejana los mundos iraní y mesopotámico.

Si bien la Mesopotamia antigua se halla comprendida, entre Mosul y Bassora, dentro de las frontera del Estado iraquí constituido en 1920 y sometido al mandato británico, las civilizaciones que se fueron sucedien-

---

217 A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne*, II, París, Albin Michel, 1953, p. 172.

218 R. Ghirshman, «Activité des missiones archéologiques françaises en Iran depuis la Première Guerre mondiale», actas del Congreso de Chiraz, 1971, París, 1974.

219 J. Perrot, «Vingt ans de fouilles à Suse», *Dossiers histoire et archéologie, De l'Euphrate à l'Indus*, dic. de 1987.

do bajo su suelo desde la prehistoria se extendieron mucho más allá de las fronteras políticas modernas. Las regiones bañadas por el Tigris, el Éufrates y sus afluentes disfrutaron desde la más remota antigüedad de estas vías de circulación que permitieron los intercambios e hicieron de Asia occidental un extraordinario crisol cultural.[220]

Así, se reconoce en Siria del Norte, en la región comprendida entre el Éufrates medio y el Jabur, la misma sucesión de culturas que la que se encuentra en Mesopotamia central y meridional; el palacio de Mari, situado en territorio sirio, desveló los archivos que hacen revivir toda la Mesopotamia de tiempos de Hammurabi. El Éufrates, cuyo nacimiento se halla en la Anatolia turca, comunica Mesopotamia con el país hitita: los yacimientos de Karkemish, Arslan Tash y Tell Amar, excavados después de 1920 en Siria, muestran los intercambios que se instauran entre estos dos mundos. En el camino que lleva desde el Éufrates al Mediterráneo, el territorio sirio desveló una gran riqueza en yacimientos donde las civilizaciones encontraron los mundos egeo y egipcio.

Ésta es la razón por la que la arqueología mesopotámica se extendió paralelamente después de 1920 en Iraq y Siria, dos países sometidos a administraciones diferentes. Tanto las circunstancias políticas como las exigencias científicas propician la colaboración entre los servicios de antigüedades sirio e iraquí y el refuerzo de las relaciones e intercambios entre arqueólogos occidentales. De hecho, la administración que establecen los franceses en Siria facilita a los ingleses y americanos la apertura de campos de trabajo; mientras, en Iraq, los franceses consiguen retomar los trabajos en Tello y excavan en Larsa.

Poco después de la entrada de las tropas británicas en Bagdad en mayo de 1917, e incluso antes de la firma del armisticio en 1918, el British Museum estaba representado en Iraq por Robert Campbell Thompson que, antes de la guerra, excavó en Nínive. Fue capitán del Intelligence Corps en Bagdad y asistente en el British Museum, por lo que los Trustees reclamaron que se uniese al ejército como arqueólogo encargado de proteger las antigüedades.[221] Sondea Ur, donde le sucede H. R. Holland Hall

---

220 Para la historia de las investigaciones, véase J. Bottéro y M.-J. Stève, *Il était une fois la Mésopotamie*, París, Gallimard (Découvertes), 1993.

221 S. Lloyd, *Foundations in the Dust. The Story of Mesopotamian Exploration*, Londres, Thames & Hudson, 2.ª ed., 1980.

(1873-1930), asistente también del British Museum, enviado a Iraq en 1919 e integrado en el Political Service, a cargo de las antigüedades. Pero al reducirse los créditos, hubo que cerrar los campos de trabajo y los arqueólogos británicos, asociados a los americanos, no vuelven a esta región hasta 1922.

Una vez concedido el mandato de Iraq a Gran Bretaña, se organizan los servicios administrativos, sobre todo el de antigüedades, creado por Gertrude Bell,[222] nombrada Oriental Secretary ante el alto comisario británico en Bagdad. Convertida en primera directora de antigüedades, establece en 1923 la legislación sobre el patrimonio arqueológico, decide fundar la British School of Archaeology y el museo de Iraq. G. Bell conserva varios de los principios establecidos por las leyes otomanas concebidas por Hamdi Bey[223] y fija estrictas reglas para la organización de misiones extranjeras, que deben contar obligatoriamente con un epigrafista, un arquitecto y un fotógrafo.[224] Los trabajos han de poner en práctica los métodos científicos más modernos, ya que los objetos descubiertos son propiedad del Estado tras el reparto entre el arqueólogo y las colecciones nacionales iraquíes. Cuando en 1933 se endurezca esta legislación, suprimiendo el reparto de objetos, las misiones inglesas y francesas renunciarán a sus trabajos en Iraq y se concentrarán en Siria. En 1937, los arqueólogos americanos dejan también Iraq; los alemanes son los únicos presentes y se instalan en el yacimiento de Warka.

La independencia de Iraq en 1932 y su administración en el seno de la Sociedad de Naciones hace que se reclame en Londres a Sidney Smith, asiriólogo que había asumido hasta entonces la dirección del Servicio de Antigüedades. El rey Feisal ofrece su puesto a Sati al-Husri, una personalidad de primera línea y ferviente nacionalista árabe[225] que dedica la mayor

---

222 Gertrude Bell (1868-1926): exploradora y mujer de letras británica, desempeña en Iraq un papel político de capital importancia que favorece la implantación en Bagdad de la dinastía hachemí y la creación del Servicio Arqueológico. Cf. H. V. Winstone, *Gertrude Bell*, Londres, 1976; J. Wallach, *La Reine du désert. Vie de Gertrude Bell*, París, Bayard, 1997.

223 En 1882, todo el imperio otomano y en especial Siria e Iraq estaban sometidos al mismo régimen legislativo.

224 Cf. S. Lloyd, *op. cit.*, p. 181.

225 Nacido en Yemen, fue educado en Estambul, donde apareció como un profesor notable y muy influyente. Cuando en 1932, el rey Feisal le propone reorganizar el sistema educativo de Iraq, prefiere dirigir las antigüedades.

parte de los créditos del servicio al patrimonio islámico. A partir de 1936, abre las primeras excavaciones iraquíes en los yacimientos islámicos y, más tarde, en los preislámicos:[226] de hecho, los primeros arqueólogos iraquíes vuelven a su país tras formarse en la Universidad de Chicago[227] y el inglés Seton Lloyd,[228] que trabaja a partir de 1939 para el departamento iraquí de antigüedades como consejero técnico, se asocia a la dirección del campo de trabajo de Tell Uqair, primer yacimiento preislámico explorado por el joven servicio iraquí. A pesar de la interrupción de los trabajos arqueológicos ingleses en 1933, la British School of Archaeology fundada en 1932 reanuda la actividad de campo en 1949: Max Mallowan (1904-1978), tras explorar los tells del valle del Jabur en territorio sirio, vuelve a Bagdad y retoma la exploración de Nimrud.

El regreso de M. Mallowan a Iraq coincide con la partida de su compatriota Lloyd hacia Turquía para dirigir el Instituto Británico de Arqueología fundado en Ankara. Los destinos cruzados de estos dos grandes arqueólogos ingleses muestran los estrechos lazos que mantienen Gran Bretaña y Estados Unidos en Oriente Próximo. De hecho, M. Mallowan trabaja en el marco de las instituciones británicas y S. Lloyd siguió a Henri Frankfort de Egipto a Iraq, donde el Oriental Institute of Chicago[229] le encargó que organizase una misión.

El Oriental Institute de la Universidad de Chicago, que James Henry Breasted pudo organizar en 1919 gracias a la generosidad de J. D. Rockefeller Jr., despliega asimismo su actividad en Egipto y Oriente Próximo y se convierte enseguida en la institución americana más importante en

---

226 A partir de 1936, en Samarra, la efímera capital de los califas en el siglo IX, y en Wasit, la ciudad fundada en 703. En 1941, el equipo del departamento iraquí de antigüedades abre el primer campo de trabajo preislámico en Tell Uqair, donde descubren un templo protosumerio fechado en el III milenio.

227 Es el caso de Taha Baquir, especialista en escritura cuneiforme y Fuad Safar (1903-1978) que comparte con Seton Lloyd la dirección del campo de trabajo de Tell Uqair a partir de 1941.

228 Seton Lloyd, nacido en 1902, arquitecto y arqueólogo británico, trabajó para el Oriental Institute de Chicago, consejero técnico en el Servicio de Antigüedades de Iraq, director del Instituto Británico de Arqueología de Ankara, sucede a M. Mallowan en la cátedra de arqueología de Asia occidental en el Instituto de Arqueología londinense.

229 La Iraq Expedition del Oriental Institute de Chicago mantiene su actividad en este país de 1929 a 1937, a pesar de la legislación de 1932.

estos lugares.[230] En Iraq, la misión americana, lujosamente instalada en Tell Asmar, explora la cuenca del Diyala al nordeste de Bagdad y excava el palacio de Jorsabad. El Instituto de Chicago posee asimismo una Amouq Expedition que se encuentra en Rihaniyah (Siria), y en Palestina, financia las excavaciones de Megiddo; el instituto americano está también presente en Irán, en el yacimiento de Persépolis. Bajo la dirección de J. H. Breasted, el Oriental Institute está muy bien dotado, pero la crisis de 1929 provoca una disminución de fondos importante y en 1938, se produce la suspensión de los trabajos en Iraq y Siria. Las actividades no se retomarán hasta 1946, cuando Robert J. Braidwood inicie sus investigaciones prehistóricas al norte de Iraq, en el yacimiento de Qalaat-Jarmo.

En 1914, Estados Unidos no había conseguido imponerse en Mesopotamia tras intentar excavar en Nippur y Adab, pero después de 1918 el orientalismo americano se toma una magnífica revancha.[231] La American School of Oriental Research, implantada en Jerusalén a principios de siglo, ve completado en 1919 su título con la mención de Bagdad: la escuela americana instalada en Iraq no tiene el presupuesto suficiente para mantener a un director residente, pero se asegura la presencia de un profesor titular por un año: en 1925, Edward Chiera, miembro del Oriental Institute, ocupa este puesto y abre el campo de trabajo de Yorgan-Tepe, al sudeste de Nínive. En los años siguientes, la Universidad de Harvard se asocia a la Escuela de Bagdad para continuar los trabajos. La escuela americana participa muy activamente en la arqueología de campo, explorando los dos tells de Gawra y Billah, cuya excavación está dirigida por E. A. Speiser.[232] En 1922, el Oriental Institute de Chicago y el museo de la Universidad de Pensilvania se asocian al British Museum para explo-

---

230 J. H. Breasted, *The Oriental Institute, The University of Chicago Survey*, vol. XII, Chicago, 1933; J. A. Wilson, «James Henry Breasted. The Idea of an Oriental Institute», en *Essays in Honour of Nelson Glueck. Near Eastern Archaeology in the Twentieth Century*, Nueva York, J. A. Sander, 1970, pp. 41-56.

231 Para una historia breve de la arqueología americana en Oriente Próximo, cf. G. Ernest Wright, «The Phenomenon of American Archaeology in the Near Est», en *Essays in Honor of Nelson Glueck. Near Eastern Archaeology in the Twentieth Century, op. cit.*, pp. 3-40.

232 E. A. Speiser profesor de la Universidad de Pensilvania y profesor anual en Bagdad en 1927, más tarde director de la American School of Oriental Research de Bagdad, de 1934 a 1947. Dirige las excavaciones de Gawra y Billah.

rar Ur y El-Obeid. Favorecida por las condiciones creadas por el mandato británico en Iraq, la colaboración entre instituciones inglesas y americanas se generaliza: así ocurre en Kish e incluso en Djemdet-Nasr.

En cuanto a la arqueología alemana, que Walter Andrae, Robert Koldewey y Julius Jordan ilustraron muy bien en Uruk-Warka, Qalaat Shergat-Asur y Babilonia, recupera su esplendor en Mesopotamia a partir de 1928, cuando se reanudan los trabajos en Warka bajo el patrocinio de la Norgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft y la Deutsche Orient Gesellschaft. J. Jordan, director del campo de trabajo de Warka, desempeña entre 1932 y 1939 un papel importante ante el Servicio de Antigüedades iraquí y sucede a Sidney Smith en el puesto de consejero técnico de las excavaciones.

En 1920, se abre un periodo especialmente fausto que hoy se nos presenta como una auténtica «edad de oro». El descubrimiento de los sumerios a finales del siglo XIX llevó progresivamente a los arqueólogos a investigar los orígenes de esta civilización; desde antes de 1914, se anuncia que se puede remontar aún más en el tiempo y se empieza a sospechar el alcance de la protohistoria mesopotámica. Sin embargo, es a partir de 1920 cuando «al [haberse puesto] de moda la protohistoria»,[233] todas las misiones arqueológicas se fijan el objetivo de reconocer los diferentes periodos de lo que entonces se dio en llamar la «prehistoria» mesopotámica. Semejante empresa se hace posible gracias a una innovación técnica experimentada ya por los arquitectos-arqueólogos alemanes en el mundo helénico:[234] la exploración estratigráfica.

En Oriente Próximo, los arqueólogos alemanes, arquitectos de formación, introdujeron desde finales del siglo XIX unos métodos científicos de excavación: establecen nuevos objetivos para la investigación arqueológica de Oriente Próximo, en especial, el examen minucioso de la arquitectura y de la organización de los yacimientos, del cual R. Koldewey ofrece un magnífico ejemplo en Babilonia;[235] también son los primeros que

233 Agatha Mallowan Christie, *Let me Know How you Live*, Londres, 1944 (ed. francesa, *Dis-moi comment tu vis*, París, Stock, 1977).

234 Como, por ejemplo, W. Dörpfeld en Olimpia (1878) y en Troya (1882), o el inglés R. M. G. Dawkins en el santuario de Artemis Ortia en Esparta (1905).

235 De 1899 a 1917.

tratan de restituir la estratificación de los tells de Mesopotamia para sacar conclusiones de orden histórico. De hecho, es a Walter Andrae a quien corresponde el mérito de haber introducido en Mesopotamia la técnica de la excavación estratigráfica, que se generalizaría a partir de 1920. El yacimiento de Qalaat-Shergat, la antigua Asur, proporciona a los arqueólogos de Oriente Próximo el «prototipo de todas las investigaciones estratigráficas venideras».[236] La exploración estratigráfica permitía restablecer una cronología relativa de un yacimiento, y al generalizarla, se construiría un sistema cronológico coherente en el que se enmarcarían los sucesivos descubrimientos.

A partir de 1920, se establecen los distintos periodos de la protohistoria mesopotámica gracias a los trabajos llevados a cabo con gran rigor científico en los yacimientos, cuyos nombres designarán las etapas que jalonan el largo camino recorrido por los hombres desde los límites de la prehistoria hasta la protohistoria. De este modo, antes de la segunda guerra mundial, se identificaron en el Sur mesopotámico tres periodos: el de El-Obeid, Uruk y Djemdet-Nasr, completados en el norte con el de Halaf[237] y después de 1945, con los de Hassuna,[238] Samarra[239] y Eridú;[240] el yacimiento de Qalaat-Jarmo permitía establecer en 1948 la transición entre las épocas neolítica y calcolítica.[241]

Ya sean inglesas, americanas, alemanas o francesas, todas las exploraciones arqueológicas efectuadas en Iraq a partir de 1920 tienen lugar en yacimientos sumerios:[242] en Kish, los angloamericanos suceden a los fran-

---

236 S. Lloyd, *Foundations in the Dust. The Story of Mesopotamian Exploration*, Londres, Thames & Hudson, 1980, pp. 178 y 462-465.

237 La cerámica característica de este periodo fue descubierta por primera vez por Max von Oppenheim, durante las excavaciones de Tell Halaf, cerca del nacimiento del Jabur, realizadas de 1911 a 1913, y de nuevo a partir de 1929. La posición del periodo de Halaf en la cronología de la prehistoria mesopotámica queda garantizada con los trabajos de Max Mallowan en Nínive, en 1931, y Arpachiyah, en 1933.

238 El yacimiento de Hasuna, al sur de Mosul, es excavado en 1943 por S. Lloyd y Fuad Safar, ambos del Servicio de Antigüedades de Iraq.

239 Samarra, en el Tigris, al norte de Bagdad, fue explorada de 1912 a 1914 por E. Herzfeld.

240 De 1946 a 1949, el Servicio de Antigüedades de Iraq excava el yacimiento de Eridú.

241 A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne*, II, *op. cit.*, pp. 107-331.

242 Cf. S. Lloyd, *Foundations in the Dust, op. cit.*, pp. 186-187.

ceses en 1923; en 1922, el British Museum y el museo de la Universidad de Pensilvania se asocian en una Joint Expedition que, encargada de excavar Ur y sus alrededores, se dirige al yacimiento de El-Obeid; en 1928 la Deutsche Orient Gesellschaft obtiene la oportunidad de completar las excavaciones de Warka. La Iraq Expedition, dirigida por H. Frankfort para el Oriental Institute de Chicago, retoma en 1929 la excavación del palacio de Jorsabad y en 1931, la exploración de un conjunto de ciudades sumerias en el valle de la Diyala, al este de Bagdad.[243] Ese mismo año, los franceses acuden a Tello y a Larsa en 1933.

En todos los yacimientos explorados en esta época, se preocuparon por determinar los orígenes de la civilización sumeria y se acostumbraron a efectuar sistemáticamente en todos los campos de trabajo un sondeo estratigráfico hasta los primeros niveles de ocupación y hasta suelo virgen. Observan que cada estrato está marcado por una cerámica característica y reconocen la misma superposición en varios yacimientos diferentes. Así es como se va comprobando regularmente la misma sucesión de periodos pre o protosumerios identificables por su cerámica.

Las investigaciones se llevan a cabo en un primer momento en el Sur de Mesopotamia. Sir Leonard Woolley,[244] director de la Joint Expedition enviada a Ur en 1922 por el museo británico y el museo de la Universidad de Pensilvania, reconoce en el yacimiento de El-Obeid[245] lo que se considera como el primer periodo de la protohistoria mesopotámica. Los resultados obtenidos por L. Woolley y su equipo en El-Obeid remontan los orígenes de la civilización en Mesopotamia al IV milenio; «gracias a la habilidad de los excavadores [...] los límites del conocimiento acababan de ampliarse considerablemente. Pero al mismo tiempo se creaba un profundo hueco entre Obeid y la Historia. Había que encontrar las etapas intermedias»,[246] tarea a la que se lanzan los orientalistas de las naciones occi-

243 Los santuarios de Tell Asmar, Khafadjeh y Tell Agrab son excavados y ofrecen multitud de esculturas dignas de las de Tello.

244 Sir Charles Leonard Woolley (1880-1950) excavó en Egipto de 1907 a 1911 y participó en los trabajos de Karkemish antes de ir a Mesopotamia. Fue capitán del Intelligence Service en Egipto y estuvo prisionero en Turquía de 1916 a 1918.

245 R. Hall descubrió en 1919 el tell de El-Obeid, de donde extrajo objetos identificados como «prehistóricos». Inicia excavaciones e identifica los vestigios de un templo que aporta muchos elementos decorativos y esculturas.

246 A. Parrot, *op. cit.*, I, pp. 281-282.

dentales. Mientras Woolley sondea El-Obeid, Steven Langdon[247] y Charles Watelin, con sus trabajos de Djemdet-Nasr, identifican una nueva fase que será designada con el nombre del yacimiento y se situará en tercera posición en la cronología elaborada antes de la segunda guerra mundial. Entre los periodos de El-Obeid y de Djemdet-Nasr faltaba un eslabón, que revelaría el yacimiento de Warka-Uruk.

En 1928, J. Jordan retoma los trabajos que él mismo comenzó en Warka en 1912 para la Deutsche Orient Gesellschaft. Aplica al barrio de Eanna un método estratigráfico impecable que, mediante un sondeo hasta suelo virgen al sudeste de la zigurat, «ofrece un conocimiento perfecto de los periodos protohistóricos en Mesopotamia y su secuencia exacta».[248] Por primera vez se podía reconstituir la estratigrafía completa de la Baja Mesopotamia desde el V milenio. El yacimiento de Warka aportaba los elementos necesarios para definir el segundo periodo de la protohistoria mesopotámica, la que se designaría en adelante con el nombre de Uruk.

En el mismo momento en que L. Woolley descubre en el tell de El-Obeid lo que entonces se considera como la fase más antigua de la protohistoria mesopotámica, comienza en 1922 la exploración del yacimiento de Ur: allí encuentra los restos de una ciudad portuaria fortificada, y limpia entera y metódicamente la zona sagrada, cuyo zigurat es uno de los mejor conservados de Mesopotamia. Durante la quinta campaña en 1926-1927, el sector sudeste de la muralla sagrada, donde Woolley efectuó sondeos en 1922, le revelaría la necrópolis real de Ur y le proporcionaría uno de los descubrimientos arqueológicos más deslumbrantes. Los trabajos, realizados metódicamente de 1926 a 1934, permitieron limpiar la necrópolis en sus distintas fases, desde los orígenes, en las épocas de Obeid y Uruk, hasta el periodo griego.

Las tumbas reales, con su riqueza y el lúgubre rito funerario que muestran, provocan una gran sorpresa: a los difuntos les acompañan al

---

247 Steven Langdon (1876-1937): profesor de la Universidad de Oxford, participa con Charles Watelin (1874-1934) en la misión angloamericana que, en 1922, retoma las excavaciones iniciadas en Kish en 1912 por el abad H. de Genouillac. Langdon excava después en Djemdet-Nasr, en 1925-1926. La cerámica, muy distinta de la de El-Obeid, permite remontar el yacimiento a finales del III milenio.

248 A. Parrot, *op. cit.*, I, p. 240; cf. J. Bottéro y M.-J. Stève, *Il était une fois la Mésopotamie, op. cit.*, p. 104 ss.

más allá muchos soldados, jinetes y animales de tiro así como damas de la corte con sus adornos más bellos. Abundan los objetos preciosos, que Woolley y su equipo de excavaciones, formados para cumplir las exigencias de un trabajo minucioso, consiguen extraer conservándolos en su mejor estado, para lo que utilizan unos delicados procedimientos de moldeado con cera y escayola. Así consiguen reconstituir las dos liras de madera con incrustaciones de materiales preciosos, adornados con cabezas de toro, una de bronce y la otra de oro y lapislázuli. La vajilla de oro y plata es impresionante.

Mediante la excavación minuciosa y metódica de la necrópolis real de Ur, Sir L. Woolley no sólo garantizaba un excelente conocimiento de los ritos funerarios desde la época de Obeid, sino que se esmeraba especialmente en la excavación, característica específica de la nueva generación de arqueólogos orientalistas.

En el yacimiento de Tello, donde el cónsul francés E. de Sarzec hizo resurgir por primera vez a los sumerios, se dispone una nueva expedición francesa en 1929: surge a propuesta de René Dussaud, conservador de las antigüedades orientales del Louvre, la organizan los Museos Nacionales y está dirigida por el abad H. de Genouillac. La misión integra, además de su director, a dos arquitectos y dos dibujantes. El jefe del campo de trabajo, Gustave Tellier (1899-1974), abría en Tello una larga carrera dedicada a la organización de trabajos de campo de las misiones francesas de Oriente Próximo. A. Parrot[249] y R. Ghirshman colaboran en la tercera campaña. En 1930-1931, se emprende una excavación estratigráfica para reconocer los niveles arcaicos identificados en Ur y Uruk que muestra la existencia en Tello de todos los periodos de la protohistoria mesopotámica. Las dos últimas campañas, en los inviernos de 1931-1932 y 1932-1933, están dirigidas por A. Parrot, que cierra así la exploración del yacimiento iniciada en 1877: las tumbas reales seguían ocultas, pero, muy a pesar de los arqueólogos, había que poner fin a los trabajos de Tello para acudir a un yacimiento más prometedor: el de Sekeré-Larsa, que la dirección de los Museos Nacionales franceses decidió excavar bajo los consejos de F. Thureau-Dangin.

249 André Parrot (1901-1980): conservador del Departamento de Antigüedades Orientales en el Louvre a partir de 1946, primer director del Museo del Louvre en 1968, secretario general de la Comisión de Excavaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores de 1959 a 1973. Véase su *Archéologie mésopotamienne, op. cit.*, I, pp. 356-357.

El Servicio de Antigüedades de Iraq quedó afectado tras los estragos causados en Larsa por los excavadores clandestinos y cuando en 1933 A. Parrot y su equipo llegan al yacimiento descubren un auténtico campo de batalla.[250] Sólo tiene lugar una campaña durante la cual los sondeos que se reparten en todo el yacimiento muestran su riqueza. Se preveía la continuación de los trabajos pero la decisión unilateral que toma el gobierno iraquí de modificar los convenios arqueológicos acordados con las misiones extranjeras conlleva la suspensión de los trabajos franceses e ingleses en Iraq.

Cuando L. Woolley dejaba Ur para ir a Achana y M. Mallowan abandonaba Arpachiyah para ir a Tell Chagar Bazar y Tell Brak, A. Parrot pasaba también por Siria, donde acababa de descubrirse Tell Hariri-Mari.

Al comienzo de los años treinta, la Baja Mesopotamia fue sondeada tan profudamente como permitía el subsuelo aluvial y las misiones arqueológicas, animadas por el propósito de remontar aún más el curso de la prehistoria mesopotámica, se dirigen al norte.

Las regiones del Alto Tigris en Iraq, y del Alto Jabur en Siria, encerraban los vestigios de los periodos más antiguos que mostrarían los yacimientos iraquíes de Arpachiyah y Tepe Gawra, cerca de Mosul, y en Siria los tells Brak, Chagar Bazar y Halaf. En 1927, E. Speiser, profesor y futuro director de la escuela americana de Bagdad, descubrió en el yacimiento de Tepe Gawra tres periodos ligados al neolítico, al calcolítico y a la edad de cuero. Los trabajos, retomados en 1931 por la American School de Bagdad, el University Museum de Pensilvania y el Dropsie College de Filadelfia, permiten restablecer «la extraordinaria e impresionante superposición de capas que van, sin interrupción, desde el neolítico hasta mediados del II milenio a. C.».[251] Ningún tell del norte de Mesopotamia había mostrado una estratigrafía tan completa aún. El yacimiento proporcionaba en especial, entre las capas correspondientes al periodo de El-Obeid y al neolítico, una cerámica parecida a la que Max von Oppenheim encontró por primera vez en Tell Halaf entre 1911 y 1913.

En 1931, M. Mallowan lleva a cabo una profunda excavación hasta suelo virgen en el yacimiento de Nínive, donde se vuelve a abrir el campo

250 *Ibidem*, p. 362.
251 *Ibidem*, p. 405.

de trabajo en 1927: la protohistoria mesopotámica aparece representada en todas sus etapas claramente superpuestas. Una vez más, la cerámica de Tell Halaf caracteriza el penúltimo estrato, seguido de una capa en la que encontramos de nuevo una cerámica tosca que aún sigue sin identificar. M. Mallowan verifica estas experiencias mediante una excavación abierta en 1933 en el yacimiento de Arpachiyah, a seis kilómetros de Nínive.

El gran arqueólogo inglés reconstituye, mediante el estudio de la cerámica, la sucesión cronológica desde el V milenio. Además, el tell de Arpachiyah, cuya cerámica ilustra profusamente el tema del bucráneo, confirma la hipótesis de sir Arthur Evans relativa al origen oriental de la doble hacha cretense. «Este tell de poca apariencia [...] aportaba documentos nuevos para el estudio de las relaciones entre Oriente y el Egeo».[252] Asimismo se imponían los acercamientos y comparaciones con las regiones situadas al este: Irán, Baluchistán y hasta las orillas del Indo.

La misión de Arpachiyah, patrocinada por la British School y el British Museum, es la última que los ingleses llevan a cabo en Iraq antes de la segunda guerra mundial.

La riqueza y complejidad de los intercambios en torno a Oriente Próximo iban a confirmarse con los descubrimientos que suscita la exploración de Siria y Palestina. La influencia de las civilizaciones mesopotámicas queda patente en numerosos yacimientos sirios, donde se organizan las excavaciones gracias a las condiciones que propicia el mandato francés. Así es como Robert du Mesnil du Buisson, gracias a las tablillas descubiertas en el santuario principal de Mishrifa-Qatna,[253] descubre que este templo estaba dedicado a la diosa sumeria Ningal. Maurice Pézard (1877-1923) hace averiguaciones del mismo tipo en Qadesh, lugar de la memorable batalla entre Ramsés II y los hititas, en el siglo XIII a. C.

Los países del Éufrates medio muestran asimismo el impacto de la civilización asiria y presentan los mismos vestigios de la protohistoria que el resto de Mesopotamia. La prospección que los americanos, W. F. Albright y el R. P. Dougherty, cumplen en 1925 permite inventariar todos

---

252 *Ibidem*, p. 422.

253 Conde Robert du Mesnil du Buisson (1895-1986): oficial de caballería y arqueólogo. Excava las ruinas de El-Mishrifa-Qatna en 1924 y 1927. «L'ancienne Qatna ou les ruines d'El-Mishfifé au nord-est de Homs», *Syria*, 1928, pp. 6-24, 681 ss.

los tells de la región. El mismo año, Paul Perdrizet (1870-1938), acompañado de Henri Seyrig, Daniel Schlumberger y el capitán Piquet-Pellorce, recorre la región hacia la desembocadura del Karkemish y visita los dos yacimientos de Tell Amar y Arslan-Tash. En su informe al alto comisario para Siria, el general Sarrail solicita la autorización para emprender excavaciones regulares en estos dos tells, situados en contacto con el mundo hitita. La Academia de Inscripciones y Bellas Letras, a la que se consulta enseguida, no permitirá la realización del proyecto hasta 1927, tras la visita de F. Thureau-Dangin y Jean Darrous a los dos tells. Se confía una misión, subvencionada por los Museos Nacionales, la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y el Ministerio de Instrucción Pública, a Thureau-Dangin, que en 1928 lleva a cabo dos campañas en Arslan-Tash y transporta a su equipo a Tell Amar, donde excava de 1929 a 1931.

Los dos tells corresponden a dos residencias reales de época asiria. Arslan-Tash presenta un magnífico lote de marfiles que incluye más de cien medallones que debieron de decorar muebles. De origen fenicio o sirio y fechados en el siglo IX a. C., estos marfiles traducen influencias egipcias y egeas, pero también hititas y mesopotámicas.

En Tell Amar, el palacio asirio, levantado por Salmanasar III hacia el año 850 a. C.[254] e identificado en Til-Barsib, capital del Estado arameo, muestra cerca de ciento treinta metros de muros decorados con pinturas conservadas en fragmentos sumamente frágiles, que las técnicas utilizadas no permitieron conservar in situ ni trasladar a otro lugar. Lucien Cavro,[255] arquitecto del Instituto Francés de Damasco, realiza unas valiosísimas reproducciones a tamaño real. Los documentos recopilados en Tell Amar/Til-Barsib constituían en el momento de su descubrimiento

---

254 A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne, op. cit.*, I, p. 474.

255 Lucien Cavro (1905-1973): arquitecto y dibujante, acude al campo de trabajo de F. Thureau-Dangin en Til-Barsib, y en 1929 logra extraer algunas muestras de pinturas murales descubiertas en el palacio asirio (conservadas en los museos de Alepo y el Louvre) y sobre todo, aportar una documentación iconográfica fundamental a tamaño real, de unos cien metros de largo, que fue expuesta en París, en el Museo de l'Orangerie en octubre-noviembre de 1930. A continuación participará en los campos de trabajo de la Universidad de Yale en Dura Europos (1927), y luego en Damasco. En el Líbano le pidieron que restaurase los palacios de Beit-Eddine y Deir el-Qamar. Dirigió un gabinete de arquitectura en Beirut. Sus ilustraciones figuran en el *Tib-Barsib* de M. Dunand (láms. XLIII-LIII) y el *Asur* de A. Parrot (láms. IX-XIII). Cf. A. Parrot, «Lucien Cavro (1905-1973)», *Syria*, 50, 1993, pp. 477-478.

unos testimonios excepcionales de un arte palaciego del que hasta la fecha se habían hallado poquísimos restos. El descubrimiento de estelas esculpidas de arte hitita entre las estelas asirias provoca perplejidad y plantea una serie de cuestiones a las que aún no se puede responder con certeza. Tell Amar/Til-Barsib demostraba asimismo su estrecho parentesco con los demás yacimientos mesopotámicos: allí se encuentran las primeras fases de la protohistoria, extraídas de un sondeo hasta suelo virgen que permitió recopilar cerámica próxima a los tipos de Tell Halaf, Obeid y Arpachiyah.

Tell Amar/Til-Barsib y Arslan-Tash aportaban un testimonio sobrecogedor de los lazos que mantenían cuatro civilizaciones diferentes, representadas por los marfiles fenicios, la estatuaria aramea influida por la de los hititas y los asirios, y la pintura asiria del palacio de Til-Barsib. Este «sincretismo» se explicaba por la situación de los dos yacimientos, en una gran vía de comunicación este-oeste que iba del Tigris, en la alta Siria, hasta la costa. Esta zona del norte de Siria pertenecía al reino hitita que, desde la capital Boghazköy-Hattusa en Anatolia, extendió ampliamente su radio de influencia por el Éufrates medio y hasta las inmediaciones del Mediterráneo durante los siglos XIV y XIII.

Si el descubrimiento de los hititas[256] debía mucho a los franceses Charles Texier, Georges Perrot y Ernest Chantre,[257] son los alemanes Karl Humann[258] y Felix von Luschan[259] quienes en 1888 lanzan las primeras excavaciones en el yacimiento de Sendjirli. En 1906, a Hugo Winckler[260]

---

256 Para una historia del descubrimiento y de la arqueología del mundo hitita, cf. C. W. Ceram, *Enge Schlucht und schwarzer Berg. Entdeckung des Hethiter-Reiches*, 1957.

257 C. M. F. Texier realiza su viaje a Asia Menor en 1834 y publica su *Description de l'Asie Mineure* en 1839; G. Perrot visita Anatolia durante la famosa misión de 1862 que lleva a cabo con el arquitecto E. Guillaume, *Exploration archéologique de la Galatie et de la Bithynie*, París, 1872. E. Chantre realiza dos exploraciones en Capadocia en 1893-1894 y sondeos en Alaca Höyük, Boghazköy y Yazilikaya.

258 Karl Humann (1839-1895): ingeniero de caminos, director de las excavaciones de Pérgamo de 1878 a 1886, director de los museos reales de Berlín.

259 Felix von Luschan (n. 1854): médico militar apasionado por la arqueología, delegado en Sendjirli junto K. Humann por la dirección de los museos reales de Berlín.

260 Hugo Winckler (1863-1913): orientalista alemán, es el iniciador de las excavaciones del yacimiento hitita de Boghazkale-Boghazköy, en Asia Menor (1906, 1911-1912), donde descubre más de dos mil quinientas tablillas que permitieron identificar el yacimiento con Hattusa, capital del Imperio hitita.

le corresponde el honor de organizar el primer campo de trabajo en Boghazköy, donde su compatriota Kurt Bittel[261] retomará los trabajos en 1931. Antes de la primera guerra mundial, un equipo inglés formado por L. Woolley, T. E. Lawrence y D. G. Hogarth explora Karkemish. A pesar de que G. Perrot, E. Pottier o G. Contenau abordan la cuestión de los hititas en su obra científica,[262] la arqueología francesa no está representada sobre el terreno antes de 1931, mientras se multiplican las misiones de las demás naciones occidentales: en 1925, el checo B. Hrozny, uno de los que descifran la lengua hitita descubierta con las tablillas recopiladas en Boghazköy, hace indagaciones en Kültepe; en 1927, el Oriental Institute de Chicago se instala en Aleshar, que explora hasta 1933; en cuanto al British Museum, confía a J. Garstang las excavaciones de Karkemish, a orillas del Éufrates y en un punto delicado de la frontera sirioturca. Para Francia, el primero que renueva las investigaciones en territorio turco es Louis Delaporte[263] que, de 1931 a 1933, excava en Has-Heuyuk y se dedica a recomponer, mediante el examen de las cerámicas, la cronología del yacimiento desde el neolítico hasta 1200 a. C. Pero el yacimiento que acapara casi toda su atención es el de Arslan Tepe, cerca de Malatya: saca a la luz un palacio hitita del siglo XIII, sustituido en tiempos de Sargón de Asiria por la residencia de un gobernador asirio. Las investigaciones de L. Delaporte se sumaban a las de sus compatriotas en la Alta Siria y dan lugar a las mismas conclusiones que las misiones americana e inglesa implantadas en la región de Antioquía, en la cuenca del alto Jabur y en Karkemish.

A partir de 1931, el Oriental Institute de Chicago consigue que el Servicio de Antigüedades de Siria le conceda los campos de trabajo de Chatal-Huyuk, Djedeide y Tainat, tres yacimientos próximos al lago de

---

261 Kurt Bittel (1907-1990): profesor de historia antigua en Tubinga y presidente del Deutsches Archäologisches Institut de Berlín. Dirige las excavaciones de Boghazköy. *Bogazköy III*, Berlín, 1957.

262 G. Perrot, en su *Histoire de l'art dans l'Antiquité*; E. Pottier, con su obra sobre *L'Art hittite*, 1926. G. Contenau proporciona los *Élements de bibliographie hittite*, París, 1922, y plantea la cuestión de los hititas en su libro *La Civilisation des Hittites et des Mitanniens*, París, 1934.

263 Louis-Joseph Delaporte (1874-1944): profesor de asiriobabilonio en el Instituto Católico de París, fundador y director de la *Revue hittite et asianique*, muere deportado en el campo de Vollau.

El-Ama, en el camino de Alepo a Antioquía.[264] La Syrian Hitite Expedition[265] cuyos trabajos de campo dirige Claude Prost, arqueólogo francés que pertenece al Servicio Sirio de Antigüedades, persigue el reconocimiento de los yacimientos hititas de Siria del Norte, en la región comprendida entre el Éufrates y el Mediterráneo, muy estrechamente ligada al imperio hitita de Anatolia. Los descubrimientos de la misión americana vinculan los tres yacimientos a las civilizaciones hitita y asiriobabilonia.

La misión inglesa de L. Woolley, tras retomar las excavaciones de Karkemish, se instaló al otro lado de la ruta de Alepo, en el tell de Achana, y lindaba con el equipo americano de Tainat. Las investigaciones llevadas a cabo de 1936 a 1939 permiten a Sir Leonard Woolley hallar «los elementos de una historia continua de Siria del Norte, de 2000 a 1200 a. C.», y presenta Achana «como una placa giratoria en la que se entremezclan egipcios, egeos, hititas, hurritas y acadios».[266]

Los franceses tienen ocasión de profundizar en su conocimiento sobre las civilizaciones del Éufrates medio con el campo de trabajo que se abre en 1933 en Tell Hariri. La resurrección de la ciudad real de Mari,[267] capital del Éufrates medio, sometida y devastada por Hammurabi en el siglo XX a. C., iba a aportar una valiosísima información sobre la Mesopotamia del III milenio.

En 1933, el Servicio de Antigüedades de Siria recibe la noticia del descubrimiento fortuito de una estatua en el Tell Hariri, cerca de Abu-Kemal, a dos kilómetros y medio del Éufrates. Avisan a R. Dussaud en París y éste toma enseguida la decisión de que se excave el yacimiento. H. Seyrig otorga la concesión y asigna la dirección de la nueva misión a A. Parrot, cuyas investigaciones en Larsa (Iraq) finalizan debido a la modificación de las leyes sobre las antigüedades. Subvencionada por los Museos Nacionales y el Ministerio de Educación Nacional, la misión realizará en Mari seis campañas de 1933 a 1939. A. Parrot está rodeado de sus cola-

264 De 1932 a 1935 tienen lugar tres campañas en Chatal-Huyuk, de 1934 a 1936, dos en Djedeidé, y de 1935 a 1937, tres en Tell Tainat.

265 J. H. Breasted, *The Oriental Institute of Chicago*, 1933, cap. XIII, pp. 301-309, «The Syrian Hittite Expedition»; esta misión la dirige C. W. Mc Ewan.

266 A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne, op. cit.*, I, p. 484.

267 *Ibidem*, pp. 495-513. Cf. también *Mari, une ville perdue et retrouvée par l'archéologie française*, París, 1936, y *Mari capitale fabuleuse*, París, 1974.

boradores de Tello y de Larsa, a los que añade dos arquitectos y un dibujante. Los considerables descubrimientos epigráficos requieren la ayuda de un asiriólogo: es el profesor Georges Dossin,[268] que acepta efectuar el estudio de una enorme cantidad de tablillas, pero en vista de la abundancia de material es, se rodeará de un auténtico equipo.[269] F. Thureau-Dangin, con sus muchos artículos en la *Revue archéologique*, contribuirá también por su parte al estudio de documentos inscritos recopilados en el palacio.

El yacimiento estuvo ocupado hasta el periodo partosasánida; el palacio y los templos, construidos durante el III milenio, muestran la prosperidad y el poder de la capital hasta el año 2000 a. C. aproximadamente. A pesar de no llegar hasta suelo virgen, un sondeo estratigráfico permite remontarse hasta la época de Djemdet-Nasr y suponer que en Mari se sucedieron las etapas de la protohistoria mesopotámica.

Los trabajos de limpieza se llevan a cabo, por una parte, en la región de los santuarios de Ishtar, Ninhursab y Dagón y, por otra, en el inmenso palacio, cuyas innumerables piezas y cursos ocupan una superficie de unas dos hectáreas y media. Su estado de conservación es absolutamente asombroso ya que algunas paredes de ladrillo se levantan todavía a una altura de cinco metros. Varias salas hasta conservaban su decoración de pinturas, inspirada en temas rituales o de culto, escenas del «sacrificio de agua y fuego», del sacrificio de los toros o de «la investidura del rey de Mari».[270]

Pero es la «sala de los archivos» la que guarda la mayor y más espléndida sorpresa para los arqueólogos: alberga miles de tablillas que constituyen la correspondencia diplomática de los últimos reyes de Mari. Enseguida se confía el estudio de unos veinte mil documentos al equipo de asiriólogos dirigido por G. Dossin y la colección de *Textes cunéiformes* del Museo del Louvre se encarga de la publicación de los archivos de Mari. Las tablillas de Mari «arrojan una viva luz sobre el periodo de la historia oriental», todavía oscuro, y aclaran «todo el capítulo del establecimiento

---

268 Georges Dossin, profesor a partir de 1946 en el Instituto de Filología e Historia Orientales y Eslavas de la Universidad Libre de Bruselas. *Archives royales de Mari*, París, I, 1946, IV, 1951.

269 C. F. Jean, que publica los *Archives royales de Mari*, II, París, 1941; M. Rutten, que estudia una colección de inscripciones; J. R. Kupper redacta una tesis doctoral presentada en la Universidad Libre de Bruselas en 1946 en los *Archives royales de Mari*.

270 Cf. A. Parrot, *op. cit.*, I, p. 511.

de la hegemonía babilonia a principios del II milenio a. C.».[271] Tras la segunda guerra mundial, A. Parrot retomará los trabajos de Mari, hasta 1974. Hoy en día, una misión francesa dirigida por Jean Margueron, es la encargada de este yacimiento capital de la arqueología mesopotámica. En la misma medida que Tello o Susa, Mari es uno de los grandes campos de trabajo donde más ha contribuido la arqueología francesa al conocimiento del Oriente Próximo antiguo. La misión de Mari marcaba, en los albores de la segunda guerra mundial, el punto de llegada de las investigaciones entabladas en nombre de Francia por los cónsules Botta y Sarzec en Mesopotamia.

A Max Mallowan le correspondía explorar la última porción del eje que unía los países del Tigris y el Éufrates con el Mediterráneo. En 1934, acompañado por su esposa, señora Mallowan (Agatha Christie), procede al reconocimiento de todos los tells situados en el triángulo comprendido entre el alto Jabur, el Djaghdjagh y la frontera turca. Excava Chagar Bazar y Tell Brak donde encuentra, en relación con los periodos protohistóricos, la misma sucesión cronológica que en Mesopotamia central y Sumer. Descubre sobre todo los precoces intercambios establecidos en las épocas arcaicas entre los países del Tigris y el Mediterráneo, entre Mesopotamia y los egeos, así como también con la región del Indo.

Los países del Éufrates medio, que corresponden a Siria del Norte, se mostraban gracias a los trabajos arqueológicos como una región de intercambios intensos entre las diversas civilizaciones establecidas en Oriente Próximo en una época muy alta; antes de la segunda guerra mundial existían pruebas de relaciones muy antiguas entre el mundo oriental y el Mediterráneo.

Semejantes resultados sólo pudieron conseguirse gracias a la exploración arqueológica organizada por el servicio de antigüedades de Siria que crearon las autoridades mandatarias francesas.

Las circunstancias políticas favorecían la colaboración internacional, que encuentra la ocasión de ejercerse en arqueología incluso antes del final de las hostilidades de la Gran Guerra. De hecho, en la primavera de

271 *Ibidem*, p. 512.



141. René Dussaud (1868-1958). Según la «Notice sur la vie et les travaux de R. Dussaud», Academia de Inscripciones y Bellas Letras, sesión del 21 de noviembre de 1958.



142. Mari (Siria), fotografía de grupo tomada en 1937 durante una visita de René Dussaud. De izquierda a derecha: A. Parrot, Henri Seyrig, el matrimonio Dussaud y la esposa de A. Parrot.



143. Biblos, el campo de trabajo que se extendía entre el castillo de los Cruzados y la columnata, capas XXXI a XXXVI. M. Dunand, *Fouilles à Byblos*, República del Líbano, Dirección de la Instrucción Pública y las Artes, 1937, lám. XXI. Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.

1920,[272] cuando las tropas inglesas no se habían marchado de la región del Éufrates medio, donde se enfrentaban con los guerrilleros árabes, los soldados, instalando un puesto de ametralladora en Salihiye, descubren unos importantes fragmentos de pinturas murales. Enseguida se envían croquis a Bagdad, al servicio dirigido por Gertrude Bell, que llama a J. Henry Breasted, director de la misión americana en Iraq: aunque las tropas inglesas deben retroceder, H. Breasted obtiene unas horas de plazo para dibujar las pinturas descubiertas, fotografiarlas y mandarlas cubrir de tierra para protegerlas.

A pesar del carácter excepcional de los documentos recopilados, no podía plantearse la organización de trabajos antes de la pacificación de la región. Cuando ésta se hace efectiva y el mandato francés, establecido en Siria unos meses después de estos descubrimientos, permite organizar las investigaciones, J. H. Breasted comunica a la Academia de Inscripciones en 1922 los documentos que recopila. Las pinturas halladas son de tal calidad e interés que enseguida deciden constituir una misión a cuyo mando se pondrá a Franz Cumont, orientalista belga y miembro asociado de la Academia de Inscripciones.[273] Por entonces no se sabía nada de la ciudad oculta bajo la arena y el general Gouraud, alto comisario, y Charles Virolleaud, consejero de Arqueología y Bellas Artes en Beirut, hacen todo lo posible para promover la expedición: cuentan con un contingente de doscientos hombres, que pertenecen a las tropas del Estado de Alepo F. Cumont, encargado de una misión de la Academia, es secundado por el arquitecto Léonce Brossé, del Servicio de Antigüedades de Siria.

A su llegada al yacimiento, los soldados ya han desescombrado las dos salitas del edificio decorado con pinturas[274] que representan a los «dioses palmirenos». Los trabajos de limpieza se efectúan también en una necrópolis, en una parte del recinto y en el templo de Artemis. Las dos campañas que F. Cumont lleva a cabo en 1922-1923 se completan hasta 1925 con una serie de operaciones de limpieza dirigidas por oficiales del ejérci-

272 A. Parrot (*Arqueología mesopotámica,* I, p. 440) corrige la fecha de 1921 dada por Franz Cumont, especialista en historia de las religiones, en su publicación de *Fouilles de Doura Europos (1922-1923)*, París, 1926.
273 Franz Cumont (1868-1947); cf. C. Bonnet, *La Correspondance scientifique de Franz Cumont conservée à l'Academia Belgica de Rome*, Bruselas-Roma, 1997.
274 F. Cumont, *Fouilles de Doura Europos (1922-1923),* París, 1926, pp. I-X.

to de Levante. Son muchas las inscripciones halladas que muestran el nombre de la ciudad antigua: Dura Europos, fundada en la época seléucida por los macedonios de Seleuco I Nicátor (312-280 a. C.) y destruida por los persas en 256 d. C.

En 1926, F. Cumont publica un estudio exhaustivo de las pinturas del «templo de los dioses palmirenos». Sin embargo, estos prometedores trabajos preliminares requerían otros: en 1928, la Universidad de Yale y la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, asociadas, vuelven a abrir el campo de trabajo donde se llevan a cabo las investigaciones hasta 1937. Unos equipos mixtos formados por arqueólogos americanos y franceses realizan diez campañas; Maurice Pillet (1881-1964), por ejemplo, es director de campo en 1928 y, en 1930-1931, Robert du Mesnil du Buisson[275] ejerce de subdirector, mientras que Lucien Cavro se encarga de una parte de las reproducciones. F. Cumont y Mijail I. Rostovtzeff (1870-1952), profesor de historia antigua de la Universidad de Yale, llevan conjuntamente la dirección científica de la misión y permanecen en varias ocasiones en el yacimiento.

Esta colaboración entre las naciones occidentales se manifestaba en Dura Europos para obtener un conocimiento mayor del Oriente antiguo, que el Servicio de Antigüedades de Siria nunca dejó de fomentar y animar.

En 1920, ingleses y franceses aunaron sus esfuerzos para organizar y promover las investigaciones arqueológicas en Oriente Próximo: J. Garstang, director de la British School of Archaeology en Jerusalén, insiste a los franceses para que creen en la ciudad santa una escuela que trabaje en estrecha relación con las instituciones inglesa y americana. En 1922, esta colaboración se traduce en los coloquios que organiza J. Garstang y donde intervienen los arqueólogos ingleses, americanos y franceses para tratar de llegar a un acuerdo sobre la terminología aplicada a las antigüedades palestinas y establecer un marco capaz de dar cuenta de la evolución arqueológica e histórica de la región.[276]

---

275 R. du Mesnil du Buisson (1895-1986) publica *Les Peintures de la synagogue de Doura Europos*, Roma, 1939.

276 Cf. el informe del R. P. L. H. Vincent, «L'année archéologique 1922 en Palestine», *Revue biblique*, 1923, pp. 272-277.

En 1925, los directores de los servicios de antigüedades de Palestina y Siria, J. Garstang y C. Virolleaud, así como R. Dussaud, conservador del Departamento de Antigüedades Orientales del Louvre y «gran maestro de la arqueología siria»,[277] deciden organizar en Beirut un congreso internacional de Siria-Palestina que establezca «les États généraux de l'archéologie».[278] R. Dussaud define los objetivos de la colaboración internacional, que consisten «en renovar, en diez o quince años de investigaciones sistemáticas, todos nuestros conocimientos arqueológicos sobre los países sirios, desde las épocas más remotas hasta la era moderna».[279]

Con motivo de este congreso, R. Dussaud,[280] tras haber consultado al R. P. Dhorme, director de la Escuela de Jerusalén, decide con él la apertura de un campo de trabajo en Neirab, cerca de Alepo, de donde procedían las dos estelas arameas adquiridas por el Louvre en 1891. Se encarga una misión subvencionada por la Academia de Inscripciones a los padres Carrière y Barrois y al padre Abel, que llevan a cabo dos campañas en 1926-1927.

Las intenciones confirmadas por R. Dussaud de dar a la arqueología siria un desarrollo inédito y considerable se materializan en las múltiples entrevistas que promueve. Como conservador del Departamento de Antigüedades Orientales del Louvre y miembro y, más tarde, secretario perpetuo de la Academia de Inscripciones, lanza para ambas instituciones una política muy activa de excavaciones en Oriente Próximo. Gracias a él, el Louvre adquiere una participación importante en la exploración arqueológica de Siria: antiguos alumnos de la Escuela del Louvre, entre ellos algunos empleados del museo, dirigen los campos de trabajo: Maurice Pézard (1877-1923) en Tell Nebi-Mend, la antigua Qadesh, Denyse Le Lasseur (1889-1945) en Tirrenia, el conde Robert du Mesnil du Buisson en Mishrifa-Qatna o el doctor Georges Contenau en Sidón.

277 Según la expresión de E. Will, «Henri Seyrig», *Syria*, 50, 1973, p. 260.

278 R. P. É. Dhorme, «Congrès international en Syrie et en Palestine», *Revue biblique*, 1926, pp. 424-434.

279 Alocución de René Dussaud, reproducida por G. Contenau en «Le congrès international d'archéologie de Syrie et Palestine, avril 1926», *Syria*, VII, 1926, pp. 257-270.

280 René Dussaud (1868-1958): conservador del Museo del Louvre de 1928 a 1937, miembro desde 1945 de la Comisión de Excavaciones fuera de Francia del Ministerio de Asuntos Exteriores.



144. Dura Europos (Siria), edículo dentro de la naos del templo. Al fondo a la izquierda, muros decorados con pinturas. Cliché tomado por J. H. Breasted en 1920. F. Cumont, *Fouilles de Doura Europos (1922-1923),* París, 1926, lám. XXVII.1. Biblioteca del Instituto de Francia.

La Academia de Inscripciones, por su parte, concede misiones para que se realicen excavaciones, como es el caso de P. Montet en Biblos, y su Comisión de Siria-Palestina nombra becarios que son acogidos en la Escuela de Jerusalén, como A. Parrot en 1926-1927 o André Dupont-Sommer en 1928-1929.[281]

Consciente de que los campos de trabajo en Oriente Próximo son muchos menos que los de Estados Unidos o Gran Bretaña, R. Dussaud anima y apoya las iniciativas del Servicio de Antigüedades de Siria e interviene en la elección de los yacimientos, Biblos, Ras Shamra o Mari. En 1929, llama a Henri Seyrig (1895-1973) para que dirija el Servicio que se atribuye entonces programas ambiciosos de revalorización y protección de los grandes yacimientos de Baalbek, Palmira y el krak de los Caballeros, para los que el estado de Siria realiza considerables desembolsos. H. Seyrig pone a disposición del Servicio de Antigüedades un importante equipo de arquitectos, cuyo papel en el desescombro y la restauración de yacimientos y monumentos es determinante.

Los arqueólogos extranjeros participan en estos trabajos: es el caso de Harald Ingholt, conservador de la Ny Carslberg Glyptotek de Copenhague, que colabora en Palmira con Maurice Dunand y con Albert Gabriel. Se concede una gran cantidad de excavaciones a equipos extranjeros en territorio sirio: americanos, ingleses, alemanes, pero también checos, como F. Hrozny, o daneses[282] aceleran el proceso de exploración del país.

Mientras la Escuela de Jerusalén y su *Revue biblique* desempeñan un papel importante en los avances de la arqueología palestina, el Instituto Francés de Damasco creado en 1922 se convierte en auténtico centro de investigación bajo el impulso de H. Seyrig, que lo reforma en 1932 y asume su dirección entre 1938 y 1941. La creación, en 1946, del Instituto Francés de Beirut termina de dotar a Oriente Próximo de instituciones arqueológicas equivalentes a las que se han ido implantando en torno al Mediterráneo desde 1845.

---

281 André Dupont-Sommer (1900-1983): profesor de la Escuela Práctica de Estudios Superiores y del Colegio de Francia, secretario vitalicio de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

282 El campo de trabajo danés de Hama se abre en 1930.

Esta organización de la investigación arqueológica y la colaboración internacional modificarán profundamente nuestros conocimientos sobre Palestina y Fenicia.

### 7.1.2.4. Palestina y Fenicia

Las autoridades británicas, que son responsables del mandato en Palestina, la dotan de un Servicio de Antigüedades dirigido por John Garstang. Asimismo, se organiza una serie de instituciones arqueológicas específicamente judías:[283] la primera de ellas, la Jewish Palestine Exploration Society, fundada en 1913, confía a un equipo de historiadores, arqueólogos y epigrafistas el estudio de textos, inscripciones y yacimientos de Palestina en la antigüedad: se realizan excavaciones en Jerusalén, Galilea y, en especial, en el yacimiento de Bet Shean.[284] En 1925, se crea una cátedra de arqueología en la Universidad hebrea de Jerusalén. Estos esfuerzos, conjugados con los del Departamento de Antigüedades implantado por los británicos, garantizan los conocimientos sobre arqueología palestina desde la prehistoria hasta la edad media.

La prehistoria, que a finales del siglo XIX seguía suscitando vivas polémicas, es unos de las principales áreas de interés de los arqueólogos: aunque la mayoría de los campos de trabajo son ingleses o americanos y proceden de las escuelas anglosajonas implantadas en Jerusalén,[285] la Escuela Bíblica y Arqueológica Francesa de Jerusalén participa en la investigación a modo de puntualizaciones generales o mediante la redacción de informes sobre los trabajos de campo que se estaban realizando.[286] El padre

---

283 Cf. U. Hausmann, *Handbuch der Archäologie. Vorderasien II, Band I, Palästina in vorhellenistischer Zeit,* por Helga Weipert, Múnich, 1969.

284 Esta ciudad de la Baja Galilea tuvo una breve existencia del siglo I al IV de nuestra era. La excavación, dirigida por B. Mazar entre 1936 y 1940, es la primera llevada a cabo bajo mandato británico por judíos y publicada en hebreo.

285 Las más importantes son las de J. Garstang en Ascalón, Jericó y Mersin, la que dirige D. Garrod en el monte Carmelo para la British School of Archaeology e incluso la de K. M. Kenyon en Samaria. Estados Unidos tiene representación en Palestina por su Escuela de Jerusalén y el Oriental Institute de Chicago que, de 1925 a 1939, se asocian en el campo de trabajo de Megiddo.

286 El R. P. L. H. Vincent recapitula, en 1934, los descubrimientos de la misión americana realizada por el Oriental Institute of Chicago en Meggido: «Vers l'aube de l'histoire en Palestine d'après les dernières découvertes de Megiddo», *Revue biblique*, 1934, pp. 403-431. Dedicó en 1907 un volumen a la historia de las excavaciones en Palestina y Siria, *Canaan d'après l'exploration récente*, París, 1907.

Vincent mantiene en la Escuela de Jerusalén la tradición arqueológica que nació con el padre Lagrange y, gracias a sus visitas a los campos de trabajos anglosajones, posee un conocimiento perfecto de la arqueología palestina. Concede especial importancia a los métodos de excavación y al estudio de la cerámica: como consecuencia, en 1924, propone que se realice una clasificación de la cerámica palestina desde el neolítico hasta la época romana.[287] Sin embargo, para los trabajos de campo, los miembros de la Escuela de Jerusalén[288] se centran en Siria. Será en 1933, con la llegada del R. P. Roland Guérin de Vaux,[289] cuando se reoriente la Escuela Bíblica y Arqueológica Francesa: el nuevo miembro se revela enseguida como arqueólogo de campo y excava en yacimientos de menor calado en Transjordania y cerca de Jerusalén hasta 1946, fecha en la que emprende la exploración del yacimiento de Tell el-Farah. Como director de la Escuela de Jerusalén de 1945 a 1965, liga estrechamente sus trabajos a los de la escuela británica, lleva a su apogeo la tradición de colaboración internacional nacida en 1920, e incluso refuerza el prestigio de la venerable institución francesa.

La arqueología francesa en Palestina queda, por otra parte, brillantemente ilustrada con los trabajos de René Neuville (1899-1952), diplomático destinado a Jerusalén a partir de 1926, que perpetúa la tradición de los diplomáticos arqueólogos inaugurada en Oriente Próximo por P.-É. Botta. Es uno de los pioneros de la prehistoria palestina y heredero de J. de Morgan; trabaja en estrecha colaboración con Dorothy Garrod, la gran prehistoriadora inglesa,[290] y los prehistoriadores, geólogos y zoólogos de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Así, sienta las bases para la cooperación científica entre Francia y el futuro estado de Israel.[291]

---

287 R. P. L. H. Vincent, *Céramique de la Palestine*, París, 1924.

288 Por ejemplo, los padres R. Mouterde o É. Dhorme, creador el primero del *Corpus des Inscriptions grecques et latines de la Syrie*, mientras que el segundo descifró la escritura de Ras Shamra. E incluso los padres Carrière, Barrois y Abel, que abren en 1926 el campo de trabajo de Neirab, cerca de Alepo.

289 R. P. Roland Guérin de Vaux (1903-1971): profesor de la Escuela de Jerusalén de 1935 a 1970, coordina la publicación de manuscritos del mar Muerto.

290 Dorothy Garrod (1892-1968) desarrolla treinta y seis años de investigaciones en Palestina a partir de 1928. Es la primera mujer que ocupa una cátedra en Cambridge.

291 J. Perrot, «Le Centre de recherches françaises de Jérusalem. Cent ans de découvertes en Israël», *Archéologia*, 196, nov. de 1984, p. 18 ss.; *Et ils sortirent du Paradis... Souvenirs d'un archéologue en Orient*, París, de Fallois, 1997.

No obstante, si bien la arqueología francesa tiene una buena representación en Palestina, es en Siria y el Líbano, bajo mandato francés, donde cosecha sus mayores éxitos: el descubrimiento de Mari en el Tell Hariri, en la frontera sirio-iraquí, reviste tanta importancia como el de Tello en el siglo anterior; los trabajos realizados en Ras Shamra-Ugarit coronarán las investigaciones relanzadas antes ya de la primera guerra mundial en Sidón.

En el siglo XIX, la arqueología francesa en Oriente Próximo abrió una nueva vía, la de los estudios fenicios. La misión de E. Renan en 1860 mostró la riqueza de la costa siria y la necesidad de llevar a cabo exploraciones en profundidad. Ahora bien, hasta 1913, el gobierno otomano rechaza cualquier autorización de excavar y, mientras que «Egipto, Mesopotamia, Irán, Troya, Micenas, Tirinto y la Creta minoica desvelaban sus secretos [...], en Fenicia y Siria simplemente se realizaban prospecciones».[292] A falta de una documentación nueva, los arqueólogos e historiadores continuaban con los debates abiertos a finales del siglo XIX sobre el papel de los fenicios en el Mediterráneo.

La situación política y arqueológica iba a cambiar radicalemente en los albores de la primera guerra mundial. En 1913, el Museo del Louvre solicita al gobierno otomano una autorización para retomar las excavaciones de Renan en Biblos. Resulta rechazada pero, sin embargo, se permite explorar la necrópolis de Sidón, que Renan y Gaillardot habían sondeado ya. El doctor G. Contenau, antiguo alumno de la Escuela del Louvre, y auxiliar del museo, es quien se encarga de la dirección de la misión francesa en Sidón. Colabora con Macridi Bey, conservador del Museo de Estambul.

Desde los trabajos de Renan, Sidón fue en 1887 objeto de las investigaciones por parte de Hamdi Bey, director del Museo de Constantinopla, que descubrió en Ayaa, no muy lejos de Saida, una necrópolis real formada por dos hipogeos que contenían, entre varios sarcófagos, el del rey Tabnit, padre de Eshmunazar, cuya identidad fue desvelada por su inscripción.[293] Las investigaciones de G. Contenau se interrumpen con la

292 R. Dussaud, *L'Art phénicien du IIe millénaire*, París, 1940, cap. 1.
293 El sarcófago es transportado al Museo de Constantinopla y publicado por Hamdi Bey y Théodore Reinach: *Une nécropole royale à Sidon*, París, 1892.

guerra pero son retomadas en 1920 gracias al mandato francés establecido en Siria.[294]

Contenau realiza, en el castillo denominado de San Luis y en las necrópolis que rodean la ciudad, sondeos que permiten llegar al final de la edad de bronce y muestran los orígenes de la civilización fenicia de la que, hasta entonces, no se tenía testimonio alguno.[295] El Servicio de Antigüedades de Siria, dirigido por C. Virolleaud, multiplica las empresas arqueológicas en la costa siria, confiando a Denyse Le Lasseur, alumno de la Escuela del Louvre, una misión en Tirrenia en 1921[296] y a É. de Lorey[297] la de Um el-Amad, al sur de la ciudad.

Pero la reanudación de las excavaciones de Biblos, en 1921, renueva totalmente los conocimientos sobre la civilización fenicia. P. Montet, profesor de egiptología en Estrasburgo, curioso por conocer las relaciones entre Fenicia y Egipto de que daba cuenta Plutarco, acudió a Djebail, yacimiento de Biblos, en 1919. Vuelve en 1921, encargado de llevar a cabo una misión en la Academia de Inscripciones y realiza cuatro campañas[298] en las ruinas de un templo incendiado, el de la «Dama de Biblos»: allí descubre restos de cimientos, fechados por los cartuchos de los faraones Micerinos, Unas y Pepi I, que remontan las relaciones entre los países del Nilo y Fenicia a la IV dinastía egipcia.[299] El templo, construido hacia 2800-2700, goza de tal prestigio que los faraones del Antiguo Imperio envían ofrendas.

Estos descubrimientos se completan con los de C. Virolleaud y P. Montet en la necrópolis de Sidón: el director del Servicio de Antigüedades desescombra un hipogeo de la XII dinastía[300] y el egiptólogo de Estrasburgo halla cuatro tumbas de los reyes fenicios, de los que uno, contemporáneo

294 G. Contenau, *Deuxième Mission archéologique à Sidon, 1920*, París, 1924.
295 *Ibidem, La Civilisation phénicienne*, París, 1926.
296 D. Le Lasseur, «Mission archéologique à Tyr, 1921», *Syria*, 3, 1922, pp. 1 ss. y 116 ss.
297 É. de Lorey fue el primer director del Instituto Francés de Arqueología y Arte Musulmanes de Damasco.
298 P. Montet, «Las excavaciones de Byblos, 1919-1923», *Bulletin de la faculté des lettres de Strasbourg*, dic. de 1924.
299 *Ibidem*, «Les Égyptiens à Byblos», *Monuments Piot*, 25, 1921, pp. 237-272; *Byblos et l'Égypte*, París, 1928-1929.
300 Charles Virolleaud, «Découverte à Byblos d'un hypogée de la XII^e dynastie», *Syria*, 3, 1922.

de Ramsés II (1929-1225 a. C.), lleva una inscripción que lo designa como el de Ahiram, y lleva a R. Dussaud a reconocer el documento más antiguo en caracteres alfabéticos fenicios. Esta nueva documentación arqueológica, epigráfica e histórica se completa con la de las expediciones llevadas a cabo en los yacimientos del interior de Siria, que muestran la importancia del papel desempeñado por los fenicios en el Mediterráneo y Oriente.

P. Montet deja el yacimiento de Sidón en 1924 y su ayudante, Maurice Dunand,[301] retoma en 1926 las excavaciones de Biblos para el Museo del Louvre con subvenciones de la Academia de Inscripciones y del Ministerio de Educación Nacional. La República libanesa, que en 1929 retomará el mando del campo de trabajo, le dedica desde 1926 importantes créditos.

Inspirado en J. de Morgan en Susa y S. Macalister en Gézer,[302] M. Dunand emprende en Biblos «la excavación total»[303] del yacimiento y la prosigue durante más de cincuenta años. Establece el método de «levées», que consiste en distribuir previamente el yacimiento en una cuadrícula de sesenta rectángulos numerados, de 5 m de ancho y entre 7 y 35 m de largo. Más tarde, Dunand modificará estas dimensiones para adoptar un sistema de cuadrados de 10 m de lado. Aplica «a la excavación el reparto en placas finas que ya se conocía en los estudios de ciencias naturales»,[304] y manda extraer en cada zona capas estrictamente horizontales de un grosor de 20 cm. Aspira a «ser completo» y a «dar cuenta fielmente de todo cuanto ha descubierto con sus trabajos, con una objetividad absoluta», por lo que elige un método escrupulosamente minucioso pero, como él mismo reconoce, con el inconveniente de que no restituye la estratigrafía «natural» del yacimiento: «Al recortar el yacimiento en capas rigurosamente horizontales, se llegan a situar en capas distintas construcciones que pertenecen a un mismo monumento o, en cambio, a reunir en la misma placa edificios de

301 Maurice Dunand (1898-1987): director de Antigüedades en el Alto Comisionado de Francia para Siria y Líbano de 1940 a 1945, conservador jefe de los Museos Nacionales en el Líbano, ya independiente.

302 M. Dunand, «La sixième campagne de fouilles de Byblos (mai-juillet 1927)», *Syria*, 1928, pp. 1 ss. y 173 ss.

303 M. Dunand, *Fouilles de Byblos, 1926-1937*, 3 vols., París, 1939-1944, t. II, *1933-1938*, p. 5.

304 *Ibidem*, t. I, *1926-1932*, p. 7.

épocas distintas».[305] Así pues, el valor de estos levantamientos «es tan sólo geométrico y no cronológico»,[306] pero el «inventario es absoluto, tanto cualquier sílex como la mínima perla, al igual que los documentos más importantes, se localizan en este espacio en tres dimensiones».[307]

M. Dunand manda proceder por otra parte a la cobertura aérea del yacimiento y confía los análisis de muestras al centro de documentación e investigaciones prehistóricas del Museo del Hombre.

Los trabajos de M. Dunand en Biblos traducen la preocupación por recurrir a métodos sistemáticos que permitan adquirir el conocimiento más objetivo y profundo posible de un yacimiento. Muestran asimismo los progresos realizados por «la arqueología científica» desde la primera guerra mundial. Biblos es, gracias a M. Dunand, uno de los yacimientos de Oriente Próximo que se consideraba íntegramente excavado, desde sus orígenes en el VI milenio a.C. hasta la época medieval.

A los métodos de excavación vanguardistas que aplica M. Dunand en el campo de trabajo de Biblos se suma el recurso sistemático y continuado a la fotografía aérea para lograr una visión de conjunto del yacimiento. Durante la guerra mundial la aviación se muestra como una valiosísima herramienta para la prospección arqueológica. En 1918, A. Poidebard, que entonces era jefe de escuadrón del ejército de Levante, sobrevoló la meseta de Irán y entre 1924 y 1932 emprende la localización del *limes* en Siria, desde el Tigris hasta el Mediterráneo.[308]

En el momento en que Durand explora Biblos, A. Poidebard trata de encontrar el antiguo puerto de Tirrenia combinando las investigaciones aéreas y submarinas.[309] Lleva a cabo cinco campañas entre 1934 y 1939, durante las cuales manda realizar fotografías submarinas con la ayuda de un buzo. Sus investigaciones, que tienen por objeto la elaboración de un método de localización de ruinas ocultas, muestran «una estructura por-

---

305 *Ibidem*, p. 8
306 *Ibidem*, t. II, *1933-1938*, p. 3.
307 *Ibidem*, p. 4.
308 A. Poidebard, *La Trace de Rome dans le désert de Syrie, le limes de Trajan à la conquête arabe. Recherches aériennes (1925-1932),* París, 1934.
309 *Ibidem*, «Reconnaissances dans l'ancien port de Tyr (1934-1936)», *Syria*, 18, pp. 355-368; *Un grand port disparu. Tyr. Recherches aériennes et sous-marines. 1936-1939*, París, 1939.

tuaria muy compleja y perfeccionada al sur de la antigua isla de Tirrenia».[310] A. Poidebard procederá de la misma manera en el puerto de Sidón.[311] Y volverá a recurrir a la fotografía aérea en Palmira para localizar los caminos que salen y llegan allí.[312]

La «antigua Fenicia», excavada por fin, tal como instaba a hacer E. Renan al término de su misión de 1860, es fiel a sus promesas: la exploración de Biblos muestra los antiguos lazos de la ciudad con Egipto;[313] el yacimiento de Ras Shamra, descubierto en 1929 e identificado enseguida con Ugarit, permite a los orientalistas tener un mejor conocimiento de la Fenicia del II milenio. El viejo debate que oponía a feniciómanos y feniciófobos[314] tras su relanzamiento a raíz de los descubrimientos de Micenas y Cnosos, se volvía a plantear en términos más equilibrados.

El descubrimiento a once kilómetros al norte de Lataquia, en el yacimiento de Minet el-Beida, de una tumba de la segunda mitad del II milenio a. C. en la que se mezclaban cerámicas cananeas, chipriotas y micénicas, atrae en 1929 la atención del Servicio de Antigüedades de Siria, que remite el asunto enseguida a R. Dussaud, conservador del Departamento de Antigüedades Orientales en el Museo del Louvre. Éste organiza sin demora una misión de los Museos Nacionales, dirigida por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, a la que se asocian el Ministerio de Educación Nacional y el Servicio de Antigüedades de Siria. R. Dussaud, consciente de que la arqueología de Oriente Próximo reclama ya «hombres formados con las técnicas de investigación de campo, sensibles al enfoque de la antropología»,[315] recurre para dirigir esta misión a Claude Schaeffer, conservador adjunto del museo prehistórico y galorromano de Estrasburgo,[316] y a Georges Chenet, prehistoriador especialista de los yacimientos de Argonne.

---

310 *Ibidem, Un grand port disparu. Tyr. Recherches aériennes et sous-marines, op. cit.*

311 En colaboración con el R. P. Mouterde entre 1946 y 1950.

312 Cf. E. Will, *Les Palmyréniens. La Venise des sables*, París, 1992.

313 P. Montet, *Byblos et l'Égypte*, París, 1928-1929.

314 Cf. J. Heurgon, *Rome et la Méditerranée occidentale jusqu'aux guerres puniques*, París, PUF, (Nouvelle Clio), 1969, pp. 127-129.

315 A. Caubet, «Claude Schaeffer, inventeur d'Ougarit». *Cités disparues. Découvreurs et archéologues au Proche-Orient*, fuera de serie 55, sept. de 1991, Éditions Autrement, pp. 65-73.

316 Claude F. A. Schaeffer Forrer (1898-1982): conservador adjunto del Museo de Saint-Germain-en-Laye en 1933, director de investigaciones en el CNRS en 1945, profesor de la Escuela del Louvre, profesor del Colegio de Francia a partir de 1953.

Desde 1925 y el Congreso Internacional de Siria-Palestina, René Dussaud, tras comprobar la superioridad cuantitativa de los campos de trabajo anglosajones en Oriente Próximo, se había propuesto «dar un nuevo lustre a la ciencia francesa»[317] favoreciendo la exploración de nuevos yacimientos en Siria y el Líbano. Ante los progresos decisivos que lograron los métodos científicos elaborados por los arqueólogos alemanes, británicos y americanos para la prehistoria de Oriente Próximo, encamina las investigaciones francesas por esta vía, la de las «excavaciones metódicas y profundas» que evocaba en 1913.[318]

A través de su decisión de que sean prehistoriadores quienes dirijan los trabajos de Ras Shamra, R. Dussaud manifiesta su preocupación por que la arqueología oriental asimile el método de trabajo generalizado en Palestina, Mesopotamia y Siria por los Andrae, Jordan, Woolley o Mallowan y los arqueólogos del Oriental Institute of Chicago. El conservador del Louvre no sólo conocía los trabajos de C. Schaeffer sobre la protohistoria alsaciana,[319] sino que confió a este alumno de Robert Forrer[320] y Albert Grenier el estudio de los orígenes proximorientales de las antigüedades de la edad de bronce que albergaba su departamento del Louvre.

En 1929, C. Schaeffer y G. Chenet abren las excavaciones en Minet el-Beida y en el cercano tell de Ras Shamra. Como Renan había asociado Chipre a Siria en su misión de 1860,[321] Schaeffer lleva a cabo, a partir de 1932, investigaciones conjuntas en Ras Shamra y en la gran isla, de la que

317 R. Dussaud, «Les fouilles archéologiques des musées nationaux dans le Proche-Orient», *Société des Amis du Louvre*, 9 de mayo de 1933, p. 20.

318 R. Dussaud, «Le rôle des Phéniciens dans la Méditerranée primitive», *Scientia*, 13, 1913, pp. 81-90.

319 C. Schaeffer, *Les Tertres funéraires préhistoriques de la forêt de Haguenau*, Estrasburgo, 1926-1930.

320 Robert Forrer (1866-1947): fundador de la arqueología alsaciana y autor del *Reallexikon der prähistorischer klassischer und frühchristlicher Altertümer*, Berlín y Stuttgart, 1907, donde plantea la antigüedad clásica en sus relaciones con la prehistoria oriental y europea, tal como la mostraban los últimos trabajos. C. Schaeffer se casó con su hija y adoptó en varias de sus publicaciones el patronímico de su profesor y suegro.

321 Tras caer gravemente enfermo, Renan tuvo que renunciar a explorar Chipre, pero le encargó la tarea al marqués Melchior de Vogüé, que en 1861 llevó a cabo la misión en la isla, en compañía de W. H. Waddington y del arquitecto Duthoit.



145. Claude Schaeffer y sir Mortimer Wheeler (el primero y el segundo por la izquierda) en Huelgoat (Bretaña) en 1938: el francés inspecciona los trabajos realizados por el arqueólogo inglés y su equipo en *oppidum* del «Camp d'Artus». Según Sir M. Wheeler, *Still digging*, Londres, Michael Joseph, 1955.

ya se sabía que era «el eslabón capital en la historia de las relaciones entre Occidente y Oriente».[322]

Mientras que en Minet el-Beida se desescombra una ciudad portuaria y una necrópolis, el tell de Ras Shamra muestra las ruinas de una ciudad del II milenio a. C. que enseguida se identifica como Ugarit, capital cananea, conocida por los textos egipcios, babilonios e hititas. En el centro de la ciudad, se pueden reconocer los grandes santuarios de Dagan y su hijo Baal, divinidad principal de Ugarit.[323] La residencia del gran sacerdote, levantada cerca del templo, procuraría un descubrimiento sensacional, el de los archivos, que constituían una auténtica biblioteca compuesta de tablillas de arcilla escritas con caracteres cuneiformes en una escritura alfabética desconocida hasta entonces. Un equipo internacional de epigrafistas, entre los que se encontraban Hans Bauer, el padre Édouard Dhorme y Charles Virolleaud, reconoce esta escritura como un dialecto fenicio arcaico. El palacio, construido a partir de 1450 a. C. y agrandado periódicamente, encierra asimismo archivos no sólo económicos, administrativos o jurídicos sino, sobre todo, textos religiosos y literarios cuyo contenido hacer surgir «la mitología fenicia en su forma antigua y auténtica».[324] Por primera vez se dispone de una documentación «que arroja una viva luz sobre la primitiva civilización israelita» y se comprende mejor «el desarrollo religioso en Israel en su época remota». Para R. Dussaud, «el descubrimiento de las tablillas de Ras Shamra es el más importante que se haya hecho jamás en el campo de los estudios bíblicos».[325]

C. Schaeffer, arqueólogo formado en los métodos de la prehistoria, pone en práctica en Ras Shamra la excavación estratigráfica, ya habitual en los yacimientos de Oriente Próximo. Prosigue la búsqueda hasta el suelo virgen y el periodo neolítico, y distingue cinco niveles principales en el

---

322 A. Parrot, reseña de V. Karageorghis, *Chypre*, Ginebra, 1968, *Syria*, 46, 1969, pp. 379-380. G. Perrot, en 1885, presentaba Fenicia y Chipre en el mismo volumen de su *Histoire de l'art dans l'Antiquité*, t. 3, 1885.

323 C. Schaeffer, «French Archeological Excavations in Syria between the two Wars», *Journal of the Royal Central Asiatic Society*, 24, jul.-oct. de 1942, pp. 184-194.

324 R. Dussaud, «Les fouilles archéologiques des musées nationaux dans le Proche-Orient», *Société des amis du Louvre,* 9 de mayo de 1933, p. 19.

325 Ídem, *Les Découvertes de Ras Shamra (Ugarit) et l'Ancien Testament*, París, 1937.

conjunto del yacimiento:[326] la cerámica muestra las mismas etapas que en Mesopotamia, las de El-Obeid, Tell Halaf, Susa I, la instalación de los protofenicios, que coincide con la aparición de la cerámica cananea a mediados del III milenio. En el bronce medio, nivel II de Ugarit, que comienza hacia 2100, abunda la cerámica cananea y se construyen los grandes santuarios. Los primeros elementos culturales fenicios aparecen en el momento en que la ciudad mantiene una estrecha relación con Egipto y Chipre. En el siglo XIV, la cerámica micénica procedente de Chipre queda muy bien constatada en el yacimiento, mientras que en el siglo XIII el componente fenicio parece experimentar una regresión, lo cual hace suponer a C. Schaeffer la instalación en Minet el-Beida y en Ras Shamra de un reducto micénico. Ugarit sería destruida definitivamente hacia 1200, después de la invasión de los pueblos del mar.

Los trabajos realizados en Ras Shamra hasta 1939 ponen de manifiesto el papel de Ugarit en el II milenio a. C.: la ciudad ocupa una posición clave en el punto de contacto de las influencias ejercidas por Egipto, Mesopotamia y el mundo egeo.[327]

Asimismo, la importante cantidad de armas de bronce descubiertas en el yacimiento en 1929 y el dominio de la metalurgia que demuestran, llevan a C. Schaeffer a relacionar Ugarit con las culturas europeas balcánicas: elabora la teoría de los «portadores de torques», «misteriosos monitores originarios de Asia Menor y Siria» que habrían «avanzado entre los neolíticos de los Balcanes y los de Europa central y occidental» y les habrían «transmitido los primeros conocimientos sobre la industria del metal».[328]

Dada la posición geográfica de Ugarit, que se encuentra exactamente frente a la punta extrema de la isla de Chipre, y los numerosos testimonios de estrechas relaciones entre Chipre y la ciudad cananea, C. Schaeffer explora la gran isla a partir de 1932 y se une a Porfirios Dikaikos, conser-

---

326 *Ibidem*, G. Rachet, voz «Ugarit», en el *Dictionnaire de l'archéologie*, París, Laffont (Bouquins), 1983.

327 C. Shaeffer, «French Archaeological Excavations in Syria between the two Wars», *Journal of the Royal Central Asiatic Society, op. cit.*, pp. 184-194.

328 Ídem, *Leçon inaugurale faite le lundi 24 janvier 1953 au Collège de France*. Cátedra de Arqueología de Asia Occidental, París, 1955, pp. 5-27.

vador del Museo de Nicosia, que excava la necrópolis de Vunus. En 1934, acude a Enkomi, cerca de Famagusta, el puerto donde se embarcaba el cuero de Chipre con destino a Ugarit.[329] Es el primer francés que abre un campo de trabajo en esta isla, cuyas antigüedades fueron explotadas por los cónsules occidentales y, sobre todo, por el americano L. Palma di Cesnola, y fueron objeto de los trabajos de M. Ohnefalsch-Richter y J. L. Myres.[330]

La isla, que pasó a manos de la administración británica en 1882, recibe numerosas expediciones arqueológicas inglesas,[331] como la que en 1896 dirigen A. S. Murray, A. H. Smith y H. B. Walters en los yacimientos de Salamina y Enkomi.[332] Sin embargo, «las primeras investigaciones serias desde el punto de vista científico, efectuadas con las garantías necesarias»[333] no empiezan hasta 1927, fecha del lanzamiento de la Swedish Cyprus Expedition, dirigida por Einar Gjerstad.[334] En 1934, el University of Pennsylvania Museum abre su primera campaña de excavaciones en la región de Kurion.

En principio puede sorprender que la Escuela de Atenas no haya contribuido desde el final del siglo XIX a la exploración arqueológica de Chipre, donde no abrirá su primer campo de trabajo hasta 1974.[335] Algunos miembros de la institución ateniense habían llevado a cabo misiones pero ninguna había dado lugar a excavaciones. Esto se debe a que la Escuela de Atenas concentraba todos sus esfuerzos y sus créditos en los «grandes campos de trabajo» de Delfos y Delos.[336] El último de sus miembros que acudió a Chipre antes de que C. Schaeffer iniciase sus trabajos en la isla fue Henri Seyrig en 1924. Pero, tras este viaje, que deja escasas hue-

---

329 Cf. el volumen *Kinyras. Archéologie française à Chypre*, Lyon, 1993.

330 M. Ohnefalsch-Richter interviene en Chipre a partir de 1879 y es asociado a los trabajos de J. L. Myres cuando éste llega a la isla en 1894.

331 Cf. O. Masson, «Inscriptions syllabiques chypriotes», en *Études chypriotes*, I, París, 1961.

332 A. S. Murray, A. H. Smith y H. B. Walters, *Excavations in Cyprus*, Londres, 1900.

333 A. Parrot, reseña de V. Karageorghis, *Chypre*, Ginebra, 1968», *op. cit.* p. 379.

334 De 1927 a 1931, excava en Vunus, Idalion, Solis y en Enkomi precisamente en 1930.

335 En el yacimiento de Amatunte. *Nécropole d'Amathonte*, bajo la dirección de V. Karageorghis y O. Picard, 5 vols., 1987-1991.

336 O. Picard, «Chypre et l'École française d'Athènes», en *Kinyras, archéologie française à Chypre*, Lyon, 1993, pp. 39-54.

llas de su obra, el «ateniense» regresa definitivamente a Siria para dirigir allí el Servicio de Antigüedades.

C. Picard, director de la Escuela de Atenas entre 1919 y 1925, lamenta que Chipre haya quedado fuera de su campo de intervención y se niega a dejar la isla en manos de los orientalistas exclusivamente.[337] Pero son estos últimos, representados por C. Schaeffer, quienes materializan el antiguo proyecto de excavaciones francesas en Chipre.

Cuando, en 1934, Schaeffer, encargado de una misión de los Museos Nacionales y la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, abre el campo de trabajo de Enkomi, el yacimiento ya ha sido explorado por los británicos en 1896[338] y por E. Gjerstad en 1930, en el marco de la gran expedición sueca.[339] Al término de estas misiones, se consideraba el yacimiento como una necrópolis de la edad de bronce, y a C. Schaeffer le corresponde demostrar que se trata de una ciudad importante, la capital de la isla entre 1600 y 1100 a. C. Las excavaciones, interrumpidas por la segunda guerra mundial, serán retomadas en 1946 y continuarán hasta 1958.[340]

La exploración estratigráfica muestra cuatro ciudades cuyos vestigios se sucedían en siete niveles repartidos entre los siglos XVIII y XI a. C. El establecimiento del bronce medio da prueba de la exportación del cuero a Siria, que ya se había atestiguado en Ras Shamra.[341]

Mediante la exploración conjunta de Ugarit y Enkomi, C. Schaeffer dilucida las relaciones entre la isla y el mundo oriental y arroja luz sobre la cuestión ampliamente debatida desde finales del siglo XIX del papel respectivo de fenicios y egeos: los fenicios pusieron el pie en Chipre y controlaban el tráfico del cuero pero los micénicos, tras conquistar la isla, se instalaron masivamente en Minet el-Beida y Ras Shamra y terminaron echando a los fenicios. «Así pues, la influencia oriental, que penetró con

---

337 C. Picard, «L'oeuvre de l'École française d'Athènes», *Revue historique*, 1948, p. 1-21 y 189-207.

338 A. Murray, A. H. Smith y H. B. Walters, *Excavations in Cyprus*, *op. cit*.

339 E. Gjerstad *et al.*, *The Swedish Cyprus Expedition*, Estocolmo, 1934-1962.

340 J. Lagarce, «Enkomi. Fouilles françaises», en *Kinyras. Archéologie française à Chypre*, Lyon, 1993, p. 55 ss.

341 C. Shaeffer, «Chypre. Fouilles d'Enkomi», *Revue archéologique*, 1947, p. 129 ss.

fuerza en el mundo micénico, no la trajeron, como pensaba Helbig,[342] los comerciantes fenicios que se dispersaron por las islas y Grecia sino que, al contrario, se debe a la introducción de las poblaciones egeas en Fenicia».[343]

Tanto en Biblos como en Ugarit y Chipre, la arqueología aporta los elementos necesarios para el conocimiento de las civilizaciones cananeas y fenicia y permite restablecer las relaciones que mantenían los habitantes de la costa mediterránea desde el III milenio a. C.

Los trabajos de Ras Shamra y Enkomi, como todos los que se llevan a cabo en Oriente Próximo entre las dos guerras mundiales, consagran la arqueología como ciencia: los métodos establecidos, en particular la excavación estratigráfica y el estudio de la cerámica, permiten reconstituir las distintas etapas de la prehistoria mesopotámica y la relación de muchas culturas de Oriente Próximo, no sólo entre ellas, sino con las demás civilizaciones mediterráneas, así como con las regiones continentales de Europa y Asia. El método de «cross dating» inaugurado por Flinders Petrie[344] tendía «puentes cronológicos» entre las culturas y fechaba lo desconocido a través de lo conocido. En 1948, C. Schaeffer se propone fundar la «cronología de Asia occidental» en los milenios III y II a. C. con un nuevo método, el de la «estratigrafía comparada».[345]

El punto de partida de C. Schaeffer es el hecho de que la estratigrafía observada en Ras Shamra para la época de bronce coincide con la de otros yacimientos contemporáneos de Siria-Palestina y Asia Menor. Pudo establecer que Ugarit fue destruida primero por un terremoto hacia 1365 a. C., bajo el reinado de Amenofis IV, ya que era la fecha a la que correspondían los objetos egipcios halladas en este nivel del yacimiento. Ahora bien, Garstang en Jericó, Macalister en Gézer y C. W. Blegen en Troya se encuen-

342 W. Helbig, «Sur les origines de l'art mycénien», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions*, 1895, p. 235-250. El arqueólogo alemán defendió ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras el punto de vista de los «orientales» en la «cuestión micénica», llegando incluso a afirmar que «el arte micénico no es más que una fase del arte fenicio».

343 R. Dussaud, *Les Découvertes de Ras Shamra (Ugarit) et l'Ancien Testament, op. cit.*, p. 23.

344 Flinders Petrie, en 1891-1892, fechó la cerámica micénica estableciendo sincronismos entre objetos egipcios claramente fechados y cerámica egea y micénica, para la que aún no se disponía de una cronología relativa.

345 C. Schaeffer, *Stratigraphie comparée et Chronologie de l'Asie occidentale (IIIe-IIe millénaires). Syrie, Palestine, Asie Mineure, Chypre, Perse et Caucase*, Oxford, 1948.

tran con el mismo fenómeno. «De repente, [los arqueólogos se ven] provistos de un jalón valiosísimo ubicado en pleno meollo de las capas del bronce reciente, para el estudio de la estratigrafía y de la cronología, de toda esta profusión de yacimientos de Asia occidental».[346] C. Schaeffer restablece una «estratigrafía sismológica» aplicable a toda Asia occidental, afectada en su conjunto por los seismos. Basta con aplicar «a los niveles correspondientes de los yacimientos de este periodo [Edad de Bronce], las fechas obtenidas durante [sus] investigaciones en la antigua Ugarit».[347]

Un método estrictamente arqueológico permite establecer así una cronología absoluta para Asia occidental. Por lo tanto, la arqueología ya no es deudora de la epigrafía y permite fechar «utilizando solamente índices estratigráficos y ceramográficos y el método comparativo del material arqueológico en general, así como el estudio de los monumentos arquitectónicos».[348]

Cuando se celebra en el Louvre, el 25 de junio de 1947, el centenario de la fundación de la sección asiria del Departamento de Antigüedades Orientales y su reapertura,[349] es fácil medir el camino recorrido desde P.-É. Botta y la primera palada del yacimiento de Jorsabad.

La arqueología francesa desempeñó un papel crucial en la resurrección de las civilizaciones orientales, ya que descubrió las civilizaciones asiria, sumeria y elamita y aportó una contribución de primer orden para el conocimiento de los fenicios. Los éxitos de la investigación arqueológica en Oriente Próximo son determinantes para la creación en 1954 de la cátedra de arqueología de Asia occidental en el Colegio de Francia, cargo que ocupará C. Schaeffer. En su lección inaugural,[350] desarrolla la tesis sobre los «portadores de torques» que habrían llegado desde las minas armenias y anatolias, a las regiones septentrionales del Creciente Fértil y, a principios del II milenio, a la Europa continental, instaurando «los primeros intercambios internacionales y los primeros contactos intercontinentales».[351]

346 *Ibidem*, p. 5.
347 *Ibidem*, p. 6.
348 *Ibidem*, p. 556.
349 Cf. *Bulletin des Musées de France*, año XII, n.º 6, julio de 1947.
350 C. Schaeffer, *Leçon inaugurale*, Cátedra de arqueología de Asia occidental, 14 de enero de 1955, Colegio de Francia, pp. 5-27.
351 *Ibidem*, p. 8.

Aunque esta visión difusionista hoy ya no se mantiene, C. Schaeffer tuvo el mérito de llamar la atención sobre las relaciones de Oriente Próximo con la Europa protohistórica en una época en la que la investigación aparecía muy segmentada.[352] De este modo, abre el camino a los novedosos trabajos de un tal Jean Deshayes, que agrupará en un mismo estudio *Les Outils de Bronze de l'Indus aux Balkans*.[353]

El empuje prodigioso de la arqueología en Oriente Próximo hace posible la elaboración de las primeras síntesis, sobre todo la que presenta G. Contenau, explorador de Sidón, sobre la civilización fenicia, publicada en 1926 y retomada y completada con los nuevos descubrimientos en 1949. Los hititas, cuyo descubrimiento vino dado por la arqueología a finales del siglo XIX, son objeto de estudio por E. Pottier,[354] G. Contenau[355] y L. Delaporte.[356]

Oriente, al igual que Grecia, recuperó su prehistoria y las investigaciones, que habían ido avanzando desde que J. de Morgan esbozara su marco,[357] las llevaron a cabo desde ese momento especialistas que eran a la vez hombres de terreno, formados con los métodos científicos de exploración, e historiadores. Se formó un auténtico cuerpo de orientalistas y una auténtica red de instituciones fomentaba la investigación en Oriente Próximo.

Si bien en 1925 C. Picard tiene motivos para lamentar que la Escuela de Atenas no haya aprovechado las condiciones que le habrían permitido aumentar su presencia en Oriente, es probable que la arqueología francesa en Oriente Próximo no hubiera conocido el esplendor del que gozó de no ser por las instituciones que se implantaron en Siria y Palestina desde 1920.

---

352 A. Caubet, «Claude Schaeffer, inventeur d'Ougarit», *Cités disparues. Découvreurs et archéologues au Proche-Orient*, fuera de serie 55, sept. de 1991, Éditions Autrement, pp. 65-73.

353 J. Deshayes, *Les Outils de Bronze de l'Indus aux Balkans*, París, 1960.

354 E. Pottier, «L'art hittite», *Syria*, 1, 1920, pp. 169-182 y 264-286; y *L'Art Hittite*, París, 1926-1931.

355 G. Contenau, *La Civilisation des Hittites et des Mitanniens*, París, 1934 (ed. 1948).

356 L. Delaporte, *Les Hittites*, París, 1936.

357 J. de Morgan, *La Préhistoire orientale*, París, 1926 (publicación póstuma).

En puertas de la segunda guerra mundial, la rivalidad entre instituciones desapareció en beneficio de la ciencia: helenistas y orientalistas trabajaron conjuntamente sobre los mismos problemas, planteados por los orígenes de las civilizaciones helénicas y orientales y sus relaciones recíprocas. Los helenistas L. Heuzey, E. Pottier y S. Reinach se centraron desde finales del siglo XIX en Oriente; los descubrimientos de Micenas, Troya, Cnosos y la «prehistoria» oriental y, más concretamente, la de los «fenicios» de los milenios III y II a. C, conducen a helenistas y orientalistas a los mismos terrenos: E. Pottier examina el arte de los hititas[358] y la cerámica de Susa[359] C. Picard vuelve en varias ocasiones a las relaciones entre Creta y Asia[360] y, cuando completa la obra de G. Glotz *La Civilisation égéenne*,[361] las relaciones entre Occidente y Oriente captan su atención. R. Dussaud, por su parte, trata de evaluar desde 1913 «el papel de los fenicios en el Mediterráneo primitivo»[362] y en 1949, tras los descubrimientos que depara la «vieja Fenicia», después de la primera guerra mundial, vuelve a evocar la cuestión del «arte fenicio» para concluir, basándose en las excavaciones de Biblos y Ugarit, que el II milenio a. C. fue el periodo en el que floreció este arte, fuertemente influido por Egipto pero que a su vez contribuyó «a inspirar primero el arte minoico y, después, el arte micénico».[363]

En vísperas del segundo conflicto mundial, las relaciones entre helenismo y orientalismo no pueden estar mejor ilustradas que con el eco entre R. Dussaud y P. Demargne: mientras que el primero examina en 1939 los «Rapports entre la Crète ancienne et la Babylonie»,[364] el segundo publica en 1947 su tesis sobre la *Crète dédalique*,[365] tras dedicar estudios previos a las relaciones de Creta, Egipto y Asia.[366] Por otro lado, el egiptólogo P. Mon-

---

358 E. Pottier, «L'art hittite», *Syria*, 1, 1920, pp. 169-182 y 264-286; y *L'Art hittite, op. cit*.
359 Ídem, *Les Vases peints de l'acropole de Suse. Mémoires de la Délégation en Perse*, t. XII, París, 1912.
360 En *Journal des savants*, 1929, 1932 y 1935.
361 C. Picard, «Note additionnelle» a la reedición de 1937 de G. Glotz, *La Civilisation égéenne*.
362 En *Scientia*, 13, 1913, pp. 81-89.
363 R. Dussaud, *L'Art phénicien du IIe millénaire*, París, 1949.
364 Ídem, «Rapports entre la Crète ancienne et la Babylonie», *Iraq*, 6, 1939.
365 P. Demargne, *La Crète dédalique. Étude sur les origines d'une renaissance*, París, 1947.
366 Ídem, «Crète. Égypte, Asie. Perspectives d'hier et d'aujourd'hui», *Annales de l'École des hautes études de Gand*, t. II; «Crète et Orient au temps d'Hammourabi», *Revue archéologique*, 1936.

tet tiende un puente entre Egipto y Asia al decidir dedicar una parte de sus trabajos a hallar en Biblos las huellas de las relaciones entre egipcios y fenicios.[367]

Sin embargo, las relaciones entre civilizaciones mediterráneas y orientales no son las únicas que se tratan de descubrir; C. Schaeffer, elabora la tesis de los «portadores de torques» y aporta argumentos al punto de vista que Oscar Montelius expresaba en 1899 cuando estudiaba Oriente en sus relaciones con Europa[368] y sostenía que la segunda era deudora de la primera por la experiencia de la «civilización». S. Reinach había advertido del «espejismo oriental»[369] pero los avances de la arqueología permiten al prehistoriador británico Vere Gordon Childe[370] demostrar en 1938 la validez de los cinco postulados de O. Montelius: en su artículo, cuyo título reproduce el del arqueólogo sueco,[371] se basa en los resultados de los trabajos realizados en Oriente Próximo para establecer la continuidad de las relaciones entre Asia y Europa desde la prehistoria.

V. Gordon Childe, especialista en Europa, estudia la prehistoria de Oriente ya que verdaderamente no se puede comprender de otro modo la prehistoria europea que «es ante todo y sobre todo, la historia de la imitación, o en el mejor de los casos, de la adaptación de las conquistas de ingenio oriental: la historia de estas conquistas se encuentra en la arqueología oriental».[372]

La prehistoria, nacida en los arenales de Abbeville, triunfa en Oriente, desde Egipto hasta las orillas del Indo, y vuelve a Europa enriquecida con los descubrimientos que permiten a arqueólogos, prehistoriadores, protohistoriadores, egiptólogos, helenistas y orientalistas proponer un marco de conjunto del mundo antiguo desde el neolítico y restituir una compleja red de intercambios entre Occidente y Oriente.

---

367 P. Montet, *Byblos et l'Égypte*, París, 1928.
368 O. Montelius, *Der Orient und Europa*, 1899.
369 S. Reinach, «Le mirage oriental», *L'Anthropologie*, 1893, pp. 539-578 y 699-732.
370 Vere Gordon Childe (1892-1957): prehistoriador británico, profesor de arqueología prehistórica de Europa en la Universidad de Edimburgo de 1927 a 1946, director del Instituto Arqueológico de la Universidad de Londres.
371 V. Gordon Childe, «The Orient and Europe», *The Advancement of Science*, 1938, y en *American Journal of Archaeology*, 1939.
372 Ídem, *L'Orient préhistorique*, 1935.

Los estrechos lazos que la arqueología permite tener en estos ámbitos, que hasta entonces se habían ido desarrollando independientemente unos de otros, refuerzan la cohesión de las instituciones existentes o implantadas inmediatamente después de la segunda guerra mundial. En 1946, con la creación del Instituto Francés de Beirut, la arqueología francesa se ve representada en todo el litoral mediterráneo, desde Marruecos y España hasta Irán. Las escuelas fundadas en el siglo XIX desarrollaron su actividad y se impusieron nuevas ambiciones: la Escuela de Atenas persiguió su política de «grandes campos de trabajo» pero participó también en el descubrimiento de la prehistoria en Macedonia y, lo que es importante, se asoció a los demás equipos occidentales para resucitar la Creta minoica. La Escuela de Roma hizo del norte de África su ámbito predilecto de intervención, multiplicando los campos de trabajo y dotando a los países bajo administración francesa de servicios arqueológicos y de una legislación en la que se inspirarán para la metrópoli. Los trabajos combinados del Instituto de El Cairo y del Servicio de Antigüedades mantienen y elevan muy alto la egiptología francesa compensando eficazmente el peso de Gran Bretaña. Las instituciones creadas después de 1920, la Casa Velázquez de Madrid, la Escuela de Jerusalén, el Servicio de Antigüedades de Siria y los institutos de Constantinopla, Damasco y Beirut consolidan la investigación francesa.

Sin lugar a dudas, es en Oriente Próximo donde la arqueología francesa experimenta los cambios más radicales y el despegue más espectacular. La arqueología oriental cuenta con poderosas instituciones en la misma medida que la arqueología clásica, y los orientalistas tendrán un peso similar al de los helenistas en el Centre National de la Recherche Scientifique creado en 1939: el lugar de la arqueología en este centro ilustraba el prestigio que había adquirido en ese momento y confirmaba su acceso al rango de ciencia.

## 7.2. La arqueología francesa en 1945: el perfeccionamiento de su organización

Sea cual fuere el grado de desarrollo de los diversos campos de la arqueología en los años treinta de nuestro siglo, la afirmación que hacía en 1948 Ernest Renan en su *Avenir de la science* sigue siendo válida: existen

instituciones pero disponen de medios demasiado modestos y no logran garantizar una colaboración estrecha y constante. La necesidad de crear el «cuerpo de investigadores» que Renan reclamaba se hace cada vez más imperiosa, tanto por la escasez de disciplinas con representación universitaria, arqueología metropolitana y prehistoria, como para aquéllas que han esbozado ya su institucionalización, arqueología clásica y oriental.

En «la larga marcha hacia un centro de investigación científica»,[373] el principio del siglo XX marca una época importante con la aparición de nuevas instituciones; pero habrá que esperar hasta 1930 para que se enuncien claramente los problemas, y se elaboren soluciones: la arqueología, concebida como una de las ciencias humanísticas cuya realidad por fin se reconoce, se enmarca en el movimiento general de organización de la ciencia en el seno de un centro de coordinación.

Más allá de los conflictos que oponen a arqueólogos procedentes de las escuelas francesas en el extranjero y prehistoriadores, se establece un consenso sobre la necesidad de organización de la arqueología en Francia: así es como en 1941, Jérôme Carcopino, arqueólogo clásico, y Raymond Vaufrey, prehistoriador,[374] elaboran, cada uno por su parte y sin consultarse, el mismo proyecto de un servicio arqueológico.

En 1939, la creación del CNRS ofrece un marco institucional común a todas las arqueologías, preponderantes o no, aunque no se resuelven inmediatamente los antagonismos entre especialistas de la arqueología, ni se pone fin al desarrollo desigual de las disciplinas.

Si consideramos la historia del CNRS en su conjunto, y en especial el ámbito de las ciencias humanísticas, choca ver el estatus privilegiado del que goza la arqueología, si no en 1939, sí a partir de 1941.

Es efectivamente entonces cuando se promulgan las «leyes Carcopino», que adoptan el nombre del historiador-arqueólogo y posteriormen-

373 J. F. Picard y E. Pradoura, «La longue marche vers le CNRS, 1901-1945», *Cahiers pour l'histoire du CNRS*, 2, 1988, p. 7 ss; ver asimismo È. Gran-Aymerich, «L'archéologie au CNRS: origines et mise en place», *Cahiers pour l'histoire du CNRS 1939-1989*, 9, 1990, pp. 81-105.

374 Raymond Vaufrey (1880-1967): miembro de la Comisión XV del CNRS y director regional de antigüedades, director de la Escuela Práctica de Estudios Superiores, director del laboratorio de paleontología del Cuaternario en el Instituto de Paleontología Humana; «L'organisation des recherches et des études préhistoriques», *Revue scientifique*, oct. de 1941.

te secretario de Estado de la Educación Nacional con el gobierno de Vichy, y cuando se organiza un auténtico servicio arqueológico, que estará, al igual que las excavaciones en Francia y en el extranjero, bajo las órdenes y la responsabilidad de las comisiones XV y XVI del CNRS.

Además, la nueva institución, que coordina la ciencia en Francia, no sólo garantiza la administración de la arqueología sino también la publicación de trabajos a través de la revista *Gallia* que es, en opinión de Charles Jacob, director del CNRS entre 1940 y 1944, al igual que el trabajo de las dos comisiones arqueológicas, un modelo de lo que debería ser la actividad de conjunto del CNRS.[375]

Una situación así no se puede explicar simplemente por el hecho de que un arqueólogo haya estado al mando de la Secretaría de Estado de la Educación Nacional en 1941-1942, o por la personalidad excepcional de A. Grenier, fundador de *Gallia*. Las razones son múltiples y antiguas y se deben a la propia historia de la arqueología desde los orígenes de su institucionalización en Francia a principios del siglo XIX y, en especial, a partir de 1830 cuando François Guizot crea la Comisión de Monumentos Históricos. No obstante, hay que distinguir los distintos campos de esta disciplina, por una parte arqueología clásica y oriental —que se desarrollan de manera continua desde 1846, fecha de la fundación de la primera Escuela Francesa de Arqueología en el extranjero, y tienen una importante representación en la Universidad y en el Museo del Louvre— y por otra, arqueología metropolitana y prehistoria.

Por lo que respecta a la arqueología metropolitana, alcanza su apogeo con Napoleón III, que en 1867 decide crear el Museo de Antigüedades Nacionales en Saint-Germain-en-Laye. Sin embargo, en 1939 el desarrollo de la arqueología metropolitana es mucho menor y su situación es mucho menos prestigiosa que la de la arqueología francesa en el extranjero.

En cuanto a la prehistoria, tras la amarga batalla de la evolución y el difícil reconocimiento de la «ciencia prehistórica» en la Exposición Universal de 1867, se vio ilustrada con una gran cantidad de magníficos descubrimientos y alimentada con los trabajos de personalidades de primera línea. Pero a pesar de todo ello, no logra hacerse un hueco en la uni-

375 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 48, 18 de marzo de 1943.

versidad y se desarrolla al margen de ésta. En estas condiciones, es el príncipe Alberto I de Mónaco quien crea el Instituto de Paleontología Humana. Será ya en 1929 cuando se implante la enseñanza oficial de la prehistoria en el Colegio de Francia gracias a Henri Breuil, que será su firme defensor en el seno del CNRS a partir de 1945.

### 7.2.1. Los esfuerzos de organización y coordinación de las investigaciones

Si buscamos los orígenes de los marcos institucionales que proporciona el CNRS a la arqueología, reconocemos fácilmente el primer jalón plantado en 1830 por François Guizot, historiador y ministro de Instrucción Pública, cuando funda la Comisión de Monumentos Históricos y el cargo de inspector general.

La arqueología metropolitana recibirá un nuevo impulso de Napoleón III: se abren excavaciones en Alesia, en Gergovia y en Bibracto en el monte Beuvray, altas esferas de la epopeya juliana y gala, en 1867; se inaugura el Museo de Antigüedades Nacionales en Saint-Germain-en-Laye. Así pues, en Francia, la institucionalización de la arqueología comienza bastante pronto. Sin embargo, hay que reconocer que los créditos dedicados a la arqueología se conceden prioritariamente a los «misioneros» enviados a todos los rincones del mundo y a las escuelas francesas implantadas en el extranjero.

Antes de la apertura de la Escuela de Atenas en 1846, el Servicio de Misiones de la Instrucción Pública, creado en 1842 y mantenido hasta 1935, fecha en la que es «absorbido» por la Caisse Nationale de la Recherche Scientifique, garantiza la presencia de eruditos franceses en este Oriente que, según los europeos, alberga los orígenes de nuestra propia civilización y que los arquitectos y arqueólogos ingleses y alemanes ya están explorando. La primera escuela francesa de arqueología se crea en un contexto de competencia política entre las tres grandes potencias europeas en el Mediterráneo. Dicha escuela se convertirá en un foco cultural capaz de desarrollar en Grecia la influencia de Francia contra la inglesa.

La derrota ante Prusia en 1870 estimula la modernización de la enseñanza y la investigación en Francia y, en especial, la creación de nuevas instituciones arqueológicas: en 1872, se organiza la Escuela de Roma, con la preocupación proclamada de defender en Italia la arqueología francesa

frente a la alemana. En Egipto, poco antes de la muerte de A. Mariette en 1881, se funda la Escuela de Arqueología Oriental de El Cairo, hoy IFAO, Instituto Francés de Arqueología Oriental.

En África del Norte, ámbito predilecto de los miembros de la Escuela Francesa de Roma, Túnez dispone en 1884 de un Servicio de Antigüedades organizado por René du Coudray La Blanchère, antiguo «romano» al igual S. Gsell, que dotará a Argelia de una Inspección de Antigüedades, creada en 1900 y completada en 1923.

Más tarde, después de la primera guerra mundial, cuando Siria y el Líbano pasan a estar bajo mandato francés, el general Gouraud organiza un Servicio de Antigüedades patrocinado por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras: René Dussaud y Edmond Pottier, ambos conservadores del Louvre y miembros del Instituto, promovieron la creación del Servicio de Antigüedades de Siria y la Escuela Francesa de Arqueología de Jerusalén y suscitan en la Academia la implantación de una Comisión de Siria-Palestina. En España, tras un largo periodo de gestación, se inaugura en 1928 la Casa de Velázquez.

Las escuelas francesas de arqueología que jalonan la cuenca mediterránea son, hasta 1939, los únicos verdaderos centros de investigación, y sus miembros pueden considerarse como los primeros «investigadores» de nuestra historia científica. La Academia de Inscripciones y Bellas Letras, que es responsable de ellas, y de la que forman parte la mayoría de los «antiguos» de Roma, Atenas, El Cairo, Jerusalén o Madrid, aparece como la instigadora de la investigación arqueológica mediante la creación de nuevas instituciones sobre el modelo de la primera de ellas, Atenas, y la organización de los servicios de antigüedades en el Mediterráneo occidental y oriental.

En los años treinta de nuestro siglo, la arqueología francesa en el extranjero está muy bien considerada frente a la ciencia alemana que, a lo largo del siglo XIX y hasta la segunda guerra mundial, constituye una referencia obligada: las investigaciones en los ámbitos clásico y oriental son muy activas, y en África del Norte y Oriente Próximo funcionan auténticos servicios de antigüedades.

La comparación con la situación en Francia nos sorprende. Ciertamente, después de 1870, con la perspectiva de recuperación nacional, se plantea una profunda reforma en la Universidad y se crean las primeras cátedras de arqueología. A. Dumont, antiguo miembro de la

Escuela de Atenas y fundador de la de Roma, es nombrado director de la Enseñanza Superior en 1879 y contribuye a poner en marcha la «Nueva Sorbona», inspirándose en el modelo universitario alemán: abre laboratorios y bibliotecas e inaugura nuevas enseñanzas. Él es quien en 1884 confía a Émile Cartailhac la enseñanza de la prehistoria en la Facultad de Letras de Toulouse. Es necesario señalar al respecto que esta iniciativa es excepcional, ya que la primera verdadera cátedra de prehistoria no se crea hasta 1954, precisamente en Toulouse, para Louis-René Nougier. En 1904, la fundación de la Sociedad Francesa de Excavaciones Arqueológicas, situada bajo la presidencia de Ernest Babelon, conservador del Gabinete de Medallas, permite abrir importantes campos de trabajo en Francia y en el extranjero: la sociedad subvenciona, por ejemplo, las obras del trofeo de Augusto en La Turbie, las de las termas romanas del viejo Évreux, las excavaciones de Alise-Sainte-Reine/Alesia, o las de Saint-Bertrand-de-Comminges.[376] La Comisión XV del CNRS se encargará, a partir de 1941, de todos estos yacimientos. El *Bulletin* publica las conferencias organizadas por la Sociedad Francesa de Excavaciones Arqueológicas, de la que A. Grenier augura en 1931 que «promete convertirse en un órgano importante del trabajo arqueológico en Francia».[377]

Sin embargo, por lo que respecta a la conservación del patrimonio arqueológico en Francia y la reglamentación de las excavaciones, la situación no queda lejos de resultar catastrófica: antes de 1941 no existe ninguna ley ni Servicio de Antigüedades. Y eso que se produce una auténtica toma de conciencia relativamente precoz, ya que en 1910 se presentan dos proyectos de ley en el Senado.[378] Esta tentativa de imponer una reglamentación de las excavaciones fracasará a pesar del empeño que ponen los arqueólogos desde 1880 en denunciar el lamentable estado de nuestro patrimonio prehistórico, celta y galorromano.

---

376 A. Grenier, *Manuel d'archéologie gallo-romaine. 1. Première partie. Généralités. Travaux militaires*, «Introduction. La tradition de l'archéologie gallo-romaine. Essai de bibliographie générale, historique et raisonnée», París, 1931 (Picard, reed. 1985), pp. 17-89; A. Blanchet, «L'archéologie gallo-romaine», en *Centenaire du Service des monuments historiques et de la Société française d'archéologie, Congrès archéologiques de France, 97e session tenue à Paris en 1934*, París, 1935, pp. 127-210.

377 A. Grenier, *Manuel…, op. cit.*, p. 71 ss.

378 F. Delage, «La législation de l'archéologie», *La Grande Revue*, 1911; S. Reinach, «La question des fouilles», *Revue archéologique*, 17, 1911, p. 155 ss.

En 1879 Jules Ferry constituyó en el seno de la Comisión de Monumentos Históricos la subcomisión de monumentos megalíticos y se había empezado a elaborar la lista de los dólmenes y menhires.[379] La ley de 30 de marzo de 1887 «sobre los monumentos históricos» hacía posible su clasificación, pero entendía la palabra «monumento» en un sentido demasiado limitado: las cuevas prehistóricas quedaban excluidas. La ley de 21 de abril de 1906 aborda la «protección de los yacimientos y monumentos naturales de carácter artístico» y permite clasificar campos romanos o celtas o la roca de Solutré, pero no contempla las excavaciones. Los yacimientos prehistóricos se ven sometidos sobre todo al pillaje y al vandalismo. El escándalo alcanza su paroxismo en 1910, cuando estalla el asunto Hauser: este anticuario suizo había excavado por su cuenta y sin autorización en la Dordoña y vendió impunemente en Alemania dos esqueletos del Cuaternario. S. Reinach, conservador jefe del museo de Saint-Germain-en-Laye, preocupado por la situación de los monumentos arqueológicos en Francia, le sugiere a su hermano, Théodore Reinach, que presente ante el Senado dos proyectos de ley en materia de arqueología.

El proyecto de 25 de octubre de 1910 contempla la «conservación de monumentos y objetos de interés histórico o artístico». Estos proyectos eran muy innovadores, en especial en lo tocante a la clasificación de oficio de «terrenos que encierran estaciones o yacimientos prehistóricos». Hay que señalar, sin embargo, que no se plantea la organización de un servicio arqueológico.

Ante la resistencia de los prehistoriadores, en especial de la Sociedad Prehistórica Francesa, y la indignación general de las sociedades eruditas, a pesar de una nueva presentación, terminan renunciando y se contentan con la ley de 31 de diciembre de 1913 sobre los Monumentos Históricos presentada por el senador Audiffred: se incluyen las estaciones y yacimientos prehistóricos y, aunque no se mencionan las excavaciones, se intenta dotar al Estado de algunos medios para proteger el patrimonio histórico, artístico y arqueológico, y para realizar su inventario.[380] La ley de 10 de julio de 1914 establece la creación de la Caja de Monumentos Históricos y Prehistóricos, que es la encargada de recopilar y gestionar los fondos «puestos a disposición del Ministerio de Bellas Artes, con vistas a la adquisición y con-

379 H. Hubert, «La Commission des monuments préhistoriques», *L'Anthropologie*, 21, 1910, p. 321 ss., y 25, 1914, p. 352 ss.
380 H. Hubert, *op. cit.,* 1914, p. 353.

servación de los bienes inmuebles y muebles clasificados».[381] La guerra de 1914-1918 pone fin a los intentos de reglamentación.

En los términos de la ley de 31 de diciembre de 1913, la protección de los monumentos prehistóricos y la vigilancia de las excavaciones estaban garantizadas por la sección segunda (subcomisión de monumentos prehistóricos) de la Comisión de Monumentos Históricos, creada en 1909. Los prehistoriadores de la sección se reparten la tarea pero, metidos en ella de lleno y desanimados enseguida, se ven incapaces de mejorar la situación. Únicamente siguen actuando Henri Hubert, conservador del museo de Saint-Germain-en-Laye, y Louis Capitan, profesor del Colegio de Francia, pero desaparecen demasiado pronto[382] como para garantizar la continuidad de la tarea emprendida.[383]

Sin embargo, un proyecto de creación de los puestos de inspectores de Monumentos Históricos para la Prehistoria, concebido por H. Hubert, es retomado en 1930 por Paul Léon, director general de Bellas Artes, que aprueba la propuesta. A falta de créditos, no pasarán de las buenas voluntades, pero retengamos la fecha de 1930 como decisiva: la crisis de la arqueología metropolitana es patente y cada vez son más los que, incluso a la cabeza de las instituciones existentes, reclaman medidas urgentes. La ausencia de leyes sobre las excavaciones y de organización coherente de la arqueología en Francia se siente como algo aberrante e intolerable no sólo en relación con la situación de los demás países de Europa, provistos de estructuras y reglamentaciones, sino sobre todo en relación con lo que se creó en el Mediterráneo, en las regiones controladas por Francia.

A principios de los años treinta, hay conciencia de que no se puede mantener el desequilibrio entre una arqueología en el extranjero, prestigiosa y firmemente asentada en unas instituciones que garantizan a los arqueólogos un lugar de primera línea en la Enseñanza Superior o en el seno de la Caja de Investigaciones Científicas junto a los historiadores y filólogos, y la arqueología metropolitana —prehistoria, protohistoria y periodo galo-

381 P. Verdier, «Le Service des monuments historiques, son histoire, organisation, administration, législation (1830-1934)», en *Centenaire du Service des monuments historiques et de la Société française d'archéologie, op. cit.*, p. 53 ss.

382 Henri Hubert muere en 1927 y Louis Capitan, en 1929.

383 R. Vaufrey, «La protection des monuments préhistoriques en France», *L'Anthropologie*, 42, 1932, p. 323 ss.; H. Hubert, *op. cit.*, 1914, p. 354.

rromano— poco o nada institucionalizada, desprovista casi de medios y de personal de investigación. En 1930, la arqueología se afirma como disciplina distinta de la historia y es admitida como «ciencia»; se sitúa en primera línea de la lucha por el reconocimiento de las «ciencias humanísticas» que se disputa entonces y encuentra un principio de resolución con la creación de la Caja Nacional de Ciencias y Letras. Mientras que en 1901 la Caja de Investigaciones Científicas sólo trata las ciencias exactas, la creación en su seno de la sección IV, encargada de apoyar la publicación de obras «de orden jurídico, literario, *arqueológico* e histórico», marca una etapa decisiva en 1921, ya que las disciplinas implicadas están implícitamente asociadas a la investigación y a la ciencia. Si tenemos en cuenta que el 80% de los créditos concedidos a la sección IV estaban destinados a filólogos, historiadores y arqueólogos,[384] comprenderemos mejor el lugar que estas disciplinas debían ocupar en el CNRS entre las ciencias humanísticas.

La arqueología, que se define como ciencia y ha adquirido un lugar privilegiado en la enseñanza superior, comparte con las ciencias exactas las mismas exigencias de organización global.

### 7.2.2. La arqueología en el movimiento general de organización y coordinación de la ciencia (1930-1939)

En la historia de la organización de la ciencia en Francia, la fecha de 1930 representa un momento crucial: a la vez que Jean Perrin, físico de renombre, concibe un plan de organización de la investigación científica,[385] se constituye la Caisse Nationale des Sciences, compuesta de dos comités científicos distintos, uno para las ciencias matemáticas o experimentales y el otro para las ciencias «humanísticas»; este término, utilizado por primera vez, marca la admisión de las «letras» en la investigación científica.[386]

En 1933, la voluntad de organizar la investigación le inspira a J. Perrin un proyecto de Consejo Superior de la Investigación Científica, donde se privilegian las ciencias exactas. La noción de «ciencias humanísticas» toda-

384 O. Dumoulin, «Les sciences humaines et la préhistoire du CNRS», *Revue française de sociologie*, 26.2, abril-junio de 1985, p. 353 ss.

385 J. Perrin, *L'Organisation de la recherche scientifique en France*, París, 1930.

386 O. Dumoulin, *op. cit.*, p. 355; E. Pradoura, «Les sciences humaines au CNRS de leur mise en place au début de leur développement», París, 1987 (dossier manuscrito, conservado en los archivos del CNRS).

vía es frágil y hay que seguir luchando por su reconocimiento pleno. Así es como Alfred Coville, miembro del Instituto, director honorario de la Enseñanza Superior, reclama la constitución de dos divisiones en el seno del Consejo, una para las ciencias positivas y otra para las ciencias humanísticas.[387] Coville protesta también contra la composición de un cuerpo electoral limitado exclusivamente a los «profesores de facultad, catedráticos, titulares de una enseñanza en un gran establecimiento e investigadores de la Caja Nacional de Ciencias».[388] A. Coville va más lejos en la ampliación del cuerpo electoral y propone incluir en la lista a los encargados de clases cuya enseñanza de las ciencias desinteresadas está al margen de las enseñanzas clásicas». El término «ciencias desinteresadas» lo ilustran dos ejemplos emblemáticos para nosotros: las clases de historia de André Piganiol en la Sorbona y el seminario de Charles Virolleaud en la Escuela Práctica de Estudios Superiores. Historiador de Roma, el primero es lo bastante sensible a la arqueología como para elaborar en 1941 el resumen de las excavaciones realizadas en la Galia.[389] El segundo, C. Virolleaud, antiguo director de antigüedades de Siria, imparte en el Instituto de Arte y Arqueología de la Universidad de París un curso sobre el arte y la civilización de la Siria antigua y, en la Escuela Práctica de Estudios Superiores, sección de ciencias de la religión, una conferencia sobre la religión de los fenicios. A. Coville aboga también por que tengan representación en el Consejo de la Investigación Científica los directores e internos de las escuelas francesas y en el extranjero. En defensa de las ciencias humanas, se decide valorar la historia antigua y la arqueología, demostrando el lugar privilegiado que ocupan en la enseñanza superior y la presión que ejercen historiadores y arqueólogos para entrar en las estructuras de la investigación.

Una iniciativa emprendida en 1933 por algunos miembros de la Sociedad de Estudios Latinos confirma este enfoque de la situación. Mientras que R. Vaufrey, director del laboratorio de paleontología del Cuaternario en el Instituto de Paleontología Humana, que presidirá la XV Comisión como *maître de recherches* del CNRS, redacta en 1932 un sombrío resumen de la prehistoria en Francia[390] y reclama la organización de

387 E. Pradoura, *op. cit.*, p. 18.

388 Carta a J. Cavalier del 6 de mayo de 1933, citada por O. Dumoulin, *op. cit*, p. 368.

389 A. Piganiol, «Histoire romaine», *Revue historique (Bulletin critique 1, 2 y 3),* 191, abril-junio de 1941, p. 285 ss., y oct-dic. de 1941, pp. 113 ss. y 290 ss.

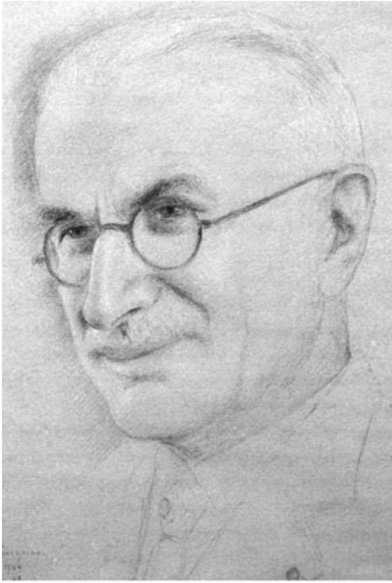
390 R. Vaufrey, *op. cit.*, p. 324.



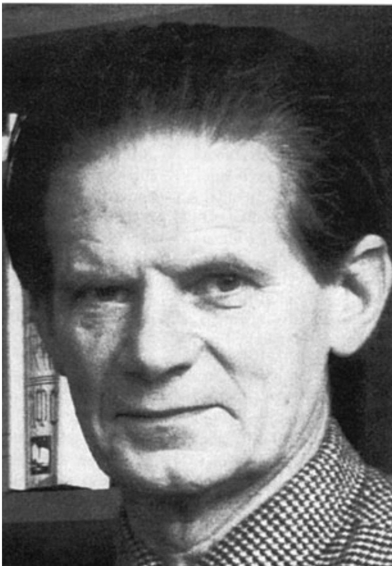
146. Lionel Balout (1907-1992), en Aurès en 1975. Cliché C. Roubet, «Études d'antiquités africaines», 1979.



147. Raymond Vaufrey (1890-1967), en Orán en 1950. Cliché de R. Le Dû tomado desde Murdjadjo, «Études d'antiquités africaines», 1979.



148. Jérôme Carcopino (1881-1970). Acuarela conservada en la biblioteca de Instituto de Francia.



149. André Leroi-Gourhan (1911-1986). Según *Gallia préhistoire*, tomo 29, fasc. 1.

un Servicio de Antigüedades, E. Albertini, antiguo miembro de las escuelas de Roma y Madrid, profesor en el Colegio de Francia y director de Antigüedades de Argelia, presenta el 11 de febrero de 1933 en la Sociedad de Estudios Latinos un proyecto de servicio de Antigüedades. Allí están presentes J. Carcopino, que llevará la iniciativa a buen puerto, y A. Grenier, fundador de la revista *Gallia* en 1943 y miembro de la Comisión XV del CNRS. Dejando de lado el caso de las antigüedades prehistóricas que, a su modo de ver, gozan de una estructura institucional, a saber, la subcomisión de monumentos prehistóricos de la Comisión de Monumentos Históricos y Bellas Artes creada en 1909, E. Albertini reclama la creación para la arqueología metropolitana de puestos de arqueólogos profesionales remunerados con arreglo a los mismos criterios que los universitarios. Subraya la necesidad urgente de créditos adicionales para las excavaciones y la publicación. En marzo de 1933, se redacta un texto de solicitud dirigido al director de Bellas Artes, Bollaert: J. Carcopino logró que se admitiese el voluntariado para los inspectores de antigüedades tratando de evitar el principal escollo que podía presentar el proyecto, el coste de su implantación.

Gracias al decreto de 13 de abril de 1933 se consigue la creación de una quinta sección en la comisión de monumentos históricos, la de las «excavaciones y antigüedades clásicas». Sus miembros son designados por el ministro de Educación Nacional y entre ellos cabe destacar a C. Jullian, profesor en el Collège de France, en la cátedra de Historia y Antigüedades Nacionales, y a A. Grenier y J. Carcopino, antiguos miembros los tres de la Escuela Francesa de Roma.

Estos historiadores arqueólogos, que crean en 1933 el embrión del servicio arqueológico que implantará uno de ellos en 1941, son plenamente conscientes de que debe paliarse el retraso que acusa la arqueología metropolitana. Sus respectivas carreras muestran sus esfuerzos en este sentido: su maestro, C. Jullian, titular desde 1905 de la cátedra «Historia y Antigüedades Nacionales» en el Colegio de Francia, es ante todo el historiador de la Galia, el que titula su lección inaugural «Plaidoyer pour la préhistoire»[391] instaurándola como el prolegómeno de la historia nacional

391 C. Jullian, *Au seuil de notre histoire*, t. 2, cap. 3, lección de apertura en el Colegio de Francia del 4 de diciembre de 1907, París, 1930.

francesa. Introduce así por vez primera la prehistoria en el Colegio de Francia[392] mucho antes de su entrada oficial en 1929 con el abad Breuil. Cuando en 1916, C. Jullian confía a A. Grenier el encargo de continuar el *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine* que J. Déchelette dejó inacabado, lo hace convencido de que «había que pensar en reconstituir el patrimonio arqueológico de la Galia».

A. Grenier, que sucede en 1936 a su maestro en la cátedra de Antigüedades Nacionales del Colegio de Francia, abrió su obra científica en 1906 con «un estudio de la civilización galorromana en una provincia gala»;[393] su paso por la Escuela Francesa de Roma y sus investigaciones le llevarán a escribir *Bologne villanovienne et étrusque*[394] que, lejos de desligarle de la arqueología metropolitana, reforzará su convicción de que la arqueología protohistórica y la arqueología clásica están indisolublemente unidas. De regreso a Francia y con la ayuda de C. Jullian, consigue que se cree la primera cátedra de antigüedades galoromanas y renanas, que ocupa hasta 1936 en Estrasburgo.

C. Jullian y A. Grenier son, así pues, artífices de la institucionalización de la arqueología metropolitana y, cuando se organiza la ciencia en Francia y nacen estructuras coordinadoras, están listos para darle a la «ciencia arqueológica» su sitio.

E. Albertini y J. Carcopino, que, con la dirección de las antigüedades en Argelia, y la de la Escuela Francesa de Roma respectivamente, tienen experiencia en la gestión de la arqueología, aportan los modelos sobre los que fundar un auténtico servicio arqueológico en Francia.

En estos años inmediatamente anteriores a la guerra, cruciales para la organización de la investigación en Francia, cuando existe la tentación de dar prioridad a otros ámbitos distintos de la arqueología, arqueólogos, «amateurs» y profesionales no desaprovechan ninguna ocasión para recordar la necesidad de una profunda reforma. En 1934, el centenario con-

---

392 A. Laming-Emperaire, *Origines de l'archéologie préhistorique en France*, París, Éditions du Seuil, 1964.

393 A. Grenier, *Habitations gauloises et villas latines dans la cité des Médiomatrices. Études sur le développement de la civilisation gallo-romaine*, París, 1906.

394 Ídem, *Bologne villanovienne et étrusque, VIIIe-IVe siècle avant notre ère*, Bibliothèque des Écoles françaises et de Rome, París, de Boccard, 1912.

junto del Servicio de Monumentos Históricos, creado por F. Guizot, y la Sociedad Francesa de Arqueología, fundada por Arcisse de Caumont, celebrado con motivo del 97.º Congreso Arqueológico de Francia,[395] ofrece el testimonio de la colaboración entre la sociedad erudita y los representantes de las instituciones estatales. A partir de 1897, el ministro de Instrucción Pública había enviado como delegado a un arqueólogo a los congresos anuales de la sociedad, un tal Antoine Héron de Villefosse, miembro del Instituto y conservador en el Louvre. En el congreso del centenario de 1934, son muchos los arqueólogos profesionales que intervienen, entre otros el abad Breuil, profesor en el Colegio de Francia para la prehistoria, A. Grenier, profesor en Estrasburgo, y R. Lantier, conservador en Saint-Germain-en-Laye, para la protohistoria, o Adrien Blanchet, presidente de la sección arqueológica del Comité de Trabajos Históricos y Científicos, para el periodo galorromano. Todos pertenecerán a las comisiones y comités del CNRS.

Así, la Sociedad Francesa de Arqueología, fundada cuando todavía no existían las instituciones arqueológicas, no sólo provocó su aparición —se trata de los comités de Guizot—,[396] sino que con su dinamismo y seriedad se impuso como su igual: en el territorio nacional no se puede prescindir de ella y los arqueólogos profesionales, si quieren hacer progresar la arqueología en Francia, deben hacerlo con la colaboración de los aficionados. La creación del CNRS tendrá una influencia decisiva en las relaciones entre instituciones públicas y sociedades eruditas privadas y será decisiva para la profesionalización de la arqueología metropolitana y de la prehistoria.

En este congreso de 1934, R. Lantier rinde homenaje en su exposición[397] a la obra de las sociedades eruditas y de particulares en las provincias, a la vez que deplora la indiferencia de las «esferas oficiales». Redacta un severo resumen de la situación heredada del siglo XIX: «La historia de

---

395 *Centenaire du Service des monuments historiques et de la Société française d'archéologie, Congrès archéologiques de France, op. cit.*

396 La Inspección General de Monumentos Históricos, creada en 1930, el Comité de Trabajos Históricos, fundado en 1834, completado en 1837 con el Comité Histórico de Artes y Monumentos y la Comisión de Monumentos Históricos.

397 R. Lantier, «Un siècle d'archéologie protohistorique», en *Centenaire du Service des monuments historiques et de la Société française d'archéologie, op. cit.*

nuestra organización administrativa en cuanto al descubrimiento y la protección de nuestras antigüedades prerromanas es una de las más instructivas. Dudas, cambios bruscos al capricho de unos incidentes que una reglamentación previsora hubiera bastado para impedir, dualidad de organismos dependientes de distintos ministerios (Bellas Artes e Instrucción Pública), contactos difíciles de establecer y mantener entre el Comité Central con sede en París y sus correspondientes en los departamentos, y por último, mediocridad de los recursos financieros». R. Lantier denuncia a la vez la falta de coherencia de las instituciones centrales y el centralismo ineficaz, dos defectos considerables a los que el CNRS deberá poner remedio.

En el momento en el que se definen en el ámbito arqueológico las perspectivas de una organización, se crea en 1935 la Caisse Nationale de la Recherche Scientifique: este organismo, que es el primero en utilizar las siglas CNRS, asocia las misiones de la Caisse des Recherches Scientifiques y de la Caisse Nationale des Sciences, absorbe las dos instituciones más antiguas de incitación a la investigación, el Servicio de Misiones y el Comité de Trabajos Históricos y Científicos, y garantiza la cohesión de la investigación científica en Francia.[398]

A pesar de la presencia de J. Carcopino en la reunión del consejo de administración de mayo de 1937,[399] y teniendo en cuenta las exigencias de la Defensa Nacional, la nueva Caja no parece dispuesta a conceder a la arqueología la posición que disfrutaba hasta entonces. A. Grenier reacciona enérgicamente ante el rechazo de créditos para las excavaciones en el extranjero: en una carta a Henri Laugier, futuro director del CNRS, sostiene que las misiones arqueológicas en el extranjero «representan un interés nacional, ahora más que nunca».[400] En vísperas de la segunda guerra mundial, la arqueología todavía se enmarca en un contexto político de competencia con Alemania.

Cuando se crea en 1939 el Centre National de la Recherche Scientifique y la arqueología, junto con las demás ciencias humanísticas, encuentra su lugar en él, lo hace al término de una constante lucha por su

398 O. Dumoulin, «Les sciences humaines et la préhistoire du CNRS», *op. cit.*, p. 370.
399 E. Pradoura, *op. cit.,* p. 16.
400 Archivos Nacionales, CNRS, F17 17465; citado por O. Dumoulin, *op. cit.,* p. 371.

reconocimiento iniciada ya en 1830. El proceso de institucionalización de la disciplina arqueológica culmina entonces, aunque quedan por «inventar» las estructuras de gestión e investigación de la prehistoria y la arqueología metropolitana, que deberán esperar hasta 1941 para ver la luz.

### 7.2.3. La creación de un servicio de arqueología metropolitana y la gestión de la arqueología francesa dentro del CNRS (1939-1944)

El decreto ley de 19 de octubre de 1939 crea el Centro Nacional de Investigaciones Científicas, dependiente del Ministerio de Educación Nacional y dirigido por Jean Perrin.

Este nuevo organismo sustituye a todos los servicios estatales no especializados en la investigación fundamental o aplicada y se encarga de la coordinación de las investigaciones a escala nacional. Durante los diez primeros años de funcionamiento del CNRS, conviene distinguir dos periodos marcados por la cesura de 1944, fecha de la Liberación y de la reorganización del CNRS por Frédéric Joliot-Curie.

Por lo que respecta a la arqueología, mientras que entre 1940 y 1944 asistimos al desarrollo rotundo de la arqueología metropolitana y se mantienen las misiones en el extranjero, la prehistoria, ligada en 1944 a la antropología y a la etnología, alcanzará su esplendor con los comités directores instituidos por Jolie-Curie, donde podrán expresarse y actuar personalidades que no figuraban en las comisiones arqueológicas del CNRS creadas en 1941.

En 1941, con el gobierno de Vichy, J. Carcopino acepta la secretaría de Estado en Educación Nacional y organiza la arqueología en el seno del CNRS. Como antiguo director de la Escuela Francesa de Roma, vio cómo funcionaban los servicios arqueológicos italianos, por lo que tiene experiencia en la administración de las investigaciones. Así pues, el CNRS será para él la institución que le permita realizar por fin los proyectos que habían ido elaborando desde principios de siglo prehistoriadores y arqueólogos clásicos, y colmar el retraso de Francia sobre los demás países de Europa en materia de protección del patrimonio arqueológico y de legislación de las excavaciones.

Es, efectivamente, el 27 de septiembre de 1941 cuando aparece la primera ley sobre excavaciones, tan esperada y que tanto había reclamado la Academia de Inscripciones y Bellas Letras en agosto de 1941[401] y Raimond Vaufrey, maestro de investigaciones en el CNRS, en nombre de los prehistoriadores. Cuando se inscribe la ley en el *Journal officiel*, el artículo de R. Vaufrey «L'organisation des recherches et des études préhistoriques», publicado en el número de octubre de la *Revue scientifique*, está en prensa: en un *post scriptum* señala a modo de inciso que recuerda la rivalidad entre prehistoriadores y arqueólogos clásicos, que no se consultó a la sección de prehistoria de la Comisión de Monumentos Históricos a la hora de elaborar la nueva ley.

La ley recibirá duras críticas por parte de la mayoría de miembros de la Sociedad Prehistórica Francesa,[402] que la ven demasiado intervencionista y restrictiva, y le acusan de paralizar todas las iniciativas: la gran mayoría de los prehistoriadores eran arqueólogos voluntarios, «amateurs» cuyas actividades podía terminar por impedir la ley. Veremos cuáles son las respuestas que el CNRS tratará de dar al problema crucial de las relaciones entre aficionados y profesionales, entre sociedades eruditas e instituciones públicas.

Tal como indica el propio J. Carcopino,[403] se trata de una ley de circunstancias hecha para precaverse contra el ocupante que exploraba con total libertad los yacimientos de Entremont (Aix-en-Provence), Cimiez (Niza), Carnac o la costa normanda, con ocasión de la construcción del muro del Atlántico, y que había nombrado un oficial arqueólogo responsable de los trabajos.

La segunda «ley Carcopino» de 21 de enero de 1942 aborda la organización del servicio arqueológico, esbozada en 1933 por los miembros de la Sociedad de Estudios Latinos e inspirada en gran medida en el modelo ampliamente experimentado en Italia desde el final del siglo XIX.

En el CNRS se crean dos comisiones arqueológicas que se sitúan bajo la autoridad de la Secretaría de Estado de Educación Nacional: la XV, para

401 *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1941, p. 218.
402 *Bulletin de la Société préhistorique française*, 44, 1947, p. 76.
403 J. Carcopino, *Souvenirs de sept ans. 1937-1944*, París, 1953, p. 102.

las «excavaciones arqueológicas en la Francia metropolitana», se encarga de coordinar los diversos organismos arqueológicos, conceder créditos y subvenciones y, por último, garantizar la rápida publicación de los resultados; a esta comisión le sustituirá en 1948 el «Comité technique de la recherche archéologique en France», que en adelante pasará a ser el Consejo Superior de la Investigación Arqueológica. La XVI Comisión, creada en 1942 en el CNRS amplía su autoridad a las «excavaciones arqueológicas fuera de Francia» y debe garantizar el funcionamiento de las grandes misiones iniciadas antes de la creación del CNRS. En 1942 se plantea el problema de su vinculación, bien al CNRS por medio de la XVI Comisión, bien a la Enseñanza Superior, o bien al Ministerio de Asuntos Exteriores. En junio de 1942, la XVI Comisión del CNRS se responsabiliza de las excavaciones en Irán —misión permanente en Susiana—, de la misión científica en Afganistán y de las excavaciones en Asia occidental.[404] En cuanto a la Comisión del Instituto Francés de El Cairo, permanece en la Enseñanza Superior así como la Comisión de África del Norte y la Comisión Arqueológica de Indochina, que dependen del Comité de Trabajos Históricos y Científicos. El CNRS tampoco tiene autoridad sobre las excavaciones de Delfos, organizadas por la Escuela de Atenas y dependientes de la dirección de la Enseñanza Superior. Aparte de estas últimas excepciones, el CNRS debe garantizar por primera vez, a través de su XVI Comisión, una coordinación conjunta de todas las acciones francesas en el extranjero en materia de arqueología. El CNRS adquirirá estas prerrogativas en 1945, cuando las «excavaciones arqueológicas en Francia» se hayan transferido definitivamente a la nueva «comisión de excavaciones» del Ministerio de Asuntos Exteriores.

El servicio arqueológico creado por la «ley Carcopino» de enero de 1942 y dependiente de la XV Comisión del CNRS, reúne las circunscripciones arqueológicas definidas para el territorio metropolitano: seis para la prehistoria diecisiete para las antigüedades celtas, griegas y galorromanas. Al mando de cada circunscripción se coloca a un director de antigüedades, voluntario y nombrado por el secretario de Estado de la Educación Nacional, tras consultar con la Comisión de Monumentos Históricos. Los directores de antigüedades son los encargados de las relaciones con las socieda-

404 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 48, carta del director del CNRS al director de la Enseñanza Superior, del 27 de mayo, y respuesta del 26 de junio.

des eruditas y remiten sus trabajos a la XV Comisión del CNRS, que concede los permisos de excavación. El CNRS también tiene poder para enviar, tras un acuerdo con la Comisión de Monumentos Históricos, a becarios o directores de investigaciones a los campos de excavación. El director de antigüedades es la auténtica alma del servicio arqueológico, en el sentido de que permite establecer, sobre el terreno, lazos entre el órgano central y las sociedades eruditas en las provincias, y garantiza la coordinación de las investigaciones evitando el escollo del centralismo excesivo.

A. Grenier define las funciones del director de circunscripción: «Tendrá que contar con la colaboración de los eruditos locales. Lejos de dirigir su actividad, la nueva organización incitará las iniciativas particulares a través de este director regional».[405] Se trataba de responder a los temores y las críticas de los prehistoriadores y de «normalizar» las relaciones con las sociedades eruditas. Los directores de antigüedades son, en su mayoría, elegidos entre los universitarios, de modo que vemos cómo se acentúa la profesionalización de la arqueología, a la que la mayoría de los prehistoriadores se oponen como arqueólogos voluntarios que trabajan en el marco de sociedades eruditas. En 1942, los arqueólogos «aficionados» más prestigiosos figuran entre los directores de circunscripción, como Denis Peyrony, institutor y excavador de Eyzies, y Saint-Just Péquart, excavador del Mas-d'Azil.

La ley de enero de 1942, en su artículo 6, fija las relaciones entre la XV Comisión del CNRS, el Servicio de Monumentos Históricos y el Comité de Trabajos Históricos, que se mantiene a pesar de su integración en 1935 en la Caja Nacional de Investigación Científica.

Los directores de circunscripción aprovechan la sección arqueológica del Comité de Trabajos Históricos para los resultados de orden histórico y científico. Para todo lo relacionado con la técnica de los trabajos, la conservación, la restauración en algunos casos, deben consultar a la Comisión de Monumentos Históricos. Tras examinar los informes, la sección arqueológica del Comité de Trabajos Históricos y las secciones segunda y quinta —Prehistoria y Antigüedades clásicas— de la Comisión de Monumentos Históricos realizan cualquier propuesta, para la apertura de exca-

405 *Revue des études anciennes*, 1942, p. 64.

vaciones, su dirección y el acondicionamiento de los yacimientos, a la XV comisión del CNRS, que es quien la presenta al Secretario de Estado de Educación Nacional.

La XV Comisión del CNRS, el primer organismo que depende directamente del secretario de Educación Nacional, aparece como la coordinadora de las actividades de las dos administraciones, Educación Nacional y Bellas Artes, que hasta entonces se ocupaban por separado de las cuestiones arqueológicas. La XV Comisión hace que intervenga, por una parte, la arqueología universitaria, que designa los yacimientos que se han de explorar e interpreta los descubrimientos de las excavaciones y, por otra, el arquitecto de monumentos históricos, encargado de asumir el conjunto de trabajos de restauración y conservación.

Si examinamos las listas de miembros de las comisiones XV y XVI del CNRS, vemos en primer lugar que se mantienen los mismos nombres de 1942 a 1945 y más adelante, y sorprende la mayoría aplastante de miembros de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y los antiguos interinos de las escuelas francesas en el extranjero. Así es como hallamos el nombre de René Dussaud, secretario vitalicio de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras y uno de los «padres fundadores» de la arqueología oriental, que, durante muchos años, desempeñará un papel fundamental, al pertenecer a la vez a las comisiones XV y XVI del CNRS. Charles Picard, director del Instituto de Arte y Arqueología de la Universidad de París, ocupa un lugar similar e interviene de manera muy activa en la orientación de las excavaciones en la metrópoli o en África del Norte.

La proporción de arqueólogos orientalistas y clásicos es, con creces, mayoritaria ya que junto a J. Carcopino, A. Grenier y P. Wuilleumier, *chargé de cours* en la Universidad de Lyon, excavador del teatro de Fouvière, no tenemos más que a un protohistoriador, R. Lantier, conservador del Museo de Antigüedades Nacionales, pero también procedente de la Casa de Velázquez de Madrid, y un prehistoriador, R. Vaufrey, director del Instituto de Paleontología Humana, institución privada creada por el príncipe de Mónaco.

Las relaciones de poder entre arqueología clásica y oriental, por una parte, y arqueología metropolitana y prehistoria, por otra, que existían antes de la creación del CNRS, se ven reproducidas en la nueva institu-

ción. La institucionalización de la arqueología, lograda gracias al CNRS, obedece a los principios que se habían impuesto al implantar y desarrollarse la disciplina en la universidad. La situación dará un giro, a partir de 1944, en favor de la arqueología metropolitana y la prehistoria.

El nuevo órgano de decisión que es el CNRS no sustituye a las instituciones más antiguas, ya que son miembros de pleno derecho de las comisiones los representantes de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, del Comité de Trabajos Históricos y Científicos, del Ministerio de Bellas Artes y de Monumentos Históricos. El CNRS es, ante todo, una institución coordinadora que pone fin a la disparidad de servicios independientes que dependen de distintos ministerios, algo que afecta a la arqueología durante este periodo de 1942-1944.

En la organización de la arqueología, el CNRS se encarga del funcionamiento de un auténtico servicio arqueológico en Francia, administra las excavaciones en el extranjero y se ocupa de la publicación de los trabajos realizados en la metrópoli: efectivamente, en 1943, se publica el primer número de la revista *Gallia*, fundada por A. Grenier para dar a conocer «las excavaciones y monumentos arqueológicos en la Francia metropolitana». En esta época, la información aparece dispersa en muchas revistas y es difícil conocer la actualidad arqueológica. Hasta entonces no existe en Francia nada comparable a las *Notizie degli scavi* «que informan rápidamente y con toda precisión de los descubrimientos efectuados» en Italia.[406] En cuanto al *Bulletin archéologique*, publicado desde 1883 por la sección arqueológica del Comité de Trabajos Históricos, no puede pretender constituir un «repertorio de descubrimientos arqueológicos».[407]

A. Grenier, antiguo miembro de la Escuela Francesa de Roma, de la que será director en 1945, conoce bien la organización de la arqueología italiana y pudo apreciar su eficacia. Desde 1923, completa en la *Revue des études anciennes* las notas de arqueología galorromana de C. Jullian con unas «notas de arqueología renana», intentando hacer de este modo una crónica de la arqueología metropolitana y paliar la ausencia de un único órgano de información.

---

406 R. Lantier, «Un siècle d'archéologie protohistorique», en *Centenaire du Service des monuments historiques et de la Société française d'Archéologie, op. cit.*, p. 16.
407 *Ibidem*, p. 17.

En 1941, A. Grenier publica en Mâcon una colección titulada «Fouilles et documents d'archéologie antique en France», que, por la propia similitud del título, aparece como el antepasado de *Gallia*. El papel que A. Grenier le atribuye a la revista *Gallia* es publicar con la mayor prontitud los documentos brutos —cuadernos de excavación, croquis, fotografías— recopilados por los excavadores, aficionados o profesionales, para darlos a conocer y contribuir a las investigaciones del conjunto de la comunidad arqueológica.

En los años treinta y cuarenta, a menudo llevaban a cabo las excavaciones amateurs, sencillamente particulares o miembros de sociedades eruditas y, a propósito de la revista *Gallia*, comprobamos cómo se plantea el problema de la relación entre las instituciones públicas y el sector privado. Sin embargo, las fuerzas presentes han evolucionado al perder las sociedades eruditas gran parte de su proyección y la arqueología oficial logra su completa institucionalización. En 1934, con ocasión del centenario del Servicio de Monumentos Históricos y de la Sociedad Francesa de Arqueología, se barruntaba ya un proceso de fusión: en 1943, la Sociedad de Anticuarios de Normandía, creada por Arcisse de Caumont y precursora de la Sociedad Francesa de Arqueología, solicita créditos para publicar trabajos de arqueólogos aficionados. Gracias a la fianza de R. Lantier y R. Vaufrey, la XV Comisión del CNRS accede a esta petición.[408] Este ejemplo muestra las dificultades a que se enfrentan las sociedades locales, obligadas a someterse a la autoridad de arqueólogos profesionales para dar a conocer sus trabajos. El problema se generaliza y la situación es tan delicada que Lucien Febvre, miembro de la Comisión de Historia del CNRS, realiza en 1945 «un informe sobre la ayuda a las sociedades eruditas».[409] Enuncia con gran claridad la actitud del CNRS que, «en principio, no se niega a apoyar a las sociedades regionales o locales en apuros ayudándoles a imprimir sus publicaciones». No obstante, el Centro no da abasto con las solicitudes que le llegan de todas partes. Las subvenciones de publicación se concederán tras consultar con la sección competente del CNRS y bajo la supervisión de un comisario. Cada vez se sugiere más a las sociedades que se asocien para facilitar la publicación de revistas regio-

---

408 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 48, reunión de la XV Comisión del 18 de marzo de 1943.

409 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 205.

nales de arqueología, que sustituirán a las revistas anteriores, publicadas por cada colectivo local.

La dependencia que experimentan las sociedades eruditas de las instituciones se hace patente con la creación del CNRS, que ellas solicitan y del que reciben no sólo créditos, sino también orientación y control. Las sociedades de provincias se ven afectadas en sus publicaciones y también en los museos que han creado desde principios del siglo XIX y que no consiguen mantener. A los miembros de la XV Comisión del CNRS les preocupa el destino del Museo de Mâcon, abandonado por falta de créditos.[410] Jean Verrier, inspector general de Monumentos Históricos, subraya en esta ocasión el derecho de fiscalización de la XV Comisión sobre los museos arqueológicos y el prehistoriador R. Vaufrey expone claramente las posturas declarando: «Nos estamos preparando para ocuparnos de los museos de provincias».

Si recapitulamos los trabajos de excavación de los que se encarga la XV comisión del CNRS de 1942 a 1948, percibimos claramente el proceso de disolución de la arqueología de «amateurs»: los campos de trabajo dirigidos por voluntarios van pasando poco a poco a estar controlados por profesionales, en la medida en que los créditos que puede asignar el CNRS lo permiten. De este modo, se plantea el problema de los campos de trabajo de Senlis o Saint-Rémy-de-Provence —Glanum— que la XV Comisión no puede subvencionar, y el de Gergovia, que funciona básicamente gracias a las inversiones privadas, aunque se concede un crédito de 30.000 francos en 1943.

Los grandes yacimientos, como Alesia o Gergovia que, después de los trabajos realizados a iniciativa de Napoleón III, fueron explorados por aficionados que pertenecían a sociedades de provincias, pasan a partir de 1942 a manos de profesionales, designados por la XV Comisión del CNRS, como Jean-Jacques Hatt en Gergovia, que ocupará la cátedra de Arqueología Nacional en Estrasburgo, o en Alesia Jules Toutain, miembro de la Escuela Francesa de Roma e inspector de antigüedades en Túnez.

Cuando, por diversas razones, como la insuficiencia de créditos o la indiscutible calidad del aficionado responsable del campo de trabajo, la

410 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 48, sesión del 13 de junio de 1943.

XV Comisión no puede confiar inmediatamente los yacimientos a profesionales, miembros de las escuelas francesas en el extranjero, profesores de universidad o investigadores del CNRS, les confía misiones de inspección o de colaboración con el equipo que los lleva. Es el caso de Ensérune, por ejemplo, explorada por el abad Cigal: Charles Picard solicita una misión que asumirá con Raymond Lantier y François Chamoux, antiguo miembro de la Escuela de Atenas que permanecerá en el yacimiento.[411]

El caso de Henri Rolland (1886-1970), arqueólogo amateur con formación de arquitecto, es absolutamente ejemplar: en Saint-Blaise, excava desde 1935 a costa suya. Conserva la dirección de este campo de trabajo y, en 1942, se encarga del yacimiento de Glanum, en Saint-Rémy-de-Provence, donde trabajaba, desde 1918, André Formigé, arquitecto de Monumentos Históricos. H. Rolland publica en el primer número de *Gallia* en 1943 los resultados de sus trabajos. «Delegado» en un primer momento a los Bajos Alpes, Saint-Rémy y Saint-Blaise, H. Rolland será, entre 1956 y 1964, el director de la circunscripción de Provenza Norte.[412]

Se conservan yacimientos de capital importancia para arqueólogos no profesionales, dotados a veces, además, de un puesto oficial en la dirección de circunscripciones establecidas por la ley de enero de 1942. Conviene señalar que la unanimidad en este aspecto no es requisito indispensable en la XV Comisión del CNRS, y C. Picard, en especial, se muestra reticente respecto a H. Rolland: éste necesitará el apoyo de A. Grenier para seguir en la dirección de los trabajos de Saint-Blaise y Glanum.[413]

En la atribución de campos de trabajo, las competencias de los aficionados no son las únicas que se ponen en tela de juicio: en estos años de ocupación, la situación en Francia de los miembros de las escuelas de Atenas y Roma es difícil. Atribuirles la responsabilidad de los campos de trabajo de la metrópoli es, tal como señala J. Carcopino, «la ocasión para que funcione esta famosa Escuela de Roma en este momento».[414] Así, también se

---

411 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 48, sesión del 18 de marzo de 1943.

412 N. Duval, «Henri Rolland. Le "découvreur" de Glanum», *Dossiers histoire et archéologie*, n.º 140, julio-agosto de 1989, p. 78 ss.

413 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 48, reunión del 18 de marzo de 1943.

414 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 48, XV Comisión, sesión del 13 de julio de 1943.

corrige al ocupante de los yacimientos que empieza a instalarse en ellos: es el caso de Cimiez en Niza, explorado por los italianos bajo la dirección de Nino Lamboglia, adonde envian a Paul-Marie Duval, miembro de la Escuela de Roma refugiada en Aviñón. El yacimiento de Cimiez en Niza constituirá una encrucijada de complejas rivalidades, ya que P.-M. Duval, delegado por la XV Comisión del CNRS, debe enfrentarse al arqueólogo local, y Bellas Artes enviaba a Fernand Benoît, archivero y excavador de los Alyscamps en Arles. El propio C. Picard, uno de los miembros más activos de la XV Comisión, justifica la elección de un alumno de la Escuela de Roma al afirmar: «Son los únicos que conocen su oficio».[415]

Las actas redactadas durante las reuniones de la XV Comisión del CNRS entre 1942 y 1944 ponen de manifiesto el desequilibrio entre arqueología griega y galorromana, por una parte, y prehistoria, por otra, representada únicamente por R. Vaufrey: no hay en esta época ningún campo de trabajo prehistórico importante, e incluso D. Peyrony ve cómo le niegan un permiso de excavación para Les Eyzies, porque «conviene conservar [este yacimiento] para los eruditos del futuro, ya que dispondrán de conocimientos y medios técnicos superiores a los nuestros».[416]

Durante este primer periodo de desarrollo de la arqueología en el CNRS, la situación, heredada del siglo XIX y mantenida hasta 1939, ha evolucionado muy poco: la arqueología en el extranjero sigue estando favorecida, en especial por los créditos, mientras que la arqueología metropolitana recibe los esfuerzos de los Carcopino, Grenier y Lantier para recuperar el retraso considerable que acusaba en los años treinta, aunque lo hace en detrimento de la prehistoria, cuyos representantes, aficionados en su gran mayoría, se ven vejados por las disposiciones de las «leyes Carcopino» de 1941 y 1942. Los arqueólogos clásicos siguen teniendo ventaja frente a los prehistoriadores.

Desde un punto de vista global, y según la declaración del propio Frédéric Joliot-Curie cuando da cuenta de la actividad del CNRS entre septiembre de 1944 y octubre de 1945, «durante el periodo de ocupación, a pesar de las muchas dificultades materiales y morales [...] la administra-

415 *Ibidem*.
416 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 48, XV Comisión, 20 de mayo de 1944.

ción interior [el CNRS] se reorganizó bien y algunas actividades se emprendieron en los ámbitos de la investigación pura y aplicada». Es entonces cuando ofrece los ejemplos de créditos para las publicaciones, entre ellas, la de la *Gallia*, y para los trabajos arqueológicos.[417]

### 7.2.4. La reorganización de las competencias administrativas y de investigación (1944-1948)

Frédéric Joliot-Curie, nombrado a finales de agosto de 1944 a la cabeza del CNRS, reorganiza la institución de la que es responsable. En un afán por planificar la investigación, establece un comité director donde, «a las competencias del director y del director adjunto», se suman las de los miembros de un gran comité que abarca todos los ámbitos de investigación pura y aplicada».[418]

En el CNRS, los grandes campos de la ciencia se dividen en especialidades. En la primera reunión del Comité Director de Ciencias Humanísticas, el 6 de octubre de 1944,[419] F. Joliot-Curie afirma: «Hay que conceder una gran importancia a las provincias», y hace gala de la misma preocupación por el equilibrio entre los servicios públicos y privados. Desde la exposición de las orientaciones generales, los arqueólogos amateurs de provincias, miembros de asociaciones privadas, y los prehistoriadores, casi ausentes en la Universidad, podrían albergar alguna esperanza de mejora de su situación.

En octubre de 1944, las ciencias humanas se distribuyen en seis comisiones para la atribución de becas: historia, arqueología e historia del arte figuran juntas en una de ellas, y la prehistoria se asocia a la antropología y la etnología, en la misma comisión en la que el abad Breuil figura junto a Paul Rivet, director del Museo del Hombre, y Henri Vallois, director del Instituto de Paleontología Humana. Las comisiones se reproducirán de idéntica manera para constituir los comités directores de 1945.

417 Conferencia del 16 de enero de 1945 para la Asociación de Trabajadores Científicos, Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 205.

418 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 55, informe de la actividad del CNRS, 1944-1945.

419 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 205.

La prehistoria que, entre 1941 y 1944, estaba comprendida en el conjunto de excavaciones llevadas a cabo en Francia y era, por lo tanto, competencia de la XV Comisión del CNRS, aparece asociada, desde octubre de 1944 hasta nuestros días, a la antrolopología y la etnología. La cohabitación instaurada en 1942 de la arqueología celta, griega, galorromana y prehistoria en la misma comisión de excavaciones en la Francia metropolitana, dejaba traslucir uno de los polos de la alternativa a la que estaba sometida la prehistoria desde 1850 hasta el final de la segunda guerra mundial: muy cercana a las ciencias naturales por sus métodos y a la antropología y la etnología por su objeto, está defendida en un primer momento, hacia 1860, por los representantes de estas ciencias. Y, cuando se lleva a cabo el cambio fundamental de la historia, expresada, por ejemplo, por C. Jullian en su «plaidoyer pour la préhistoire» en el Colegio de Francia en 1905, el estudio de los tiempos y el hombre primitivos se integra en la historia en la medida en que contempla la evolución de la humanidad desde sus orígenes.[420]

Con este planteamiento, la prehistoria en 1942 forma parte integrante de la arqueología nacional en el seno de la XV Comisión del CNRS. El comité director de antropología-etnología, que en 1945 alberga a la prehistoria, parece constituir a primera vista una auténtica vuelta atrás. Sin embargo, asistiremos a partir de este momento al desarrollo notable de la ciencia prehistórica, algo que, según se pensaba, no podría ocurrir cuando compartía la misma estructura que otros campos de la arqueología nacional. Una vez adquirida la autonomía respecto a las demás formas de arqueología metropolitana, la asociación entre etnología-antropología y prehistoria se muestra totalmente fructífera y, lejos de centrarse en el pasado, determina la evolución en unas direcciones muy innovadoras de esta disciplina que con tantas dificultades se había topado para hallar su lugar en las instituciones públicas.

Los demás campos de la arqueología están representados por el comité director de historia, historia del arte y arqueología. Las secciones del comité corresponden a las diferentes especialidades: egiptología, asiriología, etc. C. Picard se encarga de la arqueología clásica y A. Grenier de la arqueología galorromana, a la vez que conservaba la dirección de *Gallia*.

420 A. Laming-Emperaire, *Origines de l'archéologie préhistorique en France*, París, Éditions du Seuil, 1964, p. 84.

Las comisiones XV y XVI, creadas en 1942, se mantienen y, hasta 1945, garantizan la gestión de las excavaciones en Francia y en el extranjero.

La XVI Comisión, encargada de las «excavaciones fuera de Francia», será transferida en 1945 del CNRS al Ministerio de Asuntos Exteriores, del que emana la Comisión de Excavaciones, tras solicitar el CNRS este traspaso de responsabilidades.[421] La sesión inaugural, celebrada el 25 de julio de 1945, está presidida por Henri Laugier, director general del CNRS en 1939-1940, más tarde director de relaciones culturales en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Se plantea el desarrollo de las excavaciones ya iniciadas por Francia en el extranjero y el de los nuevos campos de trabajo, según «un vasto plan de extensión con programas que podrían prolongarse varios años». Se crean subcomisiones: la primera titulada «Préhistoire et Amérique» se sitúa bajo la responsabilidad del abad Breuil; forma parte de ella André Leroi-Gourhan, que entró en el CNRS en 1939 y fue director interino del Museo del Hombre en 1945. En su composición, esta subcomisión manifiesta la misma elección que el comité director antropología-etnología del CNRS, ya que pertenecen a ella los etnólogos Lévi-Strauss, Rivet y Soustelle.

La subcomisión Atenas-Roma se refiere a Grecia, Italia, Túnez y Marruecos; y entre sus miembros cabe destacar a A. Grenier, director de la Escuela Francesa de Roma y responsable de la arqueología galorromana en el comité director de historia, arqueología e historia del arte del CNRS, a A. Merlin y a C. Picard, encargado de la arqueología clásica en el CNRS.

Respecto a Oriente Próximo y Asia anterior, R. Dussaud mantiene y amplía el impulso que confirió, desde hace unas décadas, a la arqueología francesa en esta región del mundo, y plantea la creación de un Instituto Superior de Arqueología en Beirut, implantado en 1946 y dirigido por Henri Seyrig.

La comisión de excavaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores manifiesta, al igual que los comités del CNRS, una notable continuidad con las estructuras implantadas en 1942. Aunque el final de la guerra permitió al abad Breuil, a su regreso a Francia, ocupar un lugar de primera fila en la ilustración de la prehistoria, y a pesar de que se le quitan res-

421 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 48.

ponsabilidades a J. Carcopino, ministro del gobierno de Vichy, se producen pocos cambios en la composición de los organismos que dirigen la arqueología francesa.

En este contexto de estabilidad, hay que destacar no obstante la innovación determinante que constituye la vinculación de la prehistoria a la antropología y la etnología: el paisaje de la arqueología metropolitana se ve profundamente modificado, ya que la prehistoria aparece como una disciplina «punta». Por lo que respecta a las leyes sobre las excavaciones, la del 27 de septiembre de 1941 queda validada por el decreto de 13 de septiembre de 1945 y completada por el decreto de 21 y 22 de abril de 1947 sobre el peritaje de objetos. La ley de 21 de enero de 1942 es anulada en 1945 y las circunscripciones arqueológicas vuelven a definirse con el decreto de 19 de noviembre de 1946. Las circunscripciones prehistóricas son en ese momento doce, en lugar de las seis de 1942, y las circunscripciones históricas, diecinueve en lugar de diecisiete.

En el CNRS, el comité director elabora un estado de las ciencias humanas con motivo de su reunión del 28 de julio de 1945: las disciplinas más deficitarias en cuanto a laboratorios son la antropología y la prehistoria; en un contexto de reconstrucción nacional tan poco favorable al desarrollo de las ciencias humanísticas, urge elaborar un plan de conjunto y crear cátedras y laboratorios.[422] El comité director redacta el informe del 28 de agosto de 1945, donde figura la lista de las cátedras que deben crearse en la Universidad, en el Colegio de Francia y en la Escuela Práctica de Estudios Superiores.

La máxima preocupación en estos primeros tiempos de posguerra es la de preparar a los investigadores, por lo que en marzo de 1945 se subraya que «el prehistoriador y el arqueólogo deben estar bien preparados con los métodos de dibujo, prospección, excavación, grabación».[423] Pero, ¿dónde se pueden formar si no es en la Universidad o en los centros que quedan por crear?

En 1945, las carencias de las ciencias humanísticas, y en especial la arqueología prehistórica y metropolitana, son considerables y se subrayan

422 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 205.
423 *Ibidem*.

con insistencia. Sin embargo, habrá que esperar al nombramiento de Georges Teissier a la cabeza del CNRS, el 6 de febrero de 1946 y, de manera especial, al de Georges Jamati como director adjunto de ciencias humanísticas, para que se abra un fausto periodo para las ciencias humanísticas, que gozan por fin de un reconocimiento pleno y de la creación de nuevos centros. Ya en 1943, en el momento del lanzamiento de la revista *Gallia*, A. Grenier, R. Lantier y R. Vaufrey planteaban la cuestión de la iniciación a las técnicas de excavación y sugerían la publicación de manuales inspirados en los que ya existían en España o Inglaterra.[424]

La enseñanza práctica de la arqueología de campo era entonces inexistente y el único campo de trabajo escuela era el de Henri Rolland en Glanum, donde se acogía durante un mes a los futuros miembros de la Escuela de Roma.[425] El caso de la prehistoria es bien distinto, ya que a partir de 1945 asistimos a una auténtica profusión de iniciativas decisivas para el desarrollo de esta disciplina. En un ámbito en el que el investigador sólo dispone de vestigios materiales, excluidos los textos, el dominio de las técnicas específicas de excavación es fundamental. Los prehistoriadores son plenamente conscientes de ello y, en 1947, la Sociedad Prehistórica Francesa lanza un proyecto de centros regionales de estudios prehistóricos, a iniciativa de H. Breuil, L.-R. Nougier y A. Leroi-Gourhan. Así es como se organiza el Centro de Documentación e Investigaciones Prehistóricas del que es director A. Leroi-Gourhan, también director de investigaciones en el CNRS. Etnólogo de formación, organizador del Centro de Formación de Investigaciones Etnológicas y colaborador de Paul Rivet en el Museo del Hombre, A. Leroi-Gourhan opera «una auténtica revolución de los estudios prehistóricos, que somete a la aclaración de la antropología física y de la etnología» y, con el abad Breuil, contribuye a proporcionarle a la prehistoria las instituciones que le faltaban.

El Centro de Documentación e Investigaciones Científicas comprende un servicio documental y una escuela de excavaciones, el campo de trabajo dirigido por A. Leroi-Gourhan en Arcy-sur-Cure, primero, y luego en Pincevent. Así, los prehistoriadores encontraron una respuesta a los pro-

---

424 Archivos Nacionales, CNRS, 800 284, legajo 48, XV Comisión, sesión del 18 de marzo de 1943.

425 N. Duval, «Henri Rolland. Le "découvreur" de Glanum», *op. cit.*

blemas de la formación de investigadores y optaron por el desarrollo autónomo de su disciplina en estructuras paralelas a los marcos fijados para la arqueología metropolitana. La constitución, en 1958, de *Gallia préhistoire*, dirigida por A. Leroi-Gourhan, consagra el final feliz de la lucha por este reconocimiento, pero ilustra asimismo la voluntad de los prehistoriadores de no quedar al margen de las instituciones arqueológicas creadas en el CNRS. Así, cuando en 1948, la XV Comisión de excavaciones en la Francia metropolitana deja paso al Comité de la Investigación Arqueológica en Francia, A. Leroi-Gourhan figura entre los miembros del nuevo comité, donde todos los demás son arqueólogos clásicos. R. Dussaud preside dicho comité, asistido por la secretaría de A. Grenier, P. Boyancé y P.-M. Duval. El peso de los arqueólogos clásicos y de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras no ha disminuido, por lo tanto, desde la creación del CNRS diez años antes, como tampoco se ha frenado el desarrollo de la prehistoria francesa. La tarea de este comité es ante todo científica: estudio de los datos de excavación, enlace entre investigadores y laboratorios, publicación de *Gallia*.

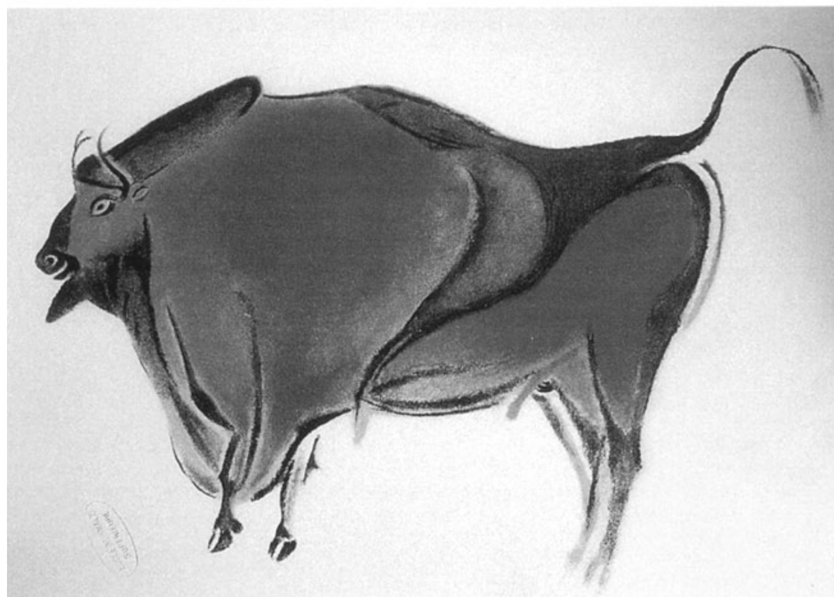
La administración de las excavaciones, que entraba en el marco del Servicio de Excavaciones creado por la XV Comisión en 1942 bajo la responsabilidad del CNRS, se confiará en 1945 al Servicio de Monumentos Históricos. La Sociedad Francesa de Excavaciones Arqueológicas, vinculada a la dirección de arquitectura, reúne a los directores de las circunscripciones nombradas tras la reorganización establecida por el decreto de 19 de noviembre de 1946, que deciden sobre la concesión de permisos de excavación y créditos. En 1946, se creará el servicio de excavaciones en el marco del Ministerio de Cultura, fundado éste en 1959. Las «leyes Carcopino», aunque todavía hoy siguen levantando críticas, al igual que en el momento de su aparición, siguen rigiendo la arqueología en Francia, con las enmiendas que impuso el desarrollo de la exploración subacuática o la aparición en el mercado de los detectores de metales.[426] A partir de 1945, con la reorganización de F. Joliot-Curie, el CNRS, en materia de arqueología, renuncia a la gestión y administración de excavaciones para concentrar toda su actividad en el trabajo científico. Mientras que en

426 «Conférence de presse de J. Lang sur le Patrimoine archéologique», *Le Monde*, 2 de febrero de 1989, p. 13.

150. Abad Henri Breuil (1877-1961).



151. «Le bison le mieux conservé» de la cueva de Altamira, dibujo del abad Breuil. É. Cartailhac y el abad Breuil, *La Caverne d'Altamira près de Santander (Espagne),* imprimerie de Monaco, 1906, lám. XVII, Biblioteca de Letras de la Escuela Normal Superior.



1939 los arqueólogos eran pocos y se encontraban repartidos en múltiples instituciones, el CNRS, permite crear un auténtico cuerpo de arqueólogos profesionales que operan sobre el terreno, en los laboratorios o los museos. El CNRS aparece indiscutiblemente «como el instrumento esencial de desarrollo de la arqueología francesa»[427] no sólo en los últimos treinta años sino desde su fundación, en la medida en que se encarga de federar las actividades de las instituciones preexistentes. Además, en el CNRS, se crea un auténtico servicio arqueológico que garantiza la protección del patrimonio y organiza las excavaciones en el suelo metropolitano y en el extranjero, poniendo fin por un tiempo a la dispersión de tutelas y responsabilidades. Por último, con el CNRS concluye la institucionalización de la arqueología metropolitana y la prehistoria se enmarca en estructuras oficiales donde poder desarrollarse.

Con el CNRS, la arqueología recoge los frutos de su larga evolución desde el final del siglo XVIII: ya sea prehistórica, metropolitana, clásica u oriental, prueba su validez como ciencia que contribuye al conocimiento de las comunidades humanas de las épocas más lejanas. Dotadas de instituciones de manera desigual a lo largo del siglo XIX, las distintas disciplinas arqueológicas se reúnen por fin y se integran en un centro aglutinador donde se unen a las demás ciencias.

La red de instituciones francesas establecidas en torno al Mediterráneo se completa en 1946 con la creación del Instituto Francés de Beirut. Los éxitos cosechados por la arqueología francesa en el Mediterráneo y Oriente Próximo se reflejan en la situación que se vive en Francia, donde por fin encuentran su sitio la investigación, la legislación y los servicios de protección y gestión del patrimonio arqueológico.

427 A. Querrien y A. Schnapp, «Second rapport sur la politique de la recherche archéologique en France», París, 1984.

# CONCLUSIÓN
# HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA

Desde la Expedición a Egipto hasta la exploración de Oriente Próximo y su protohistoria, desde la creación de las primeras instituciones hasta la del Centre National de la Recherche Scientifique, la arqueología francesa, proyectada fuera de las fronteras nacionales, mantiene estrechos lazos con la política extranjera y experimenta una serie de transformaciones cuyos factores son de orden puramente científico.

Desde la «ciencia de los objetos», tal como la definen Bernard de Montfaucon y el conde de Caylus, hasta el «método arqueológico» que Claude Schaeffer llevó a la práctica en Oriente Próximo, la arqueología atraviesa, a medida que se va elaborando como ciencia, una serie de etapas determinadas por las relaciones que mantiene con la historia del arte y la filología y por la irrupción de la prehistoria.

Las instituciones que se crean entre 1798 y 1946[1] nacen de la confluencia de dos causas: por una parte, el contexto político y los intereses del Estado en un momento determinado de su historia y, por otra, las exigencias de una ciencia que se está gestando y que requiere instrumentos de investigación para desarrollarse.

La Expedición a Egipto responde a la vez a un acontecimiento militar, ligado a la situación internacional muy a finales del siglo XVIII, y a la aparición de una nueva ciencia, la egiptología, que acaba de nacer y ya recibe sus primeras instituciones.

---

1 1798 es la fecha de la Expedición a Egipto y de la fundación del Instituto de Egipto; 1946 es el año de fundación del Instituto Francés de Beirut.

Esta alianza de lo político con lo científico se reproduce en varias ocasiones a lo largo del siglo XIX: las expediciones de Morea y el Líbano, enviadas para socorrer a los griegos y cristianos de Levante, van acompañadas de misiones dirigidas por eruditos: la conquista de Argelia provoca la creación de una comisión, en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, que establece un programa de investigación en materia de historia y arqueología y favorece «la obra civilizadora» de Francia tanto en el plano militar como en el científico.

En Oriente Próximo, la arqueología se beneficia desde 1918 de las ambiciones políticas francesas: la ciencia es uno de los medios, y no precisamente el menos poderoso, para manifestar el peso de una nación. La unión de intereses políticos y científicos acelera el desarrollo de la arqueología; sin embargo, en determinadas épocas, la arqueología se resiente de su sujeción a lo político y experimenta los inconvenientes de un desarrollo precario: la arqueología de Oriente Próximo, brillantemente inaugurada por Paul-Émile Botta en Jorsabad, no podrá llegar a la altura de la arqueología clásica y de la egiptología hasta que el poder político haya calibrado los beneficios que le puede reportar invertir en la investigación arqueológica. Dado que los trabajos de P.-É. Botta y V. Place en Jorsabad no entran en el proyecto político de expansión francesa en Mesopotamia, la preocupación por mantener a los dos diplomáticos en su puesto de Mosul para que prosigan la exploración del yacimiento es escasa. Una vez que los eruditos hayan seguido las pistas esbozadas por los pioneros, Montfaucon y Caylus, y hayan fijado, sobre los modelos filológico y antropológico, otras perspectivas para la arqueología distintas de la constitución de colecciones, verán ampliadas sus posibilidades de intervenir en los proyectos elaborados por el poder político e incluso propondrán iniciativas científicas que las instancias gubernamentales aceptarán.

La implantación de las primeras instituciones dedicadas a la protohistoria metropolitana con Napoleón III debe tanto a las ideas radicalmente nuevas de A. Bertrand como al proyecto de una *Histoire de Jules César* alimentado por el soberano. El equipo de eruditos reunido para facilitarle al emperador la información necesaria para su obra lleva la misión que tiene encargada mucho más allá de su objetivo inicial: A. Bertrand pone su formación de helenista al servicio del conocimiento de las «poblaciones primitivas» y funda la arqueología nacional. L. Renier, con sus

expediciones a Argelia, saca la epigrafía latina del atolladero y coloca a la ciencia francesa de este ámbito en primera fila; el esplendor que le confiere a esta disciplina permite a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras volver a lanzar antiguos proyectos dando lugar a la creación de una cátedra de epigrafía y antigüedades romanas en el Colegio de Francia. L. Heuzey y G. Perrot, a quienes L. Renier propuso para contribuir a las investigaciones de Napoleón III sobre las guerras encabezadas por César, se trasladan uno a Macedonia y el otro a Asia Menor; sus misiones sobrepasan con creces la misión asignada e influyen decisivamente en la Escuela de Atenas contribuyendo a su transformación en un auténtico «seminario de arqueología».

En cambio, antes de 1850, cuando la arqueología de campo todavía está dando sus primeros pasos, los eruditos y las instituciones que se implican en la promoción de la investigación tienen grandes dificultades para convencer al poder político para que apoye sus iniciativas. P.-É. Botta, animado por J. Mohl y la Sociedad Asiática, toma la iniciativa de las primeras excavaciones en Jorsabad, pero el gobierno dejará de apoyarle después de 1848. Cuando Botta explora Jorsabad, su preocupación esencial consiste en recopilar los monumentos más bellos para llevarlos a las salas del Louvre. Así pues, en opinión de los gobernantes de 1847, se puede dar por finalizada la exploración de Jorsabad, ya que el Louvre expone el primer «museo asirio» de Europa.

En la primera mitad del siglo XIX, si se sondea el suelo griego, italiano, egipcio o mesopotámico, es para constituir o enriquecer colecciones nacionales. Los monumentos y objetos se consideran obras de arte encargadas de aumentar el prestigio de las naciones que las poseen y las exponen al público. El museo que Napoleón III reúne en el Louvre ilustra claramente este punto de vista. La arqueología de esta época se reduce con demasiada frecuencia a una «búsqueda del tesoro» que enfrenta a los representantes de las grandes naciones europeas en Grecia, Egipto o Mesopotamia: el Partenón y el templo de Bassae son despojados de sus relieves, Egipto es presa de los agentes consulares que lo convierten en víctima de saqueos; en Mesopotamia, Hormuz Rassam no echa marcha atrás de ningún modo para excluir a los franceses.

Bien distinta es la actitud de J.-F. Champollion, conservador del museo egipcio del Louvre, que organiza la presentación de los objetos y

monumentos preocupándose por dar una imagen clara de la civilización egipcia: para él, estos vestigios son documentos llenos de significado que conviene hacer inteligibles para un amplio público. Con esta idea, las colecciones de los museos albergan información sobre las civilizaciones a las que representan, por lo que deben reflejar el estado de los conocimientos y seguir los progresos de la ciencia; de ahí la necesidad de completarlas para introducir en ellas los objetos y monumentos más significativos.

J.-F. Champollion atribuye un valor histórico a las colecciones del museo egipcio, de modo que no sólo le confiere al museo una misión absolutamente nueva, sino que sienta las bases de la excavación arqueológica tal como la entendemos hoy en día: hay que seguir excavando el suelo de Egipto, sin duda, pero no para extraer objetos «de colección», sino para extraer informaciones nuevas sobre la civilización egipcia. Las excavaciones deben organizarse con este fin; deber estar reguladas para preservar el patrimonio arqueológico e histórico de Egipto y permitir así el progreso de la ciencia. A. Mariette creará el Servicio de Antigüedades cuya fundación sugería Champollion al jedive.

Esta concepción de la museografía se afirma a lo largo del siglo XIX y lleva a los Museos Nacionales a organizar y subvencionar ellos mismos excavaciones en el Mediterráneo, en especial en Egipto y Oriente Próximo. La vocación didáctica del museo queda plenamente reconocida cuando A. Bertrand reúne en Saint-Germain-en-Laye las antigüedades prehistóricas y galorromanas para dar a conocer los orígenes de Francia, tal como pueden reconstituirse gracias a los últimos trabajos científicos: los objetos, muchos de los cuales no tienen valor artístico, son ante todo documentos que muestran los distintos estados de la civilización atravesados por el país.

El reconocimiento oficial de la prehistoria con ocasión de la Exposición Universal de 1867, así como la inauguración del Museo de Antigüedades Nacionales, modifica radicalmente los objetivos asignados a la arqueología: la presentación de objetos prehistóricos y su entrada en un museo suponen una renuncia al punto de vista museográfico tradicional. Estas piedras, sílex, fragmentos de cerámica y huesos grabados, no figuran en las vitrinas por responder a los criterios de lo bello o por traslucir valores simbólicos, poder, prestigio, supremacía... sino sencillamente porque estos productos de la actividad humana son documentos que abren el acceso a tiempos y culturas muy lejanos.

En estos años 1860, tan importantes para la fundación de la «ciencia prehistórica» —entendida en su sentido amplio, ya que por entonces incluye la «protohistoria» que A. Bertrand define para la Galia— la arqueología clásica está sometida a un profundo cambio: la Escuela de Atenas, creada en 1846 para responder a la voluntad política de T. Piscatory de extender la influencia francesa al Oriente helénico, conoce una auténtica «sedición» de algunos de sus miembros que emprenden, muy a pesar de su director, el camino de la investigación científica. A. Bertrand, L. Heuzey, G. Perrot, P. Foucart y A. Dumont inician la creación del instituto arqueológico cuyo programa había esbozado Sainte-Beuve.

Las exigencias científicas triunfarán al final sobre las resistencias que ejercían aquellos hombres para quienes primaban los intereses políticos. La historia de la Escuela de Atenas es un buen ejemplo de la primacía de la ciencia sobre la política e ilustra el segundo camino que sigue la arqueología en su desarrollo, el que abre los principios que se han creado para ella.

Los viajes y las exploraciones que los pioneros de la Escuela de Atenas realizan en todo el Oriente griego están encaminados a descubrir regiones poco conocidas, gracias a la puesta en práctica de la fotografía, la epigrafía y la arqueología. Estas misiones, que enseguida se hicieron sistemáticas, son objeto de informes, y algunos de ellos, publicados en forma de ensayos, constituyen obras fundamentales.[2] Para estos primeros arqueólogos de la Escuela de Atenas, no se trata de renovar las «proezas» de lord Elgin o los miembros del Xeneion, ni de enriquecer las colecciones nacionales con los magníficos botines del arte griego; los objetos y monumentos ya no sólo se estudian según los criterios de la historia del arte, sino siguiendo las reglas inspiradas en la filología.

A. Dumont, en sus investigaciones sobre las vasijas griegas, sigue los pasos de E. Gerhard, que fundaba en su *Rapporto Volcente* la ciencia cerámica moderna: las vasijas ya no sólo se consideran como obras de arte, sino también como «testimonios de la actividad industrial de los antiguos», lo cual les confiere un valor histórico equivalente al de los textos.

---

2 L. Heuzey y H. Daumet, *Mission archéologique de Macédoine,* París, 1876; G. Perrot, E. Guillaume y J. Delbet, *Exploration archéologique de la Galatie et de la Bithynie, d'une partie de la Mysie, de la Phrygie, de la Cappadoce et du Pont, exécutée en 1861*, París, 1872.

Al igual que E. Renan, A. Dumont y sus discípulos siguen el modelo científico que ofrece la filología alemana, cuyos principios adaptan a la arqueología los miembros del Instituto de Correspondencia Arqueológica de Roma. La arqueología es uno de los campos en los que la emulación entre eruditos alemanes y franceses es más fuerte en estos años que preceden al enfrentamiento de ambas naciones. La Universidad alemana, que procura a la arqueología un lugar igual al de la filología, inspira a V. Duruy la creación y la organización de la Escuela Práctica de Estudios Superiores. La arqueología, que todavía no ha hecho su entrada en la universidad, encuentra en esta «escuela de aplicación» el lugar donde desarrollar la investigación y la enseñanza.

Después de 1870, la terrible derrota francesa ante Prusia modifica sustancialmente la actitud de los eruditos franceses, para quienes la ilustración de la ciencia ha pasado a ser uno de los factores principales de reconstrucción de su país. La rivalidad política refuerza la emulación científica y favorece la creación de cátedras universitarias y nuevas instituciones. La reforma de la universidad es uno de los aspectos principales de la política llevada a cabo por la III República y la arqueología, cuyo prestigio científico ya está consolidado, y recibe sus primeras cátedras en París y las provincias. La victoria de Prusia acarrea asimismo la creación de una nueva institución arqueológica francesa en el Mediterráneo: la Escuela Francesa de Roma nace de la voluntad de no dejar campo libre al Instituto de Correspondencia que ahora es alemán.

Asimismo, durante y después de la primera guerra mundial, la arqueología en España se enmarca en el proyecto político de desarrollar la influencia francesa en la península, que habrá que sustraer de la atracción ejercida por Alemania: la creación de la Casa de Velázquez es una de las partes de esta iniciativa.

Las instituciones arqueológicas que los gobiernos europeos instalan en el litoral mediterráneo a partir de 1870 muestran la eficacia del modelo francés de organización de la arqueología que representa la Escuela Francesa de Atenas; las modalidades de su creación marcan asimismo la estrecha relación entre el desarrollo científico y las situaciones políticas: la arqueología encuentra por parte de los políticos un mayor apoyo, en la medida en que sus fundamentos y métodos son más sólidos.

Mientras que el estudio de los objetos se define a partir de las reglas de la filología, la crítica y la exégesis así como de las ciencias naturales, de las que se toman los principios de observación y clasificación, la arqueología de campo se dota de métodos cada vez más rigurosos.

Al ir haciéndose científica sobre el terreno, la arqueología ya no queda reducida a su papel de «proveedora» de objetos: se exploran los yacimientos y monumentos para poder recabar la mayor cantidad posible de información capaz de servir a la historia de las civilizaciones a la que pertenecen y, de manera más amplia, a la historia de la humanidad.

Los fragmentos de cerámica, carentes de valor estético como suele ocurrir con la mayoría de objetos prehistóricos, entran también en el museo, cuyas colecciones adquieren otro significado: las vasijas griegas del Louvre constituyen, sin lugar a dudas, un extraordinario conjunto de objetos bellos, pero E. Pottier organiza su presentación con el fin de reconstruir la historia de la cerámica en el mundo griego para presentarla al público.[3] El museo, al igual que la Universidad, se convierte en un lugar de información al público, y su papel didáctico se confirma con la creación de la Escuela del Louvre, a la que se atribuye la formación de futuros conservadores.

La arqueología, definida en primer lugar como «ciencia de los objetos», se convierte también en «ciencia de los monumentos y yacimientos». El papel de los arquitectos en esta evolución es muy importante, ya que introducen e imponen las reproducciones precisas y exactas de construcciones y crean el método estratigráfico de exploración de los yacimientos en Olimpia, Troya o Babilonia.

Esta importante innovación tiene un doble origen: aplicada por los arquitectos en yacimientos que pertenecen a la historia, provistos de importantes ruinas de monumentos, hace posible su «lectura» y su reconstitución. Inspirada por otra parte en la práctica de los geólogos, es adoptada por prehistoriadores, que la aplican para la datación de vestigios «antehistóricos». El método estratigráfico, inaugurado en los yacimientos prehistóricos de Europa occidental, se impone en el mundo helénico y oriental

3 E. Pottier, *Catalogue des vases antiques de terre cuite*, Musée national du Louvre, París, 1896.

cuando surge la prehistoria en las ruinas de Troya y Micenas. En cuanto a las civilizaciones resucitadas en todo el ámbito helénico, en Egipto, Palestina y enseguida en toda Asia anterior, no existe ningún documento que permita situarlas en la historia. En los yacimientos protohistóricos y prehistóricos, los únicos testimonios de civilizaciones desaparecidas son los restos materiales. Por lo tanto, para estudiar estos yacimientos, hay que aplicar un método estrictamente arqueológico que permita conocer intrínsecamente las distintas culturas que se fueron sucediendo. La primera preocupación del arqueólogo es volver a situar en el tiempo los vestigios que descubre; a partir de los objetos hallados, puede establecer una cronología relativa, siempre y cuando sea capaz de volver a relacionarlos unos con otros en el espacio; la excavación estratigráfica le proporciona un modo de localizar la sucesión de hallazgos y relacionarlos cronológicamente.

Otro método arqueológico, el de la doble datación o «cross dating», permite pasar de la cronología relativa a la cronología absoluta cuando se pueden hacer referencias a una civilización conocida por la historia. Desde este punto de vista, todos los indicios son sumamente valiosos y el método arqueológico requiere el mayor rigor. Las exigencias científicas son mayores cuanto más nos remontamos en el tiempo: son prehistoriadores, familiarizados con el particularísimo método arqueológico que implica la investigación prehistórica, los primeros en poner en práctica en Palestina y Persia la exploración estratigráfica asociada a la doble cronología.

De hecho, antes de excavar en Egipto, Flinders Petrie tenía experiencia con las antigüedades prehistóricas de su país; es el primero en introducir la excavación estratigráfica en Palestina, en el yacimiento de Tell el-Hesy y gracias al procedimiento de la doble datación sitúa la cerámica egea en una cronología absoluta, restableciendo las relaciones del mundo helénico con Egipto antes de la entrada de Grecia en la Historia. Por su parte, J. de Morgan, geólogo de profesión y prehistoriador con experiencia en los yacimientos franceses y tunecinos, demuestra la prehistoria egipcia y, para hallar la de Susa, realiza una exploración estratigráfica del yacimiento.

Estos dos hombres inauguran en Oriente una arqueología que difiere radicalmente de la que se había practicado hasta entonces y que, hasta 1945, no dejará de remontarse en el tiempo. En el terreno, cada vez satisfacen menos las grandes obras de limpieza como las que practicaba, por ejemplo, Mariette. La voluntad de remontarse en el tiempo lo máximo

posible, de acceder a un conocimiento más profundo de las civilizaciones descubiertas y restaurar la red de relaciones que mantenían, lleva a los arqueólogos a proveerse de medios eficaces para llevar a buen término la investigación: el yacimiento de Troya no recupera la sucesión de sus ciudades y su lugar en la prehistoria mediterránea hasta que W. Dörpfeld colabora en los trabajos de Schliemann y aplica al yacimiento una rigurosa exploración arqueológica y estratigráfica. En Cnosos, A. Evans se hace con la colaboración de D. Mackenzie, que aplica en la ciudad minoica el método que empleó para descubrir la prehistoria de Filácope.

Después de 1918, el Oriente Próximo, que los arqueólogos decidieron restaurar hasta su más lejana prehistoria, se convierte en el auténtico laboratorio de la arqueología científica: la excavación estratigráfica, aplicada de manera sistemática en los yacimientos y combinada con el estudio de la cerámica, permite reconocer en toda la región la sucesión de culturas que en ella se desarrollaron.

En 1950, la arqueología permitió un extraordinario retroceso en el tiempo que redundó en la reconstitución de un mundo muy antiguo, revelador, desde las orillas mediterráneas hasta el Indo, que abarca una gran cantidad de culturas en estrecha relación mutua. La arqueología cambia de naturaleza empleándose a fondo en la prehistoria de un Oriente que la tradición histórica consideraba como la región matricial, aquélla en la que había que buscar los orígenes de las civilizaciones occidentales. De «proveedora de objetos» pasa a ser «proveedora de la historia»; y gracias a los métodos científicos de la que se fue dotando poco a poco, permite ampliar el conocimiento de la historia de la humanidad y sus civilizaciones en unos periodos que, a falta de textos históricos, quedan fuera del alcance de la historia y sus métodos, y eso es algo que sólo ella puede hacer.

En Grecia, Egipto y Asia anterior, los arqueólogos se aplican desde principios del siglo XIX en el conocimiento integral del pasado. Se sumergen cada vez más en él y reconstituyen los periodos históricos y los que precedieron a la historia en su continuidad. A pesar de sus reticencias, G. Perrot no puede negarse a situar Micenas al principio de la cadena que conduce a la Atenas de Pericles. Las tumbas que descubre J. de Morgan en Nagada, son prefaraónicas, pero no por ello dejan de pertenecer a la civilización del Egipto antiguo. En Mesopotamia, los trabajos arqueológicos muestran la larga cadena de culturas que, desde los asirios y sumerios, que

fueron los primeros que se encontraron, llega hasta los pueblos anónimos de Samarra y Hassuna.

En 1950, la arqueología aporta respuestas a las preguntas que dividían a arqueólogos e historiadores desde hacía unas décadas: las excavaciones de Biblos muestran la antigüedad de las relaciones entre Fenicia y Egipto; en Ugarit y Chipre, se consigue devolver a fenicios y micénicos sus respectivos territorios.

El estudio de la prehistoria aparece desde ese momento como algo necesario para resolver el problema de las relaciones entre Oriente y Occidente. En 1935, V. Gordon Childe está capacitado para dilucidar las relaciones entre el *Orient préhistorique* y Europa: «Amparadas por la arqueología, la prehistoria y la historia, de la que es préambulo, aparecen finalmente como una continuación de la historia natural».[4] La aparición del hombre sobre la tierra marca el comienzo de la historia de la humanidad y los tiempos anteriores a la escritura pertenecen a esta historia. J. de Morgan tenía el mismo punto de vista cuando se disponía a presentar la *Préhistoire orientale*, ya que reclamaba para sí mismo el estatus de historiador, y para la prehistoria, su integración en la historia.

Los arqueólogos clásicos, que habían comprendido ya con los descubrimientos de H. Schliemann en Troya y Micenas el interés que había de prestarse a la prehistoria, participan en las investigaciones relativas a ella. S. Reinach, que se encarga de la dirección del Museo de Antigüedades Nacionales, redacta un *Répertoire de l'art quaternaire* y se erige como apóstol de una arqueología científica fundada en los métodos de la «ciencia prehistórica», mientras que E. Pottier ofrece un estudio magistral de la cerámica más antigua de Susa. L. Heuzey, por su parte, no retrocede ante lo desconocido y se dedica a la resurrección de los sumerios en Tello.

Estos helenistas, formados en la Escuela de Atenas, son arqueólogos e historiadores y consideran esta «nueva arqueología», cuyos métodos se diferencian claramente de los de la historia tradicional, como la ciencia que permite añadir a la historia de la humanidad los muchos milenios que preceden a los tiempos históricos.

---

4 Cf. el prefacio de R. Furon a V. Gordon Childe, *Le Mouvement de l'histoire*, París, 1961.

Los prehistoriadores, o más bien protohistoriadores tal como entendemos hoy este término, orientalistas y arqueólogos clásicos, coinciden en la importancia que se debe otorgar al estudio de la prehistoria para comprender los tiempos que la siguieron, ya que la arqueología es la única ciencia capaz de aportar los medios para conocerla. El campo de los historiadores se encuentra considerablemente ampliado y la «ciencia histórica» debe abarcar horizontes que se han hecho inmensos y escapan a la historia entendida en su sentido tradicional.

A principios del siglo XX, Henri Berr es uno de esos historiadores conscientes de la necesidad de realizar la «síntesis histórica», haciendo intervenir a todas las ciencias «que completan la historia o colaboran con ella»:[5] recurre a la prehistoria y a la arqueología, así como a la geografía, la lingüística, la psicología, la etnografía o la sociología.

H. Berr, y muchos historiadores de su época, reaccionan a la auténtica «revolución» que constituye el descubrimiento de la prehistoria en Grecia y en Oriente. Concede un estatus privilegiado a la arqueología militar en su proyecto de llegar a una historia global fundada en la «doble disciplina de los textos que analizamos y de la tierra que observamos», según la fórmula de C. Jullian.[6] Éste trabaja, en la misma época, en la historia de la Galia prerromana y aboga por la causa de la prehistoria, reivindicando «el derecho a la historia para estudiar los sílex y bronces, instrumentos anteriores a los textos».[7] Hace suya una preocupación de Numa Fustel de Coulanges[8] y abre el camino a los historiadores fundadores de la *Revue des annales d'histoire économique et sociale*.

5 *Revue de synthèse historique*, 193; cf. L. Febvre, *Lettres à Henri Berr, présentées et annotées par J. Pluck et G. Candar*, París, Fayard, 1997.

6 Camille Jullian, «L'École des Chartes et notre histoire nationale», *Revue de Paris*, 1 de agosto de 1927, p. 481.

7 Ídem, «Plaidoyer pour la préhistoire», publicado en la recopilación *Au seuil de notre histoire*, 2 t., París, 1914-1923.

8 N. Fustel de Coulanges comienza en 1870 sus clases de historia en Estrasburgo con una lección sobre los sílex y las hachas de las ciudades lacustres: información ofrecida por C. Jullian en «Plaidoyer pour la préhistoire», en *Au seuil de notre histoire*, t. 1, p. 55. C. Jullian informa de que N. Fustel de Coulanges «vio y dijo que la ciencia de estas edades presentaba el mismo interés que la de Atenas y Roma y no requería un método diferente», *ibidem*, p. 55.

Tanto Lucien Febvre como Marc Bloch rinden homenaje al profesor del Collège de France subrayando todo lo que le debe la concepción que ellos tienen de la historia.[9] Ambos historiadores recuerdan asimismo la asiduidad de su colaboración en la *Revue de synthèse*, en cuyo seno apoyaron los esfuerzos de H. Berr para hacer progresar «esta ciencia histórica plenaria, de síntesis...». Reconocen que «poniendo en pie los *Annales*..., utilizaron las experiencias realizadas y las iniciativas emprendidas»[10] por el director de la colección *L'Évolution de l'Humanité*, donde figuran los últimos logros de la arqueología.

La *Humanité préhistorique* de J. de Morgan, que en la colección sigue inmediatamente al primer volumen dedicado a *La Terre avant l'Histoire*,[11] manifiesta el éxito que supone la «defensa de la prehistoria» de C. Jullian y que confirma la concepción de la historia defendida por los fundadores de los *Annales*: al igual que el historiador de la Galia, M. Bloch y L. Febvre retuvieron las lecciones de Paul Vidal de la Blache y adoptan un doble método, «el del geógrafo que se basa no sólo en los textos sino también en la mirada que sabe leer la diversidad de imágenes y espectáculos» y el «del arqueólogo que hace hablar a los vestigios de la cultura material».[12]

La arqueología se consagra en su papel de «proveedora de la historia», y el lugar que se le concede en los primeros números de los *Annales* revela la importancia que ha adquirido para los historiadores.[13] A. Grenier, discípulo de C. Jullian, reconstituye «la conquista del suelo francés» situándose «en los orígenes de la economía rural».[14] Este artículo entregado a los

9 M. Bloch, «Un enseignement: Monsieur Camille Jullian au Collège de France», *Annales d'histoire économique et sociale*, 1930, p. 562; L. Febvre, «Un tempérament d'historien: Camille Jullian», *Revue de synthèse*, 1931, pp. 39-43.

10 L. Febvre, «Le Centre international de synthèse à Paris», *Annales d'histoire économique et sociale*, 1930, p. 81.

11 E. Perrier, *La Terre avant l'histoire. Les origines de la vie et de l'homme*, colección L'Évolution de l'Humanité, dirigida por H. Berr, París, 1920.

12 K. Pomian, «L'heure des Annales. La terre, les hommes, le monde», en P. Nora, *Les Lieux de Mémoire*, II, *La Nation*, vol. 1, París, Gallimard, 1987, p. 378; cf. M. Bloch y L. Febvre, *Correspondance, édition établie et annotée par B. Müller, I, La naissance des Annales*, París, Fayard, 1994.

13 André Piganiol (1883-1968) garantiza a la revista la reseña de las obras que tratan sobre la Historia Antigua. El número 4 de 1969 de *Annales, économies, sociétés, civilisations* incluye artículos de A. Aymard y R. Étienne sobre la arqueología y sus técnicas.

14 A. Grenier, «Aux origines de l'économie rurale: la conquête du sol français», *Annales d'histoire économique*, 2, 1930, p. 26.

*Annales* le brinda la ocasión de mostrar cómo «monumentos sin belleza» constituyen «valiosos documentos de historia» y «representan los elementos primordiales de una historia económica y social».[15]

La arqueología a la que recurre aquí es completamente distinta de la historia del arte por su objeto y por sus métodos. A. Grenier, al igual que P. Demargne, cuando trata de medir el papel de *La Crète dédalique*, recurre a la arqueología para esforzarse en dar respuesta a preguntas de orden histórico. Ambos, de formación clásica, continúan la tradición instaurada por sus antecesores, los Dumont, Heuzey, Reinach, Pottier, y van más allá de los límites del campo estrictamente histórico para abordar la protohistoria metropolitana o helénica.

La participación en el descubrimiento de la protohistoria oriental por parte de los arqueólogos formados en la Escuela de Atenas o en el Instituto del Cairo es notable: exceptuando a É. Lartet y J. de Morgan, ambos geólogos, los prehistoriadores no intervienen en Oriente. El propio C. Schaeffer, que es el único que ha recibido una formación de protohistoriador, siguió también las clases de A. Grenier, arqueólogo clásico convertido a la protohistoria.

Si los prehistoriadores ocupan en la arqueología francesa en el Mediterráneo oriental un lugar tan modesto, es porque la existencia misma de su disciplina, integrada desde este momento en la historia, se encuentra en tela de juicio, pues «la noción de prehistoria [aparece] como una de las más osadas que se puede imaginar».[16] En esta época en la que se concibe la «historia plenaria» esforzándose por la «síntesis histórica», la definición de la prehistoria sigue siendo vaga y los prehistoriadores dedicados al estudio de los tiempos más remotos no podrán afirmar su especificidad ni la de «la ciencia prehistórica» hasta que se haya establecido claramente la distinción entre protohistoria y prehistoria.

La situación minoritaria de los prehistoriadores se debe también a la ausencia de instituciones oficiales donde formarles. En cambio, la arqueología clásica y oriental pudo desarrollarse, desde la fundación de la Escuela de Atenas, en las escuelas e institutos creados en toda la cuenca medite-

15 *Ibidem*.
16 L. Febvre, «Vers une autre histoire», *Revue de métaphysique et de morale*, 1949, p. 237.

rránea; fue objeto de muchas cátedras en la Universidad, en el Collège de France, en la École Pratique des Hautes Études y en la École du Louvre, y se apropió de los métodos tomados de la prehistoria para ampliar su campo de aplicación a periodos antehistóricos tanto en Egipto, Grecia u Oriente Próximo como en la metrópoli francesa.

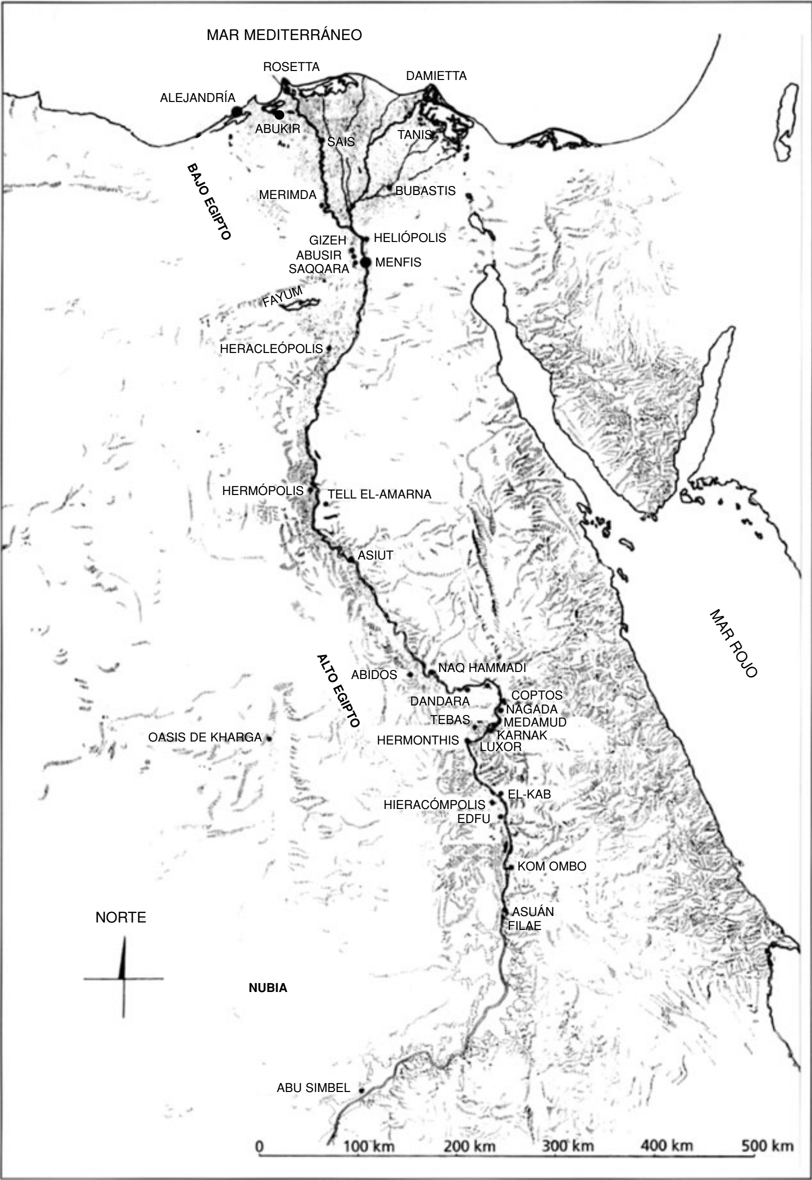
Los brillantes éxitos cosechados en el Mediterráneo y en Oriente Próximo por una arqueología convertida en ciencia indispensable para el conocimiento de las civilizaciones, así como el peso que tienen sus representantes en las instituciones, explican el lugar que ocupan las diversas disciplinas arqueológicas en el CNRS.

Aunque los arqueólogos clásicos y orientalistas ocupan en las instituciones un lugar dominante, la arqueología metropolitana y prehistórica se beneficia también de los progresos realizados durante un siglo y medio de exploración llevada a cabo en las orillas mediterráneas y en Asia anterior. Tomando algunos de sus métodos de la prehistoria, la arqueología mediterránea contribuye al completo reconocimiento de ésta; la confrontación de las distintas disciplinas arqueológicas dentro del CNRS lleva a definir con más precisión la prehistoria, a afirmar sus particularidades y a desarrollarla en instituciones nuevas. Por otra parte, la organización de la arqueología en la Francia metropolitana, tal como se concibe en 1941-1942, se inspira en la que se pone en práctica en África del Norte, Egipto y Siria.

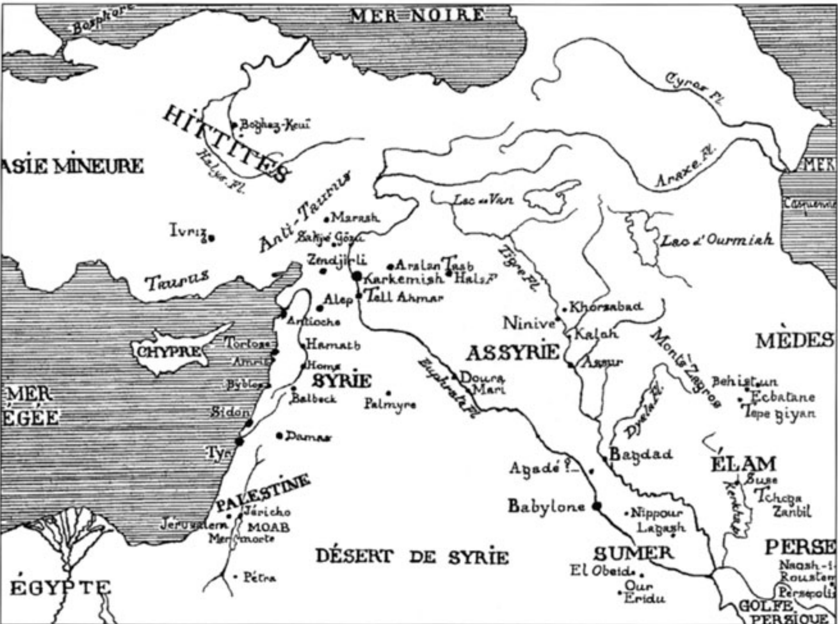
A lo largo de su lenta elaboración, la «ciencia arqueológica» francesa, que se ejerció en el Mediterráneo y Oriente Próximo, recorrió todas las etapas del desarrollo científico, frenada o favorecida a cada paso por las circunstancias políticas. Esta arqueología, expuesta a lo largo de su evolución a la competencia internacional, se sitúa en 1945 bajo la tutela de instituciones científicas tradicionales, reforzadas por la creación del CNRS y de una comisión del Ministerio de Asuntos Exteriores: así es como se gesta en ella la fusión de lo científico y lo político.

MAPAS

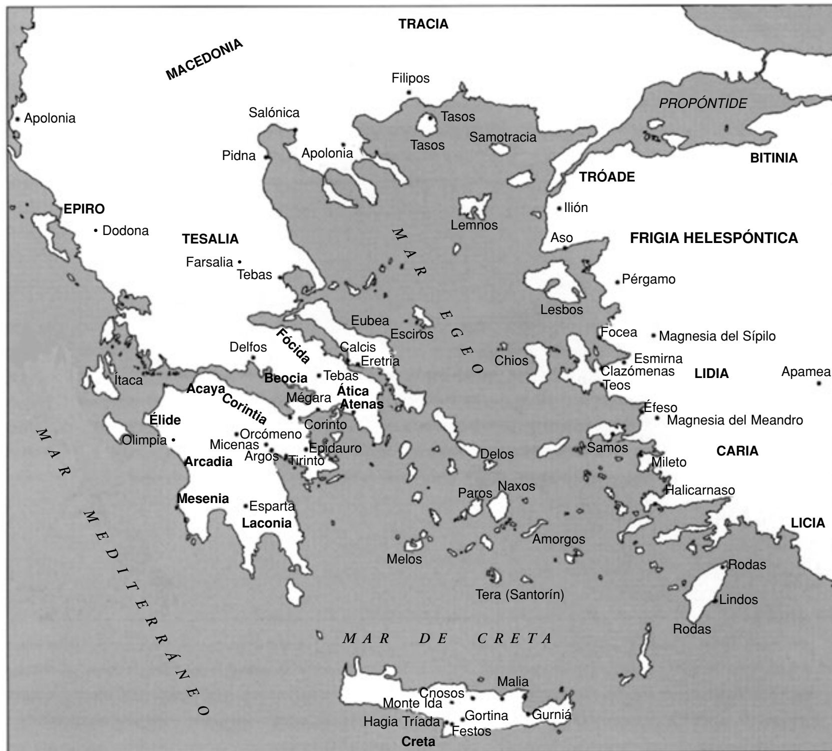
*This page intentionally left blank*




1. Principales yacimientos del valle del Nilo mencionados en el texto.
Según un mapa de Denise Revault.




2. La antigua Asia occidental, según G. Contenau, *L'Art de l'Asie occidentale ancienne*, París, 1928.



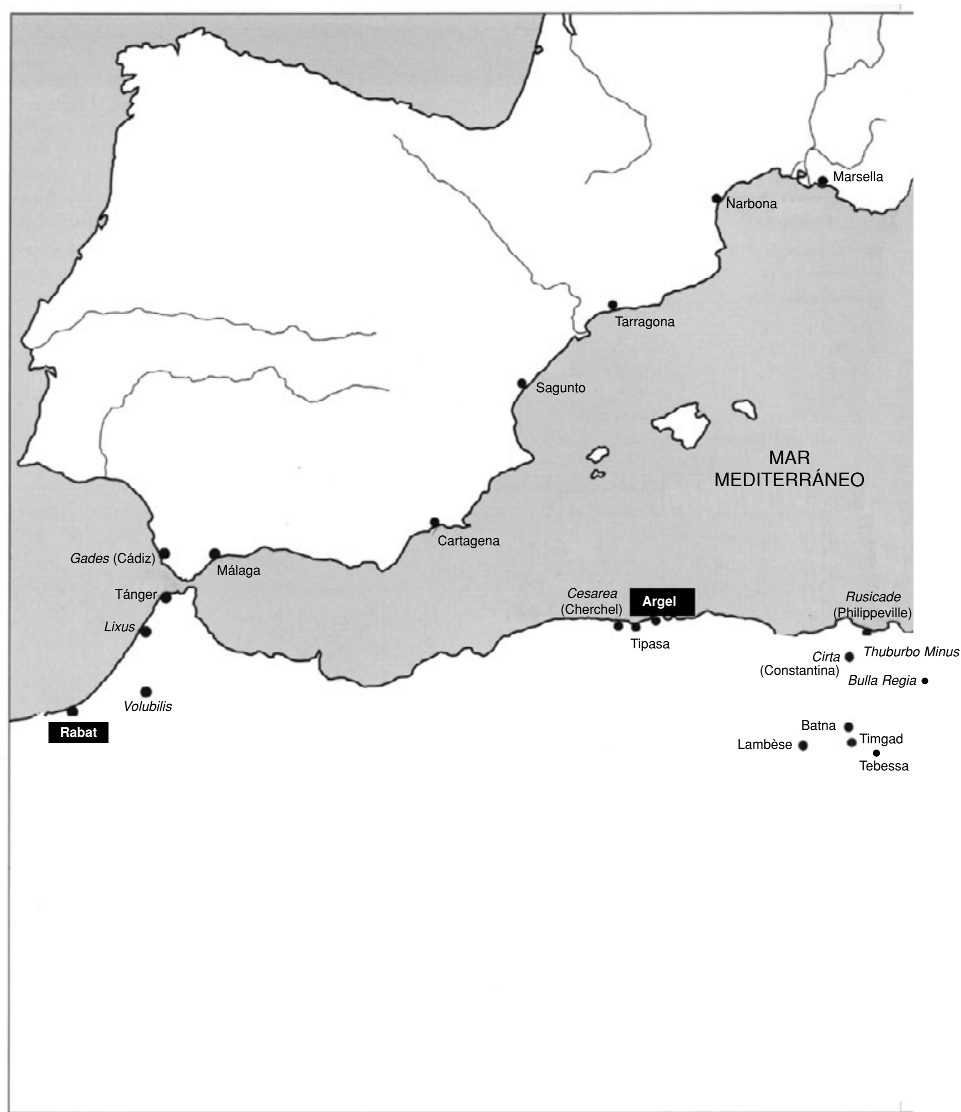

3. Grecia, mar Egeo, Anatolia. Principales yacimientos mencionados en el texto.



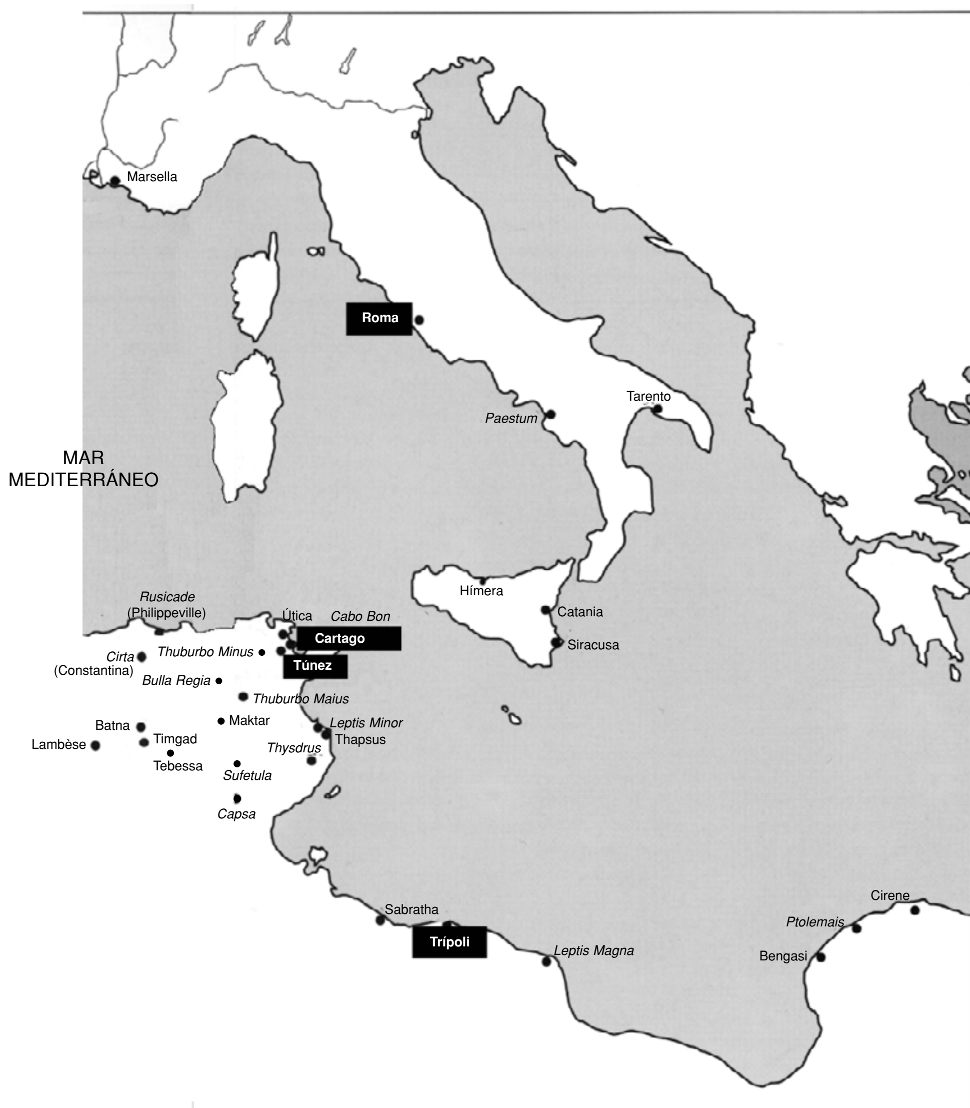

4. Etruria, según J. Martha, *L'Art Étrusque*, París, 1889.




5. Sur de Italia y Sicilia. Principales yacimientos mencionados.

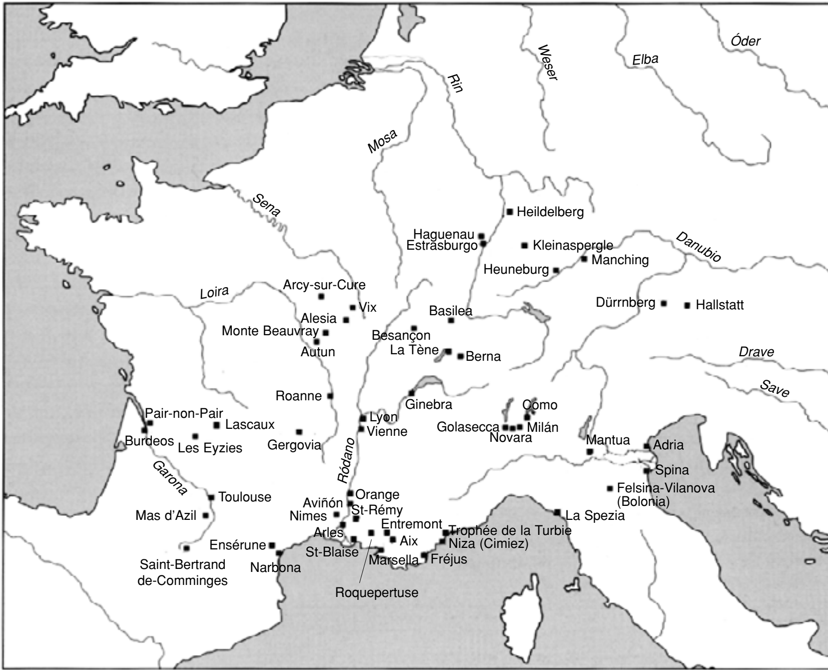



6. El Mediterráneo occidental y el Norte de África. Principales yacimientos mencionados.


Marsella
Roma
Tarento
Paestum
MAR
MEDITERRÁNEO
Hímera
Catania
Siracusa
Rusicade
(Philippeville)
Útica
Cabo Bon
Cartago
Cirta
(Constantina)
Thuburbo Minus
Túnez
Bulla Regia
Thuburbo Maius
Maktar
Batna
Leptis Minor
Timgad
Thapsus
Lambèse
Thysdrus
Tebessa
Sufetula
Capsa
Sabratha
Trípoli
Cirene
Ptolemais
Leptis Magna
Bengasi




7. Península Ibérica. Principales yacimientos arqueológicos.




8. Europa occidental. Principales yacimientos arqueológicos.

*This page intentionally left blank*

# BIBLIOGRAFÍA

## A) Fuentes bibliográficas antiguas


ALCALDE DEL RÍO, H.; H. BREUIL; R. P. L. SIERRA, *Les Cavernes ornées de la région cantabrique. Espagne,* Mónaco, 1912.

ANQUETIL DU PERRON, A.-H., *Zend-Avesta, ouvrage de Zoroastre,* París, 1771.

BABELON, E.; R. CAGNAT; S. REINACH, *Atlas archéologique de la Tunisie,* París, 1914-1926.

BARADEZ, J., *Fossatum Africae. Recherches aériennes sur l'organisation des confins sahariens à l'époque romaine,* París, 1949.

BERTRAND, A., *Archéologie celtique et gauloise. Mémoires et documents relatifs aux premiers temps de notre histoire nationale,* París, 1876 (2.ª ed. 1889).

— *Nos Origines,* 3 vols., t. I, *La Gaule avant les Gaulois,* París, 1884; t. II (con S. Reinach), *Les Celtes dans les vallées du Pô et du Danube,* París, 1894; t. III, *La Religion des Gaulois. Les Druides et le Druidisme,* París, 1897.

BEZOLD, K., *Catalogue of Cuneiform Tablets in the Kuyunjik Collection,* 2 vols., Londres, 1889-1899.

BLEGEN, C. W., *Troy and the Trojans,* Londres, 1963.

BLOUET, A.; A. RAVOISIÉ; A. POIROT; F. TRÉZEL; E. DE GOURNAY, *Expédition scientifique de Morée,* París, 1831-1838.

BOTTA, P. É., y E. FLANDIN, *Monument de Ninive découvert et décrit par M. P.-É. Botta, mesuré et dessiné par M. E. Flandin,* 5 vols., París, 1849-1850.

BOUCHER CRÈVECOEUR DE PERTHES, J., *Antiquités celtiques et antédiluviennes,* 3 vols., París, 1847-1864.

BRONGNIART, A., *Traité des arts céramiques ou des poteries considérées dans leur histoire, leur pratique et leur théorie,* París, 1844.

CAGNAT, R., *L'Armée romaine d'Afrique et l'Occupation militaire de l'Afrique sous les empereurs,* París, 1892.

CAGNAT, R., *Carthage, Timgad, Tébessa et les villes antiques de l'Afrique du Nord,* 1909.

CARCOPINO, J., *Virgile et les Origines d'Ostie,* París, 1919.

CARTAILHAC, E., *Les Âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal,* París, 1886.

CAUMONT, A. de, *Histoire de l'architecture religieuse, civile et militaire,* 6 vols, Caen, 1830-1841.

CAYLUS, Anne Clande de Tubières, conde de, *Recueil d'antiquités égyptiennes, grecques, étrusques et romaines,* 7 vols., París, 1752-1767.

CHAMPOLLION, J.-F., *Lettre à M. Dacier, secrétaire perpétuel de l'Académie royale des inscriptions et belles-lettres, relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques,* París, 1822.

— *Lettres et Journaux écrits pendant le voyage d'Égypte, recueillis et annotés par H. Hartleben,* París, 1909, reed. 1986.

CHANDLER, R., y W. PARS, *Antiquities of Ionia,* Londres, 1769-1797.

CHANTRE, E., *Recherches archéologiques dans l'Asie occidentale. Mission en Cappadoce 1893-1894,* París, 1898.

CHARMES, X., *Le Comité des travaux historiques et scientifiques,* París, 1886, 3 vols., t. 1.

CHASSINAT, É., *Le Temple d'Edfou,* 14 tomos, *Mémoires publiés par les membres de la mission archéologique française au Caire,* El Cairo, 1898-1934.

CINTAS, R., *La Céramique punique,* París, 1950.

COLLIGNON, M., *L'Histoire de la sculpture grecque,* 2 vols., París, 1892-1897.

CONTENAU, G., *Manuel d'archéologie orientale depuis les origines jusqu'à l'époque d'Alexandre,* 4 vols., París, 1927-1947.

CONZE, A.; A. HAUSER; G. NIEMANN, *Archäologische Untersuchungen auf Samothrake,* 2 vols., Viena, 1875-1880.

CURTIUS, E.; F. ADLER; G. HIRSCHFELD, *Ausgrabungen zu Olympia,* 4 vols., Berlín, 1875-1879.

DÉCHELETTE, J., *Manuel d'archéologie préhistorique, celtique et gallo-romaine,* 4 vols., París, Picard éditeur, 1908-1914, reed. 1986.

DEMARGNE, P., *La Crète dédalique. Études sur les origines d'une renaissance,* Bibliothèque des Écoles françaises d'Athènes et de Rome, 1947.

DENON, D. V., *Voyage dans la Basse et Haute-Égypte pendant les campagnes du général Bonaparte,* París, 1802, reed., introducción de J.-C. Vatin, El Cairo, IFAO, 1988.

*Description ou Recueil des observations et des recherches qui ont été faites en Égypte pendant l'Expédition de l'armée française, publiée par les ordres de S. M. l'Empereur Napoléon,* 8 vols. y 10 atlas de láminas, París, 1809-1816.

DESJARDINS, E., *Géographie historique et administrative de la Gaule romaine,* 4 vols., París, 1876-1893.

DIEULAFOY, M., *L'Art antique de la Perse. Achéménides, Parthes, Sassanides,* 5 vols., París, 1884.
— *L'Acropole de Suse d'après les fouilles en 1884, 1885, 1886, sous les auspices du musée du Louvre,* París, 1893.
DÖRPFELD, W., *Troja und Ilion,* Berlín, 1902.
DUMONT, A., «Sur les vases d'Acrotiri», *Journal des savants,* diciembre de 1872.
— y J. CHAPLAIN, *Peintures céramiques de la Grèce propre,* 2 vols., París, 1888-1890.
DUNAND, M., *Fouilles de Byblos. 1926-1937,* 3 vols., París, 1939-1944.
DUSSAUD, R., *Les Découvertes de Ras Shamra (Ugarit) et l'Ancien Testament,* París, 1937.
— *L'Art phénicien du II^e^ millénaire,* París, 1949.
ESPÉRANDIEU, É., *Recueil général des bas-reliefs, statues et bustes de la Gaule romaine,* 11 vols., París, 1907-1938.
FLANDIN, E. N., y P. COSTE, *Voyage en Perse, entrepris par ordre de M. le ministre des Affaires étrangères, d'après les instructions dressées par l'Institut,* 4 vols., París, 1843-1854.
FRANKLIN, A.; G. PERROT; G. BOISSIER, *L'Institut de France,* París, 1907.
FURTWÄNGLER, A., y G. LOESCHKE, *Mykenische Thongefässe,* Berlín, 1879.
— y G. LOESCHKE, *Mykenische Vasen,* Berlín, 1886.
GAUCKLER, P., *Les Nécropoles puniques de Carthage,* 2 vols., 1915.
GERHARD, E., «Rapporto intorno i vasi Volcenti», *Annali dell'Instituto di Corrrispondenza archeologica,* III, 1, 1831.
GESENIUS, W., *Scripturae Linguaeque Phoeniciae Monumenta quotquot supersunt,* Leipzig, 1837.
GJERSTAD, E., *et al., The Swedish Cyprus Expedition,* Estocolmo, 1934-1962.
GRENIER, A., *Bologne villanovienne et étrusque. VIII^e^-IV^e^ siècle avant notre ère,* Bibliothèque des Écoles fançaises d'Athènes et de Rome, París, de Boccard, 1912.
GSELL, S., *Fouilles dans la nécropole de Vulci,* París-Roma, 1891.
— *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord,* 8 vols., París, 1913-1928.
HEUZEY, L., *Le Mont Olympe et l'Acarnanie,* París, 1860.
— *Catalogue des antiquités chaldéennes,* París, 1902.
— *Catalogue des figures antiques de terre cuite du musée du Louvre,* París, 1882.
— y H. DAUMET, *Mission archéologique de Macédoine,* París, 1876.
— y E. DE SARZEC, *Découvertes en Chaldée,* París, 1906.
HÜBNER, E., *Die antiken Bildwerke in Madrid,* Berlín, 1862.
JAHN, O., *Beschreibung der Vasensammlung Königs Ludwigs in der Pinacothek zu München,* Múnich, 1854.
JULLIAN, C., *Notes sur l'histoire en France au XIX^e^ siècle,* París, 1897, reed. colección Ressources, París-Ginebra, 1979.

JULLIAN, C., *Histoire de la Gaule,* 8 vols., París, 1908-1926.
— *Au seuil de notre histoire, Bibliothèque de la Revue des cours et conférences,* París, 1930.
JUNKER, H., *Grabungen auf dem Friedhof des Alten Reiches bei den Pyramiden von Gîza,* 1929-1955.
*L'École du Louvre, 1882-1932,* París, 1932.
*L'Histoire et l'Oeuvre de l'École française de Rome,* París, 1931.
LANTIER, R., «Autour d'un centenaire (1844-1944)», *Revue archéologique,* 1945.
— y J. CABRÉ, *Le Sanctuaire ibérique de Castellar de Santisteban,* Madrid, 1917.
LANZI, L., *Saggio di lingua etrusca e di altre nazioni di Italia,* Florencia, 1789.
— *De'vasi antichi dipinti volgarmente chiamati etruschi,* Florencia, 1806.
LARTET, L., *Exploration géologique de la mer Morte, de la Palestine et de l'Idumée,* París, 1878.
LAYARD, A. H., *Nineveh and its Remains,* 2 vols., Londres, 1849.
— *The Monuments of Nineveh from drawings made on the spot,* 5 vols., Londres, 1849-1853.
LE BAS, P., *Voyage archéologique en Grèce et en Asie Mineure,* París, 1847.
LE ROY, J. D., *Ruines des plus beaux monuments de la Grèce,* París, 1758.
LENORMANT, C., y J. de WITTE, *Élite des monuments céramographiques,* París, 1844.
LETRONNE, J. A., *Recueil des inscriptions grecques et latines d'Égypte dans leur rapport avec l'histoire politique, l'administration intérieure, les institutions civiles et religieuses dans ce pays, depuis la conquête d'Alexandre jusqu'à celle des Arabes,* París, 1842-1848.
LIARD, L., *L'Enseignement supérieur en France. 1789-1889,* 2 vols., París, 1888 y 1894.
LOFTUS, W. K., *Travels and Researches in Chaldea and Susiana,* Londres, 1857.
LONGPÉRIER, A. de, *Notice des Antiquités assyriennes, babyloniennes, perses, hébraïques,* 3.ª ed., París, 1854.
LUYNES, H. d'Albert, duque de, *Exploration de la mer Morte et de la vallée de l'Araba par la mission de M. le duc de Luynes,* París, 1864.
LYELL, Sir Charles, *The Antiquity of Man,* Londres, 1863.
MARIETTE, A., *Le Serapeum de Memphis,* 1857.
— *Notice des principaux monuments exposés dans les galeries provisoires du Musée… à Boulaq,* 1864.
— *Abydos,* 2 vols., 1869-1880.
— *Dendérah,* 5 vols., 1870-1875.
MARTHA, J., *L'Art étrusque,* París, 1889.
MAZOIS, F., *Les Ruines de Pompéi,* 4 vols., París, 1813-1838.

MICHAELIS, A., *Storia dell'Instituto archeologico-germanico. 1829-1879,* Roma, 1879.
— *Ein Jahrhundert Kunstarchäologischer Entdeckungen,* Leipzig, 1908; traducido al italiano, *Un secolo di scoperte archeologice,* Bari, 1912.
MOHL, J., *Vingt-Sept Ans d'histoire des études orientales (1840-1867),* 2 vols., París, 1879.
MOMMSEN, T., *Études osques,* Berlín, 1845-1846.
— *La Civilisation primitive en Italie depuis l'introduction des métaux,* Estocolmo, 1895.
MONTELIUS, O., *Les Temps préhistoriques en Suède et dans les autres pays scandinaves,* París, 1895, traducción de S. Reinach.
MONTET, P., *Byblos et l'Égypte,* París, 1928.
MONTFAUCON, Bernard de, *L'Antiquité expliquée et représentée en figures par les monuments,* París, 1719-1724.
MORGAN, J. de, *Recherches sur les origines de l'Égypte,* París, 1896-1897.
— *Mission scientifique en Perse,* 5 vols. en 9 t., París, 1891-1905.
— *L'Humanité préhistorique,* París, 1921, colección L'Évolution de l'Humanité, dirigida por H. Berr, París, 1921.
— *La Préhistoire orientale,* París, 1926.
MORTILLET, G. de, *Promenades préhistoriques à l'Exposition universelle,* París, 1867.
MÜLLER, K. O., *Die Etrusker,* Gotinga, 1829.
NEWTON, C., *Travels and Discoveries in the Levant,* Londres, 1865.
NIBBY, A., y W. GELL, *The Topography of Rome and its Vicinity,* Londres, 1827.
NIEBUHR, K., *Reisebeschreibung nach Arabien und andern umliegenden Ländern,* Copenhague, 1774-1778.
PALLOTTINO, M., *Gli Etruschi,* 1939.
— *Etruscologia,* 1942. [Hay ed. española: *Etruscología*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires (Lectores de Eudeba, 72). 1965; trad. de la 5.ª ed. it., 1963.]
PARIS, P., *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive,* 2 vols., París, 1903-1904.
PARROT, A., *Mari, une ville perdue et retrouvée par l'archéologie française,* París, 1936.
— *Mari capitale fabuleuse,* París, 1974.
PERROT, G., *Exploration archéologique de la Galatie et de la Bithynie d'une part, de la Mysie, de la Phrygie, de la Cappadoce et du Pont d'autre part, exécutée en 1861,* París, 2 vols, 1872.
— y C. CHIPIEZ, *Histoire de l'art dans l'Antiquité,* 10 vols., París, 1882-1894.

PICARD, C., *Manuel d'archéologie grecque. La sculpture,* 7 vols., París, Hachette, 1925-1963.

PLACE, V., *Ninive et l'Assyrie, avec des essais de restauration par F. Thomas,* 3 vols., París, 1867-1870.

POIDEBARD, A., *La Trace de Rome dans le désert de Syrie, le limes de Trajan à la conquête arabe. Recherches aériennes (1925-1932),* París, 1934.

— *Un grand port disparu, Tyr. Recherches aériennes et sous-marines (1934-1936),* publicación del Alto Comisariado de la República francesa en Siria y el Líbano, París, 1939.

POTTIER, E., *Catalogue des vases antiques de terre cuite du Louvre,* 3 vols., París, 1896-1906.

RADET, G., *L'Histoire et l'Oeuvre de l'École d'Athènes,* París, 1901.

RAOUL ROCHETTE, D., *Monuments inédits de l'Antiquité figurée grecque, étrusque et romaine,* París, 1828-1829.

RAVOISIÉ, A., *Exploration scientifique de l'Algérie pendant les années 1840, 1841, 1842. Beaux-arts, architecture et sculpture,* París, Firmin-Didot, 1846-1851.

RAWLINSON, H. C., *Cuneiform Inscriptions of Western Asia,* 5 vols., Londres, 1860 a 1884.

REINACH, S., «Esquisse d'une histoire de l'archéologie gauloise» *Revue celtique,* XIX, 1898.

— *Répertoire des vases peints grecs et étrusques,* t. I, 1899, t. II, 1900.

— «Esquisse d'une histoire de la collection Campana», *Revue archéologique,* jul.-dic. 1904.

— *Apollo. Histoire générale des arts plastiques professée à l'École du Louvre,* París, 1904.

— *Répertoire des reliefs grecs et romains,* 3 vols., París, 1909-1912.

— *Répertoire des peintures grecques et romaines,* París, 1922.

RENAN, E., *Mission de Phénicie,* París, Imprimerie impériale, 1861.

— *L'Avenir de la science. Pensées de 1848,* París, 1.ª ed. 1890, H. Psichari (ed.), t. 3, 10 vols., París, 1947-1961.

REVETT, N. y J. STUART, *Antiquities of Athens mesured and delineated,* Londres, 1761-1762, traducido al francés y publicado por el editor Firmin-Didot en 2 tomos, París, 1808-1822.

ROSELLINI, I., *I monumenti dell'Egitto e della Nubia, disegnati della spedizione scientifico-letteraria toscana in Egitto,* seis volúmenes de texto y dos atlas, 1832-1844.

SARZEC, E. de, y L. HEUZEY, *Découvertes en Chaldée,* 2 vols., París, 1884-1912.

SAULCY, F. de, *Voyage autour de la mer Morte et dans les terres bibliques,* 3 vols., París, 1853.

SCHAEFFER, C., *Les Tertres funéraires préhistoriques de la forêt de Haguenau,* Estrasburgo, 1926-1930.
— *Stratigraphie comparée et Chronologie de l'Asie occidentale (IIIe-IIe millénaires). Syrie, Palestine, Asie Mineure, Chypre, Perse et Caucase,* Oxford, 1948.
SCHLIEMANN, H., *Atlas trojanische Altenthümer - Bericht über die Ausgrabungen von Troja,* Leipzig, 1874.
— *Mykenae. Bericht über meine Forschungen und Entdeckungen in Mykenae und Tyrins,* Leipzig, 1878.
SILVESTRE DE SACY, I., *Mémoires sur diverses antiquités de la Perse et sur les médailles des rois de la dynastie des Sassanides,* París, 1793.
SIRET, L., y H. SIRET, *Les Premiers Âges du métal dans le sud-ouest de l'Espagne,* Amberes, 1887.
SPON, J., *Miscellanae eruditae antiquitatis,* 3 vols., Lyon, 1679-1685.
TEXIER, C. F. M., *Exploration de l'Asie Mineure,* 3 vols., París, 1839-1849.
— *Description de l'Arménie, la Perse, la Mésopotamie,* 3 vols., París, 1842-1852.
TSOUNTAS, C., *The Mycenean Age,* 1897.
VINCENT, L. H., *Canaan d'après l'exploration récente,* París, 1907.
— *Céramique de la Palestine,* París, 1924.
VISCONTI, E. Q., *Museum Pio-Clementinum,* Roma, 1784-1807.
— *Notice des statues, bustes et bas-reliefs de la Galerie des Antiques du Musée central des Arts,* París, 1800.
WILKINSON, Sir J. Gardner, *The Manners and Customs of the Ancient Egyptians, Including Private Life, Government, Laws, Arts, Manufactures, Religion, Agriculture and Early History, derived from comparison of the paintings, sculptures, and monuments still existing, with the account of ancient authors,* 3 vols., Londres, 1837.
WINCKELMANN, J. J., *Geschichte der Kunst des Altertums,* 1763. [Hay ed. española: *Historia del arte en la Antigüedad,* Madrid, Aguilar (Aguilar Maior), 1989.]

## B) Bibliografía selecta

ALLBROOK, M., *Born to rebell, the life of Harriett Boyd Hawes,* Oxford, Oxbow Books, 1992.
AMANDRY, P. «Delphes oubliée», sesión solemne de la Académie des inscriptions et belles-lettres, 27 de noviembre de 1992.

AUGÉ, C., y P. LINANT DE BELLEFONDS, «Introduction» a L. de Laborde y L. Linant de Bellefonds, *Pétra retrouvée. Voyage de l'Arabie Pétrée,* 1828, París, Pygmalion Gérard Watelet, 1994.

BELMONT, N., *Aux sources de l'ethnologie française. L'Académie celtique,* Comité des Travaux historiques et scientifiques, París, 1995.

BELTRÁN, A., *De Arqueología aragonesa,* Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1978.

BERCÉ, F., *Les Premiers Travaux de la Commission des monuments historiques, 1837-1848,* París, Picard, 1979.

BESCHAOUCH, A., *La Légende de Carthage,* París, Gallimard (Découvertes), 1993.

BIANCHI BANDINELLI, R., *Introduzione all'archeologia,* Roma, Laterza, 1976. [Hay ed. española: *Introducción a la arqueología*, Madrid, Akal (Universitaria, 45), 1992.]

BINETRUY, S., *Joseph Déchelette,* Lyon, 1994.

BLOCH, M., y L. FEBVRE, *Correspondance,* edición a cargo de B. Müller, I, *La Naissance des Annales,* París, Fayard, 1994.

BONNET, C., *La Correspondance scientifique de Franz Cumont conservée à l'Academia belgica de Rome,* Bruselas-Roma, 1997.

BOTTÉRO, J., y M.-J. STÈVE, *Il était une fois la Mésopotamie,* París, Gallimard (Découvertes), 1993.

BOUCHARLAT, R., «A history of the Délégation archéologique française en Iran», *Iranian Studies,* Nueva York, 1996.

BOURGUET, M. N.; B. LEPETIT; D. NORDMAN; M. SINARELLIS, *L'Invention scientifique de la Méditerranée,* París, Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales, 1998.

BREASTED, J. H., *The Oriental Institute,* The University of Chicago Survey, vol. XII, Chicago, 1933.

*Bulletin de correspondance hellénique,* n.º 120, número especial «Cent cinquantenaire, 1846-1996», 1996.

BURANELLI, F., «Gli scavi a Vulci (1828-1854) di Luciano ed Alexandrine Bonaparte Principi di Canino», en *Luciano Bonaparte, le sue collezioni d'arte, le sue residenze a Roma, nel Lazio, in Italia (1804-1840),* Roma, 1995.

*Cahiers pour l'histoire du CNRS. 1939-1989,* París, Éditions du CNRS, 1990.

CARBONELL, C.-O., *Histoire et Historiens en France,* Toulouse, Privat, 1976.

CARRÉ, J.-M., *Voyageurs et Écrivains français en Égypte,* El Cairo, IFAO, 1932 y 1951.

*Centenaire du Service des monuments historiques et de la Société française d'archéologie,* Congrès archéologique de France, 97.ª sesión celebrada en París en 1934, París, 1935.

*Centenary Volume of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland 1823-1923,* Londres, 1923.

CHALINE, J.-P., *Sociabilité et Érudition. Les sociétés savantes en France. XIXe-XXe siècles,* París, Éditions du Comité des travaux historiques et scientifiques, 1995.

CHARLE, C., *Les Professeurs de la faculté des lettres de Paris, dictionnaire biographique,* vol. 1: 1809-1908, vol. 2: 1909-1939, París, Éditions du CNRS-INRP, 1985-1986.

— *La République des universitaires,* París, Éditions du Seuil, 1994.

— *Les Intellectuels en Europe au XIXe siècle,* París, Éditions du Seuil, 1996. [Hay ed. española: *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI, 2000.]

CHATELAIN, J., *Dominique Vivant Denon et le Louvre de Napoléon,* París, 1973.

CHEVALIER, N., «Des consuls en Iraq», en *Cités disparues. Découvreurs et archéologues au Proche-Orient,* París, Autrement, 1991, pp. 58-94.

— *L'Administration de la recherche archéologique française dans le Moyen-Orient du milieu du XIXe siècle à la Seconde Guerre mondiale,* París, ERC-ADPF, 1993.

— (ed.), «Une mission en Perse. 1897-1912», *Les dossiers du musée du Louvre,* París, 1997.

CHEVALLIER, R., *L'avion à la découverte du passé,* París, 1964.

*Cités disparues. Découvreurs et archéologues au Proche-Orient,* París, Autrement, 1991.

CLOAREC, V., *La France et la Question de Syrie, 1914-1918,* París, CNRS Éditions, 1998.

COHEN, C., y J.-J. HUBLIN, *Boucher de Perthes. Les origines romantiques de la préhistoire,* París, Belin, 1989.

*Commémoration du centenaire de l'École biblique et archéologique française de Jérusalem,* sesión pública anual de la Académie des inscriptions et belles-lettres del 23 de noviembre 1990.

CONSTANTINE, D., *Early Greek Travellers and the Hellenic Ideal,* Cambridge, 1984.

COOK, R. M., *Greek Painted Pottery,* Londres, 1972 (2.ª ed.).

COPIOLI ,R. (ed.), *Adolphe Noël des Vergers (1804-1867),* Rímini, Associazione Adolphe Noël des Vergers, 1996.

COYE, N., *La Préhistoire en parole et en acta. Méthodes et enjeux de la pratique archéologique (1830-1950),* París, L'Harmattan, 1997.

CRISTOFANI, M., «Le mythe étrusque en Europe entre le XVIe et le XVIIIe siècle», catálogo de la exposición del Grand Palais, *Les Étrusques et l'Europe,* París, Réunion des Musées nationaux, 1992.

DANIEL, G., *The Idea of Prehistory,* Londres, Watts, 1962. [Hay ed. española: *El concepto de prehistoria*, Barcelona, Labor (Nueva Colección Labor, 64), 1968.]

DANIEL, G., *One Hundred and Fifty Years of Archaeology,* Londres, Duckworth, 1975.

— y C. RENFREW, *The Idea of Prehistory,* Edimburgo, C. A. Watts, 1988.

DAVID, E., *Mariette Pacha 1821-1881,* París, Pygmalion Gérard Watelet, 1994.

DAWSON, W. R., y E. P. UPHILL., *Who was who in Egyptology,* Londres, The Egypt Exploration Society, 1972.

DEICHMANN, F. W., *Vom internationalen Privatverein zur Preussischen Staatsanstalt. Zur Geschichte des Instituto di Corrispondenza Archeologica,* Maguncia, Verlag Philipp von Zabern, 1986.

DELAUNAY, J.-M., *Des palais en Espagne. L'École des hautes études hispaniques et la Casa de Velázquez au coeur des relations franco-espagnoles du XX<sup>e</sup> siècle, 1898-1979,* Madrid, Casa de Velázquez, 1994.

DEWAECHTER, M., «Nouveaux documents relatifs à l'expédition franco-toscane en Égypte et en Nubie (1828-1829)», *Bulletin de la Société française d'égyptologie,* París, 1988.

— *Champollion. Un scribe pour l'Égypte,* París, Gallimard (Découvertes), 1990.

DIGEON, C., *La Crise allemande de la pensée française,* París, PUF, 1959.

DONDIN-PAYRE, M., *La Commission d'exploration scientifique d'Algérie. Une héritière méconnue de la commission d'Égypte,* Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles-lettres, XIV, 1994.

— *Le Capitaine Delamare. La réussite de l'archéologie romaine au sein de la Commission d'exploration scientifique d'Algérie,* Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles-lettres, XV, 1994.

DUPONT-SOMMER, A., «Les débuts des études phéniciennes et puniques et leurs développements», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres,* París, 1983.

ÉTIENNE, R., *La Vie quotidienne à Pompéi,* París, Hachette, 1966. [Hay ed. española: *La vida cotidiana en Pompeya*, Aguilar, 1971; reed., Madrid, Temas de Hoy, 1992.]

— *Pompéi, la ville ensevelie,* París, Gallimard (Découvertes), 1987. [Hay ed. española: *Pompeya, la ciudad bajo las cenizas*, Madrid, Aguilar (Aguilar Universal, 10; Arqueología), 1989.]

— y F. ÉTIENNE, *La Grèce antique, archéologie d'une découverte,* París (Découvertes), Gallimard 1990.

FAGAN, B. M., *The Rape of the Nile,* Nueva York, 1975, editado en francés con el título *L'Aventure archéologique en Égypte,* París, Pygmalion Gérard Watelet, 1981.

FARNOUX, A., *Cnossos, l'archéologie d'un rêve,* París, Gallimard (Découvertes), 1993.

FEBVRE, L., *Lettres à Henri Berr, présentées et annotées par J. Pluck et G. Candar,* París, Fayard, 1997.
*Félix de Saulcy (1807-1880) et la Terre Sainte. Archives et monuments d'une mission archéologique,* París, Réunion des musées nationaux, 1982.
FÉVRIER, P.-A., *Approches du Maghreb romain,* 2 vols., Aix-en-Provence, Édisud, 1989.
FONTAN, E. (ed.), *De Khorsabad à Paris. La découverte des Assyriens,* París, Réunion des musées nationaux, 1994.
GIGANTE, M. (ed.), *La Cultura classica a Napoli nell'Ottocento,* Nápoles, 1987.
GOULD, C., *Trophy of Conquest. The Musée Napoléon and the Creation of the Louvre,* Londres, 1965.
GRAN-AYMERICH, È., y J. GRAN-AYMERICH, *Jane Dieulafoy, une vie d'homme,* París, Perrin, 1991.
GRANDAZZI, A., *La Fondation de Rome,* París, Les Belles Lettres, 1991.
GRANGE, D. J., *L'Italie et la Méditerranée (1896-1911),* Roma, Colección de l'École française de Rome, n.º 197, 1994.
GRENIER, A., *Manuel d'archéologie gallo-romaine,* París, A. Picard, 1931.
— *Camille Jullian. Un demi-siècle de science historique et de progrès français, 1880-1930,* París, 1944.
GRIMAL, P., *À la recherche de l'ltalie antique,* París, Hachette, 1961.
— C. CARCOPINO, y P. OURLIAC, *J. Carcopino, un historien au service de l'humanité,* París, 1981.
GUIDI, A., *Storia della paletnologia,* Roma-Bari, Laterza, 1988.
HARTLEBEN, H., *Champollion, sein Leben und sein Werk,* Berlín, 1906, editado en francés con el título *Champollion, sa vie, son oeuvre, 1790-1832,* París, Pygmalion Gérard Watelet, 1983.
HARTOG, F., *Le XIXe Siècle et l'Histoire: le cas de Fustel de Coulanges,* París, PUF, 1988.
HAUSSMANN, U., *Handbuch der Archäologie, Allgemeine Grundlagen der Archäologie,* Múnich, 1969.
HEURGON, J., *Rome et la Méditerranée occidentale jusqu'aux guerres puniques,* París, PUF (Nouvelle Clio), 1969. [Hay ed. española: *Roma y el Mediterráneo occidental hasta las guerras púnicas*, Barcelona, Labor (Nueva Clío, 7), 1971.]
HOFFMAN, M. A., *Egypt before the Pharaohs. The prehistoric Foundations of Egyptian civilization,* Londres, 1991.
HORVATH-PETERSON, S., *Victor Duruy and the French Education Liberal Reform in the Second Empire,* Baton Rouge-Londres, Louisiana State University Press, 1984.
HORWITZ, S. L., *The Find of a Lifetime. Sir Arthur Evans and the Discovery of Cnossos,* Nueva York, The Viking Press, 1981.

HUMMEL, P., *Humanités normaliennes,* París, Les Belles Lettres, 1995.
HUS, A.,*Vulci étrusque et étrusco-romaine,* París, Klincksieck, 1971.
HUZAYYIN, S. A., *The Place of Egypt in Prehistory,* Memorias presentadas al Institut d'Égypte, 43, El Cairo, 1941.
JANTZEN, U., *Ein hundert Jahre Athener Instituts 1874-1974,* Maguncia, Verlag Philipp von Zabern, 1986.
JAUNAY, A., *Mémoires de Jacques de Morgan, 1857-1924,* París, L'Harmattan, 1997.
JENKINS, J., *Archaeologists and Aesthetes in the Sculpture Galleries of the British Museum 1800-1939,* Londres, British Museum Press, 1992.
*Kinyras. Archéologie française à Chypre,* TMO 22, Lyon, 1993.
KLINDT JENSEN, O., *A History of Scandinavian Archaeology,* Londres, Thames & Hudson, 1975.
KRIST, K., y A. MOMIGLIANO, *L'Antichità nel Ottocento in Italia e Germania,* Bolonia-Berlín, 1988.
*L'École nationale des Chartes. Histoire de l'École depuis 1821,* París, Gérard Klopp, 1997.
*La Redécouverte de Delphes. Centenaire des fouilles françaises à Delphes,* École française d'Athènes, París, 1992.
LA ROSA, V., «"Archaiologhia" e storiografia: quale Sicilia?», en *Storia d'Italia. Le regioni dall' Unità a oggi. La Sicilia,* Turín, 1987.
— (ed.), *L'Archeologia italiana nel Mediterraneo fino alla seconda guerra mondiale,* Catania, Centro di studi per l'archeologia greca, CNR, 1986.
LACOUTURE, J., *Champollion. Une vie de lumières,* París, Livre de poche, 1988.
LAISSUS, Y., *L'Égypte, une aventure savante, 1798-1801,* París, Fayard, 1998.
LAMING-EMPERAIRE, A., *Origines de l'archéologie préhistorique en France,* París, Éditions du Seuil, 1964.
LARSEN, M. T., *The Conquest of Assyria,* Londres-Nueva York, Routledge, 1996.
LAUER, J.-P., *Saqqarah. Une vie. Entretiens avec P. Flandrin,* París, Payot, 1992.
LAURENS, H., *L'Expédition d'Égypte,* París, Armand Colin, 1989.
— *Le Royaume impossible. La France et la genèse du monde arabe,* París, Armand Colin, 1990.
— *Lawrence en Arabie,* París, Gallimard (Découvertes), 1992.
— *L'Orient arabe. Arabisme et islamisme de 1798 à 1945,* París, Armand Colin, 1993.
— y K. POMIAN (eds.), *L'Anticomanie. La collection d'antiquités aux XVIII^e^ et XIX^e^ siecles,* París, Éditions de l'École des hautes études en sciences sociales, 1992.
LE ROY, C., «Cent cinquante ans de littérature archéologique à travers la *Revue archéologique* et ses lecteurs», *Les cent cinquante ans de la Revue archéologique, Revue archéologique,* 95, 1994.
LECLANT, J., *Champollion, la pierre de Rosette et le déchiffrement des hiéroglyphes*, París, Institut de France, 1972.

LECLANT, J., *Tanis, l'or des pharaons,* catálogo de la exposición del Grand-Palais, París, 1987.
— «Une tradition: l'épigraphie à l'Académie des inscriptions et belles-lettres», sesión pública del Institut de France, Académie des inscriptions et belles-lettres, 18 de noviembre de 1988.
— «L'Académie des inscriptions et belles-lettres… il y a deux cents ans», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres,* 1989.
— «Aux sources de l'égyptologie européenne: Champollion, Young, Rosellini, Lepsius», *Comptes rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres,* 1991.
— «L'Académie des inscriptions et belles-lettres», en *Histoire des cinq académies,* París, Perrin, 1995.
— «Des académies de l'Ancien régime à l'Institut national du Directoire», *Mélanges de l'École française de Rome. Italie et Méditerranée,* t. 108, 1996-2, pp. 627-641.
LECOQ, P., *Les Inscriptions de la Perse achéménide,* París, Gallimard, 1997.
LELIÈVRE, P., *Vivant Denon. Homme des Lumières, «ministre des arts» de Napoléon,* París, Picard, 1993.
*Livre du Centenaire de l'École nationale des Chartes (1821-1921).* I, *L'École, son histoire, son oeuvre,* París, 1921.
LLOYD, S., *Foundations in the Dust. The Story of Mesopotamian Exploration,* Londres, Thames & Hudson, 1947, edición ampliada en 1980.
LUCARELLI, F. L., «Une archéologie philhellène: les relevés architecturaux de l'expédition scientifique de Morée (1829-1838)», en *La Grèce en révolte. Delacroix et les peintres français, 1815-1848,* París, Réunion des musées nationaux, 1996, pp. 75-81.
*Marianne et Germania, 1789-1889. Un siècle de passions franco-allemandes,* catálogo de la exposición del Petit Palais, París, Réunion des musées nationaux, 1998.
MASSON, O., «Inscriptions syllabiques chypriotes», *Études chypriotes,* I, París, 1961.
*MNHMEION. Ricordo triestino di Doro Levi,* Roma, Quasar, 1995.
MOATI, C., *À la recherche de la Rome antique,* París, Gallimard (Découvertes), 1989.
MOMIGLIANO, A., *Problèmes d'historiographie ancienne et moderne,* París, Gallimard, 1983.
MONTET, P., *Isis ou à la recherche de l'Égypte ensevelie,* París, 1956.
MORIGI GOVI, C., y G. SASSATELLI (eds.), *Dalla stanza delle Antichità al Museo Civico. Storia della formazione del Museo Civico Archeologico di Bologna,* Bolonia, Grafis Edizioni, 1984.
MOTTE, O., «Les origines des Mélanges d'archéologie et d'histoire», *Mélanges de l'École française de Rome, Antiquité,* 94, 1982.
— *Camille Jullian: les années de formation,* París-Roma, École française de Rome, 1990.

MURAT, L., y N. WEILL, *L'Expédition d'Égypte. Le rêve oriental de Bonaparte,* París, Gallimard (Découvertes), 1998.

NIBBY, G., *The Testimony of the Spade,* Londres, 1956.

NIÑO, A., *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España. 1875-1931,* Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Casa de Velázquez/Société des hispanistes français, 1988.

NORA, P., *Les Lieux de mémoire,* II, *La Nation,* vol. 2, París, Gallimard, 1986.

— (dir.), *Les Lieux de mémoire,* I, *La République,* París, Gallimard, 1984.

*P. Coste, Toutes les Égypte,* exposición Marsella, Éd. Parenthèses/Bibliothèque municipale de Marseille, 1998.

*Paris-Rome-Athènes. Le voyage en Grèce des architectes français aux XIX^e^ et XX^e^ siècles,* catálogo de la exposición París-Atenas-Houston, París, 1982.

PARROT, A., *Archéologie mésopotamienne,* 2 vols., París, Albin Michel, 1946-1953.

PASQUIER, A., *La Vénus de Milo et les Aphrodites du Louvre,* París, Réunion des musées nationaux, 1985.

PERROT, J., *Et ils sortirent du Paradis. Souvenirs d'un archéologue en Orient,* París, De Fallois, 1997.

PETITMENGIN, P., «Deux têtes de pont de la philologie allemande en France: le Thesaurus linguae graecae et la Bibliothèque des auteurs grecs (1830-1867)», en *Philologie und Hermeneutik in 19. Jahrhundert,* II, Gotinga, 1983.

PETRAKOS, B., *E en Athinais Archaiologikè Etaireia. E historia tan 150 chronôn tês. 1837-1987,* Atenas, Société archéologique d'Athènes, 1987.

PETRICIOLI, M., *Archeologia e Mare nostrum,* Roma, Valerio Levi Editore, 1990.

PICARD, C., *Les Recherches d'archéologie à l'Académie des inscriptions et belles-lettres (1739-1945),* París, 1945.

PILLET, M., *L'Expédition scientifique et artistique de Mésopotamie et de Médie. 1851-1855,* París, 1922.

POLVERINI, L. (ed.), *L'Antichità classica nell' Ottocento, Atti del convegno Acquasparta 1988,* Acquasparta, 1993.

POMIAN, K., *Collectionneurs, Amateurs et Curieux, Paris-Venise, XVI^e^-XVIII^e^ siècle,* París, Gallimard, 1987.

*Pompéi et les architectes français au XIX^e^ siècle,* exposición París-Napoles, École nationale supérieure des Beaux-Arts et École française de Rome, 1981.

POTTIER, E., *Catalogue des vases antiques de terre cuite du Louvre,* 3 vols., París, 1896-1906.

POULOT, D., *Musée, Patrimoine, Nation, 1789-1815,* París, Gallimard, 1997.

RACHET, G., *Dictionnaire de l'archéologie,* París, R. Laffont (Bouquins), 1983.

*Recent Danish Research in Classical Archaeology, Acta Hyperborea,* 3, Copenhague, 1991.

RHATJE, A., y G. LUND, «Danes overseas. A short history of Danish Classical Archaeological Fieldwork», en *Recent Danish Research in Classical Archaeology. Tradition and Renewal, Acta Hyperborea,* Copenhague, 1991.

RODENWALDT, G., *Archäologisches Institut des Deutschen Reiches, 1829-1929,* Berlín, 1929.

SAID, E. W., *L'Orientalisme. L'Orient créé par l'Occident,* París, L'Harmattan, 1980. [Hay ed. española: *Orientalismo*, Madrid, Libertarias (Al Quibla. Ensayo, 1) 1990.]

SCHIERING, W., «Zur Geschichte der Archäologie», en U. Hausmann (ed.), *Handbuch der Archäologie*, Bd. 1, *Allgemeine Grundlagen der Archäologie*, Múnich, C. H. Beck, 1969, pp. 11-161.

SCHNAPP, A., «Modèle naturaliste et modèle philologique dans l'archéologie européenne du XVI[e] au XIX[e] siècle», *Historiografía de la arqueología,* Madrid, Ministerio de Cultura, 1991.

— *La Conquête du passé. Aux origines de l'archéologie,* París, Éditions Carré, 1993.

SETTIS, S., «Da centro a periferia: l'archeologia degli Italiani nel sec. XIX», en L. Polverini (ed.).

STARK, K. B., *Systematik und Geschichte der Archäologie der Kunst,* Leipzig, 1880, reed. Múnich, 1969.

TELKÈS, E., *Les Professeurs du Collège de France, dictionnaire biographique, 1901-1939*, París, Éditions du CNRS-INRP, 1988.

*Un siècle de fouilles françaises en Égypte. 1880-1980,* École du Caire-Musée du Louvre, París, 1981.

VERCOUTTER, J., *À la recherche de l'Égypte oubliée,* París, Gallimard (Découvertes), 1998.

— (ed.), *L'Institut français d'archéologie orientale, livre du Centenaire,* El Cairo, IFAO, 1980.

WALLACH, J., *La Reine du désert. Vie de Gertrude Bell,* París, Bayard, 1997.

WATERHOUSE, H., *The British School of Athens,* Londres, 1986.

WEIPERT, H., «Palästina in vorhellenistischer Zeit», en U. Hausmann (ed.), *Handbuch der Archäologie,* Bd. 2, *Vorderasien*, II, Múnich: C. H. Beck, 1971.

WHEELER, R. R. M., «What matters in archaeology», *Antiquity,* 24, 1950.

WICKERT, L., *Beiträge zur Geschichte des Deutschen Archäologischen Instituts von 1879 bis 1929,* Maguncia, Verlag Philipp von Zabern, 1979.

WILL, E., *Les Palmyréniens. La Venise des sables,* París, Armand Colin, 1992.

WINSTONE, H. V., *Gertrude Bell,* Londres, 1976.

WORTHAM, J. D., *British Egyptology 1549-1906,* Newton Abbot, 1971.

ZEVI, F., *La Storia degli scavi e la documentazione in Pompei (1748-1980). I tempi della documentazione,* Roma, 1981.

*This page intentionally left blank*

# ÍNDICES

*This page intentionally left blank*

# ÍNDICE DE ANTROPÓNIMOS

* Las páginas en cursiva corresponden a ilustraciones y láminas

# ÍNDICE DE INSTITUCIONES

* Las páginas en cursiva corresponden a ilustraciones y láminas

# ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

* Las páginas en cursiva corresponden a ilustraciones y láminas

# ÍNDICE

SEGUNDA PARTE. INSTITUCIONES NUEVAS
Y DESARROLLO DE LAS INVESTIGACIONES (1848-1885)

TERCERA PARTE. LA ARQUEOLOGÍA MODERNA (1885-1945)

*Este libro se terminó de imprimir*
*en los talleres INO Reproducciones, S.A., de Zaragoza,*
*el 10 de mayo de 2001*

